La oracion

POESIA DE FERNANDO VELARDE

I

De mis delirios
El sol fantástico,
Cual cirio fúnebre,
Se hundió en Ocaso.
Sobre los rios
Y las montañas
Estan las brumas,
Como parasitas.
Doliente gime
Naturaleza,
Como una vírgen
De amor enferma.
Reina el olvido;
Reina el silencio;
Callan los vivos;
Duermen los muertos;
El arpa flébil
De las memorias
Tímida exhala
Vagas salmodias;
Profundamente
Vibran los bronces,
Y se estremecen
Los corazones;
Hora doliente
De la esperanza,
De los recuerdos,
Y de las lágrimas:
¡Cuánta ternura,
Cuánta tristeza,
Llevas al cielo
Desde la tierra!...
Allá, en las playas,
Gime la ola
Siempre doliente,
Siempre monótona;
¡Oh! incomprensible
Naturaleza:
¿Porqué estás triste?
¿Porqué te quejas?
Vienen las sombra;
Se van las aves;
Las brisas gimen;
Las hojas caen;
Sobre Occidente,
Las nubes pálidas
Están inmóviles
Como fantasmas;
¡Hora sublime,
De los misterios
De los espíritus
Del universo!...
De amor suspiran,
De amor sollozan
Todas las brisas,
Todas las olas,
Todas las almas,
Todos los mundos
En la penumbra
De los crepúsculos.

II

La noche estrecha
Los horizontes
Con sus flotantes
Negros crespones.
Sus grandes urnas
Abre el misterio,
Sobre las cumbres
Del firmamento.
Sobre los astros
Reina la noche,
Con sus grandiosas
Constelaciones.
En la insondable
Region vacía,
Se escuchan voces
Desconocidas.
Músicas vagas
Y melancólicas,
Lanza á los vientos
El arpa eólica.
Mil amorosas
Vírgenes muertas
Pasan cantando
Con las estrellas.
En los confusos
Mares sombríos,
En las montañas,
Y en los abismos,
Lanza sus luces
De amor perdido,
El alma eterna
De lo infinito:
Y mudo y pálido,
Se inclina el génio
Sobre los límites
Del Universo.
Salvando abismos,
Á Dios le lleva,
De los dolores,
La gran marea:
Y desgarrando
Quejas amargas
De lo más hondo
De sus entrañas,
Del alto empíreo
Conmueve, entónces,
Las grandes bóvedas,
Con sus apóstrofes.

III

—"Oh eterna vida!
"Oh Dios! exclama,
"Vengo a buscarte,
"Deshecho en lágrimas!
"Los ojos tristes
"A tí volvemos,
"Tus pobres hijos
"Más pequeñuelos:
"A tí elevamos
"Nuestras plegarias,
"Con mil pedazos
"De las entrañas:
"Nuestros verdugos,
"Con odio negro,
"De tus bondades
"Nos hacen huérfanos!
"Ellos ocultan
"Tu faz divina
"Con espantosas
"Idolatrías;
"Todos los rios,
"Todos los mares,
"Estan henchidos
"De nuestra sangre;
"Todos sufrimos;
"Todos lloramos,
"Todos tus hijos
"Son desgraciados!
"¿Cómo permites,
"Oh amor divino,
"Que así nos hieran
"Tus enemigos?
"Todos los vientos,
"Todos los mares,
"Están henchidos
"De nuestros ayes;
"De nuestras almas,
"Las glorias huyen
"Como las aves,
"Como las nubes;
"A la amarilla
"Luz del ocaso
"De tumba en tumba
"Vamos llorando
"Con los despojos
"De los cadáveres
"De nuestras breves
"Felicidades....
"¡Oh amor eterno
"Lleva á tus hijos
"A los delicios
"Del paraiso!
"Oh Dios, embriaga
"Todos los seres
"En el gran piélago
"De tus deleites!
"Haz que sean buenos,
"Haz que sean justos
"Y venturosos
"Nuestros verdugos!
"A los demonios
"Convierte en ángeles
"Para que todos,
"Oh Dios, te alaben!
"Y con tan justa
"Palingenesia
"Será un hosanna
"Toda la tierra!"

IV

En vano el génio ardiente
Con efusion doliente
Quiere partir las sempiternas rocas:
En vano rasga el viento,
Con el profundo acento
De mil millones de dolientes bocas:
Pues siguen las edades
Al génio siempre hostiles,
Y triunfan siempre viles
Fabricantes sin fin de iniquidades.
Y en rudas agonías
Pasa sus bellos dias,
Ricos en llanto y en fortuna pobres,
Cual hórridas tormentas
Que rugen turbulentas
En los abismos de la mar salobre.
Y torpes alimañas,
Que á Satanás adoran,
Cual negros antropófagos, devoran
Sus trémulas entrañas!...
Y triunfan los vestigios!..
Y del poeta al penetrante grito,
Responde lo Infinito,
Con el silencio de setenta siglos!!...

(*El Americano.*)

Tomo 1º de Recortes 2

Una carta de D. Luis Melian Lafinur

La direccion de *El Espíritu Nuevo* ha recibido de D. Luis Melian Lafinur la atenta carta que nos complacemos en publicar.

El Sr. Lafinur nos promete colaborar en *El Espíritu Nuevo*, pero, en conceptos tan delicados como sentidos, parece dirigirnos el reproche de ocuparnos de literatura cuando tan amargos dias pasa nuestra patria, reproche que se descubre al decirnos: «El culto de las letras es edificante; pero hay altares en que la ofrenda debe ser preferente. Y ante todo justo es que no olvidemos la obligacion de ser *ciudadanos*.»

Ah! no, no olvidamos ni olvidaremos jamás ese deber. Pero ¿son tan inconciliables nuestros deberes de ciudadanos, y nuestras ocupaciones literarias? Parécenos, por el contrario, que son inseparables. En el Plata la literatura nació con la libertad. Ella remontó su vuelo al par que la patria se engrandecia. En horas luctuosas, de tiranía unas, de combate las más, el estro heróico de los poetas, fué el que alzó y dió aliento á los pueblos enervados por la servidumbre, ó abatidos por el cansancio de la lucha. La poesía es la musa que mantiene vivo en las almas el culto del ideal, y, como decia un amigo en un bello trabajo sobre la *felicidad*, «el ideal es el fuego celeste que sostiene al alma en la formidable batalla de la vida.»

Asi, el poeta es el verdadero sacerdote que deposita su más bella ofrenda en los altares de la patria. Si *El Espíritu Nuevo* contribuyera á adormecer los espíritus con la literatura placentera y enervante con que los poetas del tiempo de Augusto doraban la servidumbre é incensaban á su dueño, harto merecida seria la inculpacion de olvidar las verdaderas necesidades de la patria para malgastar los más bellos dias en los monólogos solitarios y las quejas sin término de un necio romanticismo.—Pero la direccion *americana* y la mision social que en su *Prospecto* hace notar *El Espíritu Nuevo* debe darse á la literatura, dicen bien alto cuál es el concepto que tenemos respecto al papel que ésta debe representar en nuestra patria. El mismo Sr. Lafinur ha comprendido su mision civilizadora en sus bellas poesías *El Progreso* y *Sursum Corda!*

Ademas, *El Espíritu Nuevo* no será un periódico puramente literario. Se ocupa y seguirá ocupándose de las grandes cuestiones sociales y políticas, ya en trabajos especiales, ya por medio de traducciones de distinguidos pensadores europeos. No importa que lo haga en la region abstracta de las ideas. La índole del periódico y la misma situacion que atravesamos no nos permite otra cosa. Creemos que este género de propaganda, sin fruto para los espíritus superficiales, es la que más influencia ejerce en los futuros destinos de un pueblo. Ella madura las convicciones en los espíritus y les prepara á obrar con entera fijeza cuando llega la época de la labor práctica y se trata de encarnar en las leyes las verdades ideales de la ciencia.

Concurriendo de este modo á la solucion de esos problemas, que, como dice el Sr. Lafinur, por ser los más apremiantes reclaman el estudio preferente, creemos que los redactores y colaboradores de *El Espíritu Nuevo*, cumplen tambien sus deberes austeros de ciudadanos y llevan su ofrenda á la obra del porvenir.

Tememos habernos estendido demasiado en estas consideraciones. He aquí la bella carta del Señor Lafinur.

Sr. D. Ruperto Perez Martinez.

Mi querido amigo:

He recibido hoy la atenta carta de Vd., invitándome á colaborar en el periódico que dirije.

Simpatizando en sumo grado con las tendencias que *El Espíritu Nuevo* revela en el prospecto de su primer número, puede Vd. contar con que me haré un deber en cooperar á su publicacion con algun trabajito, siempre que lo permitan mis ocupaciones profesionales, y el estado de mi ánimo.

La época es poco propicia para toda empresa literaria en nuestra patria. Están á la órden del dia problemas más apremiantes que el de darle direccion á los espíritus en el campo de la literatura.

El culto de las letras es edificante; pero hay altares en que la ofrenda debe ser preferente. Y ante todo justo es que no olvidemos la obligacion de ser *ciudadanos*.

Las dificultades, pues, con que va á luchar *El Espíritu Nuevo*, serán á no dudarlo improbas, por el estado de los ánimos en general, en una época más de desaliento que de entusiasmo: más de pensar en el conjunto de las exigencias sociales, que en el detalle de las manifestaciones literarias.

Pero por eso mismo, mayor es el mérito de los que precisamente en dias de tremenda desgracia, tienen el valor de emprender una obra en todo tiempo difícil.

Por lo demás, tiene su periódico porvenir, mi amigo, y me complazco en augurárselo halagüeño, confiando en la energía de los elementos intelectuales encargados de darle vida.

Soy con este motivo de usted affmo. amigo y compatriota.

Luis Melian Lafinur.

S[c. Noviembre 22 de 1878.

Otra carta del Dr. D. Luis Melian Lafinur

RECTIFICACION Y RATIFICACION

Publicamos la carta que el Dr. Lafinur ha dirigido á un compañero de redaccion de *El Espíritu Nuevo*.

El Dr. Lafinur muestra perfecta conformidad con las ideas vertidas en el Prospecto y en

las lijeras consideraciones (pues no podemos llamarlas comentarios) con que precedíamos la publicacion de su carta anterior.

De consiguiente no hay motivo de discusion. El Dr. Lafinur admite con nosotros que la literatura es siempre de oportunidad en nuestra patria, pues no constituye, como en otros paises ya completamente organizados, una manifestacion de vida distinta de la vida social y política de la nacion; por el contrario, hermanándose con ésta la acompaña en su marcha, la realza, y con su palabra profética le descubre el porvenir.

Podriamos contestar algunos puntos secundarios de la carta del Dr. Lafinur, pero lo creemos inútil cuando, conformes en la idea principal, profesamos en el fondo el mismo credo y la misma fé sobre la mision de la literatura.

Sr. D. Ruperto Perez Martinez.

Mi querido amigo:

Ha hecho usted ver la luz pública á mi carta del 22 del corriente, que ni merecia tal honor, ni habia sido escrita con ese objeto. Pero lo ha hecho usted precediéndola de comentarios que envuelven acusaciones que no puedo admitir, aunque vengan confundidas con apreciaciones generales en que estoy de completo acuerdo.

Con las palabras más dulces, desliza usted entre benévolos conceptos que mucho agradezco censuras que creo no haber merecido. Debo, pues, defender mi pensamiento á fin de que se vea claramente que ha estado muy léjos de mí el propósito de hacer un reproche, cuando he deseado dar una sincera palabra de felicitacion.

En algunas líneas de mi carta anterior, considera usted que dirijo amarga crítica á los fundadores de *El Espíritu Nuevo*, porque afirmo que hay un culto preferente al de las letras. Tengo, empero, para mí, que con esto no he dicho nada nuevo, ni nada que carezca de exactitud.

He querido tan sólo hacer de esa verdad innegable, una aplicacion de oportunidad á la situacion de nuestra patria, no para lanzar un cargo á los que sembrando la buena doctrina se ocupan de literatura, ni ménos para infundir desaliento á los que han iniciado la fundacion de un periódico con cuyas ideas simpatizo, sino únicamente á fin de recordar que la época no es propicia para tareas literarias, por el estado de los ánimos en general. Y esto mismo lo he hecho presente, para poder concluir realzando el mérito de los que á despecho de toda clase de dificultades, asumen la responsabilidad de una obra bien difícil siquiera se lleve á efecto en dias serenos, y no de incierto porvenir como los que atravesamos.

A juicio mio, para desentrañar el espíritu de mi carta, no ha debido juzgársela por uno solo de sus párrafos, sino considerándola en su conjunto, y no olvidando la conclusion á que yo llegaba en ella, despues de haber empezado por demostrar mi conformidad con las tendencias manifestadas en el prospecto del primer número de *El Espíritu Nuevo*.

A haberse procedido así, seguramente no se habria hallado contradiccion en mis opiniones: ni se me haria el cargo de aparecer, si bien indirectamente, declarando inoportuno aquello mismo con que simpatizo, y negándole su accion eficaz y moralizadora á lo que considero vinculado al engrandecimiento de los pueblos que tienen brillantes destinos que cumplir.

Debia esta aclaracion al bondadoso crítico de mi carta, entre otras razones, por una muy principal: la de que participando de las mismas ideas de la Direccion de "*El Espíritu Nuevo*" en cuanto á la influencia de la literatura en general en el progreso de las naciones, y el papel que desempeña especialmente la poesía en determinadas circunstancias, no tenia para qué aparecer en oposicion con opiniones que comparto.

Era predicarle á un convertido, traerle el recuerdo de la manera cómo nació la poesía americana, hermanándose noblemente con la libertad y la independencia en la tierra de Colon.

Para la vírgen del mundo, como llama Quintana á la América, no faltaron los Tirtéos en el momento supremo de la lucha, ni los dignos homenages á la gloria cuando el triunfo coronó la frente del vencedor. Así vivirán eternamente en la memoria de las generaciones futuras, los nombres de Hidalgo, Luca y mil otros: así serán inseparables de la imponente personalidad del héroe de Junin, los magníficos cantos de Olmedo.

Esto en cuanto al pasado, que por lo que al porvenir de la poesia respecta, acaso sea la musa americana la encargada de darle lustre.

La triste desesperacion de Byron y de Musset debe quedar para el viejo mundo, que no es á la vírgen de Quintana á la que podria el descreimiento ó el hastio decirle como en Rolla:

Je suis venu trop tard dans un monde trop vieux.

Pero ---- veo que estoy en el caso de dar punto á esta carta, porque á seguir, las precedentes consideraciones podrian llevarme muy léjos; y no he pretendido hacer un artículo, y si tan sólo una rectificacion, ó quizá una *ratificacion*, si á usted le parece mejor.

De usted affmo. amigo.

Luis Melian Lafinur.

S[c., Noviembre 29 de 1878.

Voltaire

En *El Ferro-Carril* de Santiago de Chile encontramos las siguientes cartas cambiadas entre dos distinguidos literatos, á propósito del centenario de Voltaire:

Santiago, Mayo 4 de 1878.

Señores:

He tenido el honor de recibir la nota de ustedes, fecha de anteayer, en que me invitan á tomar parte «en la fiesta del centenario de Voltaire, que se organiza por el elemento liberal de Santiago.»

Ruego á ustedes me escusen de asociarme á su pensamiento. Creo penetrar en sus intenciones, y no dudo que sean nobles y generosas. Ustedes anhelan rendir homenaje á la libertad, al progreso, á la tolerancia, á la gloria literaria, y encarnan tan grandes y bellas causas en la persona de Voltaire.

Yo, señores, me atrevo á dudar de la oportunidad y aun del acierto de la eleccion, reconociendo con placer así la nobleza de las miras de ustedes, como el poder y la gloria deslumbradora del genio de Voltaire.

¿Qué se quiere honrar y encarnar en el coloso del siglo XVIII? El genio literario?—Pero hay otros, desde Homero hasta Goëthe, que han cultivado con singular esplendor la poesía y las letras, y que han dejado, junto con obras dignas de admiracion, una fama pura y gloriosa, digna de ejemplo y de enseñanza.

Voltaire no absorbe las literaturas clásicas ni las modernas; ni podria tomar en las letras siendo muy grande su puesto, el lugar incomparable de Newton en la geometría celeste, de Fulton en la mecánica, de Adam Smith en la economía política, de Mirabeau en la elocuencia parlamentaria, ó de otras personalidades que representan por excelencia una gran creacion científica, literaria ó de arte.

¿Acaso se rinde homenaje á Voltaire como representante del progreso social y político?

Pero, señores, sin ir á Europa ni á épocas remotas, tenemos en América á Washington, fundador de la gloriosa democracia anglo-americana, á Bolívar, primer operario de la independencia de nuestras repúblicas, y á Lincoln que llamó á la vida, sacrificando generosamente la suya, á seis millones de esclavos que yacian á la sombra de la muerte.

Confieso á ustedes que me repugna todo fetiquismo é idolatría. Una alma entera debe simpatía á todos, respeto á muchos, admiracion á pocos, y adoracion á solo Dios. Mas ya que ha de haber héroes, semidioses y altares, á fin de rendir culto menor á las personificaciones de la libertad, de la ciencia y del progreso, á la manera de la simbólica y poética mitología de los griegos, fuera de desear, señores, que nosotros, liberales y demócratas, depurásemos nuestro ritual y nuestro Panteon de toda flaqueza de monarquía y de corte. No está bien en el calendario radical el comensal de Federico, el cortesano de Catalina, el gentilhombre de servicio de Luis XV.

Voltaire es una gloria inmensa, pero no es un tipo ni una enseñanza para la juventud que ama las letras, ni para la juventud que aspira á la libertad social y política.

Démosla otros, siquiera menos brillantes, pero que sean mas puros y de líneas mas correctas.

¿No habrá por ventura en la série de autores ilustres quien haya dado alma, vida y genio al cultivo de la poesía y de las letras, sin cólera ni ambicion, sin envenenadas polémicas, pobres, modestos, sin pretender negocios ni títulos de vanidad ó de lucro, y sin convertir el talento, don del cielo, en ariete de combate y de ásperas pasiones?

Los hay sin duda, y muchos por fortuna. Un autor de este temple de alma es tambien una obra, la mejor y la mas hermosa de sus obras la que enseña por el ejemplo el amor jeneroso y abnegado de las letras. El jóven que lee tal autor ama al hombre, lo admira y anhela imitarlo. Nunca llega á mirarlo con desden, ni á concebir la idea, en verdad triste y desconsoladora, de que el jenio puede ser un diamante precioso engastado en metal de baja ley, ó sea que hay almas formadas de la union monstruosa de un gran poder intelectual y de un carácter pequeño y débil.

¿No habrá tambien, en la série de los políticos y de los estadistas ilustres, algunos que hayan consagrado su vida entera y toda su alma al deber, á la patria y á la libertad?

Los hay, y en número grande y glorioso.

Voltaire, señores, permitanme ustedes mi tono afirmativo, Voltaire no es, á pesar de su jenio admirable y de su ordinaria filantropía el tipo que corresponde á una juventud destinada á la vida democrática. Nos conviene mejor ejemplo. Su vida y sus flaquezas de cortesano no son para ser mostradas á la luz eléctrica, ni en las fiestas ejemplares y de aliento que se den á la jeneracion naciente. Démosla á contemplar al buen ciudadano que busca el bien en el deber, fecunda la política por la moral, anhela el progreso por la ciencia y la industria, llega á la independencia por el trabajo, y sirve la libertad por la intelijencia, el respeto y el ejercicio del derecho.

Estas almas fuertes, serenas y levantadas, son las que han de darse en enseñanza y como modelos al pueblo, y no por cierto el grande escritor, pero hombre frágil y desigual, que dictaba entre palaciegos y con ánimo ligero la defensa de los Calas, el elogio de la monarquía despótica, el mas cruel estigma de la supersticion y las perfumadas alabanzas de Mme. de Pompadour.

Voltaire nunca amó la libertad. Quiso la religion fuera de Dios, y la política dentro del rey. Su gran talento no comprendió, por debilidad de corazon, que la libertad es entera, plena, indivisible, como las líneas ideales del círculo y de la esfera; y que era mucha quimera y falta de lógica aspirar al aniquilamiento del despotismo de tiara dejando en pié, vivo y victorioso, el peor absolutismo de espada y cetro.

Su obra social y política careció de profundidad, de plan y de sistema, y así se esplica cómo J. J. Rousseau fué, y no su mas esplendoroso rival, el oráculo y el maestro de los revolucionarios de 1789. La revolucion dió al político Voltaire solo una tumba ilustre.

No revoquemos este irónico y significativo homenaje.

De nuevo ruego á ustedes no lleven á mal mi negativa, Vivamente deseo servir á la juventud que ama las letras y la libertad, y me seria tan grato como honroso ayudarla de alguna manera en sus jenerosas empresas.

Pero, créanme ustedes: la fiesta de Voltaire no es la fiesta de la libertad. Sin aumentar en mucho el esplendor de una gloria literaria que llena el mundo, acaso lastime sin fruto ni razon el sentimiento y convicciones dignos de respeto.

Este resultado seria muy exiguo y perjudicaria la idea liberal, que en mi humilde opinion no debe ser sino el sistema político que profese el respeto de todos los sentimientos honrados y la satisfaccion de todos los intereses legítimos.

Saluda á ustedes, señores, con la mayor consideracion, este su mas atento servidor.—*A. Montt.*

Señor D. Ambrosio Montt.

Santiago, Mayo 9 de 1878.

Señor:

Hemos leido su carta con detencion, y como ella encierra lo que muchos otros andan predicando sin poseer el brillo de su estilo, he creido conveniente su publicacion para que se sepa con toda claridad lo que se dice y piensa acerca de la fiesta del centenario de Voltaire.

Usted me permitirá ahora que le conteste algunas palabras.

La primera de toda es que no esperaba de vd. una carta semejante. Comprendo muy bien que el nombre de Voltaire sea para la generalidad una mezcla de grande y de satánico, que cause en unos admiracion y en otros miedo; estas contradicciones son el resultado de una lucha secular en que la cólera y encarnizamiento han dividido las opiniones y engañado el buen criterio; pero un literato no debe pensar como la multitud. Lo que para la generalidad es dudoso, para el hombre de letras debe ser claro y fijo; usted admira á Voltaire y se niega á honrar su memoria: respetando sus motivos, yo diviso una inconsecuencia que nada puede destruir.

Fíjese usted, además, que su negativa está fundada, y si esos fundamentos fueran sólidos, la única consecuencia que de ellos podria derivarse era que Voltaire no era digno de admiracion. Porque, ¿á quiénes podíamos dirijirnos para que se unieran con nosotros y honráramos juntos el nombre de Voltaire? No á otros que á los que en esta tierra son conocidos como escritores y escritores liberales. ¿Podríamos llamar á presenciar y trabajar en un acto literario á los ignorantes, ó á los que no saben leer? Claro está que nó, y si los únicos llamados pensaran como usted, sus opiniones tendrian un alcance que usted mismo no ha sospechado. ¿No es verdad que este resultado es lójico y que usted no lo acepta?

Usted, se escusa, sin embargo, y sus razones aunque agrupadas con arte, no logran ofuscar siquiera, no digo convencer. Para usted Voltaire no representa gloria literaria acabada, ni tipo de honradez y elevacion política. Homero, Goëthe serian preferibles en el primer caso, Washington y Bolívar en el segundo.

Pienso que usted ha olvidado la época en que vivimos cuando trae á la memoria el nombre de Homero. Llamar á las gentes para celebrar á un poeta que vivió antes de las edades históricas, y que en nada ha intervenido en los destinos de América, me parece una idea un tanto peregrina. Goëthe, conocido de los alemanes, lo es solo por unos pocos chilenos y por lo que hace á Washington, Bolívar, Lincoln, etc.,—sin desconocer en lo menor sus grandes cualidades, digo á usted que nada pierden con la fiesta que preparamos porque no les toca. Yo entiendo que la humanidad tiene muchos grandes hombres á quienes honrar, y la celebracion de uno de ellos ni indica una superioridad sobre los demas, ni daña á su justa y merecida nombradía. Washington y Voltaire, Sócrates y Newton, Franklin y Nelson, pueden tener altares y adoradores sin menoscabo de su grandeza: todos ellos caben en el cerebro y corazon de la humanidad. Así es que sin desconocer que los hombres que usted cita son muy respetables, no veo por qué hemos de celebrar precisamente á cualquiera de ellos y no á Voltaire.

Para entendernos bien, es preciso que declaremos que no consideramos á Voltaire ni santo, ni héroe, ni mártir. Tampoco creemos que sea el primer político, pero concediendo todo esto, y mas si se quiere, sostenemos que es la figura mas brillante del siglo XVIII, y uno de los hombres que mas han honrado á la especie humana.

«En ese salon del siglo XVIII,» como vd. llama al siglo pasado, allí á donde han vivido Washington y Voltaire, ha surgido con el primero la libertad y la probidad política, con el segundo la libertad civil y la destruccion de las preocupaciones. No es, pues, una falta de reflexion la que nos ha llevado á elegir una figura prominente de ese salon. Nuestra eleccion es tanto mas justificada cuanto que el siglo pasado es el que ha obrado mas directamente sobre el nuestro. Somos sus herederos, no tanto por órden de nacimiento como por generacion intelectual. Somos los hijos de Voltaire, y esta declaracion que no puede objetarse, hecha despues de cien años, es el mas legítimo título de su gloria.

Sí; él lo reunió todo, y las oleadas que imprimió al turbulento mar de su siglo, han llegado á nuestras orillas calmadas, pero denotando todavia su potente esfuerzo. Sin tener el génio poético de Goethe,—que sea dicho de paso tambien perteneció al salon del siglo XVIII,—Voltaire supo hacer de sus versos y de sus tragedias algo grande y popular á la vez; y sin tener la profundidad de los historiadores del presente, él fué uno de los primeros que inició la escuela filosófica moderna, y nos ha dejado en crítica histórica, narraciones y filosofía de la historia, monumentos de instruccion, de claridad y de enseñanza; sin ser tribuno levantó la voz para defender la justicia ultrajada y las leyes pisoteadas; sin ser jurisconsulto logró modificar las antiguas leyes criminales, fruto de la ignorancia de los tiempos y de las preocupaciones de clases: sin ser apóstol, por último, predicó toda su vida la tolerancia y la destruccion de las preocupaciones, y á fuerza de abnegacion y de constancia logró fundar la religion de estos tiempos y del futuro: la religion de la humanidad. Que se señale un hombre que haya abrazado mas y que haya obrado mas.

Usted encuentra que Voltaire no fué un hombre perfecto, que tuvo debilidades, que fué un cortesano. ¡Qué acusaciones tan enormes para ser hechas despues de un siglo! Yo lo repito, Voltaire no fué un héroe, pero aunque se pretendiera que lo fué ¿qué hombre, qué héroe hay en la tierra exento de pecado si se exceptúa á Washington? Lea usted las comedias de Aristófanes, y allí verá qué triste papel desempeña Sócrates, y de qué manera tan audaz el hombre justo y sabio es convertido en un miserable, juguete ridículo de la plebe de Aténas. Esos cargos subsisten, cualquiera puede levantarlos y hacerlos suyos. ¿Y qué importa? el que admira la obra de reforma de Sócrates, no necesita averiguar si Alcibíades salió puro de su lecho, si tuvo amores con Aspasia ó rencillas con su mujer. Tales escándalos se esplican, y se comprende su efecto durante la vida; la muerte borra lo que es impuro y perecedero. La posteridad solo vé la obra: si ella es buena aplaude, si mala censura. El curioso y el biógrafo pueden descender á la vida privada, nosotros en este momento, nó.

Pero descendamos, señor, guie usted. Sí, es cierto que Voltaire fué amigo de Federico de Prusia, y su amistad que duró hasta la muerte, honra al uno y al otro. Sí, es cierto que mantuvo correspondencia con Catalina de Rusia, pero Catalina fué una mujer de talento, notable como reina y como escritora. ¿Se debe odiar á las gentes porque son reyes? Sí, es cierto que dió su amistad á Mme. de Pompadour, pero la marquesa era una mujer hermosa, llena de atractivos y que tenia el poder y consideraciones de una reina. Todos estos son títulos para inspirar el cariño y el respeto. Para apreciar bien estos cargos conviene no olvidar muchas circunstancias que no es posible consignar en una carta, y que si se tomaran en cuenta, de seguro que disminuirian y anularian su importancia. Así para no hablar mas que del último, me tomo la libertad de citarle una carta dirigida por Voltaire á su sobrina Mme. de Fontaine el 29 de Setiembre de 1760, y en que usted podrá ver las siguientes palabras: «Os advierto que la dedico (la tragedia *Tancredo*,' á Mme. de Pompadour, no solamente porque la debo muchos servicios, sino porque la veo rodeada de enemigos, y yo tengo bastante valor para desafiar las maquinaciones. Podeis juzgar por mi carta dirigida al rey de Polonia si sé decir con todo atrevimiento las verdades útiles.» Ya vé, Sr., cómo Voltaire aparece bajo un punto de vista que usted no recordaba sin duda.

Antes de terminar esta parte no está demás manifestarle que, á mi juicio, se gasta mucha severidad con Voltaire acusándole tan ágriamente por sus amistades con testas coronadas. Pienso que se puede ser republicano y radical, y tener simpatía y cariño por los reyes que lo merecen; y no dudo, señor, que Vd., á pesar de sus méritos, no se creeria deshonrado si llegara á ser chamberlan de un monarca, y, sobre todo, de un monarca de la altura de Federico el grande. El título de cortesano que tan mal suena á nuestros oidos, pierde todo su significado humillante, si se recuerda que el empleo honorífico que obtuvo Voltaire en palacio, le fué conferido no por su nacimiento, sino por sus obras, no por sus lisonjas, sino por su genio. ¿Se puede, además, culpar á un hombre porque aceptó las distinciones que estaban en uso en su nacion y en su tiempo?

Pero, señor, quiero conceder todo, quiero afirmar mas que usted: que Voltaire era sibarita, enamorado, y que tenia el gusto de preferir á las mujeres hermosas; etc., etc. ¿Qué habremos conseguido con estas concesiones y afirmaciones? Será por eso menos grande y menos digno de respeto? Yo no sé cómo tome usted lo que de nuevo paso á repetirle, pero que considero necesario hacer. Para juzgar á los hombres de otro siglo, yo me fijo únicamente en sus obras: sus abrazos pudieron interesar á sus queridas, á nosotros nó.

Habría sido de desear que su nombre fuera tan puro como el de Sócrates ó el de Washington, pero ya que así no ha sucedido, no agravemos sus pecados, oscureciendo sus grandes cualidades.

Usted confiesa que admira á Voltaire, y nos pide que hagamos como los hombres de la revolucion que solo le dieron una tumba ilustre. Doble error, señor: error de apreciacion y de consejo. La revolucion hizo algo mas que colocar en el Panteon al que la Francia entera habia coronado: hizo suyas sus doctrinas de tolerancia, de respeto humano y de libertad civil. Y en cuanto á Juan Jacobo Rousseau, que usted cita como el inspirador de esos tiempos, su obra es tan inferior, tan efímera para nosotros, que si usted ó el hombre mas popular de Chile salieran á la calle invitando á una fiesta en su honor, no hallarian cuatro que los acompañaran. Esto no necesita demostracion, y bien le probará la diferencia que existe entre esos dos escritores que fueron rivales. Voltaire fué un hombre de trabajo y de lucha, que vivió en la sociedad y que se esforzó por su mejoramiento y perfeccion. Rousseau fué un poeta que alimentó y propagó mas quimeras que verdades. La obra del primero subsiste y se acrecienta, la del segundo ejerce su influencia en privado y en las almas soñadoras y poéticas.

Es posible, señor, que nuestra idea lastime convicciones y sentimientos dignos de respeto. Si así sucede, lo lamentamos desde luego, pero esperamos que á lo menos se hará justicia á nuestro bueno y honrado proceder. Si usted ha tenido la curiosidad de leer lo que la Junta ha publicado, habrá notado el empeño tomado para precisar el carácter de la fiesta, separándola de toda agresion inmotivada. Si á pesar de esto las injurias y los dicterios abundan, no será un motivo para desalentarnos ni para retroceder. ¿Dejará usted de llegar á su casa porque hay algunas inmundicias en la vereda?

Pero si los sentimientos jenerosos son dignos de todo respeto, no pienso lo mismo de los que son formados por creencias mas ó menos antojadizas. Estos no son otra cosa que preocupaciones, y nuestro deber es rechazarlas. Hoy se oponen algunos al centenario de Voltaire, ¿quién le asegura que mañana no se opondrán tambien á un homenaje cualquiera en honor de Washington? ¿No fué el fundador de la República del Norte hereje y mason?

Distingamos, señor; no es conveniente que nosotros mismos forjemos fantasmas, y despues digamos que no es posible combatirlas. El escritor liberal, como todo liberal, está en la obligacion de trabajar sin descanso por destruir todo género de preocupaciones. Si comenzamos dando razon á las que existen, ¿qué fuerza tendremos mas tarde para correjirlas?

Vd. termina su carta con una reflexion que es un presentimiento de mal agüero: esta fiesta que preparamos en honor de Voltaire puede dañar la causa liberal. Yo no lo creo. No han sido nunca las manifestaciones al aire libre, espontáneas é injenuas las que han traido la decadencia del partido liberal: han sido siempre, por el contrario, las intrigas de salon, las maquinaciones de gente sin conciencia, la debilidad de carácter, y el respeto á las preocupaciones. Nuestro pensamiento puede ser discutido y aun puede ser rechazado por la mayoría, pero los mismos que así pensaran tendrán que alabar nuestro propósito y nuestras convicciones.

Lejos de usted tales temores! ¿Qué se diria de un partido que perdia su importancia y fuerza porque honraba la memoria de un grande hombre? Lo estoy viendo, señor; el pais que es liberal aplaudirá nuestro pensamiento, y ese aplauso seria mayor si contáramos con cooperadores de la posicion y brillo de usted.

Tengo el honor de suscribirme de usted, amigo y colega, A. y S. S.

Abrahan Conig.

La noche de sus bodas, Espinosa,
Se murió al dar un ósculo á su esposa,
Y hay quien dice que tuvo mucha suerte
Al encontrar de súbito la muerte.
Si envidia han de inspirar tales maridos,
Solteros de esta edad.... ¡somos perdidos!

Casimiro Prieto.

Carta de Víctor Hugo

AL OBISPO DE ORLEANS, MGR. DUPANLOUP

[Traducida para *El Siglo*]

Paris, 3 de Junio de 1878.

Al señor Obispo de Orleans

Señor:

Vd. ha cometido una imprudencia.

Vd. recuerda á los que han podido olvidarlo, que he sido educado por un hombre de iglesia y que si mi vida ha principiado por la preocupacion y el error, la culpa no es mia, pero sí de los sacerdotes. Tan funesta es esa educacion, que segun lo constata Vd., yo esperimentaba todavia esa influencia á los cuarenta años ó muy cerca. Todo eso se ha dicho: no quiero insistir mas, pues tengo cierto desden por las cosas inútiles.

Vd. insulta á Voltaire y me hace Vd. el honor de injuriarme: Esto es cosa suya.

Nosotros somos, Vd. y yo, dos hombres cualesquiera. El porvenir nos juzgará. Vd. dice que yo soy viejo y deja comprender que es Vd. jóven: Esto lo creo.

El sentido moral está tan poco formado en Vd., que trata Vd. de avergonzarme de lo que constituye mi honra.

Vd. pretende, señor, enseñarme: ¿con qué derecho? ¿quién es Vd.? Vamos al hecho. El hecho es este. ¿Cuál es su conciencia y cuál es la mia?

Vamos á compararlas.

Una sola comparacion será suficiente.

Señor; la Francia acaba de pasar por una prueba. La Francia era libre, un hombre la tomó por traicion, de noche, y la echó por tierra encadenada. Si fuera posible matar á un pueblo, ese hombre hubiese muerto á la Francia. Pero la mató lo suficiente para poder reinar en ella. Empezó su reinado, ya que aquello se ha llamado un reinado, por el perjurio, la insidia y la matanza; y siguió reinando por la opresion, por la tiranía, por el despotismo y por la parodia incalificable de religion y de justicia. Era monstruoso y pequeño. Se le cantaban *Te-Deums*, *Magnificat*, *Salvum fac*, *Gloria tibi*.....

¿Quién cantaba? Interróguese Vd. La ley le entregaba al pueblo, la Iglesia le entregaba á Dios. Bajo ese hombre derrumbáronse el derecho, el honor, la patria. Bajo sus piés tenia el juramento, la equidad, la probidad, la gloria de la bandera, la dignidad de los hombres, la libertad de los ciudadanos. La prosperidad de aquel hombre perturbaba la conciencia humana. Y aquello duró 19 años! Durante ese tiempo, Vd. estaba en un palacio; yo en el destierro.

Os compadezco, señor.

Víctor Hugo.

La prensa y sus soldados en Chile

AL SEÑOR JUSTO ARTEAGA ALEMPARTE

« De todas las profesiones desconocidas y calumniadas, la prensa es la mas calumniada y la mas desconocida.

«Los que murmuran contra ella, con el ultraje en los labios, son ordinariamente algunas vanidades descubiertas, algunos grandes hombres ignorados, algunas glorias bastardas, que se vengan con oscuros mordizcos de los grandes puntapiés que han recibido á la faz del sol y en pleno medio dia. »

Así se espresaba en sus tiempos ese coloso de la pluma y de la crítica, que osaba disputar el cetro y medirse cuerpo á cuerpo con el ilustre y célebre Sainte-Beuve: el inmortal Janin.

Y el gran escritor trazaba esas líneas sin embargo en París, esa metrópoli del talento; en París, donde Thiers es escritor y diarista, y no lo niega, donde J. Simon abandona el tapete del ministro para esgrimir la pluma del diarista; donde el czar, que rie de la humanidad que vé postrada á su piés, se vé sin embargo obligado á solicitar casi de rodillas la pluma de un diarista,—La Gueronnière—para dorar su corona, y pide prestado á otro escritor su pluma para escribir la *Historia de César*; título que á sus ojos da valor al trono y al imperio!

Ah! si J. Janin hubiera escrito en Chile y para Chile; ¡cuán amargas reflexiones, cuán acerados sarcasmos, cuánta brillante ironía no se hubiera escapado, chisporroteando, de su inmortal y brillante pluma!

Porque aquí, en Chile, donde todo lo que brilla con la inmovilidad del planeta, ó fulgura y desaparece como el relámpago, ha tenido por cuna ó por pesebre la pluma y la prensa, aquí, es donde mas se desdeña á esa prensa, y donde los hombres *llegados* miran con desden irritante y soberbio á los hombres que *tratan de llegar*, ó como Pedro, libres y tranquilos, reniegan de la sociedad del Cristo, al que un momento antes aplaudian y celebraban.

Aquí la prensa, el trabajo de la inteligencia, es una locura, que desdeña el *hombre sério*; una calaverada que hace avergonzar, y oculta cuidadosamente el *hombre grave*.

Alegar, disputar la medianería de una muralla, ó el apremio de una miserable suma de pesos ante un tribunal de ley: eso es digno; llevar sus intereses, sus pasiones ó sus intrigas de ambicion, y esponerlas inmunemente ante el Congreso, conquistando mediante ellas un puesto ó una sinecura: eso es glorioso.

Pero alegar la causa del pueblo ante el pueblo mismo; presentarse ante el tribunal de la opinion, sin otra inmunidad que su conciencia, sin otro escudo que el razonamiento y el estudio; afrontar dia á dia ya las iras del poder, ya las de la turba; ser fuerte para ir contra los fuertes, y en ayuda de los débiles; convertirse en alquimista para buscar dia á dia y sin tregua la piedra filosofal de la verdad; vender dia á dia, no unos momentos de su vida, sino su vida entera; y envejecer y morir como ya ha pasado, sin *jubilacion* como el empleado; sin *retiro* como el militar; *pension de gracia* como el político, oh! eso es realmente absurdo, mentecato y digno del mas justo y universal anatema de los hombres y de la sociedad!

Teneis razon, señores patricios, teneis razon!

El escritor público es como ese hombre de quien el evangelio dice que es *necesario* para que venga el escándalo, pero á quien se maldice en seguida porque lo ha acarreado!

El escritor público es el esclavo lacedemonio que debe embriagarse para apartar de la embriaguez á los demas.

Es el predestinado á quien el ángel de la espiacion azota para la edificacion de los demas; es el gladiador del circo que debe desangrar y morir con gracia, reconociendo al César y al pueblo el favor que le prestan al presenciar su agonía.

El abogado, el ingeniero, hasta el poeta, tienen un centro, un hogar, una caja de ahorros intelectual; se les aguarda, se les espera, se les entiende.

El escritor público vive del dia, en la plaza pública; necesita como los traperos efectuar diariamente su recogida, y como á Asahverus se le empuja diciéndole implacablemente: *marcha! marcha!*

Esos párias sociales, judíos de la época moderna, no tienen rango, renta, derechos, ni garantías adquiridas, y necesitan conquistarlas para el combate.

Viven de los despojos ópimos que obtienen y el dia que tales despojos les falten, mueren como Ugolino en su torre, de dolor, de desesperacion, y hasta de hambre!

Un gobierno teme herir al noble: tiene fortuna; al magistrado: tiene clientes; al político: tiene secuaces; al obrero: tiene camaradas.

Pero nada le arredra contra el escritor ni contra el diarista, de cuyo castigo y caida la multitud repite con Espronceda:

Una víctima mas, ¿qué importa al mundo?

Y, no obstante, ¡oh pueblo! es ese escritor quizás, cuyo martirio miras distraido, el que te libertó de aquel impuesto que iba á agobiar tu existencia; el que te defendió de esa injusta ley, y el que abriéndose las venas escribió quizás con su propia sangre las palabras que te conquistaron una libertad, ó fueron para el poder la barrera que le impidió ejercer su presion y su terror.

El escritor público es ese faro solitario, lóbrego, semejante á un fantasma, que batido á todas horas por el mar, en lucha incesante con las olas, envia con sus rayos á los otros la salvacion y la luz de la esperanza, guardando para sí únicamente la tristeza y la soledad.

Es Cervantes que, en un momento tan imperecedero como el mundo, envia á la posteridad una carcajada, mientras él espira de inanicion y abatimiento en un granero.

Es Dante, de quien se burla el noble, á quien apoda el pueblo, á quien destierra y encarcela el rey y á quien se elevan estátuas y dedican centenarios despues.

Es Homero, á quien se abandona á la muerte en una roca, y cuyo cadáver se reparte la Grecia en seguida.

Porque si es verdad que el escritor público puede en Chile llegar á ser intendente como Blest Gana, ministro como Amunátegui, como Zenteno y como Reyes; y algunas veces magistrado como Amunátegui ó Santa María, ó banquero como Arteaga, es solo porque se ha *arrepentido*; porque durante un largo noviciado se ha separado de las *malas compañías*; porque ha hecho *solemne abjuracion de sus errores*, y porque al entrar á la vida *séria*, ha reducido á polvo y aventado hasta las cenizas los documentos que pudieran dar testimonio de sus pasados estravíos!

Es porque, despues de un detenido *bachillerato*, se encuentra capaz de hablar con toda pureza y perfeccion el idioma de los *negocios sérios*, sin mezcla alguna de locucion estraña; es porque se encuentra suficientemente diestro para encubrir sus palabras, para disminuir la circulacion de su sangre, reprimir los latidos de su corazon, y dar á sus ojos el aspecto apagado, y á su fisonomía el aire grave, que la academia de la política reclama y exige bajo severísimas é indeclinables penas.

Porque inútilmente el abogado habrá estudiado y profundizado sus códigos; el ingeniero sus cálculos, el médico sus instrumentos, en balde retirado en su retrete habrá querido separarse del bullicio de la muchedumbre, para vivir aisladamente la vida del retiro y del estudio; en balde se le verá buen hijo, buen esposo, ó buen padre; si una vez, una vez sola, arrebatado por una gran causa, ó una absorbente y dominadora impresion, ha caido en la tentacion de dirigir la palabra al público, ó presentarle sin velo la verdad, ese es un hombre perdido y la muerte misma no borrará de la frente en su cadáver la marca de ignominia que sus contemporáneos esculpieran en ella.

Tal es el escritor público en nuestros dias! Y en este cuadro no hay exageracion; por el contrario, las sombras están menos pronunciadas, y los colores son menos vivos que los exhibidos por la realidad.

Y sin embargo, la prensa y sus soldados en Chile, hostigados, hostilizados sin piedad por la política y la sociedad, perseguidos hasta cierto punto como el lobo, no vuelven á la sociedad ni á la política los males que ambas reciben. Y conquistando su puesto merced á rudos combates, no entran sin embargo en su patrimonio, ni los tratan como conquistadores altivos, sino como pacíficos propietarios.

Y son ellos los que nada alcanzan ni obtienen, los que primero piden al poder libertad; al pueblo, moderacion; á todos patriotismo y equidad.

No es esta ni una apología ni mucho menos una autobiografía; es simplemente un retrato.

Y por eso es que el que esto escribe puede imparcialmente esclamar:

Honor á la prensa de Chile y á sus soldados! Honor á los que, sin jactancia, pero con independencia; con cordura, pero sin debilidad, han sabido mantenerse fiel y denodadamente en su puesto, y fuertes contra los embates de las olas y de la tempestad, han establecido definitivamente el puesto y demostrado que no hay mas honroso salario que el que se gana proyectando la luz sobre la oscuridad, ó dando acento, voz y vida á los suspiros exhalados por la gran alma del pueblo.

Junius

AL SEÑOR JUNIUS

Santiago, Octubre 30 de 1877.—Envio á Vd. mis agradecimientos por haberme dedicado su hermoso, franco y viril artículo, que he leido en la *República* de ayer, acerca de la prensa y sus soldados de Chile.

En estas horas turbadas, oscuras y hasta tristes, pero que aguardo,—no acierto á saber por qué,—serán luminosas muy pronto, su artículo de usted me ha procurado una sana alegría. Es un buen puñado de buenas verdades, que están enlazadas, hasta formar un haz, en estas palabras de usted: «Un gobierno teme herir al noble: tiene fortuna; al majistrado: tiene clientes; al político; tiene secuaces; al obrero; tiene camaradas.

« Pero nada le arredra contra el escritor ni contra el diarista.....»

Exactísimo!

Mas, ¿qué será de todos esos hombres cuando haya llegado para ellos la hora del eterno descanso, si no han peleado como los diaristas la dura batalla de la vida?

Se pasará de prisa delante de sus tumbas. Habrán sido los felices de la vida, que es un momento. No habrán sido los felices de la historia, que es gloria, inmortalidad, eternidad para cuantos saben tener la fortaleza del deber.

Ahí está, señor Junius, nuestra recompensa, que nadie envidia, y nuestra venganza, que á nadie lastima.

Reciba usted mis saludos.

Justo Arteaga Alemparte.

9

LA LEY

ROCHA, JUNIO 28 DE 1876.

DÉCIMA

Sigan las demostraciones
De fino amor y respeto
Al Gobernador, biznieto
Del Conde de Poblaciones.

—

Despues del *meeting* famoso,
En Santa Lucia iniciado
Para que el actual estado
De cosas siga; y glorioso
El Dictador y gustoso
Mire manifestaciones
Y escuche las peticiones
Que se le suelen llevar,
Bien podemos esclamar
Sigan las demostraciones.

—

Patriotas! desengañados
De sus sueños é ilusiones,
No quieren ya instituciones,
Y si el ser esclavizados
Por mandones esforzados.
Quieren un Gobierno neto
Que tenga al Estado quieto
Sin libertad ni elecciones.....
Pero que admita espansiones
De fino amor y respeto.

—

Y por eso á parodiar
Con entusiasmo se han puesto
A un tiempo, que por funesto
Siempre debióse olvidar
Sin procurarlo imitar.
Que al país por su suerte inquieto
Es lanzarle el mas cruel reto,
El conpelerlo á marcar
La marcha que hizo elevar
Al Gobernador biznieto.

—

Siguiendo en este camino
No es difícil de prever
Que ha de llegarse á emprender
El trabajo augusto y fino
De buscar el pergamino
Que con escudo y florones
Nos enseñe los blasones
Del Gobernador presente,
Mostrándolo descendiente
Del Conde de Poblaciones.

Montevideo, Junio 21 de 1876.

(S. M. L) ANTAR.

Luis Melian Lafinur

Efemérides

1851—SE LEVANTA EL SITIO DE ESTA PLAZA DE MONTEVIDEO.

Invadida la República por un ejército argentino compuesto de 14 mil hombres al mando del Brigadier General D. Manuel Oribe, se encontrò en el Arroyo Grande [Departamento de Mercedes] con el ejército nacional al mando del entonces Presidente constitucional, Brigadier General D. Fructuoso Rivera. Una batalla en la que la suerte de las armas favoreciò al ejército invasor [6 de Diciembre de 1842] lo trajo vencedor hasta el frente de esta capital, poniéndole un riguroso sitio el 16 de Febrero de 1843.

Ocho años y siete meses, durò este memorable sitio que inmortalizò á Montevideo, y en el que tanto se distinguiò su juventud, la de Buenos Aires y los voluntarios italianos y franceses. El General Urquiza, como General en jefe del ejército aliado contra Rosas, hizo levantar el sitio **el 8 de Octubre de 1851** en virtud de un Tratado por el cual las autoridades de Montevideo fueron reconocidas y acatadas por el ejército sitiador. El alma de la defensa de Montevideo, General D. Melchor Pacheco y Obes, muriò pobre en el estranjero; pero la patria, recordando los eminentes servicios prestados por tan distinguido General, honrò sus restos mortales depositándolos **el 8 de Octubre de 1876** en el panteon en que se conservan las cenizas de los que consagraron una inteligencia notable y un valor poco comun al servicio de la nacion.

El mismo dia eran depositados en el mismo panteon los restos del General Garzon, cuya lealtad acrisolada y abnegacion iban à ser coronadas en 1852 por la elevacion à la primera magistratura de la Republica.

Manifestacion de principios y propósitos

DEL CLUB NACIONAL DEL DEPARTAMENTO DE MONTEVIDEO

—

Sancionado en la gran reunion popular del dia 7 de Julio de 1872

Colocado el país desde 1865 en una situacion irregular y violenta, creada por el réjimen dictatorial inaugurado en aquella época, y agravada esa situacion bajo la administracion del general don Lorenzo Batlle, que *gobernando con su partido y para su partido*, llegó á hacerse intolerable aun para sus correlijionarios políticos, el partido nacional se vió forzado á tomar las armas con el designio de llegar cuanto antes á la reconstruccion de los poderes públicos, bajo el imperio de la Constitucion y de las leyes.

En las diversas tentativas que se hicieron á fin de poner término á la guerra civil que fué necesario mantener para alcanzar ese propósito, el partido nacional ha comprobado por sus declaraciones y por sus actos que colocaba sobre toda otra aspiracion, la noble y patriótica aspiracion de buscar el restablecimiento del órden constitucional en la franca y leal apelacion á la soberania popular.

Desgraciadamente el tardio reconocimiento por parte del gobierno del general Batlle del propósito funesto que encerraba su programa político, los intereses ilejitimos vinculados á su administracion y las antiguas pasiones de partido avivadas durante la lucha, hicieron imposible la alta solucion de principios que todos los buenos ciudadanos anhelaban.

Despues de grandes dificultades en que se puso á prueba el patriotismo y el desprendimiento de los ciudadanos en armas del partido nacional, cúpole por fin al gobierno actual la suerte de firmar el Convenio de Paz, aunque mutilado en una de sus cláusulas mas esenciales.

El Convenio de Paz no ha podido satisfacer completamente las mas altas aspiraciones del patriotismo; pero el partido nacional ha salvado su responsabilidad pugnando por la mas ámplia y lejitima solucion, hasta donde era conciliable con los sufrimientos del pais y con la seguridad del Estado.

Con todo, si la Convencion de Paz, en los términos en que ha sido ajustada, no es el mayor bien que pudo hacérsele al pais, ella le ha evitado la gran calamidad de la prolongacion indefinida de la guerra civil y ha abierto á todos los partidos el terreno de las luchas pacíficas y legales.

Decidido por su parte el partido nacional á ejercitar sus derechos y á cumplir los deberes que la convencion le impone, confiando en que los depositarios del poder público llenarán el compromiso especial y solemne que han contraido, de garantir á todos los ciudadanos el libre ejercicio de sus derechos políticos, persiguiendo y evitando todo fraude y toda coaccion—el Club Nacional de Montevideo levanta como bandera electoral para los próximos comicios y como vínculo de union entre sus correlijionarios politicos, la siguiente declaracion de principios y propósitos, á cuyo triunfo consagrará sus esfuerzos:

El Club Nacional admite como un principio fundamental de libertad y de justicia la coexistencia de los partidos que, buscando su influencia y preponderancia por los medios legales, aspiren á dirijir los destinos de la República.

Como consecuencia de esta declaracion, sostendrá para si y para los demas, á la par de las garantías individuales que la Constitucion consagra, la libertad de la prensa, la libertad de asociacion y de reunion, la libertad de sufrajio.

Considera que solo el respeto reciproco de estos derechos primordiales puede desarmar á los partidos, convirtiéndolos definitivamente en elementos solidarios del progreso y felicidad de la República.

El Club Nacional obedece á una aspiracion del patriotismo oriental que ha tenido sus manifestaciones gloriosas, sin que los grandes principios en que se funda hayan llegado á realizarse aun en toda su amplitud; no condena ni glorifica los partidos del pasado; no se considera ligado en su marcha futura á los hechos en que aquella aspiracion haya sido contrariada ó desconocida, y condena todo esfuerzo que tienda á la organizacion ó perpetuacion de partidos ó bandos personales, de partidos esclusivistas y tiránicos que renovarian las calamidades de otras épocas, poniendo en peligro las conquistas, á caro precio alcanzadas, en favor de la libertad y del órden.

El Club Nacional admite en su seno á todos los ciudadanos, cualesquiera que hayan sido anteriormente sus opiniones politicas y siempre que acepten las ideas fundamentales consignadas en este programa.

El Club Nacional, consecuente con sus declaraciones y con el espíritu elevado que lo anima, propenderá á llevar á la Representacion Nacional y á la Presidencia de la República á los ciudadanos mas capaces de realizarlas, por sus virtudes y por sus talentos, y no vacilará en escojerlos fuera del seno de su comunidad política, siempre que estén de acuerdo con las ideas y propósitos fundamentales que ella profesa.

Siendo los Representantes del pueblo legisladores y á la vez electores de Presidente de la República, vicio de que adolece la Constitucion actual, el Club Nacional no hará depender la designacion de sus candidatos de la adhesion á determinada candidatura Presidencial, sino que se fijará principalmente en las aptitudes ó condiciones que reunan para desempeñar dignamente el cargo de Legisladores, en la seguridad de encontrar asi tambien buenos electores.

El Club Nacional propenderá á que sus candidatos respondan por sus ideas é ilustracion á las necesidades mas vitales de la actualidad, y considera que son de las primeras:

El mantenimiento de la paz como bien supremo para la Nacion y base de toda mejora y de todo progreso.

El restablecimiento del órden y de la moral administrativa.

El afianzamiento del crédito público.

El respeto escrupuloso de los compromisos legalmente contraidos por el Estado.

La reduccion en cuanto sea posible de los gastos de la Administracion pública, á fin de disminuir los impuestos y de alejar toda combinacion económica ó financiera que pudiese esterilizar las fuerzas productivas del pais, cuyo desenvolvimiento reclama la mayor solicitud de parte del Estado.

La reforma de la ley de elecciones, con arreglo á la mayor subdivision de los distritos ó circunscripciones electorales y al sistema que mejor consulte la representacion de las minorias.

La creacion de la Alta Corte, y reorganizacion de la Administracion de Justicia en la Capital como en los demás Departamentos, depositándola en magistrados de ciencia y de probidad intachable, y dándole todo el ensanche y descentralizacion necesaria, á fin de que todo el pais goce de sus beneficios.

La consagracion de la responsabilidad civil de todos los funcionarios públicos por el quebrantamiento de los derechos, libertades y garantías establecidas en la Constitucion y las leyes.

El mejoramiento de las Cárceles y fundacion de la Penitenciaria.

La abolicion de la pena de muerte por delitos politicos.

El establecimiento del gobierno municipal, confiando á los pueblos y distritos rurales el manejo de sus propios intereses abandonados hasta hoy, cuando no absorvidos por una centralizacion administrativa que no responde á las exijencias de la época.

La seguridad y garantías mas eficaces en favor de la propiedad rural, único medio de subsanar los quebrantos que ha sufrido y de que no permanezcan incultos é improductivos nuestros campos.

El fomento y la mayor difusion de la educacion é instruccion del pueblo, única base firme de las instituciones democráticas.

La difusion de la enseñanza agrícola é industrial, prestándole la atencion que hasta hoy le ha faltado, y en que se cifra en gran parte la riqueza y el porvenir del pais.

El Club Nacional propenderá, en una palabra, á que se realizen todas aquellas reformas que pueden contribuir á elevar las condiciones morales de la poblacion y al desenvolvimiento de la riqueza y prosperidad de la República.

El Club Nacional, por último, reconoce la conveniencia de que la constitucion de la República sea reformada, adaptándola á las exi-

jencias de la época y á la marcha progresiva de la sociedad.

Con un gobierno regular, que los orientales tienen la esperanza de alcanzar en los próximos comicios; emanado del pueblo, que descanse en el sólido pedestal de la opinion y reciba de ella su única fuerza, serán realizables todas las aspiraciones patrióticas y se alejarán las causas de perturbacion interior y las complicaciones estrañas que han llegado á poner en conflicto la autonomía de la Nacion. No será posible temer entonces ni las aberraciones del fanatismo político, ni las venganzas sangrientas, ni la perpetuacion de los odios del pasado.

Programa del Club Radical

Art. 1º El Club Radical es una asociacion nueva é independiente que no reconoce solidaridad con ninguno de los partidos del pasado.

Art. 2º El Club Radical condena y rechaza la fusion ó amalgama con partidos ó elementos personales de ideas y aspiraciones distintas de las suyas propias, fundando su fuerza moral en el presente y sus esperanzas de fuerza material para el futuro en la estrecha uniformidad de los principios y propósitos que forman el vínculo inquebrantable de la asociacion.

Art. 3º El *Club Radical* piensa que la discusion del pasado, provocando recriminaciones ardientes y antagonismos brutales que no tienen razon de ser en nuestro tiempo, encierra un peligro para la conservacion del órden público y el afianzamiento de las instituciones libres; pero desligado de los antiguos partidos y considerándose exento de pasiones para juzgarlos, se ocupará de ellos con dignidad y con altura, siempre que lo considere necesario para la defensa de sus doctrinas.

Art. 4º El Club Radical aplaude que todos los ciudadanos concurran á la reconstruccion del pais; y verá el triunfo de sus aspiraciones en la formacion de nuevos partidos de principios, propendiendo á que ese movimiento rejenerador de la vida democrática, no se esterilize por la intolerancia de los viejos mandos.

Art. 5º El Club Radical anhela ver á todos los elementos sanos, liberales y progresistas, sin distincion de colores, convocados al trabajo reparador de la administracion pública, y condena como la mas abominable de las fórmulas políticas aquella que por boca de los majistrados ose decir al pueblo: *gobernaré con mi partido y para mi partido.*

Art. 6º El Club Radical anatematiza toda intervencion estranjera en los asuntos internos del pais, y mirará como fin primordial de sus esfuerzos la conservacion de todos los derechos inherentes á la independencia y á la soberanía nacional.

Art. 7º El Club Radical anatematiza las ejecuciones ordenadas sin forma de proceso ni sentencia legal, y propenderá á la abolicion de la pena de muerte en materia de delitos políticos.

Art. 8º El Club Radical quiere el reinado de la libertad política en sus mas ámplias manifestaciones.

Libertad de la prensa bajo la esclusiva é inviolable jurisdiccion del jurado.

Libertad de reunion y asociacion, sin mas límite, que el respeto á la tranquilidad pública.

Libertad de sufragio, eficazmente garantida por la imparcialidad y la abstencion de las autoridades civiles y militares en el acto de los comicios públicos.

Libertad ó seguridad individual, á cubierto de las interpretaciones fraudulentas que se han dado al artículo 81 de la Constitucion.

Art. 9º El Club Radical quiere el reinado imparcial de la igualdad, ya en las relaciones del ciudadano con el Estado, ya en la de los ciudadanos entre sí, y pugnará por el mas estricto cumplimiento de las leyes que regulan aquel sagrado principio.

Art. 10. El Club Radical viendo en la fraternidad el lazo que dá vida y fuerza á las naciones,—combatirá las aberraciones del fanatismo político, la perpetuacion de los ódios, la glorificacion de las venganzas—y demostrará prácticamente que la diversidad de ideas y aspiraciones no debe nunca dividir en ejércitos enemigos y feroces á los hijos de una misma tierra.

Art. 11. El Club Radical considera la arbitrariedad cometida contra un solo ciudadano, sea cual sea su opinion y sus antecedentes, como un ataque á la sociedad entera, y declara unos de sus mas sagrados deberes, el de defender por todos los medios posibles el derecho agredido en la persona de sus adversarios políticos.

Art. 12. El Club Radical no admite otro principio de autoridad que el emanado de la soberanía del pueblo, bajo la custodia de las instituciones pátrias; pero, dentro de ese límite, reconoce como una necesidad suprema del pais, el respeto al Poder Público y la sucesion pacífica de los que sean llamados á ocuparlo.

Art. 13. El Club Radical, en el órden de los intereses materiales, promoverá incansablemente el desarrollo de la industria, de la agricultura y del comercio, de la inmigracion estrangera, de las vias de comunicacion y de las instituciones de crédito, trabajando tambien por la formacion de la Estadística general, por el arreglo de la Deuda Pública y la reforma de nuestro sistema rentístico.

Art. 14. El Club Radical se esforzará por conseguir que se haga inmediatamente práctica la organizacion dada al poder Judicial por la Constitucion del Estado, creándose la Alta Corte de Justicia, y estableciéndose jueces letrados en los departamentos, para lo cual el pais, en sus diversas comunidades políticas cuenta con el necesario y competente personal.

Art. 15. El Club Radical propenderá á que el pais inicie la reforma de la Constitucion, y con este objeto defenderá y propagará los siguientes principios constitucionales:

Consagracion espresa de todos los derechos individuales declarándose nula toda ley que los suprima y restrinja preventivamente en su ejercicio.

Apropiacion á nuestro estado social y á nuestra organizacion política de las garantías del *habeas corpus inglés* y establecimiento preceptivo del juicio por jurados en materia criminal.

Imposicion de la responsabilidad á todos los funcionarios públicos por los actos ilegales en que dañen derechos ó intereses de cualquier habitante del pais.

Prohibicion absoluta, bajo severas responsabilidades, de que los tribunales apliquen leyes derogatorias de la Constitucion del Estado.

Estencion del plazo de residencia fijado á los miembros del poder ejecutivo.

Eleccion del Presidente por intermedio de colejios electorales nombrados al efecto y con ese esclusivo mandato.

Estension del derecho de sufragios á todas las clases de la sociedad, con un sistema electoral capaz de asegurar la representacion de las minorias.

Derogacion de algunas de las incompatibilidades parlamentarias establecidas por el artículo de la Constitucion.

Planteacion del municipio administrativo, judicial y militar, sobre la base de una descentralizacion prudentemente combinada con la ingerencia politica del Poder Central.

Organizacion de la Guardia Nacional ó las milicias, sobre la base de la eleccion popular con arreglo á los principios uniformemente adoptados en toda la Union Americana y en otros pueblos libres.

Asignacion de un fondo y rentas fijas, espresa é inviolablemente afectas á la obra de la educacion, puesta al alcanze de todos los habitantes del Estado.

Y en jeneral, todas las reformas que tiendan á garantir la libertad, y á consolidar el gobierno del pueblo por el pueblo.

Art. 16. Siendo muchas de las reformas indicadas, susceptibles de realizarse en leyes orgánicas, de acuerdo con el artículo 17 de la Constitucion, el Club Radical trabajará en el sentido de conseguir que esas reformas sean implantadas por la Asamblea que el pais elejirá próximamente.

Montevideo, Mayo 30 de 1872.

IDILIO

I

Oh! recuerdos, y encantos, y alegrias
de los pasados dias!
¡Oh gratos sueños de color de rosa!
¡Oh dorada ilusion de alas abiertas,
que á la vida despiertas
en nuestra breve primavera hermosa!

II

¡Volved, volved á mi! Tended el vuelo
y bajadme del cielo
la imágen de mi amor, casto y bendito.
Lucid al sol las juveniles galas,
y vuestras leves alas
refresquen ¡ai! mi corazon marchito.

III

Era á principios del ardiente Julio,
Harta de Marco Tulio,
Ovidio y Plauto *Anquises* y *Medea*,
rompiendo su enojosa disciplina,
la turba estudiantina
regresaba con júbilo á su aldea.

IV

¡Hace ya tanto tiempo! Era yo mozo:
negro y sedoso bozo
mi sonrosado labio sombreaba.—
Emprendí cuando todos mi camino
galopando sin tino.
¡Mi bondadosa madre me esperaba!

V

¿Y nadie más? ¡Ay! sí. Mi compañera
alegre y hechicera,
en los mejores años de la vida.
La inseparable amiga de mi infancia,
flor de inmortal fragancia,
que llevo en mis recuerdos escondida.
Niña de corazon sencillo y puro,
en el rincon oscuro
de humilde pueblo se crió conmigo.
Encontróse al nacer huérfana y sola,
pero mi hogar prestóla
blando regazo y paternal abrigo.

VII

No alteró nuestra dicha sombra alguna:
en nuestra honrada cuna
nos durmió el mismo beso, el mismo canto.
Juntos como dos pájaros crecimos,
y juntos compartimos
la pena, el gozo, la inquietud y el llanto.

VIII

—¡Cuán hondo surco en mi memoria labra!—
La primera palabra
que balbució su labio fué mi nombre.
Yo la enseñé con fraternal cariño
las plegarias del niño
que suele á veces olvidar el hombre.

IX

Desde el alba hasta el término del dia
la gente nos veia.
vagar sin rumbo en infantil concierto.
¡Siempre andábamos juntos! Siempre unidos,
buscábamos los nidos
en los frondosos árboles del huerto.

X

¡Cuántas veces con sustos y congojas,
entre las verdes hojas
crujir sentimos la insegura rama,
y ántes de aprovecharnos del aviso,
hallamos de improviso
lecho impensado en la mullida grama.

XI

¡Cuántas veces corriendo descuidados
por viñas y sembrados,
nos postró la fatiga del camino,
y á la luz del crepúsculo, ya escasa,
volvíamos á casa
en el carro de miés de algun vecino!

XII

Ráipdas al pasar y alhagadoras,
las no contadas horas
nos hallaban tranquilos y risueños.
Hasta cuando la noche negra y fria
piadosa nos rendia,
juntos los dos jugábamos en sueños.

XIII

El tiempo deslizóse dulcemente
como mansa corriente
que cruza el hondo valle, limpia y clara,
Pero ya tuve edad, y como es uso,
mi buen padre dispuso
que mis graves estudios empezara.

XIV

¡Conservaré el recuerdo mientras viva!
Sin pena á dejar iba
por vez primera los paternos lares:
mi amante madre preparaba inquieta
la estudiantil maleta.
y sin querer llorar, lloraba á mares.

XV

Mi padre enternecido, aunque severo,
ensillaba el overo
que ya esperaba indócil á la puerta.
La hermosa niña, casi adolescente,
inclinaba la frente,
callada y sin color como una muerta!

XVI

En confusion ruidosa, pero grata,
la loca cabalgata
de otros muchachos á buscarme vino.
—Rayaba apénas la rosada aurora.—
—"¡Vamos, Juan, que ya es hora!"
Gritó la turba, y prosiguió el camino

XVII

Mi madre entonces con abrazo estrecho
me atraje hácia su pecho,
devorándome á besos trastornada.
Y mi padre decia, ahogado en llanto:
—¡Mujer, no es para tanto,
¡Siempre has de ser así! Lloras por nada.—

XVII

Puse fin á la triste despedida,
monté, tendí la brida
y seguí en pos del bullicioso bando.
Aún escuché gritar:—"¡Que escribas, hijo!"
La niña nada dijo,
mas se abrazó á mi madre sollozando.

XIX

¡Fué terrible y patético el momento!
Yo, hasta entónces contento,
conmovido lloré, perdí la calma.
La ansiada libertad me sonreia;
pero ¡ay de mí! sentia
que en aquel pobre hogar dejaba el alma.

XX

Pocos meses despues, de amor henchido,
tornaba al patrio nido,
fija en su santa paz mi única idea.
¡Oh ventura! á los últimos reflejos
del sol, y ya no lejos,
alcancé á ver la torre de mi aldea.

XXI

Doblaba lentamente la campana;
ancha franja de grana
teñía el cielo de matices rojos;
sepultábase el sol en el ocaso. . . .
¡Ay! yo detuve el paso,
y el llanto del placer cegó mis ojos.

XXII

No tardé en reponerme, y ya sereno
solté á mi potro el freno.
dejandole correr á su albedrío.
Volaba envuelto en nube polvorosa;
pero una voz gozosa
me contuvo diciendo:—"¡Ay, hijo mío!"

XXIII

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
de la vírgen bendita,
que sobre loma desigual descuella,
dándole gracias por mi vuelta al cielo.
con impaciente anhelo
me aguardaba mi madre, y ¡tambien *ella*!

XXIV

Quedéme al verla estático y absorto.
Roto habia en tan corto
plazo el boton de rosa su clausura,
hiriéndome de pronto como un rayo,
aquella flor de Mayo,
en todo el esplendor de su hermosura.

XXV.

Ella estaba encendida, yo confuso.
Por fin mi madre puso
término á mi ansiedad apasionada:
observó nuestro tímido embarazo,
y con amante abrazo,
nos oprimió á los dos enajenada.

XXVI

En la santa explosion de su alegría
sus besos repartia
entre nosotros, anhelante y loca,
Y con afan mi corazon sediento
aspiraba el aliento
de la púdica vírgen en su boca.

XXVII

Mezquino y débil el lenguaje humano
pretenderia en vano,
pintar nuestra emocion intensa y viva.
No es posible decir lo que sentimos;
pero al lugar volvimos,
yo cabizbajo, y ella pensativa.

XXVIII

Mas ¡ay! mi encanto se deshizo en breve.
Duró lo que la nieve
que no llega á cuajar en la llanura.
¡Un instante no más! Solo un instante,
animó su semblante
fugitivo destello de ternura.

XXIX

No acertaba á explicarme su mudanza:
la ingénua confianza
de la edad infantil trocó en desvío,
y los alegres juegos que animaron
nuestra niñez, pasaron
como pasan las ondas por un rio.

XXIX

Apuré la amargura hasta las heces:
á veces grave, á veces
adusta, y pronta siempre en sus enojos,
me hablaba sin razon con gesto esquivo,
y sin ningun motivo
se llenaban de lágrimas sus ojos.

XXXI

Desde el alba hasta el término del dia,
ya nadie nos veia

vagar sin rumbo en fraternal concierto.
Ya no andábamos juntos, ni ya unidos
buscábamos los nidos,
en los frondosos árboles del huerto.

XXXII

Ya no me acompañaba, y yo, alterado,
pasaba por su lado,
tranquilo en la apariencia y satisfecho.
Era oponer la indiferencia al dolo;
mas al quedarme solo
se me saltaba el corazon del pecho.

XXXIII

Entónces ¡ay de mí! pensando en *ella*
dirigia mi huella
hácia las ruinas del feudal castillo,
que sobre estéril y ondulada mota
alza su frente rota
sin almenas, sin puente, ni rastrillo.

XXXIV

Elévase fantástica y disforme
aquella mole enorme,
que muestra de los siglos el estrago:
crece en las hendiduras de la piedra
la trepadora hiedra
y al pié del muro el triste jaramago.

XXXV

Solo las bulliciosas golondrinas
turban de aquellas ruinas,
la paz solemne con sesgado vuelo,
y alguna alondra al ascender inquieta,
símbolo del poeta,
que cuando canta, se remonta al cielo.

XXXVII

En muda calma y soledad medrosa
parece que reposa
aquel gigante por la edad rendido.
Hasta un arroyo que á sus plantas corre,
y la vetusta torre
proyecta en su cristal, pasa sin ruido.

XXXVII

Para vencer mi insoportable tédio,
y hallar algun remedio
á mis ánsias prolijas y secretas,
con brazo vigoroso y pié seguro
subia por el muro,
buscando apoyo en sus profundas grietas

XXXVIII

Agil, robusto, dueño de mi mismo,
al través del abismo
alzábame hasta el fin, no sin trabajo,
para ver en confusa perspectiva
la inmensidad arriba,
y la tristeza del silencio abajo.

XXXIX

Las aves que en la torre se acogían,
al acercarme huían,
y solo con mis penas en la altura,
de codos en el ancho parapeto,
miraba con respeto
el cielo azul y la feráz llanura.

XL

¡Cuántas veces mi espíritu errabundo,
apartado del mundo,
en aquel torreon del homenaje,
con íntima y tenáz melancolía,
se engolfaba y hundía
en la infinita calma del paisaje!

XLI

Ni aislada roca, ni escarpado monte
del diáfano horizoute
el indeciso término cortaban:
por todas partes se extendia el llano,
hasta el confin lejano
en que el cielo y la tierra se abrazaban.

XLII

¡Oh tierra en que nací, noble y sencilla!
¡Oh campos de Castilla
donde corrió mi infancia! ¡Aire sereno!
¡Fecundadora luz! ¡Pobre cultivo!. . .
¡Con qué placer tan vivo
se espaciaba mi vista en vuestro seno!

XLIII

Cual dilatado mar, la miés dorada
á trechos esmaltada
de ya escasas y mústias amapolas,
cediendo al soplo halagador del viento,
acompasado y lento,
á los rayos del sol mueve sus olas.

XLIV

Cuadrilla de atezados segadores,
sufriendo los rigores
del sol canicular, el trigo abate,
que cae agavillado en los inciertos
surcos, como los muertos
en el revuelto campo de combate.

XLV

Corta y cambia de pronto la campiña,
alguna hojosa viña
que en las umbrías y laderas crece,
y entre las ondas de la miés madura.
cual isla de verdura,
con sus varios matices resplandece.

XLVI

Serpean y se enlazan por los prados,
barbechos y sembrados,
los arroyos, las lindes y caminos,
y donde apénas la mirada alcanza,
cierran la lontananza
espesos bosques de perennes pinos.

XLVII

Por angostos atajos y veredas,
los carros de anchas ruedas
pesadamente y sin cesar transitan,
y sentados encima de los haces,
rapazas y rapaces
con incansable ardor cantan ó gritan.

XLVIII

Lleno de majestad y de reposo
el Duero caudaloso
al través de los campos se dilata:
refleja en su corriente el sol de estio,
y el sosegado rio
cinta parece de bruñida plata.

XLIX

Ya oculta de improviso una alameda
su marcha mansa y leda;
ya le obstruye la presa de un molino,

y como potro á quien el freno exalta,
párase, el dique salta,
y sigue apresurado su camino.

L

En las tendidas vegas y en las lomas,
cual nido de palomas,
se agrupan en desórden las aldeas,
y en la atmósfera azul pura y tranquila,
lijeramente oscila
el humo de las negras chimeneas.

LI

En las cercanas eras reina el gozo.
Con íntimo alborozo
contempla el dueño la creciente hacina,
y mientras un zagal apura el jarro,
otro descarga el carro
que bajo el peso de la miés rechina.

LII

Otro en el trillo de aguzadas puntas,
que poderosas yuntas
mueven en rueda, con afan trabaja,
y cual premio debido á su fatiga
desgránase la espiga,
y salta rota la reseca paja.

LIII

Una pesada tarde en que el bochorno
como el vapor de un horno
caldeaba la tierra, embebecido
y suspirando ante el vasto panorama,
que al pié se desparrama
de la alta torre, me quedé dormido.

LIV

Ignoro el tiempo que postrado estuve.
Caliginosa nube
encapotó el espacio, antes sereno.
Dominábame el sueño blandamente,
hasta que de repente
me despertó sobresaltado un trueno.

LV

Era de noche ya. Con hondo espanto
ví que el lóbrego manto
de las densas tinieblas me envolvía.
Recordé el sitio, calculé la altura,
é insólita pavura
deshizo, como sombra, mi energía.

LVI

Quise medir la elevacion del muro,
y se perdió en lo oscuro
del fondo impenetrable mi mirada.
Grité, volví á gritar: todo fué en vano
Estaba mudo el llano,
muda la inmensa bóveda enlutada.

LVII

Mi invensible terror iba en aumento:
convulso, sin aliento,
la señal de la cruz besé contrito.
En aquella ocasion volvíme loco,
y empecé poco á poco
á bajar por la mole de granito.

LVIII

¡Un siglo para mí fué cada instante!
Bregaba jadeante,
hincando con furor en la muralla
manos y piés, tan ciego y trastornado
como el pobre soldado
que por primera vez entra en batalla.

LIX

Volaban junto á mí, tristes y graves,
las temerosas aves
que despertaba al descender yo mismo.
¡Ya escuchaba el murmullo del arroyo!....
Mas ¡ay! perdí el apoyo,
y oscilando quedé sobre el abismo.

LX

Mo así al ramaje respirando apenas.
La sangre de mis venas
corrió con ritmo acelerado y duro,
Desvanecido, horripilado, incierto,
y de sudor cubierto,
buscaba en vano con mis piés el muro.

LXI

¡Aun el recuerpo abrumador me arredra!
Crujió la débil hiedra
entre mi mano trémula y crispada.
Súbitamente atravesé el sombrío
espacio, sentí frío,
luego un dolor agudo, luego....¡nada!

LXII

Piadoso el cielo en mi socorro vino.
Recojióme un vecino
al pié del muró, examiné y maltrecho.
Cuando volví de mi mortal letargo,
vertian llanto amargo
las prendas de mi amor, junto á mi lecho.

LXIII

—"¡Vive!"—Mi padre alborozado dijo.
—"¡Vive!"—con regocijo
mi madre repitió, mirando al cielo:
ella en silencio se enjugó los ojos.—
Postráronse de hinojos,
y la santa oracion levantó el vuelo.

LXIV

Penosa fué mi curacion y lenta.
Tan récia y tan violenta
sacudida sufrí, que estuve inerte,
postrado y sin hablar noches y dias.
esperando las frias
y espantosas caricias de la muerte.

LXV

¡Cuántas veces en horas de martirio,
cuando tenaz delirio
mi razon y mis miembros embargaba,
cuando la abrasadora calentura
mi soledad oscura
de visiones terríficas poblaba.

LXVI

Con la sedosa cabellera suelta,
forma gentil y esbelta
parecióme entrever en mi extravío,
que se acercaba pálida, intranquila,
clavando su pupila
con honda angustia en el semblante mio!

LXVII

¿Era ficcion ó realidad? ¡Quién sabe!
¿Soñaba cuando el suave
calor sentia de furtivo beso,
que se posaba en mí, como se posa
la leve mariposa,
sin que la débil flor se doble al peso?

LXVIII

¿Soñaba cuando triste ó satisfecha,
en lágrimas deshecha
ó risueña y feliz, segun mi estado,
mirábala sumisa á mis menores
caprichos y dolores,
como un ángel de Dios, siempre á mi lado?

LXIX

No sé, ni importa ya; verdad ó sueño,
¿qué saca el pobre leño,
despojo inútil de la mar bravía,
sinó hacer más pesadas sus congojas,
con recordar las hojas
que le vistieron de verdor un dia?

LXX

Al cabo pude abandonar el lecho;
mas ¡ay! no sin despecho.
Porque á medida que la sangre ardiente
daba á mis miembros el vigor perdido,
mi dulce bien querido
recobraba su aspecto indiferente.

LXXI

Cierto dia, en las horas de la siesta,
cuando la luz molesta,
y un viento sin rumor todo lo arrasa,
al pié tendido en la agostada alfombra,
de un árbol cuya sombra,
el sol calienta, pero no traspasa,

LXXII

dejaba en perezoso enervamiento
vagar mi pensamiento,
atormentando de traidora duda.
Ella, cerca de mí, dándome enojos,
no apartaba los ojos
del bastidor, ensimismada y muda.

LXXIII

—¿Qué causa su cariño me enajena?—
con indecible pena.
me preguntaba yo.—¿Por qué me trata
con tal rigor y tan esquivo ceño?—
De mí no era ya dueño
y exclamé sin pensar:—«¡Ingrata, ingrata!»

LXXIV

Sin duda percibió mi ahogado grito.
Miróme de hito en hito
breves instantes, levantóse incierta
cual si hiciese un esfuerzo sobrehumano,
y me tendió su mano,
que á un tiempo estaba temblorosa y yerta.

LXXV

—¡Sufres! Me dijo con afán.—¿Qué tienes?
¿con tan fieros desdenes
paga tu afecto la mujer que adoras?
Tu incurable afliccion me causa miedo.
¡Ay de mí! que no puedo
sino llorar contigo cuando lloras.—

LXXVI

Fijéme en ella con sorpresa y pasmo.
¿No era unir el sarsasmo
á la traicion? ¿las burlas al desvío?
La indignacion profunda que me ahogaba,
rompió al fin como lava
que se convierte en inflamado rio.

LXXVII

—«¡Goza, gózate! —dije—fementida,
en enconar la herida
que con tan injusta indiferencia has hecho.
¡Ojalá fuera fácil olvidarte!
que por dejar de amarte
me arrancaria el corazon [del pecho.—]

LXXVIII

Yo la ví entónces fascinada y ciega
llegar á mí, cual llega
la enamorada tórtola al reclamo.
Era débil su voz como un gemido,
y deslizó en mi oído:
—«¿Es cierto? ¡No me engañes, que te amo!

LXXIX

Quebrante la pasion que me sofoca
la cárcel de mi boca.
¡He llorado en silencio tantos dias!
¿No me roban tu amor otras mujeres?
¿Es verdad que me quieres?
¡Si me engañáras, Juan, me matarias!]

LXXX

No sabes que esta bárbara sospecha,
como acerada flecha
me ha traspasado el corazon ¡Ay! ¡cuánto
cuánto he sufrido! . . .»—Hablábame gozosa
y en su mejilla hermosa
la risa se mezclaba con el llanto.

LXXXI

Yo la escuchaba estático. . . ¡Aún lo veo!
Aún en el alma creo
que resuena su voz, su voz vibraute
como el último acorde de una lira!
¡Aún me llama, aún suspira,
apasionada siempre y siempre amante!

LXXXII

Desbordó mi cariño cual desborda
la mar rugiente y sorda,
y con febril ardor de que me acuso,
quíse estrecharla entre mís brazos, cuando
de súbito llegando,
en silencio mi madre se interpuso.

LXXXIII

Bajé la frente de vergüenza lleno.
En el materno seno
corrió á ocultar su rostro la doncella.
Clavó mi madre en mí, sus ojos graves,
y dijo:—«Cuando acabes,
si la mereces, Juan, vuelve por ella.»—

LXXXIV

Marché á estudiar con redoblado brio.
Ni el ocio ni el hastío
mitigaron un punto mi ardimiento.
No tuve un solo instante de desmayo.
¡El rayo, el puro rayo
de su amor me encendia el pensamiento!

LXXXV

¡Terminé al fin! . . . Mas triste y abatido
regresé al patrío nido,
como el que nada busca ni desea.
A los fugaces últimos reflejos
del sol, y ya no lejos,
alcancé á ver la torre de mi aldea.

LXXXVI

Doblaba lentamente la campana.
Ancha franja de grana
ceñía el cielo de matices rojos.
Sepultábase el sol en el ocaso. . .
¡Ay! yo detuve el paso,
y el llanto del dolor cegó mis ojos.

LXXXVII

Muy cerca del lugar, junto á la ermita
de la Virgen bendita,
á cuyos muros me llegué temblando,
aguardábame sola y enlutada
mi madre idolatrada,
que se arrojó en mis brazos sollozando.

LXXXVIII

La estreché desolado y convulsivo.
—¡Murió! ¿para qué vivo?—
grité con ánsia inacabable y fiera.
Mi madre dijo señalando al cielo:
—Dios calmará tu duelo.
Es la vida tan corta! . . . ¡Ora y espera!—

Gaspar Nuñez de Arce)

Al cuadro del señor Blanes «Desembarque de los Treinta y Tres»

—

Pisan los héroes la humillada tierra,
Y al primer esplendor del sol naciente,
Con voz robusta y ánimo valiente
El grito arrojan de venganza y guerra.

—

¡Ciegos! ¿á dónde van? El alta sierra,
El bosque umbrío, la llanura ardiente,
Hierven cuajados de enemiga gente,
Y el henchido cañon la muerte encierra.

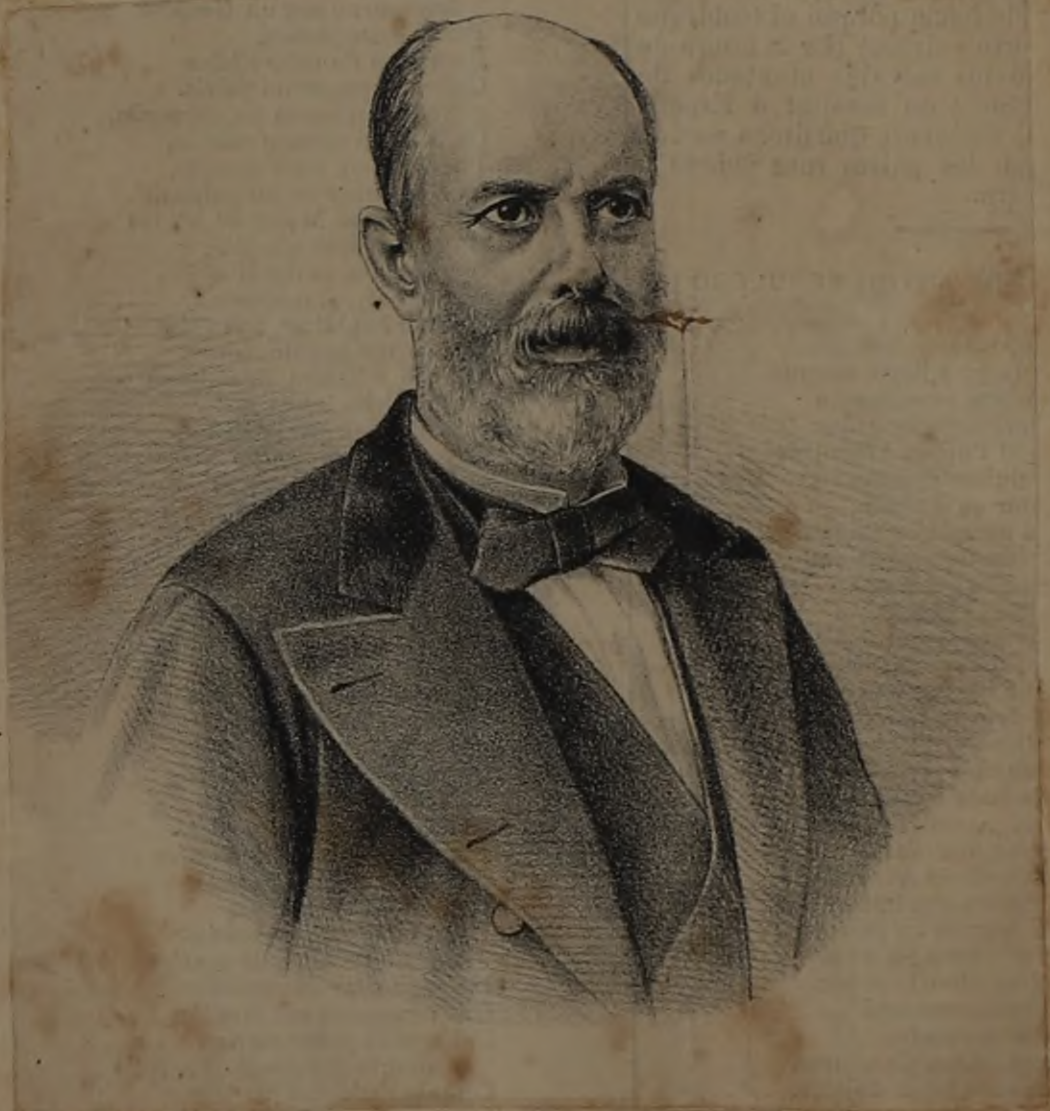
—

¡Qué importa! ¿no es la Patria quien los llama?
De la orilla cercana á la remota
La sublime locura se derrama.

—

¡Patria! es el nombre que á los lábios brota;
El caro acento al Oriental inflama,
Y lanza al viento su cadena rota!

Aurelio Berro.



JUAN M. VILLERGAS

PROFESION DE FÉ

RACIONALISTA

(Exile Ara de 1872:— Vease tomo 113 C6 mi Coleccion de folletos)

Los que suscribimos, íntimamente convencidos de la suma importancia de los problemas religiosos en la vida social; y pensando que de las soluciones que se den á esos problemas, depende en gran parte la independencia y la dignidad del hombre, el seguro goce de sus derechos, la tranquilidad del hogar, el afianzamiento de las instituciones liberales y el perfeccionamiento indefinido de la humanidad: nos asociamos con el fin de propagar por todos los medios legítimos, las creencias religiosas que profesamos, para combatir los errores de todas las religiones positivas, y para ofrecer un centro y vínculo de union á los que, pensando al presente como nosotros, sostienen que el racionalismo es la religion verdadera, y que por consiguiente, ella debe ser la religion universal.

PROFESAMOS: — La existencia de un solo Dios, sér infinito y absoluto, personal é inmutable, inmenso y eterno, soberana perfeccion, esencia de bien, de verdad y de belleza, fuente inagotable de purísimo amor y de absoluta justicia, causa y razon del Universo, luz de todas las luces, suma esencia y suprema armonía.

Y JUZGAMOS: — que es contraria al testimonio de la conciencia humana, á las concepciones de la razon y á la verdad, toda doctrina que niegue la existencia de Dios, ó que aún sin negarla, rebaje la perfeccion absoluta de la Divinidad; toda doctrina que importe la negacion de la unidad divina, tal como el dogma cristiano de la trinidad que es la negacion de Dios mismo; toda doctrina que confunda á Dios con el mundo, que predique la *encarnacion* de Dios y el *milagro*, que equivale á un trastorno y falta de armonía en el universo; que niegue la individualidad del hombre y enseñe el anonadamiento en la sustancia infinita, y que haga de Dios, soberano bien y soberana perfeccion, un sér mudable, voluble, sujeto á error y á arrepentimiento, capaz de odio, de ira y de venganza.

PROFESAMOS: — que todo hombre, en su estado normal, tiene las facultades necesarias para conocer su fin y realizarlo segun ellas; que puede elevarse hasta Dios y hasta el bien por sus solas fuerzas, que puede concebir el ideal por medio de la inteligencia, y realizarlo en lo posible por medio de la libertad; que la fé debe subordinarse á la razon, y que no debe aceptarse nada, como verdadero, bello y bueno, si no ha pasado ántes por el crisol de nuestras facultades.

Y JUZGAMOS: — falsa y degradante de la naturaleza humana, contraria á la verdad y de funestas consecuencias; toda doctrina que niegue al hombre el poder de conocerse á sí mismo, de elevarse hasta Dios por su solo poder, y de realizar el ideal en la esfera de lo posible; toda doctrina que subordine la razon á la fé, que predique un órden sobrenatural que signifique la violacion de las leyes generales del universo, y que enseñe la necesidad de una revelacion histórica, directa y personal de Dios al hombre; toda doctrina, en fin, que exija la sumision completa del hombre, la abdicacion de su razon y de sus más preciosas facultades, ante una casta, sacerdocio ó iglesia determinados que pretendan ser intérpretes de la voluntad de Dios en el mundo, ó ante la autoridad de cualquier libro canónico que, como la Biblia, se diga inspirado y aún revelado por el mismo Dios.

PROFESAMOS: — que todo hombre, en virtud de su naturaleza, del órden moral y de su destino en el mundo, y miéntras no ataque á los demás, — tiene el perfectísimo derecho de pensar, creer y profesar libremente, todas aquellas doctrinas que juzgue verdaderas con relacion al orígen, naturaleza y fin del hombre, del universo y de Dios; que tiene el poder de educar y dirigir todas sus facultades, para conseguir la felicidad y la realizacion de su destino; y que posée la libertad y el sentimiento, fuentes purísimas de nobleza, dignidad y amor, — la libertad,

razon determinante del órden moral y de las más sublimes virtudes, — la sensibilidad, origen y sustento de toda afeccion, de todo sentimiento noble y generoso y de todo vínculo de union y fraternidad entre los hombres.

Y JUZGAMOS: — como contrario al testimonio íntimo de la conciencia, como desdorosa y como degradante de la personalidad humana, — toda doctrina que proclame el fatalismo y niegue el derecho de pensar libremente; toda doctrina que, como la cristiana, enseñe la iniquidad del pecado original, de la predestinacion y de la gracia; toda doctrina que enseñe la esclavitud y la vida monástica, y que, desconociendo la naturaleza humana y la bondad y la justicia de Dios, diga que el hombre está irresistiblemente inclinado al mal, al egoismo, á la venganza, á la aversion y al odio.

PROFESAMOS: — que todo sér humano tiene por mision obligatoria realizar el bien con abnegacion y desinteres, en todas las circunstancias de la vida, y desarrollar su sér, y especialmente, las facultades de su espíritu, de una manera regular y armónica; perfeccionarse como inteligencia, como sentimiento y como voluntad en toda la estension posible de su naturaleza limitada, relacionando y armonizando siempre, todas las revelaciones de la razon, todos los descubrimientos del pensamiento, todas las tendencias y los impulsos de nuestro sér, para realizar de esta manera en la vida, la ley imperativa del bien, alcanzar la verdad y la belleza, practicar la justicia y aproximarnos cada vez más al ideal; y profesamos que la obligacion incondicional de practicar el bien, constituye la ley purísima del *deber;* ley universal de las acciones humanas, obligatoria para todos los hombres, en todo tiempo y en todo lugar; ley que manda el sometimiento de nuestra actividad á las ideas de la razon y á las inspiraciones de la conciencia, y que purifica y eleva nuestro sér ordenando un férvido amor á Dios, á nuestros semejantes y á nosotros mismos; ley perfectísima que manda al hombre que *realice el bien por el bien mismo*, en todos los momentos de su vida, por ser conforme con la esencia divina y con el órden universal, no por temor á la pena ó al castigo, no por la espera de premio ó de recompensa, no por interés ni por utilidad; ley que manda la investigacion de la verdad, la adhesion, el amor á la belleza, á la bondad y á la justicia; ley perfectísima que ordena la caridad, la templanza física y moral, la moderacion y la pureza, la dignidad y el honor, la sinceridad y el valor moral, la castidad, el pudor y la piedad universal.

Y JUZGAMOS: — como contraria al bien, á la verdad y á la justicia, como desquiciadora del órden moral, y como degradante de la nobleza y de la dignidad del hombre, toda doctrina que desconozca la ley del deber y la sagrada inspiracion de la conciencia, que proclame, como criterio de moralidad ó como norma de conducta humana, el placer ó el sentimiento, el interés ó el egoismo, y que niegue que la felicidad solo puede alcanzarse, mediante nuestra perfectibilidad incesante, el desarrollo armónico de todas nuestras facultades, la práctica del bien y la posesion de la verdad y la belleza.

Y PROFESAMOS; — que la religion verdadera que se armoniza con las leyes divinas y con las aspiraciones lejítimas de la humanidad hácia Dios, es *la religion del deber*; religion sublime, basada en la naturaleza humana, que desecha la supersticion y el fanatismo, y que manda practicar el bien, amar y respetar á Dios, rendir homenaje á su grandeza, agradecer su bondad infinita y tratar de conocerlo; religion sublime que enseña la existencia de un premio y de un castigo últimos, que están sobre la sancion de la propia conciencia, sobre la sancion de la opinion pública y sobre todas las sanciones de la tierra; sancion ó justicia divina, en virtud de la cual todo sér humano es *personal y proporcionalmente* responsable por la falta de cumplimiento á la ley del *deber;* religion sublime, que enseña la inmortalidad del alma ó la permanencia de la personalidad más allá de la muerte, como condicion necesaria de la perfectísima sancion de las leyes de Dios, y de la posesion de la felicidad, ó de ese estado mejor á que aspira constantemente nuestro sér.

Y JUZGAMOS: — contraria al órden moral, á los dictados de nuestra propia conciencia y á los verdaderos principios de justicia — toda doctrina que enseñe la suficiencia de este mundo para la realizacion de los designios de Dios, que niegue la inmortalidad del alma y que, como el cristianismo, predique la eternidad de las penas, que importa la negacion más completa de la bondad y de la justicia divinas.

Y DECLARAMOS — por último, en nombre de nuestro honor y de nuestra dignidad, ante Dios y ante los hombres, y por lo que nos debemos á nosotros mismos, á la humanidad, á la naturaleza y á Dios, propagar y realizar pública y privadamente y en todas las circunstancias de la vida, las doctrinas enunciadas en esta profesion de fé, así como todas aquellas que nos parezcan verdaderas, bellas y buenas, segun nuestras propias facultades, — á la luz de la razon y bajo las más puras inspiraciones de la conciencia: declaramos igualmente, combatir la inmoralidad, el error y la maldad, aspirando siempre á contribuir por la propaganda y práctica constante de la ley eterna del deber, á la realizacion de la union fraternal entre los hombres, por los purísimos vínculos de caridad y amor, al bienestar de todos los pueblos, á la comunion de todos los espíritus y al perfeccionamiento indefinido de la humanidad.

Abril de 1879 (De *La Razon*)

Tip. Renaud Reynaud calle Treinta y Tres, 115-117.

Efemérides

1825—TREINTA TRES ORIENTALES PASAN Á ESTE ESTADO.

Esta República Oriental en el año 25 era una provincia del Brasil, denominada Cisplatina.

Algunos de los emigrados orientales en Buenos Aires, creyeron llegado el momento de acometer la empresa de la reincorporacion de la provincia á los Estados Unidos del Rio de la Plata, y combinaron su plan en sesiones secretas que celebraron en el almacen del ciudadano argentino D. José A. Villanueva.

El proyecto de invasion fué combinado por los señores Juan A. Lavalleja, Manuel Oribe, Luis de la Torre, Manuel Lavalleja, Pablo Zufriategui, Simon del Pino y Manuel Melendez.

El señor de la Torre invirtió la suma de mil quinientos patacones en artículos de guerra, que cedió generosamente.

Con estos elementos, y algunos otros, por cierto bastante escasos, los valientes de la Cruzada, se embarcaron en diferentes puntos de la costa de San Isidro en la noche del 9 de Abril, con direccion á la isla Brazo Largo, situada cerca de la estancia de D. Tomás Gomez y en que eran esperados por D. Manuel Lavalleja, Sierra y Freire, que se habian anticipado con el armamento y municiones; pero un recio temporal les retardó la llegada á la isla hasta el **19 de Abril de 1825**, en cuyo dia hicieron su desembarco en el Arenal Grande ó Agraciada, ostentando los Treinta y Tres orientales dos banderas tricolores. Esos valientes eran:

Juan Antonio Lavalleja, Simon del Pino, Atanasio Sierra Manuel Oribe, Andrés Spikermann, Manuel Lavalleja, Pablo Zufriàtegui, Juan Spikermann, Manuel Freire, Ramon Ortiz, Basilio Araujo, Pantaleon Artigas, Andrés Chebeste, Juan Ortiz, Andrés Areguati, Dionisio Oribe. Francisco Lavalleja, Carmelo Colman, Luciano Romero, Santiago Nievas, Ignacio Medina, Jacinto Tràpani, Santiago Gadea, Joaquin Artigas, Gregorio Sanabria, Agustin Velazquez, Avelino Miranda, Manuel Melendez Celedonio Rojas, Juan Rosas, Felipe Carapé, Juan Acosta, Ignacio Nuñez.

Dos meses despues, la revolucion dominaba completamente la Provincia; habia reducido à Montevideo al mas estrecho sitio y los corsarios perseguian á las embarcaciones brasileras en el Uruguay.- Su ejército contaba ya mas de 3,000 hombres, que obraban sobre Montevideo, sobre el Uruguay, sobre la Colonia, sobre Maldonado, las fronteras del Cerro-Largo y el centro del territorio.

En este estado de cosas, Lavalleja creyò oportuno formar un Gobierno y al efecto convocò à los pueblos para elegir sus representantes, los que se reunieron el 14 de Junio en la Florida y nombraron un gobierno provisorio, del cual fué Presidente D. Manuel Calleros, y el 25 de Agosto inmediato, se alcanzaba el triunfo de la revolucion: la Sala de Representantes, se declarò libre é independiente.

A José Mazzini

SONETO

Amar la libertad con noble anhelo,
Fué la escelsa virtud de tu alma ardiente;
En su triunfo esperar con fé vehemente,
Martirios le valió á tu patrio celo.

—

La calumnia te hirió, y á estraño suelo
Tuviste que ir á reclinar la frente....
Mas la gloria despues, justa, esplendente,
Tu vida consagró como un modelo.

—

Inmortal es tu génio!...Dias propicios
En bien inauguró de otras edades;
Y desde que tu nombre al mundo asoma,

—

Inspira los heróicos sacrificios
Que el triunfo tornara en dos realidades:
La Italia Unida,—emancipada Roma.

Luis Melian Lafinur.

Setiembre 1. de 1878

Instituto de Francia

DISCURSO DE M. DE LABOULAYE SOBRE LA INFLUENCIA POLÍTICA DE LA CIENCIA EN LA SOCIEDAD

Señores: El 24 de Abril de 1816, en una fiesta semejante á la que ahora nos reune, Cuvier, presidente del Instituto, pronunció un discurso que ha llegado á ser célebre. Versaba sobre las ciencias y sus relaciones con la sociedad.

Recordando á este respecto que en una sesion celebrada en el siglo XVIII, el ingenioso historiador de la Academia de Ciencias (Fontenelle, segun creo) espresaba con una reserva en que habia quizá un poco de ironía, la idea de que las investigaciones de sus colegas podian muy bien no ser tan útiles como se creia en su tiempo, Cuvier agregaba que ya no habia necesidad de emplear ese tímido lenguaje.

Los progresos y los descubrimientos de la astronomía, de la física, de la química, de la botánica habian dado ideas mas estensas del poder de las ciencias y de sus servicios.

« Se ha visto, agregaba con justo orgullo, se ha visto á las ciencias, si no crear la sociedad, al menos nacer y desarrollarse con ella, procurarle sucesivamente todos sus goces, algunas veces trasponiendo por completo los elementos; y por lo que ellas han hecho no es dudoso calcular aun lo que harán.»

Y partiendo de ahí para bosquejar la historia de la civilizacion, Cuvier mostraba al hombre arrojado débil y desnudo á la tierra y destinado á una destruccion inevitable, si como herencia no hubiese recibido el genio, es decir, el arte de observar la naturaleza y de sorprenderle sus secretos.

Durante una larga série de siglos, las invenciones mas maravillosas no habian sido debidas mas que á la casualidad ó á ensayos felices; pero al fin habia llegado el dia en que las ciencias, seguras de sus métodos, salian de su aislamiento.

« Los diversos caminos, decia Cuvier, se han encontrado; los que los recorrian se han creado un lenguaje comun; sus doctrinas particulares, á fuerza de estenderse, han llegado á tocarse, y prestándose mútuo apoyo, marchan por un mismo camino, abrazando las existencias en toda su generalidad.

« Elevándose asi sobre todo, la ciencia á todo atiende con sus miradas; todas las artes le han sido sometidas; la industria la ha reconocido por su reguladora, ha servido y proteje al hombre en todos sus actos; se ha entrelazado de la manera mas íntima y mas sensible á todas las relaciones de la sociedad. »

Cuvier no era ni un entusiasta ni un iluminado: eran la esperiencia, la razon, el cálculo los que le conducian á decir que el estudio de la naturaleza es infinito como la naturaleza misma y que la ciencia en esa inmensidad que domina no conoce límite á sus triunfos y á sus esperanzas.

Qué diria hoy, si volviendo al mundo, viera esa grande y bella exposicion que es el triunfo, tanto de la ciencia como de la industria? Mejor que nunca tendria razon para repetir que todas las artes están sometidas á la ciencia porque no hay una sola de esas maravillas que admiramos que no tome su orígen de alguna esperiencia hecha en el fondo de un laboratorio, sin otro objeto que buscar la verdad.

Telegrafía, plateado, dorados, luz eléctrica, colores y perfumes estraidos del carbon de piedra, todos esos tesoros han sido encontrados por los fisi-

cos y los químicos, quienes los han entregado á la industria. ¿Quién descubrió la ley de los colores? ¿Quién por sus investigaciones sobre los cuerpos grasos abrió al mundo entero una fuente de riquezas? No es un sabio que pertenece al Instituto hace 52 años, no es el que se intitula con legítimo orgullo el decano de los estudiantes de Francia, el infatigable M. Chevreul?

Nada puede escapar al imperio de la ciencia. Los mundos le han confiado el secreto de su composicion. Ha hecho del sol su esclavo.

Niepce y Daguerre lo obligaron á dibujar, sus sucesores le obligan á grabar y hé aquí que un modesto y estudioso profesor de provincia obliga al divino Apolo á cederle el calor de sus rayos, haciendo de él un calentador, ó mejor dicho, un cocinero.

Todos estos prodigios que anuncian tantos otros, han convencido al fin á la opinion; ya no hay quien no salude en la ciencia á la madre de la industria y de la riqueza.

Pero ¿esto es tambien cierto cuando se trata de la influencia política que Cuvier le atribuye? ¿Es cierto, para servirme de las palabras del maestro, que algunas veces la ciencia conmueve profundamente los elementos de la sociedad? Sobre este punto no se estará quiza de acuerdo, y sin embargo para convencerse de esa verdad, basta abrir los ojos y mirar al rededor de sí.

Se reconocerá, me parece, que disipando las quimeras de la astrología, de la mágia, de la bujería, las ciencias han engrandecido singularmente el espíritu humano.

Seria difícil desconocer que la invencion de la pólvora ha cambiado el arte de la guerra, destruido la superioridad de la fuerza física y puesto á los paises civilizados al abrigo de una invasion de bárbaros; pero si yo dijese que sin la imprenta el gobierno representativo tal como todos lo entendemos, no podria existir, quizá encontraria mas de un incrédulo. Y sin embargo si los antiguos no han tenido este gobierno fué porque no teniendo á su disposicion mas que la palabra, la opinion pública no podia ejercerse fuera de la tribuna ó del foro.

En Inglaterra el parlamento, salido del régimen feudal, ha sido casi tan insignificante como nuestros Estados Generales hasta el dia en que la prensa llegó á ser una potencia.

Montesquieu, estando en Lóndres á principios del siglo XVIII, refiere con admiracion, como cosa estraña, que vió á un trastejador haciéndose llevar la *Gazeta* sobre los techos para leerla.

Todo el régimen político de las sociedades modernas consiste en ese hecho insignificante. Suprimid el periódico: los diputados hablan en el vacio y el sistema parlamentario no es mas que una irrision. La libertad antigua cayó el dia en que el foro quedó mudo; la libertad moderna desapareceria con la supresion de los diarios.

Un estranjero, entrando en el siglo pasado en una corte inglesa de justicia, decia á lord Mansfield: «Milord, estais haciendo justicia en soledad.»

—« Os engañais, respondió lord Mansfield, designando con el dedo á un diarista que tomaba notas: la Inglaterra está ahí. »

Tenia razon: gracias á la imprenta y al diario, el pais se gobierna por si mismo y es una verdad decir que la reina del mundo es la opinion.

El vapor tiene un orígen tan modesto como la imprenta; hay tambien tanta distancia de la invencion de Papin á nuestras locomotoras y líneas trasatlánticas como de la prensa de Gutemberg á nuestras prensas cilíndricas que tiran veinte mil hojas por hora; pero una visita á la galería de las máquinas nos hará fácilmente comprender que estos esclavos de fierro y de acero que no descansan ni duermen, trabajan sin cesar por esparcir á su rededor no solamente el bienestar sino tambien la igualdad.

Retroceded cien años atras; hay tres pueblos en Francia: el campesino, el ciudadano, el noble. El campesino está vestido de sayal y calzado con zuecos; va á pié y no sabe leer; el ciudadano se viste de ratina ó barragan; viaja en birlocho ó en patache y lee las amonestaciones del parlamento ó de las *Noticias eclesiásticas*; el noble lleva colorados los tacones de los zapatos, está cubierto de seda y de encajes, la espada al costado, viaja en carroza y lee ó pone sobre su mesa á Voltaire y la *Enciclopedia*.

Ahora todos se visten de paño, calzan de la misma manera, leen los mismos diarios y viajan por el mismo ferrocarril ó el mismo buque á vapor. Cuando el modo de vivir es comun, ¿dónde colocar el privilegio? Preguntad en el acto cúal es el gran nivelador de los tiempos módernos? Hélo ahí, es el vapor.

El vapor tiene en verdad defectos que reprocharle: si uno no se pone con él en guardia va á destruir el antiguo derecho de gentes.

Aproximando á los hombres, abreviando el espacio y el tiempo, él renueva poco á poco la faz de la tierra.

Al entrar á la Exposicion, preguntad de donde vienen esas oleadas de gentes que el vapor conduce de todos los puntos del horizonte. ¿Solo hay ahí un nuevo triunfo de la industria? No.

Hay allí aun una revolucion política que aunque pacífica, no por eso es menos profunda y duradera. Adios esas fronteras, verdaderas murallas de la China, tras de las cuales se acorralaban las naciones para dividirse y odiarse mútuamente. Los pueblos se mezclan y se confunden. El sueño de los estoicos es una verdad: el mundo no es mas que una vasta ciudad donde todos los hombres tienen los mismos intereses, los mismos deberes, los mismos derechos. Toda guerra es una guerra civil; ella tiene por causa la ambicion de los príncipes ó los estravíos de los pueblos, pero no tiene ninguna escusa y no son únicamente los sabios los que no ven en ella sino una execrable locura.

En el interior de cada pais estos descubrimientos multiplicados que engendran cada dia nuevas industrias, cambian poco despues las cosas, los hombres las ideas. Sabemos perfectamente que no estamos ya en la Edad Media, en esos tiempos pasados en que un señor defendido por los muros de un castillejo, protejia con su espada á los colonos y siervos colocados bajo su dominio, y en que la nobleza era tanto un privilejio como un servicio militar y una especie de soberanía; pero apenas comenzamos á ver que la sociedad ciudadana, la de hace cincuenta años, va en camino de desaparecer y que tenemos delante una sociedad que vive del trabajo.

Ahora es preciso no engañarse; una sociedad en que cada uno trabaja es una sociedad de iguales; no hay en ella lugar ni para el rango, ni para el nacimiento, ni para el privilejio. Sin duda que la riqueza juega allí un gran papel y que hay nuevas cuestiones que resolver, pero por mas glorioso que haya sido su pasado, la antigua Francia no vive mas que en la historia: asistimos al nacimiento de un mundo nuevo.

¿Se quiere la prueba de esas revoluciones de las ideas que producen los progresos de la industria, es decir, de la ciencia realizada? Hay hoy en política dos grandes cuestiones que no ocupaban hace medio siglo: la seguridad pública y la educacion.

Leed á los políticos de la restauracion, nuestros primeros maestros de derecho constitucional; encontrareis allí reflecciones injeniosas sobre el papel de la reyecía, sobre el equilibrio de los poderes, sobre la influencia de la propiedad raiz, sobre la necesidad de hacer la parte de lo que se llama la aristocracia; es la legislacion de una sociedad muy diferente de la nuestra.

Un solo publicista, el espíritu mas vasto de su tiempo, Benjamin Constant, preveia que la propiedad industrial, como la llama, sumerjiria á la propiedad raiz que no seria mas que una forma particular del empleo del capital.

Benjamin Constant saludaba esta revolucion como un beneficio, porque segun decia, la propiedad raiz es el valor de la cosa, mientras que la propiedad industrial es el valor del hombre. En otros términos, el trabajo está sobre la herencia.

El porvenir le ha dado la razon pero suscitando un nuevo problema. En todos los tiempo la seguridad ha sido la razon de los gobiernos; hoy es una necesidad mas imperiosa que nunca.

En un pueblo que vive de la agricultura, una revolucion política no es mas que una conmocion pasajera: ella no impide ni al campesino trabajar ni á las mieses madurar. Pero en un pueblo industrial, donde no hay seguridad sobre el dia siguiente, donde no se puede hacer empresas á largos plazos, el trabajo se detiene, el obrero sufre; y el Estado que en la complicacion de los intereses modernos tiene necesidad de enormes impuestos, se conmueve hasta en sus cimientos.

Traslado á nuestros hijos si quieren seguir el ejemplo de sus padres: están condenados á ser mas sabios que nosotros; de otro modo, los acontecimientos se encargarán de enseñarles que la paciencia y la moderacion aprovechan á todos y á los pequeños aun mas que á los grandes.

¿Y la educacion? No solo de ayer se reconoce su importancia: se ha repetido hasta la saciedad que el maestro de educacion seria el maestro del mundo. Pero en nuestros dias cuando se ha comprendido que en el curso universal de las naciones, no habia para un pais ni industria ni riqueza durable si el obrero no estaba en situacion de desplegar todas sus facultades, y que no habia república posible si el ciudadano no conocia sus debeaes y sus derechos, el problema industrial y el problema político no son mas que uno.

De ahí esos esfuerzos genenosos del gobierno por difundir la instruccion hasta el fondo de la mas pequeña aldea; de ahí sumas considerables votadas por las cámaras para favorecer la enseñanza primaria que educa al niño y la enseñanza superior que educa al maestro; de ahí, en fin, la libertad de enseñanza para hacer concurrir todos los esfuerzos á esta obra que encierra el porvenir de la civilizacion.

—Al salir de su aislaminnto, las ciencias han hecho milagros, pero lo mas grande que han hecho ha sido aproximar á los hombres y unirlos en esa santa cruzada contra la ignorancia, es decir, contra la miseria y las pasiones brutales. Por eso es que cuando se fijan las miradas en la Edad Media, no hay mas que anatemas para su siglo, por eso es que entrevemos la industria, mas libre, mas rica y mas moral que en el pasado.

Las ciencias no solo han aproximado las condiciones sociales, han ejercido una visible influencia sobre los estudios que tienen por objeto al hombre. Los métodos de observacion han dado nuevo aspecto á la historia, la economía política, la filosofía, pero en ninguna parte su accion es mas visible que en la política.

La idea de un desenvolvimiento regular, el ejemplo de la naturaleza que nada hace bruscamente y por asalto, nos han enseñado quo el tiempo es uno de los grandes elementos de las cosas humanas; no se cree ya en los sistemas que tienen por fin la Revolucion; no se espera la regeneracion de la humanidad por una declaracion de los derechos del hombre ó por una Constitucion improvisada.

Mas cuerdos que nuestros padres é instruidos por sus decepciones, hemos renunciado á las quimeras del estado de naturaleza soñado por Rousseau, no tenemos ninguna afeccion por el comunismo de Platon vestido á la francesa por el abate de Mably; aceptamos la sociedad tal como los siglos la han hecho, sociedad civilizada que vive de la propiedad y del trabajo. No la encontramos perfecta—la perfeccion no es de este mundo—pero vemos en ella el único elemento que se presta á reformas duraderas. Somos mas conservadores que lo que se era en 1789.

Se ha constatado esta benéfica influencia de las ciencias; se ha acusado el espíritu matemático y las ideas absolutas de algunos sabios estraviados en la política; pero es preciso decir que se ha tomado por la ciencia lo que es la negacion de ella. Me refiero á esas teorías universales que tienen la ambicion de reducir todo á un solo principio: sistema mas ó menos ingenioso que hace mas honor á la imaginacion de sus autores que á su espíritu científico.

Hoy, por ejemplo, hay una doctrina á la moda que tiene todas las seducciones de la novedad; es la doctrina de la evolucion. En vez de aplicar la semejanza de los seres por la simplicidad de un plan primitivo, lo que á decir verdad es una hipótesis, se la esplica por la descendencia y la trasformacion de su primer gérmen, lo que es otra hipótesis. Se ha reemplazado la línea horizontal por la vertical; pero es preciso confesarlo, nosotros no sacamos de ello ninguna ventaja sobre el orígen de la vida y la semejanza de los seres vivientes.

Que esa teoria esté destinada á regenerar las ciencias naturales ó que esté llamada á volar al país de los sueños, parece con todo, que la tentativa de comprender en ella la vida social no es menos féliz. Es difícil hacer del derecho y de la moral un capítulo de historia natural.

Trasportar á la política el combate por la vida, es decir, el triunfo natural ó necesario de la fuerza, es inaugurar un régimen que seria de una dureza sin ejemplo y haria retroceder la civilizacion aún mas allá del mundo pagano.

Nuestras leyes y nuestras costumbres, impregnadas del espíritu cristiano, se ocupan con un cuidado que aumenta todos los dias, de todo lo que es débil, de todo lo que sufre, niños, mujeres, viejos, inválidos, condenados, miserables. Esto es dar un desmentido á las teorías evolucionalistas, es contrariar la ley de la naturaleza que es débil en provecho de todo lo que es fuerte.

La última palabra de estas nuevas doctrinas, si ellas llegan á triunfar, es la vuelta á las leyes de Esparta, es el reinado de una aristocracia que confina con el imperio del mas poderoso, esto es, el despotismo. En una palabra, el progreso para atrás.

Los que se dejan deslumbrar por el brillo de este nuevo sistema, olvidan una cosa: esta es que si las ciencias se mezclan en todo, ellas no son todo y nunca han hecho ostentacion de semejante pretension.

El mundo de la libertad no es el mundo de la naturaleza; son dos imperios distintos que se ha intentado en vano reunir en uno solo. Hay en el hombre sentimientos, pasiones, ideas que lo elevan sobre la vida animal. El instinto de lo bello, la nocion de lo justo, el sentimiento de lo bueno, han creado las artes, las letras, el derecho, la moral;

son estos fenómenos de un género particular, cuya existencia no se puede negar pero que las ciencias naturales son impotentes para esplicar.

Rechazar como un error la idea de que el mundo es un armonioso conjunto de elementos diversos, confundir todo para obtener una unidad que no existe mas que en las palabras, es como lo decia Aristóteles, querer hacer la música con una sola nota.

La conciencia resiste á estas conclusiones, y cualquiera que sea el talento de esos lógicos empecinados, es permitido creer que él les obligara mas de una vez á persuadir á los hombres de que la libertad es una ilusion hereditaria, el bien y el mal un cuento de nodriza, y el derecho otro nombre de la fuerza y la responsabilidad moral una preocupacion de la educacion.

Observando esa transformacion del corazon y del espíritu humano con que se nos amenaza, conservemos los cuadros en que hace tres mil años el espíritu humano consigna los conocimientos que adquiere; respetemos la antigua division de las ciencias, de las letras y de las artes, así como lo han hecho los fundaderos del Instituto cuando reunieron en un haz los restos esparcidos de las antiguas academías. Se ve que la ciencia nada ha perdido con esta division de los estudios. Tampoco se ve que haya sufrido la union de nuestra gran sociedad.

Hoy es el nonagésimo aniversario de nuestra fundacion; y es permitido decir que fieles al pensamiento de sus fundadores, el Instituto ha trabajado siempre por la utilidad general y la gloria de la Francia.

En esta república de las letras, de las artes y de las ciencias ha reinado siempre una completa libertad, perfecta igualdad y una amistad que honra á los grandes y anima á los pequeños.

Es aquí donde se consigue la confianza en sí mismo cuando uno es jóven y donde su olvida la edad cuando uno es viejo; es aquí donde se cultiva la única filosofía que consuela de las pruebas y decepciones de la vida, la que persigue sin descanso la eterna verdad.

En este ejército siempre en marcha, cada uno combate valerosamente al enemigo comun—el error y la ignorancia. En vano golpea la muerte, los vacios se llenan, las filas se cierran y el que cae entrega á manos abnegadas la antorcha que debe iluminar un porvenir mejor.—He dicho.

LA RAZON

MONTEVIDEO NOVIEMBRE 3 DE 1878.

¡Sursum corda!

A mis amigos de *La Razon*.

Caros amigos: humilde vate,
Yo con vosotros quiero luchar
Y entre los gritos de este combate,
Tambien mi canto quiero mezclar.

José Alcalá Galiano.

—

Arriba corazones! La lucha está empeñada,
Los tiempos corren tristes para alcanzar el bien;
Se nubla el horizonte, no brilla la alborada,
Y el porvenir, oscuro se muestra con desden.

No importa! Batallando ha de nacer la palma
Del triunfo y de la gloria, del merecido honor;
Trás la tormenta ruda ha de venir la calma,
Y en pos de negra noche, de un sol vivo el fulgor.

Si en un presente incierto, escóndese el futuro,
Es fuerza sus misterios esquivos, sorprender,
Y en la labor fecunda, con el sentir más puro
Fijar á las ideas qué rumbo han de tener.

Los tiempos corren tristes!—es cierto; el fanatismo
De un lado, la conciencia pretende anonadar;
Del otro, las doctrinas de atroz materialismo,
Que quieren con vil barro, las almas levantar!

De los altares puros que nuestro culto erije,
Pretende el enemigo la llama suprimir;
Y todo lo que odioso, por su injusticia aflije,
Ni lo ahorra ni lo mide para mejor herir.

La ciencia calumniada, cual cómplice se mira,
Del más vulgar ateo, del ente más sin fé;
Y la materia inerte se ensalza porque inspira,
Se dice, aquellos rastros de Dios que el hombre vé.

Blasfemia tras blasfemia se viene acumulando
Por todos los protervos que insultan al Creador;
Los unos lo reniegan, hipócritas orando,—
Los otros desconocen de su obra el esplendor

Mas oh! mi Dios, arriba de los que empequeñecen
De tus augustos dones la egregia majestad,
Están los que te adoran sinceros y te ofrecen
Su vida que consagran al bien y á la verdad:

A la verdad que es algo de tu divina esencia
Y que al venir del cielo para irradiar su luz,
Alumbra sin esfuerzos la mente y la conciencia:
Fulmina á los que mienten á nombre de la cruz.

Sigamos adelante. La lucha no se evita
Cuando se esgrimen armas de noble y buena ley;
La lucha es sacrosanta si el corazon se agita
A impulsos del derecho—del mundo único rey.

Potente una barrera detenga al enemigo
Que en nuestro campo ataca el culto del deber:
Deténgalo, que lleva en su mision, consigo
La copa del veneno que dar quiere á beber.

Atras! materialistas, funestos precursores
De cruel absolutismo, de corrupcion social.....
Alcanzan más que vuestros principios destructores,
Las voces que os resisten con eco universal.

Atrás! negra falanje de hipócritas perjuros,
Sectarios de Loyola, ni un solo paso, atrás!
Que ya de vuestros crueles propósitos impuros
Están hartos los pueblos, y no sufrirán más.

¿Es dulce una esperanza, ó un grito que se impone,
Vaticinar derrotas al crímen y al error?
Es el derecho excelso que de su sér dispone
Para evocar su acento viril, libertador!

Es la conciencia erguida del mundo que protesta,
Lidiando por sus fueros que no quiere perder:
Es la verdad que sabe la sangre que le cuesta,
La senda que ha podido gloriosa recorrer.

La humanidad rechaza de sí el oscurantismo
Que sofocar quisiera la marcha de esta edad
Y al monstruo horrible teme y atróz del fana-
[tismo.
Siempre execrable, siempre, por su deformidad.

Arriba corazones! Amigos, adelante,
Al viento la bandera que enhiesta la razon;
Ante ella ha de plegarse vencida y delirante
La enseña negra, símbolo menguado de traicion.

Con armas leales, guerra llévesele al vestiglo
Que mansedumbre finge de hinojos en su altar,
Y en sus adentros odia, maldice nuestro siglo,
Y sus grandiosos hechos se goza en condenar.

Del enemigo bando que azota el pensamiento
Y la conciencia mata queriéndola oprimir,
No todos sus furores tienen el mismo aliento;
Los hay que hieren crueles—los hay que hacen
[reir.

Así puede el desprecio ser arma de combate
Cuando el absurdo venga con toda desnudez;
Pero si oculta airado sus iras, al embate
Debe ceder del libre, que lucha sin doblez.

Si el *Syllabus* hostiga con su rencor tremendo
Lo que puede las almas
Cuanto [illegible] grande, existe, cuanto al morir elevar
Igual es,--el progreso vá hacia su ideal siguiendo,
Y humilla los absurdos que [illegible]
Sabe despreciar.

Las lágrimas que llora, la humanidad de luto
Por las generaciones proscriptas de su hogar,
Allá, cuando era justo, piadoso, por tributo
Quitar la vida al réprobo que se atrevió á pensar;

Esas dejad que corran con sangre entremezcladas
Por las terribles pájinas del libro de verdad:
La historia las conserva por Dios predestinadas
Para regar el árbol de insigne libertad.

Espectros mil se yerguen que acusan ante el mundo
Las huellas que ha dejado del fanatismo el pié:
La Inquisicion, de sangre semeja un mar profundo,
Y un mar la sola noche de San Bartolomé!

Que no se reproduzcan las épocas luctuosas
De imposicion de creencias á fuego y á puñal.
Ya de romper cadenas serviles y ominosas,
El siglo diez y ocho nos dió bien la señal.

En esa senda siempre sigamos: y adelante!
La herencia de los libres sea nuestro talisman;
Y para hacernos dignos de aquel siglo gigante
Luchemos tambien algo por los que seguirán.

Los dias son de prueba, y es fuerza aprovecharlos
Para servir la causa del bien con decision;
Ya de soñar no es tiempo, los sueños á amargarlos
Bien pronto ay! ha venido la dura decepcion!

La patria amenazada se ve de los dolores,
Que hicieran una tumba del mísero Ecuador;
Luchemos por que vengan al fin tiempos mejores
Que cambien en sol libre, la noche del error.

Lance el tribuno ardiente con su palabra altiva
El credo de aquel culto que tiende al porvenir:
Mantenga con el fuego de su elocuencia, viva
La nueva luz que al mundo, ya viene á redimir.

Cantor dulce su lira, vibrar la haga sonora
Para arrancarle notas de ruda imprecacion;
Cese la tierna endecha, la casta trova: la hora
Sonó ya en que la brisa se torna en aquilon.

Suceda á la apatía, fecundo el movimiento
Que ha de realzar del alma la noble majestad;
Y en el combate no haya más alto pensamiento
Que aquel que signifique: Dios, patria, y libertad.

Luis Melian Lafinur.

Noviembre 3 de 1878

LA RAZON

MONTEVIDEO ABRIL 22 DE 1879

LOS TREINTA DINEROS

Si por treinta dineros, que á la cara
Le arrojaron los jueces con desprecio,
Vendió una noche el miserable Judas
Al sublime maestro:

—

Hoy séres viles, á la luz del dia,
Titulándose apóstoles del pueblo,
Venden su pluma y su conciencia venden....
Quizá por mucho ménos.

—

El cobarde judío avergonzado
De su traicion, y arrepentido luego,
Por propia mano se infligió el castigo
De su crímen horrendo.

—

Y los venales escritores, nunca
Sienten rubor al recibir el precio
De sus aplausos;—las monedas toman,
¡impúdicos, riendo!

—

Protervo fuiste al negociar la sangre
Del venerando mártir Galileo;—
Esos que venden su conciencia y pluma,
Son, Júdas, más protervos!

Más probidad y más honor tuviste,
Vil Iscariote, en tan remotos tiempos,
Que honor y probidad en los actuales
Tienen los fariseos!

—

Tú, despues de la infamia te colgaste,
Los otros cuelgan una cruz al pecho,
Y se deleitan al sonoro ruido
De los treinta dineros.

W. P. Bermudez.

Montevideo, Abril de 1879.

LA CONCIENCIA DEL PATRIOTA

—

Triste, como un dolor sin esperanza,
El sol que en Occidente desparece,
Sus postrimeros resplandores lanza.
Su luz, en rojas nubes, desvanece,
Y en el inquieto mar parece que arde.
Como en manto de púrpura, le envuelven
Los sangrientos celajes de la tarde.
Y más triste que el sol en el Ocaso
Y de hondísima pena
Sangrando el corazon por la ancha herida,
Daba al aire, en llorosa cantilena,
Su voz adolorida
Un apuesto doncel de rostro altivo,
Pero donde crüel el sufrimiento
Dejó su huella en la plegada boca.....
Tambien el mar se riza con el viento;
Si sopla el huracan, gime la roca.
Mientra el sol en las brumas se ocultaba,
Así sus cuitas el doncel lloraba:
—«¡Patria de mis amores, patria mia!
¿Yo, que tanto te amé, que te amo tanto,
Estaba condenado á verte un dia,—
Turbios los ojos por acerbo llanto,—
Fácil presa de odiada tiranía?
¿Y á ver en mi quebranto
El porvenir que te forjé risueño,
Disiparse en la noche como un sueño?
«¿Y eres tú la de ayer, la que de niño
Me arrullabas con cantos de victoria?....
En otrora, al calor de mi cariño,
Soñaba para tí mundos de gloria....
«¿Qué se hicieron mis dulces ilusiones?
Te soñaba feliz, y estás sufriendo;
Gloriosa, y los mandones
Te van, patria del alma, envileciendo;
Una, y desgarran tu regazo dulce,
Con fiereza brutal, torpes pasiones;
Grande, y te humillan los que vas nutriendo;
Libre, y el pecho de dolor estalla,
Mientra el acento del derecho calla.
«Cantan las aves en alegre coro,
Serpenteando murmura
La mansa fuente entre guijarros de oro,
El potro volador cruza lijero
Por la vasta llanura,
Sus alas tiende el bramador pampero:
Todo respira libertad y vida....
¡Solo yo elevo un canto lastimero
Al contemplar la libertad perdida!
« Solo puedo llorar. Mi pena es tánta,
Que al pulsar el laúd, brota un gemido.....
¡Alegre el ave en la arboleda canta
Porque libre volver puede á su nido! »
Dijo y dobló la dolorida frente.—
De ánsia infinita se llenó su pecho,
Y una lágrima ardiente
Rodó por sus mejillas dulcemente:
Cuando soplan los vientos bramadores,
Así abaten sus cálices las flores.

—

Cual lejana armonía,
Que en la noche en sus alas lleva el viento,
Una voz murmuró leve á su oido,
Ora como un gemido,
Ora severa y con viril acento....
No la que Job en su pesar oía,
Entre nubes y truenos,—
Esa voz pavorosa,
Que se atribuye al bueno de los buenos....
Sinó esa voz que fluye sin violencia
Del fondo de las almas silenciosa,—
La voz inmaterial de la conciencia.
Calmadas un instante
Las del dolor amargas, turbias olas,
Oyó la voz concisa, amenazante,
Como la madre de Boabdil, cuando éste
Abandonó las playas españolas:
—«¿Lo que no sabes defender como hombre,
Lloras como mujer?....Cesa el cobarde....
Cobarde llanto, sí! que ése es su nombre...
Hiergue la faz.—Para llorar, ya es tarde.
El corazon templado
Se quiebra alguna vez; no se doblega.
Cesa ese llanto vil, afeminado.
Tarde ó temprano la justicia llega....
« Que anegue tu interior el lloro ardiente,
Mas no suba á los párpados cobarde.
Alza altiva la frente,
Miéntras el fuego en tus entrañas arde.
Carga esa mina, hasta que al fin reviente
Por un cráter de fuego,
Como volcan que hierve en sus entrañas
Y tiemblan las graníticas montañas.
« ¡ Llorando pasas las perdidas horas ! ...
¿ El amor á tu patria así concibes ?
Ella sufre ¿y tú lloras ?
La envilecen mandones ¿ y tú vives ?
« Cuando sufre la patria un dolor vivo,
Cuando su seno el despotismo hiere,
El hombre de valor hiérguese altivo ....
Nunca debe llorar: ó mata ó muere ! »

—

Dijo y calló la voz. En tanto el cielo
De tenebrosas sombras se cubria.
Inmenso, oscuro velo
El mar, la tierra, el cielo confundia.
—«Ó mata ó muere», el jóven murmuraba,
Como el que torpe comprender no quiere,
Y la brisa en las flores susurraba,
Y de las olas el vaiven crecia,

Y un confuso rumor hasta él llegaba,
Y parece que todo repetia
La frase incomprensible: «¡ó mata ó muere!»
De pronto alzó la frente serenada,
Brilló en sus ojos un fulgor siniestro,
Y hundió en la oscuridad la audaz mirada...

—

¿Qué pensó?... Yo no sé; mas cuando veo
Gemir llorosa mi adorada patria,
En los principios que adoré flaqueo,
La pasion contenida se desata ....
Y empiezo á comprender por qué se mata.

Anacleto Dufort y Alvarez.

Montevideo, Abril de 1879.

LA VERDADERA MUSA

—

A mi amigo el doctor don Enrique de Arrascaeta

—

El poeta es quien alienta del hombre la esperanza;
Si sufre él en la tierra, fecunda es su mision;
El deja caer la idea que lleva la enseñanza,
O espresa de los pueblos, la noble aspiracion.

Enrique de Arrascaeta.

—

Se nubla el cielo; y allá en los mares,
Fiera comienza la tempestad:
De negras nubes cruzan millares,
Que al dia arrebatan su claridad.

Contra la nave los elementos
Su furia corren á desatar;
La vela rasgan terribles vientos:
El puente inunda la gruesa mar.

Crujen los mástiles, cual ténues cañas
Que á rudo empuje deban ceder:
Los truenos suenan, cual si montañas
Con su eco fueran á estremecer.

Los tripulantes un dia gozosos,
Su última hora ven ya llegar:
Postra el peligro los más medrosos,
Y á los intrépidos viene á animar.

Pero así al tímido como al valiente,
Una esperanza da el corazon;
Y fian todos en el potente
Brazo, que firme vá en el timon.

La voz de mando llega á escucharse
En lo más recio del huracan,
Y aquella nave logra salvarse
Por la pericia del capitan.

Esas tormentas del mar bravío,
En otra escena tienen su igual;
Otras borrascas de ceño impio,
Crueles preparan su triunfo al mal.

Lanzado al mundo de las ideas
El error quiere pr dominar,
Y en vez de estrellas, pálidas teas,
Quiere en los cielos ver fulgurar.

Doquier se escucha de las pasiones
Ruines, el grito demente, atroz;
Y entónces buscan los corazones,
En el peligro la amiga voz.

Como en los mares hay quien conjura,
De las torm ntas el cruel furor,
La verdad quiere que en su amargura,
Alguno lidie bien por su honor.

Corre sin brújula y va sin norte
Hácia un naufragio la sociedad!..
¿Y hay quién la mire sin que le importe?
¿Ya no hay virtudes en esta edad?

Sí: es el poeta quien presuroso
Viene buscando con alto fin,
Alzar su canto, siempre orgulloso
De santas causas,—fiel paladin.

Sí: es el poeta; él quien inspira
La fé á los pechos que hace latir;
Y en cada nota que da su lira,
Muestra los triunfos del porvenir.

El quien evocá fiel las lecciones,
Que en el pasado se han de admirar:
Cantos gloriosos, puras acciones,
Que el mundo nunca podrá olvidar.

Es el poeta quien á Tirteo,
En nuestros dias nos hará ver,
Si vil conquista, torpe deseo,
Audaz mostrara de aparecer.

Si las conciencias algun tirano,
Quisiera imbécil amordazar,
Su odio en sus lágrimas otro Lucano,
Mártir muriendo sabria exhalar.

Si acaso un réprobo, cínico hiciera
Del hogar santo soez bacanal,
En sus espaldas pronto sintiera,
El crudo látigo de un Juvenal.

Si se recuerdan los grandes hechos
De los varones muertos ayer,
Sed d· imitarlos, de nuestros pechos
Grandes virtudes hará nacer.

Pero la estrofa más elocuente
La da al poeta su corazon:
El fuego interno, luz de la mente,
Que le señala su alta mision.

Y así estrechando gratos la mano,
De los que su obra cumplieron yá,
Los vates de ahora su nuevo arcano
Muéstrenle al mundo que ansioso está.

Tenga sus lauros todo lo digno,
Que de mil triunfos fué pedestal;
De que son justos, sea egregio signo
La voz severa de la moral.

Para esa diosa, pura, divina,
Que el hombre adora: la libertad;
Y defensores va peregrina
Buscando en medio de su ansiedad.

Guárdele el bardo nota que suene
La mas vibrante de su laud,
Para que su eco todo lo llene
Miéntras no muera la esclavitud

Para la patria, las elegías
Sean que sentida la musa dé,
Siempre que tristes corran los dias,
Sin horizontes que inspiren fé.

Para el que mustio su paso inicia,
Hacia la tierra de proscripcion,
Ellas le sirvan con su justicia,
Ya de protesta, ya de oracion.

Más si salvado fuese el abismo
Que el laud en lágrimas vino á empapar,
Presto enjugadas, el patriotismo
Himnos de gloria sepa inspirar.

De los que adoran con alma ardiente
Al Dios que muestra la creacion,
Su norte sea vate ferviente,
Austero apóstol de la razon.

En sus canciones, un eco escuchen
De amor, que llene la humanidad,
Ya los que sufran, ya los que luchen,
Víctimas que hace la adversidad.

Si á los que lloran dulce consuelo
Lleve en sus cantos el bardo fiel:
Los desgraciados, la voz del cielo,
A escuchar vengan por medio de él.

De guía le sirvan los sentimientos
Que de esperanza son manantial,
Y eleve en tiernos dulces acentos,
Puras las almas hácia su ideal.

Amor eterno, que alma del mundo
En sus designios proclama Dios,
Y que con su hálito suave y profundo
De nuestros pasos va siempre en pos,

Amor, que en rayos de luz su aliento
En mil esferas viene á irradiar,
Que es númen sacro del pensamiento,
Ave del bosque, brisa del mar,

La estrófa espere que digna fuera,
De á etéreos sueños la mente abrir,
La que Teresa la santa oyera,
Presa de místico, tierno sentir;

La que en su acento llora el desvelo,
De un alma grande, siempre infeliz,
La que á Petrarca muestra en su anhelo,
O á Dante insomne por su Beatriz.

Noble soldado que tras la gloria
Con entusiasmo supo correr,
Tranquilo muera, que un dia su historia,
En letras de oro se vendrá á leer.

Los escogidos su génio tienen
Que los conduce de una á otra edad;
Que sus hazañas hace que suenen,
Y las admire la humanidad.

Es luz eterna para el guerrero
La que el combate vino á alumbrar;
A sus reflejos, Virgilio, Homero.....
La talla á un héroe le saben dar.

Y esos jigantes del pensamiento,
Son de los héroes de alto valer,
El mas glorioso, real monumento,
Con que se puedan engrandecer.

El divino arte, la augusta ciencia,
Que alejan todo lauro servil,
En honor suyo, con reverencia
Un canto esperen digno y viril.

Galileo y Newton que dictan leyes
A los planetas que ven girar:
Que de la ciencia son como reyes,
Y al dominarla la hacen brillar,

Fidias que al mármol da aliento un dia,
Rafael que á un lienzo da eterno sér,
Beethoven génio de la armonía,
Destellos todos de alto poder,

Sabios y artistas, donde se admira
La fuerza magna de concepcion,
Fuente fecunda para la lira,
Sean de pindárica inspiracion.

América! ... Estro de los ensueños
De hijos que lustre te quieren dar,
Aplaude verlos del plectro dueños,
Que así tus glorias podrán cantar.

Entre raudales, y el sol de un cielo
Do solo hay nubes de oro y zafir;
Entre las galas de un fértil suelo
Que mil encantos sabe esparcir,

Allá, á la sombra de tus limeras,
Entre mil trinos, —voces de amor,
Que dan las aves cruzando esferas
Saltando alegres de flor en flor,

Tus bardos todos se han inspirado,
Oh! madre América, feliz eden;
Y todos ellos allí han jurado
Ser los cantores libres, del bien.

Que han respondido con fé en el alma
A tan sublime voto despues,
Lo dice el mundo que verde palma
De honor, les cede como su juez.
. . . . . .
Sigan los vates del Orbe entero
Rasgando nieblas del porvenir;
Si ellas son densas como el acero,
Como un sol ellos se hagan sentir.

Y si cumplida fué noblemente,
La mision ruda : sufrir, luchar ;
El bardo entónces, alta la frente
Podrá á su lira tierno adios dar;

Y al estrecharla contra su seno,
Como á su hermana más casta y fiel,
Pedirle un canto dulce y sereno,
Y en postrer éxtasis morir con él.

Luis Melian Lafinur.

Montevideo, Abril de 1879.

MANCHA INDELEBLE

Derrama el sol desde el dorado Oriente
Sus fecundantes luces en la esfera;
En el plácido lago y en la fuente,
En el mar y en el rio,
En la más débil gota de rocío
Su imágen reverbera.
El sonoro arroyuelo en su camino
Los tallos mima de lozanas flores,
Y con dulce murmullo
Les llora quejas ó les canta amores;
Bajo el fresco sauzal en tierno arrullo
La paloma reclama enamorada,
El aura perfumada
Los bosques acaricia juguetona,
Y hasta en el centro de la selva umbría
De amor y de alegría
Rugir se oye la feroz leona.
Todo es paz y placer; la luz, los cielos,
La tierra con sus mares,
Las aves a millares
Desafiando las nubes en sus vuelos,
Bulliciosas cascadas y torrentes,
Purísimos ambientes,
Sutiles aires de embriagante aroma,
Ecos do quier de misteriosos himnos,
Brillantes horizontes,
Floridos valles y soberbios montes,
Todo en sublime y virginal conjunto
De la primera poderosa vida
Presenta el cuadro tierno,
Que en el lienzo sin fines del espacio
Trazó la mano del artista eterno.
¿Mas por qué cambia la admirable escena?
¿Por qué del sol enrojeció la lumbre?
¿Por qué de espanto llena
Se estremece la cumbre
De la parda montaña,
Como un titan herido que sintiera
El furor de mil muertes en su entraña?
Es que la tierra conmovida llora
Por vez primera el fratricidio horrendo,
Y ante el cadáver que justicia implora,
Y ante la faz del criminal perverso
Suspende horrorizado
Su gran palpitacion el universo.
Con inseguro paso y apoyado
En la maza sangrienta,
Trémulo baja un hombre
Del escabroso monte hácia la falda,
Cual si llevara el formidable peso
De un brazo vengador sobre su espalda.
Todo le mira con terror y espanto,
Todo le anuncia interminable guerra;
¿Ni un amigo tendrá sobre la tierra
El que ántes fué de la natura encanto?
¡Ay! solamente el insaciable tigre
Lame feroz su sanguinosa mano,
Y parece decirle astuto y fiero:
«¡Valeroso Cain! eres mi hermano.»
En la verde llanura
Detiene al fin su planta fatigada;
Gigantezca y hermosa su estatura,
Por un génio divino cincelada,
Reunido ostenta en armonioso todo
La flexible esbeltez de la palmera,
Del potro la arrogancia,
Del leon la ondulada cabellera,
Del águila orgullosa
El ojo audaz, inquieto, penetrante,
Y de la vida la más pura sávia
En sus ardientes venas palpitante.
¿Por qué arcano terrible, inesplicable,
Por qué fatal destino,
Se unió con ese físico admirable
El ánima feroz de un asesino?
Odio, ambicion, remordimientos, ira
Su corazon torturan;
Aire de tempestad su pecho aspira;
Los encendidos ojos
Siniestros rayos de pasion fulguran;
Contémplase aterrado,
Y vé su cuerpo todo
De hermana sangre por do quier manchado.
En medio á su delirio
Oye la voz de atronador torrente
Que del áspero monte se avalanza,
Inunda la pradera, y su corriente
Por hondo cauce lanza.
Corre hácia él ansioso,
Admíralo rugiente, enfurecido,
Arroja en él su maza
Y en oleaje espumoso
Sumérgese atrevido.
Como valiente pez corta las aguas,
Se pierde en ellas, reaparece, salta,
Ya acomete su fuerza correntosa,
Ya en su cristal esmalta
La talla magestuosa,
Hasta que al fin certera
Asiéndose su mano á fuerte rama
Imponente se planta en la ribera
Ni una gota de sangre
Sobre las puras aguas se pintaba;

El instrumento de su negro crimen
Por las ondas veloces arrastrado,
En lontananza apénas se mostraba,
Para quedar muy presto
Del Oceano en el fondo sepultado.
El fratricida entónces
Siente en su alma renacer el brio,
Y volviéndose al sol lleno de orgullo
Con altivez esclama:
«No tengo ya rival, el mundo es mio;
Tú, de los astros rey allá en el cielo,
Yo, de los hombres, rey aquí en el suelo.»
Una brisa dulcísima de pronto
En el volcan penetra de su alma;
De la familia es el recuerdo santo,
Sentimiento purísimo que calma
La agitacion febril de su cerebro,
Y en sus pupilas asomando el llanto
Hácia el hogar querido
Corre veloz, amante, enternecido.
Vé en el dintel de su feliz morada
Jugar alegres á sus bellos hijos,
Y á su adorada esposa,
Como las flores y la luz hermosa,
Fijarse en el sendero
Por do suele llegar su amor primero.
Rebosando en su alma la ternura,
Con ardoroso anhelo
Los brazos abre á la familia amada,
Mas ella ante su aspecto consternada,
Cual si terrible viera
Ante sus ojos sanguinosa fiera
Al fondo del hogar huyó espantada.
La bella esposa, los queridos hijos
Temerosos se oprimen,
Y hácia él tendiendo los convulsos brazos
Con vengadores dedos fulminaron
Aquella frente que manchara el crímen.
Tembló Cain, como la encina tiembla
Al abrasar su corazon el rayo,
Y huyendo de su hogar cayó en el polvo,
El alma herida de mortal desmayo.
¡Infeliz fratricida! desde entónces
Faltó la paz á su rasgado seno,
Y de la misma muerte abandonado,
¡Ay! apuró el veneno
Por su propia conciencia destilado
En vano, en vano, su cabeza espuso
A los ardientes soles del estío;
En vano la bañó en su desvarío
Con las heladas aguas de la fuente;
Aquella mancha que el horror fulgura
Con luz de maldicion, rojiza, impura,
Jamás dejó de calcinar su frente.
Con el poder de su robusto brazo
Al leon domina, y al jaguar aterra;
Con el sudor de su tostado cuerpo
Fertilizó la tierra;
Con valor y constancia
El mundo conquistó para sus hijos;
Fundó cien pueblos, levantó ciudades,
Pero al traves de su jigante gloria,
Unidos vió su crímen y su historia
En el curso fatal de las edades.

* * *

Reyes, naciones, pueblos y partidos,
Que en la guerra fundais vuestra grandeza,
Siempre en el rostro llevareis impresa
La sangre fraternal de los vencidos.

Ramon de Santiago.

Á LA JUVENTUD DE SAN JOSÉ

Miéntras las liras enlutadas callen
El himno sacrosanto,
Que ajiganta el valor de los espíritus
Y hace libre al esclavo;

* * *

Miéntras venga el rumor amenazante
Del sable pretoriano,
A humillar el altar de nuestras leyes,
Habrá tiranos.

* * *

Miéntras inicie el sacerdote artero
Con miserable engaño,
Al ciego penitente en las doctrinas
De su credo nefando;

* * *

Y en vez de un hombre libre y de carácter,
De un hombre emancipado,
Nos ofrezca, del César un esbirro,
Habrá tiranos.

* * *

Miéntras cada conciencia no alimente
Con férvido entusiasmo,
La luz de las ideas, de la honra
El fuego inmaculado,

* * *

Miéntras los hombres débiles acaten
El hecho consumado
Y cedan al más fuerte sus derechos,
Habrá tiranos.

* * *

Mientras vivan los pueblos divididos
Por ódios desfrenados
Y la ambicion levante en cada pecho
Su trono ensangrentado;

* * *

Miéntras el aire entre sus hondas leves
Arrastre avergonzado,
Los obcenos acentos de la orgía
Habrá tiranos

* * *

Miéntras sola se mire la tribuna
Del pueblo soberano,
Y pululen sofistas que consagren
El crímen y el escándalo;

* *

Miéntras haya protervos que prefieran
Al Dios del ciudadano
El coturno servil de los histriones,
Habrá tiranos.

* *

No habrá tiranos, nó, miéntras fulgure
En el altar de la conciencia humana,
El sol de la justicia redentora
Que el brazo digno de los Brutos, arma.

Ruperto Pérez Martínez.

William Shakespeare

SU VIDA Y SUS ESCRITOS

Por Victor Hugo

Hay hombres oceanos.

Esas ondas—ese flujo y reflujo—ese vaiven terrible—ese ruido de todos los soplos—esas negruras y esas trasparencias—esas vegetaciones propias del abismo—esa demagogia de nubes en pleno huracan—esas águilas en las espumas—esas maravillosas salidas de astros reflejados no se sabe en qué misterioso tumulto por millones de cimas luminosas, cabezas confusas de lo innumerable—esos abismos errantes que parecen acechar esos sollozos enormes—esos mónstruos entrevistos—esas noches de tinieblas cruzadas por rugidos—esas furias—esos frenesíes—esas tormentas—esas rocas—esos naufragios—esas olas que se chocan—esos truenos humanos mezclados á los truenos divinos—esa sangre en el abismo—despues: esas gracias—esas dulzuras—esas fiestas—esas alegres velas blancas—esas barcas pescadoras—esos cantos en medio del estrépito—esos puertos espléndidos—esos humos de la tierra—esas ciudades en el horizonte—ese azul profundo del agua y del cielo—esa acritud útil—esa amargura saludable al universo—esa áspera sal sin la cual todo se corromperia—esas cóleras y esos apaciguamientos—ese todo en uno—ese inesperado en lo inmutable—ese vasto prodigio de la monotonía inagotablemente variada—ese nivel despues de ese desquicio—esos infiernos y esos paraisos de la inmensidad eternamente conmovida—ese infinito—ese insondable: todo eso puede hallarse en un espíritu, y entonces ese espíritu se llama génio, y teneis á Esquilo, teneis á Isaias, teneis á Juvenal, teneis á Dante, teneis á Miguel Angel, teneis á Shakespeare; y es lo mismo mirar esas almas que mirar el oceano.

—

Guillermo Shakespeare nació en Stratford, sobre el Avon, en una casa en cuyo fondo se ocultaba una profesion de fé católica, que empezaba por estas palabras: *Yo Juan Shakespeare.* Juan era el padre de Guillermo. La casa, situada en la callejuela de Henley Stret, era humilde; y miserable el cuarto en que nació Shakespeare.

Paredes blanqueadas, negros tirantes que se entrecortaban formando cruces, en el fondo una ventana bastante ancha con vidrios muy pequeños, en los que aun hoy mismo puede leerse, entre otros, el nombre de *Walter Scott*: tal era la pobre mansion que albergaba á una familia en decadencia.

El abuelo de Guillermo Shakespeare habia sido magistrado; su padre en un tiempo fué alderman. *Shake speare* significa *blande lanza*; la familia tenia en su blason *un brazo empuñando una lanza*, armas elocuentes, confirmadas, segun dicen, por la reina Isabel en 1595, y visibles, en la hora en que escribimos sobre la tumba de Shakespeare en la iglesia de Stratford sobre el Avon.

Hay divergencia de opiniones sobre la ortografía de la palabra *Shake-speare*, como nombre de familia; de muy diversas maneras se le escribe: *Shakspere, Shakespere, Shakespeare, Shakspeare*; en el siglo XVIII se escribia habitualmente *Shakespear*; el traductor último ha adoptado la ortografía *Shakspeare*, como la única verdaderamente exacta, y dá para ello razones irrefutables.

La única objecion que pudiera hacérsele, es que la palabra *Shakspeare* se pronuncia con mayor facilidad que *Shakespeare*; que tal vez hubiera utilidad en la supresion de la *e* muda, y sobre todo que la posteridad, en interés de los nombres propios y para aumentar la facilidad de pronunciacion, tiene sobre ellos un derecho de eufonia.

En los versos franceses, por ejemplo, es necesaria la ortografía *Shakspeare*. Sin embargo, en prosa, y convencidos por la demostracion del traductor, escribiremos *Shakespeare*.

—

Algun vicio originario, probablemente su catolicismo, hizo decaer á la familia Shakespeare. Poco despues del nacimiento de Guillermo, el alderman Shakespeare era tan solo el carnicero Juan. Guillermo Shakespeare debutó en un matadero.

A los quince años, arremangado en la carnicería de su padre, mataba bueyes y carneros «con pompa» segun dice Aubrey.

A los diez y ocho se casó. Anteriormente habia compuesto una cuarteta. Esa cuarteta, contra las aldeas de los alrededores, fué su debut en poesía. Declara en ella que Hilibrough es ilustre por sus aparecidos y Bidford por sus borrachos. El mismo estaba ébrio cuando hizo esa cuarteta, al aire libre, al pié de un manzano, que se hizo célebre en el país, á causa de ese Sueño de una noche de estío.

En esa noche y en ese sueño, durante el cual cruzaron mancebos y doncellas, en esa embriaguez y al pié de ese manzano, le pareció bonita una paisana, Ana Hatway. Las bodas se siguieron. Se casó con Ana Hatway, ocho años mayor que él; tuvo una hija primero, despues dos gemelos, varon y mujer; y la abandonó. Esa Ana, que desaparece durante toda la vida de Shakespeare, vuelve á presentarse en su testamento, en el que le deja *la menos buena* de sus dos camas «porque, probablemente, dice un biográfo, habia empleado con otras la mejor.» Shakespeare, como La Fontaine, no hizo sino atravesar por el matrimonio.

Hecha á un lado su mujer, fué maestro de escuela, escribiente en casa de un procurador despues, y mas tarde cazador furtivo. Esto último sirvió mas adelante para que dijeran que Shakespeare habia sido ladron. Un dia fué tomado cazando en el parque de Sir Thomas Lucy. Se le arrojó á una cárcel y se le instruyó un proceso.

Duramente perseguido, huyó á Lóndres. Para vivir, cuidaba los caballos en la puerta de los teatros.

Plauto daba vuelta una piedra de molino.

Todavia subsistia en Lóndres en el siglo último, la industria de cuidar caballos en las puertas, constituyendo los que la ejercian una especie de pequeña tribu ó cuerpo de oficio, que se llamaba *muchachos de Shakespeare*.

—

A Lóndres se le podria llamar la Babilonia negra. Allí es lúgubre el dia, espléndida la noche. Ver á

Lóndres es estremecerse.
Es un rumor oculto por una humareda.

Analogía misteriosa: el rumor es el humo del ruido.

París es la capital de una vertiente de la humanidad. Lóndres, la capital de otra vertiente contraria. Ciudad sombría y magnífica. La actividad allí es tumulto, y el pueblo es hormiguero. En su seno se siente uno libre y maniatado á un mismo tiempo. Lóndres es el caos ordenado.

El Lóndres del siglo décimo sexto no se parecia al Lóndres actual, pero era ya una ciudad colosal.

Cheapside era la gran calle. San Pablo, que es hoy una cúpula, era tan solo una flecha.

La peste habia hecho de Lóndres su morada, como lo habia hecho de Constantinopla. Verdad es que de Enrique VIII á un Sultan no habia mucha distancia. Y mas, el incendio era en Lóndres tan frecuente como en Constantinopla, á causa de los barrios populares edificados todos en madera.

Una sola carroza rodaba por las calles: la carroza de Su Majestad.

No habia boca-calle en que no se diera de palos á algun ratero con el *drotschblock* que todavia sirve en Groningue para apalear el trigo.

Las costumbres eran severas, casi salvajes.

Las grandes señoras se levantaban á las seis y á las nueve ya se habian acostado. Lady Geraldina Kildare, á quien cantó lord Surrey, almorzaba con una libra de tocino y un vaso de cerveza.

Las reinas, esposas de Enrique VIII, se ponian zapatos que ellas mismas hacian con lana roja, bien gruesa muchas veces.

La duquesa de Suffolk cuidaba por sí misma su gallinero en ese Lóndres, y recogidas las faldas, daba de comer á los patos de su corral.

Comer á medio dia era comer tarde.

Todos los goces del gran mundo se reducian á ir á casa de lord Leycester y jugar allí á la mano caliente. Ana Bolena jugó tambien. Se arrodilló con los ojos vendados, para ese juego, y se ensayó, sin saberlo, en la postura del cadalso.

Esa misma Ana Bolena, destinada al trono, de donde debia ir aun mas lejos, se llenaba de gozo cuando su madre le compraba tres camisas de tela de á seis peniques la vara, ó cuando le prometia un par de zapatos nuevos que costaban cinco chelines, para bailar en casa del duque de Norfolk.

—

En tiempo de Isabel, á despecho de los puritanos, y de su cólera, habia en Lóndres ocho compañías de cómicos: la de Heington Butts, la del conde de Pembroke, los criados de lord Strange, la compañía del lord-chamberlan, la del lord-almirante, los asociados de Blak Friars, los hijos de San Pablo y en primera línea los Espositores de Osos. Lord Southampton iba noche á noche á las funciones.

Casi todos los teatros estaban situados á orillas del Támesis, lo que hacia aumentar el número de los transeuntes.

De dos especies eran las salas: simples patios de albergue algunas, con un tablado arrimado á una pared, sin techo de ninguna especie; luego, bancos colocados en el suelo y por palcos las ventanas de la posada: allí se representaba en pleno dia y al aire libre: el principal de los teatros de esta clase era el Globo: en cuanto á los demás eran una especie de tiendas cerradas y alumbradas por lámparas; en ellas se daban de noche las funciones; el mas concurrido de los teatros de esta categoría era el de Black Friars.

El mejor actor de Lord Pembroke se llamaba Henslowe, el mejor actor de Black Friars, Burbage.

El Globo estaba situado en Bank-Side. Así resulta á lo menos de una nota del *Statoniers Hall* fechada en 26 de Noviembre de 1607: Los servidores de S. M. representaban por lo general en el teatro del Globo, sobre el Bank-Side.»

Las decoraciones eran simples. Dos espadas cruzadas, muchas veces dos latas, significaban una batalla; la camisa encima del vestido representaba un caballero; las faldas de la sirviente de los cómicos colgadas en un palo de escoba, servian para indicar un caballo enjaezado.

Un teatro rico, que mandó hacer su inventario en 1598, poseía «miembros de moros, un dragon, un gran caballo con sus correspondientes piernas, una jaula, una roca, cuatro cabezas de turcos y la del viejo Mahoma, una rueda para figurar el sitio del príncipe Lóndres y un boca del infierno.»

Otro tenia «un sol, una cerbatana las tres plumas del príncipe de Gales con la divisa *Ich Dien*, seis diablos y el papa en su mula.»

Un actor inmóvil y embadurnado con yeso representaba una pared; si separaba los dedos queria decir que en la pared anidaban lagartijas. Un hombre seguido por un perro cargado con un haz de leña y una linterna, significaba la luna; la linterna servia para indicar la *claridad* del astro.

Mucho se han burlado de esa manera de poner en escena la luz de la luna, hecha célebre por el *Sueño de una noche de estío*, sin pensar que esa es una siniestra indicacion del Dante. Véase el *Infierno*, canto XX.

El vestuario de esos teatros, en que los cómicos se arreglaban para las tablas, en bulliciosa confusion, era un recodo separado de la escena por un lienzo cualquiera, sostenido en una cuerda.

Una antigua tapicería que representaba el taller de un herrero, cerraba el vestuario del teatro de Black Friars; por los agujeros de ese tabique, algunos de cuyos pedazos flotaban, el público veia á los actores colorearse las mejillas con ladrillo pisado ó pintarse bigotes con corcho quemado á la luz de la vela.

De tiempo en tiempo, al traves de la tapicería se veia asomar algun semblante morisco que espiaba el momento de salir á la escena, ó bien la barba afeitada de un cómico, encargado de los papeles de mujer, *glabri histriones*, como los llama Plauto.

Caballeros, muchachos de escuela, soldados y marineros era lo que mas abundaba en esos teatros.

En ellos se representaba la trajedia de lord Buckhurst *Gorboduc* ó *Ferrex y Porrex*, *la madre Bombic*, de Lily, en la que se oia chillar *phip phip* á los gorriones, *el Libertino*, imitacion del *Convidado de piedra*, que entonces recorria la Europa; *Félix Philyomena*, comedia á la moda, representada primero en Greenwich ante la reina Bess, *Promos y Cassandra*, comedia dedicada por el autor Jorge Whetstone á Guillermo Fletwod, ricorder de Lóndres, el *Tamerlan* y el *Judío de Malta* de Cristóbal Marlowe, interludios y piezas de Roberto Greene, de Jorge Peele, de Tomás Lodge y de Tomás Kid, comedias góticas en una palabra, porque, así como la Francia tiene el *Abogado Pathelin*, la Inglaterra á su vez tiene *la Aguja de mi comadre Gurton*.

Mientras gesticulaban y declamaban los actores, los nobles y los oficiales, con sus penachos y sus cuellos bordados de oro, de pié ó agrupados en el teatro, volvian la espalda altaneros y á sus anchas en medio de los cómicos turbados, riendo y gritando; tenian á veces sus querellas, se lanzaban á la cabe-

za las cartas ó bien jugaban otras veces al *pares ó nones*.

Abajo, en la sombra, entre vasijas de cerveza y pipas, se veia á los hediondos (el pueblo).

Por ese teatro entró Shakespeare en el drama. De cuidador de caballos, se convirtió en pastor de hombres.

—

Tal era en Lóndres el teatro por el año 1580; en tiempo de la «gran reina» no era mucho menos miserable en Paris, un siglo mas tarde, en tiempo del «gran rey».

Y Molière, como Shakespeare, tuvo que manejarse, en un principio, con muy pobres salas.

Hay en los archivos de la comedia francesa un manuscrito inédito de cuatrocientas páginas, encuadernado en pergamino, y atado con una cinta de cuero blanco.

Es el diario de Lagrange, camarada de Molière.

Lagrange describe de esta manera el teatro en que representaba la compañía de Molière, por órden del Sr. de Rataban, superintendente de los edificios del rey, «.... tres vigas, armazones apuntaladas y podridas, y la mitad de la sala arruinada.»

En otra parte y con fecha del domingo 15 de Marzo de 1671, dice: «La compañía ha resuelto hacer un gran techo que cubra toda la sala, la cual, hasta el citado dia 15, solo habia estado cubierta por una gran tela azul suspendida con cordeles.»

En cuanto al alumbrado y al caldeo de esa sala, se lee con ocasion de los gastos estraordinarios que trajo la «Psyché,» obra de Corneille y Molière «candelas treinta libras; al conserje, por fuego, tres libras.»

Esos eran los salones que el «gran reino» ponia á disposicion de Moliére. Esa clase de estímulo á las letras no empobrecia á Luis XIV de tal modo que dejara de dar una sola vez doscientas mil libras á Lavardin y otras doscientas mil á D'Epernon; mas doscientas mil libras al regimiento de Francia y al conde Medavid, cuatrocientas mil al obispo de Noyon, porque ese obispo pertenecia á la casa de Clermont Tonnerre, y tenia dos títulos uno de conde y otro de par de Francia, uno por Clermont y otro por Tannerre; quinientas mil libras al duque de Vivonne y setecientas mil al duque de Quintin Lorges, mas ochocientas mil á monseñor Clemente de Baviera, príncipe obispo de Lieja. Agreguemos á esto, que dió mil libras á Moliére. Se ve en el registro de Lagrange en el mes de Abril de 1663, esta mencion: «por el mismo tiempo, Mr. de Molière recibió del rey, en calidad de hombre de talento, y ha sido asentada en los libros del estado, la suma de mil libras.»

Mas tarde, cuando Moliére murió, y fué enterrado en San José, dependencia de la parroquia de San Eustaquio, el rey llevó su proteccion hasta permitir que su tumba «pudiera elevarse dos piés sobre el nivel del suelo.»

—

Shakespeare, como se ha visto, se mantuvo por mucho tiempo en los umbrales del teatro, fuera, en la calle. Por fin entró. Salvó la puerta y llegó á los bastidores: Logró ser *call-boy*, *llamador*, menos elegantemente, grilon.

En 1586, Shakespeare chillaba en la compañía de Greene, en Blak-Friars. En 1587, progresó; en la pieza titulada: *El gigante Agrapardo, rey de Nubia, peor que su difunto hermano Angulafer*, Shakespeare fué el encargado de alcanzar su turbante al gigante.

Mas adelante se convirtió de comparsa que era en cómico, gracias á Burbage, á quien, mas tarde en una interlínea de su testamento, legó treinta y seis chelines, para que comprara un anillo de oro.

Fué amigo de Condell y de Hemynge, camaradas suyos, que fueron sus editores despues de muerto.

Era un hombre hermoso; tenia la frente alta, gris la barba, el aire suave, la boca amable, profunda la mirada.

Leia con gusto á Montaigne, traducido por Florio. Frecuentaba la taberna de Apolo.

Veia y trataba familiarmente á dos espectadores asíduos de su teatro; á Decker, autor del *Guls Hombook*, en el que se ha dedicado un capítulo especial, «al modo con que un hombre distinguido debe conducirse en el teatro,» y al doctor Simon Forman, que ha dejado un libro manuscrito, que sostiene las cuentas de las primeras representaciones del *mercader de Venecia* y del *Cuento de invierno*.

Veia á sir *Walter Raleigh* en el club de *La Sirena*.

En la misma época, poco mas ó menos, Mathurin Regnier, se reunia con Felipe de Bethune en la *manzana de Pin*.

Los nobles y los grandes señores de aquel tiempo ligaban sus nombres de muy buena gana á las fundaciones de tabernas.

En Paris, el vizconde de Montauban, que era un Créqui, fundó *El trinquete de los once mil diablos*; en Madrid, el duque de Medina Sidonia, almirante desgraciado de la Invencible, fundó *El Puño en rostro* y en Lóndres sir Walter Raleigh era el fundador de la Sirena. Allí se era á la vez borracho y hombre de talento.

—

En 1589, mientras Jacobo VI de Escocia, con la esperanza de llegar de esa manera al trono de Inglaterra, rendia homenaje á la Isabel, que dos años antes, el 8 de Febrero de 1587, habia hecho rodar en un cadalso la cabeza de María Stuardo, madre de ese mismo Jacobo, Shakespeare, escribió su primer drama *Pericles*.

En 1591, mientras que el rey católico soñaba sobre los planos del marques de Astorga en una segunda armada, mas feliz que la primera, porque nunca fué puesta á flote, Shakespeare escribió su *Enrique VI*.

En 1593, mientras que los jesuitas obtenian permiso del papa para pintar «los tormentos del infierno» en la «Cámara de meditacion» del colegio de Clermont donde se encerraba á un infeliz adolescente que debia al año siguiente hacer célebre el nombre de Juan Châtel, Shakespeare escribió la *Salvaje aprisionada*.

En 1594, mientras que el rey de España, la reina de Inglaterra y tambien el rey de Francia, se miraban con recelo, prontos á irse á las manos, y cuando los tres decian: *Mi buena ciudad de Paris*, Shakespeare continuó y completó su *Enrique IV*.

En 1595, mientras Clemente VIII golpeaba solemnemente con su baston á Enrique IV, en las espaldas de los cardenales Perron y D'Ossat, Shakespeare escribió *Timon de Atenas*.

En 1596, el mismo año en que Isabel publicó un edicto contra las largas puntas de la rodelas, y en que Felipe II desterró de su presencia á una mujer que se rió al sonarse las narices, Shakespeare escribió *Macbeth*.

En 1597, mientras que el mismo Felipe II decia al duque de Alba: *mereceis el cadalso*, no porque el duque hubiera entrado á sangre y fuego en los Paises Bajos, sino porque se habia presentado ante el rey sin hacerse anunciar, Shakespeare escribió *Cymbelina* y *Ricardo III*.

En 1598, mientras que el conde de Essex asolaba la Irlanda, llevando en su sombrero un guante de la reina vírgen Isabel, escribió Shakespeare *Los Dos gentiles hombres de Verona*, *El rey Juan*, *Las penas de amor perdidas*, *La comedia de errores*, *Bien está lo que bien acaba*, *El sueño de una noche de estío* y *El Mercader de Venecia*.

En 1599, mientras que el consejo privado, á peticion de Su Magestad, deliberaba sobre la proposicion de formar causa al Dr. Hairward por haber robado pensamientos á Tácito, Shakespeare escribió *Romeo* y *Julieta*.

En 1600, mientras que el emperador Rodolfo hacia la guerra á su hermano insurreccionado y abria las cuatro venas á su hijo, asesino de una mujer, Shakespeare escribió *Como V. guste*, *Enrique IV*. *Enrique V*, y *Mucho ruido por nada*.

En 1601, mientras que Bacon publicaba el elogio del suplicio del conde de Essex, del mismo modo que Leibnitz, ochenta años mas tarde, debia enumerar las buenas razones que habian aconsejado el asesinato de Monaldeschi, con la diferencia, sin embargo, de que Monaldeschi no significaba nada para Leibnitz, y que el conde de Essex era el bienhechor de Bacon, escribió la *Duodécima noche ó lo que Vd. guste*.

En 1602, mientras que, para obedecer al papa, el rey de Francia llamado *zorro de Bearn* por el cardenal sobrino Aldobrandini, rezaba diariamente el rosario, las letanias los miércoles, y los sábados el rosario de la Vírgen María, mientras que quince cardenales, asistidos por los jefes de órden, abrian debate en Roma sobre el molinismo, y mientras que la Santa-Sede, á peticion de la corona de España, «salvaba á la cristiandad y al mundo» por la institucion de la Congregacion *Auxilies*, Shakespeare escribió *Otelo*.

En 1603, mientras que la muerte de Isabel hacia decir á Enrique IV. *¡Era tan vírgen como yo católico!* Shakespeare escribió *Hamlet*.

En 1604, mientras que Felipe III, acababa de perder los Paises Bajos, escribió *Julio César* y *Medida por medida*.

En 1606, al mismo tiempo en que Jacobo I de Inglaterra, el antiguo Jacobo VI de Escocia, escribia contra Bellarmin el *Torturatorti*, é infiel á Carr empezaba á mirar dulcemente á Villiers que debia honrarlo con el título de *Vuestra Porqueria*, escribió *Coriolano*.

En 1607, mientras que la Universidad de York, graduaba de doctor al pequeño príncipe de Gales, *con todas las ceremonias y pieles de costumbre*, segun lo cuenta el Padre San Romualdo, escribió *El Rey Lear*.

En 1609, mientras que la magistratura de Francia, dándole carta blanca para el cadalso, condenaba de antemano y en confianza al príncipe de Condé «á la pena que guste ordenar su magestad,» escribió *Troilus y Cressida*.

En 1610, mientras Ravaillac asesinaba á Enrique IV de una puñalada, y el Parlamento de Paris asesinaba á Ravaillac descuartizándolo, escribió *Antonio y Cleopatra*.

En 1611, en tanto que los moros, espulsados por Felipe III, se arrastraban fuera de España y agonizaban, escribió *El cuento de invierno*, *Enrique VIII* y *La Tempestad*.

Shakespeare escribia sobre hojas sueltas, como lo hacen casi todos los poetas. Malherbe y Boileau son casi los únicos que han escrito en cuadernos.

Racan decia á la señorita de Gournay:

—«He visto esta mañana al señor de Malherbe, cosiendo él mismo con hilo grueso un cuaderno en que habrá pronto sonetos.

Cada drama de Shakespeare, compuesto de acuerdo con las necesidades de su compañia, era, segun toda apariencia, aprendido y ensayado de prisa por los actores que se servian del mismo original, por no darse el trabajo de copiarlo. De ahí para Shakespeare, como para Moliére, el destrozo y la pérdida de sus manuscritos.

Poco ó nada de registros en esos teatros casi ambulantes; ninguna coincidencia entre la representacion y la impresion de las piezas; algunas veces, ni impresas siquiera; el teatro por toda publicacion. Cuando por casualidad se hallan algunas piezas impresas, llevan títulos que confunden.

La segunda parte de Enrique VI se titula: *La primera parte de la guerra entre York y Lancastre*. La tercera parte lleva por título: *La verdadera trajedia de Ricardo, duque de York*.

Todo esto hace comprender por qué se ha hecho tanta oscuridad en torno de las épocas en que Shakespeare escribió sus dramas, y por qué es tan difícil fijar las fechas con precision.

Las fechas que acabamos de indicar, y que han sido apropiadas aquí, por vez primera, son, poco mas ó menos, exactas. Sin embargo, queda alguna duda sobre los años en que fueron, no solamente escritas, sino tambien representadas las piezas tituladas: *Timon de Atenas*, *Cymbelina*, *Julio César*, *Antonio y Cleopatra*, *Coriolano* y *Macbeth*.

Hay aquí y allá años estériles; otros de una fecundidad que parece escesiva. Es, por ejemplo, basándose en una simple nota de Meres, autor del *Tesoro del espíritu*, que se vé uno forzado á atribuir al solo año de 1598 la creacion de las piezas siguientes: *Los dos gentiles-hombres de Verona*, *La comedia de errores*, *El rey Juan*, *El sueño de una noche de estío*, *El mercader de Venecia* y *Bien está lo que bien acaba*, que Meres ha traducido por *Penas de amor ganadas*.

La fecha de *Enrique VI* ha sido fijada, al menos por lo que respecta á la primera parte, por una alusion que hace Nashe á ese drama con su *Pierce Pennilesse*.

El año de 1604 ha sido indicado como el de *Medida por medida*, á causa de haber sido esa pieza representada el dia de Santa Estefanía, de lo que hace Hemynge especial mencion; señalándose el de 1611 como el de Enrique VIII, porque fué representado cuando el incendio del globo. Incidentes de todo género, un enojo con los comediantes, sus compañeros, un capricho del lord-chamberlan, forzaban algunas veces á Shakespeare á cambiar de teatro.

La salvaje redimida fué ejecutada por primera voz en 1593, en el teatro de Henslow; *la duodécima noche* en 1601, en Middle-Temple-Hall; *Othello* en 1602, en el castillo de Havefield. *El Rey Lear* fué ejecutado en White-Hall, durante las fiestas de Navidad en 1608, ante Jacobo I. Burbage creó á *Lear*. Lord Southampton, recientemente salido de la Torre de Lóndres, asistió á esa representacion.

Ese lord Southampton era el antiguo parroquiano del Black Friars, á quien Shakespeare habia dedicado su poema *Adonis*.

Adonis estaba entonces de moda.

Veinticinco años despues de Shakespeare, el caballero Marini componia un poema *Adonis* que dedicaba á Luis XIII.

—

En 1597, habia Shakespeare perdido á su hijo, que ha dejado por huella única de su paso por la tierra,

la siguiente línea del registro mortuorio de la parroquia de Stratford-sur-Avon.

« 1597—*Agosto 17: Hamnet filius William Shakespeare.* »

Despues de la muerte de su padre, Juan Shakespeare, ocurrida el 5 de Setiembre de 1601, hablase puesto al frente de su compañía dramática. Jacobo I le dió en 1607 la explotacion del Black Friars y en seguida el privilegio del Globo.

En 1613 Mme. Isabel, hija de Jacobo, y el elector palatino, rey de Bohemia, cuya estatua se ve entre la yedra en el ángulo de una mazisa torre de Heidelberg, fueron al Globo á ver representar *La Tempestad.*

Estas apariciones reales no lo salvaban de la censura de lord chamberlan. Cierto entredicho pesaba sobre sus obras, cuya representacion era tolerada, prohibiéndose en ocasiones su impresion.

En el tomo segundo del rejistro de *Stationers Hall* puede leerse todavia al márgen de los títulos: *Como Vd. guste, Enrique V. Mucho ruido por nada*, la siguiente anotacion: «*Agosto 4, suspendidas.*»

Los motivos de estas interdicciones escapan á la investigacion.

Shakespeare habia podido, por ejemplo, poner en escena sin provocar reclamaciones, su antigua aventura de cazar en cercado ageno, y hacer de Sir Thomas Lucy un tipo grotesto—*El juez Shallow*—mostrar al público á Falstaff matando el gamo y zurrando á las gentes de Shallow, y llevar el retrato hasta dar á Shallow el blason de Sir Thomas Lucy, audaz aristofanesco de un hombre que no conocia á Hristófanes. Falstaff, en los manuscritos de Shakespeare, está escrito *Falstaffe.*

Sin embargo, habia obtenido cierta holgura de posicion, como la obtuvo mas tarde Molière.

Hácia el fin del siglo, era ya bastante rico para que el 8 de Octubre de 1598 un tal Ric—Quiney le pidiese un socorro en una carta dirigida «*á mi amable amigo y compatriota Willian Shakespeare.*» Negó el socorro, segun parece, y devolvió la carta, hallada despues entre los papeles de Fletcher, y al reverso de la cual ese mismo Ryc. Quiney habia escrito *histria! mima!*

Amaba á Stratford-sur-Avon, donde habia nacido, donde habia muerto su padre y estaba enterrado su hijo. Compró ó hizo construir una casa que bautizó con el nombre de *New Place*, y decimos que compró ó hizo construir, porque la compró, segun Whiterill, y la construyó, segun Forbes, haciéndole cuestion sobre el particular, el primero al segundo.

Estas cuestiones de eruditos sobre insignificancias, no valen la pena de que se las profundice, sobre todo cuando se vé al padre Hardouin, por ejemplo, trastornar todo un pasage de Plinio reemplazando á *nos pridem* por *non pridem.*

—

Shakespeare iba de tiempo en tiempo á pasar algunos dias á New-Place. En estas pequeñas escursiones entraba en el camino de Oxford, y en Oxford encontraba el hotel de la Corona, y en el hotel la huéspeda, bella é inteligente criatura, esposa del digno posadero Davenant.

En 1606, la señora Davenant dió á luz un muchacho que se llamó William, y en 1644 sir William Davenant, hecho caballero por Cárlos I. escribia á lord Rochester: «Sabed esto que hace honor á mi madre, soy hijo de Shakespeare»; ligándose á Shakespeare del mismo modo que en nuestros dias M. Lucas Montigny se ha ligado á Mirabeau.

Shakespeare habia casado sus dos hijas, á Susana con un médico y á Judit con un comerciante, Susana era inteligente, Judit no sabia leer ni escribir y firmaba con una cruz.

En 1613, Shakespeare, habiendo ido á Stratford-sur-Avon se sintió sin deseos de volver á Londres. Tal vez se sentia molestado. Acababa de ser obligado á tomar un préstamo sobre su casa. El contrato hipotecario que constata ese préstamo, de fecha 11 de Marzo de 1613, y revestido con la firma de Shakespeare, existia aun en el último siglo en manos de un procurador, quien lo dió á Garrick, el cual lo ha perdido. Garrick ha perdido tambien,—la señorita Violetti, su esposa, es quien lo cuenta,—el manuscrito de Forbes con sus cartas en latin.

A partir desde 1613, Shakespeare permaneció en su casa de New Place, ocupado de su jardin, olvidando sus dramas, entregado por completo á sus flores. Plantó en ese jardin de New Place la primer morera que se haya cultivado en Stratford, lo mismo que la reina Isabel habia llevado en 1561 las primeras medias de seda que se hayan visto en Inglaterra.

El 25 de Marzo de 1616, sintiéndose enfermo hizo su testamento. Su testamento dictado por él mismo, está escrito en tres páginas; firmó las tres páginas con mano temblorosa; en la primera solo firmó: WILLIAM, ón la segunda: WILEM SHASPR, en la tercera: WILLIAM SHASPR.

El 23 de Abril, murió. Cumplia ese dia justamente cincuenta y dos años, habiendo nacido el 23 de Abril de 1564. Ese mismo dia, 23 de Abril de 1616, murió Cervantes, génio de la misma talla.

Cuando Shakespeare murió, Milton tenia ocho años, Corneille diez años; Cárlos I y Cromwell eran dos adolescentes, el uno de diez y seis y el otro de diez y siete años.

—

Shakespeare tuvo en su vida muchas amarguras. Vivió constantemente insultado. El mismo lo constata. La posteridad puede leer hoy esto en sus versos íntimos:

« Mi nombre está difamado, mi naturaleza rebajada; tened piedad de mí mientras que sometido y paciente bebo el vinagre. » Soneto 111—« Vuestra compasion borra la marca que ponen á mi nombre los reproches del vulgo, » Soneto 112.—« Tú no puedes honrarme con un favor público por temor de deshonrar tu nombre. » Soneto 36.—» Mis fragilidades son espiadas por censores aun mas frágiles que yo. » Soneto 121.

Shakespeare tenia cerca de sí un envidioso permanente, Benjonson, poeta cómico mediocre á quien habia ayudado en sus estrenos.

Shakespeare tenia treinta y nueve años cuando murió Isabel. Esta reina no se habia fijado en él.

Encontró medio de reinar cuarenta y cuatro años sin ver que estaba alli Shakespeare.

Sin embargo no por eso deja de ser históricamente calificada de *protectora de las artes y las letras*, etc. Los historiadores de la vieja escuela dan estos certificados á todos los príncipes, sepan ó no leer.

Shakespeare, perseguido como mas tarde lo fué Molière, buscaba como Molière el apoyo del amo.

Shakespeare y Molière tendrian hoy mas elevado el corazon. El amo era Isabel, el rey Isabel, como dicen los ingleses, Shakespeare glorificó á Isabel, la llamó *Virgen estrella, astro del Occidente* y tambien *Diana*, nombre de diosa que agradaba á la reina, pero todo en vano. La reina no prestó atencion, menos preocupada de las alabanzas con que Shakespeare la llamaba *Diana*, que de las injurias

de Scipion Gentillis, quien, tomando por mal toda la pretension de Isabel, la llamaba *Hécate*, y le dirigía la triple imprecacion antigua: *Mormo! Bombo! Gorgo!*

En cuanto á Jacobo I, que Enrique IV llamaba *maese Jacobo*, dió, segun se ha visto, el privilegio del Globo á Shakespeare, pero prohibia gustoso la publicacion de sus piezas.

Algunos contemporáneos, entre otros el doctor Simon Forman, se preocuparon de Shakespeare, hasta el punto de investigar el empleo de una noche pasada en una representacion del *Mercader de Venecia*. Fué eso lo único que conoció de la gloria. Shakespeare muerto se hundió en la oscuridad.

De 1640 á 1660, los puritanos abolieron el arte y cerraron los espectáculos: cayó una mortaja sobre todo el teatro. Bajo Cárlos II resucitó el teatro, sin Shakespeare. El gusto falso de Luis XIV habia invadido la Inglaterra. Cárlos II era de Versalles mas que de Lóndres. Tenia por querida una jóven francesa, la duquesa de Portsmouth, y por amiga íntima la caja del rey de Francia.

Clifford, su favorito, que no entraba jamas en la sala del parlamento sin escupir, decia: «Vale mas á mi amo ser virey de un gran monarca como Luis XIV, que esclavo de quinientos súbditos ingleses insolentes.» No era ese el tiempo de la república; el tiempo en que Cronwell tomaba el título de *Protector de Inglaterra y de Francia*, y forzaba á ese mismo Luis XIV á aceptar la calidad de *Rey de los franceses*.

Bajo la restauracion de los Estuardos Shakespeare acabó de desaparecer. Tan muerto estaba que Davenant, su hijo posible, rehizo sus piezas. No hubo mas *Macbeth* que el *Macbeth* de Davenant.

Dryden habló de Shakespeare una vez, para *declararlo fuera de uso*. Lord Shaftesbury le calificó de «*intelijencia pasada de moda.*»

Dryden y Shaftesbury eran dos oráculos. Dryden, católico convertido, tenia dos hijos ujieres de la cámara de Clemente XI, hacia tragedias dignas de ser traducidas en versos latinos, como lo prueban los exámetros de Atterbury, y era el servidor de ese Jacobo II que ántes de ser rey por su cuenta habia preguntado á Cárlos II su hermano: *¿Por qué no haceis colgar á Milton?* El conde de Shaftesbury, amigo de Locke, era el hombre que escribia un *Ensayo sobre la jovialidad de las conversaciones importantes*, y que con la misma facilidad con que el canciller Hyde servia un ala de pollo á su hija, adivinaba que se habia casado secretamente con el duque de York.

Estos dos hombres condenaron á Shakespeare y todo queda dicho. La Inglaterra, país de obediencia mas de lo que se cree, olvidó á Shakespeare. Un comprador cualquiera demolió su casa, New-Place. Un doctor Cartrell, reyerendó, cortó y quemó su morera.

A principios del siglo diez y ocho el eclipse era total. En 1707 un llamado Nahum Tate publicó un *Rey Lear*, advirtiendo á los lectores «que habia tomado la idea de una pieza de no sabia qué autor que habia leido por casualidad.»

Ese *no se sabe quién* era Shakespeare.

—

En 1798, Voltaire llevó de Inglaterra á Francia el nombre de Will Shakespeare; solo que en vez de Will, pronunciaba él *Gilles*.

La burla comenzaba en Francia, y olv ido continuaba en Inglaterra.

Lo que el irlandés Nahum Tate habia hecho por el *Rey Lear*, otros hicieron por otras piezas. *Bien está todo lo que bien acaba* tuvo dos arregladores sucesivamente: Pilon para el Hay-Marquet, y Kemble para el Drury-Lane.

Shakespeare no existia ya, ni contaban con él para nada.

Mucho ruido por nada sirvió igualmente de borrador por dos veces: á Davenant en 1673, y á James Miller en 1737. *Cymbelina* fué rehecha cuatro veces, bajo Jacobo II, en el teatro Real, por Tomás Dursey, en 1695 por Cárlos Marsh, en 1750 por W. Hawkins, en 1761 por Garrice. *Coriolano* fué tambien rehecho cuatro veces: en 1682, para el teatro Real, por Tates: en 1720, para Drury-Lane, por Juan Dennis; en 1755, para Covent-Garden por Tomas Sheridan; en 1081, para Drury-Lane, por Kemple. *Timon de Atenas* fué otras cuatro veces rehecho: en el teatro del Duque en 1678, por Shatwell: en 1768, en el teatro de Richmond-Green, por James Love; en 1774, en Drury-Lane, por Cumberland; en 1786 en el Covent-Garden, por Rull.

En el siglo XVIII, el sarcasmo obstinado de Voltaire concluyó por producir en Inglaterra cierto despertar. Garrik, á la vez que corregia á Shakespeare, le representó declarando que era á Shakespeare al que representaba. Lo reimprimieron en Glasgow.

Un imbécil—Malone—comentó sus dramas, y, lógico, estucó su tumba. Hay sobre esa tumba un pequeño busto de una dudosa semejanza y de un arte mediocre, pero lo venerable es el ser contemporáneo de Shakespeare.

Este busto es el que ha servido de base para todos los retratos de Shakespeare que se ven en el dia.

El busto fué estucado.

Malone, crítico y blanqueador de Shakespeare, dió una mano de yeso á su cara y otra de necedad á sus obras.

El leon cautivo (1)

I

En el altar desierto de sus proscriptos Dioses,
Rotas las cuerdas, puso su lira el trovador:
Su paz pidió á los muertos el luchador rendido;
El viejo bardo inútil, dijo á la musa: Adios!

Almas como él enfermas, cual bálsamo á su herida,
Trayendo el arpa rota, le piden su cantar...
Al verla, contra el pecho, él la estrechó sombrío,
Y el arpa á sus latidos, agreste nota dá.

¿Es himno ó elegía, imprecacion ó ruego?...
Respondan por él otros, que en horas de dolor,
A herir de su alma el bronce, vinieron impru-(dentes,
Y herido el bronce, sordo, rujió como el leon;

Que hundióse de repente bajo la verde trampa,
Y solo vió, terribles, al pretender luchar,
Abajo el duro suelo, cerrado como tumba,
Y arriba los flecheros que el arco tienden yá!

Protesta es el rujido del pobre leon cautivo,
Y el alma del poeta, que sabe traducir,
Cuantos gemidos lanza la creacion entera;
Vencidos, arad hondo! contesta varonil.

---

(1) Leida por el Dr. D. Luis Melian Lafinur en la conferencia literaria celebrada la noche del 7 de setiembre de 1878, en celebridad del primer aniversario de la fundacion del Ateneo del Uruguay.

II

Arad hondo!

Amad el bien, amadle con delirio,
Con ardiente pasion, con la fé ciega
Que llevaba al cristiano hasta el martirio.

Sujetar al espíritu la carne,
Y á la razon la voluntad rebelde,
Saber querer con fuerza incontrastable,
Hacer de la virtud supremo objeto,
Al placer, al dolor, al hierro, al oro,
Al triunfo y la derrota, invulnerable,
Ese es todo el secreto,
La eterna fibra que en la historia late,
De cuanto bello y grande el mundo admira.

Ay! de la vida en el mortal combate,
Bajo la mano impía
Del infortunio que al mas bravo doma,
¿Quién la altiva cerviz no dobló un dia
Ante la acerba realidad impura?

Unicamente el justo, el varon fuerte,
Superior al desórden transitorio,
Que es el mal, que es la lucha, que es la muerte,
Todas las hieles resignado apura;
Y víctima espiatoria, aunque inocente,
Por invisibles alas sostenido,
Dentro del órden eternal se siente:
Premio inefable del deber cumplido!

Hay alguno allí arriba que le mira,
Y aliento sobrehumano á su alma inspira!
Lo dudais? . . . . observad á ese mancebo:
Al borde de la pira
Que en rojiza espiral humeante gira,
«Abjura de tu error, tu fé reniega,
Cristiano impenitente,
El falso sacerdote le decía;
Y Jove te perdona,
Y en vez de cruel suplicio,
Te reserva la dicha su corona.»

El mártir silencioso
Contemplaba el horrible sacrificio,
Y sintiendo la angustia postrimera,
En el cielo clavaba una mirada
Que á Dios acaso vengadora llegue;
Y arrogante y sereno respondía:
«Primero que mi fé, cobarde niegue
«Alas para volar me dé la hoguera!»

Dejad que el vulgo necio
Y algunos Bizantinos de la Europa,
A quienes llaman sabios, con desprecio
Hablen de Dios, de libertad, de todo
Lo que engrandece y dignifica al hombre.
Ni tampoco os asombre
Si enterrar se imajinan en su lodo,
El derecho, y el alma, y la conciencia.

Quien destronar á Dios loco pretende,
El que niega al Creador en su demencia,
Al que es luz y verdad, freno y escudo,
¿A qué abismos sin fondo no desciende,
Ante qué valla detenerse pudo?

Tan sublimes, magníficas conquistas,
Hoy proclaman mil sectas humanistas,
Y una constelacion (¿no será el *cáncer?)*
De eruditos, profundos cuadrumanos,
Tudescos, rusos, galos y britanos.

Despeñados cometas que amenazan
En sus convulsos brazos
Nuestro mundo moral hacer pedazos;
Arúspices—Mesías, éllos saben
Cuanto será, cuanto es, y cuanto ha sido.
¡Basta ya de ilusion! vacío está el cielo,
Todo arcano patente, y descorrido
De la insondable eternidad el velo.
No ha habido creacion, ni la primera
Causa existió jamás; el movimiento
Unido á la materia explica todo,
Y es todo evolucion, cambio incesante,
Sin principio ni fin.—Sol apagado,
El derecho reside en la tonante
Boca de los cañones; nuestra alma
(Que por cierto no vale ni un ochavo),
No es entidad divina, es *resultante*
Del humano organismo; el pensamiento
Es simple secrecion, eco sonoro;
La libertad, el sueño de un esclavo;
Y Dios un mito, explotacion, impía
Farsa, ignorancia, miedo, hipocresía!

Sin Dios, sin libertad, sin el derecho,
Desbocada, frenética, insegura,
¿Dónde asilo hallará la criatura,
Que su pié no le pongan sobre el pecho
La opresion, la ignominia y desventura?

Recoges lo que siembras, vieja Europa,
Y bacante brutal, nos envenenas
Al brindarnos impúdica tu copa.
Buen licor nos ofreces! A menudo
En medio de tus pompas y grandezas,
La fuerza sin mas ley que su albedrío,
En la balanza del derecho arroja
Su espada ensangrentada,
Y á los pueblos impone su fortuna.
La infeliz sociedad muda, aterrada,
Bajo el furor del vendabal impío
Ahoga á la República en su cuna,
Y con febril congoja
Pasa dal Cesarismo á la Comuna!

No lo extrañeis, los hombres son enanos
Y aceptan sin pudor todos los yugos,
Cuando dejan cegar en vil orgía
De las grandes verdades la alma fuente,

Y se ha visto doquier, eternamente,
Detrás de los sofistas, la anarquía,
Detrás de la anarquía, los tiranos,
Detrás de los tiranos, los verdugos!

Cuando el hombre desciende hasta la innoble
Condicion de la fiera,
En medio á las tormentas populares
Y á la atroz subversion de las ideas,
Con la candente barra y el temido
Látigo que la piel rasga sangrienta,
Surgiendo como el rayo de la nube
Terrible domador salta en la arena.

Sectarios de la fuerza, campeones
De la estoica moral independiente,
Los que á Dios y al derecho dais la espalda,
Sed consecuentes, lógicos, sinceros,
Y aceptad con la rosa las espinas;
Llegó el solemne instante en que se mide
El alcance y valor de las doctrinas,
Y el temple del apóstol se revela:
Hé ahí vuestro ídolo que os pide
Para ceñir su sien roja guirnalda,
Y por capricho anhela
Que humildes cual corderos
La garganta tendais á los aceros.

¿Tamaña aberracion no creeis posible?

. . . . . .

En pos de un dia sereno
A orillas del Rio Negro ¿acaso visteis,
En noche tormentosa de verano
Al contínuo brillar de los relámpagos,
Azorados los potros y novillos
Con pánico indecible,
En el tendido llano
Bufar, mujir, inquietos agolparse,
Y de repente al estallar un trueno,
En súbito espantoso remolino,
Como un rio que sale de su lecho,
Como tromba que arrastra el torbellino,
En furiosa carrera despeñarse
Por el alta barranca y valle estrecho?

Animada columna que ondeante
Marcado deja el rastro de sus huellas
Entre ruinas y escombros y gemidos;
Cuanto encuentra se lleva por delante,
Al serpeador tronar de las centellas.
Corrales, cercos, ranchos, todo cede
A su violento empuje;
Nada su vuelo ataja,
Ensordecen el aire sus bramidos,
Bajo el sonoro casco el suelo cruje
Y parece que el cielo se desgaja!

Las tintas de la aurora sonrosadas
Al viajero le muestran esparcidos,
Montones de cadáveres tendidos
Por *cuchillas*, lagunas y quebradas;

Convertid la mirada al viejo mundo:
Recordad cuantas veces como ahora,
De un sultan ó un autócrata, el relámpago
Que encendiera en sus ojos la esperanza
De una loca ambicion, fué lo bastante
Para arrojar con cínica insolencia
A la civilizacion su férreo guante,
Y á sus míseros pueblos, poseidos
De un vértigo infernal, á la matanza;
Asentando en pirámide de cráneos,
Al sangriento fulgor de negras teas,
Sus tronos maldecidos,
Donde éllos, microscópicos pigmeos,
Jueces en vez de reos
Pretenden ¡oh demencia!
Parodiar la divina Omnipotencia!

América mi madre,
Tierra del porvenir, bendita seas!
Alcázar esplendente
De una futura raza de Titanes,
Donde puede ya el hombre alzar la frente
Con el viril orgullo
Del esclavo que ha roto su cadena:
América mi madre, en fiero arrullo
Te saludan rujiendo tus volcanes,
Y al sacudir altiva tu melena
De bosques de laureles y de palmas,
El grito salvador que es himno y ruego
¡Dios y la libertad! brota en tus labios
Y electriza magnético las almas!
De la fé y de la Patria el santo fuego,
En tu mirada audaz relampaguea,
Y arrollando las sombras. vencedora,
Avanzas imponente,
El lucero del genio en la alta frente,
En la siniestra el faro de la idea
Y en la diestra la espada redentora!

Si alguno de tus pueblos retrocede,
Si por ventura cáe bajo el Pampero,
Que implacable y sañudo
Hasta postrarle con furor le azota,
Al lúgubre clamor que en torno zumba
El brio de los otros no se agota,
Y sin cejar un punto del endero
Que indomable trazára la República,
Al caido levantan en su escudo,
Y el alma al desaliento amurallada,
Esperan confiados la alborada,
Que ha alzar á los muertos de la tumba,
Cuando llegue á sus lares, gigantea
La sombra del pendon, que allá en la cumbre
Del Andes, victoriosa clavó un dia
La inmortal Democracia, y que hoy ondea
Y en triunfo por la América pasea,
Envuelto en rayos de invencible lumbre!

América mi madre,
Yo te saludo con amor profundo,

Vesta! que en tus entrañas puro guardas
El verbo que otra vez salvára al mundo!

Jóvenes bardos de la Patria mia,
Si quereis de las almas ir al fondo,
Y que eterna corona os ciña un dia
La virgen uruguaya poesía,
Y os aduerma la gloria en su regazo,
Creed en Dios, esperad, y firme el brazo,
Cual buenos labradores, arad hondo!

A. Magariños Cervantes.

1878.

EN LA PAZ DEL 6 DE ABRIL DE 1872

Sobre las ruinas que el pasado deja,
Sobre esos trapos que á la guerra llaman,
Signos funestos de esterminio y luto
Que ayer se alzaban;
Hoy los patriotas, de entusiasmo llenos,
El templo augusto de la Paz levantan,
Y á nuestra Patria dolorida ofrecen
Flores y palmas.

—

Madre llorosa, que angustiada viste
Partir tus hijos á la guerra infausta,
Y que hasta el cielo con dolor alzaste
Triste plegaria;
Ya vuelven todos al hogar querido,
Dó tus caricias y tu amor aguardan,
¡Que los suspiros de tu pecho cesen!
Cesen tus lágrimas!

—

Ese rumor halagador y tierno,
Que al oido llega en armonías blandas,
Es el hossana! que con voz potente
Los pueblos cantan.
El estampido del cañon que truena
No anuncia muertes, ni victorias marca;
Es la espresion del regocijo inmenso
Que llena el alma.

—

¡Oh juventud! que el porvenir encierras
De tus ideas en el arca santa!
Sonó la hora: el porvenir es tuyo,
La Paz te llama!

—

Padres, hermanos, juventud briosa,
Hombres ilustres, de cabeza cana,
Venid y todos festejemos juntos
La paz amada.

—

Y unidos siempre por abrazo estrecho
Vivámos todos, á la sombra santa,
Que nos ofrece la inmortal bandera
Celeste y blanca.

—

Que un solo voto el corazon exprese!
Que un solo grito de los pechos parta:
¡Vivan los hombres que la paz nos dieron!
¡Viva la Patria!

Alfredo E. Castellanos.

FRAGMENTOS DE UN CANTO

Ellos son! los guerreros furibundos
Hijos de la batalla y las fatigas,
Falanjes de soberbios vagabundos,
Arabes del Coran que lleva Artigas.

—

Ellos son, sí, tu libertad, tu vida,
Cabalgan en sus potros altaneros;
No perderás la honra en la partida,
No volverán la grupa tus guerreros.

—

. . . . . .
. . . . . .

Pero ¿no son tus héroes, los valientes
De San José sobre la verde loma?
Ora sus bayonetas relucientes
El Lusitano sobre tí desploma.

—

. . . . . .
. . . . . .

Tiendes los brazos al sentir su peso,
Tiendes los ojos al sufrir la afrenta,
No hay en la tierra hueso de tu hueso,
No hay quien tu agravio como suyo sienta.

—

Ayer partiste tu primer victoria
Con los hermanos que te dió la suerte,
Fué aquella sociedad para la gloria....
Y ora te busca el genio de la muerte.

—

Sola estarás en la borrasca horrenda,
Sola en la lucha, hermosa traicionada;
Tus hijos mueren en la gran contienda,
Tú caerás entre tanto abandonada.

—

De Buenos Aires el estenso foro
Retumba con la voz de la victoria;
Solo en tí sufre tu genial decoro,
Solo eres tú la víctima espiatoria.

—

Tuyos son los históricos cañones
Que en Chacabuco rujirán triunfantes,
Tuyas en parte son esas legiones
Que de pólvora y gloria ván humeantes.

—

Y en medio ¡guay! de los guerreros grandes
Que la altivez domeñan española,
Hijos tuyos tambien trepan los Andes,
Y tu espíritu llevan con Pagola.

—

. . . . . .
. . . . . .

Ah! no son ¡vive Dios! esos hermanos
Los que se elevan redimiendo un mundo;
Traidores han tomado entre sus manos
El estandarte de la luz fecundo.

—

Por eso con apática indolencia
Te contemplan, convulsa de amargura,
Miéntras el pueblo, atado á su impotencia,
Contigo en vano tu dolor apura.

José Sienra Carranza.

EL SIGLO

4 de Marzo de 1879

El posibilismo

Recientemente se ha introducido en la política española esta palabra, que representa una importante y fecunda idea.

Procuremos poner esta idea al alcance de todos.

Todo hombre y todo partido político deben tener un ideal. Para unos el ideal es el gobierno del pueblo por el pueblo, con una República basada en el sufragio universal y en el respeto á los derechos individuales. Para otros el ideal es una monarquía constitucional como la del Brasil ó Inglaterra, en que el Rey reine pero no gobierne: en que ocupe el primer puesto de la Nacion, evite de este modo las luchas periódicas que ocasiona el deseo de ocuparlo y sea el regulador que dé forma en la esfera del gobierno á la política y el pensamiento que predomine en el Cuerpo Legislativo. Para otros en fin, (porque de todo hay en la viña del Señor) el ideal en política es un Poder omnímodo y dictatorial, que bien con la corona de Emperador ó con el casco de soldado, gobierne el país con el suave régimen del sable, el látigo y el verdugo.

Todo partido político tiene que basarse en una escuela: la doctrina de esa escuela es el ideal á cuya realizacion debe aspirar.

Pero debe aspirar á ese ideal, no con la esperanza y el propósito de realizarlo de un golpe: porque esa esperanza y ese propósito importarian un desconocimiento absoluto de la naturaleza humana, de la historia del mundo y del curso que ha seguido el desenvolvimiento de las sociedades. Debe el partido tener siempre presente su ideal, para dar un paso hácia él, cada dia, para ir aproximándose gradualmente á la realizacion del mismo, para dirigir á esa realizacion las evoluciones sucesivas de la política.

Partido político que así no proceda está perdido, y nunca podrá fundar nada fecundo ni identificarse con el pais ni conquistar gloria labrando la ventura de la patria.

Es necesario para la vida política, que es eminentemente práctica, tomar las cosas como son: es necesario proscribir de la política toda ilusion: es preciso tomar el pais tal como lo han hecho la naturaleza y la historia, con sus buenas y sus malas calidades, con sus heroismos y sus pequeñeces, con sus nobles sentimientos y sus pequeñas pasiones, con sus generosos anhelos y sus desgraciadas preocupaciones, teniendo en cuenta el grado á que vaya su ilustracion, los quilates de su patriotismo, lo que el sedimento de sangre y desórden, de arbitrariedad y anarquía ha enturbiado la fuente de las nobles aspiraciones, de los levantados sentimientos, de las patrióticas abnegaciones.

Por mucho que el patriotismo se afane y se desespere, hay que hacer política, hay que hacer administracion, hay que hacer libertad, hay que hacer vida regular y honrada con los elementos que el pais encierra.—No se pueden improvisar otros.

La diferencia esencial entre la *escuela política* y el *partido político* consiste en que la escuela doctrina, y el partido ejecuta.

La escuela levanta y señala el ideal: el partido evoluciona para aproximarse á él.

La escuela, si es verdadera su doctrina, no muere—Si su ideal es conforme á la justicia y al derecho, ese ideal es un faro eterno y permanente que sirve de guia á los que navegan con sanos propósitos en el revuelto mar de la política.

Pero los partidos no deben hacerse la ilusion de creerse inmortales.—Se componen, no solo de ideas, sino de hombres en quienes las ideas se encarnan; y toda asociacion de hombres tiene la accion por condicion de vida.—La accion para las asociaciones filosóficas es el descubrimiento de la verdad.—La accion para los partidos es la influencia, directa ó indirecta, en la gobernacion del Estado: bien desde el Poder, bien desde la oposicion: bien dirigiendo, bien conteniendo: pero influyendo siempre, pesando siempre mas ó menos en la balanza pública del pais.

Partido que así no lo comprenda, se pierde miserablemente—sus doctrinas podrán sobrevivirle; pero la agrupacion política que se llama partido se disolverá en la inaccion.

Decíamos al principiar este artículo que estas verdades han dado vida en España á lo que se llama el *posibilismo*, es decir, el partido de los republicanos capitaneados por Castelar, que aspirando á implantar en su patria la democracia y la República, creen preferible aprovechar todos los resquicios que pueden utilizar para hacer sentir su influencia en la sociedad española, mas bien que mantenerse apartados del movimiento político: presentarse en los comicios electorales, antes que retraerse de concurrir á ellos; hacer uso en fin de los escasos medios de influencia que les deje espeditos la tirantez del gobierno, mas bien que encerrarse en la abstencion y el retraimiento ó lanzarse á la conspiracion.

Pero ¿qué decimos en España?—Francia está hoy ofreciendo un notabilísimo ejemplo de *posibilismo*.—No era ciertamente el gobierno presidido por el mariscal Mac-Mahon el bello ideal de los republicanos franceses.—No lo es todavia esa República salpicada con títulos nobiliarios y que tiene á la cabeza un Presidente irresponsable.—Pero los *posibilistas* republicanos se contentan con *lo posible*.—Van poco á poco aproximándose segun las circunstancias lo permiten á la realizacion de su ideal.—Tratan de no violentar las cosas, de no chocar de frente con los hábitos del país; tratan de que la educacion política del mismo acompañe á la accion y al desarrollo sucesivo de las nuevas instituciones.

El éxito de esta prudente política, el éxito del *posibilismo* está patente en Francia.

El *posibilismo* no es pues otra cosa que la *verdad*: la *realidad de las cosas*, como base de conducta.

Siendo esto así, fácil es comprender que si impone deberes á los partidos, los impone tambien á los gobiernos.

Si los partidos deben tener en cuenta la realidad de las cosas, la verdad de las situaciones, tambien deben tenerlas en cuenta los gobiernos.

Ni unos ni otros deben proceder exclusivamente por lo que ellos quisieran que fuese, sino que deben tener presente lo que realmente es.—Así como un partido no es dueño de amoldar el pais á sus doctrinas, tampoco un gobierno es dueño de amoldar el pais á las suyas; tampoco es dueño de olvidar, al desenvolver su sistema político y administrativo, ninguno de los elementos morales y materiales que en el pais existen.

Un partido haria mal en querer implantar de repente la separacion de la Iglesia y el Estado en un

país en que la opinion resistiese tan trascendental reforma.

Un Gobierno haría mal en querer mantener la intolerancia religiosa en un país que reclamase la libertad.

Un partido democrático haria mal en querer excluir de la vida política á todos los que no hayan sido constantemente adictos al mismo, porque esto equivaldria á querer la exclusion de la mayoría; pretension esencialmente anti-democrática.

Un Gobierno liberal haria mal en cavar un abismo entre él y los que han sido sus adversarios; porque ese intento seria esencialmente anti-liberal y haria imposible la vida constitucional ordenada.

Un partido, en un país regido por el militarismo, como Bolivia, por ejemplo, procederia con injustificable imprudencia, si de un golpe pretendiera aniquilar su poder.

Un Gobierno establecido para regir ordenadamente la sociedad civil, procederia muy torpemente si pretendiera perpetrar bajo un régimen constitucional las tradiciones de una época de Poder dictatorial.

En todos estos casos los que así procediesen, partidos ó Gobiernos, olvidarian que la política debe basarse en la verdad; y que sin perderse nunca de vista el ideal de su escuela, deben atemperar su conducta á lo real y á lo posible.

Nos parece que en los momentos en que este país entra de nuevo en las anchas vias de la vida constitucional seria muy útil que tanto los Poderes públicos como los partidos se parasen á meditar sobre estas incuestionables verdades.

J. Albistur

LA INDEPENDENCIA ORIENTAL

Señor Redactor:

Bajo este título publica Vd. algunas palabras que me son referentes, enunciando que he fundado mi negativa á asociarme á la inauguracion de un monumento que la conmemora, en que esa independencia no es un hecho práctico.

Permítame Vd. rectificarlo.

Se trata de elevar en el pueblo de la Florida un monumento á la independencia nacional del Estado Oriental declarada por la Asamblea de la Florida en 25 de Agosto de 1825.

Esa Asamblea no declaró tal independencia.

En prueba de ello copio las dos leyes sancionadas por esa Asamblea, una de ellas el mismo, mismísimo dia 25 de Agosto, en que se le imputa haber declarado la independencia nacional.

LEY

De incorporacion á las Provincias Unidas del Rio de la Plata

« La H. Sala de Representantes de la Provincia « Oriental del Rio de la Plata, en vista de la sobe- « ranía ordinaria y extraordinaria que legalmente « inviste, para resolver y sancionar todo cuanto « tienda á la felicidad de ella, declara: que su voto « general, constante y decidido, *es y debe ser* por la « union con las demas provincias Argentinas, á que « siempre perteneció por los vínculos mas grandes « que el hombre conoce:—Por tanto ha sancionado « y decreta *por ley fundamental*, la siguiente:

« Queda la Provincia Oriental del Rio de la Plata « unida á las demás de este nombre en el territorio « de Sud América, por ser la libre y espontánea vo- « luntad de los pueblos que la componen, manifes- « tada en testimonios irrefragables y esfuerzos he- « róicos desde el primer período de la regeneracion « de las Provincias.

« Dado en la Sala de Sesiones de la Representa- « cion Provincial á 25 dias del mes de Agosto del « año 1825.

LEY

« Reconociendo en el Congreso Nacional la auto- « ridad suprema del Estado.

« La H Sala de Representantes de la Provincia « Oriental, en uso de la soberanía ordinaria y extra- « ordinaria que legalmente inviste, ha acordado y « decreta con valor y fuerza de ley lo siguiente:

« La Provincia Oriental del Uruguay reconoce en « el Congreso instalado el 16 de Diciembre del año « pasado de 1824 la Representacion legítima de la « Nacion y la suprema autoridad del Estado.

« Sala de Sesiones etc. á 1.° de Febrero de 1826. »

En presencia de estas dos leyes, es una imprudente mentira histórica imputar á la Asamblea de la Florida la creacion de la nacionalidad oriental y solemnizar esa mentira con un monumento.

La declaracion de la independencia hubiera sido un crímen inútil en la Asamblea de la Florida.

Crímen, porque ante el derecho inmutable y eterno, lo ha sido y lo será siempre despedazar la patria.

Inútil, porque esa declaracion hubiera obligado á ser *neutral* en la lucha entre dos naciones estranjeras á la República Argentina, hubiéramos sido vencidos irremisiblemente por el Brasil, con nuestros escasos elementos de entonces, y la bandera verde y amarilla flamearía todavía en el Cerro de Montevideo á orillas del Plata.

La Asamblea de la Florida es tanto mas meritoria, cuanto que tuvo que resistir á presiones de fuerza y á coacciones militares para levantarse á la altura en que se colocó con sus solemnes declaraciones.

Por estos antecedentes, contesté á los señores que me asociaban á la manifestacion en pró del monumento de la Florida, que habiendo rendido toda mi vida un culto inalterable á la verdad, no podia prestarme á endiosar la mentira al fin de mis dias; que conocia las sujestiones que engendraron ese monumento, y lamentaba que el candor patriótico de muchos de mis conciudadanos autorizase así á una indigna superchería á vestirse con el manto del patriotismo.

Les dije que si se tratase de erigir un monumento á la Asamblea de la Florida, como el que acaba de decretar la Francia á la Asamblea de 1789, me asociaria con entusiasmo al homenaje á esa encumbrada Asamblea.

Añadí que si se tratase de solemnizar *el hecho de la independencia oriental*, sin conexion alguna con las tradiciones de los Treinta y Tres y de la Florida, tal vez me asociase á ello, tomándolo como un hecho consumado y conveniente, pero en tal caso tendriamos que colocar en el monumento las estátuas del Emperador Pedro Primero y del Gobernador Dorrego, que fueron los jénios que lo produjeron.

Esto es lo que he dicho, y no tengo inconveniente en dejarlo consignado bajo mi firma, para que cuando pasen todas las apostasías, todas las supercherías y todas las mentiras de nuestro triste presente, quede constancia de que no he sido contagiado por esa enfermedad de adulacion y de miedo al popularismo, que está atrofiando el carácter de los hombres del Plata.

Su atento servidor.

Juan Cárlos Gomez.

Mayo de 1879

Señor Dr. D. Juan Cárlos Gomez.

Maestro y amigo:

¡Cuando todos, con sobrada razon y justicia, le caen y van á caerle encima, considero ocioso perder el tiempo en demostrar á Vd. con la franqueza que Vd. me ha enseñado (y de que tal vez conserve algun recuerdo, cuando sin comerlo ni beberlo, me injertó en una polémica suya con uno de mis deudos) todo lo que contiene de falso, absurdo é inconveniente, el último artículo de Vd. dirigido á *La Nacion* argentina y que recien llega á mí noticia por la trascripcion hecha en otro de Montevideo.

Nada diria, como no contesto algunas veces á necedades de mentecatos á quienes el silencio es la mejor respuesta que puede dárseles para castigar su vanidad; pero se trata de un aventajado escritor, de una de nuestras glorias nacionales, á la que siempre profesé desde muy jóven la estimacion y cariño que inspiran los hombres de su temple y de sus cualidades intelectuales y morales, y yo sé por mí mismo el prestigio que su palabra ejerce en las inteligencias y en los corazones.

¿Volverá Vd. á enojarse otra vez, si le digo que tratándose de la Independencia Uruguaya, de sus hombres y de los sucesos que la prepararon, adversos á sus ideas, sufre Vd. sin apercibirse una singular aberracion, que ofusca su clara inteligencia y no le permite ver que ofende gravemente á su país, á los hijos de los que se sacrificaron por conquistar su autonomía, y á vuelta de sutilezas y sofismas ridículos, incurre Vd. en errores políticos, en heregías de derecho internacional, y en vulgaridades y declamaciones, indignas de su notoria ilustracion y gran talento?

La ley *hoy vigente*, la que debió Vd. tener presente, es la de 25 de Agosto de 1825; y no las que Vd. trae por los cabellos, derogadas por la ley suprema de los pueblos — que se llama la VOLUNTAD NACIONAL — expresada en este caso de la manera mas perentoria é intergiversable.

El art. 2.° de esa ley dice textualmente:

« 2.° *En consecuencia de la antecedente declaracion, reasumiendo la Provincia Oriental la plenitud de los derechos, libertades y prerrogativas inherentes á los demás pueblos de la tierra, se declara de hecho y de derecho libre é independiente del Rey de Portugal, del Emperador del Brasil, y de cualquier otro del Universo, y con ámplio y pleno poder, para darse las formas que en uso y ejercicio de su soberanía estime convenientes.* »

Siento por muchas razones, créalo Vd., que me ponga en mi carácter de Presidente de una comision nombrada hace *seis años*, y no ayer como Vd. insinúa, en el deber de no dejar pasar sin correctivo la gratuita ofensa y destemplada provocacion que Vd. hace á todos los que no aceptamos en este punto sus erróneas ideas, salvando siempre á pesar de su estravío, la honestidad del móvil y la sinceridad de sus convicciones.

¿Por qué no las respeta Vd. del mismo modo en sus contrarios?

El país entero sin necesidad de ir á la Florida, le contesta á usted en estos momentos que lejos de ser una *falsedad histórica*, una *mentira impudente* el monumento alzado á la independencia oriental, es un sentimiento y una idea, encarnados en el corazon y en el alma de todos los hijos de la patria de Artigas, Lavalleja y Rivera. Venga usted á arrancarlos de allí, ¡si puede!

No quiero ni debo ser mas esplícito.—Divague Vd. cuanto quiera. Tendré mucho gusto en oirle, y si me parece oportuno ó necesario como ahora, usaré del derecho que tiene todo alumno (al menos en mi cátedra) de interrogar á su maestro.

Rule Britania! ya que fué un crímen, segun Vd., proclamar la independencia oriental.

No pensaba así lord Ponsomby, ni tampoco:

Su afectísimo compatriota y amigo.

A. Magariños Cervantes.

Los plebiscitos orientales

Señor Dr. D. Alejandro Magariños:

Buenos Aires, Mayo 15 de 1879.

El 25 de Julio, dia de mi compleaños, recibí el volúmen de *Rimas Uruguayas*, que Vd. me enviaba. ¡Cuánto agradecí el sentimiento delicado con que derramaba Vd. sobre mi cabeza encanecida, en una fecha de amarga tristeza, las flores de la infancia y de la juventud, aljofaradas con el rocío de la atmósfera de la patria! Sentí refrescado mi espíritu por las brisas perfumadas de la tierra natal, de la tierra natal de mis dulces recuerdos, aquella que ha desaparecido, bajo los golpes ciclópeos de la industria y de la civilizacion, aquella de los años, en que yo, sin barba todavía, penetraba sin anunciarme en su casa detrás del viejo *Fuerte*, y con el tono pretensioso de un maestro, los estimulaba á seguir las huellas de Byron y de Hugo, en que ha alcanzado Usted merecida guirnalda.

Vé Vd. que son afectuosas las memorias que de Vd. guardo, y tengo bien presente que *si lo injerté en una polémica con sus deudos* como Vd. recuerda, fué haciendo de Vd. una escepcion honrosísima, que viniendo de hombres de mi sinceridad y de mi franqueza, realzan siempre á los que las motivan.

No voy, pues, á enredarme en una polémica con Vd., tanto mas cuanto sé por larga y penosa esperiencia, que la discusion de las ideas, no es hoy un empeño de llegar á la adquisicion de la verdad, sino un espectáculo de elegante pugilato, que compromete el amor propio de los actores hasta el triunfo de la misma mentira, que sienten en el fondo de la conciencia, en donde ya no se anidan los remordimientos. Por eso detesto la polémica; no la busco, ni la acepto, cuando me la provocan; la eludo siempre, con una respuesta de simple cortesía, ó con el silencio, cuando este es, como Vd. dice, la mejor respuesta á las impertinencias.

Quiero solamente charlar con un Vd. un momento, en plática sencilla, entre los dos, sin auditorio, de conciencia á conciencia, sobre un punto de historia, de derecho público, de moral pública, respecto del cual han venido hasta mi pobre y oscuro retiro á hacerle fuerza á mi obstinado mutismo.

La significacion y esplicacion del monumento de la Florida están en estas palabras de *El Siglo*, que leo en *La Nacion* de hoy:

« Nosotros creemos que el defecto de forma, impuesto por los acontecimientos de aquella época « ha sido *suficientemente subsanado por el ejercicio* « *de nuestra soberanía* durante medio siglo. A la « *falsedad* histórica, se opone la *verdad real*, con« sagrada por el tiempo y por la *voluntad de ciuda*« *danos y gobiernos*; y si aun así mismo pudiera « caber algun escrúpulo *el acto que va á celebrarse* « *en la Florida, seria cuando menos una grandiosa* « *anticipacion popular* en igual sentido, el de la « ratificacion solemne de nuestra independencia. »

Es, pues, un *plebiscito*, lo que se ha buscado con la erección del Monumento en la Florida, un *plebiscito* que sirva de *anticipacion*, es decir, de *impo-*

sicion, á la ratificacion solemne de nuestra independencia, aceptada por la paciencia de medio siglo, por la resignacion ó la conformidad, si se quiere, al *hecho* prevalente, no producido por la soberanía.

No hay quien ignore lo que son los *plebiscitos*. Uno nos dió á Rosas, por la voluntad unánime del pueblo, si se esceptúan tres votos de ciudadanos, que tuvieron el valor de su dignidad, y fueron degollados ó espatriados. Otro dió á Francia, por diez millones de votos la sancion del crímen del dos de Diciembre, con el imperio de Sedan, la prostitucion y la ignominia.

La ciencia política no admite el gobierno del pueblo, ejerciéndose por el pueblo, sino por una representacion suya, sincera é ilustrada. La libertad no existe sino en el gobierno representativo. El pueblo de los *plebiscitos* es la demagogía, es el despotismo de las muchedumbres, es segun la frase acerada del poeta norte-americano, la tiranía de la canalla.

II

Hablamos ante el porvenir. Yo estoy rayando en los sesenta años, límite natural de la vida humana, y al borde del sepulcro ya, mi voz es casi de ultra tumba para mi pais. Vd. ha salvado los umbrales del medio siglo, y su palabra es escuchada por sus nietos. La generacion que cuenta diez años, formada en una concepcion mas vasta de la verdad, con un ideal de la libertad, de la grandeza y de la gloria de los pueblos mas perfecto y mejor modelado, con ideas mas claras y precisas sobre el derecho y la moral, va á reirse grandemente dentro de dos lustros, tal vez á sus barbas, de sus idolos, como Artigas el gaucho enchalecador, erigido en Washington, y de las idolatrías con que Vds. canonizan de *Iglesia Nacional* al *Cristo del Cordon* con su farolito de candileja de sebo y su banderita de pulpería.

Por no concurrir á esas idolatrías cuyo fetiquismo penetro, por no adorar esos ídolos cuyo barro toco, me escomulgan ahí, negándome, ellos á mí, el corazon y el patriotismo.

Conversemos y escuche. Nací el año veinte, el año de las montoneras y de las independencias. No habia entonces nacionalidad oriental. El Estado Oriental era una provincia argentina. Era, pues, ciudadano natural de la República Argentina. He podido hacerme reconocer tal, y calcule Vd. el camino, que hubieran hecho mis ambiciones, si las hubiera abrigado, desde 1852, en este ancho campo en que aspirar á la posicion encumbrada y á la fortuna deslumbradora. Los hijos de los emigrados, nacidos bajo la bandera oriental, se han hecho declarar argentinos, y han sido diputados, senadores, ministros, y tal vez llegue alguno á calzarse de la presidencia.

Yo preferí á esa tentacion de la montaña, correr la suerte adversa de mi provincia natal, por falta de corazon, no abandonando á la madre en sus horas de tribulaciones, sufriendo su mala fortuna, corriendo sus tempestades, zozobrando en sus naufragios, hasta encontrarme solo en la playa aterido y desnudo.

Yo preferí, por falta de patriotismo, ser el ciudadano de una pobre provincia, asolada por la guerra, descuartizada por los caudillos, á ser prócer de una grande y prospera República, ó magnate de un opulento y vasto imperio.

Se han revelado tantos corazones y tantos patriotismos entre mis conciudadanos ó comprovincianos de la presente época, son tantos ahí los que han hecho el sacrificio de sus intereses, los que han dado la espalda á la elevacion personal y la fortuna pingüe, los que han prohijado la pobreza humilde que ha dejado ser la *fecunda virorum paupertas* del poeta, son de tal tamaño las abnegaciones! que no debe parecerme estraño que se felicitén de poseer trescientos atenienses, mas dignos que yo de llevar una piedra al edificio de la glorificacion de la patria.

III

Nada hay mas brutal que *un hecho*.

Pueden Vds. escribir mas volúmenes que Antonio Diaz para adulterar la historia, y no conseguirán suprimir *el hecho* de la *incorporacion* proclamada por la asamblea de la Florida, el mismo dia de la declaracion, que Vds. llaman, de la independencia.

Vd. es abogado. O esas dos leyes dictadas el mismo dia son armónicas, se complementan una á otra, ó son antagónicas, y una deroga la otra. La ley de *incorporacion*, declarada *fundamental*, fué la segunda sancionada. Luego, derogaria á la que Vds. apellidan acta de la independencia, si ambas se contradijesen. Salga Vd. de este atolladero, comprofesor, con alguna doctrina de nueva invencion sobre la vigencia de las leyes.

Pero interroguemos la historia.

La República Argentina nombró general en jefe del ejército al general Alvear, y Lavalleja quedó bajo sus órdenes. Ponga Vd. el hombro para derribar la brutalidad de este otro hecho.

Vencido el Imperio en Ituzaingó, el Gobernador Dorrego, de la Provincia de Buenos Aires celebraba el tratado de Paz con el Emperador Pedro I. ¿Fué sometido este tratado á la Asamblea de la Florida ó á algun otro Poder del Gobierno Oriental?

En dónde estaba nuestra independencia cuando Lavalleja obedecia ú Alvear, cuando el Gobernador Dorrego hacia cesar la guerra, en presencia de la Asamblea de la Florida, que funcionaba en Canelones?

En el colegio nos enseñaban en verso latino que por mas amigos que fuésemos de Plauto fuésemos mas amigos de la verdad. ¿Lo ha olvidado Vd.? Por mucho que amemos el pedazo de tierra donde nacimos, no mintamos, no falsifiquemos la historia para adular sus pasiones y sus vanidades. La mentira contra la historia á nada conduce, porque no se tapa el cielo con un harnero. El fraudulento historiador solo consigue hacerse despreciable y ridículo en el mundo de la literatura. No desdiga Vd. de su bien adquirida reputacion de literato.

IV

Pedro I y Dorrego, pues ni siquiera fueron el Brasil y la República Argentina, aquel sin consultar á la Asamblea Legislativa del Imperio—*el Estado era él*,—este, sin mandato, simple Gobernador de Provincia, celebraron la paz, imponiéndonos la independencia.

Nos ordenaron darnos una Constitucion, con calidad de sujetarla á su beneplácito.

Y nos dimos la Constitucion, obedeciendo las órdenes, y la sometimos á su aprobacion, y la concedieron el *pase*, como á una bula del Papa, y quedamos en la condicion de *libertos*!

Vergüenza! Y usted acepta la presidencia de los que conmemoran esta *gloria*?

Y llama usted *aberracion* la santa indignacion de los que no quieren aceptar la condicion de *libertos* del Imperio, sino que aspiran á la dignidad de hombres libres?

¡Y Dios lo ha hecho á Vd. poeta, dotado por la naturaleza con la concepcion de lo bello, de lo sublime!

¿Cuál es su criterio sobre lo que es digno, noble, grande, heróico?

¿Cuál es el criterio que enseña Vd. á sus conciudadanos, para que estimen las acciones humanas y los acontecimientos de los pueblos?

Enseñar lo que dignifica el alma de los hombres, lo que eleva la conciencia y la opinion de las sociedades, es el deber de un buen ciudadano, es servir bien á su pais. Enseñar lo que empequeñece la personalidad humana, y pervierte el sentimiento público, es traicionar la patria.

La independencia es siempre la gloria homérica de las naciones, el resultado de esas proezas tejendarias que se trasmiten los siglos de abuelos á nietos, cantadas por los poetas en los himnos y los poemas, narradas por los historiadores y los biógrafos, vivificadas en cuadros y estátuas por el artista, divinizadas por las tradiciones pòpulares.

Eso es, tambien para los orientales, nuestra independencia de la España, en donde nuestra provincia dió á los combates soldados como Enrique Martinez y Vicente Pagola, generales que mandasen ejércitos, como Rondeau, y mereció que se consignase en el Himno Argentino el recuerdo de una de sus épicas batallas.

Hé ahí lo que nos honra, lo que nos glorifica, lo que nos cumple recordar al pueblo, lo que nos indemniza del presente griego del gobernador Dorrego y Pedro I.

V

Hemos vivido cuarenta y nueve años en esa condicion de *libertos* del imperio, que Vdes. llaman independencia.

Cuarenta y nueve años de martirio, sin un dia de verdadera libertad y de positivo sosiego.

Y para que no dudemos de la realidad de la condicion que se nos hizo, en esos cuarenta y nueve años, el Imperio ha sido el árbitro de nuestro destino, haciendo imposible toda situacion de esperanza.

Todos nuestros gobiernos no han pasado de gobiernos de *hecho* y ojalá no hubieran sido tambien arbitrarios, despóticos, desquiciadores y corruptores.

¿Cree Vd. que así se *consuman hechos?* Las segregaciones y agregaciones de los pueblos, lo sabe usted, hombre de estudios, como los divorcios de los casados, no pasan jamás en autoridad de cosa juzgada, revocandose á voluntad. ¡Cuántos siglos vivieron en estado de independencia Nápoles, Roma, Milan y las demas fracciones de la Italia? ¿Cuántos tratados y alianzas consagraron esas independencias? Quedaron *consumados los hechos?*

Un dia pudo manifestarse libremente la voluntad del pueblo, tantos siglos comprimida, y desaparecieron en una hora los obstáculos seculares levantados por la persistencia de los intereses antipatrióticos. ¡Cuántos siglos han vivido en independencia la Prusia, la Sajonia, la Baviera, y demas reinados y ducados alemanes, y apenas pudo espresarse la voluntad nacional hizo saltar la mole secular aglomerada por la tenacidad de las conveniencias dinásticas! Con estos ejemplos, Vd. no cree que cuarenta y nueve años de infortunios tengan poder de consumar el hecho que los ha originado.

Sí, que los ha originado, hablamos de historia, ante el porvenir, y no de política contemporánea, con sus miserias y sus mentiras. Las dos fracciones de la antigua República han pagado bien caro el error de 1828. Sin la segregacion del Estado Oriental, la tiranía de Rosas no hubiera existido, ni sobrevenido la guerra del Paraguay, ni ocurrido las cincuenta rebeliones y revueltas locales, que han ensangrentado y empobrecido estas regiones.

Por eso se ha repetido con razon, que en política los errores son crímenes.

VI

Aflijido por estos dolores, que no han concluido, ni para el Estado Oriental, ni para la República Argentina, en vísperas de caer bajo el sable de una dictadura militar, Dios sabe hasta cuando, entendia yo que nos importaba convocar una Convencion, aconsejada por nuestra dignidad de pueblo, en época de paz y de libertad, en que el pueblo ilustrado por la discusion pudiera tener una opinion consciente y hacerse representar en ella por sus mas altas ilustraciones, para dar solucion definitiva al problema que dejaron irresuelto la declaracion de la asamblea de la Florida y el tratado de 1828.

Si la Convencion, real y digna espresion de la soberanía, declarase al Estado Oriental Nacion independiente, fundándose en que la incorporacion de la Florida era solo un acto inicial de la independencia nacional, como lo fué la declaracion del Cabildo el 25 de Mayo de 1810, respecto de la independencia de España, que pronunció despues el Congreso de Tucuman, todos los orientales, cualesquiera que fuesen nuestras opiniones individuales, estaríamos en el deber de acatar tal sancion y sostenerla con todas nuestras fuerzas.

Así proceden los hombres honrados, así obran los pueblos libres, así se ama la patria, así se respeta su soberanía.

Pero si esa Convencion, libre y genuina espresion del pueblo, ilustrada y convencida respecto de sus conveniencias y de su decoro, declarase que la declaracion de la Asamblea de la Florida debia prevalecer, y nos reuniéramos á las Provincias Unidas en un Congreso Constituyente, todos los orientales estarian en el mismo deber de acatar y sostener esta resolucion, so pena de ser rebeldes á la Soberanía de la Patria y criminales ciudadanos.

Esto es lo que no quieren, no aceptan el fallo de la Soberanía, cada uno de Vds. trata de imponerle de antemano sus opiniones, cada uno de Vds. como Luis XIV, tiene la pretension de ser el Estado, el Papa Infalible.

¿Y sabe Vd. por qué? Porque por mas que griten, y protesten, y me maldigan, cada uno de ustedes sabe en sus adentros que si dejan ustedes discutir libremente en Montevideo la incorporacion, durante seis meses, no les queda uno en sus filas, porque ningun pueblo es tan estúpido para preferir la vida desesperada del Estado Oriental en estos cuarenta y nueve años, á una situacion en que sería el árbitro de los sucesos desde el Rio de la Plata á la Cordillera de los Andes, y en que tendria por mercado de su comercio el territorio desde Jujuy á la Patagonia desde el Uruguay hasta la Rioja.

Aquí, entre los dos, no es en el Estado Oriental, en donde surgirian las resistencias. Es Buenos Aires quien ha de resistir el hecho hasta las últimas estremidades.

Y la prueba de que no han de surjir del Estado Oriental las resistencias, me la dá la historia, en la invasion de Rosas. La mayoría del Estado Oriental, la gran mayoría, estuvo por la incorporacion hasta con Rosas, sabiendo perfectamente cada uno que el tirano la operaria. Y esos mismos que se ciñeron el cintillo de Rosas, y llevaban el Estado Oriental á la incorporacion, con los inconvenientes y los horro-

res de una tiranía, son los mismos que bajo su presidencia llevan coronas al monumento de la Florida y me apostrofan. Que se laven la frente, en donde les ha quedado al desteñirse la tinta del cintillo.

He concluido, amigo, esta charla histórico-política, para no ocuparme mas de este asunto hasta otra época, dándoles licencia para que me tiren á bala rasa contra la *cáscara de fierro* de mis sesenta años de probidad y de firmeza.

No ha de faltar ocasion de reanudar nuestras conversaciones literarias, repitiéndole con Renan: todo es literatura cuando se habla con cultura, sobre las cosas verdaderas, buenas y bellas; las letras son el Olimpo en que se estinguen todas las luchas y todas las desigualdades, en que se operan todas las reconciliaciones; el mundo de las inteligencias está en las costumbres, y la paz reina en las alturas.

Suyo siempre.

Juan Cárlos Gomez.

Historias—Una ilusion picante á la obra histórica de D. Antonio Diaz, hecha por el Dr. D. Juan Cárlos Gomez en la carta que conocen nuestros lectores, dió motivo á que el primero, por medio de *La Tribuna* bonaerense, provocase una ampliacion del pensamiento encerrado en la frase que ponia en duda su veracidad.

No se ha hecho esperar el Dr. Gomez, dirigiéndole la siguiente epístola agri-dulce:

Sr. D. Antonio Diaz:

Para contestar debidamente su carta, necesitaria repasar los doce volúmenes de su historia y narrar las inexactitudes y falsas apreciaciones que notaba mentalmente cuando la leía.

Me falta tiempo y humor para esa empresa.

Por ejemplo: conservador convencido yo, enemigo de revueltas, de caudillos, de motines y soldadescas, en 1853 hice de mi casa un centro de trabajos por la paz, en cuyo obsequio llegué hasta ponerme el 18 de Julio, á las órdenes de Giró, para combatir el motin triunfante de compañeros políticos mios.

En su historia hace vd. de mi casa, un club de jacobinos, y de mí, un revoltoso y conspirador incurable.

¿Qué quiere vd. que le diga?

Me callé, respetando su derecho de escribir.

Calle vd. á su vez, respetando mi derecho de opinar sobre su historia.

Pienso que mi opinion no puede hacerle el mal que vd. cree, porque ni soy, ni nadie me reconoce competencia en materia de crítica histórica. Lo lamentaria, y puede vd. estar seguro, que ha estado muy léjos de mí la idea de perjudicarlo, suponiendo como era natural, que al salir á la escena, vd. entendia someterse al derecho del público, de silbar ó de aplaudir.

La historia es cosa sagrada: no debe llegarse á las puertas de su templo sin una alma purificada por la pasion de la verdad, y preparada con el mas severo exámen de conciencia sobre los hechos y sus menores circunstancias. Una de las dos cosas ha faltado á vd., en mi humilde concepto.

Reconozco, sin embargo, que hay en su libro, labor, voluntad de ser imparcial, don de esposicion, y correccion de estilo. Puede vd. pues escribir buena historia, y no dude vd. que no seré de los últimos en el aplauso.

Muy atento y S. S.

Mayo de 1879 *Juan Cárlos Gomez.*

La réplica del Sr. Diaz establece que sin violencia opta por el silencio, y que «lejos de defenderse se limita á respetar tres circunstancias que han puesto el sello á toda la vida de Juan Cárlos Gomez:

Su completa inconsecuencia con sus recuerdos, y hasta con los vínculos de su propio pasado;

El supremo esfuerzo que hace para arrancar una á una las pájinas de su proceso;

Y la decadencia de un hombre de brillante espíritu que desciende á la noche eterna de las aberraciones, sin un haz de luz; sin una palabra última que lo reconcilie con sus contemporáneos.»

Efemérides

DIA 18—1811—BATALLA DE LAS PIEDRAS.

El general D. José Artigas, entonces teniente coronel, que habia desembarcado en las Huérfanas, llegó el 6 de Mayo á San José, autorizado por el gobierno de Buenos Aires para ponerse á la cabeza de todas las reuniones.—De allí se puso en marcha con direccion á Montevideo con dos compañías del regimiento de Patricios, que recibió en Mercedes, del ejército del general Belgrano.—En Canelon Chico se le incorporaron las milicias de Maldonado y Canelones, y se dirigió á las Piedras donde se encontraba una columna realista fuerte de 1,230 hombres de las tres armas, que habia salido de la plaza, á las órdenes del capitan de fragata D. José Posadas, con el objeto de impedir la aproximacion de Artigas á la Capital.

El 18 de Mayo de 1811, llegó Artigas á las Piedras y se trabó el combate que fué reñido, sosteniéndose valientemente por ambas partes, durante seis horas. El triunfo coronó las armas de los patriotas, quedando en su poder 482 prisioneros de tropa, 22 oficiales, el jefe español, artillería, armamento y municiones.—Tres dias despues de este triunfo Artigas establecia su cuartel general en las Tres Cruces, empezando el sitio de la capital—La Junta de Buenos Aires lo ascendió á Coronel, y le decretó una espada de honor.

Efemérides

DIA 25—1810—NOMBRAMIENTO DE LA PRIMERA JUNTA GUBERNATIVA DE LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RIO DE LA PLATA.

El Cabildo de Buenos Aires, que se habia visto obligado por la actitud del pueblo á declarar la cesacion del virey el 23, quiso eludir el 24 el acuerdo de la Asamblea, decretando la organizacion de una Junta Gubernativa, compuesta de 4 miembros, todos ellos patriotas, bajo la presidencia del virey. El pueblo no toleró la supercheria de que queria hacérsele víctima; la agitacion cundia en la ciudad tomando á cada momento caractéres mas alarmantes. Entre tanto los miembros de la Junta recien elegida, presentaban su renuncia en la misma noche.

El Cabildo empezaba á comprender que era imposible luchar contra el pueblo y se reunió muy temprano al siguiente dia. **25 de Mayo de 1810** para discutir lo que convenia hacer en aquellos momentos; pero el pueblo se agolpó á las puertas de la sala capitular pidiendo á voces la instalacion de una Junta de Gobierno en que no tuviese participacion el virey. Los comandantes de las tropas declararon que era imposible contener la agitacion por otro medio que no fuera accediendo á la solicitud del pueblo. —El virey notificado de lo que pasaba en la ciudad, consintió en abandonar el mando para evitar peligrosas complicaciones. Tal vez el Cabildo habria vacilado, sin saber qué partido tomar en definitiva, pero el pueblo invadió de nuevo el salon de sus sesiones, y allí declaró que desconocia la Junta instalada el dia anterior, y que exigia que se nombrase otra, presidida por el comandante Saavedra, y por seis miembros mas, entre los cuales figurasen Castelli y Belgrano. — El Cabildo se vió obligado á ceder á esta exigencia, y proclamó inmediatamente á los Sres. D. Cornelio Saavedra, Presidente, D. Miguel Azcuénaga, D. Manuel Alberti, don Juan Larrea, D. Juan José Castelli, D. Domingo Matheu y D. Manuel Belgrano, para componer la primera junta-gobernadora del Vireynato durante el cautiverio de Fernando VII.

A pesar de esta fórmula la revolucion del **25 de Mayo de 1810** marca la época de la cesacion del gobierno español y el nacimiento de la República en las provincias del Plata.

Palabras del doctor Gomez—Con este título, dice *La Tribuna* de Buenos Aires:

«Habíamos recibido del doctor don Juan Cárlos Gomez una enérgica y brillante composicion poética titulada: *A Latorre*, que nos prometíamos publicar en nuestro diario de hoy.

El ilustrado escritor ha desistido de publicarla, como se verá por la carta que insertamos en seguida.

Lo sentimos, porque era un golpe de mano maestra, dado á los que se arrastran á los piés de los tiranos.

La causa que ha motivado la resolucion del doctor Gomez, es, sin embargo, noble y justa y debemos respetarla.

Hé aquí la carta:

Mariano:

Devuélvame los versos que le mandé ayer. Los retiro, porque no quiero que ellos lastimen á esa noble juventud del *Ateneo del Uruguay*, del *Club Católico*, de la *Sociedad Universitaria* y del *Club Porvenir*, que han hecho del Monumento de la Florida lo único que debió hacerse, una enérgica protesta en nombre de la libertad, que llega en este instante á mis manos.

Transcribo con satisfaccion sus elocuentes palabras.

« La juventud acepta este monumento por « que simboliza una enérgica y formidable « protesta, un anatema perenne contra todos « los abusos y usurpaciones sobre la auto- « nomía y los derechos del pueblo. La ju- « ventud lo acepta, porque es una acusacion « de todo momento en la conciencia intran- « quila de los réprobos, que convierten en « una ilusion generosa los derechos del ciu- « dadano, y reducen á un mito, á *una irriso- « ria leyenda*, el dogma sacrosanto de la so- « beranía popular. »

Guardo el látigo de Juvenal, para saludar á la esperanza.

Publique estos renglones.

Mayo de 1879 *Juan Cárlos Gomez.* »

El Album de Poesías Uruguayas

Sr. D. Alejandro Magariños Cervantes.

Mi apreciabilísimo é ilustre cófrade:

Por intermedio del Sr. D. Cárlos Duarte Luz, Cónsul de la República Oriental en Lisboa, tuve la honra de recibir el precioso libro con que Vd. se dignó favorecerme, intitulado ALBUM DE POESÍAS URUGUAYAS, *coleccionadas con algunas breves notas por Alejandro Magariños Cervantes—edicion destinada á aumentar el fondo de suscriciones para el Monumento de la Independencia.*

Profundamente agradecido á su amable recuerdo, permítame Vd. que por este medio le manifieste mi reconocimiento y la admiracion que me causó la lectura de ese magnífico libro. No es mi propósito hacer aquí su crítica; limítome á espresar á Vd. mis impresiones, tanto mas vivas cuanto era grande la ignorancia en que vivia respecto de la riqueza literaria y poética de su país.

Crea Vd. que leí con el mayor placer y simpatía esa hermosa coleccion de poesías, tan sábiamente escogidas y comentadas por Vd.; y no sé lo que mas deba alabar en ella: si el ardiente patriotismo que las reunió en forma de libro, si la belleza de la forma, la elevacion de los conceptos ó los nobles sentimientos que trascienden en la mayor parte de ellas.

Quisiera poder enumerarle las que mas me cautivaron; pero por diversos conceptos, tendria que citar casi todas. En mi humilde dictámen, es esta la coleccion mas igual, en su conjunto, de cuantas antologías conozco. La conceptúo un verdadero servicio, acreedor á la gratitud no solo de sus compatriotas, sino tambien de la de los inteligentes y estudiosos de todos los países. ¡Honra á los insignes poetas que contribuyeron con las perlas de su bello talento á formar esta joya patriótica! Loor al genio del benemérito coleccionista que tan ingeniosamente esmaltó *(constellou)* de estrellas fulgurantes las fajas azules y blancas en que resplandece el sol glorioso del Uruguay!

Dos grandes hechos consagra este *Album* de un modo perdurable: concurre con el producto material de la venta para la conclusion de un Monumento levantado á la Independencia de su país; y al mismo tiempo es el mas glorioso padron que podia erigirse á la poesía nacional.

Desde la primera hasta la última de sus hojas corre en él, como en un rio sagrado, el fuego del entusiasmo, del amor á la patria y de la virtud, la llama que levanta los espíritus y que tornó inmortales á Grecia y Roma en los tiempos de su vivir austero.

En las caducas naciones de la vieja Europa, donde desfallece y decae, vacilante y decrépita, la raza de los pigmeos, olvidados ya que fueron gigantes, difícilmente se comprenderá cómo en una pequeña República de cuatrocientos mil habitantes, víctima de contínuas conmociones, muchas veces entregada á los horrores de la guerra, ora civil, ora estrangera, se puede crear una literatura, ya relativamente rica, y enarbolar al par de la bandera de la libertad victoriosa, la bandera triunfante de la poesía. Se concibe que los soldados portugueses pudieran cantar los versos de Camoens en los asaltos de las plazas enemigas; que los gondoleros venecianos cautivos de los austriacos, recitáran á las ondas del Adriático las estancias del Tasso; pero costará creer que exista un país donde en medio de sus disenciones políticas y de las violencias y aberraciones de los partidos, se formase tan brillante pléyade de poetas.

La admiracion ha de cesar, no obstante, cuando se sepa que ese pequeño Estado pertenece á la América, la parte mas juvenil del globo terrestre, donde todo es grandeza y prodigio.

En América la poesía, como la Minerva antigua, nace armada y perfecta, ora para entrar en las luchas de la Independencia, ya para las no menos reñidas pero incruentas del pensamiento moderno. Surge del seno de las aguas y de las selvas, coronada con las palmas de la gloria ó las del martirio; siempre robusta porque es creyente; siempre guerrera porque es jóven; siempre bella porque es verdadera. La vida potente de esa region de maravillas, revélase tanto en los hombres como en las cosas, en la palabra como en la accion; la savia revienta allí de los árboles y de los corazones con la misma impetuosidad con que sus grandes rios se precipitan en los mares; y por eso muchas veces las pasiones se anuncian allí con el pavoroso horror de sus volcanes, con la furia de sus pamperos, como reales y tremendos cataclismos de la naturaleza primitiva.

Qué admirables estrofas se encuentran en las quinientas páginas de este libro! Siéntese que pasó por ellas el soplo abrasador, que descendiendo de la cordillera de los Andes, se lanza á través de las Pampas en las campiñas que baña el Plata! Es el viento de la libertad quien las agita; palpita en ellas el alma de un pueblo heróico, siempre pronto á dar su sangre generosa por la causa de la Patria libre, y siempre esclavo de la fatalidad!..... Ah! pueda él penetrarse de los nobles sentimientos que animan los corazones de sus briosos poetas; comprender que este libro de versos es la bandera de su fé, la fuerza y la luz de su esperanza, el lábaro santo de su patriotismo; y unido en torno de él, retemplarse

con su lectura para tornar á la vez impotente la tiranía, imposible la guerra civil, y fácil el camino que conduce á la prosperidad y al progreso.

«Hijos del númen, inspirados vates,
Que ardiendo en entusiasmo y patrio fuego,
Modulais á la vez en vuestra lira
El canto varonil y el tierno ruego:»

Proclamad siempre en vuestros armoniosos versos la paz y la concordia entre todos los pueblos de la jóven América; protestad enérgicamente contra las esterilizadoras ideas anárquicas, que os impiden completar vuestros gloriosos destinos. Que no vuelva á verse mas como esos nobles hijos del Uruguay:

«..... uncidos á su cadena odiosa.
Verdugos son ó mártires en cruel y eterna lidia.

«Opresos ú opresores, mas nunca ciudadanos
De su deber esclavos, modelos de civismo,
Que el sacrificio hagan de sus rencores vanos,
Y hasta de sus agravios, con noble patriotismo,
Antes que armar el brazo de hermanos contra hermanos!»

Entonces, nobles poetas uruguayos, si lo consiguiéseis, todos los hombres de corazon del viejo ó del nuevo continente, pedirán conmigo que para vuestras frentes gloriosas:

«Guirnaldas teja de laurel fragante
El ángel de la vírgen poesía.»

Tales son los férvidos votos de un triste valetudinario que vejeta penosamente en este apartado rincon de Europa; pero que aun siente en su pecho bastante sensibilidad, entusiasmo y amor á lo bello para saludar con viva efusion de afecto á los patrióticos cantores uruguayos, y que pone fin á esta carta, firmándose con verdadera estima;

De Vd. amigo por simpatía y admirador sincero

Francisco Gomes de Amorim.

Lisboa, Largo do Carmo 19 de Abril de 1879.

A LA MUERTE

DE D. ANTONIO RIOS ROSAS

¡Cayó como la piedra en la laguna
con rudo golpe en la insondable fosa
Ya no levantará tormenta alguna
su elocuencia, vibrando en la tribuna
terrible como el rayo y luminosa.

¡Triste destino de la gloria humana
tan costosa, tan mísera y tan vana!
¡Ayer grandeza, y entusiasmo, y ruido;
hoy tributo de lágrimas; mañana
hondo silencio, y soledad, y olvido!

En la infinita sed que nos aqueja,
¿qué es nuestra vida? El sueño de un momento,
onda que pasa, sombra que se aleja,
ave tímida y muda que no deja
ni el rastro de sus alas en el viento.

¡Cuántas, cuántas memorias arrebata
nuestra viviente y ráuda catarata!
¿Qué es el mártir? Qué el genio? Qué el tirano
en el torrente del linaje humano,
que á través de los tiempos se dilata?

La secular encina, siempre verde,
de sus marchitos frutos se despoja
sin que nadie, mirándola, recuerde
ni el seco ramo, ni la inútil hoja
que en su fuvencible crecimiento pierde.

¡Todo es misterio, vértigo y locura!
La vida frágil, el renombre incierto,
y la tremenda eternidad oscura...
Sólo podemos dar á los que han muerto
con fé piadosa, honrada sepultura.

El la tendrá con lágrimas regada.
¿Cómo olvidar tan pronto, patria mia,
la imperiosa traccion de su mirada,
su voz, su ardiente voz, rígida espada
que al chocar y al herir resplandecia?

A veces imagino que á un le veo
erguirse reposado y pensativo,
y á un tiempo mismo Tácito y Tirteo
arrostrar el contrario clamoreo,
cuánto más acosado más altivo.

Con fuerza potentísima y secreta
brotaban de su espíritu fecundo
el dardo agudo, la alusion discreta,
la cólera inspirada del poeta
y la sentencia del varon profundo.

En el peligro, enérgico y valiente,
jamás cedió su varonil denuedo,
ni se dejó arrastrar por la corriente;
nunca dobló su poderosa frente
ante los vanos ídolos del miedo.

Noble y robusto vástago de aquella
viril generacion, que al mundo vino
cuando, impulsado por su infausta estrella,
marcó en España su iracunda huella
el rayo de la guerra y del destino;

Cuando de su letargo despertaba
la nacion de Lepanto y de Pavia,
y en ella ardiente, inextinguible y brava,
mostró con su teson que no queria
vivir sin honra; ni morir esclava,

Nacida entre el tumulto y el fracaso
de una lucha tiránica y suprema,
esa generacion que hácia á su ocaso
dirige el triste y vacilante paso,
es el himno triunfal de aquel poema

Arrojada y resuelta cual ninguna,
como engendrada en tan heroico empeño,
templóla en sus rigores la fortuna,
la ronca tempestad meció su cuna
y el éco del cañon arrulló el sueño.

Siempre en la brecha y siempre enardecida,
sin temor al destierro ni al verdugo,
con estóico desprecio de la vida
rompió, lidiando, el ominoso yugo
que soportaba, España, envilecida.

De su entusiasta afan en los extremos
amasó con la sangre de sus venas
la libertad que á su valor debemos.
¡Hoy nosotros, sus hijos, no tenemos
ni esperanza, ni fé, ni patria apenas!

El genio nacional, antes dormido
en la profunda noche del olvido,
llenó los aires con su voz sonora,
como el alegre pájaro en el nido
cuando le llama la rosada aurora.

¡Qué espontáneo y feliz renacimiento!
¡Qué pléyade de artistas y escritores!
En la luz, en las ondas, en el viento
hallaba inspiracion el pensamiento,
gloria el soldado y el pintor colores.

¡Larra, Pacheco, Rivas, Espronceda,
Olózaga, Donoso, Avellaneda
y cien hombres, orgullo de la historia,
ya son polvo no más! ¡Ya su memoria
sólo en el pueblo que ilustraron queda!

¡Su memoria mortal, que se derrumba
al impulso del siglo! Eco postrero
de su apagada voz, sordo retumba
en el helado mármol de la tumba,
y se pierde en los ámbitos ligero,

Cuando, vertiendo silencioso llanto,
vuelvo á mi edad la vista atribulada,
siento á la vez indignacion y espanto.
¡Cómo pensar, generacion menguada,
que en pocos lustros descendieras tanto!

Nuestros padres con ánimo sereno
hallaron en los campos de pelea
algo fecundo, provechoso y bueno.
Nosotros, sumergidos en el cieno,
no encontramos un hombre ni una idea.

Su aliento generoso y esforzado,
de Cádiz á las cumbres del Pirene
avivó el fuego del honor, sagrado.
Hoy la estéril república no tiene
ni un cantor, ni un artista, ni un soldado.

Ni nos defiende ya, ni el golpe embota,
partido en mil peñazos nuestro escudo,
el vulgo, el necio vulgo nos azota:
yace el arte decrepito, está mudo
el genio, el arpa destemplada y rota.

Alguien con torpe y mentiroso halago,
en busca del aplauso apetecido,
agitó el fondo del impuro lago.
¡ay! y el vapor del fango removido
solo engendra la peste y el estrago.

Tú dormirás en paz, ¡oh varon fuerte!
con el sol de la patria que declina,
Y es venturosa y envidiable suerte
reposar en los brazos de la muerte,
cuando todo es dolor, vergüenza y ruina.

Tú, de este triste y borrascoso drama
sacaste el puro corazon ileso,
Otros que el pueblo alborotado aclama,
no dormirán tranquilos bajo el peso,
bajo el terrible peso de su fama,

Noviembre 5 de 1878

Gaspar Nuñez de Arce.

Señora Da....

He leido con mucho gusto su nombre señalado en la lista de las personas católicas, que ofrecen algo en sustento del sacerdote Teniente Cura de este pueblo; pues le mando nuestro sagristano, para que usted pueda ejercitar conmigo su piadosa caridad por este mes, y con el favor de Dios, por otros susecutivos.

Con humilde respeto la saludo esperando en contestacion la noticia de *cuantitativo* que ofrece actualmente, ya que lo que ahora encuentro escrito por usted ofrecido es de veinte centécimos por mes. *Si acaso la piedad le sugeresse cincuenta centésimos como otras* POBRES *hacen*, tendrá la bontad de hacérmelo saber para que me lo señale en el libro mio particolar.

Sacrestia de N. S. de la Paz.
Su humilde servidore en Señor—
Presbitero *José Caporrino*—
Teniente cura.

"La Razon" Junio de 1879

La poesía portuguesa

El erudito é infatigable escritor portugués Teófilo Braga, á quien se deben muchos y muy notables estudios sobre la literatura lusitana, acaba de publicar con el título que encabeza estas líneas, una escogida coleccion de poesías de los mejores poetas líricos portugueses, brasileños y gallegos contemporáneos, precedido de un estudio sobre la moderna poesía del vecino reino del imperio del Brasil y de nuestras provincias gallegas, no sin razon identificadas, bajo el punto de vista literario, con los pueblos de raza portuguesa, por el distinguido profesor del curso superior de Letras de Lisboa. Treinta y nueve poetas portugueses, veintitres brasileños y tres gallegos (pues no puede considerarse como tal el señor Ruiz Aguilera, de quien incluye el señor Braga una composicion traducida al dialecto de Galicia) forman esta escogida coleccion, en la que figuran nombres tan distinguidos como los de Almeida Garret, Herculano, Castilio, Scares de Passos, Mendez Leal, Ribeiro, Joao de Deus, Anthero de Quental, Guerra, Junqueiro, Gomez Leal y otros.

Aunque una Autología de este género no es suficiente para que se puedan juzgar con acierto los autores en ella comprendidos, y de los cuales solo da á conocer semejantes libros un corto número de producciones, basta, sin embargo, para adquirir alguna idea del estado de la poesía lírica en la gente lusitana que, ciertamente, ni escasea en buenos poetas, ni deja de ofrecer motivos bastantes para llamar la atencion de la crítica.

Merecenla sin duda ese único imperio americano, ese oscuro y reducido reino europeo y esas arrinconadas é injustamente despreciadas provincias de nuestra patria, que encierran en su seno tantos y tan distinguidos poetas, y en medio del abandono y del olvido, tan gallardamente contribuyen al esplendor del arte literario. Y no es menos digno de observar el movimiento social, político y religioso que se revela en las composiciones coleccionadas por el Sr. Braga, y que bien merece ser conocido en España tan poco atenta á cuanto se refiere á los que, despues de todo, son sus hermanos.

En el libro que nos ocupa, tienen representacion todos los géneros, tendencias y direcciones que hoy se señalan en el lirismo. Allí se halla la poesía puramente subjetiva, sentimental, apasionada y dominada por enfermiza melancolía ó por negro y pesimista escepticismo, tan característico de nuestros tiempos; allí los cantos entusiastas, inspirados por los grandes espectáculos de la natura-

leza y de la historia, ó por la perspectiva ante-
jana de los nuevos ideales; allí la dolora cam-
poamoriana, encubriendo bajo la juguetona ligereza de la forma su desoladora filosofía; allí la novísima poesía docente trocando en imágen poética las concepciones de la ciencia; allí la musa revolucionaria y socialista lanzando sangrientas sátiras contra la iglesia, la aristocracia y la monarquía, ó entonando con furioso acento el canto de guerra de la demagogia; allí, por último, la musa orótica, cantando el amor con melancólica dulzura y delicado sentimiento en la tierra portuguesa y en Galicia con voluptuosa y refinada sensualidad bajo el ardiente cielo del Brasil. A esta rica variedad en los asuntos, corresponde otra igual en las formas que ofrecen, al lado de las que consagró la tradicion clásica otras muchas peculiares del pueblo lusitano, ó recientemente inventadas y no siempre felices por cierto.

El mas ligero exámen basta para hallar en todas estas composiciones una fundamental unidad y una variedad notoria. Lo mismo las que proceden de Portugal y de Galicia que las que provienen del Brasil, presentan una série de caractéres comunes, que constituyen un verdadero aire de familia, y otra de cualidades especiales que responden á la fisonomía de cada comarca, dentro de la unidad étnica lusitana. En todas se advierte un fondo de comun pasion y de melancolía, que forma su verdadero carácter; todas son producto de una raza que une el apasionamiento de las gentes meridionales con el génio sombrío, soñador y melancólico de las razas del norte.

Principalmente en las poesías gallegas, la melancolía es la nota dominante. Bajo aquel cielo hermoso, á orillas de aquel mar agitado, en medio de aquella naturaléza tan bella como triste, la raza gallega, oscurecida, abandonada, menospreciada sin razon, se siente dominada por una pasion casi esclusiva: el amor á la patria gallega, la nostalgía del país natal y una como somnolencia melancólica que hasta en las poesías amorosas se revela. Sus cantos son el eco lastimero de un pueblo pobre, dulce, abandonado y triste, sin otro amor que el del terruño ni otro sentimiento que el que producen las brumas del cielo y las nieblas del alma.

La poesía portuguesa no ostenta con tanto relieve este carácter; pero no lo pierde por completo. Ese fondo de tristeza no falta en sus producciones, pero no se mezcla con ímpetus de arrebatada pasion. Las quejas amorosas de Almeida Garrett, las románticas inspiraciones de Herculano, la sentida dolora de los poetas que en la coleccion del señor Braga figuran, confirman la verdad de nuestro aserto. Con leves escepciones, todos vibran la misma melancólica cuerda; todos recuerdan en sus cantos el lirismo aleman lleno de brumas; todos tambien mezclan con esto los vuelos de las fantasías y los arrebatos de la pasion meridional.

Pero en Portugal se agitan sentimientos y aparecen ideales que todavía no han perturbado el sosegado suelo de Galicia. Por eso su poesía ofrece un carácter nuevo, que no hemos advertido en la gallega: el sentido revolucionario. En aquel país, tierra clásica en otros tiempos del absolutismo y la teocracia, se escuchan ya los rugidos de la tempestad revolucionaria, y estos rugidos tienen su eco en la poesía. Allí tambien las nuevas direcciones de la ciencia van insinuándose aunque lentamente; ya la oleada positivista invade el país que pocos años ha condenó al silencio á Herculano; y por eso la poesía docente y trascendental aparece unida en íntimo consorcio con la revolucionaria.

He aquí una nota que distingue la poesía portuguesa de la gallega.

Fuerza es declararlo. Si en la poesía se refleja el estado de los pueblos, el libro que nos ocupa, anuncia en Portugal la existencia de un furioso espíritu revolucionario. En pocas literaturas contemporáneas hemos hallado poesías que puedan compararse bajo este concepto á las que figuran en la coleccion del Sr. Braga, cemenzando por las suyas propias, y siguiendo por las de Anthero Quental, Augusto Lima, Guerra Junqueiro, Acevedo, Sousa Viterbo, Cándido de Figueiro, Gomez Leal y Bettencour Rodriguez. Todas las exageraciones, todos los furores de la demagogia socialista, todos los nobles entusiasmos de la democracia tambien, hierven en estos ardientes cantos, verdaderos gritos de guerra contra la organizacion social de la época presente.

A decir verdad, no todo es digno de plácemes en estos cantores de la nueva idea. Fácil es advertir, al estudiarlos, que la democracia portuguesa sigue los mismos pasos que la española siguiera en otros tiempos; que la filosofía hace otro tanto, y que el vecino reino se halla en un estado muy semejante al que nosotros hemos atravesado. Ni sus frecuentes relaciones con Inglaterra bastan, por lo visto, para apartarle de la fatal influencia francesa.

La democracia apocalíptica y teatral de Víctor Hugo y de los oradores del 93; el socialismo sentimental de Michelet, Eugenio Suó y el autor de los *Miserables*; las vanas declamaciones de Quinet y Pelletan; las exajeraciones y locuras de la secta jacobina: he aquí las fuentes en que beben su inspiracion estos poetas. Un deismo vulgar, un racionalismo clerófobo y apasionado; tales son tambien las doctrinas filosóficas que en sus producciones alientan. ¿Será ley fatal de las democracias latinas caér en constantes exageraciones y dar á la libertad el aspecto idealista, teatral y declaratorio, con mezcla de fanático y sanguinario, de que en mal hora la invistieron los hombres de la revolucion francesa?

Al lado de estos furores revolucionarios (entre los cuales hay cantos llenos de inspiracion y de energía) figuran en el volúmen que nos ocupa, odas y cantos de levantada entonacion, sentidas é ingeniosas doloras, composiciones filosóficas de mérito y poesías amorosas de incomparable delicadeza y ternura. Muchas de las Folhas caidas de Almaido Garret; la desgarradora poesía *Mocidade é morte* de Herculano; el tristísimo cuadro *Infancia é miseria*, de Agusto Lima; el grandioso canto *O firmamento*, de Soares de Passos; el de Alejandro Braga, *Al Sol*; el bello himno *A la Luna*, de Silva Ferraz; la sentida y preciosa poesía *A esmola do pobre*, de Julio Dinez (Gome Coelgo); el valiente *Ave César*, de Mendez Leal; la hermosa composicion *¡Morta!*, de Tomás Ribeiro; la titulada *O prisioneiro* de Teófilo Braga, y algunas otras que fuera prolijo enumerar, son verdaderas joyas que hacen honor á la literatura del vecino reino.

Al pasar al Brasil la poesía portuguesa adquiere nuevas cualidades, propias del nuevo suelo en que arraiga. La melancolía, la ternura, la delicadeza que distingue á los cantos de la madre patria, sin perderse por completo, toman bajo el sol de los trópicos un nuevo aspecto, y se truecan en lánguido abandono y voluptuosa somnolencia. Aquella es ya la poesía criolla rica en fantasía, abundosa en imágenes, rebosando voluptuosidad, y sensualismo y cantando ante todo y sobre todo los goces y las penas del amor.

Esceptuando la composicion *No dia de entierro de.....* de Alvarez de Acevedo, *As duas escravas* de Sousa Pinto, *A porteccao dos reis*, de Lucio de Men-

doça, y la primorosa y sentida poesía de Quirino dos Santos *O filho da lavandeira:* todas las poesías coleccionadas por el señor Braga cantan únicamente el amor, en todas sus formas, con una mezcla verdaderamente encantador de tristeza, ternura, languidez y voluptuosidad que solo se halla en los climas cálidos.

Imposible seria citar las composiciones de este género que merecen mencion, pues habria que enumerarlas todas. Solamente mencionaremos como las mas bellas, las de Alvarez de Acevedo, Gonçalves Diaz, Casimiro de Abreu, Yagundes Varella, Castro Alvez, Gonçalves Crespo, Vieira de Sousa y Diaz Carmeiro. Singularmente las tituladas *Sonhame*, de Acevedo; *Amor é medo*, de Abreu; *Na rede*, del mismo; y *Estancias*, de Yagundes Varella, son por todo extremo delicadas.—*Manuel de la Revilla*, (español). "El Siglo" Junio de 1879

Efemérides

DIA 18—1830—SE JURA LA CONSTITUCION DE ESTA REPÚBLICA.

De acuerdo con la Convencion preliminar de Paz, entre la República Argentina y el Imperio del Brasil, celebrada el 27 de Agosto de 1828, por el cual ambas partes contratantes reconocieron la independencia de esta República, se hicieron las elecciones de representantes del pueblo para componer la Asamblea Constituyente y Legislativa que debia organizar el nuevo Estado.

El 10 de Setiembre de 1829, la Asamblea sancionaba la Constitucion que debia regirlo, y es la que está vigente, sin que haya sufrido la mas mínima alteracion hasta ahora.

El **18 de Julio de 1830** fué jurada por las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, y por los individuos del pueblo, en la plaza mayor, hoy de la Constitucion, levantándose las actas correspondientes.

Retrato de Bolívar—Bolívar tenia la frente alta, pero no muy ancha, y surcada de arrugas desde temprana edad—indicio de pensador. Pobladas y bien formadas las cejas. La nariz larga y perfecta. Tuvo en ella un pequeño lobanillo que le preocupó mucho, hasta que desapareció en 1820, dejando una señal casi imperceptible. Los pómulos salientes; las mejillas hundidas, desde que le conocí en 1818. La boca fea y los labios algo gruesos. La distancia de la nariz al labio superior era notable. Los dientes blancos, uniformes y bellísimos; cuidábalos con esmero. Las orejas grandes, pero bien puestas. El pelo muy negro, fino y crespo; lo llevaba largo en los años de 1818 á 1821, en que empezó á encanecer, y desde entónces lo usó corto. Las patillas y bigotes rubios; se los afeitó por primera vez en Potosí en 1825. Su estatura era de cinco piés, seis pulgadas inglesas. Tenia el pecho angosto; el cuerpo delgado, las piernas sobre todo. La piel morena y algo áspera. Las manos y los piés pequeños y bien formados; una mujer los habria envidiado. Su aspecto, cuando estaba de buen humor, era apacible, pero terrible cuando irritado; el cambio era increible.

Bolivar tenia buen apetito, pero sabia sufrir hambre como nadie. Aunque grande apreciador y conocédor de la buena cocina, comia con gusto los sencillos y primitivos manjares del llanero ó del indio. Era muy sóbrio; sus vinos favoritos eran «grave» y «champaña;» ni en la época en que mas vino tomaba le ví beber mas de cuatro copas de aquel ó dos de este. Cuando se servia, llenaba él mismo las copas de los huéspedes que estaban á su lado.

Hacia mucho ejercicio. No he conocido á nadie que soportase como él las fatigas. Despues de una jornada que bastaria para rendir al hombre mas robusto, le he visto trabajar cinco ó seis horas, ó bailar otras tantas, con aquella pasion que tenia por el baile. Dormia cinco ó seis horas de las veinte y cuatro, en hamaca, en catre, sobre un cuero, ó envuelto en su capa en el suelo y á campo raso, como pudiera hacerlo sobre blanda pluma.

Su sueño era tan ligero y su despertar tan pronto, que no á otra cosa debió la salvacion de la vida en el Rincon de los Toros. En el alcance de la vista y en lo fino del oido no le aventajaban ni los llaneros. Era diestro en el manejo de las armas, y diestrísimo y atrevido ginete, aunque no muy apuesto á caballo. Apasionado por los caballos, inspeccionaba personalmente su cuidado, y en campaña ó en la ciudad visitaba varias veces al dia las caballerizas. Muy esmerado en su vestido y en estremo aseado, se bañaba todos los dias, y en las tierras calientes hasta tres veces al dia. Detestaba á los borrachos y á los jugadores, pero mas que á estos á los chismosos y embusteros. Era tan leal y caballeroso que no permitia que en su presencia se hablase mal de otros. La amistad era para él palabra sagrada. Confiado como nadie, si descubria engaño ó falsía, no perdonaba al que de su confianza hubiese abusado.

Su generosidad rayaba en lo pródigo. No solo daba cuanto tenia suyo, sino que se endeudaba para servir á los demas. Pródigo con lo propio, era casi mezquino con los caudales públicos. Pudo alguna vez dar oidos á la lisonja, pero le indignaba la adulacion.

Hablaba muy bien; poseia el raro don de la conversacion y gustaba de referir anécdotas de su vida pasada. Su estilo era florido; sus discursos y sus escritos están llenos de imagenes atrevidas y originales. Sus proclamas son modelo de elocuencia militar. En sus despachos lucen, á la par de la galanura del estilo, la claridad y la precision. En las órdenes que comunicaba á sus tenientes no olvidaba ni los detalles mas triviales: todo lo calculaba, todo lo preveia.

Tenia el don de la persuacion y sabia inspirar confianza á los demas. A estas cualidades se deben, en gran parte, los asombrosos triunfos que obtuvo en circunstancias tan difíciles, que otro hombre sin esas dotes y sin su temple de alma se habria desalentado. Jénio creador por excelencia, sacaba recursos de la nada. Grande siempre, érato en mayor grado en la adversidad. «Bolívar derrotado era mas temible que vencedor,» decian sus enemigos. Los reveses le hacian superior á sí mismo.

En el despacho de los negocios civiles, que nunca descuidó, ni aun en campaña, era tan hábil y tan listo, como en los demas actos de su vida. Meciéndose en la hamaca ó paseándose, las mas veces á largos pasos, pues su natural inquietud no se avenia con el reposo; con los brazos cruzados, ó asido el cuello de la casaca con la mano izquierda y el índice de la derecha sobre el labio superior, oia á su secretario leer la correspondencia oficial y el sin número de memoriales y cartas particulares que le dirigian. A medida que leia el secretario iba él dictando su resolucion á los memoriales, y esta resolucion era, por lo general, irrevocable.

Dictaba luego, y hasta á tres amanuenses á la vez, los despachos oficiales y las cartas; pues nunca dejaba una sin contestar, por humilde que fuese el que le escribia. Aunque se le interrumpiese mientras dictaba, jamas le oí equivocarse ni turbarse para reanudar la frase. Cuando no conocia al corresponsal ó al solicitante, hacia una ó dos preguntas. Esto sucedia muy rara vez, porque, dotado de prodigiosa memoria, conocia no solo á todos los oficiales del ejército, sino á todos los empleados y personas notables del país.

Gran conocedor de los hombres y del corazon humano, comprendia á primera vista para qué podia

servir cada cual, y en muy rara ocasion se equivocó.

Leia mucho, á pesar del poco tiempo que sus ocupaciones le dejaban para la lectura. Escribia muy poco de su puño; solo á los miembros de su familia ó á algun amigo íntimo; pero al firmar lo que dictaba, casi siempre escribia uno ó dos renglones de su letra.

Hablaba y escribia francés correctamente, ó italiano con bastante perfeccion; de inglés sabia poco, apenas lo suficiente para entender lo que leia. Conocia á fondo los clásicos griegos y latinos que habia estudiado y leia siempre con gusto en las buenas traducciones francesas.

Los ataques que la prensa dirigía contra él, le impresionaban en sumo grado, y la calumnia le irritaba. Hombre público por mas de veinte años, su naturaleza sensible no pudo vencer nunca esta susceptibilidad, poco comun en hombres colocados en puestos eminentes. Tenia alta opinion de la mision sublime de la prensa, como fiscal de la moral pública y freno de las pasiones. Al buen uso que de este agente civilizador se hace en Inglaterra atribuia él la grandeza y moralidad del pueblo inglés. —*D. F. O'Leary*, primer edecan del Libertador.

Campoamor y Nuñez de Arce

I

Víctor Hugo lo ha dicho: el arte es la religion de los iguales: en la suprema altura del espíritu que se llama genio, no hay mayor ni menor; el que alcanza á la cumbre es tu igual, Homero.

Sin embargo, dentro de esa misma elevacion, ¡cuán múltiple variedad! Un nivel de estatura no implica semejanza de rostro, y una tension igual en la fuerza del espíritu no se opone á la manifestacion de esa otra fisonomía que se llama carácter.

Dentro de la elevacion la individualidad. Dante es grande como Shakespeare; Calderon, grande como Esquilo; pero ni Calderon se parece á Esquilo, ni á Dante se parece Shakespeare. Todos son iguales y todos son diferentes. ¡Misterio inexplicable!

El espíritu humano, creciendo como las aguas de un mar desconocido, se agita sobre la superficie y forma, sobre un mismo nivel, olas que se tuercen en sombrías espirales, y olas que se rizan en blanquísima espuma; olas que braman, y olas que rien. Están en la misma elevacion, y se agitan de diferente manera; adoptan las formas distintas, y todas son igualmente saladas y amargas en proporcion.

Como el espíritu de Dios sopló en los primeros dias de la creacion sobre la superficie de las aguas, sobre el nivel de la humanidad se agita el genio. La ola que rie es Cervantes; Job es la ola que se queja; pero en aquel gemido, hay salada causticidad, y en aquella risa hay acerba amargura; como que debajo de ellos se extiende el alma humana, océano sin fondo, amargo y salado eternamente.

II

Hoy entre nosotros la cuestion que se agita es ésta: Nuñez de Arce, Campoamor; los dos han escalado la cumbre de la lírica moderna en nuestra patria; de los dos ¿cuál es superior? ¿A cuál de los dos se debe aclamar como primero? Los apasionamientos de escuela intervienen, y las soluciones varian. Los puristas de forma deprimen á Campoamor; los sectarios de lo que llaman *arte decente*, hablan de Nuñez de Arce con menosprecio.

Campoamor es rudo en la forma; Nuñez de Arce es indeterminado en sus ideales: el naturalismo del primero lo hace degenerar en prosáico: el atildamiento del segundo le da cierta frialdad académica. Los que esto dicen analizando, acaso tengan razon; pero los que esto dicen no comprenden á ninguno de los dos poetas. Ni el microscopio se ha hecho para inspeccionar los astros, ni el análisis sirve para abarcar el conocimiento de un espíritu: pasó la época de gramáticos y retóricos; por una incorreccion ya no se condena una obra.

En arte, á veces lo que la crítica menuda considera un defecto, suele ser una cualidad indispensable. La estatuaria de la Edad Media desconoce el dibujo, ignorancia que ayuda al misticismo de la época.

Cuando el Renacimiento le devuelve la posesion de la forma, adquiere el modelado del desnudo, pero pierde el carácter religioso. Los santos de Juan de Colonia, de desproporcionados miembros; pausadamente envueltos en acartonadas vestiduras, no tienen la correccion de líneas de las voluptuosas vírgenes de Bernini, cubiertas con cendales y trasparentes lienzos, y sin embargo, son mas puros, mas ideales, mas divinos.

En literatura hay el estilo; pero entiéndase que el estilo no es la forma, como algunos creen. El estilo es todo; es el hombre, como decia Quintiliano. De aquí que, segun hemos dicho, no sea el análisis el mejor medio de conocer á un escritor. Los grandes poetas no se pueden abarcar sino en grandes síntesis. Son como los abismos en los que es necesario sumergirse: todo otro trabajo nos parece inútil. Hoy la crítica debe tener mas de psicología que de gramática.

III

Un dia los vigilantes custodios del preceptismo, los intransigentes tradicionalistas de la forma, que como ancianas vestales cerrábanse en círculo en torno del sacro fuego del arte; vieron con asombro y espanto que un nuevo vate encendia la antorcha de su inspiracion en otra llama que la que ellos difundian.

¡Abominable sacrilejio! La tumba de Quintana iba á arrojar de sí su ilustre sombra para aterrar con su acusadora presencia al atrevido profanador de la clásica oda, que, arrastrando la poesía de las cumbres de la altisonancia sublime, la sumerjia en la chocarrera naturalidad y en el vulgar prosaismo.

No faltaron, sin embargo, espíritus modernos que aplaudieran al revolucionario autor de las *Doloras*, que pronto alcanzó una fama tan inmensa como merecida. Hoy, la acusacion de vulgaridad y prosaismo se suscita de nuevo á pretexto de una última faz en su jenio manifestada en *Los pequeños poemas*.

¡Versos mal acentuados, asonancias frecuentes, diccion familiar, imágenes sencillas, combinaciones métricas extrañas!.... ¿Por qué fijarnos en sólo esto? Tomad una obra cualquiera de Campoamor, y en vez de hacer un exámen exegético, mirad al interior y vereis al poeta.

Vedle, él es. La agraciada y contínua sonrisa que se extiende por su semblante, parece que se esparce debajo de sus versos; su amor á la naturaleza llega á convertirse en pagano sensualismo: lejos de él las imágenes sombrías y terroríficas; sus poesías son cuadros llenos de luz, en los que hasta el dolor aparece vestido de fiesta; es un Epicuro del arte á quien no se concibe escribiendo sino coronado de rosas, como Anacreonte, y reclinado sobre el seno de Cynthia, como Propercio.

Cuando canta el amor, es mas pagano todavía. No tiene una Laura, ni tiene una Beatriz que idolatrar con culto idealista; pero de su imajinacion lozana y ardiente brotan de contínuo palpitantes Venus que, distribuidas entre doloras y poemas, son sus heroínas, Evas pecadoras, hermosas y sensuales como las mujeres que pintaba Rubens.

Como poeta de la naturaleza es esencialmente humano, y tiene además un delicado aticismo griego. Su cabeza tiene la risueña serenidad del busto de Sofocles; sus rosadas mejillas irradian los reflejos de luz del Saronico arjentado; sobre sus espaciosas sienes ¡cuán bien se enlazarian los laureles de Dafne y los mirtos de Erimanthol ¡Alegre sacerdocio de la *buena diosa*! las cuerdas de su dorada lira dispuestas están á resonar á los acordes del *hymen*, mientras que sus rojos labios parecen prontos á pronunciar el sacramental *¡Evohe!*

¡Ah! pero no os fieis. El tirano de Dinamarca arrojó en la copa de Hamlet una perla envenenada. Campoamor empuña la copa de Anacreonte, pero en su fondo el escepticismo, otro tirano tambien, ha depositado su veneno. Campoamor es dulce en la superficie, y en el interior es amargo. Tiene una perversa candidez y una deliberada hipocresía: de aquí sus extrañas antítesis. El poeta de la aristocracia, en sus obras, es casi demagogo: el predilecto de las damas devotas, suele ser terriblemente impío.

IV.

El otro, Nuñez de Arce, es por el contrario, el poeta de la sombra. Su jenio particular se refleja tambien en su fisomia. Cabeza pequeña y nerviosa, ojos vivos, recortada barba, severo y reservado continente que envuelve su busto en no sé que anticuado aspecto, comparable solo al de los retratos de la época del emperador Cárlos V. Aquella fisonomia interesante y llena de animacion resulta estrañamente anacrónica. Parece un rostro moldado por todas las aspiraciones, todas las luchas y todos los horrores del turbulento siglo XVI. Las maceraciones fanáticas, las cavilaciones políticas, los sufrimientos de la guerra, las inquietudes de los espíritus en los albores de la Reforma, todo esto en union extraña, parece contemplarse reunido en un semblante que á la vez tiene la demacracion del asceta, la penetracion del político, la altivez del guerrero y la vacilacion del heresiarca.

Sus obras comprueban este anacronismo. Unas parecen escritas á la luz de la incendiaria tea, entre el rumor fragoso del combate; otras al siniestro albor de lámpara conventual entre los piadiosos acordes del órgano y los cánticos sagrados; otras en el tranquilo reposo de palaciegas salas; otras en el silencio de la celda á la misteriosa hora de la noche: es que el tentador maligno atormenta con sugestiones infernales el espíritu del monje aterrado, al contemplar surgir dentro de sí, con el gérmen terrible de la duda, la maldita zizaña de la reprobada heregía.

Cuando el doctor Fausto evoca desesperado al génio de las tinieblas, al verle aparecer, exclama: «¡Qué desventura! Tu presencia me espanta.» Temor comparable al que Nuñez de Arce siente cuando á su voz aparecen los ideales nuevos de esta época. Hombre de este eiglo, busca la libertad, y luego que la contempla exclama:

Licencia desgraciada, vil ramera
del motin, te conozco y te maldigo.

Tambien maldice á Voltaire, despues de confesar su victoria. La luz de la razon hiere sus ojos con luz tan viva y penetrante, que por evitar tan dolorosa impresion, preferiria permanecer ciego. Espíritu colocado en el lindero de los siglos, ama el porvenir y le teme, condena el pasado y le canta. De este estado terrible de combate, vacilacion, espanto y duda, nace su grande y siniestro genio poético.

V

Campoamor y Nuñez de Aarce. Por lo que toca á la grandeza de ambos, ya lo hemos dicho, ninguno de los dos es superior al otro, los dos han llegado á la cúspide; los dos son iguales. Las personalinades son únicamente diferentes.

Nuñez de Arce comenzó escribiendo para el teatro. Su mejor drama, *El haz de leña*, es su primer paso en la lírica.

Campoamor, despues de alcanzada la corona de la lírica, quiso aspirar tambien á los laureles del teatro. Sus dramas continuaron siendo *Doloras*.

¿Por qué ese afan de recabar triunfos escénicos? ¿No les basta acaso la gloria de ser ellos dos únicos, los dos grandes líricos con que las letras y la patria se enorgullecen en esta época?

Ricardo Blanco Asencio.

Madrid, 1879.

BIBLIOGRAFIA

Hojas al Viento

POR CÁRLOS GUIDO Y SPANO

[2.ª Edicion]

Las *Hojas al Viento*, libro lírico de D. Cárlos Guido y Spano, vienen precedidas de la advertencia é introduccion siguientes:

ADVERTENCIA

Hace mucho tiempo que era reclamada por los amantes de las letras y por las personas que gustan de la buena lectura, una nueva edicion de las hermosas poesías del Sr. Guido.

Ese vivo deseo se esplica fácilmente, teniendo en cuenta que aquel ha vencido con sus versos el escollo en que generalmente naufragan escritores mediocres: han resistido el embate de la crítica, es decir, han justificado el noble título de poeta discernido á su autor, y conquistádole el corazon y los sentimientos de todos los que, no por ser estraños á las cuestiones estéticas, dejan de gozar la inefable delicia de contemplar y comprender la belleza, sino en lo mas íntimo de su naturaleza, por lo menos en los luminosos contornos que la caracterizan.

El señor Guido no solo ha sido favorecido dentro de la República con juicios lisonjeros, sino tambien en el extrangero.

El mas eminente de los poetas contemporáneos, Víctor Hugo, ha aplaudido sus delicadas composiciones, y la Academia de Bellas Letras de Chile le ha llevado á su seno.

El juicio del poeta francés equivale por sí solo al mejor de los triunfos que un escritor puede ambicionar en su vida literaria; y ese juicio tiene mas valor, si se considera que ha sido espontáneamente pronunciado, y sin que el señor Guido, por medio de algun compromiso galante, haya influido para nada en él.

La nueva edicion de las *Hojas al Viento* que, precedida de una introducion debida á la elegantísima pluma de D. Santiago Estrada, tenemos el honor de presentar al público, supera á la primera, pues contiene como diez composiciones nuevas.

Por otra parte, no hemos omitido gasto alguno á fin de darle el realce que exijen obras que, como la presente, alientan en las elevadas regiones del pensamiento y del arte.

Los Editores.

Los hermanos Igon han emprendido la tarea de reimprimir aumentado, el Libro Lírico de D. Cárlos Guido y Spano.

Este empeño es un buen síntoma literario, pues manifiesta desembozadamente que los versos de nuestro compatriota han sido solicitados y leidos, en un pais en que raras veces se agota la primera edicion de un libro nacional.

Sobrado merecimiento tienen esos cantos para ser objeto de tan cordial acogida; pero no por ello ha de desdeñarse el hecho anunciado, desde que, para parecernos en todo á los demas hombres, tambien sabemos desconocer á los predilectos de la naturaleza.

Un amigo, Héctor F. Varela, puso la mano en el arca del poeta, y le arrebató el tesoro de sus febriles vigilias.

El libro de D. Cárlos Guido y Spano apareció sostenido por una crítica justiciera y amable al mismo tiempo, que dedicó observaciones atinadas al autor y á la obra.

« Guido, decia José M. Estrada en la *Revista Argentina*, pertenece á aquella raza exótica en la tierra, anómala en nuestro siglo, de los que se sienten caidos en el seno de las realidades en que todos vivimos. Sus inspiraciones son como las reminiscencias platónicas. Aspiran á su region nativa y viven en el trasporte mistico. Sueñan desde su oriente hasta su ocaso, y cruzan el mundo, desdeñando lo que á todos los hombres apasiona, con la mirada absorta por lo que divisan á traves de lo real, en la trasparencia de su fantasía, y conversando familiarmente con el génio que crea sus visiones y formula sus estrofas. Como el vate antiguo, no sufre intermitencias en su contemplacion ideal, ni veleidades de su númen. Guido es poeta por naturaleza, por fatalidad: ha vivido cantando y morirá soñando.»

Otro juicio mas detenido vió despues la luz pública.

Diseñado el poeta en el precedente, conozcamos ahora la índole de sus versos, en las páginas de este, atildadamente escritas por el Dr. D. Pedro F. Goyena.

« La musa del Sr. Guido, enseñaba, se mantiene con noble actitud en una region serena, desde la cual se descubren hermosas perspectivas, y donde la pasion, perdiendo su intemperancia, llega á trasformarse en dulce y apacible sentimiento. La musa del Sr. Guido no se deleita en placeres groseros, ni se abisma en dolores profundos; no rie, ni se desespera. Una lágrima pura y brillante se desliza á veces por su mejilla, apenas colorida, pero se convierte luego en sonrisa; y sus labios perfumados modulan siempre una plácida, encantadora armonía. El Sr. Guido es clásico, por la correccion de la forma y por la simpatía que profesa á la belleza plástica; pero su inspiracion vuela, en algunas poesías, á mayor altura que la inspiracion pagana; y el sentimiento que se alberga en sus estrofas, es mas noble y mas tierno que el sentimiento expresado en los versos de los poetas antiguos. »

Aceptado el libro del Sr. Guido por sus compatriotas, pasó los Andes, llegó á Chile, y despertó un interés justísimo, que le atrajo el honor de que informan las líneas inmediatas, tomadas de una carta de D. Eduardo de la Barra, Secretario de la Academia de Bellas Letras de Santiago de Chile.

« La Academia de Bellas Letras, dicen, ha elegido á Vd. por unanimidad miembro honorario, en calidad de correspondiente extrangero, á propuesta de su Director D. José Victoriano Lastarria y del que suscribe. Cábeme la satisfaccion de comunicárselo, dándole al mismo tiempo mis parabienes por la simpática acogida que encontró la proposicion, entre los hombres de letras mas notables de este pais, á quienes Vd. fué presentado como modelo de la poesía americana. »

Las *Hojas al Viento*, despues de haber recorrido la América, impulsadas por próspera fortuna, atravesaron felizmente el Océano, y cayeron bajo los ojos de uno de los mayores poetas del mundo, de Víctor Hugo.

« He recibido, escribia él, vuestro libro magnífico. He leido con emocion los bellos y nobles versos á que habeis unido mi nombre. Sois un generoso espíritu. Quereis la verdad por la luz, la libertad por la justicia, la paz por la fraternidad. El filósofo iguala en voz al poeta. Os felicito. Yo digo como vos: Adelante! Os estrecho la mano. »

De esta manera asociábanse nobles voces de la patria, á otros nobles acentos de América y Europa, para coronar al poeta D. Cárlos Guido y Spano.

El libro que comenzó la jornada con tanto lucimiento, rodeado de tan favorables circunstancias, no podia quedar sumergido en la indiferencia ó el olvido, que es la tumba de las producciones de la inteligencia.

Agotada la primera edicion, esta segunda correrá la misma suerte, en mas breve tiempo, porque el gusto literario se desarrolla aquí en las proporciones de esos árboles de Australia, de los cuales se ha dicho, para encomiar su fecundidad, que se los vé crecer.

En una época que no es la edad de oro de que hablaba el maravilloso Cervantes, pero en la cual predomina el culto del preciado metal; época positiva en que el Mercurio de los paganos tiene un altar en cada calle, y en que las realidades de la vida están por encima de las aspiraciones del corazon y de los sueños de la fantasia, el amor por las letras es de buen augurio para las naciones jóvenes y ricas, que atraen á su seno, con el aliciente de la especulacion, á los hombres de todas partes, que aspiran, al abandonar la tierra fatigada por la siembra, á encontrar en la tierra de las cosechas fecundas, una cómoda existencia.

Sentimiento tan levantado debe servir de morigerador al espíritu puramente práctico, llamado sin él á sofocar la aficion estética, que ha formado uno de los rasgos distintivos de nuestra raza.

D. Cárlos Guido y Spano, súbdito de la ley del trabajo diario que obliga al hombre á comer el pan amasado con el sudor de la frente, pobre de fortuna y rico de imaginacion, reune en su persona los elementos constitutivos del poeta, y conoce todas las fases amargas y consoladoras de la vida, formadas por la lucha y la esperanza.

Hojear este libro es una tarea simpática, interesante, consoladora, que dá á conocer una existencia poblada por los azares, sostenida por los tiernos afectos, embellecida por el cultivo de la mas bella de las artes, confortada por la ilusion de sobreponer el ideal á la realidad, forjándose un medio mejor que aquel que nos formaran las peculiaridades de la vida de cada hombre ó que nos impusiera el carácter particular del tiempo en que nacimos.

El poeta argentino ha reflejado en esas páginas todos los períodos de su existencia, la sinceridad de la infancia, el arrebato de la juventud, la fortaleza de la virilidad, la severidad del raciocinio, el afecto de la familia, el cariño de la patria, el deliquio del amor, la dicha del padre, acento rudo del jornalero que, saludando á Dios cada mañana, empuña el hacha, é invita á su prole á derribar el árbol, para fundar el hogar del hombre y del ciudadano.

Hijo de América, llevando en sus venas sangre de próceres, ama la independencia, y, sin embargo, se le vé sumiso, abatido, inclinar la frente, esclavo de un dolor que le oprime como un yugo, que él no puede ni quiere sacudir.

Ha perdido a su padre, y la primera página de sus versos es una ofrenda á memoria tan cara; canta á su madre, y las estancias que le consagra, parecen los gemidos desoladores de una existencia acalorada en su regazo, de improviso asaltada por un presentimiento que hiela el corazon, como el cierzo que trasmina las piedras del sepulcro.

El sentimiento doméstico predomina en este libro, que ya presenta reminiscencias del diálogo familiar, formula recuerdos de dulces horas, que ora deja escapar el acento marcial, ora exhibe un paisaje, un cuadro ó una estátua labrada con cincel griego en mármol italiano.

Sobre sus páginas presididas por una sombra venerable, puede espaciar la mirada la tierna doncella como sobre un libro de memorias ó un museo de familia, porque un velo pudoroso envuelve el pensamiento, al tocar la realidad de ciertas imágenes, cual ese vapor que hace impalpable los contornos de los ángeles y las hadas de los pintores púdicos.

El poeta argentino ha cultivado la pureza de la lengua y la pureza de la espresion, desdeñando, por una repulsion instintiva de su naturaleza, la forma incorrecta y desenvuelta, tan usual en nuestros dias, y por ello inclinada al realismo desvergonzado.

Si en una coleccion como la presente el crítico ve brillar el relámpago de la inspiracion, percibe las emanaciones del sentimiento, y descubre la firmeza del cincel del lapidario, fáltale la decision necesaria para desmenuzar las hijas hermosas de la fantasía, que agrupadas en simpático coro, endulzan con sus cantares la existencia apenada de los demas hombres.

Cuando una cita ó la casualidad reune sensitivas y hermosas mujeres, apenas es permitido admirar sus atractivos.

Juzgadas por otros con detenimiento las composiciones del poeta D. Cárlos Guido y Spano, permítasenos saludar su *Aurora*, engolfarnos en las sombras de su *Noche*, inclinarnos en presencia de la bella y tierna *Amira*, derramar una lágrima con su *Nenia*, sonreir ante la angélica *María del Pilar*, y, *Al pasar*, responder, como el eco, con un suspiro, al tierno lamento de Blanca.

Quede ahí esa lira melodiosa, suspendida del laurel inmarcesible, exhalando los aromas de las resinas orientales, modulando los arpegios de las cuerdas alemanas, ya herida por el plectro griego, ya pulsada por el hálito de las almas soñadoras!

Buenos Aires, 1879.

S. Estrada.

El aniversario de la Independencia

Era el dia 25 de Agosto de 1825.—Hacia cuatro meses que los Treinta y Tres habian desembarcado en la Provincia Cisplatina.—Aquel puñado de hombres se habia convertido en Legion; y esa Legion era la patria Oriental. Las huestes imperiales ocupaban á Montevideo: pero los Representantes del pueblo se congregaban en la Florida.

Allí, en aquella plaza donde hace poco tiempo se inauguró el monumento conmemorativo del primer dia de la Independencia Oriental, proclamaron que quedaba rota la cadena de la opresion: que el pueblo Oriental queria ser y era en efecto dueño de sus destinos.

Tres años mas tarde, esa independencia era reconocida por los dos Poderes que mas la habian combatido.

Desde entonces nadie la ha puesto en duda: nadie la ha disputado.

Saludemos el aniversario del gran dia en que fué proclamada—¡Arráiguese cada vez mas en esta tierra el sentimiento de la independencia, que es la libertad de las Naciones, y el sentimiento de la libertad, que es la independencia de los individuos en la esfera de la Ley!

DIA 25—1825—DECLARATORIA DE LA INDEPENDENCIA DE LA BANDA ORIENTAL DEL RIO DE LA PLATA.

La Honorable Sala de Representantes de la Provincia Oriental del Rio de la Plata, en uso de la soberanía ordinaria y extraordinaria que legalmente reviste para constituir la existencia política de los pueblos que la componen, y establecer su independencia y felicidad, satisfaciendo el constante, universal y decidido voto de sus Representantes, despues de consagrar á tan alto fin su mas profunda consideracion, obedeciendo la rectitud de su íntima conciencia, en el nombre y por la autoridad de ellos, sancionan con valor y fuerza de ley fundamental lo siguiente:—

Art. 1.° Declara irritos, nulos, disueltos y de ningun valor para siempre todos los actos de incorporacion, reconocimientos, aclamaciones y juramentos arrancados á los pueblos de la Provincia Oriental por la violencia de la fuerza unida á la perfidia de los intrusos poderes de Portugal y el Brasil, que la han tiranizado, hollado y usurpado de sus inalienables derechos, y sujeto al yugo de un absoluto despotismo, desde el año de mil ochocientos diez y siete, hasta el presente de mil ochocientos veinte y cinco.

Y por cuanto el pueblo Oriental aborrece y detesta hasta el recuerdo de los documentos que comprenden tan eminosos actos, los Magistrados civiles de los pueblos, en cuyos archivos se hallan depositados aquellos, luego que reciban la presente disposicion, concurrirán el primer dia festivo, en union del párroco y vecindario, con asistencia del Escribano, Secretario, ó quien haga sus veces á la casa de Justicia, y antecedida la lectura de este decreto, se testará y borrará desde la primera línea hasta la última firma de dichos documentos, extendiendo en seguida un certificado, con el que deberá darse cuenta oportunamente al Gobierno de la Provincia.

2.° En consecuencia de la antecedente declaratoria, reasumiendo la Provincia Oriental la plenitud de sus derechos, libertades y prerogativas inherentes á los demas pueblos de la tierra, se declara de hecho y de derecho libre é independiente del Rey de Portugal, del Emperador del Brasil y de cualquier otro del universo, y con ámplio y pleno poder para darse las formas que en uso y ejercicio de su soberanía estime convenientes.

Dado en la Sala de Sesiones de la Representacion Provincial en la Villa de San Fernando de la Florida, á veinte y cinco dias del mes de Agosto de 1825—*Juan Francisco Larrobla*, Presidente, Diputado por la Villa de Guadalupe—*Luis Eduardo Perez*, Vice-Presidente, Diputado por la Villa de San José—*Juan José Vazquez*, Diputado por la Villa de San Salvador—*Joaquin Suarez*, Diputado por la Villa de San Fernando de la Florida—*Manuel Calleros*, Diputado por la Villa de Nuestra Señora de los Remedios—*Juan de Leon* Diputado por la Villla de San Pedro—*Cárlos Anaya*, Diputado por la Ciudad de San Fernando de Maldonado—*Simon del Pino*, Diputado por la Villa de San Juan Bautista—*Santiago Sierra*, Diputado por la Villa de San Isidro de las Piedras—*Atanasio Lapido*, Diputado por la Villa del Rosario—*Juan Tomás Nuñez*, Diputado por el Pueblo de las Vacas—*Gabriel Antonio Pereira*, Diputado por la Villa de la Concepcion de Pando—*Mateo Lázaro Cortés*, Diputado por la Villa de la Concepcion de Minas—*Ignacio Barrios*, Diputado por la Villa de las Vivoras—*Felipe Alvarez Bengochea*, Secretario.

El 18 de Mayo del corriente año se perpetuó el recuerdo de esa declaracion solemne, inaugurándose en la Florida un hermoso monumento consagrado á la Independencia.

Discurso inaugural por el doctor D. Juan C. Blanco

Señoras, señores:

Cada transformacion que esperimenta el Ateneo, cada paso que avanza, casa hecho que viene á robustecer su vida intelectual, tiene una señaladísima consagracion: la del trabajo por el trabajo, la de la idea, en la palabra brillante de los oradores y en el rítmico acento de los poetas; la de una conferencia literaria, en fin, que es la fiesta y el homenaje del pensamiento.

Y esos bellísimos conciertos de la inteligencia y

del saber, encierran aquí una doble significacion á la vez: de gratísimas recompensas para unos, de incomparable ejemplo y prestigioso espectáculo para todos.

Hay sin duda preciadas recompensas en estos descansos literarios, para esos distinguidos profesores del Ateneo que con abnegacion singularísima, destinan las breves horas que les dejan libres las múltiples atenciones de la vida, tal vez los únicos momentos de reposo y de solaz, á la enseñanza de nuestra juventud estudiosa, al combate permanente de la verdad con el error, porque ven en ellos la enseña luminosa del progreso realizado, los mágicos vislumbres del ideal y el oasis reparador de luchas pasadas, y hay tambien en semejantes magníficos conciertos, un alto ejemplo y prestigioso espectáculo para todos, por el brillo de los oradores que les prestan las galas de su palabra, por la lira de los poetas que los sellan con su armonioso y viril acento, y muy particularmente, por el concurso público, por el benévolo auditorio, que hoy, como otras veces, engalana con su presencia nuestras humildes y modestas aulas, recinto apartado y silencioso, cuyo aire solo agitan de ordinario las científicas discusiones y la controversía diaria en las tranquilas regiones del pensamiento.

Ayer, era la solemnidad de su instalacion, de los adelantos alcanzados por el Ateneo, en el tiempo transcurrido desde aquella no lejana época,—de la inauguracion de nuevas clases, —de secciones especiales, como la de ciencias políticas y normales, la que aquí se festejaba en idéntico y simpático certámen, —formando esa cadena misteriosa, emblema mitológico del poder moral, que une el pensamiento al pensamiento, y que confunde en uno solo, generoso y entusiasta, los sentimientos y las aspiraciones de todos:—era la fiesta del estudio y del saber, solemnizada por la inteligencia!

Hoy... son aquellos que antes le prestaron su concurso al Ateneo y otros que vienen á aumentarlo, renovando las fuerzas, los que harán vibrar su palabra y su inspiracion en bien de esa juventud, cuyos progresos aplaudian y solemnizaban.

Esta es, pues, la fiesta de la inteligencia para vigorizar la instruccion, para fecundar las ideas, para iluminar otros espíritus, arrebatándolos á la duda y el error.

II

Las ciencias, y en especial las ciencias esperimentales, no pueden enseñarse con meros raciocinios por claros y evidentes que sean: reclaman la demostracion práctica, la evidencia sensible, y, á proporcionarla á nuestros estudiantes, dentro de modestos límites, en las clases de física, química, zoología y botánica, se han contraido los esfuerzos del Ateneo, que hoy vé poderosamente secundados con ocasion de esta conferencia, y por eso he dicho que ella era la fiesta de la inteligencia....., de la inteligencia, puesta al servicio del estudio y del saber.

Si no temiera fatigar con la repeticion de cosas que sabeis, que demasiado sabeis, señores, podria llamar vuestra atencion hácia esa diversidad de hechos, modificaciones y cambios que ofrece la naturaleza, aquellos mas conocidos y generales, que exigen una enseñanza práctico-esperimental en nuestras clases, para ser bien comprendidos por los numerosos estudiantes que á ellas concurren, ávidos de ilustrarse, de alcanzar la verdad.

Permitidme, sin embargo, una breve digresion.

La luz solar, los rayos vivificantes que nos envia el astro-rey, se componen de rayos luminosos, que *no dan calor*, y de rayos caloríficos, pero opacos, sin brillo, y sin luz, y su descomposicion, esto es, la descomposicion de la luz, se verifica fácilmente en los laboratorios químicos;—un cuerpo cualquiera, plomo, madera, pergamino, se dilata ó se comprime segun la elevacion ó descenso de su temperatura, segun la cantidad de calor, y para apreciar esas alteraciones, á que se da el nombre de coeficiente de dilatacion, hay en las clases de física aparatos especiales y sencillísimos;—un objeto cualquiera, silice, hierro, papel, etc., lanzado al espacio ó arrojado desde una altura recorre una distancia mayor ó menor segun la velocidad impulsiva ó inicial y el tiempo transcurrido combinado con la gravedad, y para medir esa distancia, hay tambien sencillos mecanismos en los gabinetes de física;—una flor, la hoja de una planta, la hoja de la flor, de nítidos colores y purísimos perfumes, tiene en sus filamentos, en los ténues capilares de su estructura, la savia que le da vida, color y movimiento y cuya circulacion maravillosa es necesario estudiar con el auxilio de aparatos, de útiles apropiados; — el mundo de la zoología, en fin, reclama á su vez el microscopio, la especie, el organismo real ó representado en el molde y la imágen para pisar sus umbrales, como ese otro mundo moral reclama las nociones de lo verdadero, lo bello y lo bueno, grabadas en la conciencia humana, para comprender y admirar sus divinas armonías!

Y todos esos aparatos, mecanismos, útiles, son, como sabeis, los mas indispensables para adquirir los primeros elementos de las ciencias esperimentales, vestíbulo del conocimiento moderno, y los que se encuentran en el mas modesto establecimiento de enseñanza, pero cuya adquisicion presenta obstáculos insuperables para un establecimiento como este Ateneo, formado por el solo concurso popular y sostenido por la inquebrantable voluntad de los que aman el progreso moral de nuestra sociedad.

Venir, pues, á coadyuvar su obra, aunar esfuerzos para un mismo fin, grande y elevado, es contribuir á la difusion de las idas, es propender á ese progreso moral, á veces tan desdeñado, y que está arriba de todos los progresos y de todos los intereses, es fomentar el culto de la verdad y de la ciencia, es preparar el porvenir en las fuerzas vivas de toda sociedad, en esas cabezas juveniles que encierran el secreto de futuros destinos!

III

Fomentar el culto de la verdad y de la ciencia! Y bien, señores; centro científico el Ateneo, difunde en la medida de sus fuerzas, el culto de la ciencia; institucion libre el Ateneo, inculca el amor á las instituciones libres, y vosotros sabeis, señores, los ejemplos que ofrece y los milagros que opera el culto de la ciencia y el amor á las instituciones libres en el régimen de los pueblos.

Por esos poderosos estímulos del mundo moral, la humanidad ha dejado en cada época de su marcha grandes lecciones, admirables y sublimes enseñanzas; por ellos, tuvo Atenas el salvador de Grecia; por ellos, tuvo Roma á los dos tribunos inmortales, á los dos tribunos cuyas virtudes enorgullecian á la Cornelia augusta, á la matrona romana;—por el culto de la ciencia y el amor á las instituciones libres, hay acentos poderosos en los tiempos modernos, hay voces convertidas en derecho, que seducen, que arrastran y fulminan,—Víctor Hugo, Castelar,—y por el culto de la ciencia y la práctica de las instituciones libres, se ha visto en pueblos como Inglaterra, surgir hombres como O'Conell, el libre orador de Irlanda y el primer orador de su época; pensadores como Herbert Spencer que sonden las bases de la ciencia y las profundidades del ser; sa-

bios como Tyndall que ascienden á las altas cumbres, cubiertas de perpetuas nieves, para descubrir los misterios que allí guardan desde siglos esas pavorosas soledades, y en pueblos como los Estados Unidos, se arrebata al cielo el fuego sagrado, se encadena á la tierra la chispa eléctrica, conjurando por siempre la tortura mitológica, porque Franklin ha interrogado y sorprendido á la naturaleza en nombre de la ciencia y porque ha nacido en la libre patria de Washington, el *primero en la paz y el primero en la guerra*, en ese suelo bendecido donde hiergue su cabeza pensadora un genio poderoso, como Edisson,.... como Edisson, el desconocido de ayer, el que recorria poco há, pobre é ignorado, las calles de su ciudad natal, concentrando en su corazon todas las tristezas de la vida y atesorando en su cerebro todas las riquezas del saber, y el que hoy lega al mundo asombrado su nombre y su genio, grabado en portentosos y perdurables descubrimientos.

Fomentar el culto de la ciencia y del saber, generalizar los conocimientos, propender á su desarrollo, es, pues, la aspiracion mas noble del espíritu, y entre nosotros, es acudir á la necesidad mas vital, mas radical de nuestra sociedad; y en este Ateneo, vosotros los sabeis, señores, es colaborar en la obra de una libre institucion de enseñanza pública, que tiene por dogma la verdad, la igualdad y el amor á las instituciones libres.

Así se prepara el porvenir, y es esa generacion que aquí se educa, como en nuestras escuelas públicas y establecimientos de enseñanza, la encargada de realizarlo en época mas ó menos lejana, la que lleva en sus destinos, los destinos futuros de la pátria.

IV

Señores:

La obra de la educacion, el culto de la ciencia y del saber, demanda y tiene vuestro concurso;—prestádselo sin límites, como sabeis hacerlo y como lo acreditais en este acto.

Señoras:

A la juventud estudiosa, á esa juventud *llena de luz y de fuerza*, segun la inspirada frase del autor de Celiar; á esa juventud que lleva en su mente nuestros anhelos, nuestras mas grandes aspiraciones, nuestra fascinacion y nuestro ideal, la libertad, la igualdad, la fraternidad, la felicidad de la patria, estimuladla con vuestra presencia, prestigiadla con vuestro aplauso, inspiradla con ese esquisito sentimiento de lo justo y de lo santo, que solo la mujer posée, y que tiene la mágica virtud de ennoblecerlo todo,—arrojadle flores, como dice el altísimo poeta, arrojadle lirios.....

« Que la palabra que lanzó el poeta,
« A la ley de morir no está sujeta! »

Queda ahora inaugurado el acto.—He dicho.

Agosto 7 de 1879

¡Gloria al pasado!

Con la verdosa palma
Que luce del poeta en la alta frente
Jamas en sus delirios soñó mi alma;
Y el mostrarme á las Musas reverente,
Era cumplir un fallo del destino...
Cantar en triste calma,
Los deseos que amante acariciaba,—ideales
Y al tiempo que mil glorias evocaba,
Fé al espíritu dar en su camino.

Pero hoy quisiera inspiracion sublime
Que radiase en mi sien almo destello,
Dando á mi voz el luminoso sello,
Que á todo, el estro divinal imprime.

Para cantar la Patria necesito
Algo más que mi amor santo por ella;
Que el raudal de pasion en que me agito,
Solo me creara entonacion ardiente,
Si siempre clara estrella
Pudiera el corazon ser de la mente.

Patria es arrullo del amor soñado
Sin zozobras que anublen la esperanza;
Es lo humano que el alma idealizado,
Al suspirar alcanza;
Es el tramo que eleva á la inefable
Region de gloria que entrevió el anhelo,
Del ser que forja halagos en el suelo
Donde todo es estrecho y deleznable,
Ménos la fé que encierra,
Un impulso de amor que busca el cielo
Adorando la Patria de la tierra.

Del empíreo eternal raudo desciende
El patrio fuego que fecundo alienta.
En la batalla cruenta
Donde el valor se enciende
Para cubrir de gloria una bandera,
Cifróse hasta hoy un alto sentimiento;
Mañana un nuevo acento
Se hará sentir de la Concordia austera,
Diosa que en marcha lenta
Lleva á la humanidad á la ideal éra
De confundirla en solo un pensamiento.
Pero hasta que no llegue
El dia fraternal de las naciones,
A cada pueblo el loor de sus acciones
Aunque tintas en sangre, no se niegue.

Tú hoy víctima expiatoria de la suerte,
Oh! Patria, ayer feliz, puedes confiada
Mostrar tus tradiciones,
Que siempre en tus legiones
La enseña inmaculada
De libertad é independencia, ó muerte,
Fué la viril consigna
Que de mil triunfos digna
Hicieron los soldados que enaltece
En página á virtudes consagrada,
La historia que sus nombres engrandece.

Inescrutable arcano
Altos hechos le impuso á tu bandera,
Que aún la victoria el lauro no ofrecia
A los hijos del suelo americano,
Cuando ya magestuosa aparecia
La idea de elevada autonomía
Del Uruguay en la oriental ribera.
Y aquellos que velaron por tu suerte
Al combatir caduca monarquía
Siempre anhelaron verte
Nacion libre y brillante
De eximio nombre y glorias centellante.

En el Cerrito y en las Piedras cunde
La voz de libertad que el triunfo abona.
La victoria sus ecos eslabona
Y en los héroes difunde
La exaltacion que no conoce valla
Ante el estruendo de la cruel batalla.
La misma voz ardiente
Los Treinta y Tres sintieron,
Y fué la misma la que osaz potente,
Coronas de laurel puso en la frente
De los que luego en Sarandí vencieron.

Fueron conquistas de la lid cruenta,
Independencia y libertad y leyes,
Y en medio á sus alcázares los reyes,
De Ituzaingó rugieron con la afrenta.

Sombras queridas vienen
Con aureolas de triunfo hasta mi mente.
Pagola, Artigas, Lavalleja, tienen
El mágico ascendiente
De los gloriosos dias
De la inmortal contienda.
Su evocacion el patriotismo encienda,
Y aquellas alegrías
Que despues las desgracias disiparon,
Si esperan revivir tomen su vuelo
Hácia el perdido cielo
De las glorias de tiempos que pasaron.

Lograste, oh Patria, ser independiente!
Pasó la noche oscura,
En que extraño dominio, de amargura
Y de oprobio cubrió tu augusta frente.
Mas tu improba labor aun no ha concluido;
Es ser independiente un gran problema
Que si resuelto ha sido,
No tienes por qué echar en el olvido,
Otro yugo tambien feroz é hiriente,
Bien digno de anatema.

Odia, oh Patria, el oscuro despotismo
Que á veces pesa sobre un pueblo fuerte,
Que por temor servil postróse inerte!
Es sin la libertad, la independencia
Oscuro y cruel abismo
Donde todo peligra á un tiempo mismo,
Los derechos sagrados, la conciencia!....

Yo sueño para tí, puesto de altura,
Oh! patria de mis caras ilusiones,
Y solo hecha girones
Tu enseña ayer tan pura,
No buscarás la senda de tus glorias,
Cuando haya del deber que dar lecciones
Y á la alma libertad justas victorias.

Y miéntras que no luzca la alborada,
Que en fúlgidos colores
Muestre los esplendores
De noble aspiracion ya realizada,
Deténgase en el suelo la mirada;
Y no se alce del suelo
Para mirar al cielo,
Hasta que de esa luz el primer rayo
Al pueblo hiriendo en la abrasada frente,
No le diga: «Serás omnipotente,
Cuando de tu desmayo
Salgas, para mostrar que aun maniatado,
Te yergues con tu aliento del pasado».

Negro destino en tanto
De esclavo vida á su señor le impone,
Y en premio á su quebranto,
Le da un mendrugo y de su honor dispone.
Todo es vivir. . . .pero un vivir incierto
Que no fué el que magnánimos soñaron,
Los que en el campo á la contienda abierto
Su huella por ser libres estamparon.

La insigne libertad hóra por hora
Recuerda esos campeones,
Porque si opresa entre cadenas gime,
Jamás cobarde implora;
Sus adalides llama
Para trozar menguados eslabones,
Y con vigor sublime
Que la justicia inflama,
Desconcierta en el brazo que la oprime
El empuje de ciegas pasiones.
Se eclipsa errante, pero nunca muere,
Y generosa abriga,
Compasion para el torpe que la hiere,
Y amor para el valiente que la siga.

Del estandarte fiero
Que en dias felices tremoló triunfante,
Si viene al suelo hasta el girón postrero,
¿No habrá quién lo levante?
Tú lo dirás, oh! porvenir!. . .Te espero
Manantial de esperanza no estinguido!
Miéntras!. . . .el bardo que á la Patria canta!
Gime al ver su clamor desconocido,
Y mústio desfallece si perdido
Juzga el acento que viril levanta.

. . . . . .

Cuando asfixiante en los espacios gira,
La atmósfera letal de un dia de fuego,
Como alto bien se mira
La tempestad que luego
Estalla en el vacio,
Porque ella arrastra con potente brio,
El veneno del aire que se aspira.

Lira! Tregua al dolor! Mira adelante!..
La ola que se estrella
En la caliza roca y espumante
Su ruda furia con sus tumbos sella,
El astro rutilante
Que la noche ilumina,
Y la brisa ligera
Que cruza los espacios placentera,
Anhelan qué de cólera divina,
Como nuncio sublime,
Se escuche el rebramar de la tormenta,
Que suba la marea y se aproxime
El vendaval que arrasa, si acrecienta.

La ola protesta en su lenguaje altivo,
Y á hender la roca dura se prepara;
El astro palidece
Que en los dias de gloria iluminára
Y muestra su odio en su fulgor esquivo;
Y la brisa enmudece,
Antes que traer en su sutil murmullo,
Los ecos de dolor con que tropieza;
Ecos que exhala el lastimado orgullo
Del que su afrenta á comprender empieza.

Si amor de Patria, noble y abnegado
Quiere seguir las huellas
Del homérico tiempo ya pasado,
No busque en un presente
De insólitas querellas,
De esos dias el rastro refulgente.
Para encontrar consuelo
Al ver tornarse en rápidas centellas
Esos albores de una gran victoria,
El ciudadano de virtud modelo,
De Sarandí se inunda con la gloria
Y su fé alienta ese recuerdo puro,
Miéntras que lucha por rasgar el velo
Que oculta los secretos del futuro.

También mi lira triste
En homenaje á ese feliz pasado,
De sus agrestes notas ha arrancado,
Una que lo recuerda.
Si la amortigua el llanto.....

Entre otros ecos de dolor se pierda;
Que si el canto no persiste,
Con las auroras que vendrán serenas
Esa lira alzará otra vez su canto,
Su canto de esperanza,
El himno del que avanza
A ensalzar glorias olvidando penas.

Luis Melian Lafinur.

Montevideo, Agosto 7 de 1879.

La caida (1)

I

Recuerdos de la patria atribulada
Venid á palpitar en mi memoria;
Lóbregos tiempos de la edad pasada
Decid al alma vuestra oscura historia.

Alzad de vuestro polvo, tradiciones,
Hablad al corazon, voces sombrías,
De los dias sin luz los nubarrones
Vienen bien con las nubes de otros dias.

Para cantar tus ínclitas hazañas,
Para alumbrar los cuadros de tu gloria,
¡Oh patria! del amor de mis entrañas
Yo he de esperar el sol de la victoria.

II

Venid á mí, recuerdos de desgracia,
De humillacion, de esclavitud, de ruina,
Derrotas de la santa democracia
Vencida, desterrada, peregrina.

¿Qué fué de vuestras horas de desmayo,
Y cuál es vuestra histórica enseñanza?...
Cuando pasa el crepúsculo de Mayo
La egregia aurora de Ituzaingo avanza!

Y así el número robusto de la lira
Que entre negros recuerdos desfallece:
Si del pasado en el dolor suspira,
Del futuro en los triunfos se engrandece.

Opresion, despotismo, humillaciones,
De un monarca estranjero vana gloria,
Venid y entre sombrías tradiciones
Renovad el baldon de vuestra historia.

III

Tal el destino fué.... nubló su frente
El sol que en luz de libertad radiara,
Al tronar por los aires insolente
De invasoras legiones la algazara.

De Maldonado al Uruguay undoso,
Del Cerro al Yaguaron, inmenso grito
En vano evoca altivo y poderoso,
Las sombras de las Piedras y el Cerrito.

Ay! que al caer en mengua vejatoria
Bajo ageno pendon Santa Teresa,
Nubló su faz el sol de la victoria
Y el torneado laurel voló en pavesa.

IV

Avanzó el invasor, en las cuchillas,
Y en las sierras alzóse su bandera,
Y el patrio pabellon rueda en astillas
Bajo el rayo mortal de Talavera.

Ah! ¿los que el brio del leon Hispano
En las llanuras con valor domaron, . . .
Cuando asoma el escudo lusitano
Pierden la antigua fé con que triunfaron?

V

Al grito inmenso que agitó la tierra
Violada por el pié del estrangero
Rudo clamor de independencia y guerra
Exhaló de su seno el Hervidero.

Cuando á tus puertas la invasion golpea
Hay quien levante ¡oh! patria, tu estandarte,
Hay quien vibre su lanza de pelea
Hay quien sepa morir para vengarte.

Por eso en imponente muchedumbre
Se revuelven tus gauchos escuadrones,
Que al anuncio de nueva servidumbre
Centauros lucharán en sus bridones.

Ellos son los guerreros furibundos
Hijos de la batalla y las fatigas,
Falanges de soberbios vagabundos
Arabes del Coram que lleva Artigas.

Ellos son, sí, tu libertad, tu vida,
Cabalgan en sus potros altaneros;
No perderás la honra en la partida,
No volverán la grupa, tus guerreros.

Son los que ayer pugnaron como bravos,
Los que en las Piedras al sembrar su espanto
Sobre el yugo servil de los esclavos
Tu lábaro elevaron sacrosanto.

Son los que un dia contempló arrogante
Desde el muro español Montevideo,
Los que lucharon con Rondeau gigantes
Por aventar al déspota europeo.

No vaciló tu fé ni su entereza,
No temblaron los pechos orientales.
Y hoy á insultar su honor y tu grandeza
No volverán las huestes coloniales.

VI

Mas ¿no bastan tus héroes, los valientes
Que hallaron prez de San José en la loma?...
Ora sus bayonetas relucientes
El Lusitano sobre tí desploma.

Tiendes los brazos al sentir su peso,
Alzas los ojos al sufrir la afrenta;
No hay en la tierra hueso de tu hueso
No hay quien tu agravio como suyo sienta.

Ayer partiste tu primer victoria
Con los hermanos que te dió la suerte.
Fué aquella sociedad para la gloria
Y ora te busca el genio de la muerte.

Sola estarás en la borrasca horrenda,
Sola en la lucha, hermosa infortunada,
Tus hijos mueren en la gran contienda,
Tú cerás entre tanto abandonada

(1) Esta composicion no es una obra aislada.—El autor emprendió hace tiempo el trabajo de una epopeya; cuyos fragmentos se estraviáron con otros papeles y libros durante un viaje al Paraguay.—El presente canto, que debia ser uno de los cuadros de la obra, ha sido reconstruido, merced al recuerdo de algunas de sus estrofas, con el especial objeto de concurrir á la conferencia en que se han leido.

De Buenos Aires el estenso foro
Retumba con la voz de la victoria.
Solo en tí gime tu genial decoro,
Solo eres tú la víctima expiatoria.

Tuyos son los históricos cañones
Que en Chacabuco rugirán triunfantes,
Tuyas en parte son esas legiones
Que de pólvora y gloria van humeantes.

Y en medio ¡guay! de los guerreros grandes
Que la altivez domeñan española,
Hijos tuyos tambien trepan los Andes
Y tu espíritu llevan con Pagola.

VII

¡Ah, no son, vive Dios! esos hermanos,
Los que se elevan redimiendo un mundo.
Traidores, han tomado entre sus manos,
El estandarte de la luz fecundo.

Por eso con apática indolencia
Te contemplan convulsa de amargura
Mientras el pueblo atado á la impotencia
Contigo, en vano, tu dolor apura!

La voz de tus cabildos angustiosa
En vano ayuda demandó al hermano,
Que en tanto que á tu honor se abre la fosa,
Del Brasil Pueyrredon es cortesano.

De un menguado ministro las intrigas
Así un gobierno honró en su apostasia,
Así infamó su gloria en ódio Artigas
El que cumplió los planes de Garcia. (1)

Así trocóse en fábula irrisoria
El pacto de la sangre dulce y fuerte.—
Fué ¡oh patria! aquella union para la gloria,
Y ora te busca el genio de la muerte.

VIII

Ah! pero al grito que agitó la tierra
Violada por el pié del extranjero
Rudo clamor de independencia y guerra
Exhaló de su seno el Hervidero.

Y allá van los guerreros escuadrones
Revolviendo sus lanzas brilladoras,
Centauros en los ágiles bridones,
Falanges de la patria vengadoras.

Pero en vano rugiendo de corage,
Ponen el pecho á la fortuna incierta,
En vano resistiendo al vasallage
Rodarán sin vencer en India Muerta.

Más no cayó el valor republicano,
Que allí al poder del número cediera,
Y en pos del triunfo el vencedor ufano
Volvió á encontrar las lanzas de Rivera.

No avanzaron un palmo sobre el suelo
Que ennobleció la libertad sagrada
Sin que el vencido en belicoso anhelo
Tornase á renovarle la jornada.

[1] Don Manuel José García, (ministro de las Provincias Unidas cerca de la córte de Rio Janeiro) á quien la tradicion y la historia disciernen el honor de la iniciativa y la persistencia en el empeño de la entrega de la provincia Oriental á la monarquía portuguesa, como medio único de nonadar el poder de Artigas.

IX

Volvieron á luchar, brega sangrienta
Se dilató sin órden y sin valla.
Para vengar la nacional afrenta
Fué todo el campo un campo de batalla.

Volvieron á luchar, brilló la lanza
Del Arapey sobre la verde orilla,
Y al caer bajo el fuego la pujanza
Se alzó el honor de nuevo sin mancilla.

Volvieron á luchar, á la contienda
Mandó el monarca innúmeras legiones
Y se tornó la lid en lid tremenda,
Uno con diez y lanzas con cañones.

Lucharon sin cesar....la sangre humeante
Que de Nancay las gramas enrojece,
Del Uruguayo el ánimo arrogante
Con nuevo encono indómito enardece.

Lucharon sin cesar....falange exigua
A desigual batalla torna airada,
Vuelve á la lid con la soberbia antigua,
Con la fé de los héroes exaltada.

X

Y otra vez desigual cerró el combate
Rugió el cañon y se blandió la lanza,
El corazon del libre en vano late
A impulsos del furor y la esperanza.

En vano fué luchar..... hado implacable
Nos persiguió maléfico do quiera.
En vano de los héroes brilló el sable
Del Catalan (1) en la fatal ribera.

Allí fué el combatir diez contra ciento,
Allí prodigios de valor se hicieron,
Allí fué el campo del horror sangriento
Donde al morir de gloria se cubrieron.

Murió la fé?.... murió el valor?.... lucharon
En su lucha tenaz contra el destino,
En medio á la derrota no cejaron
Ni les dió la victoria nuevo sino.

Por eso en vano se cebó su espada
En la abatida hueste portuguesa
Por eso en vano en Chapicuy arrollada
La persiguió su lanza en la sorpresa.

Vano fué el batallar..... estaba escrito
Que el estraño pendon prevaleciera
Y que á arrastrar harapos de proscrito
El genio audaz de las batallas fuera

Ah! fué preciso la traicion osada
De un ingrato caudillo (2) en dia infando,
Para el descanso de la estraña armada
Roto en fraterna lid el patrio bando.

XII

Entónces tuvo el portugués reposo,
Entónces fué su imperio soberano,
Entónces ay! el pacto ignominioso
Que nos unió á los siervos del tirano.

[1] El Catalan fué la mas reñida de las batallas de aquel período
[2] Ramirez.

Entónces fué que míseros patricios
El servil juramento pronunciaron,
Y al genio de la paz los sacrificios,
De honor y libertad se consagraron.

Entónces fueron las amargas horas
De esclavitud, de humillacion, de ruina,
Y el monarca en sus gracias protectoras
Nos degradó á Provincia Cisplatina.

XIII

Paz y seguridad, órden, riqueza
Al insultado pueblo se brindaba,
Y un bando envilecido en su flaqueza,
Los dones del monarca acariciaba.

Oh! patria, así tu honor republicano
Con sus sarcasmos ultrajó el destino,
Así trocado en siervo el ciudadano,
Tras la conquista, la deshonra vino.

Así en farsa ridícula, irrisoria,
Cantaste en himnos de placer tus penas,
Así dos lustros se nubló tu gloria
Cargando del esclavo las cadenas.

Así pasaste en feudo hereditario
De un Braganza caduco á otro Braganza,
Triste ludibrio del poder nefario
Que pesó tu destino en su balanza.

XIV

Y el imperial señor no comprendia
Aquellas ironías de la suerte,
Y á las proscriptos héroes no sentia
Que forjaban los rayos de su muerte.

No comprendió el señor que hay un aliento
Cuyo soplo los odios desmorona—
Ni que del libre al despertar violento
Vacilara en sus sienes la corona.

Ignoraba que en horas de desmayo
Renaciera la luz de la esperanza—
Que si se hundió en la noche el sol de Mayo,
La egregia aurora de Ituzaingo avanza!

José Sienra y Carranza.

Rebelion y castigo

[Tradicion universal]

Al inspirado cantor de LA LEYENDA PATRIA,
Su admirador y agradecido amigo
A. M. C.

Los predilectos eran del Dios Omnipotente,
Privilegiados séres de sin igual belleza,
Sus ángeles amados, que en éxtasis ferviente,
Junto al excelso trono, bañada en luz la frente,
En coro proclamaban su gloria y su grandeza.

Pero uno—el más gallardo—cediendo al paroxismo
De un ímpetu soberbio, que reprimir no supo,
De Dios quitó los ojos y los clavó en sí mismo,
Y al verse tan hermoso dentro de sí no cupo,
Y su demente orgullo le hundió en su propio abismo.

—Abajo Dios! abajo su tiranía! abajo
Su ley incomprensible de la razon insulto!
¡Abajo su humillante, servil y necio culto!
¡Soy libre! y ante nadie mi dignidad rebajo,
Y así rasgaré el velo de su misterio oculto!

Dijo Luzbel. . . Los ángeles que su blasfemia asombra,
Erguidos ó aterrados, la faz á Dios tornaron;
Más él veló su frente, y como negra alfombra,
Cerró los horizontes inmensa, horrible sombra,
Y de Luzbel en torno los males se agruparon!

¡Locura inconcebible! que puede esplicar solo,
Eléctrico el contagio que audaz ejerce el mal!
¡Oh, vanidad, envidia, orgullo, odio infernal,
Cuya atraccion oculta, como al iman el polo,
Arrastra á los abismos al ángel y al mortal!

¿Quién describir podria la escena inenarrable
De aquel supremo instante que aún el terror difunde,
Cuando Luzbel, seguido de hueste innumerable,
Pisó la primer grada del trono invulnerable,
Que envuelto en las tinieblas parece que se hunde!

Retrocediendo absortos los astros en el cielo,
Sus luces apagaron con súbito desmayo. . .
Gemia de los orbes estremecido el suelo. . .
El vendaval cautivo rugia. . . y entre el velo
De núbes, crepitaba, forcejeando el rayo! . . .

—Jehová. . . . rey destronado, por qué á nuestra presencia
Temblando vil te escondes? . . . por qué cobarde y mudo
No aceptas el combate, no humillas la insolencia
Del que rompió valiente de tu opresion el nudo? . . .
¿Qué se hizo tu justicia, tu suma Omnipotencia? . . .

Calló Luzbel, y un soplo que disipó el nublado,
De pronto en mar de lumbre la oscuridad trocó:
Sobre su trono, inhiesto, y en derredor cercado
De sus legiones fieles, el Dios así ultrajado,
Terrible, más sereno, la diestra levantó.

Ya salvan sus linderos los encrespados mares!
Sus comprimidas alas el huracan desata!
El éter encendido se cambia en catarata
De fuego! y de las cumbres, rogizos luminares,
Descienden los volcanes en ondas de escarlata!

Los ángeles rebeldes del cielo despeñados,
No encuentran un asilo donde posar la planta . . .
Todo ellos profanaron, y todo se levanta
Contra ellos justiciero; sus mismos atentados
Son ahora los dogales que oprimen su garganta!

Verdad ó alegoria, la tradicion, sin dolo,
Profunda una enseñanza refleja en su cristal.
Oh vanidad, envidia, orgullo, odio infernal,
Que hácia el abismo arrastran, como al iman el polo,
Si al ángel hay! perdisteis ¿qué hareis con el mortal?

A. Magariños Cervantes.

Montevideo, Julio 5 de 1879.

Van en seguida los versos del doctor don Enrique de Arrascaeta y las palabras con que precedió su lectura:

Señoras:

Señores:

Comprometido á tomar parte en esta conferencia, elegí, entre mis trabajos, una imitacion de la poesia del ilustre, cuanto infortunado poeta Italiano, Silvio Pellico, que lleva por título «El hombre».

Mas pronto me apercibí, que en una primera lectura, ya por la construccion del verso, ya por las imágenes empleadas por el autor, ya, tambien, por mi poca fortuna en la interpretacion del poeta, algunos de los pensamientos dominantes, que campean en la composicion, podian aparecer velados, y todo esto me ha decidido, ántes de su lectura, á dar una breve idea de su argumento.

El poeta, en su composicion, aborda al hombre; nos dice, en ella, lo arraigado que en él está el sentimiento de la inmortalidad de su espíritu; la inconmensurable distancia, que separa

al animal del hombre; las diversas faces de nobleza, y debilidad, que el hombre ofrece en su conducta en la vida; su aspiracion á algo desconocido, y presentándonos, por último, la idea del progreso humano, nos advierte, que en el sentimiento, que el hombre tiene de la justicia, muestra Dios su amor á su criatura; que este mundo es un mundo de lucha y de prueba, donde el hombre, por la posesion de las más altas virtudes, y su repulsion por el vicio y el crimen, procura alcanzar una patria mejor que la que, por corto tiempo, tiene en este mundo.

Hé aquí la composicion.

El hombre

(Imitacion de Silvio Pellico)

I

Cuál fué el espíritu humano
Por más que me esfuerzo, en vano,
No he podido comprender,
Ni del hombre la grandeza,
Antes que el mal su pureza
Empozoñase, y su sér.

Sin embargo, un resto dura
En el nieto sin ventura,
Del infortunado Adam,

De su grandeza nativa,
Que le muestra imágen viva
De un Dios, no de un animal.

Ese mostrarse irritado
Creyendo abyecto su estado,
Y su altivez, al igual

De un sentimiento arraigado,
Que el hombre no fué creado
Para el fango terrenal.

Contento pace el ganado
La fresca yerba del prado;
Solo de hambre ruge el leon

Y cuando está satisfecho
Pide á las selvas un lecho,
Y está llena su ambicion.

El hombre, aunque sus sentidos,
Sienta de placer henchidos,
Muestre alegre el corazon,

Algo el contento le quita,
Y oye una voz que le grita:
«¡Muy tristes tus horas son!»

Siempre de ideas variando;
Con sed insaciable anhelando
Ya la ciencia ó el poder.

Siempre un deseo lo domina,
Y siempre punzante espina
Lleva clavada en su sér.

Solo él, del polvo inerte,
Del que amó, y segó la muerte
Se atreve vida á esperar;

Solo el hombre, entre los séres,
Penas aguarda, y placeres
En la tumba al penetrar.

Fama ambiciona, y rüido;
Repele el oscuro olvido;
Busca ansioso la salud;
Se le ve mústio, y doliente,
Si enfermo su cuerpo siente;
Peca, y ama la virtud,

Y vése al hombre asimismo
Contra otros, contra sí mismo
Rebelarse, y batallar.

Quiere ser digno y prudente,
Y delirios crea su mente
Que le acosan sin cesar.

Astro es él oscurecido,
De su órbita salido
Que incierto en su ruta va,

Y de nuevo á iluminarse
Y de nuevo á encaminarse
Dirije su empeño acá.

Un velo en su faz se estiende,
Que levantar él pretende
Y que maldice á la vez,

Que el bien perdido le encubre,
Por que se afana y descubre
Del velo espeso al través.

II

Miéntras el almo Señor,
De su justicia el fulgor,
Al hombre deje llegar

Amor divino rebosa
En su existencia penosa
Por este mundo al pasar.

Si un refugio él pide al cielo,
Miéntras persiste en el suelo
Indómito en el error,

Entonce el yugo pesado,
Bajo el cual vive encorvado
No rompa el brazo de Dios,

Basta que en su desventura,
Y en la ignominia que apura,
Muestra grandeza y valor;

Que á altas virtudes aspire,
Y el vicio inmundo le inspire
Honda vergüenza y rubor.

Mucho ignora aquí en la vida,
Pero su misma caida
No hace más que atestiguar,

Aquel orígen primero,
Que en el mundo, lastimero,
Se afana por restaurar.

Enrique de Arrascaeta.

Montevideo.

El Ateneo y «La Nacion»

Señores Redactores de *La Razon*.

Mis muy queridos amigos:

Considero que se rebaja la dignidad del Ateneo y la de los buenos obreros que lo sostienen, si se entra en discusion con *La Nacion*. Son demasiado conocidos sus principios y demasiado grosero el cinismo con que los proclama, para que quien se estime en algo se resigne á dis-

cutir con ella.

Así, pues, no ha pasado por mi ánimo un solo momento el recojer el guante que nos lanza. En igualdad de condiciones, puede admitirse el duelo; pero el que mide sus fuerzas con un adversario ruin, se hunde con él en el fango en que lo encuentra.

Como Secretario del Ateneo, y como humilde, pero constante obrero de su causa, hallo oportuno decir cuatro palabras, no por *La Nacion*, que nada supone en la opinion de las gentes honradas, sinó por ese progresista centro, única tabla de salvacion que hoy encuentran los náufragos de nuestra pobre patria.

Declaro con la más profunda ingenuidad que por lo que á mi toca (y creo poder decir lo mismo de mis compañeros de causa) acepto con júbilo el digno calificativo de *pilluelo* que regala *La Nacion* á los que toman parte en las conferencias del Ateneo.

Miguel Herrera, Sienra Carranza, Blanco, Jurkowski, Arechavaleta, Otero, Melian, Arrascaeta, Magariños Cervántes, los Ramirez, Pena, ustedes, mis queridos amigos, y tantos otros *pilluelos*, segun la espresion rabiosa de la epiléptica *Nacion*, son una compañía honrosísima para el más insignificante de los *pilluelos* del Ateneo.

Ustedes, salidos, puede decirse, del Ateneo, intérpretes de sus aspiraciones en la prensa Uruguaya, no deben tampoco rebajarse hasta el estremo de ¡contestar á *La Nacion*! El desprecio público se encargará de hacerlo.

Los que han merecido el inapreciable honor de ser insultados por el diario *de gran circulacion en la República*, deben relegar al más profundo desprecio la diatriba que se ceba á mansalva en la reputacion de las víctimas.

Entre tanto me apresuro á adelantarme á las apreciaciones que puedan hacer ustedes, declarando que el articulista de *La Nacion* es un escritor honrado.

Los saluda, su amigo de siempre.

José G. Busto.

S/c., Agosto 9 de 1879.

El derecho y la ley

LA JUSTICIA Y LO ÚTIL

[Traducido para *El Siglo*]

El acto mas grande de la Revolucion Francesa fué la *proclamacion de los derechos del hombre.*

El primer esfuerzo del pueblo para vengar la justicia ultrajada, fué la toma de la Bastilla en la memorable jornada del 14 de Julio.

¿Cómo referirse á esos dos acontecimientos sin ser conducido á buscar la significacion profunda de estas dos palabras: *el derecho, la justicia?*

¿Qué es un derecho? Se entiende generalmente por derecho una facultad cuyo ejercicio es considerado como legítimo.

¿Qué es la justicia? Se entiende generalmente por justicia la virtud moral que hace respetar el derecho ageno.

El derecho puede ser y ha sido frecuentemente considerado bajo dos puntos de vista: ó como derecho á *priori*, es decir, teniendo el orígen de su legitimidad en un sentimiento dado al hombre por la naturaleza, ó como derecho á *posteriori*, es decir, resultando de ciertas convenciones sociales.

Del mismo modo, la justicia puede ser considerada bajo dos aspectos: ó como implicando el respeto de los derechos naturales, ó como implicando el respeto de los derechos legales.

¿Carece de realidad esta distincion? ¿Es absurdo creer que hay derechos naturales, y por tanto una justicia natural? ¿No hay mas que derechos legales, y la justicia está comprendida toda entera en la obligacion de respetarlos?

Si es verdad que no hay mas que derechos legales, la primera dificultad que se presenta es saber de dondo viene el derecho de hacer la ley. El no podría venir de la ley misma, puesto que aquel es la causa de que esta procede. Tanto valdria decir que la causa viene del efecto; pero entonces la ley, hecho sin que nadie tenga derecho de hacerla, no tiene ninguna autoridad moral; existe como hecho nada mas. Para aquellos que no la encuentran á su gusto el deber de obedecerla cesa donde el poder de violarla empieza. No es ni mas ni menos respetable que la pistola de un bandido, que amenaza á algun viajante á la entrada de un bosque; pistola que, segun la feliz espresion de Rousseau, por sí sola es un poder. Hénos aquí entonces bajo el imperio de la fuerza bruta, y no se trata sino de arreglarse de manera de ser el mas fuerte!

Si todo derecho deriva de la ley, y solo de ella, es de ella y de ella únicamente que deriva tambien la justicia, que es el respeto del derecho. Pero si la justicia no es sino una creacion de la ley, no podria haber ley injusta. En ese caso, deberíamos creer que Séneca se equivocaba groseramente cuando decia: «Hay crímenes autorizados por los sénatus-consultos y por los plebiscitos: *Ex senatus-consultis plebiscitisque scelera exercentur.*»

En ese caso, deberíamos admitir que toda ley es necesariamente justa por el solo hecho de ser ley; y como el derecho de hacer la ley, en ese sistema, no puede resultar sino del poder de hacerla, todo tirano es, en lo que él decreta, el necesario órgano de la justicia. Que un Calígula cualquiera os ordene por decreto violar vuestra promesa, mentir, denunciar á vuestro amigo, traicionar á vuestro bienhechor, condenar á un inocente, matar á vuestro padre; la justicia creeada por ese decreto consistirá para vos en obedecer sin escitacion y sin reserva. ¡Qué doctrina!

Pero oigo á los que la profesan—que los hay—decir: «No nos habeis comprendido. Nosotros admitimos perfectamente que hay leyes injustas: tales son las contrarias al interes general. La justicia de una ley para nosotros, no nace á la verdad, de la existencia de derechos anteriores á ella misma; su justicia reside en su conformidad con el principio de la utilidad de todos.»

¿La utilidad de todos? ¿Y quién juzgará de ella? ¿Vosotros? ¿Y por qué no yo? ¿Por qué vuestra razon es superior á la mia? Yo pretendo lo contrario.

¿La utilidad de todos? Y, porqué pues esta utilidad sería tomada en consideracion por los que hacen la ley, si, como sucede frecuentemente, estos tienen un interés personal, ó creen ver un interés personal en no tener ninguna cuenta de ella? ¿En ese sistema de la negacion de los derechos *á priori*, os ruego me digais, es qué reposa el derecho de los gobernados á serlo bien? Afirmar que la ley *debe* ser hecha en favor de aquellos para quienes se hace, es ya suponer la existencia de un derecho independiente de la ley y anterior á ella; si nada semejante existe, se puede muy bien negar, á ejemplo de Grocio, que los poderes humanos sean establecidos en favor de los gobernados, y sostener lo que el sofista Thasimaco sostenia contra Sócrates, á

saber: «que un pueblo es un rebaño que el pastor engorda y cuida para que su amo lo devore.»

Esto me lleva á examinar una cuestion cuya importancia es fundamental.

¿La utilidad, no ciertamente la utilidad de tal ó cual individuo, de tal ó cual pueblo, sino la utilidad tomada en la acepcion mas noble y mas general de esta palabra, la utilidad como la han comprendido Bentham y M. John Stuart Mill, es la misma cosa que la justicia?

Que existe vínculo estrecho entre lo útil en su aplicacion á todo el género humano, y lo justo, es cierto. Por poco que se vaya al fondo de las cosas, se encontrará que todo lo que es justo, bajo el punto de vista de la universalidad, es justo y *viceversa*. Pero ¿se sigue de esto que no hay ninguna distincion que establecer entre lo útil, aun entendido de esta manera, y lo justo? Y si esta distincion existe, ¿en qué consiste?

En su bello capítulo De l'Utile et de l'Honête, Montaigne dice: A quién no parecerá detestable la perfidia, cuando Tiberio la pospuso á un grandísimo interes? Le dijeron de Alemania que si él queria, harian desaparecer á Arminio por medio del veneno. Era este el mas poderoso enemigo de los Romanos, que les habia tratado tan rudamente, en el gobierno de Varos, y el único que impedia el engrandecimiento de su dominacion en aquellas tierras. Tiberio respondió: «Que el pueblo romano habia acostumbrado á vengarse de sus enemigos en campo abierto, con las armas en la mano, no por fraude ni á escondidas.» El dejó lo útil por lo honesto. Era, me direis, una farsante; yo lo creo: no es milagro en gente de su profesion: pero la confesion de la virtud no desmerece en la boca del que la aborrece; mas, cuando la verdad se le arranca á la fuerza, y que, si no quiere recibirla en sí, al menos, se cubre con ella para que lo defienda.»

Aquí la palabra útil no tiene sino un restringido significado—Si en vez de colocarse en el punto de vista del interés del pueblo romano, Montagne se hubiese colocado en el punto de vista superior de la humanidad considerada en su conjunto, probablemente no se habria encontrado inducido á decir que al rechazar el envenenamiento de Arminio «Tiberio habia abandonado lo útil por lo honesto,» por que considerado de la altura, lo útil y lo honesto se ligan, lo reconozco; y no es dejar lo uno para ir á lo otro—Pero he citado el precedente pasaje, porque muestra hasta qué punto, en la apreciacion de lo que es justo ó injusto, Montagne, ese gran talento, prefiere el método *intuitivo* al método *inductivo*. Ahora bien, en eso reposa precisamente, á mi juicio, la distincion entre la utilidad general y la justicia.

Indudablemente la nocion de la justicia se liga con la de la utilidad general, pero se distingue de aquella por su carácter instantáneo, intuitivo, inevitable, universal. La nocion de la utilidad dimana de la razon; la de la justicia, dimana del sentimiento. La primera es inductiva, la segunda intuitiva. Lo justo es lo útil, tal como aparece al pronto, sin necesidad de ocurrir al razonamiento, á la observacion ni á la esperiencia. Lo justo es la percepcion *instintiva* de lo útil, por todos los hombres.

¿Por qué se dice que es injusto matar á un inocente? Porque nadie deja de sentir *instintivamente* que el atentado contra el inocente conmueve la seguridad de todos, que es contraria á la utilidad general en su mas alta y estensa acepcion.—Todavía hoy se puede divergir y mucho tiempo se ha divergido acerca de la cuestion de saber: si el sistema de aduanas es conforme á la utilidad general; aun hoy se encuentran muchos talentos, y bien preclaros, que se resisten á reconocerlo, y los que tal piensan han llegado á esa opinion, por el razonamiento, la observacion y la experiencia.

¿Será, pues, esa una de las cuestiones que pasan como pertinentes al dominio de la política y no de la moral? ¿A quién ha ocurrido tachar de inmoral al hombre que no se ha traido aun á la bandera del principio de la libertad de comercio? Pero que se atreva ese mismo hombre á pretender que es preciso mentir, matar á un inocente, volver mal por bien, ¿quién trepidaria, pregunto, en asignarle un baldon moral?

No todas las cuestiones que se ligan con la idea de utilidad son precisamente de la misma naturaleza; las que se relacionan con la nocion de lo justo se distingun de las demás por la espontaneidad, la universalidad, la potencia; y yo agrego, la seguridad del sentimiento que despiertan.

M. John Stuart Mill, en su libro sobre el *Utilitarianismo*, observa que, si bien tenemos instintos intelectuales como animales, no hay razon para que los primeros sean mas infalibles que los segundos, y que dejen de conducirnos á falsos juicios, como los que nos inducen á malas acciones.—Por grande que sea el respeto que me inspira la bella y noble inteligencia de M. John Stuart Mill, no puedo seguirlo en ese camino.

En verdad que los instintos animales pueden pervertirse y conducir entonces á malas acciones; pero no por eso dejarán de ser seguros guias mientras conserven su carácter y respondan al objeto para que la naturaleza los ha concedido. — El hecho de que á ciertas personas se acarree una indigestion del hecho de comer demasiado, no puede derivarse que el instinto animal que nos induce á comer, sea pernicioso.

La naturaleza nos dota, en lo que atañe á nuestra preservacion, una regla que violamos algunas veces, pero que no por eso deja de ser una regla sóbria: y la naturaleza cuida de probárnoslo castigándonos cuando la violamos—testigo los dolores que causa la indigestion al que come con esceso.

De la misma manera pueden ser pervertidos los instintos intelectuales hasta el punto de que un poseedor de esclavos se crea autorizado á vender á su propio hijo, habido en una negra; pero eso nada prueba contra el instinto intelectual que nos induce á considerar como sagradas las relaciones de afeccion entre el padre y el hijo.

La verdad es que los instintos intelectuales, no solamente existen, sino que se nos han concedido por la naturaleza en favor de la conservacion de la sociedad, como los instintos animales se nos han concedido por la naturaleza en favor de la conservacion del individuo.—Es sobre la existencia, sobre la realidad imperecedera, sobre la fuerza, sobre la universalidad de estos instintos intelectuales, inseparables de la naturaleza del hombre, que se apoya la teoria de los derechos naturales, de los derechos *á priori*; la teoría de la justicia, de esa justicia cuyas raices indestructibles están en el mismo corazon de los que la pisotean, y que hizo á Tiberio incapaz de hacer envenenar á Arminio; de esa justicia, cuyo sentimiento existe independientemente de la ley, anteriormente á la ley, y como medio de juzgar, si ella es, sí ó no legítima.

Luis Blanc.

REPUBLICA ARGENTINA

Introito

Veinte años atrás, cayendo con Buenos Aires, en un dia nefasto, dejó la Redaccion de *El Nacional*, ausentándose de la prensa hasta hoy, el que vuelve á tomarla desde este dia. Sucedióle en ella el doctor Avellaneda actual Presidente de la República.

Invitado á tornar al diarismo, por su conviccion de que asoma una situacion preñada de dos monstruosos jemelos, un año veinte y un año cuarenta, que amenaza á toda la region del Rio de la Plata con un retroceso de un cuarto de siglo, objetó que en este periodo se han formado jóvenes mas capaces que él de levantar la opinion pública con gran tesoro de ideas, con el calor que no han helado los años, y la pasion de partido, no estinguida por las tristes enseñanzas del tiempo, que mueve y arrastra.

—Precisamente es eso lo que necesitamos, se contestó—el juicio tranquilo, que da la larga ausencia de la lucha política, y la esperiencia de los hechos, que se han contemplado sin entusiasmo y sin rencor, porque el objetivo actual de la prensa no es exaltar, sino convencer, oponer una opinion pública, fuerte por la serenidad y la firmeza de su accion, á las tumultuosas agitaciones que vienen levantando en este Océano de la vida popular, las corrientes de los errores pasados.

Cediendo con modestia á superior criterio, que exige á la buena voluntad, levantar la espada del Cid con la mano entumecida por la inercia, tomo la pluma que deja Sarmiento.

Juan Cárlos Gomez.

Ayer, hoy, mañana

Las instituciones, que aseguran á las sociedades el goce de la libertad y á los hombres la plenitud de sus derechos, son la obra de los siglos, del trabajo y de la esperiencia de muchos pueblos, resultado de dolorosos ensayos y durísimas pruebas, y á pesar de tan persistentes esfuerzos y continuados sacrificios, fallan á menudo en sus aplicaciones por falta de educacion, de la inteligencia y de la conciencia.

Los que esto saben, han aprendido á la vez á ser pacientes, y á no alucinarse con la quimera de que contemplarán la cosecha los que vienen á echar en el surco la simiente.

La República implantó en nuestro territorio las instituciones que habian importado los Estados Unidos de la Inglaterra, que tampoco las habia inventado, heredándolas de los romanos, sajones y normandos.

Con la promulgacion de una Constitucion á la norte-americana hacíamos nuestro un inmenso tesoro de sabiduría y de esperiencia, en interpretaciones, ejemplos, costumbres, que nos trazaban una senda segura con una jurisdiccion probada en las múltiples complicaciones de la vida nacional.

La adquisicion era inmensa, pero á condicion de cultivo y de perseverancia. Puede compararse al posesionamento que acabamos de completar de las quince mil leguas de territorio hasta el Rio Negro. Hay paño en tan vasta estension para naciones como la Francia y la Alemania. Faltan solamente los hombres, los capitales, los años.

La generacion que levantó la estructura de las instituciones norte-americanas sobre los escombros de la tiranía de Rosas, no se equivocaba, ni se mecia en dorados ensueños, sabia que tenia en derredor suyo el desierto, poblado de alimañas, que apellidábamos entonces caudillos; que como los primeros colonos construia no una morada apacible, sino un baluarte en que combatir, y del cual habian de avanzar las generaciones sucesivas para ir desalojando lo que podríamos clasificar de la barbarie política hasta los últimos confines de la patria.

En esa lucha estamos. Las nuevas generaciones han adelantado mucho, y están impacientes de llegar al término.

Adelante, pues. Midamos nuestra fuerza, conozcamos la del enemigo que nos cierra el paso. Examinemos el camino, esperemos que la luz alumbre con las claridades nuestra marcha, no nos estraviemos, no nos hagamos fuego en la confusion de la oscuridad los que estamos animados del mismo santo propósito.

Los que derribaron la tiranía y sancionaron la Constitucion, se encontraron con el arraigo tradicional de un sistema personal de gobierno, á quien no pudieron vencer en lucha titánica y con quien tuvieron que capitular, quedando en la Constitucion misma, como las manchas del sol, los testimonios de esta capitulacion entonces inevitable.

Ese régimen personal, que hacia de la patria un usufructo de las personas predominantes, y de la sociedad una grey, quedó incrustrado en la Constitucion, y aceptados como elementos constitucionales un gran caudillo para la Nacion, y pequeños caudillos, ó personalidades secundarias para cada una de las provincias.

Sucedjónos como á los mismos Estados Unidos, que mantuvieron la esclavitud como un derecho constitucional, en la imposibilidad de realizar con ella la inviolabilidad del principio.

Costó á los Estados Unidos un millon de hombres y dos mil millones de pesos la concesion al personalismo representado por los dueños de negros.

Cuéstanos á nosotros ya mucha sangre, y sendos millones, que importan un inmenso sacrificio de bienestar público y privado, la concesion al personalismo de los antiguos caudillos que han dejado herederos apenas reconocibles por el traje norte-americano con que han reemplazado la antigua bota de potro.

El personalismo, que es todo un sistema con cuerpos y almas, que giran en derredor de un centro, se ha hospedado en la médula de las instituciones, como la filoxera en la vid, absorbe sus fuerzas productivas y la esteriliza para la riqueza y prosperidad que el pueblo labrador se prometia.

La enfermedad ha llegado á su período de crísis. Ha sonado la hora de nuestra eleccion. Lincoln, y los hombres no tienen el poder de eludir, de evitar, de aplazar esas imperiosas soluciones, que en épocas precisas, fijadas de antemano por la lógica de sucesos, por las evoluciones del progreso, ó por la Providencia, como pretende una escuela de creyentes, se presentan á los pueblos como condiciones de existencia. Ha sonado la hora de la solucion del viejo problema, que nos fuerza á optar entre el gobierno del personalismo, que empobrece y degrada, y el gobierno de las instituciones, que levanta el nivel moral y material de las sociedades humanas; el sentimiento público ha presentido el peligro en toda la region á que da su nombre el Plata, y algo como un estremecimiento de opinion pública ha despertado los corazones y las conciencias.

Acabemos: evidenciémos que hay una opinion pública, que somos un pueblo, que es una verdad la República.

No nos fabriquemos fantasmas de ligas oficiales

de camarillas armados, de masonerías gubernativas para asustarnos á nosotros mismos, ni los fabriquemos de conspiraciones subterráneas, esplosiones populares, de terremotos provinciales. Ese terror de comedia de magia, concluiría por infundir miedos. Si existen, persuadámonos que son enemigos de carne y huesos, tan débiles y quebradizos, como todas las cosas mortales. Convenzamos á la República de que tiene medios legales y fuerzas electorales bastantes, para vencer al mal, harto grave por sí mismo, sin necesidad de exajerar lo que nos aqueja.

Y hemos de vencerlo, vive Dios!

Las ideas desparramadas en todos los pueblos del Rio de la Plata, por el vapor, el ferrocarril y el telégrafo durante veinte años, los intereses creados por el trabajo honrado en ese período, las generaciones nuevas, inteligentes, ilustradas, ambiciosas de libertad y de dignidad para sí y para la patria, no van á dejarse derrotar por los viejos resabios, y las tortuosas artimañas de intereses egoistas ó inmorales y de pasiones innobles y ruines, que fueron un poder y echaron en el terreno de que se enseñorearon raices fuertes y nudosas, que es preciso estipar labrando hondo.

Empecemos por no dudar de la existencia de una opinion pública, que puede estar aletargada, y oir indiferente el ruido de las estériles contiendas políticas, con que creen atronar los ámbitos los partidos de un dia, pero que despertará enérgica y activa ante un verdadero peligro. Empecemos por confiar en ese poder invisible, como el del ángel de la lucha con Jacob, que arrojó de su inmenso pedestal la gigante tiranía de Rosas, barrió del suelo las porfiadas resistencias cimentadas en los veinte años de una dominacion absoluta, dominó la prepotencia glorificada que se personificó en el general Urquiza, y luchando siempre, sufriendo un dia un contraste, cediendo otro á una necesidad, fué reduciendo el tamaño del adversario de Rosas al Chacho, engrandeciendo su talla desde una minoría dispersa hasta una nacion constituida.

La lucha ha tomado otra faz. Los caudillos, como los viejos Dioses, se han ido. Pero los elementos sociales que ellos representaban han quedado, y han engrosado sus filas con todas las fuerzas nocivas que crea una civilizacion vigorosa, porque es una ley fatal que cuanto mayor es la luz mayor es la sombra que la contrasta. Como el salvaje de la pampa se arma de remington, para defender sus guaridas, en que relega su inútil lanza de tres varas, el personalismo se atavía con todos los signos del progreso moderno, y se asocia fuerzas, que esta transformacion le proporciona. El personalismo político se ha renovado y se ha robustecido para su última batalla. Agrupémonos, pues, ante el peligro en torno de la gran bandera popular, con que el país fundó las instituciones, y aspira á vivir y crecer bajo la soberanía del derecho.

La cuestion va á decidirse definitivamente, por un cuarto de siglo, en la próxima eleccion presidencial. Tengamos nuestra eleccion Lincoln, venga un presidente de opinion pública, y habremos concluido por ser un pueblo y por descansar en la libertad y en la paz de las instituciones.

Setiembre de 1879 *Juan Cárlos Gomez.*

Carta de Bolivar á Olmedo

Señores Redactores de «Los Andes.»

Señores:

En los últimos números del acreditado periódico de ustedes se registran siete cartas dirigidas por Olmedo á Bolivar, de Enero á Agosto de 1825.

Esta *adquisicion preciosísima*, segun la califica el señor M. A. Caro en el brillante artículo que con ocasion de esas cartas ha publicado en el «repertorio colombiano» de Bogotá, contienen, segun él mismo dice, *la crónica secreta de la mejor poesía que ha dictado en este suelo americano la Musa patriótica.*

El señor Caro se lamenta á la vez, y con razon, de que por desgracia no se conserven las observaciones críticas que á ruego del cantor de Junin, hizo acerca del poema el héroe mismo de la jornada.

Algun tiempo hacia que buscaba en vano alguna luz sobre la existencia de las cartas que ha publicado «El Repertorio colombiano;» pero si otro ha sido mas feliz que yo en ese hallazgo, puedo ahora tener la satisfaccion de ofrecer su complemento, esto es, las cartas de Bolivia, cuya falta deplora el señor Caro y así *oirenos á Aquiles juzgando á Homero.*

No he encontrado todavía los originales; pero las copias que poseo las he tomado del archivo de mi abuelo don Martin Icaza, suegro de Olmedo y decidido amigo y admirador de Bolivar Ademas, la autenticidad de esas cartas (salvo descuido del copista y palabras ininteligibles) se halla comprobada por las q' ustedes han reproducido, y por los párrafos de algunas otras que publicó en Paris el distinguido literato colombiano, señor José M Torres Caicedo, en el ensayo biográfico de Olmedo, que contienen las respuestas de Olmedo á Bolivar.

No dudo, pues, que ustedes se servirán dar publicidad á las cartas que les envio, completándose así este episodio de nuestra gran epopeya.

Soy de ustedes muy atento amigo y seguro servidor.—F. P. Icaza.

—

CARTAS DE BOLIVAR Á OLMEDO

I

Señor Josè Joaquin de Olmedo.—Cuzco, 27 de Junio de 1825.—Querido amigo:

Hace muy pocos dias que recibí en el camino dos cartas de U. y un poema: las cartas son de un político y un poeta; pero el poema es de un Apolo. Todos los calores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junin y Ayacucho, todos los rayos del Padre de Manco Capar, no han producido jamas una influencia mas intensa en la mente de un mortal. U. dispara ....donde no se ha disparado un tiro: U. abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamas en Junin: U. se hace dueño de todos los personajes de mi forma un Júpiter; de Sucre un Marte; de Lamar un Agamenon y un Menelao; de Córdova un Aquiles; de Necochea

un Patroclo y un Ayax; de Miller un Diomedes, y de Lara un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina ó heroica que nos cubre con sus alas de proteccion como angeles guardianes. U. nos hace á su modo poético y fantástico; y para continuar en el pais de la poesía y ficcion de la fabula. U. nos eleva con su deidad mentirosa, como la aguila de Júpiter levantó à los cielos à la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros: U., pues, nos ha sublimado tanto, que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el palido resplandor de nuestras opacas virtudes. Así, amigo mio, U. nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenon, con la lanza de su Aquiles, y con la sabiduría de su Ulises. Si yo no fuese tan bueno, y U. no fuese tan poeta, me avanzaria a creer que U. habia querido hacer una parodia de la Iliada con los hèroes de nuestra pobre farsa. Mas no: no le creo. U. es poeta y sabe bien, tanto como Bonaparte, que de lo heroico à lo ridículo no hay mas que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres. Un americano leera el poema de U. como un canto de Homero; y un español lo leerá como un canto de facistol de Boileau.

Por todo doy á U. las gracias, penetrado de una gratitud sin límites.

Yo no dudo que U. llenarà dignamente su comision à Inglaterra: tanto lo he creido, que habiendo echado la faz sobre todo el imperio del Sol, no encontré un diplomatico que fuese capaz de representar y negociar por el Perú mas ventajosamente que U.—Uní a U. un matemático, porque no fuese que llevado U. de la verdad poética, creyése que dos y dos formaban cuatro mil; pero nuestro Euclides ha ido a abrirle los ojos á nuestro Homero para que no vea con su imaginacion sino con sus miembros, y para que no le permita que lo encanten con armonías y metros, y abra los ojos solamente á la prosa tosca, pura y despelleja dora de los políticos y de los publicanos.

He llegado ayer al pais clàsico del Sol, de los Incas, de la fàbula y de la historia. Aquí el sol verdadero es el oro; los Incas son los vireyes ó prefectos; la fabula es la historia de Garcilazo: la historia, la relacion de la destruccion de los indios por Las Casas. Abstraccion hecha de toda poesía, todo me recuerda altas ideas, pensamientos profundos. mi alma está embelesada con la presencia de la primitiva naturaleza, desarrollada por sí misma, dando creaciones de sus propios elementos por el modelo de sus inspiraciones íntimas, sin mezcla alguna, de las obras estrañas, de los consejos agenos, de los caprichos del espíritu humano, ni el contagio de la historia de los crímenes y de los absurdos de nuestra especie—Manco Capac'Adan de los indios, salió de su Paraiso titicaco y formó una sociedad histórica, sin mezcla de fabula sagrada ó profana..... .....

....

Dios lo hizo hombre: él hizo su reino, y la historia ha dicho la verdad; porque los monumentos de piedra, las vias grandes y rectas, las costumbres inocentes y la tradicion jenuina, nos hacen testigos de una creacion social de que no tenemos ni idea, ni modelo ni copia. El Perú es original en los fastos de los hombres. Esto me parece, porque estoy presente y me parece evidente todo lo que, con mas ó menos poesía, acabo de decir á V.

Tenga Vd. la bondad de presentar esta carta al Sr. Paredes, y le ofrezco las sinceras espresiones de mi amistad.—BOLIVAR.

—

II

Señor D. José Joaquin Olmedo—Cuzco, 12 de Julio de 1825—Mi querido amigo.

Anteayer recibí una carta de Vd. de Mayo, que no puedo menos que llamar estraordinaria, porque Vd. se toma la libertad de hacerme poeta sin yo saberlo, ni haber pedido mi consentimiento. Como todo poeta es temoso Vd. se ha empeñado en suponerme sus gustos y talentos. Ya que Vd. ha hecho su gusto y tomado su pena, haré como aquel paisano á quien hicieron rey en una comedia y decia: «ya que soy rey, haré justicia.» No se queje Vd., pues, de mis fallos, pues como no conozco el oficio, daré palo de ciego, por imitar al rey de la comedia que no dejaba títere con gorra que no mandase preso. Entremos en materia.

He oido decir que un tal Horacio escribió á los pisones una carta muy severa; en la que castigaba con dureza las composiciones mètricas, y su imitador M. Boileau me ha enseñado unos cuantos preceptos para que un hombre sin medida, pueda dividir y tronchar á cualquiera que hable muy mesuradamente en tono melodioso y rítmico.

Empezaré usando de una falta oratoria, pues no me gusta entrar alabando para salir mordiendo: dejarè mis panegíricos para el fin de la obra, que en mi opinion los merece bien, y prepárese U para oir inmensas verdades, ó por mejor decir verdades prosaicas; pues U. sabe muy bien que un poeta mide la verdad de un modo diferente de nosotros los hombres de prosa. Seguiré mis maestros.

U. debió haber borrado muchos versos que yo encuentro prosaicos y vulgares: ó yo no tengo oido músical, ó son.....ó son renglones

oratorios. Páseme U. el atrevimiento: pero U. me ha dado este poema, y yo puedo hacer de él cera y pávilo.

Despues de esto, U. debió haber dejado este canto reposar como el vino su fermentacion, para encontrarlo frio, gustarlo y apreciarlo. La precipitacion es un gran delito en un poeta. Racine gastaba dos años en hacer ménos versos que U., y por eso es el mas puro versificador de los tiempos modernos. El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño.

Vd. ha trazado un cuadro muy pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa toda el ámbito y cubre con su sombra á los demas personajes. El Inca Huaina Capac parece que es el asunto del poema: él es el genio, él la sabiduría, él es el héroe en fin. Por otra parte, no parece propio que alabe indirectamente á la religion que le destruyó: y menos parece propio aun, que no quiera el restablecimiento de su trono, por dar preferencia á extranjeros intrusos, que aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio: este desprendimiento no se lo pasa á Vd. nadie. La naturaleza debe presidir á todas las reglas, y esta no está en la naturaleza. Tambien me permitirá Vd. que le observe que este genio Inca, que debia ser mas leve que el éter; pues que viene del cielo, se muestra un poco hablador y embrollon; los que no le han perdonado los poetas al buen Enrique en su arenga á la reina Isabel: y ya Vd. sabe que Voltaire tenia sus títulos á la induljencia, y sin embargo no escapó de la crítica.

La introduccion del canto es rimbombante: es el rayo de Júpiter que parte á la tierra, á atronar á los Andes, que deben sufrir la sin igual fazaña de Junin. aquí de un precepto de Boileau, que alaba la modestia con que empieza Homero su divina Iiada; promete poco y da mucho. Los valles y la *sierra* proclaman á la *tierra*: el sonsoneto no es lindo: y los soldados proclaman al general, pues que los valles y la sierra son los muy humildes servidores de la tierra.

La estrofa 360 tiene visos de prosa: yo no sé si me equivoco, y si tengo culpa ¿para que me ha hecho Ud. rey?

Citemos para que no haya disputa por ejemplo el verso 720.*

«Que al Magdalena y al Rimac bullicioso.....

Y este otro 750.

«Del triunfo que prepara glorioso.....

Y otro que no cito por no parecer riguroso é ingrato con quien me canta.

La torre de San Pablo será el Pindo de U., y el caudaloso Tamesis se convertirá en Helicona: allí encontrará U. su canto lleno de espliu, y consultando la sombra de Milton hará una bella aplicacion de sus diablos á nosotros. Con las sombras de otros muchos ínclitos poetas, U. se hallará mejor inspirado que por el Inca, que á la verdad no sabria cantar mas que yaravís. Pope, el poeta del culto de U., le dara algunas leccioncitas para que corrija ciertas caidas de que no pudo escaparse ni el mismo Homero. U. me perdonará que me meta tras de Horacio para dar mis oràculos: este criticon se indignaba de que durmiese el autor de la Iliada, y U sabe muy bien que Virgilio estaba arrepentido de haber hecho una hija tan divina como la Eneida, despues de nueve á diez años detestaria engendrando: así, amigo, lima y mas lima para pulir las obras de los hombres. Ya veo tierra: terminó mi crítica, ó mejor diré mis palos de ciego.

Confieso á U. humildemente que la versificacion de su poema me parece sublime: un genio lo arrebató á U. á los cielos. U. conserva en la mayor parte del canto un calor vivificante y continuo: algunas de las inspiraciones son originales; los pensamientos nobles y hermosos; el rayo que el héroe de U presta a Sucre, es superior á la cesion de las armas que hizo Aquiles á Patroclo. La estrofa 130 es bellísima: *oigo rodar los torbellinos y veo arder los ejes*; aquello es griego, es homérico. En la presentacion de Bolivar en Junin, se vé aunque de perfil, el momento antes de acometerse Turno y Eneas. La parte que U. dá á Sucre, es guerrera y grande. Y cuando habla de Lamar me acuerdo de Homero cantando á su amigo Mentor; aunque los caracteres son diferentes el caso es semejante; y por otra parte, ¿no sera Lamar un Mentor guerrero?

Permítame U. querido amigo, le pregunte: ¿de donde sacó U. tanto estro para mantener un canto tan bien sostenido desde su principio hasta el fin? El término de la batalla da la victoria y U. la ha ganado porque ha finalizado su poema con dulces versos, altas ideas y pensamientos filosóficos. Su vuelta de U el campo es pindárica, y á mi me ha gustado tanto, que la llamaria divina.

Siga U., mi querido poeta, la hermosa carrera que le han abierto las musas con la traduccion de Pope y el canto á Bolivar.

Perdon, perdon, amigo, la culpa es de U. que me metió á poeta.

Su amigo de corazon—BOLIVAR.

---

*Estas observaciones se refieren á la primera edicion del *Canto* que salió plagada de errores.

Sonetillo

A una bella.—*(Elogio hasta cierto punto.)*

Esos rizos juguetones
De tu brillante melena;
Esa frente pura y llena
De risueñas ilusiones:
Esos ojillos bribones
Que el mirarlos enajena;
Esa boca que envenena
De muchos, los corazones;
Ese cuello tan gracioso,
Ese seno palpitante;
Ese brazo tan hermoso;
Esa cintura elegante;
Ese...Que siga el curioso
Que haya visto lo restante.

Paquito Skarabaubesch.

REPUBLICA ARGENTINA

Bocetos y perfiles

NICOLÁS AVELLANEDA

(BOCETOS)

¿Será cierto que una individualidad, que personifica la política de una nacion lleve en sí la similitud de tendencias y hábitos característicos á ese pueblo—así como el representante de una casta ó el miembro de una familia los tintes fisonómicos de su raza?

Si os estacionais en un banco de la Plaza 25 de Mayo, de cinco á seis de la tarde, vereis franquear la portada del antiguo alcázar de los Vireyes á un hombrecito pequeño, sin estatura ni espresion, de afeminados modales, fisonomía vulgar, que camina á manera de un convaleciente—se encorva de pronto cargando el peso de su cuerpo sobre la pierna derecha, remolinetea con fuerza haciendo describirle círculos perfectos su endeble varita—que se endereza, vuelve á inclinarse hácia la izquierda cual si fuera á precipitarse de cabeza—ya se iergue verticalmente, y lleva las manos al abdómen que estruja suavemente, como si algun mal inusitado le molestara.

Para subir una vereda demora diez segundos, porque tiene que obrar primero el pié derecho. Si seguis su mirada no la vereis posar en objeto alguno determinado, sino que baja indefinidamente, ó sigue en el vacío el movimiento de las nubes diáfanas acariciadas por el viento, tal vez investigando su horóscopo.

Pero no deduzcais de su físico; porque como el físico de Lamenais engaña. Esa miniatura de hombre, que va dando pequeños tumbos, con taquitos desmesurados, aire de funámbulo—es un poeta distinguido, un literato eminente, un orador de primer órden — es mas, es el Presidente de la República Argentina.

Como literato es mas ilustrado que Cané — mas pensador que Andrade. Como poeta, es tan poeta como Ricardo Gutierrez, aunque no haga versos.

Su estilo es artísticamente brillante; reune los matices deslumbradores de la novedad; estasía, no es castizo sino hasta donde es posible un americano —sus periodos armoniosos tienen todos los encantos de la forma, que demuestran á la vez, un gusto cultivado y delicadísimo, como superabundancia de ideas y facilidad—sus frases son olímpicas, y siempre oportunamente empleadas.

El conjunto de sus escritos respira animacion, ciencia, arte, poesia, y llama la atencion desde la primera línea por el prestigio de sus ideas, su seriedad, buen sentido y un caudal de conocimientos con que va adornado.

Como escritor, aventaja en mucho á Estrada.

Respecto á sus cualidades oratorias hay que distinguir: —sus discursos escritos son piezas acabadas superiores á los monumentales pronunciados por D. Bartolo durante la presidencia, superiores á los de Sarmiento. Son de la categoría de los de Castelar.

Si tuviera los pulmones y la presencia del tribuno español, seria un orador tan notable como él; careciendo de esas dotes físicas, y en la acepcion real de la palabra orador, es inferior á Sarmiento y Mitre.

Como hombre público varía la cuestion.

Posee la ciencia del hombre de estado?—es político?

Se ha abusado tanto de esta palabra, que nosotros no la definiremos—diremos sencillamente lo que es en política el doctor Avellaneda.

Jamas en su vida pública debió haber aspirado mas que á ser Ministro de Justicia de la Nacion. En ese departamento estaba en su terreno, y movia con esquisito tacto los múltiples resortes subordinados á sus atribuciones, lo que atestiguaba su competencia.

Y si era inhábil para desempeñar las demas carteras, con mayor razon lo fuera para ocupar el puesto Supremo de la República.

Por qué?

Velez Sarsfield lo ha dicho: *Porque no tiene la edad.*

Será quizá un grande hombre de estado, un consumado político; pero si así es, su política debe pertenecer á otra edad—no al siglo que ha declarado el derecho de los pueblos. Se asemejará sin duda á la que predominó en el siglo diez y seis, durante las repúblicas italianas.

Es probable que Maquiavelo le conociera—que César Borgia le hubiera dirijido *una triste sonrisa.*

Durante la última revolucion correntina, almorzando un dia con el hijo del ex-Presidente de la Confederacion, le protestaba como magistrado y como amigo—de que seria sostenido en el gobierno de su provincia, aunque para «ello tuviera que volver á mandar de interventor con *todo el Parque Nacional* al Ministro «Plaza». Minutos despues le traen un telégrama del coronel Arias, en que le pedia ampliacion de un otro que le dirigió el dia anterior; y le contesta en cifras; que puesto era imposible el sostenimiento de Derqui en el gobierno de Corrientes, *siguiera las instrucciones del Ministro Laspiur.*

Hace unos dias conferenciaba el Ministro del Interior con él, sobre la actitud decorosa que convenia asumir al gabinete en los asuntos de la Rioja, altamente escandalosos; y el Presidente le dice: —«Estás « en buen terreno: manten esa actitud en el Parla« mento, y acentúa con energia el *desagrado del* « *Gobierno Nacional* contra la conducta del gober« nador Almonacid. »

Apenas se habia marchado el Ministro, hace llamar á su hermano D. Márcos, diputado al Congreso, y le pide «se ponga de acuerdo con Roca *para la* « *votacion;* porque Laspiur está furioso en la cues« tion de la Rioja, y quiere *comprometer* todo el ga« binete contra Almonacid. »

Es á esta *hábil* política que se debe la sangre derramada en Isfran, en Santa Fé, Jujuy—la que se

derramará en la Rioja, Entre-Rios y Buenos Aires, el sostenimiento de gobernantes como Almonacid contra la manifiesta voluntad de los pueblos; á la vez que el estado de excitacion en los espíritus, la desconfianza en el comercio y el mal servicio de reparticiones importantes como la Capitanía Central de la Republica.

El Dr. Avellaneda en su carácter de magistrado nada respeta. Su hábito de corrupcion lo invade todo, desde la magestad soberana de la justicia, hasta el recinto augusto de la ciencia. No hay institucion sagrada para él.

Paseaba dias pasados por su sala delante de una docena de personas, cuando dirige la palabra á un señor ingeniero allí presente: «Quiere Mr. A.... ser Vd. doctor en ciencias» ¡Yo puedo hacerle *discernir* el grado como he hecho con M... ¿No es verdad Sr. M...? le dice volviéndose hácia un jóven naturalista tambien presente, *que yo le hice nombrar* á Vd. doctor en ciencias por la Universidad de Córdoba?»

Y el jóven naturalista contestó: «Sí señor.»

No falta, empero, quien diga, que como hombre particular posee calidades poco comunes.

Podrá ser muy bien. Nosotros no le conocemos; sin embargo, nos hacemos esta reflexion: un hombre que está en eterno estado de contradiccion, en sus actos, persona y palabras—que piensa una cosa y ejecuta otra distinta—que basta haga una promesa para proceder de manera contraria—que siendo incapaz de permanecer sereno ante una gota de sangre, permite se derrame con efusion—que posee temperamento democrático, y está dispuesto á pisotear las leyes de la República, no puede ser buen ciudadano ni en la vida pública ni privada.

El que está pronto á violar todos los derechos no puede tener virtud pública. El que juega con el corazon y la amistad es porque no tiene corazon; y el que no siente sus impulsos generosos, no puede tener virtud privada—pues está fuera del alcance de los sentimientos grandes que embellecen é inspiran el alma del patriota y del ciudadano honrado.

Conocemos sí, una vanidad que le pertenece: y se relaciona con el sexo bello—la de consentir que Buenos Aires entero viva impresionado de su elegancia de cangrejo, de sus bucles, de sus chistes.

Pero esta misma debilidad le cuesta á la Nacion.

¡De cuántos favoritismos no es causa en la distribucion de los empleos públicos!

Que lo diga sino, el crecido número de empleados ineptos, prevaricadores é indignos que defraudan los dineros fiscales.

Al Doctor Avellaneda le auguramos dias tristes, de amargas decepciones, despues de su Gobierno.

No gustará de ese bálsamo de delicados encantos, que los pueblos guardan á los que han merecido bien de la patria—la gratitud.

Cuando el General Lafayette visitó años despues la tierra americana *Yankee*, por cuya independencia había combatido, el pueblo de aquella poderosa Nacion saludó al antiguo campeon de sus libertades, por boca del ilustre Everett, en los términos siguientes: «¡Bienvenido seas á nuestras playas amigo de nuestros padres! Goza de un triunfo de que no ha participado ningun monarca ni conquistador de la tierra. ¡Ay! Washington, el amigo de vuestra juventud, el que fué mas que amigo de su país, yace tranquilo en el seno de la tierra que ha hecho libre. Descansa en la paz y en la gloria sobre las orillas del Potomac. Volvereis á ver las sombras hospitalarias del Montvermon; pero al que venerasteis, no le volvereis á ver en el umbral de su puerta.»

«En su lugar y en su nombre os saludan los hijos reconocidos de la América. ¡Seais mil veces bien venido á nuestras playas. A cualquier parte del continente adonde dirijais vuestros pasos, os bendecirá todo el que pueda oir el sonido de vuestra voz.»

El pueblo de la Francia saludó con igual reconocimiento al pié de las gradas del poder al patriota Thiers, que descendia despues de haber llenado la mision de salvar su patria, que le fué encomendada.

El Presidente Avellaneda al confundirse en las filas del pueblo, de donde ha sido elevado por ese mismo pueblo, solo será felicitado por Almonacid, Iriondo, Viso, Antelo y Muñecas.

—

SARMIENTO

Si Gall examinase ese cráneo, no vacilaria para señalar en él todas las protuberancias de la *combatividad*.

Ama el estrépito, la controversia, la contradiccion misma, y ama todo esto porque es ley de su espíritu la accion, como es condicion de su organismo la lucha en que se ha fortalecido, en medio de sus contrastes.

No hay tregua, no hay reposo para su espíritu: su móvil, su vida es la batalla: ha nacido en ella, se ha educado en ella, se ha engrandecido á su estruendo. Es de los que piensan como el jansenista Arnauld, que mucho tenemos con la eternidad para descansar. Si no encontrara adversarios con quienes batirse, se batiria consigo mismo, ó sucumbiria en medio de un inmenso fastidio.

Guerrero antiguo, caballeresco por el fanatismo, por la perseverancia, por la intrepidez, ha roto sus armas en cien corazas, pero ha podido y ha sabido fundirlas de nuevo al soplo de su cólera que es su energía.

No contiene el cerebro tanta sustancia gris como la bilis que segrega su higado. Bílis abundante, que á medida que se elabora, vá derramándose gota á gota en el papel que imprime su pensamiento, sucesivamente cruel, picaresco, punzante como saeta, ó en sus discursos impregnados siempre de fiebre y de reposo.

Contemplando los amplios contornos de esa frente, surcada por las arrugas del tiempo, se vé que centellea la chispa del génio. Tiene algo del Arcangel y de Satanás. Sublime en la lucha contra la tiranía, que contribuyó á socavar con su pluma, ha sido rebelde prestijiando un ideal imposible para el pueblo argentino: el culto del principio de autoridad.

No es un dogmático, pero nadie le disputa que es un maestro, irascible, voluntarioso, si se quiere; algunas veces se pretende infalible, pero siempre caustico, lleno de malicia y verbosidad. Ha logrado formar escuela y tiene sectarios inteligentes y apasionados que le escuchan como al oráculo antiguo.

Parece que nunca ha sido cortesano de los poderosos, porque se basta y sobra á sí mismo, y aunque haya seguido un tiempo intereses y pasiones transitorias, es fuera de duda que no ha adulado otro poder que la gloria de su nombre. Afecta cierto desden aristocrático por la opinion pública, y no reconoce en las multitudes flotantes al pueblo, que está representado en el gobierno, su delegado inmediato, en el ejercicio de la soberanía.

Se preocupa mucho menos todavia del *qué dirán* y seria capaz de aparecer desnudo ante el público, si creyese reportar algun bien en ello, sin importársele un ardite de las murmuraciones que levantara á su alrededor.

Cuando Mirabeau se encontraba en la cúspide mas alta de la popularidad, un dia se presentó á la Asamblea en momentos que Barnave, el eco agonizante de la monarquía moribunda, le imputaba afinidades con la corte. «Hablais de mí?» preguntó el coloso. «Sí», respondió el orador moderado. Pues bien, continuad; *mucho teneis que decir de mí* replicó Mirabeau, retirándose para volver luego que hubo terminado aquel, á pronunciar una de esas arengas saturadas de apotegmas é interjecciones, refutacion á todos los ataques, tormento para sus enemigos.

Sarmiento tambien ha afectado alguna vez no saber lo que dicen de él para responder; de antemano tiene afiladas sus armas y se presenta en liza con su *coraza de fierro*; pero si se trata de ideas solamente, preparaos á escuchar historia, literatura, ciencia constitucional, etc.

Invoca algunas veces la esperiencia. La esperiencia!... Cómo podia dejar de invocarla un anciano, aun cuando sus conocimientos no estuvieran mas arriba que el tronco corroido de los años! La esperiencia para él es el poder mas digno de gobernar la tierra, y tiene siempre presente que el mas anciano de la tribu la preside y la dirije.

Cuando se oye á este polemista sempiterno, viejo por los años, pero jóven eternamente por el calor y frescura de las ideas, disertar sobre el principio conservador de la sociedad, en pugna con los elementos de anarquía, no es posible casi olvidar que uno se encuentra en presencia del hombre autoritario en el poder y fuera de él, que solo consagra su fé y su esperanza en la energía del mando ó en la ciega sumision á la ley. Pareciera que distingue siempre un abismo insalvable entre esos poderes, igualmente benéficos en su consorcio y peligrosos en el aislamiento: el gobierno y la libertad.

Y sin embargo, y aunque la afirmacion parezca una paradoja, digna de hacer sonreir al incrédulo, Sarmiento es un revolucionario, porque, como se ha dicho, forma parte integrante de su organizacion la inquietud devoradora del combate.

Revolucionario al lado de Laprida contra Quiroga; revolucionario en el destierro fustigando al tirano, lo fué durante la época de la reorganizacion de la República, como fué revolucionario desde los Estados Unidos, y aun mas, y ¡cosa admireble! fué tambien revolucionario como gobernante.

¡Cómo! revolucionario el enemigo implacable de las revueltas, el flajelador encarnizado de los sediciosos!

Si por tal hay que significar solo al que se levanta en armas contra un poder cualquiera, admitido que no lo es; pero si la palabra deja traducir el espíritu de innovacion, la tendencia de removerlo todo, el cambio en las ideas, se produzcan estas en el seno del pueblo ó en las alturas del gobierno,—Sarmiento no es, ni ha sido otra cosa que un perpétuo demoledor.

Es así como ha condenado á Lopez Jordan por revoltoso, y no ha tenido inconveniente en rechazar la candidatura del General Roca, encontrándole sin títulos bastantes para ocupar el puesto que ilustró Rivadavia.

En la vida ha sido muy inconsecuente, y ha debido serlo, sin duda, porque ha progresado. Lo que pensaba en Chile el año 40, siendo jóven, es casi diametralmente opuesto de lo que piensa hoy, en el ocaso de su larga existencia. Entonces era el horror á la tirania y sus verdugos y escribia *Argirópolis*, llamado á la concordia de los buenos elementos para hundir á los malos. Hoy... hoy es el estigma permanente contra los pueblos que se levantan invocando un derecho, aunque éste sea el mismo que armaba el brazo de los oprimidos contra Rosas.

Hace un año que la prensa se estremecia al sentir á su antiguo campeon, el que tantas veces la habia hecho jemir con sus protestas cargadas de todas las cóleras celestes! La prensa ha sido en sus manos influencia y poder que hoy le señala una cartera en el gabinete nacional.

Y la pluma es el ariete con que ha demolido el edificio antiguo: es una pluma que lo mismo podria haber servido para escribir el *Cándido* de Voltaire, como ha sido feliz bosquejando el escenario en que Facundo desarrollaba el drama sombrío de la barbarie.

No es como el General Mitre, flemático, tranquilo, impasible. No sabe picar como el mosquito: sabe despedazar como el leon. El adversario que cae en sus manos, es mordido, ensangrentado, desgarrado. Ay! del insecto que pase zumbando por sus oidos; si no consigue cazarlo con sus garras, lo perseguirá sin descanso hasta ahuyentarlo muy lejos.

Pasiones, violentas pasiones le agitan y son ellas precisamente las que le hacen temible en la guerra de los intereses y preocupaciones que absorben la existencia política del país.

Si algunas veces ellas han dominado las proporciones de su talento estraordinario, son las mismas que le sostienen todavia en el combate de la vida, reflejado en las emociones tempestuosas de su alma.

Gran privilegio el suyo! Tiene setenta años y todavia camina con la cabeza erguida, las piernas fuertes y el paso regular. Puede hacer el mal en la lucha de los partidos, y lo hace efectivamente, cuando sus pasiones están comprometidas; pero tambien sabe hacer el bien; no sé si será por el bien en sí ó por el alto orgullo del que se ha propuesto dejar impreso su nombre en la historia contemporánea, para que le estudie la generacion del porvenir en la evolucion del tiempo y del espacio.

Setenta años y en el pleno vigor de sus facultades El viejo roble se conserva fuerte: una asombrosa vitalidad circula en sus fibras, y sus ramas cobijan todavia la inteligencia que reclaman su concurso á cierto órden de aspiraciones que representan el dualismo perpétuo entre el poder y la libertad, el dogmatismo autoritario del que gobierna y las impaciencias ardorosas de las multitudes que resisten.

Ad. D.

MIGUEL CANÉ

No le busqueis entre el tumulto de los que se agitan anhelantes de celebridad. Es de aquellos que al conquistar el privilegio del renombre, no es fácil confundirlos, ni es posible que pasen indiferentes á la mirada profundamente observadora de nuestro tiempo.

Le he visto muchas veces, rápido en su andar, jamás distraido, siempre preocupado; pocas veces le he hablado, pero confieso que nunca he podido disimular el sentimiento de curiosidad que inspira. Ha dejado en mi espíritu una huella indefinible, que ya se parece á la seduccion del talento comprendido, ora al interés que despierta una existencia tenazmente vinculada á las ideas y á las pasiones que nos agitan.

No se pretenda encontrar en esa individualidad, diseñada, mejor que por mi pluma, por el instinto de la generacion á que pertenece, una de aquellas fisonomías abiertas, espresivas, de líneas correctas, que saben irradiar la inteligencia ó traducir en los movimientos de los músculos, la vivacidad de espíritu ó la pasion dominante en su alma.

Su talla no ha sido vaciada en el molde griego; no tiene de Antinous las formas atléticas, los miembros vigorosos y los brazos de acero. Es un temperamento bilioso, encerrado en una envoltura cuyos tejidos y músculos presentan resistencia débil. No tiene pecho ancho y saliente: sus hombros no han adquirido esa curvatura perfecta y graciosa en su inclinacion, que hace mover con facilidad, sin fatiga, la cabeza que se asienta en ellos.

Qué llena de ironías y contrastes es esta naturaleza humana!

Ah! la teneis: se trata de un hombre jóven que apénas ha pisado el dintel de los treinta años, alimentando un espíritu ágil, brillante, rápido en su desarrollo merced á la gimnástica intelectual, lleno de la novedad del arte, encerrado en un cuerpo, que á pesar de su desarrollo regular, parece haber pugnado en vano por alcanzar las proporciones del Apolo de Beldevere.

Lejos de mí, sin embargo, la idea de encontrar reprochable á Miguel Cané porque la estatura y los detalles de su físico no hayan merecido todos los honores de las formas plásticas, que su fisonomía carezca de aquella irradiacion que animaba á Balzac, ni que sus ojos á mitad velados por una sombra indefinible de tristeza y penetracion, no tengan el brillo de las miradas del águila

Hay que buscar bellezas y armonías en otra parte. Busquémoslas mejor en el mundo de las percepciones íntimas, de los sueños luminosos y jigantescos en que se abisma un pensamiento, una alma.

Para mí hay afinidades íntimas entre el caracter y el semblante. Si el que tengo presente puede carecer de espresion, reflejará siempre, en la misma sombra que proyecta, al hombre que debate su espíritu en la batalla íntima y tumultuosa que produce la duda y la incertidumbre, las pasiones y los entusiasmos del pensamiento.

No hay brillo en esos ojos?.... Ah, lo sé! es una mirada de resplandor opaco, pero llena, impregnada de esa melancolía amarga y dulce á la vez, que llevan los hijos de este gran siglo con toda la intensidad de una herida.

Allí está su carácter: se ha reproducido en su estilo vibrante como la fibra profunda, saturado con todas las gracias y giros caprichosos de una nube. Es delicado, es flexible, es grave, es ligero: tiene la sonoridad de un verso y se escurre como gota de mercurio en una superficie de mármol.

Ha hecho pacto con la literatura francesa: ha leido mas de lo que ha podido estudiar, sabe mas de Alfredo de Musset que de Virgilio; tiene de Lamartine el brillo, y de Gautier el arte, pero conoce menos á La Bruyere que á Juan Jacobo el de Ginebra.

No produce la impresion propia que deja en el alma la música de Wagner: hay en su espíritu, en sus giros literarios reminiscencias, huellas, pero huellas de luz impresas por aquellos que nos han precedido en el mundo de la belleza.

Pero el relieve no es el cuadro, el color no es la luz, la forma no es la idea, y aunque el amor al relieve, al color y á la forma, dominen alguna vez el conjunto, no constituyen todo el gran arte del escritor. Hay que buscar la intencion antes que la palabra; hay que saber pensar antes que saber decir.

Ah! confieso que es aquí donde descubro un hombre.

Saber pensar es adivinar, es conocer de antemano todo lo que sueñan para nosotros las Sibilas misteriosas en sus místicas contemplaciones; saber pensar es asociarse á todas las cosas bellas de la vida, que exaltan, que apasionan el corazon y el entendimiento, es comprender todo lo que hay de hermoso y de horrible en el destino humano.

Cuando no conocia todavia á Spencer ni á Littré, este jóven era apenas un romántico, un discípulo de la escuela satánica. Hoy es un pensador.

Y el pensador, es siempre un tipo raro, en esta época como en otras, en Buenos Aires como fuera de aquí, donde los refinamientos de la civilizacion, hacen fastidioso al vulgo ilustrado todas las tentativas sérias y áridas lo mismo para la investigacion de los secretos de la ciencia ó para aceptar las íntimas confidencias del arte.

Lástima que Miguel Cané haya tenido dos debilidades en su vida: la primera es haber mezclado su nombre á la política; la segunda haber pretendido descollar como escritor crítico.

Si la política no le necesita entre sus fanáticos, la crítica literaria no es menos adversa para las verdaderas tendencias de su génio.

El crítico, no será el *eunuco* de que ha hablado Teófilo Gautier, pero es un espíritu que no saldrá jamás de la tierra: antes de aceptar su rol, en presencia de las bellezas que palpitan á su alrededor, se ha convencido en su triste impotencia, que su poder de creacion es completamente nulo.

Será que el literato y el pensador de que hablamos, no pueda desplegar las ricas alas de su imaginacion en ese cielo sin horizontes de las abstracciones del pensamiento? No lo dicen así sus talentos que admiramos todos los hombres de la nueva generacion.

Pero ha habido otro error, de oportunidad mas bien que de criterio, en este espíritu ágil y seductor, que á los veinte años hacia las primeras escursiones por la prensa diaria, para venir á los veintisiete de su vida, á imprimir en un libro, sus *Ensayos*, páginas hermosas indudablemente, pero incompletas.

Si no conociéramos al autor le juzgaríamos erróneamente. No le busqueís allí; son los artículos de un niño convertido hoy en un escritor; en algo mas aun, en un hombre. El tourista del Bosque de Boulogne que narra las fugitivas impresiones de una juventud tan llena de las palpitaciones del corazon vírgen, es hoy un artista mas delicado, un espíritu mas impregnado de la luz íntima de la observacion.

Cárlos Nodier de quien se ha dicho que jugaba con su génio como una reina con sus perlas, tuvo tambien una debilidad en su vida, que á la vez que el encanto produjo la hilaridad de sus amigos del *Arsenal*. Aquel espíritu tan afable, aquella imaginacion que sabia descomponer todos los colores del prisma, pretendió descubrir, en un reducido fragmento de barro mojado, el *tarantataleo*, animal de dimensiones gigantescas, especie de velocípedo, que tenia el privilegio de la resurreccion.

(Los Castigos) Setiembre de 1879 *Ad. D.*

La noche triste

Mis armas no son armas de la muerte,
Son la fraternidad y la esperanza;
El grito del cañon no es el mas fuerte.
Donde él no llega, la razon alcanza.

Ricardo Gutierrez.

Ecos de llanto que vagais errantes
Al suave impulso de la brisa inquieta,
Olas del mar que repetis vibrantes
La nota audaz del huracan que os reta,
Voces de horror que sacudis gigantes
Las cuerdas de la lira del poeta,
Concierto misterioso de amargura
Que en su seno albergó la noche oscura:

Yo os invoco ¡venid! La lira mia
Que de vergüenza y de dolor estalla,
Necesita tener por armonía
El estruendo del campo de batalla;
Que cuando ruje la tormenta impía
Y la pasion no reconoce valla,
La palabra del bardo incendia y quema
Y fulmina ¡terrible! el anatema!

. . . . . .
. . . . . .

Quiero cantar la libertad, señora
De la tierra de América bendita,
La libertad ¡vencida de una hora!
Hoy en el Sud de América proscrita;
Quiero enjugar el llanto del que llora
Por su corona de laurel marchita,
Que en las noches sin luz y sin bonanza
El bardo es el cantor de la esperanza.

— -

América! Palmera majestuosa
Mecida por las brisas perfumadas,
Que ciñen los jazmines y la rosa
Y arrullan, murmurantes, las cascadas—
Cruza tu cielo nube vaporosa,
Pueblan tus selvas vírjenes, las hadas—
Tierra de promision! Lira gigante
Que alza hasta Dios su cántico triunfante.

Mundo del porvenir, mundo naciente,
Preñado de risueñas ilusiones,
¿Quién arrojó en tu seno la simiente
De mezquinas y torpes ambiciones?
¿Quién bajo el yugo doblegó tu frente
Y escitó de tus hijos las pasiones?
El que á la fuerza avasalló la idea
No merece perdon ¡Maldito sea!

Ambicion insensata que dominas
Las efímeras glorias mundanales
Y á la luz del relámpago caminas,
Trocando las praderas en eriales;
Tú, la que el mundo de Colon arruinas,
Tú, la causa primera de sus males,
Arrojaste en su seno la anarquía,
Semilla de maldita tiranía.

La semilla arraigó; brotó la planta
Y convertida en invasora hiedra,
Sobre el árbol frondoso se levanta,
Sube á la mole secular de piedra;
Parece que la selva se agiganta
A su paso veloz que nada arredra
Y por darle la savia apetecida
Deja á sus hijos míseros sin vida.

¡Ay del tronco que enlaza su ramaje!
¡Ay del pueblo que estrechan sus abrazos!
Despotismo feroz, hiedra salvaje,
Todo se pierde en tus traidores brazos!
Es tu aliento, fatal; negro, tu traje,
Y al oprimir la América en pedazos
Dejas solo el hogar; la tierra oscura;
La tempestad bramando allá en la altura.

¡Oh madre de mi vida! Sola y triste
En el campo feral de la contienda
Ansiaste luz y de pesar no viste,
Tu planta torpe equivocó la senda;
Ah! Todo en el combate lo perdiste,
Que en esa noche de dolor tremenda
Se ocultó en las ignotas soledades
La aurora de las pátrias libertades.

Sombras de luz, grandezas de la nada,
Sucumbieron, sin vida y sin imperio;
Se hundió en el polvo la Justicia hollada,
El Derecho en odioso cautiverio—
La sombra de la Ley buscó ultrajada
La silenciosa paz del cementerio,
Y fué ley en el mundo americano.
La voluntad soberbia del tirano.

Harmodio! Dame tu puñal sangriento
Coronado de mirtos y de rosas;
Yo lo hundiré en su pecho sudoriento,
Y el hierro trozaré de mis esposas!
Dame al ménos ¡oh Mármol! el acento
Del cantor inmortal que mató á Rosas,
Para lanzar sobre la raza—escoria,
La maldicion terrible de la historia!

¡América! Sacude tu letargo,
Quebranta el eslabon de tu cadena,
Ponte de pié! tu sueño ya es muy largo;
¿Solo sabes vivir para la pena?
Antes que recibir pan tan amargo,
Como el vil gladiador baja á la arena—
¡Ah! no me escuchas...en tu horrible calma
Solo sabes llorar, madre del alma!...

Hay en la vida de los pueblos fuertes
Momentos dolorosos de amargura
En que, cansados de luchar, inertes,
Doblan el cuello á la coyunda impura;
Y esas ardientes lágrimas que viertes,
Oh América! en tu triste desventura,
Hacen que brote el corazon del bravo
Cobarde indignacion, sangre de esclavo.

Llora, sin fuerzas para alzar la frente,
Llora la espiacion de tu pecado,
La mercenaria grey se alza inclemente
Y no encuentra tu causa ni un soldado;
El volcan que atizáras imprudente,
En tu seno de amores ha estallado;
Hoy como sierva maltratada llora...
¡Mañana lucharás como señora!

Libertad! Santo verbo de la idea
Que impulsa al porvenir la raza humana,
Levanta con tu fuerza jigantea
La desgraciada patria americana;
Que si sucumbe en desigual pelea
Al rudo empuje de opresion tirana,
Con el duro eslabon de su cadena
Graba tu nombre en la desierta arena.

¡Anatema! á la enseña que flamea
Sobre la tumba de la patria gloria!
A la turba servil que la rodea!
Al eterno baldon de nuestra historia!
Lecho de horror para el tirano sea
La torpe bacanal de su victoria
Y hasta la infamia que su pecho quema
Murmure en sus veladas: ¡Anatema!

Luz para el pueblo que angustiado cuenta
Las tristes horas de la pena impía
Y escucha el rebramar de la tormenta
Con la resignacion de la agonía!
Libertad! Libertad! La noche ahuyenta,
Fulgura con la luz del medio-dia
Y fulmina en la frente del tirano
La vergüenza del mundo americano!

Montevideo, Setiembre 10 de 1879.

José G. Busto.

Inspiracion

Leves alas quisiera el pensamiento,
Para cruzar esferas:
Para rasgar el túl de los celajes,
Y mecido por ondas lisonjeras,
Llegar con almo aliento,
Al zenit entre diáfanos paisajes.

Y eres tú, inspiracion, la que te elevas,
Hasta el olimpo, abierto
A arrobos puros, entre etereas galas;
Y la que nunca niegas,
Al peregrino en su vivir incierto,
Tus mil doradas alas.

Lo que en su afan doliente,
El alma pide á la perenne fuente
De amor, que ha percibido
Cerca de sí como fanal radioso,
Es de consuelo un eco repetido,
Y es de esperanza un rayo luminoso.

Y en cada arranque de ~~impetuoso~~ febril anhelo
Por sorprender un fallo del destino,
Hay un eco divino
Que responde á las ansias de la duda,
Y el alma en su desvelo,
Tiene una voz que á su dolor acuda.

Salmodia más sublime,
Que los cantos del hombre desiguales.
Aquí es el aura que en las selvas gime....
Allí es el suave voluptuoso halago,
De los aéreos cendales
Que en su linfa retrata el manso lago...

Ora es del tenue ambiente,
El susurro en la tarde del estío....
Ora son las mil notas deleitosas
Del ave, que del rio
Deja la márgen por volar sonriente,
A su bosque de mirtos y de rosas....

Fija la mente en nacarada nube
Que cruza errante los tendidos cielos,
La envidia cuando sube,
La sigue cuando corre,
Y los prismas que forma con sus velos,
De la mente no hay niebla que los borre.

Como flotantes hilos, los ensueños
En busca de armonías,
Se desatan en cánticos risueños,
Y un ritmo se oye que alentarlos quiere,
Cuando el sol nace en los serenos dias....
Cuando en la tarde muere....

De la luna los lánguidos reflejos,
Del sol los ígneos rayos,
Los ecos de la noche en su misterio,
Las brisas que suspiran á lo léjos,...
Todo ah! vierte su imperio,
Sobre el alma en sus tímidos desmayos.

Lo vierte el pajarillo en sus gorgeos,
Si en la flexible rama dulce entona,
Sus tiernos devaneos
De férvida alegría,
Cuando los triunfos de su amor pregona,
Al saludar el dia....

Y el alma enagenada,
De su embeleso en el feliz delirio,
Alcanza una deseada
Chispa, del áurea luz que reverbera,
En el vergel del arrayan y el lirio,
Y en los espacios que el azul vistiera.

Las aves, las auroras,
Las orlas de arrebol, y las estrellas,
Las flores, y las brisas,
Son de un mundo mejor las precursoras;
Y en sus gentiles huellas,
Van perfumes, destellos y sonrisas.

Con sus acordes de eternal belleza,
Arrulla á los mortales
La fiel naturaleza.
Todo en sus cantos es rumor amigo,
Todos son en su luz puros raudales,
Todo en su seno es de su bien testigo.

Se esfuerza el alma por subir triunfante,
De íntima pena en que el dolor la encierra,
Hácia el eden de su ilusion bendita;
Y en su lucha constante
Se apasiona, y se aferra
Al noble sentimiento que la agita.

Quiere alcanzar la cumbre,
Y al iniciar la suspirada senda,
Bajo un dosel de nítidos colores,
Tibios rayos de sol le dan su ofrenda
De delicada lumbre:
Su paso alfombran del pensil las flores....

Oh! inspiracion!... Corriente
De una luz divinal; hálito blando
Del céfiro naciente.
Si aquel concento en que tu genio exhalas,
En el mundo has de ir siempre infiltrando,
Jamás pliegues tus alas.

Luis Melian Lafinur.

Montevideo, Setiembre 6 de 1879.

Una historia sin fecha

I

He oido una cancion, mas no sé dónde
Ni cuándo yo la oí—Vano es que ansioso,
Como de flor en flor vuela afanoso
El zumbador insecto,
De pensamiento en pensamiento vuele;
No puedo recordar dónde ni cuándo.
Sé que era triste la cancion, tan triste
Como en las tardes un giron de nieblas
Que en el azul confin se ve flotando;
Sé que hablaba de luz y de tinieblas;
Sé que hablaba de patria y de mandones,
De crímenes y lágrimas ardientes,
Y de honor y de gloria y de ilusiones.

Yo escuché esa cancion.—Era una historia
En notas tristes á los vientos dada....
Creo estarla escuchando,
Mas en vano fatigo mi memoria,
No puedo recordar dónde ni cuándo.

Quiero aquí repetirla; mas la mia
Será un reflejo pálido de aquella,
Cual refleja temblando la laguna
La luz de hermosa estrella,
Cual refleja asimismo
La ardiente luz del sol la tibia luna....
De una dulce armonía
Será un eco perdido en el abismo.

Así el ignoto trovador decia,
Su cancion entonando,
No puedo recordar dónde ni cuándo:

II

«Fría tristeza la natura invade....
Me parece de sangre el sol teñido;
Al firmamento azul nubes empañan,
Negras como la angustia;
Abandonan los pájaros su nido;
Doblan las flores su corola mustia,
Que un viento helado sin piedad deshoja;
Toma el bosque un color amarillento,
Y no da sombra al rio su follaje:
Trocando su murmurio en un lamento,
Me parece que el rio se despoja
De su verde ropaje....

¡Qué triste es el crepúsculo y la aurora!...
Perdida la soñada dulce calma,
Así tan triste, el alma
Sus descepciones y sus penas llora.

III

Y es que, torpes, la patria de mis sueños,
Imbéciles tiranos
Envilecen, diciéndose sus dueños,
Sin lavarse ¡inhumanos!
La roja sangre que manchó sus manos,

IV

¿Comprendeis mi dolor inmenso ahora?...
¡Esclava la contemplo
Yo, que en ella nací, que desde aurora
De mi vida en el pecho le alcé un templo!

Y hoy crece mi cariño
Al verla en agonía,
Y la amo más que cual la amé de niño,
Como el ave su nido aunque los vientos
Lo mezan en la cresta de una roca...
Yo la amo con pasion, porque es mi guia,
Porque es luz, porque es bella...porque es mia!

V

¿Comprendeis mi dolor profundo, inmenso?...
Era libre...Sus hijos le compraron
Su libertad con sangre generosa,
De la gloria en los campos derramada
Por el filo del sable...
Un dia las pasiones desgarraron
En lucha formidable
El seno de la patria dolorida...

Es cierto: se luchaba con violencia...
¿Qué importa? En esta vida
La lucha es condicion de la existencia:
Sólo el cadáver permanece inerte
En el negro recinto de la muerte.

Despues —¡triste recuerdo!—hijos espúreos
Le infieren negra afrenta
De su dulce memoria para ultraje.....

Cual de rapaces cuervos banda hambrienta,
Sus entrañas devoran...
Se entronizan el robo y el pillaje!

VI

Disputan entre sí los malhechores...
Con todos sus horrores,
Triunfa la fuerza... El despotismo oprime
Con su brazo de hierro incontrastable...
Se hace la noche y el silencio reina...
Uno en las sombras á hurtadillas gime...
Otro, cínico, luce
La marca del esclavo miserable.

Como fétidas aguas estancadas,
La corrompida sociedad fermenta,
Y brotan á millares, asquerosos,
Los hijos de la afrenta:
Los que adulan serviles al tirano,
Y en el fango se arrastran recelosos,
Y besan con fruicion inconcebible,
En tibia sangre la empapada mano.

Es de entónces un crimen pensar solo;
Si se recuerda al oprimido pueblo
Su valor legendario,
Todo el frio del polo
Al temeroso corazon embarga,
Y miran con horror al temerario
Sin que enrojezca el rostro la vergüenza!..
Si en la tumba se piensa,
¿Qué pensarán en su morada triste,
De nuestros padres los augustos manes?
¿Qué dirán de los hijos
De esa raza rival de los titanes?

VII

¿Como al potro salvaje,
Al pueblo con el látigo se doma?
¿Se extinguirá el valor en nuestro pecho,
Como se extingue de la flor la aroma?...
¿El sol que muere en el rojizo lecho
De los mares bravíos,
No volverá á asomar por el Oriente?
¿De la noche del crimen, son eternos
Los celajes sombríos?...

VIII

Yo espero, sin embargo, porque creo
Que el ángel de los libres siempre vela...
Desde esta sima de los siglos, veo
Destacarse imponente
El ancho panorama de la historia.
Por doquiera la idea
De polo á polo sin cesar pasea
El lábaro de luz de la victoria...

¿Qué era el hombre? Un pigmeo en la natura...
Se llena de pavura
Si el mar las olas á sus piés vomita,
Si del fiero leon oye el rugido,
Si el rayo, allá en las nubes, ronco truena,
Y con ansia infinita
Tiembla en su base de movible arena.

Esos—para él cárcel—anchos mares,
Los cruzan á millares
De los aires los huéspedes alados.
Y él—parado en la roca árida y triste,
Que se inclina hácia el mar y el mar azota,
Presa de angustia y ansiedad extraña,
Rozando con sus alas las espumas
Ve perderse á lo léjos la gaviota
En medio de las brumas.

¿Qué soy?... se dice, con dolor profundo,
Prorumpiendo en tristísimo lamento...
¿Qué soy?... repite, y asombrado calla,
Cual si de pronto reventado hubiera
En cascadas de luz el firmamento...
Con esa frase ha conquistado un mundo:
El mundo inmaterial del pensamiento!

IX

Se hiergue desde entónces, fiero, altivo,
Y á su inmenso poder todo se inclina:
Domestica la fiera, engendra el fuego,
Al rayo aterrador dócil domina,
Escala las montañas,
Se esconde de la tierra en las entrañas,
Es casi de los aires soberano;
A su mandato obedeciendo ciego,
La espalda encorba el rumoroso oceáno...
Donde quiera que un onda el viento rice,
Columpia alegre una gallarda nave;
Abre la tierra, y donde quiera sople
Una brisa süave,
De la mies dobla la dorada espiga.

X

Si el hombre conquistó sus libertades,
Si puso á su servicio el oceáno,
Si supo encadenar las tempestades...
¿Mi dulce patria, que cautiva gime,
Agobiada de penas,
No romperá algun dia sus cadenas
Para azotar el rostro del tirano?...

XI

El cóndor de volar está cansado,
En sus guaridas el lëon dormita,
El titan á la roca está amarrado:
Un penoso alentar hierve en su pecho:
Ya no hace resistencia....
Duerme el pueblo... El tirano está en acecho.
La libertad se asila en la conciencia,
Como el fuego del globo en lo más hondo.

Ay! si el cóndor su vuelo audaz remonta;
Si el potente lëon se alza rugiendo;
Si el titan se levanta
En su mano blandiendo
La enorme clava que al Olimpo espanta;
Si el planeta respira
Con su aliento de llamas,
Coronando de fuego los volcanes....
Ay! si el pueblo despierta ardiendo en ira!»
. . . . . .

XII

Así el ignoto trovador decia,
Su cancion entonando,
No puedo recordar dónde ni cuándo...
Quizá fué un sueño que forjó mi mente;
Mas, como aquel que en otro ve una herida,
Y la mano inconsciente
Lleva á su propio cuerpo, y hasta siente
Dolor imaginario,—
Asimismo, al recordarlo, me imagino,
Que gimiendo angustiada,
Está mi dulce patria esclavizada....

Mas tambien como el bardo de mis sueños,
Yo sé que sobre el pueblo, cariñoso
El ángel de los libres siempre vela...
Si en cielo tormentoso
Deja un tirano su sangrienta estela,
Tambien sé que en la vida de los pueblos,
Si se viola la ley con furia loca,—
No media más que un paso
Del Capitolio á la Tarpeya roca!

Anacleto Dufort y Alvarez

Montevideo, Setiembre 10 de 1879.

Rossi en «Luis XI»

Una de las obras de arte mas admirable que yo haya contemplado, es un retrato á lo Ribera hecho con una pluma que parecia un pincel.

Ese retrato, emparedado en un castillo francés de la edad media, es el del rey inteligente y astuto, sanguinario y enfermizo que se llamó Luis XI.

Walter Scott lo pintó como un artista flamenco: Rossi le ha infundido vida con su aliento creador, alterando los colores de las telas que cubren esa imágen.

La obra del autor de *Quintin Durward* ha sido retocada por el maestro italiano, que acaba de evocarnos á Luis el onceno, vestido de carne y cubierto con el manto de Luis *el Pio* y de Luis *el Santo*.

Ahora bien: ¿quién fué Luis XI?

Luis XI, hijo y sucesor de Cárlos VIII, subió al trono de Francia en 1461.

Pérfido, vengativo y supersticioso, su reinado ha dejado en la historia huellas de sangre. Gobernó poniendo en práctica esta máxima que caracteriza al sombrio morador de Plessis-les-Tours: «quien no sabe disimular, no sabe reinar.» «Luis, dice Walter Scott, era tranquilo, reflexivo y astuto; jamás se entregaba á empresas aventuradas, ni abandonaba alguna que ofreciese probabilidad de buen éxito, por lejano que estuviese este.» A pesar de sus malas mañas, realizó la unidad de Francia y favoreció al pueblo.

El instituyó los correos (1464), hizo venir impresores de Maguncia, estableció fábricas de seda y tegidos de oro y plata, (1470) y se le atribuyen las *Cien novelas imitadas del Boccacio*, y el *Rosal de las Guerras*. «Llevaba, escribe César Cantú, en la gorra una pequeña imágen de la virgen, labrada en plomo, y la invocaba en sus dudas, necesidades y crímenes; juraba por las reliquias que tenia siempre á su lado, pero su conciencia no le impedia ser perjuro, con tal que no lo hubiese prometido por la cruz de San Laud, en la cual habia puesto un pedazo de la santa Cruz. Atacado de apoplegia, pasó dos años desgraciadamente entre el temor de los hombres y el temor de la muerte, encerrado en un palacio, en actitud de guerra, con cuatrocientos arqueros sobre las armas, y mil ochocientos tributos esparcidos en sus contornos, ademas de infinidad de barreras, cadenas y horcas.»

Tal fué aquel que llevaba esta divisa: *donde hay provecho, hay gloria*; aquel que conspiró contra su padre y dió muerte al duque de Berry; aquel que abatió á los hombres de ilustre cuna, y sacó del polvo al barbero Olivier y al prevoste Tristan, á quien llamaba *compadre*.

Dicho á la ligera quien fué Luis XI, se ocurre naturalmente esta pregunta: ¿cómo ha hecho renacer Rossi al rey patibulario, hipócrita y apoplético; al original de los retratos del romancista escocés y del historiador italiano?

Tal cual fué en vida, tal cual lo presentan la historia y el romance, lo hemos visto anoche.

Si Luis XI se levantara de la tumba y se encontrara trasportado súbitamente al teatro en que Rossi re-

presentara la tragedia de Delavigne, se veria en apuros para reconocerse en alguno de sus dos ejemplares.

De la historia de Commines ó de Duclos, de la de César Cantú ó del romance de Walter Scott, se habria podido sacar una tragedia mejor que la de Delavigne, incompleta como estudio histórico, porque solo presenta la faz repugnante del personaje; pero de esas paletas, cargadas de tintas, no pueden tomarse colores mas vivos ni mas apropiados que los que Rossi ha empleado para pintarnos al déspota sombrío y supersticioso.

¡Cuánto conocimiento del alma, cuánto conocimiento del cuerpo, cuánto conocimiento histórico encierra esa admirable interpretacion!

El Luis XI de la história era un rey de polvo, como todos los reyes de la tierra; el Luis XI de Rossi es un rey formado con las hojas de cien libros.

Anoche hemos leido en breves momentos y en un libro vivo, lo que Rossi debe haber estudiado en muchos años y en muchas bibliotecas.

El carácter moral y el tipo físico de Luis XI, no pueden ser reproducidos con mas verdad.

La hipocresia refinada, la crueldad persistente y las injurias de las enfermedades, la fealdad moral y la deformidad física, están ahí compendiadas en ese cuerpo contrahecho.

Como un relámpago escapado de los abismos del alma, brilla en su rostro la sonrisa de la venganza satisfecha.

Los deseos de los sátiros decrépitos que espiaban á Susana en el baño, revélanse en aquella espresion de lascivia impotente que toman sus facciones, cuando acaricia á María con las manos trémulas y los lábios marchitos.

La serpiente del Paraiso habla por su boca cuando arranca el nombre de Nemours á la hija de Commines, cándida paloma caida en las garras del halcon.

Delira como un réprobo del Dante; escucha la voz de su conciencia, reproduciendo el crujido de dientes de Cain, perseguido por la sombra de su hermano; se arrodilla ante Francisco de Paula, como se arrodillaria Luzbel á los piés del ángel que lo oprime con su planta; pretende que la fuerza vuelva á sus nervios debilitados, intenta caminar y tropieza contra el ataud invisible que la muerte ha colocado ante los ojos de su imaginacion; se cubre con sus mejores ropas, y parece el cadáver de un rey galvanizado y próximo á desplomarse en el abismo de la tumba.

Si la cólera lo enardece, recuerda al iracundo de Descuret; «en aquel temperamento linfático, la sangre arrojada hácia las visceras, parece que permanece en ellas: el pulso es pequeño, constreñido y frecuente; la respiracion difícil y sofocante; cúbrese el cuerpo de un sudor frio; la cara pierde enteramente su color; los ojos se ponen fijos y las mandíbulas se estrechan; los miembros tienen un temblor convulsivo.»

Oigamos al gran médico un momento mas, porque va á pintarnos el miedo de Luis XI.

«¡Cuán pálido y desconcertado está su rostro! Cuán caidas sus facciones! Tiene la boca abierta y el mirar azorado, los labios lívidos y las narices inmóviles, los párpados retraidos impelen hácia afuera el globo del ojo; las cejas, en vez de estar ajitadas, como sucede en el temor, permanecen elevadas y fijas en su contraccion. En cuanto al tronco, los músculos que en él se insertan han perdido toda la fuerza de reaccion: tiemblan y se doblan las rodillas, y los brazos se arriman á la línea media.»

El rey pretende besar la frente de la hija de Commines y la de la aldeana que revuelve con su presencia las pasiones encerradas en aquel sepulcro ambulante.

Un movimiento de repulsion se produce en los espectadores.... aquel beso debe dejar el rastro de los caracoles en las hojas de las flores.

Fijaos... esa cara alargada, esa lánguida espresion, esas megillas pálidas, esos párpados lívidos, esa cabeza inclinada sobre el pecho, son la cara, la espresion, los párpados y la cabeza del hombre lúbrico de los fisiologistas.

De esta manera nos ha pintado Rossi la lascivia decrépita de Luis XI, dando lugar á una pregunta espontánea.

¿Es esto una ficcion, demandaban algunos, ó una realidad? ¿Ha resucitado el rey, ó el poder del arte ha llegado hasta reengendrarlo?

Si del estudio de las pasiones puestas en juego por Delavigne, pasamos al de la enfermedad que afligió á Luis XI en sus últimos años, tropezaremos con un cúmulo de observaciones médicas.

«La abolicion completa de la contractilidad muscular y del movimiento, dice Chómel, constituye la parálisis; denominacion que se aplica así á la pérdida del sentimiento como del movimiento, y á la pérdida simultánea de las dos facultades.»

Esta es la enfermedad que Rossi ha reproducido, indicando con el movimiento del cuerpo que la parálisis de Luis XI, era de las llamadas *cruzadas*, porque afectan el brazo de un costado y la pierna del otro.

Como los mas mínimos detalles no escapan á la penetracion del artista, él no ha dejado pasar desapercibida esta observacion de Chomel: «Existe aun otra anomalía de la contractilidad muscular que no es menos notable: no pueden ejecutarse los movimientos de un modo ordenado, sino cuando se hacen con mucha rapidez, y son imperfectos en el caso de quererlos efectuar con lentitud. Háse observado esto en algunos sujetos, que no podian andar, pero que podian correr.»

Cuando al terminar el segundo acto el rey besa á María, un médico que asistia á la representacion dijo á uno de sus amigos:—«Ese es el beso del paralítico, preparado por una especie de gimnasia muscular, porque los nervios faciales no obedecen á la voluntad, sino despues de repetidas solicitaciones.»

La representacion de Luis XI, especie de evocacion histórica, como se ha dicho, ha torturado el corazon del público, ha puesto pavor en las almas, y ha ahuyentado el sueño á personas que no creen en fantasmas.

Los que estudian y sienten, los que admiran el génio y el arte en el mas mínimo detalle, han quedado plenamente satisfechos, ó mejor dicho, admirados de ese esfuerzo supremo de la inteligencia y de la observacion, maestramente combinadas.

Un memorista implacable recordó que Luis XI solia tirarse la oreja izquierda con la mano derecha, cuando meditaba alguna picardía ó queria desiguar una víctima á su prevoste.

¿Qué es este movimiento en presencia de aquel gesto de la boca con qué él lo suple, y que parece producido por la contraccion de los nervios, al asegurar con ellos en el cerebro, como para que no se le escape, la idea de la venganza?

Rossi no se tira de la oreja izquierda, pero pone en completa tension todas las fibras sensibles del espectador.

No faltó tampoco quien opinara que no habia muerto bien el rey Luis XI.

Sin embargo, de aquel hombre desplomado como una encina carcomida, puede repetirse lo que se ha dicho de un gran artista francés: «cuando simula la muerte, la imaginacion percibe en el teatro el olor peculiar del cadáver.»

Otro espectador dijo: «Luis XI se pasó de desaseado y harapiento. El personaje de Rossi es un rey aseado y lujoso.»

Doctores tiene la historia que sabrán responder.

«No queriendo, dice César Cantú, manifestar su decaimiento, se adornaba y se vestia con trajes mag-

nífico contra su costumbre.

Siempre que veo realizada la verdad de un aforismo, lo consigno en mi libro de memorias, como una verdadera conquista.

Al regresar de la representacion de «Luis XI» escribí anoche estas palabras: «Ahora sé que es verdad lo que dijo del teatro un maestro: *instruye deleitando!*»

S. Estrada.

Buenos Aires, Setiembre de 1879.

« LOS DOS PITT

« Señalábamos en estos dias un hecho de atavismo literario, que recordaba el de dos grandes escritores franceses del género ameno.

«Otro hecho idéntico nos trae á la memoria á dos grandes oradores ingleses. Publicamos en nuestras columnas el discurso de Lucio V. Lopez, y pensamos en el padre, nuestro contemporáneo, nuestro adversario á veces, nuestro amigo.

«Ambos nutridos de vasta instruccion, con un acopio inmenso de ideas, y ese don de asimilacion que multiplica las propias por todas las que corren en la atmósfera del pensamiento humano; ambos con esa claridad de exposicion, que nos arranca las palabras de Adan Smith respecto de Pitt—*nos hacen comprender nuestras propias ideas*;—ambos con esa garganta inagotable, de donde fluyen las frases, los periodos, limpios, transparentos, frescos, como los rios mitolójicos de la urna del padre de las aguas, reverberando todos los colores y matices de la luz, sin interrumpirse jamás: sin fatigarse nunca; ambos, oradores de talla, sin esas ventajas de estatura, de sonoridad de voz, de ancho pecho, y de cabeza soberana, de que les fué avara naturaleza; sino son de la raza de los Mirabeau y de los O'Conell, pertenecen á la familia de esos Pitt, enfermizos, endebles, forzados á entonar su temperamento con el falerno de la Lusitania, dotados de las *mens divisior*, sin la *os magne* de la elocuencia antigua, y sin embargo con el poder admirable de la electricidad en un frágil alambre.

«Vicente Lopez ha llegado á la cumbre; Lucio Lopez empieza, y ya que el gobernador de la provincia ha puesto de moda al vencedor de los Cimbrios, podemos repetir con Sylla, refiriéndonos á oradores y no á tiranuelos; en este jóven hay muchos Marios.

«Lucio Lopez, como Miguel Cané, estas dos brillantes estrellas de la juventud del Plata, son orientales de nacimiento, y han hecho bien de no atrofiarse y perderse en la *patria chica*, pudiendo ser un dia, cuando se borre la zanja que separa los dos barrios de una misma nacionalidad, honor y gloria del Estado en que recibieron la primer caricia materna y el primer rayo de luz del cielo.

«¡Cuántos talentos culminantes perdidos en Montevideo para su nombradia y el lustre de la Patria, en ese raquitismo de la estrecha vida de aldea! Las inteligencias orientales espian, en un verdadero suicidio, su idolatria de Artigas. El tiempo ha de convencerlas que las grandes especies no nacen, no habitan en las islas, en los reducidos espacios, sino en los grandes continentes del globo.

«Dos orientales, trasplantados al vasto territorio de una Nacion por decir asi, continental, son Miguel Cané y Lucio Lopez. La semilla es la misma. Estos eucaliptus, suben á las nubes, no pasarian de dos arbustos rastreros en una existencia de Provincia. ¿Qué serian Dalmacio Velez, Domingo Sarmiento, Bartolomé Mitre, si Córdoba, San Juan y la misma Buenos Aires hubieran sido independientes naciones? Nada mas que tres pigmeos en la literatura y en la política.

«Mucho prometen todavia nuestros dos compatriotas, porque no son del número de aquellos á quienes marean los primeros triunfos, y se imajinan que no hay mas allá para el renombre. El discurso de Lucio Lopez, podria optar sin embargo al derecho de ciudadania en cualquier parlamento del mundo.»

Setiembre de 1879 **Juan Cárlos Gomez**

Una conviccion en verso

—

Con la palabra, con el escrito,
Con las estrofas, con el pincel,
Grabad el verbo, lanzad el grito,
Que la victoria vendrá tras él.

Alcalá Galiano.

¡Sectarios de Descartes á la lucha!
Nuestra santa doctrina á defender;
Mostremos la verdad, y á sus reflejos
Veremos al sofisma perecer.

Las grandiosas verdades que encontraron
Los filósofos griegos, en su afan
De esplicarse el misterio que los hombres
Conducen en su sér por donde van,

Y que presente siempre á la conciencia,
Cual faro que el camino ha de alumbrar,
Nos conduce cual hilo de otra Ariadna
Por entre el ancho y agitado mar.

Científico, de ideas y sistemas
Se chocan y repelen sin cesar,
Cual se chocan y saltan las oleadas
Que el furioso huracan hace agitar:

Esas verdades que han salido ilesas
De luchas que tuvieron que librar,
Contra el sofisma, que á su lado nunca
Dejó sus falsas armas de mostrar:

Verdades que los sábios se pasaron
De mano en mano de una en otra edad,
Como el amigo lega los recuerdos
De profunda y purísima amistad:

Verdades sin las cuales no hay derecho,
Ni justicia, ni honor, ni sociedad;
Y en su ausencia el horror y la anarquía
Sofocan á la santa libertad:

Atacadas de nuevo vénse ahora,
Con empeño y procaz tenacidad,
Por teorías que admiten como base
Y gran demostracion, la autoridad;

De sofistas de génio que cual siempre
Aparecen y pasan sin cesar,
Que agitan y corrompen un momento
Y sucumben al cabo sin triunfar.

La verdad y el progreso se abren paso
Y ahogan en su marcha al negro error,
Como lleva el torrente los obstáculos
Que entorpecen su curso arrastrador.

Ante el actual embate de la duda,
Ante el materialismo corruptor,
Permanece sereno é inmutable
El espiritualismo bienhechor.

Los grandes pensadores que en la historia
Descuellan por su génio divinal,
Levantaron columnas do esculpieron
Los fueros del espíritu inmortal:

Armonía Sublime, —allí inscribieron,—
Que nos muestra el conjunto universal,
Memoria, Permanencia de sí mismo,
Del sujeto pensante y personal:

El *Pensamiento* audaz y penetrante,
Que escapa á toda causa material,
La *Libertad*, misterio inesplicable
Para el que no comprende lo eternal:

Y esas nobles conquistas de la idea
Que hablan al corazon de sacra fé,
Son enigmas, que hoy cual nueva esfinge.
Piden que Spencer solucion les dé.

Ante ellas desfilaron los sistemas
Que en falsa base quieren descansar,
De Tales á Epicuro y á Lucrecio,
Desde Lucrecio á Lamettrie y Lamark.

Tambien desfilará la falsa ciencia,
Que pretende ser la última espresion
De la verdad, segun el hipotético
Sistema de la nueva evolucion.

Por qué las olas con su embate rudo
Podrán al fin y al cabo derribar,
La torre de ladrillo que los hombres
Levantan en la orilla de la mar;

Pero se estrellan en su furia loca
Contra el peñon que nadie fabricó,
Y que desde los tiempos primitivos
Siempre inmóvil allí se presentó,

Contemplando sereno é inmutable
Una tras otra ruda tempestad,
Firme como el sistema filosófico
Que se apoya tan solo en la verdad.

Mostremos, pensadores, los principios
Que se han impuesto siempre á nuestro ser;
Rechacemos la ciencia que pretende
Quimeras solo en nuestras creencias ver.

¡Sectarios de Descartes, á la lucha!
Nuestra santa doctrina á defender;
Mostremos la verdad, y á sus reflejos
Veremos al sofisma perecer.

(Guillermo M. L.) *Un Cartesiano.*

Montevideo, Setiembre 25 de 1879.

República Argentina

—

La patria chica

Tomo un rincon que encuentro hoy desocupado en las columnas de *El Nacional* para despartir con mis jóvenes compatriotas, asilados hoy en esta provincia, que se han dirijido á mí desde la prensa de Dolores. Ellos me obligan, por que léjos de poner sangre en el rojo de su paleta, como se decia de un pintor célebre, y como lo hacen otros jóvenes de Montevideo, que me recuerdan á los *yatchs* de regatas, mucho lujo de imaginacion, mucho velámen de sentimentalismo, y poco lastre de meditacion de alma, de meditacion séria, de estudio sincero, de amor á la verdad, muy veleros en las aguas bonancibles, pero en que nadie arrostraria largos viajes ni tormentosos mares; los jóvenes de Dolores hacen justicia á la rectitud de mi pensamiento y al patriotismo de mis propósitos, que conceptúan un error ó un sueño, y son un crimen para aquellos legítimos descendientes de Otorgues que soltaba sus perros en las calles de Montevideo, cuando encendia el fogon, para calentar el mate, en la Sala de Gobierno contra los que no trajesen el chiripá y la bota de pellejo.

La patria no es el terruño como la casa no es la familia. Natural es que la familia ame la casa, en que han jugado los niños, y han llorado las madres, pero seria estúpida y ridícula la familia que se rehusase á habitar una casa más grande, más cómoda, más saludable, con más aire, más luz, más bienestar, más satisfaccion, y condenase la prole á la tisis ó al raquitismo de la atmósfera de sótano del techo enano y de la puerta rastrera.

Nuestra divergencia de opiniones reposa, pues, únicamente en nuestra distinta concepcion de la patria.

En mi concepcion, la patria es la asociacion de los hombres de una raza, de una lengua, de una tradicion, de una comunion de ideas y de sentimientos, de una sociabilidad, de un mismo destino político.

En esta concepcion, cuanto más grande es la asociacion, más poderosa, más rica, más apta, para los grandes fines de las sociedades humanas.

¿Es ésto falso? Mostrad cómo—exijiré con el padre Astete. La historia, las leyes de la civilizacion y del progreso, están de mi parte. Hablan, á la vez, por mí los sentimientos elevados del corazon, hostilizados por las fronteras interiores y por las subdivisiones de la humanidad, que ahuyentan la máxima cristiana—amaos como hermanos—y mediante una línea geográfica imperceptible, una zanja de agua, ó un levantamiento del suelo, convierten en extraños, en rivales, en enemigos, á los que viven del otro lado del estero, ó en la otra falda de la montaña, nacidos de los mismos padres y nutridos con la misma sangre.

Se pretende que las pequeñas asociaciones son tan aptas como las grandes para alcanzar y difundir los beneficios de la civilizacion. Lo niego. La Suiza, la Holanda, la Bélgica, siguen, no imprimen el movimiento de Europa. La Suiza debe su libertad, no á sí propia, sinó á la contraposicion de intereses entre los cuales vive: hace muy buenos quesos y excelentes relojes, es dechado de virtudes sencillas y es feliz como los humildes y los modestos, á quienes nadie molesta en su oscuridad y medianía. La Holanda se contó entre las naciones históricas, por decir así, cuando estaba unida. Despues de fraccionarse en nacionalidades independientes, no tiene historia, y va cayendo en el olvido. La Italia fraccionada, era, segun la expresion de un pensador, *una denominacion geográfica*, y á estar á las palabras de un poeta, nada más que *polvo de héroes*. La union le ha vuelto su importancia, y hoy tiene voz y voto en las cuestiones continentales.

Montevideo prosperaba y brillaba en el Plata, cuando Rosas demolia el progreso de la Re-

pública Argentina. Es cierto. Pero Montevideo reconcentraba entónces en su seno toda la vida, y era *de hecho* la nacion de las antiguas Provincias Unidas. Allí, descollaban en las letras Echeverria, Juan María Gutierrez, Mármol, Miguel Cané, Dominguez, etc.; en las armas, Paz, Lavalle, Olavarria, Soler, etc.; en el foro, Gallardo, Alsina, Gelly, etc.; en la prensa Indarte, Varela y otros; en las artes, en el comercio, en todas las actividades humanas, se contaban por miles los argentinos mas aventajados, trasplantados á la otra orilla.

Mis jóvenes compatriotas de la prensa de Dolores creen que los intereses creados por el tiempo, los hábitos radicados, las resistencias locales, harán imposible por los siglos de los siglos de la union de los pueblos del Plata. Bah! Cosas más estrañas hemos visto en nuestros dias. Vemos unidas á la Alemania y la Italia despues de siglos de desmembracion;—y qué obstáculos para la Union, santos cielos! La primera ténia, además de los infinitos príncipados y electores, la tremenda resistencia del Austria y de la Dinamarca, á quienes tuvo que vencer en dos grandes batallas. La segunda, aparte del Rey de Nápoles, del Principe de Toscana y *tuttiquanti*, aparte del Austria, que le negaba á Venecia, tenia en contra nada ménos que á Roma,—á la iglesia, al mundo católico y se lo llevó por delante;

Será tan poeta y tan soñador cuanto les plazca, pero habrá que convenir en que no soy mas soñador que Cavour y Bismark, que nunca escribieron en verso ni en prosa, adoradores del hecho brutal y por ello inscritos en el catálogo de los grandes hombres de Estado.

En el Rio de la Plata el hecho y el derecho, el interés y el esplendor del Estado Oriental lo llaman á la union. Cuando lo he afirmado, me han contestado con vulgaridades y perversidades. No he oido una palabra séria, un argumento de pensador, una rectificacion de historiador, de jurisconsulto; no he leido un renglon en que alguien, que estime su reputacion política ó literaria, responda con su firma ante el fallo del porvenir.

He afirmado que la nacionalidad nos fué impuesta por una presion de fuerza y de fraude. Que el Estado Oriental no la creó ni la aceptó por acto alguno de propia soberanía, ó de propia voluntad. Que falta el *consentimiento oriental* á la nacionalidad impuesta por Pedro I y Manuel Dorrego. Y he apelado al fallo del mismo Estado Oriental libremente expresado. Se me ha contestado con el *quién calla otorga*, singular forma de manifestarse la soberanía, para esos políticos de tres al cuarto, patriotas lame platos que proveen á los tiranuelos de teorías y doctrinas, como los tinterillos proveian á los caudillos, que no sabian leer, de retóricas para las proclamas y los oficios. *Quién calla otorga*, quiere decir, en el idioma de la moral, el silencio del miedo justifica la tiranía, la impunidad glorifica al crímen, el pavor de la víctima es el apoteósis del verdugo. Por eso el honrado y sabio lejislador de las Partidas esclamó indignado: mentira! quién calla no otorga, sinó que sufre y devora sus lágrimas de indignacion y de cólera.

Os habeis cerrado, con el aislamiento, los vastos mercados desde el Océano Atlántico á las regiones Andinas; hay mas prácticos constitucionales en la Rioja ó en Jujuy, que en la populosa Montevideo; vuestras inteligencias se sofocan, en una atmósfera sin aire para sus anchos pulmones. A estas afirmaciones ¿qué responden?

Responden los hechos.

El comercio decreciendo, la industria en atraso, la cifra de la poblacion en un ser.

Talentos de prima fuerza, José Pedro y Cárlos Ramirez, Julio Herrera etc., por no nombrar los viejos, Lúcas Obes, Santiago Vazquez, ¿qué son? ¿qué rastro dejan de su paso? A los que acaban de romper la cáscara universitaria les caerá igual destino: el suicidio moral, la prematura muerte literaria, la malograda superioridad.

El doctor don Valentin Alsina, sostenia que se debia dejar á cada uno el derecho de ser curado por los charlatanes, y de morirse segun sus ilusiones. Sea, pero al ménos habré salvado mi responsabilidad, hablando á mis compatriotas, como hablo á Dios, en la soledad de mi conciencia, sin la menor concesion á las pasiones prevalentes, sin quemar un grano de incienso á los ídolos del miedo.

Espero de los jóvenes compatriotas, á quienes tributo estos renglones, mediten así el problema de la union de los pueblos del Plata, en el recogimiento del alma, en esos coloquios consigo mismo, en que la voz íntima no nos permite mentirnos y engañarnos; que lo examinen bajo todas sus faces por algunos años, y me digan entonces el resultado de ese *exámen de conciencia*. Por ahora callen, mientras se libertan de tantos miramientos, y de tantas debilidades, que aprisionan en la actualidad su corazon y su inteligencia con eslabones que su voluntad nó tiene el coraje y la fuerza necesaria para hacer pedazos.

Setiembre de 1879 — J. C. Gomez.

Patria chica y patria grande

[Carta del Dr. Perez Gomar]

Señor Dr. D. Juan Cárlos Gomez.

Señor:

Sin pretensiones algunas, pues no tengo edad ni humor para tenerlas, y solamente porque me ahoga el pensamiento en el cerebro y necesito espresarlo, me dirijo á Vd. sobre un asunto que no es de actualidad ni de pasion política, por lo cual sin duda usted ha esperado encontrar un *rincon* en *El Nacional* desocupado para tratarlo, pero que es de decoro para una agrupacion política que tiene su historia y martirologio en los anales del Rio de la Plata, para esa República Oriental tan pequeña como heróica, en cuya Capital, como en un tabernáculo sagrado, se conservaron las libertades y las grandes tradiciones de la revolucion de Mayo, en la larga y oscura noche de la tiranía.

Poco me importa que Vd. publique estas líneas en algun otro *rincon* del *Nacional* ó las arroje Vd. al carnero, como hicieron en *La Tribuna* no ha mucho con otra carta que dirijí á Vd. sobre el mismo tema: lo que quiero es dejar satisfecho mi gusto, por estravagante que le parezca.

Vd. ha definido perfectamente la patria cuando estendiendo la vista á los vastos horizontes de las glorias y de los sufrimientos comunes, y sobre todo al teatro inmenso de nuestras necesidades y aspiraciones, saca Vd. esa idea de los mezquinos límites

de la localidad, y presenta Vd. un conjunto humano que tiene que inspirarse en unos mismos fines y enarbolar una misma bandera que simbolice una unidad que dé á ese conjunto el esfuerzo viril que necesita para cumplir sus fines.

Está usted acertado en eso; toda inteligencia que no esté atrofiada por pasiones mezquinas ni enceguecida por la somnolencia del torpe espíritu de localidad, debe reconocer en esa definicion una gran verdad, la primordial verdad de la política, y como la verdad obliga como lo justo, á mas de reconocerla, debe ambicionarla. Yo la ambiciono y la he ambicionado desde que la he podido comprender.

Despues de esas concepciones que han elevado mi espíritu sobre las infecundas luchas de partido, he tenido ocasion de robustecerlas ante un espectáculo grandioso, que honra la raza latina y hace enmudecer á sus detractores. He recorrido la Italia, he visto de cerca y estudiado ese grandioso drama de su unidad y he visto flamear la tricolor bandera firme en la casa de los duques de Saboya, enarbolada sobre el palacio de los Borbones, en el palacio de la Señoría de Florencia, flotando sobre las azules lagunas de Venecia, dando sombra á la techumbre artística de la catedral de Milan y por último sobre el Capitolio de Roma, como síntesis de todo esfuerzo, como desenlace feliz del mas grande acontecimiento del siglo XIX. Veinte y tantos millones de ciudadanos han estrechado sus brazos para enarbolar esa bandera sobre las cumbres de las montañas y sobre la superficie de los mares y forma así aquel

Bel paese ch'Appennin parte
Il mar circonda e l'Alpe.

En presencia de esos resultados es de mármol ó de bronce quien no se entusiasma y quien no ambiciona para su Patria igual grandeza é igual felicidad—sobre todo nosotros que á orillas del Plata hemos arrastrado una existencia no menos borrascosa que la Italia, hemos conculcado no menos principios que sus antes desunidas provincias y hemos ofrecido al estranjero, tanto como ella, no menos ocasiones de asaltarnos y de injuriarnos.

Pero cada provincia italiana ha ido á la unidad enaltecida con sus propias y gloriosas tradiciones, cada una ha llevado á la patria la cosecha de su período de Independencia, la gloria de sus poetas y de sus artistas, la gloria de sus soldados y de sus luchas con el estranjero. Allí no se ha deprimido á una provincia para que su humillacion la convenciese de que era conveniente arrojar el andrajo local para vestir el rico traje de la nacionalidad. Allí no se ha dicho tampoco que en la separacion estuviesen eclipsadas las inteligencias, porque si tal cosa se hubiese dicho las sombras del Dante, del Tasso, del Ariosto, las sombras de Galileo, de Torricelli, de Volta, de Toccanelli, de Américo Vespuccio se hubiesen alzado para desmentirlo.

Tampoco se ha deprimido un caudillo provincial con tal que hubiese luchado por la independencia, y así el nombre de Ferruccio es un recuerdo reputado. En una palabra, la unidad de la Italia se ha hecho sobre la base de la unidad artística representada por los genios de cada Provincia, de la unidad científica y literaria representada por los pensadores de cada ciudad, y la propaganda mas eficaz era por consiguiente enaltecer y no deprimir la historia de cada localidad.

La República Oriental prescindiendo de la parte que tomó en nuestra emancipacion como Provincia Argentina, desde su independencia ha hecho gran cosecha de glorias y de esfuerzos humanitarios que nos traerian en marcha triunfal á la unidad, no con la cerviz humillada y mendigando un asilo.

En la ciencia estamos representados por Larrañaga y Vilardebó, ambos de reputacion europea. En las letras entre muchos otros, está Vd. mismo, cuyo canto *á la libertad* es un poema clásico; —y si entre los muros de Montevideo se refujiaron militares como Paz, escritores como Varela etc., ¿cómo es que tales refujiados no pudieron fijar su planta en ninguna localidad del territorio argentino? ¿Cómo y por qué milagro Montevideo fué el santuario de la libertad? Vd. lo sabe y todos lo saben, porque en ninguna localidad del territorio Argentino habia el nervio viril, la ilustracion y los elementos que habia en Montevideo.

Ni glorias, ni talentos tenemos que envidiar á las demas provincias unidas; si venimos á la unidad no nos sucederá como á Pisa que Génova le hizo el don de las cadenas que rompió en su puerto.

Vendremos á la unidad con la altivez de una hermana que no ha mancillado su honra y que al contrario trae su patrimonio de gloria y de riqueza.

Pero hasta aquí le hablo á Vd. en principio, me resta hablarle prácticamente.

En primer lugar, los ciudadanos de la República Oriental no quieren la unidad.—Cargue Vd. con ese hecho bruto, ya que es aficionado á arrojar tales argumentos al rostro de sus adversarios. En las ciudades hay una escasa minoría que aunque capaz de concebir la idea de una patria comun, no cargaria con la responsabilidad de traicionar las ideas del resto del pueblo, estraviadas si se quiere pero que forman la voluntad nacional.—Yo creo que tienen razon y así lo pienso yo. Respeto tanto la voluntad de mi pueblo que no abjuraria de él por sus errores y considero menos malo que se atrofie mi inteligencia y que viva oscuro y miserable que algun dia me reprochase mi conciencia haber traicionado la voluntad nacional.

Yo no entiendo que sea lícito imponer á los hombres ó á los pueblos su felicidad á la fuerza, ni creo que si la suerte lo ha hecho nacer á uno en Suiza ó en Bélgica reniegue de su pobre patria por ver orgullosos á los ciudadanos de la Francia ó de la Inglaterra.

Vd. ha hecho bien en conservar su nacionalidad oriental, pero hace mal en deprimirla y si Vd. quiere elevarse á ser el Mazzini del Rio de la Plata, le aconsejo cambie de sistema y sea Vd. apóstol, empezando por combatir á quienes tienen culpa de nuestra segregacion, es decir á los que en la República Argentina han levantado odiosidades de provincia.

En segundo lugar, nuestra unidad implica la solucion de un problema prévio,—cuál es el crecimiento de nuestros elementos, la sociabilidad de ellos mismos y la desaparicion de las tradiciones de la guerra civil, sin todo lo cual no estaríamos en aptitud de prestigiar tan gran obra como la unidad ni de protegerla contra los ataques del esterior.

No está el patriotismo en exajerar las fuerzas del país; cada vitalidad tiene sus períodos, uno es para crecer, otro es para desarrollar sus fuerzas; tiempo al tiempo y felices los pueblos que, para no precipitarse, comprenden que un siglo en su vida es como un instante en la de los individuos.

Su servidor—

Sbre. de 1879 *Gregorio Perez Gomar.*

(RECUERDOS DE UN PASEO)

Adios! Del Tigre nos alejamos
A todo remo... ¡bello es bogar
Cuando sonriendo nos reclinamos
Sobre la borda sin un pesar!

Lánguida, débil, toda sonriente,
Nuestra mirada vuela en redor
Buscando el copo de la corriente,
La selva, el nido, la onda, la flor.

Todo sonrie, todo se aspira:
Un vago aroma de dulce bien,
Algo que llega .. que huye... que jira
Y languidece sobre la sien.

Algo... Es un fluido leve que brota
De las bellezas del derredor;
Quizá el perfume, talvez la nota
Que hiere el alma del soñador.

Misterio augusto de la hermosura,
Te hallo muy cerca, léjos de mí,
Te hallo en los cielos y en la llanura,
Vistes el cóndor y el colibrí!

Dios!... En la selva, sobre la orilla,
Canta tu gloria la creacion...
¡Hasta en la estela de la barquilla
Siento el suspiro de la oracion!

Deja que sienta, que ame, que canto
Aquí en el dulce Carapachay,
Como otro tiempo, no muy distante,
En las florestas del Uruguay.

Cuanto misterio! Lánguidos, frios,
Los sauces lloran y jimen, es
La perla breve de los rocios,
El dulce llanto de la niñez!

Los sauces!... ¡hebras trémulas, blondas
Que ajita el aura matutinal,
Que se derraman sobre las ondas
Y que dialogan con el raudal!

Los sauces!... ¡arpas de la elejía,
Donde solloza la creacion:
Vaga, indecible melancolía,
Que habla el lenguaje del corazon!

Delta argentino! mi dulce anhelo,
Mis esperanzas hélas aquí:
Jiran sonriendo bajo tu cielo,
Me hablan de ensueños cerca de tí.

Oh! cuántas veces en tus mañanas
Mi fantasia pudo finjir
En el columpio de las lianas
La blanca virgen del porvenir!

La vi adormida, toda sonriente,
Como el paisaje de aquel Eden
¡Un ceibo amigo su flor ardiente
Bajaba trémulo sobre su sien!

Y desde entónces busco la calma
Bajo el florido biricuyá,
Y alguien me dice que dejó el alma,
Entre las selvas del Paraná.

Sí, léjos, léjos de la finjida
Risa del mundo, de su ilusion;
Entre las brumas de aquella vida
La fé, la dicha, la paz, ¿que son?

Vírjenes selvas, frescos raudales,
Vagas penúmbras, dulce quietud,
Flores que esmaltan en los zarzales,
Todo un poema de juventud.

Aquí nos brinda vida secreta,
Cual los primeros sueños de amor
La vida humilde que ama el poeta!
El nido amado del trovador!

Donde la tarde que desfallece
Tiene un suspiro triste y fugaz,
Y bajo el sauce que se estremece
La voz querida de la torcaz.

Donde la aurora tiene colores,
Aves, perfumes, vida, y allá,
Por confidente de tus amores,
El ancho espejo del Paraná.

Donde columpian las auras frescas
El nido breve del *mainumbi;*
Donde destilan limpias mieles
La lechiguana y el camuatí.

Delta argentino, somos viajeros,
Nos alejamos de tu mansion...
¡Dame el acento de tus boyeros
Para que te hable mi corazon!

R. Obligado.

Íntima fe

No por la mente juvenil ó inquieta,
Del que su lira pulsa, tierno amante,
La duda asoma de que sea inconstante
La mujer de sus sueños de poeta.

Tranquilo el sabio que su afan concreta
A buscar la verdad con fe anhelante,
Desprecia la acritud del ignorante
Que su ciencia y desvelos no respeta.

El guerrero que en pos de ella
Anda, desdeña honores,
Al campo corre de la patria, de batalla en batalla
Ama la muerte y olvida de los horrores,

Y es todo, que se eleva quien alcanza,
Que amor, justicia y gloria, eternas flores,
Son que en el alma nutre la esperanza.

1878 *Luis Melian Lafinur.*

Discurso del Presidente Avellaneda

Señores:

Hé ahí los despojos mortales de los Coroneles Olavarría y Suarez, que vienen despues de treinta años de proscripcion á buscar sepultura en la Pátria. La Nacion agradecida ha abierto para ellos esta fosa y vá á cubrirla con inscripciones gloriosas que llevarán su nombre.

Repitamos ahora las evocaciones de la ceremonia antigua, y golpeando el cabezal de fierro que sirve de almohada á los dos héroes, los llamemos por un momento á la vida recordando sus hazañas.

Es rudo á la verdad este oficio del soldado y se halla sometido á las mas trágicas vicisitudes. Una bala perdida postra una víctima ilustre y á la que no buscaba. Se muere en una avanzada bajo el brazo de un enemigo desconocido. El polvo de las batallas envuelve á los combatientes y tantos perecen en sus entreveros sangrientos, sin que un rayo de luz cayendo sobre sus armaduras, venga á ilustrar su oscuro sacrificio.

Vedlo—Olavarria y Suarez habian combatido con suerte vária durante doce años. Partieron del Plata; —habian traspuesto los Andes, surcado el Océano Pacífico, recorriendo como guerreros la mitad de la América, sin encontrar todavia los campos de batalla donde debian conquistar una fama imperecedera.

Pero el dia anhelado y la batalla prometida vinieron por fin. Hé ahí la batalla de Junin y el dia 6 de Agosto de 1824, que serán recordados por la América independiente, mientras la habiten hombres libres.

La batalla se encuentra perdida—El General Necochea ha recibido siete heridas—Olavarria cae prisionero—El General Miller retrocede, cuando de pronto se presenta sobre la retaguardia del enemigo el Comandante Suarez con sus húsares. Es como la aparicion de Dessaix en Marengo. Suarez cambia con su presencia la fortuna de la jornada y la derrota es convertida en victoria.

Ahí está Bolivar que asocia á la magnitud de los acontecimientos la pompa oriental de sus palabras. Os llamareis en adelante los Húsares de Junin, dice dirigiéndose al Regimiento que Suarez comanda y le discierne en la órden del dia los honores del triunfo. Los nombres de Suarez y de Olavarria quedan así inscriptos en esta página eterna de la historia de la América.

La batalla de Ayacucho sobrevino. La victoria vuelve á designar á Suarez y Olavarria entre sus primeros campeones; y merced á ellos, el nombre argentino que los dos representaban, quedó ligado para siempre á las batallas inmortales de Junin y Ayacucho, que sellaron la independencia americana.

Los coroneles Olavarria y Suarez solo volvieron á la patria, cuando no quedaba flotante al viento bajo este cielo de la América una sola bandera española. La guerra del Brasil los llama pronto á nuevos combates, y el boletin de Ituzaingó los nombra entre los vencedores.

Los años pasan y Olavarria y Suarez dejan por segunda vez su patria, no ya como guerreros sino como proscriptos—y esta ausencia fué la última.

Cuando despues de las guerras de la Independencia, hubieron tambien terminado los combates por la libertad, los dos grandes soldados tendieron sus miradas por todos los horizontes, y no divisando nuevos campos de batalla donde pudieran brillar sus espadas, fueron jóvenes todavia á acostarse tranquilamente y para siempre sobre sus escudos de armas. ¡Para qué querian la vida sin la gloria que fué su aliento!

Hé ahí la sola urna que recogió sus cenizas. La muerte los envolvió en los pliegues del mismo sudario, como la victoria los habia iluminado con el mismo rayo de luz en los campos de Junin y Ayacucho, fraternidad gloriosa, mística y profunda, que se proyecta hasta nosotros, saliendo del combate donde los dos hermanos de armas mezclaron su sangre, reapareciendo dentro de los dinteles de la tumba y refugiándose entre sus sombras eternas.

Sombras de Suarez y Olavarria: estais en medio de vuestro pueblo. Somos hoy una nacion pacífica, pero la llama intensa que vivió en el soldado, en el héroe y en el mártir no se ha estinguido pasando de una generacion á la otra, y sigue encendiendo en nuestros corazones la religion de las grandes memorias y los nobles entusiasmos. La antorcha funeraria que levanta en sus manos la generacion glorificadora, se alimenta en las mismas corrientes de luz que cruzaban un dia por las regiones superiores de la América, dando nacimiento al genio, al heroismo, y brillo al filo de las espadas.

¡Sombras de Suarez y de Olavarria!! Podeis ocupar vuestro puesto en las filas de vuestros compañeros de armas. Las lides homéricas pasaron,—y no somos ya libertadores de Naciones. Pero el soldado Argentino no arrastra su espada como un adorno vano, y despues de haber agrandado con ella nuestro dominio civilizado, la consagra al sostenimiento del órden, para que el pueblo viva en paz—Hay tambien un lauro para la virtud, para el honor, para la intrepidéz militar que se aventura en pos de los peligros y que se contiene sumiso en presencia del deber!!

Conciudadanos: ¡Hé ahí el túmulo que vamos á erigir, inscribiendo en su cúspide los nombres de Suarez y Olavarria!! Lo consagro á la gloria, invocando la gratitud Nacional y lo dejo confiado al Culto patriótico de las presentes generaciones!!

Feb. 1879

Evocacion

Sobre la libre tierra americana
La intolerancia cruel su vuelo tiende:
Levántate Voltaire!.... De nuevo enciende
La luz que anhela la conciencia humana.

Otrora la ironía soberana
Que de tu pluma en rayos se desprende,
Rasgó la hipocresia que hoy desciende
El pensamiento á ahogar con faz villana.

El fanatismo que á tu voz cediera,
De eternos ódios exhalando el resto,
Aunque entre ruinas vergonzosas, late.

Y es tiempo ya de que ese resto muera!....
Levántate Voltaire!.... Corre á tu puesto;
Suene tu carcajada en el combate.

1878 *Luis Melian Lafinur.*

Ateneo del Uruguay

CONFERENCIA DEL DR. D. JOSÉ PEDRO RAMIREZ, EN LA SESION DEL 1.° DE OCTUBRE DE 1879.

Señores:

Con motivo de la solemne inauguracion del monumento levantado en la Florida para conmemorar el hecho mas culminante de nuestra historia Nacional, una nota discordante se escuchó en el concierto de emociones patrióticas que ora estallaron en himnos y canciones épicas, ora se mantuvieron dentro del pecho, como si temiesen traducirse en imprecaciones y anatemas á los que en diversas épocas mancillaron la santidad de los recuerdos que se evocaban, la gloria de esas tradiciones que se perpetuaban en el bronce y en el mármol.

Esa nota se ha acentuado mas tarde, y de cuando en cuando una hoja periódica que se publica en Buenos Aires, nos trae el eco desgarrador de una propaganda implacable contra las tradiciones que prepararon y fundaron la independencia del pais y el lúgubre augurio de las desdichas que nos esperan si reaccionamos contra esas tradiciones, si renegamos de la Nacionalidad que fundamos y no resolvemos valientemente incorporarnos á la gloriosa nacionalidad Argentina.

Y esa nota discordante que toma cuerpo y produce ya armonías seductoras que arroban y estasian, no puede ni debe despreciarse, pues parte de un ilustre compatriota á quien nadie puede negar la sinceridad de las convicciones, la energía del carácter, la probidad, la ilustracion, el talento que le dieron siempre un puesto culminante en las tranquilas lides del pensamiento y en las ardientes luchas de la política militante.

Invitado el Dr. Gomez para asociarse á sus compatriotas residentes en Buenos Aires á fin de hacerse presente por una manifestacion de simpatía en el acto de la inauguracion del monumento, contestó que la Asamblea de la Florida no declaró la Independencia; que la declaracion de la Independencia hubiera sido un crímen inútil, porque ante el derecho inmutable y eterno lo ha sido y lo será siempre despedazar la patria; que la Asamblea de la Florida es tanto mas meritoria cuanto que tuvo que resistir á presiones de fuerza, á coacciones militares para levantarse á la altura en que se colocó con sus solemnes declaraciones; y por fin, que habiendo rendido toda su vida un culto inalterable á la verdad no podia prestarse á endiosar la mentira al fin de sus dias, agregando que si se tratase de erijir un monumento á la Asamblea de la Florida como el que acaba de decretar la Francia á la Asamblea de 1789 se asociaría con entusiasmo al homenage á esa encumbrada asamblea, y aun mas, que si se tratase de solemnizar el hecho de la Independencia Oriental, sin conexion alguna con las tradiciones de los Treinta y Tres y de la Florida, tal vez se asociase á ello, tomándolo como un hecho consumado ó conveniente, pero que en tal caso seria necesario colocar en el monumento las estátuas del Emperador Pedro I y del Gobernador Dorrego que fueron los dos génios que lo produjeron.

La impresion que produjo este reto audaz del mas esclarecido publicista al sentimiento unísono que dominaba á todos los espíritus en aquellos momentos solemnes, pasó sin dejar profundas huellas; pero la insistencia deliberada de estos últimos dias, empieza á preocupar y obliga á discutir tranquila, desapasionada y concienzudamente la tesis arrojada á la arena del debate.

La Asamblea de la Florida no proclamó la independencia; proclamarla habria sido un crímen; solemnizarla con la ereccion de un monumento es consagrar una mentira histórica estraviando y pervirtiendo la conciencia pública:—la independencia del pais no puede solemnizarse sino á condicion de desligarla de la tradicion de los Treinta y Tres y de la Florida;—hé ahí la última síntesis del pensamiento del Dr. Gomez: niega todo lo que el pueblo Oriental cree y deprime todo lo que ese pueblo ama y venera.

Todos ó casi todos, quiero creerlo, estamos convencidos de que el Dr. Gomez no tiene razon, pero es preciso que nos espliquemos los unos á los otros cómo y por qué no tiene razon el Dr. Gomez.

Es necesario que empecemos á preocuparnos seriamente de estudiar las tradiciones de la independencia y de levantar las que mejor hayan entrañado las legítimas aspiraciones de estos pueblos, emancipándonos de la influencia que ha ejercido sobre nuestro espíritu el brillo de las glorias argentinas, el ascendiente de su política y de su literatura.

No pretendo ser el primero en tomar esa iniciativa, pero quiero segundarla seriamente, poniendo el contingente de mis ideas al servicio de esa patriótica tarea.

Permítaseme no guardar un método rigoroso, y que ante todo me apodere de aquello que mas honda impresion ha producido sobre mi espíritu.

El Dr. Gomez manifiesta cierto desprecio; marcada repugnancia hácia la tradicion de los Treinta y Tres y de la Florida.—«Yo me asociaria, ha dicho, si se tratase de solemnizar el hecho de la Independencia sin conexion con las tradiciones de los Treinta y Tres y de la Florida.»

Yo no me esplico, no puedo esplicarme que la Independencia Oriental tenga ni pueda tener tradiciones mas legítimas y mas puras.

Durante la dominacion estranjera *los 33 patriotas* representan la protesta airada contra la usurpacion que echaba raices y asimilaba gradualmente muchos elementos nacionales.

Postrado el país por la anarquía, abandonado por la política falaz de Buenos Aires, se dieron en esa época ejemplos vergonzosos de adhesion servil á los usurpadores que habrian arrojado un eterno baldon sobre la patria, á no existir ese grupo de adalides errando en tierra estraña ó parias en su patria, pero firmes é incorruptibles, soñando siempre con devolver la patria á los mismos que la entregaban por debilidad ó cobardía, al estranjero invasor.

Entónces como ahora, se diseñaban dos escuelas políticas en los acontecimientos del Plata—la escuela de las transacciones, de la habilidad política, de las evoluciones paulatinas, de las contemplaciones, de los términos medios, y la escuela de los propósitos definidos, de las resoluciones valientes, de la intransigencia indomable; y si en la vida ordinaria de los pueblos y en el decurso de los acontecimiento de carácter civil es posible optar entre esas dos escuelas, no lo es cuando de un lado está el país y del otro la dominacion extranjera.

Los prohombres del movimiento de Mayo pertenecian á la primera escuela; iniciaron el movimiento revolucionario contra España en nombre de Fernando VII y transcurrieron cinco años sin que llegasen á definir neta y valientemente el pensamiento que en realidad agitaba á los pueblos del antiguo vireynato—y aun muchos años despues elaboraban clandestinamente combinaciones monárquicas á pretesto de que estos pueblos no estaban preparados para una transicion tan violenta.

Eso se hacia en la República Argentina, mientras que respecto del Estado Oriental, la escuela bastarda acentuaba mas aun sus caracteres.

A pretesto de la anarquía que devoraba á este país, y que no era otra cosa que la resistencia que sublevaba la política tenebrosa de aquella célebre lógia de Lautaro que conspiraba en secreto contra las legítimas aspiraciones de estos pueblos, se fomentó la invasion del año 16 y se encontró muy cómodo que Portugal nos unciese á su yugo, mientras los demas pueblos del antiguo vireynato, afirmaban su independencia en victorias inmortales.

No pretendo empequeñecer las glorias argentinas. En cambio del abandono ignominioso que hizo Buenos Aires de la provincia Oriental, puede jactarse de que dominó la anarquía que devoraba á una gran parte de sus provincias, que escaló los Andes y selló en la batalla de Ayacucho la independencia del continente americano, pero no es por eso menos

cierto que su política para con el Estado Oriental fué débil y desleal.

Ahora bien; la influencia de Buenos Aires se hizo sentir en el interior de nuestro país. Artigas, inspirado en el verdadero sentimiento nacional, y no escuchando mas sujestiones que las de su patriotismo salvaje, resistió la invasion mientras pudo conservar á su lado un puñado de fieles compañeros con quienes librar combate, y vencido emigró para no volver á aspirar las auras de su tierra natal.

Pero no fué esa la conducta que observaron todos los Orientales.

Al fin y al cabo Artigas no les ofrecia mas perspectiva que una lucha sin trégua, desigual, homérica pero estéril, y el estranjero devolvia la tranquilidad al país, daria puestos, honores y riquezas á los patriotas que aceptasen el suave yugo Lusitano, y el suave yugo Lusitano fué aceptado por una gran parte del país, y se verificó el hecho ignominioso de que muchos prohombres de la época aceptasen los principales puestos en el gobierno y en la administracion.

Doloroso me es recordarlo: entre esos prohombres se encuentra el General D. Fructuoso Rivera, el héroe de Rincon y de Misiones, quien vencido con Artigas no tuvo la noble abnegacion de abandonar el país antes que rendir su espada al estranjero, y algo peor que rendirla, ponerla á su servicio.

Entonces se trató de justificar esa actitud de los ciudadanos Orientales invocando la esterilidad del sacrificio, la necesidad y la conveniencia de no abandonar el país, de hacer el bien posible en la esfera de lo posible, y no dejó de condenarse la intransigencia de los que no se sometian al hecho consumado, emigraban y se abstenian de llevar su contingente á la labor comun, que al fin un pueblo no emigra y el país necesitaba vivir, y *la realidad viviente* era el Lusitano *dueño y señor* de la Provincia Oriental.

Sofisma de todos los tiempos, señores, á que algunos suscriben por error sincero, y esos son los menos, pero que adoptan conscientemente los mas para pasarlo cómodamente en todas las vicisitudes de la vida.

Consuélenos, que si eso se verificaba de un lado, del otro los patriotas intransigentes, los que creian que el país debe vivir y que un pueblo no emigra, pero que los ciudadanos á quienes los acontecimientos ó sus aptitudes han dado la fortuna de influir en los destinos de su país, no deben adherir al dia siguiente á lo que combatieron el dia anterior como una gran injusticia y un gran atentado; los que creian que se producen situaciones para los pueblos en que los hombres de bien no tienen mas rol que el de la lucha armada ó la abstencion absoluta, ó emigraron ó se aislaron; y esperaron errantes ó proscriptos, llorando en silencio la servidumbre y la ignominia de la patria á que sonara la hora aspirada de redimirla al precio de la generosa sangre de sus hijos.

Esa tradicion representan los Treinta y Tres ciudadanos que desembarcaron en el Arenal Grande el 19 de Abril de 1825.

¿Cuál hay mas grande en las tradiciones de nuestro continente?

¿Cuáles otras quiere el Dr. Gomez que se levanten?

Las de Buenos Aires, cómplice segun la mas justificada version histórica de la invasion Lusitana, y espectador impasible, cuando menos, segun la notoriedad de los hechos de que fué testigo una generacion que no se ha estinguido todavia?

La tradicion de los que pidieron ó aceptaron el yugo estranjero y vivieron tranquilos y felices á su sombra, acumulando honores y riquezas?

Y sin embargo el Dr. Gomez lo dice—Yo me asociaría á los que solemnizan la Independencia Oriental, *á condicion de quitar á ese hecho toda conexion con la tradicion de los Treinta y Tres.*

A mí me sucede lo contrario señores.

La Independencia Oriental sin la tradicion de los Treinta y Tres y de la Florida, sería para mí un hecho bastardo, resultado híbrido de las rivalidades de dos pueblos, independencia de convenciones estrañas, sin tradiciones en el pasado, sin vínculos en el presente y sin derecho á perpetuarse en los tiempos venideros.

Pero esa tradicion, que como se ha visto es tan pura en su orígen ¿dejó de serlo en el curso de los acontecimientos que desarrolló en el país?

El general Mitre ha dicho en su historia de Belgrano, que Artigas fué en las luchas de la Independencia el representante de una democracia bárbara que comprometia la suerte de la Revolucion, y constituia una amenaza para la organizacion definitiva y regular de estos pueblos.

Es posible que el general Mitre haya sido feliz al calificar de ese modo las tendencias populares que encarnaba Artigas y el presentimiento profundo de la idea descarnada y definida que perseguia el caudillo Oriental, porque la democracia es una idea demasiado complexa para que fuera dado esperar que un pueblo educado bajo el régimen colonial la concibiese y la realizase en medio de la lucha y de la anarquía, segun las exigencias del ideal moderno.

Pero en cambio con el movimiento revolucionario del año 25 empieza un segundo período, que no tiene de comun con el que llenó Artigas con su nombre, con su influencia y con sus hazañas, mas que el sentimiento nacional que resplandece en todas las manifestaciones de la vida pública de los caudillos de nuestra independencia.

Producido el movimiento del año 25 ¿qué hace Lavalleja?

Llama á sí por ventura la representacion del país? Impone su voluntad, dispone de los destinos de su patria?

El 19 de Abril invade el país el General Lavalleja retando audazmente al usurpador estranjero y el 27 de Mayo siguiente convocaba á comicios para constituir el Gobierno Nacional, y el 14 de Junio, constituido el primer Gobierno patrio, deponia ante él su autoridad, por nadie tan legítimamente conquistada, recibiendo del Gobierno el nombramiento de General en Jefe del Ejército.

En menos de dos meses, el Dictador habia constituido el Gobierno Nacional, por eleccion directa de los pueblos libertados, y entregando al Gobierno la representacion del pais, reemprendia las operaciones de la guerra, lo único que aceptó reservarse el libertador de la patria!

¡Qué ejemplo! ¡qué leccion!

En el ejemplo del libertador se inspiró el Gobierno patrio—Constituido el 14 de Junio, convocó á comicios para constituir la sala de Representantes el 17 del mismo mes, dictando con la misma fecha un Decreto ó ley electoral en el cual se prescribia el modo y forma en que debian verificarse las elecciones, el número de Diputados que debian elegirse, las condiciones que debian reunir los electos, y la época y lugar en que debia verificarse la reunion.

Eso ya no era democracia bárbara, señores; eso era democracia pura, la que practican los pueblos mas libres y mas adelantados, la que responde á la fórmula augusta del sistema representativo repu-

blicano.

¿Quién inspiraba á Lavalleja?

No lo sé, ni nos importa saberlo.—Cuanto mas impersonal un movimiento de opinion, es mas legítimo y será mas saludable.

Los hombres de ese movimiento comprendieron que la opinion es fuerza, que la soberanía del pueblo es la fuente de todo derecho, y que el sistema representativo no es un obstáculo ni aun para luchar contra los opresores de la patria.

Qué ejemplo! Qué leccion!

Con estos precedentes y bajo estos auspicios se reunió la Asamblea en 1825, y el 25 de Agosto de ese año memorable, reasumiendo la plenitud de su soberanía, se declaró, de hecho y de derecho, libre é independiente del Rey de Portugal, del Emperador del Brasil y *de cualquiera otro* del Universo, y con amplio y pleno poder para darse las formas que *en uso y ejercicio de su soberanía estimara conveniente.*

Ese fué el primer acto de la Asamblea de la Florida, el voto espontáneo, el voto consciente, el que traducia el sentimiento nacional, sentimiento que no debió despertarse jamás, ó mas bien, que debió tener por objetivo mas dilatados horizontes, produciéndose unisono desde el Plata hasta los Andes, pero que en realidad y por causas fatales se producia dentro de las fronteras que la República Argentina abandonó á la conquista estranjera, y que abandonadas tenia en los momentos mismos en que se promulgaba la solemne declaracion.

Cómo es posible suponer que la Provincia Oriental, abandonada durante nueve años á su desesperada suerte, entregada sin piedad á la codicia de Portugal y del Brasil, ofrecida á todas las ambiciones monárquicas por la política falaz de los Gobiernos y de los Congresos Argentinos, la Provincia Oriental que habia visto estinguirrse casi una generacion, luchando desesperadamente contra España, primero, á banderas desplegadas, y luego contra la conquista lusitana, estipulada y preparada con el plenipotenciario Argentino; que aun despues de eliminado Artigas, el eterno pretesto de las maquinaciones monárquicas y de los protectorados estranjeros, continuaba desamparada por el Gobierno de la Nacion, á quien no arrancaba de su indiferencia ni el heroismo de los patriotas, que iniciaban la cruzada redentora; cómo es posible, decia, que la Provincia Oriental tuviese otro sentimiento que el de su independencia, otra aspiracion que la de emanciparse y constituirse con sus propios y esclusivos elementos?

Es necesario no haber estudiado con ánimo tranquilo y desapasionado la historia de esos diez años de luchas y de martirio porque pasó nuestro país desde 1816 á 1825; es necesario desconocer todo lo que hay de sentimiento y de pasion en las resoluciones supremas de los pueblos, para decir y sostener que la union Argentina, y no la Independencia Oriental, era la aspiracion unísona de la generacion de 1825.

No ha desaparecido todavía por completo esa generacion y aun es posible interrogar á los que sobreviven.

Si no teme el Dr. Gomez ver desvanecidos sus sueños, provoque las confidencias íntimas de los que al borde del sepulcro viven todavia con el recuerdo de aquellos tiempos legendarios, y sabrá entonces en qué sentido vibraban las fibras del patriotismo.

Pero dice el Dr. Gomez:

« Nada hay mas brutal que un hecho.

« Pueden Vds. escribir mas volúmenes que Antonio Diaz para adulterar la historia y no conseguirán suprimir el hecho de la incorporacion proclamada por la Asamblea en la Florida, el mismo dia de la declaracion que Vds. llaman de la Independencia.

« Vd. es abogado, agrega, dirigiéndose al Dr. Magariños Cervantes—O esas dos leyes dictadas el mismo dia son armónicas, se complementan una á otra ó son antagónicas y una deroga la otra—La ley de incorporacion declarada fundamental fué la segunda sancionada—Luego derogaría á la que ustedes apellidan acta de la Independencia si ambas se contradijesen.

« Salga V. de este atolladero como profesor con alguna doctrina de nueva invencion sobre la evigencia de las leyes. »

No es de cierto con el estrecho criterio forense que deben abordarse y resolverse estas cuestiones.

Los documentos oficiales son generalmente pálidos y frios para dar idea exacta de una situacion política, y muchas veces para revelar el sentimiento público en las grandes crísis de los pueblos.

Qué idea tan pequeña se formaria el historiador del movimiento de Mayo de 1810, y aun de la declaracion de la Independencia Argentina por el congreso de Tucuman, si solo en documentos oficiales pretendiese descubir los latidos del pueblo Argentino, sus verdaderas tendencias, su aliento, su aspiracion suprema!

En Mayo segun la declaracion que promulgó el Cabildo de Buenos Aires y que fué la bandera revolucionaria durante algunos años, los patriotas se mostraban mas realistas, mas absolutistas que los *godos*.

La patria era para ellos el monarca; poco importaba que Fernando VII no ejerciese ya su autoridad sobre un solo palmo de tierra en la península. Fernando VII era el amo y señor de las Américas y en su nombre debia ejercerse la autoridad que se arrebataba al virey. El Presidente de la nueva Junta Gubernativa no empezó á ejercer *sus funciones* sin prestar *antes* juramento de mantener la integridad del territorio bajo el cetro de Fernando VII.

Seis años habian trascurrido: se habian librado batallas y obtenido victorias contra España; San Martin habia escalado los Andes, y el Congreso de Tucuman habia proclamado la indepedencia el 9 de Julio de 1816.

Escuchad ahora las instrucciones, reservadas unas y reservadísimas otras, que ese mismo Congreso daba inmediatamente despues de declarar la Independencia á su plenipotenciario para el Brasil el General D. Matías Irigoyen.

Por las instrucciones reservadas se le prevenia pasar previamente por el Cuartel General de Lecor y ponerse allí de acuerdo con D. Nicolás Herrera antes de entrar en negociaciones. Siguiendo en un todo las prevenciones de García, debia el General Irigoyen hacer entender al General Lecor que si el objeto del Gabinete Portugués era solamente reducir al órden la Banda Oriental, de ninguna manera podria apoderarse del Entre Rios por ser territorio perteneciente á la provincia de Buenos Aires.

Para amansar las furias portuguesas, dice Mitre, se prevenia ademas al comisionado: «Tambien espondrá al General Lecor, que á pesar de la exaltacion de ideas democráticas que se ha esperimentado en toda la revolucion, el Congreso, la parte sana é ilustrada de los pueblos y aun el comun de estos, están dispuestos á un sistema monárquico constitucional, de un modo que asegure la tranquilidad interna y estreche sus relaciones ó intereses con los del Brasil: Procurará persuadirles el interés y conveniencia que de estas ideas resulta al gabinete del

Brasil, en declararse *protector* de la libertad é independencia de las Provincias Unidas, restableciendo la casa de los Incas y enlazándola con la de Braganza. Para el caso de que nada de esto se consiguiera, preveníase:—«Si despues de los mas poderosos esfuerzos para recabar la anterior proposicion fuese rechazada, propondrá *la coronacion* de un infante del Brasil en las Provincias Unidas, ó la de otro cualquier *infante* estranjero con tal que no *sea de España* para que enlazándose con alguna de las infantas del Brasil gobierne este pais bajo una Constitucion que deberá presentar el Congreso, tomando á su cargo el gobierno portugués allanar las dificultades que presente la España.»

Las instrucciones *reservadísimas* iban mas lejos todavia.

« Si se le exigiese al Comisionado que las Provincias Unidas se incorporen á las del Brasil, *se opondrá* abiertamente; *pero* si despues de apurados todos los recursos de la política insistiesen, les indicará como una cosa que nace de él, y que es lo mas á que pueden prestarse las provincias; que formando un Estado distinto *reconocerán* por su *monarca al del Brasil* mientras mantenga su córte en este continente, pero bajo una Constitucion que le presentara el Congreso.»

Con estos documentos oficiales podria en cualquiera de los dias clásicos de la República Argentina, el 25 de Mayo ó el 9 de Julio, decirse á los argentinos parodiando al Dr. Gomez: vuestra independencia del año 10 es una mentira histórica. Vosotros hicisteis ese dia voto de adhesion á Fernando VII, y protestasteis tan solo contra la usurpacion de Napoleon. Vuestra independencia de 1816 es una superchería vergonzosa, porque si á la faz del mundo declarabais la independencia, en el secreto negociabais la incorporacion de las Provincias Unidas al Brasil bajo el cetro de su propio monarca ó de algun príncipe de la estirpe.

Pero no es ese el criterio con que deben juzgarse los precedentes históricos de las nacionalidades.

Sobre las flaquezas de las individualidades, sobre las apostasías de las camarillas, y sobre las infidencias de la diplomacia, está el sentimiento popular que no se estravía fácilmente; está el pueblo que no discute las formas que los hábiles políticos dan á su pensamiento, y que marcha siempre á su objetivo, apoyando ó iniciando instintivamente los grandes movimientos revolucionarios.

El dia en que el pueblo de Buenos Aires se congregó en la plaza pública, osó enfrentarse con el virey y habló de su soberanía y del derecho de gobernarse á sí mismo, estuvo iniciado, sino consumado, el movimiento de la emancipacion y de la independencia, aunque por sus directores se tomase por pretesto la dominacion de Napoleon y se invocase todavía la autoridad de Fernando VII, como estuvo decretado por la voluntad indisputable de ese mismo pueblo, que las nuevas Nacionalidades se constituirian bajo la forma Representativa Republicana, á despecho de las maquinaciones tenebrosas de sus prohombres, que desconociendo el alto significado del movimiento que se operaba, buscaban la fórmula definitiva de la revolucion de Mayo en combinaciones absurdas de monarquías indígenas ó estrangeras.

Apliquemos el mismo criterio á la solemne declaracion de la Florida.

La declaracion de la Independencia absoluta, es la que espresa el voto popular incubado en quince años por la nefanda política de los prohombres de la revolucion de Mayo, de sus Gobiernos y de sus Congresos, ¿y por que no confesarlo tambien? por los errores y los estravíos de nuestro gran caudillo.

Si en seguida de hacerse esa declaracion, consagrando asi, por una manifestacion legítima de la opinion del país, las resistencias que habia opuesto con Artigas á todo yugo estranjero, se hizo una segunda declaracion incorporando la Provincia Oriental á las del antiguo vireynato, ese hecho se esplica por sí mismo.

La Provincia Oriental no tenia elementos para vencer en la lucha emprendida con el Brasil, y sobre el sentimiento de independencia estaba la repulsion al estranjero opresor.—¿Quién puede dudar que entre la dominacion brasilera y la incorporacion á la República Argentina, el país en masa optaba por este último estremo?

Pero quedaba consagrado que la Provincia Oriental habia reasumido la *plenitud de su soberanía*, declaraba rotos todos los vínculos de sumision á poderes estraños, y que *dispondria de sus destinos como mejor viese convenirle.*

Esa declaracion era la independencia, ó bajo una nueva bandera y levantando una nueva Nacionalidad, ó en una confederacion de Estados independientes y libres.

Pero dados los precedentes históricos á que me he referido ligeramente en esta breve esposicion, la incorporacion tenia que ser, como fué, un hecho transitorio; los vínculos de la nacionalidad estaban rotos y nuevas guerras desastrosas habrian surgido con cualquier pretesto, que en definitiva se traducirian en guerra de emancipacion é independencia.

La declaracion de la independencia promulgada en la Florida, fué, pues, un hecho deliberado y consciente, necesario y fatal, hecho que por ser la espresion de la voluntad nacional é inicial de la patria tal cual hoy la concebimos y la amamos, debe ser conmemorado y glorificado por todos los ciudadanos Orientales.

Era acaso un crímen optar por la independencia en los momentos en que la Asamblea de la Florida la declaraba?

« Ante el derecho inmutable y eterno, dice el Dr. Gomez, ha sido y será siempre un crímen despedazar la patria. »

El espíritu, á veces paradojal del Dr. Gomez, se revela en esta afirmacion absoluta.

Despedazar la patria es un crímen sin duda, pero constituir nacionalidades que se imponen por los acontecimientos, y que nacen por la voluntad justificada de todo un pueblo, es tan solo obedecer á una ley natural, y acatar el principio fundamental del derecho—la voluntad general, ó en términos mas concretos, la soberanía de todas las agrupaciones humanas que tienen los medios y la posibilidad de constituirse independientes y de gobernarse á sí mismas.

Juzgando las revoluciones de la independencia Americana con el criterio del Dr. Gomez, resultaria que fué un crímen emancipar la América y constituir nuevas nacionalidades en este hermoso continente, porque al fin y al cabo se despedazaba la patria de los monarcas del derecho Divino, esa patria que tenia á orgullo que en sus dominios jamás se ocultase el sol.

Segun ese criterio, la heróica Cuba no deberia merecer nuestras simpatías, y á lo sumo debíamos compadecerla en su martirio merecido hasta cierto punto, por su insensato y criminal empeño en despedazar la patria.

No; para justificar ó condenar los esfuerzos de un pueblo que se emancipa, segregándose de la comunidad á que perteneció, cualesquiera que sean las

tradiciones y conveniencias que produjeron esa comunidad, es necesario estudiar su historia y como en todos los casos, sobreponer á todos los intereses y á todas las preocupaciones, el sentimiento de la justicia.

¿Tiene un pueblo razones justificadas para emanciparse? ¿quiere la emancipacion? Si las tiene, si la quiere, la causa de ese pueblo es la causa del derecho, de la justicia, de la libertad; y sobre todo, señores, si ese pueblo ha consagrado su derecho por una existencia nacional de medio siglo; si durante el transcurso de todo ese tiempo, ha confirmado por actos consecutivos su voluntad de ser independiente; si tiene los medios de serlo, llenando los fines inmediatos de toda asociacion política, la paz, la libertad, el órden, no sé á qué título podria decirse á ese pueblo, buscad en la supresion de vuestra bandera, en la incorporacion á otra nacionalidad, mas vasto teatro para vuestros grandes hombres, mayores esplendores para vuestra existencia nacional.

Yo no pienso como el Dr. Gomez que las pequeñas nacionalidades deben suprimirse: yo no tengo por la Holanda, por la Bélgica, por la Suiza el desden que el Dr. Gomez—A la Suiza no le envidio *sus quesos* ni *sus relojes* (palabras del Dr. Gomez). —Pero sí le envidio sus instituciones, sus virtudes, sus hábitos, su paz inconmovible, su libertad sin eclipses, su felicidad sin sombras, pueblo bendecido que realiza sin ostentacion y sin estrépito el ideal de las legítimas aspiraciones del hombre, y vive feliz en paz y gracia de Dios —¡y la Suiza señores vivió tambien durante largos años oprimida por los colosos que la rodean y asienta su nacionalidad sobre una cuarta parte de nuestro territorio!

En cambio hay mucho que reprochar á esos organismos monstruosos que se llaman las grandes Nacionalidades, que convierten en siervos á los hombres, llenan el mundo con el estrépito de sus hazañas militares y oprimen á los pueblos relativamente débiles.

Yo no concibo la asociacion política, sino como medio de asegurar al hombre la plenitud de sus derechos naturales y de satisfacer el conjunto de sus aspiraciones legítimas. Allí donde una agrupacion humana ha resuelto ese problema, deben estar las simpatías y los votos de todos los hombres libres de la tierra; poco importa que las fronteras en que ese hecho se produce, sean estrechas como las de la Suiza y las de mi patria, ó dilatadas como las de la Rusia ó la Alemania.

El Dr. Gomez nos habla mucho de patria grande, de renombre, de gloria, y nos dice que la patria no es el terruño: que debemos buscar mas aire, mas luz, mas bienestar, mas dilatadas fronteras.

La patria es y no es el terruño..... la patria es el suelo, la luz, el aire, el derecho, la justicia, la libertad, conjunto indefinible de sentimientos misteriosos; un culto de amor, como ha dicho un ilustre escritor, con todo el ardor, con todas las supersticiones, con todo el fanatismo de una religion..... felicidad, gloria, inmortalidad..... El sentimiento de la patria da á la historia aquel Leonidas que se inmola en las Termópilas, aquel Bruto que inmola á sus hijos, aquel otro Bruto que inmola á su padre; inspira el sacrificio de Régulo, el patriotismo de los Gracos, la austeridad de Caton, las virtudes de Cornelia, la abnegacion de Cincinato.

Arrancad todo eso del corazon humano á título de darle mas estensas fronteras, mas escenario, mas renombre!

Por otra parte el destino del hombre no es la gloria, ni es tampoco el destino de las naciones.

Esa concepcion del Dr. Gomez, es de linage Cesarista, y ha hecho ya su época.

El destino del hombre y el fin de las naciones, es realizar el bien y alcanzar la felicidad por el cumplimiento de las leyes morales.

Y la razon, la historia y los ejemplos mismos del presente, nos dicen que las pequeñas nacionalidades no solo pueden llenar su fin, sino que tienen una gran mision que llenar en los destinos de la humanidad.

Por necesidad y por virtud, las nacionalidades pequeñas son las depositarias de todos los grandes dogmas del derecho moderno, y son la protesta viva y permanente contra todas las usurpaciones de la fuerza.

Que esas nacionalidades se conserven; que se fortalezcan por el ejercicio de las instituciones libres y se hagan respetar por la práctica de todas las virtudes cívicas, hé ahí el interes social bien entendido y hé ahí el objetivo útil y práctico que no deben perder de vista publicistas de la talla del doctor Gomez.

Yo de mí sé decir, señores, que si un dia alcanzara á ver á mi país practicando severamente las instituciones que se dió al constituirse, libre y feliz, nada echaria de menos los grandes territorios que sobran á otras nacionalidades, el vasto escenario que esas nacionalidades ofrecen á las altas personalidades ávidas de espectabilidad y de glorias: ni el recuerdo de las grandezas de la antigua Roma, ni el espectáculo de los esplendores de la *moderna Atenas* contristarian mi espíritu: la plenitud de mi personalidad de hombre y de ciudadano en un pueblo libre y virtuoso;—he ahí cuanto colma el ideal de mis aspiraciones.

¿Niega el Dr. Gomez que este precioso giron del Continente Americano, ubicado en la mas envidiable posicion geográfica, en la embocadura del Océano sobre el estuario del Plata, con un territorio cuatro veces mayor que el de Suiza, mayor que el de la isla Británica, que no alcanzan á doblar el de Francia y el de España, cruzado por caudalosos rios, favorecido por la naturaleza con la benignidad del clima, con la fertilidad del suelo, con la exuberancia de inteligencia y de virilidad de que dió testimonio la propia generacion que declaró la Independencia, con sus tradiciones de gloria y con la religion de sus martirios, pueda constituir una nacionalidad que responda á los fines legítimos de toda asociacion política?

Aquí la cuestion se traslada á otro terreno y me será necesario una segunda conferencia para dilucidarla.

Yo me esforzaré en demostrar que este país tiene elementos aun para constituir una gran nacionalidad, y que optando por su incorporacion á la nacionalidad Argentina se lanzaria á una aventura arriesgadísima, que sin estirpar el virus que la corroe y paraliza en el desenvolvimiento de los gérmenes latentes de su fecunda vitalidad, engendraria nuevas y mas profundas causas de perturbaciones y conflictos.

Pero por hoy, repito, no puedo entrar á ese terreno.

Los pocos momentos de que aun puedo disponer debo consagrarlos al apóstol despues de haber combatido su apostolado.

Señores: cuando el Dr. D. Juan Cárlos Gomez sube á la prensa y emite un pensamiento de su privilegiado cerebro, y espresa una conviccion de su alma fuerte, se verifica un hecho que enaltece su personalidad y que deprime á sus competidores, salvo raras y honrosas escepciones.

El habla en el lenguaje severo, tranquilo, augusto

que dan las convicciones, la elevacion del carácter, la superioridad del génio, y á sus sentencias paradojales muchas veces y alguna vez,—doloroso me es decirlo—crueles é implacables para el sentimiento nacional, se contesta con invectivas, con sarcasmos y hasta con insultos.

Por mi parte estoy muy lejos de asociarme á los que reciben las palabras del apóstol extraviado, pero no caido, con tan acerba hostilidad.

Suponiendo que haya error—y yo lo creo así con todas las veras de mi alma—en los juicios que el Dr. Gomez viene emitiendo desde tiempo atrás, sobre las evoluciones que produjeron el aislamiento de la Provincia Oriental primero, su sumision al yugo imperial despues y su Independencia mas tarde, hay tanta sinceridad en su error, tanta consecuencia, tanta valentía para afrontar las antipatías y las prevenciones irreflexivas, que desarma á sus mas calorosos adversarios á poco que levantan su espíritu y se sobreponen á los movimientos ciegos de esas pasiones lijeras que flotan á favor de las auras populares.

Y cuando de labios temerarios se ha deslizado la palabra traidor para motejar á nuestro preclaro patricio, yo he sentido que el rubor subia á mis mejillas como sí por condenar las apreciaciones históricas y las apreciaciones políticas del gran publicista me hiciese cómplice de la impía acusacion.

No señores; él lo ha dicho: por mas amigos que seamos de Plato, seamos mas amigos de la verdad—por mas que amemos la patria, subordinemos las exageraciones de ese avasallador sentimiento, á los severos dictados de un sentimiento mas alto todavia—la justicia.

Decidme cuándo tuvo el acento de los traidores esta uncion patriótica que se respira en las lineas que arranco á una de sus últimas publicaciones.

« Nací el año 20—dice—el año de las montoneras y de las independencias.—No habia entonces nacionalidad Oriental. El Estado Oriental era una provincia Argentina.—Era, pues, ciudadano natural de la República Argentina. He podido hacerme reconocer tal y calcule Vd. el camino que hubieran hecho mis ambiciones si las hubiera abrigado desde 1852 en este ancho campo en que aspiran á la posicion encumbrada y á la fortuna deslumbradora. Los hijos de los emigrados nacidos bajo la bandera Oriental se han hecho declarar Argentinos y han sido diputados, senadores y ministros y tal vez llegue alguno á la presidencia.

«Yo preferí á esa tentacion de la montaña, correr la suerte adversa de mi provincia natal, no abandonando á la madre en sus horas de tribulaciones, sufriendo su mala fortuna, zozobrando en sus naufragios, hasta encontrarme en la playa solo y aterido. »

Y es la verdad, señores: el Dr. Gomez ha condenado las evoluciones políticas que segregaron á la Provincia Oriental de la gran Nacion de que formaba parte, pero se ha conservado fiel á su bandera, negándose durante 20 años de residencia en Buenos Aires á todos los halagos y á todas las seducciones que ofrece una gran Nacion á los hombres de sus condiciones de carácter y de inteligencia.

Por otra parte, la traicion á la patria no se revela y se manifiesta de ese modo. No se traiciona á la patria discutiendo su historia con el criterio elevado del filósofo y del publicista, aunque se incurra en el error, y ese error lastime el sentimiento nacional, desde que quien tal hace acepta el hecho producido contra sus propias convicciones, se envuelve en la bandera de su pais y sigue su suerte en la buena como en la mala fortuna.

El que eso hace no es siquiera un mal ciudadano, el mas suave epíteto dispensado al Dr. Gomez.

Los malos ciudadanos no son los que discuten los precedentes históricos de una nacionalidad, sino los que la deshonran con sus hechos: los malos ciudadanos no son los que discuten los actos de soberanía que produjeron la Independencia, sino los que se sustituyen á la soberanía, la escarnecen y vilipendian; los malos ciudadanos no son los que hacen vida honrada durante medio siglo, los que jamas oprimieron á sus conciudadanos ni infirieron el mínimo agravio á las patrias libertades; los malos ciudadanos no son los que tomaron parte activa en las agitaciones políticas de su país, y no figuran en el libro de las espoliaciones que abrumaron su tesoro, ni en la lista de los proscriptores que obligaron á sus hijos á abandonar los patrios lares.

Perdóneseme si me detengo demasiado en la personalidad del Dr. Gomez, pero á ello me inducen varias consideraciones.

En primer lugar, es acto de justicia, y de tanta mayor oportunidad cuanto que acabo de combatir y condenar con severidad sus apreciaciones históricas y políticas.

En segundo lugar, quiero aprovechar la oportunidad de encarecer en cuán alto aprecio deben tener los pueblos el carácter de los ciudadanos, su altivez, su probidad, sobre todo en los tiempos que corren, de abatimiento moral, de desprecio por las grandes virtudes cívicas, de adhesion servil á esas doctrinas utilitarias tan á la moda que condenan sin piedad el error sincero y absuelven las genuflexiones, las apostasías, las transacciones cobardes con el *ídolo consagrado*, con el hecho triunfante, con la *realidad viviente*, para valerme de las propias palabras de un gran tribuno, que empieza á envenenar las conciencias honradas con la magia de su palabra, en otra hora símbolo de la moral mas alta y de la doctrina mas pura.

Y es que en pos de grandes y dilatados hechos vienen siempre periodos de laxitud y de cansancio, lo mismo á los individuos que á las colectividades, con esta sola diferencia—que los individuos condenados á una vida limitada, suelen sucumbir bajo la influencia de ese cansancio y de esa laxitud, mientras que los pueblos destinados á una vida inmortal, restauran gradualmente sus fuerzas y recomienzan la lucha por la verdad y por el bien, por la libertad y la justicia en los albores de cada generacion.

Espero con el Dr. Gomez que alcanzaremos todavia á confundir nuestra voz con la generacion que ha de restaurar las fuerzas perdidas en las luchas del pasado, que ha de recobrar el brio de las grandes concepciones, el temple de las grandes virtudes, y que ha de fulminar con su anatema á los que levantan al Ciceron, cortesano de César, sobre el Caton de la moral eterna y sobre el Bruto de la eterna libertad, sombras venerandas que retemplan todavia á los pueblos oprimidos.

Efemérides

1828—RECONOCIMIENTO DE LA INDEPENDENCIA DE LA BANDA ORIENTAL.

El triunfo alcanzado en Sarandí por el General Lavalleja sobre las fuerzas imperiales en 1825, decidió al Congreso argentino á admitir la declaracion de reincorporacion á las Provincias Unidas del Rio de la Plata, hecha por los representantes de la Provincia Oriental, obligando al Gobierno á proveer á su defensa y seguridad y á hacer evacuar por todos los medios á su alcance los dos únicos puntos militares que guarnecian aun las tropas de Su Magestad Imperial. A esta declaracion de guerra el Brasil contestó declarandola á su turno á las Provincias Unidas y á su gobierno, autorizando el corso, etc. Continuó la guerra hasta que, despues de la batalla de Ituzaingó [1827], el ministro inglés residente en Rio Janeiro, aprovechando la mala situacion en que se encontra-

ba el Brasil, tanto por la derrota de su ejército en Rozaingo como por los desastres que habia sufrido la escuadra, ofreció su mediacion para terminar la guerra; y con tal objeto Rivadavia envió al Sr. García con instrucciones suficientes para tratar la paz sobre la base de la reincorporacion de la Banda Oriental á la República Argentina ó de su libertad é independencia. Este diplomático firmó el 24 de Mayo de 1827 un Tratado por cuyo primer artículo el Gobierno de las Provincias Unidas renunciaba todos los derechos que pudiera tener al territorio de la Provincia Oriental; y por el segundo lo dejaba en poder del Imperio.

El Gobierno reprobó la conducta del enviado argentino y repelió la Convencion. Entre tanto la guerra continuaba con mas ardor; pero las desavenencias surgidas con motivo de la Convencion rechazada, debilitaban los esfuerzos de los jefes de las Provincias Unidas, á la vez que el poder brasilero, obligado á fraccionar sus tropas por algunos reveses parciales, se debilitaba tambien. Así, pues, si los republicanos estaban mal, los imperiales no estaban mejor, y por consiguiente la guerra amenazaba perpetuarse por la misma postracion de los dos beligerantes. En este estado las cosas el ministro inglés residente en Rio Janeiro, renovó su mediacion y las negociaciones recomenzaron con los plenipotenciarios argentinos D. Juan Ramon Balcarce y D. Tomás Guido, y el 27 de Agosto se firmó la Convencion preliminar de paz, que fué ratificada por el Gobierno Argentino el 26 de Setiembre, cangeándose **el 4 de Octubre de 1828** en Montevideo las ratificaciones.

Por el artículo 1.º de esta Covencion el Brasil declaraba á la Provincia Cisplatina separada del territorio del Imperio, para que pudiera constituirse en Estado libre é independiente: y por el artículo 2.º la República Argentina reconocia la independencia de la Provincia de Montevideo

Rivadavia habia ya dejado el mando supremo: su sucesor don Manuel Dorrego fué el que firmó ese Tratado que puso término á una guerra que habia agotado los recursos de la República Argentina, pero que no satisfacia en realidad las exigencias de ninguno de los beligerantes, puesto que, ni el Brasil ni la República Argentina ensanchaban los límites de sus territorios respectivos Las dos Partes contratantes reconocieron la independencia de la Banda Oriental y se comprometieron á prestarle su auxilio en el caso de que la guerra civil viniese á turbar la tranquilidad ó integridad de la nueva República antes qué estuviese definitivamente constituida, ó en los primeros cinco años que se siguiesen á la proclamacion de la Constitucion que debian darse los Representantes del país.

Rossi intérprete de la «Divina Comedia»

—

Seiscientos años pasan como un dia solamente sobre la memoria del Dante!

El espacio, en vez de dañarla, la favorece, como á las hogueras encendidas en la cumbre de la montaña, para servir de guia al caminante.

La Divina Comedia representa, segun Legouvé, un pecador salvado por el amor, una vida desordenada purificada por el recuerdo de Beatriz.

Macaulay, suponiéndola el más hermoso poema narrativo de los tiempos modernos, cree que ella es la piedra angular de un idioma de incomparable melodía y sinzularmente propio para revestir las inspiraciones nobles y apasionadas de la forma que les conviene, ésto es, de la expresion concisa, clara y austera que deben tener.

Chateaubriand, Tomasseo y Ozanan, afirman que ella comprendia la historia, la filosofia y la teolojia de su tiempo.

Si David es el *rey profeta*, Dante es el *poeta-juez*.

Ernesto Rossi entiende que, así como Shakespeare recibió del poder divino la facultad de convertir el espíritu en materia, haciendo tomar formas humanas á todas las pasiones, el Dante fué dotado de la facultad necesaria para convertir la materia en espíritu, y conducirla al reino de las almas donde armado de la espada simbólica, él distribuye castigos y recompensas.

Guiado el Dante por Virgilio en los abismos del dolor, ha condenado los crímenes del pasado.

Se le acusa de parcial, y sus defectos, recordando al hombre, prestan relieve á su grandeza.

Sin embargo, Ortolán, poco ántes de morir, trazaba hábilmente su complicado, y á veces profundo sistema de penalidad, no obstante, dice, haberlo espuesto en época tan remota como la del siglo décimo tercero.

El hombre de Estado más elocuente de nuestra época, escribe el historiador británico ántes citado, aseguraba que, despues de Demóstenes, deberian estudiar al Dante los que aspiran á distinguirse en la tribuna ó el foro.

Y para que la analogía sea completa, conviene citar este episodio referido por Villemain.

«Recordais, sin duda, narraba, el júbilo de Demóstenes el dia que oyó á una mujer del pueblo estas palabras: ¿veis á ese hombre?....es Demóstenes!

«Pasando Dante, en Verona, junto á unas mujeres, escuchó la siguiente pregunta: ¿veis á ese hombre?....es aquel que vá al infierno cuando quiere, vuelve de allí y trae noticias de los que en él están.»

Contemplando cierto dia un peregrino las arcadas y columnas del monasterio del Corvo, demandóle un religioso qué buscaba.

—«La paz!» respondió el desconocido, que era el Dante, cuya alma agitada es el alma de *La Divina Comedia*.

Oh! qué grande es el génio italiano, escribiamos una vez á Luis Varela, y qué hermosa es su lengua!

Cuando se piensa en que *La Divina Comedia* ha sacudido de su cubierta de pergamino el polvo de seis siglos, que han sepultado reyes, imperios, barbarie, civilizacion y monumentos, se tiene que afirmar que él posee el secreto de una juventud perdurable.

Y su lengua! Parece imposible que oyéndola de boca de Rossi, haya quien crea que es una lengua desprovista de energía.

Nutrióla el Dante con las aguas en que navega Caronte, y templóla en el fuego del infierno, para espresar el dolor de los condenados, el choque de las cadenas que no se funden, el mujido de los vientos de la eternidad.

Se la cree una lengua débil, porque es la lengua del amor.

Si el amor fuese una debilidad, como lo era para casi todos los poetas, hasta que, segun la espresion de Voltaire, Milton lo convirtió en una virtud en el *Paraiso Perdido*, se comprenderia que la lengua más apta para revelarla, fuera una lengua afeminada.

Pero siendo el amor una virtud, y siendo la virtud una gran fuerza moral, no hay razon para suponer que su lengua no sea enérgica como la pasion, llámese Andrómaca en la madre, Priamo en el padre, Ulises y Penélope en los esposos, Guzman en el hijo, Eloisa y Abelardo en los amantes, héroes en quienes Chateaubriand encarna los sentimientos que son nuestra vida, porque de ellos se forma el corazon.

Los nobles afectos no debilitan las lenguas, decíamos hace algun tiempo, ni el amor cristiano embriaga con las flores de loto con que se coronaban los faraones en aquella misteriosa tierra del Egipto, que vió la energía de Marco Antonio desmenuzada por los torneados dedos de Cleopatra, en la mesa del festin y en el lecho velado por el ojo lúbrico de la Venus pagana.

Interpretar al Dante y patentizar la grandeza de su lengua, es una tarea reservada solamente á los grandes maestros.

Sin Ernesto Rossi, la mitad del mundo no conoceria sus cuadros sin modelo ni copia.

Animados esos cuadros por el famoso artista italiano, reverdecen los laureles del poeta florentino, como el trigo que se encuentra ahora en las manos de las momias egipcias; evocados los sujetos de su composicion, hieden cual los cadáveres de los descendientes de Manco-Capac, cuando el mar Pacífico

descubre las huacas en que descansan.

Acabamos de esperimentar en Buenos Aires la misma sensacion que hace algunos años esperimentamos en Valparaiso, oyéndole recitar la *Divina Comedia*.

El tiempo ha corrido, pero el artista y nuestro corazon no han sufrido detrimento.

Por eso vamos á espigar en el campo de las emociones pasadas, la forma de las impresiones recientes.

Hablan por los lábios de Rossi todos los héroes del Dante, y el artista afecta su voz y sus modales.

Ora se lleva el índice á la nariz, baja la cabeza, clava los ojos en el suelo, y es el Dante; ora con la frente levantada, el semblante melancólico y el acento que remeda el canto del cisne de Mantua, es Virgilio; ora se estremece el ambiente de la caverna, y retumba el grito aterrador del demonio; ora interroga el poeta italiano al latino, con brusca inflexion; ora responde el guia con aquella voz que canta los esplendores de la naturaleza y las querellas de Apolo; ora el vapor de las lágrimas enturbia las palabras brillantes de Francisca; ora la garra descarnada del hambre sofoca la garganta de los hijos de Ugolino.

¡Y el canto de las serpientes! Aquella transformacion del hombre en reptil, y del reptil en hombre, es una creacion sorprendente.

Se vé cambiar de forma á los dos séres, trasmigar sus almas, pasar por la columna de vapor que se escapa de los cuerpos en que se opera el fenómeno.

Así como no se concibe al hombre formado de polvo, sin concebir á Dios, porque solo él puede formar de la nada una criatura, dadas las operaciones de que éste se vale para modelar y esculpir, no se concibe al hombre-serpiente y á la serpiente-hombre, sinó como los imaginó el Dante y los hace Rossi.

El artista bifurca la cola del reptil, y forma las piernas: estira las patas del maldito animal, y forma los brazos; los hace cambiar de lugar, y los encaja debajo de los zobacos; él aplana la cabeza del monstruo, la redondea, le forma los lábios, y le arranca la horquilla de la lengua.

Las ilustraciones de Gustavo Doré desaparecen en presencia de esas monstruosas sublimidades, en presencia de esta ilustracion viva, variada, multiforme del *Infierno* del Dante.

Ugolino roe el cráneo de su delator, contempla á sus hijos debilitados por el hambre y la sed, y espera la luz del nuevo dia. Allí está, la vemos reflejarse en los ojos del maestro.....Pero pasa, la sombra vuelve, y tras ella otro y otro dia sin esperanza.....El hambre de sus hijos agita al cautivo, y los niños vén en su dolor la necesidad y el sustento. «Padre, esclaman con acento que desgarra las fibras del corazon; vos nos vestisteis de esta carne mortal....desnudadnos de ella!»

Todo esto se vé se palpa, se escucha. La ámplia frente de Rossi es un lienzo en que el génio pinta las escenas horrorosas de la Torre del hambre; el cuadro mágico en que aparecen, se destacan, se agitan y se desvanecen los grandes fantasmas del juicio formidable de la *Divina Comedia*.

El artista empalidece algunas veces; parece que pidiera luz como Ayax para luchar, y que la luz descendiera sobre su frente.

Cuando señala el cielo á través de la corteza rocallosa que separa el infierno de la tierra, parece que su mirada taladrara la bóveda de piedra. Al apercibirse que la tierra gravita sobre él, trae á la memoria el Atlas de la fabula, á quien otro gigante iba pasara el mundo de las espaldas á la cabeza.

Presenciando anoche estas inenarrables ficciones del arte, comprendimos que el espíritu de Dios, que fecunda la mente de los poetas, flota tambien sobre la mente de sus intérpretes, acuñada en molde de oro y sellada con la divina caricia.

Fuéronle presentadas al maestro en recuerdo de aquellos momentos inolvidables, el poema de Milton, las tragedias de Alfieri, y una promesa que debe haberle valido más que esas significativas ofrendas.

El Rector del Colegio Nacional divulgará entre la juventud el conocimiento del idioma italiano, que Rossi nos ha enseñado á amar.

Al partir, él llevará á su patria nuestra admiracion por el poeta florentino y el feliz intérprete que lo ha hecho conocer en el Plata, y dejará la lengua del Dante agregada al plan de estudios del Colegio Nacional de Buenos Aires.

El arte de la poesía creó esa lengua seiscientos años há en el seno de Europa, y el arte representativo, seis siglos despues ha venido á propagarla en el seno de la América, valiéndose del mismo poema que la engendró en las entrañas de la literatura.

De esta manera se enlazan las artes y desempeñan su mision civilizadora, abrazando con su accion combinada el tiempo y el espacio, el corazon y la mente de los hombres esparcidos en la tierra.

S. Estrada

Buenos Aires.

Las noches de Ernesto Rossi

(EN EL POLITEAMA Y EN EL COLEGIO NACIONAL)

Ernesto Rossi, ha de recordar la noche del 8 de agosto de 1855. La grande escena de la Comedia Francesa se abria para los artistas de la compañía del rey de Cerdeña. Una antigua pensionista y *sociétaire*, Mlle. Anne Demerson, que en 1810 habia brillado en el *Malade Imajinaire*, daba su beneficio, y teniendo el derecho de elegir la pieza y los artistas que dabian formar el programa de la noche, escojia la *Maria Stuart* de Schiller, y por intérpretes á Adelaida Ristori y á Ernesto Rossi. La Ristori acababa de levantar un partido artístico y literario sobre la escena de la sala Ventadour; Rossi tenia 25 años; un poco mayor que el Cid y que Romeo.

Cuantas cabezas iluminadas se veian en el aro semi-circular de aquel recinto en que Rachel, calzando el alto coturno, y vistiendo la púrpura real de Racine y de Corneille, habia salvado los penates de la música clásica de los golpes que el prólogo del *Cromwell* descargaba sobre la familia atribulada de los Lebrun.

En el teatro frances estaba el Paladium del clasicismo apesar de Hernani.

Toda la nueva generacion estaba allí, y Rossi la debió contemplar con aquella emocion profunda, que produce la presencia de los grandes maestros cuando se comienza la vida del arte. La atmósfera artística y literaria estaba agitada; Arsene Houssaye, el gran empresario de las letras, habia escrito para Rachel unos malos versos que glosaban el tema de moda: *l'Empire c'est la paix*, y Louis Bonaparte, habia hecho el silencio entre los políticos. Pero la inteligencia brillaba: Arago habia vuelto á sus profundas interrogaciones con la bóveda celeste, y Lamartine, cantó despues de un largo silencio al genio de la terrible rival de Rachel.

El Paris político celebraba la paz imperial y la justicia se encargaba de conservarla; pero el Paris científico, literario y artístico vivia grande apesar de la censura.

Aquella noche que recordamos, el jóven Rossi tuvo el honor de hacerse escuchar en el templo del arte; corriendo los años, el intérprete de Shackspeare debia convertir ese honor en derecho.

La Ristori habia roto la unánime popularidad de Rachel, y con el orgullo y la confiada soberbia que produce el aplauso, triunfó con Schiller en la exacta y elegante produccion de Maffei. En el último acto las enormes manos de Theófilo Gautier aplaudian con frenesí; su luenga melena y su traje fantástico lo distinguian entre el grupo de sus compañeros; recordaba el atleta de 1830; mas allá, aparecia Ernesto Legouvé y Gustavo Vapereau; en un *fauteille* colosal se conmovia y estallaba en grandes aclamaciones Jules Janin; desmintiendo á todo aquel que se atreviera á confundirlo con un viñatero del Moselle; y por último, desde una baranda de un palco, Alejandro Dumas con la mitad del cuerpo de afuera, y con aquella cabeza cuyos cabellos nunca cayeron sobre la frente como los de los Plantagenets, amenazaba desplomarse sobre el *parterre* en los ruidosos accesos de su desbordante entusiasmo.

Al dia siguiente del beneficio de la Demerson todo aquel público hablaba en la prensa. Theófilo, decia de la Ristori: «Las tablas pisadas por la Rachel le inspiraban esa noble emulacion que es el alma misma del talento y que no tiene nada de comun con los celos» y Alejandro, en el *Mosquetero*, proponia un duelo estraño entre ambas rivales, cuyas armas y condiciones debian ser *María Estuardo* representada en el escenario de la Opera, en una misma noche por las dos rivales.

En esta atmósfera de grandes y profundos estímulos apareció en Paris por primera vez Ernesto Rossi.

No era Rossi *un hijo del arte*, como se llama entre bastidores á los estraños. No habia nacido en la profesion como Adelaida Ristori. Su genio se reveló un dia para gloria del teatro. Sus compañeros lo miraron como un expósito en los escenarios; pero sus triunfos, á falta de filiacion artística, le dieron como á Talma y á Garrick la legitimidad del renombre de que goza en el mundo. Espíritu delicado y lleno de sentimiento estético, educado en la alta escuela de los gustos literarios de su tiempo, él ha estudiado el teatro filosófica é históricamente, y por eso es que cada una de sus manifestaciones, impresiona como una resurreccion é inspira el estupor que las telas de Delaroche ó de Gerome. El drama ó la trajedia, la pintura y la estatuaria, y hasta la combinacion de los sonidos, necesitan, cuando representan los grandes hechos de la humanidad ó las profundas pasiones de los hombres, de ese colorido cuyo foco no se descubre, pero cuya luz espontánea inunda todos los ángulos del cuadro. En una actitud ó en un jesto triunfa el arte plástico.

Entre nosotros, que es comun creer que la tribuna, el foro, las ciencias y hasta el periodismo político, no necesitan del alto tono de los rasgos literarios, que basta el saber, sin la luz y el brillo de la forma, no se esplica muchas veces la árida monotonía de las arengas, ni la seca exposicion de los problemas, ni la descarnada y fatigosa diatriba con que se procura fulminar al adversario. Y cuando el relámpago y la centella brilla, brillan y caen en ellos, nos deslumbra su luz ó nos hiere el rayo sin saber de donde viene. Ernesto Rossi, bien estudiado no es simplemente un actor; él sabe que la escena lo obliga á ser hombre de estudio y de letras; y para considerarlo literato distinguido y reconocer su competencia histórica, no seria necesario citar sus obras dramáticas, ni sus recitaciones literarias, bastaria para los que no lo conocen personalmente, observar con atencion la manera como salva en *Neron* la tentativa con que Pedro Cossa, trata de reproducir á Boisier en la escena moderna, ó la hermosa simplicidad con que Hamlet dá á los inocentes comediantes sus sábios consejos sobre el arte dramático.

Rossi es sin disputa el mas notable intèrprete del teatro de Shackspeare en el estrangero.

Necesitariamos ser ingleses, haber sido educados en Eton, en Winchester ó en Saint-Paul School y haber sido *completados* en Oxford ó Cambridge, para poder apreciar con el idioma y con el genio ingles las traslaciones de Shackspeare á la escena en que Rossi las hace vivir bajo la lengua caliente de la Italia. Pareciera que aquel *Rey Lear* desheredado por sí mismo, víctima de la ingratitud de sus hijas, errante y vagabundo por las selvas, cuyo estado patológico tiene la propia verdad de la más estraña locura, cuyo cruel infortunio se repite en Glosster y sus hijos, formando una sombra reflejada de los grandes papeles en los personajes secundarios, necesitase para exhibir todas las aberraciones de su demencia, del idioma descarnado pero intenso de los ingleses, de esas frases monosilábicas y concentradas contra las que ha reaccionado el genio moderno y meridional de Macaulay.

Y sin embargo Rossi triunfa en *Lear*, y la cadenciosa lengua de su patria desaparece con su ritmo en la bárbara maldicion á Gonerilda; no hace contraste en aquella reunion audaz del estro trájico del rey y del sarcasmo irónico del bufon; y el más severo crítico ingles, aplaudiria las notas transportadas de Cárcano, en aquella profunda espansion del amor filial y paternal de la reconciliacion de *Lear* con la incomparable Cordelia. Hé ahí la victoria de Rossi para aquellos que como él creemos que Shackespeare es universal como el Dante y que cada pueblo tiene el derecho de interpretarlo.

Hamlet, es la creacion mas inglesa despues de Lear, su hermana gemela. En la primera la víctima del despojo es el hijo, en la segunda el padre, pero con profundas analojias psicolójicas, en ambos protagonistas, Shackspeare ha levantado el *spleen* ingles al rango excelso de la pasion trájica. Cuando *Lear* deshereda y maldice, cuando *Hamlet* acusa el adulterio ó prepara infernalmente á los cómicos para la escena dramática del tercer acto, la pasion ruje como una fiera en la oscuridad de su caverna, pero, á la furia, se sigue el estertor y aquella especie de sonambulismo intermitente en que se ajitan las dos creaciones, convierte el furor en éxtasis ó en una honda monomania hipocondriaca que se manifiesta en *Lear* con toda su incomparable estrañeza en la escena del juicio, y en Hamlet, en el monólogo inmortal.

El jóven Rossi, que en 1855 pisaba con Adelaida Ristori la escena de la Comedia francesa, once años despues, el 6 de Junio de 1866, aniversario del nacimiento de Corneille, representaba los tres últimos actos del *Cid* en el mismo escenario en que Beauvallet, maestro de una generacion de notables artistas estaba habituado á triunfar en el papel de Rodrigo. Los honores acordados á la Ristori en 1855 fueron acordados al distinguido conferenciante del *Colegio Nacional*. Rossi fué objeto de controversias entre los mas célebres críticos del folletin. El libre intérprete de Shackspeare, en el recinto de la musa clásica y cortesana de Corneille, debió tener todas las audacias de su escuela, *El Rodrigo* de la trajedia francesa creada por Montfleury y representado siempre con todas las reglas de su tradicion artística y literaria, está lejos de pintar el tipo histórico del *Campeador*. El Cid era bárbaro; hijo genuino de la Edad Media, batallador por la patria, y mercenario cuando la bolsa del rey moro compraba su valor.

Shacksapeare, el poeta de una nacion libre lo habria ideado en toda su desnudez como á Othello ó como á Corolianus, pero Corneille, lo hizo pasar por el crisol de los gustos cortesanos y académicos de su tiempo y lo animó en la escena dramática con toda la pompa del alejandrino en que se adulaba á la corte dorada de Luis XIV.

Ernesto Rossi, haciendo el *Cid* en la *comedia franceza*, debió tener todos esos arranques Shacksperianos con que Garrick se movia sobre la escena inglesa; é inspirándose mas en el tipo histórico del protagonista que en la concepcion artística de Corneille, bajó del alto pedestal en que Talma lucia las formas solemnes de la trajedia, para moverse en la vida con toda la libertad con que el arte moderno, copia la naturaleza humana y de la que él arranca sus mas bellos momentos.

Diez años más tarde en 1875, Rossi exhibia en Paris el repertorio de Shackspeare y merecia el aplauso unánime de la prensa parisiense. Lear y *Hamlet* le valieron un homenaje; fueron para él un triunfo de su raza sobre las genialidades de la raza inglesa. En *Macbeth* el supersticioso usurpador, la victima de la conciencia y del remordimiento, reveló cuanto habia estudiado el estro trájico y genuino de Shackspeare; y en Othello, el tipo de la gloria y del amor meridional cuyas pasiones parecen aspiradas en las ráfagas del Sirocco, el artista italiano con texto de Shackspeare se vengó en la sala *Venta four* de las castraciones del ingénuo Ducis.

Los maestros de la crítica artística han comprendido en Francia, la pobreza de las raquíticas traslaciones de Shackspeare al teatro frances. Delavigne elabora los *hijos de Eduardo*; quita la accion del Ricardo III, y la sustituye con las lujosas tiradas de alejandrinos; mutila los caractéres; traza la espontaneidad de aquella concepcion estupenda, y dá á luz un bastardo: «Aunque el autor ha escojido en los anales ingleses, dice Gustave Planche, un crimen envuelto de espesas tinieblas, no hay durante los tres actos, un solo instante de emocion ó de angustia, de indignacion ó de lástima, de horror ó simpatia; y Janin, con aquel genio festivo que brillaba en todos sus folletines, ha dicho del mutilador á quien Luis Felipe prohibia la representacion de su *terrible* Glocester. «Cuán cómico es ver á la nacion francesa, con una taza en la mano, desalterarse por pequeños tragos con ese brevaje infantil de *Los hijos de Eduardo* que se dice manado de la roca de Shackspeare!

Ciertas audacias de Voltaire en algunas de sus trajedias se esplican por su genio anarquista y aventurero; pero Voltaire mismo, que en la polémica no contemporiza con el poder ni con las costumbres, contemporiza con el gusto dramático de su pais y apenas se permite mostrar desde lejos la silueta del creador del Hamlet. Entretanto los padres de la trajedia francesa, formaron una escuela que para exhibirse necesitaba de todos los recursos artificiales, del estro y de la forma griega; en Corneille reaparecen Esquilo, Sofocles y Euripides; los personajes necesitan el *ars magna* para moverse, y en Racine, las formas áticas con que pensaba la corte sibarita de Versalles sirven de norma á sus inspiraciones.

Rossi intérprete de Shackspeare, reproduce las creaciones del poeta libre de un pueblo libre. Shackspeare no es cortesano, es un pensador que sabe que contra los rigores de Elisabeth, él dispone del acta del *Habeas Corpus*. El habia preparado sin saberlo el suplicio de Strafford y de Carlos I; todos los reyes ingleses han pasado bajo su látigo. En Lear, con una libertad que habria hecho temblar al mismo Voltaire, ha fustigado con crueldad soberana, la defectuosa organizacion de la familia inglesa; las cuestiones de sucesion, la rivalidad de los hermanos, los errores de los padres y el sacrificio de la virtud, todo está allí. En Hamlet y en Macbeth, las heroinas y los héroes, ponen ante la espectacion pública con alusiones vivísimas y situaciones profundamente animadas, el carácter moral de la múltiple prole de Enrique VIII; Lady Macbeth es la ambicion sin freno de Elisabeth; la falta de conciencia de la Estuardo, esa tigra vestida de gacela por los católicos y por los historiadores ramplones como Cantu; ella mata ó instiga á matar que es lo mismo.—En la Gertrudis del *Hamlet* se reproducen bajo su faz licenciosa; el asesinato del esposo y el incesto no las horroriza, como á la virgen romana del Poliuto y buscan en la mancebia hasta el fruto ilejítimo de su estirpe. Las reinas inglesas del tiempo de Shackspeare, sus intrigas, sus crímenes y sus vicios, dieron la accion á muchas de sus obras, sin que la indignacion de la Córte atentara contra la libertad del pensamiento del poeta.

La Inglaterra, educada en la libertad civil y política, produjo á Shackspeare como vivo reflejo de sus tradiciones y de sus hábitos; por eso Shackspeare es siempre nuevo, grande y popular. Las tradiciones del pueblo inglés vivirán eternamente en sus creaciones, y al par que Racine y Corneille, semejan á esas ruinas hermosas de la edad de Augusto en que sobresalen todavia los correctos golpes del cincel, Shackspeare se estiende y se dilata siempre como las grandes obras de la naturaleza.

La Francia produjo poetas esclavos porque su constitucion política y civil partia de orígenes muy diversos á aquellos de que surgieron las libertades inglesas; mientras que la Inglaterra, cuyo pueblo siempre salió incólume y vencedor en sus luchas contra la reyecía, tuvo con Guillermo Shackespeare la manifestacion mas grandiosa de la libertad literaria. ¡Qué ras-

go característico del pueblo inglés no se encuentra en sus comedias y en sus trájedias? Como Tácito en los *Germanos*, él ha pintado en sus grandes creaciones, todo el cuadro típico de las viejas tradiciones y costumbres sajonas: el humor guerrero del pueblo, la manera de administrar justicia, sus creencias y sns preocupaciones, las cuestiones sucesorias, los ódios y amistades hereditarias de la familia, la hospitalidad de los grandes, la educacion de los príncipes, la gloria militar, el hogar y la pátria. Y cuando busca en la historia y en las costumbres extranjeras nuevas inspiraciones que parecerian profundamente antagónicas á su genio, triunfa en *Julio Cèsar*, haciendo vivir á Roma en aquel admirable discurso que Marco Antonio se compromete á pronunciar sobre la tumba de la víctima y en que el genio de la vengadora ironía levanta los furores de la plebe democrática.

En Romeo y Julieta, en Othello y en el Mercader, Shakspeare adivina prodigiosamente las costumbres italianas de la Edad Media. En el primero el Sr. Rossi ha mantenido en la escena del Politeama la lucha mas talentosa que el arte puede mantener contra la exigente adolescencia del amante de Julieta. El canto de la alondra parecia saludar todavia la aurora del artista cuando el doncel enamorado se revuelca desesperado de amor en la celda de fray Lorenzo, y cuando abandona el primer hijo de la escala con que alcazan los labios de su amada. En Othello la naturaleza africana, bárbara ó indómita, se revela bajo la atmósfera brumosa de Lóndres, y Rossi pone al servicio de aquella transmigracion de Shakspeare, todo el calor de la familia meridional y de su lengua: y si tuviésemos la rara fortuna de oirle el *Mercader de Venecia*, nuestro público, en quien Rossi ha conseguido generalizar el gusto por el teatro de Shakespeare, le veria esconder sobre la escena aquella alma helada, egoista y avara del judío en la cual estan embutidos todos los recursos de la codicia que distinguía á los antiguos traficantes del Oriente.

Rossi viaja con el repertorio de Shackspeare. Mañana lo veremos hacer el Ricardo III y el Jueves nos repetirá tres actos de Othello. La curiosidad literaria nos haria desear oirle el *Cid*, el *Paliuto*, el *Cinna ó los Horacios*, con el objeto de que nuestro público pudiera apreciar las profundas diferencias de escuela que revelan las creaciones de la escuela clásica; y para reconciliarnos despues con la musa francesa que se sentia profanada en la escena de Talma por la interpretacion libre de un discípulo de Shakspaare, veriamos á *Hernani* ó á *Ruy Blas*, para trasportarnos á los altos recuerdos de aquella generacion de 1830 de que todavia hablan nuestros padres con todo el entusiasmo fascinador de la juventud.

El Sr. Rossi dejará entre nosotros, algo mas que la simpatía que despierta el artista sobre la escena. Nuestro reducido grupo literario, le debe algunas horas de hermosas espansiones. Rossi, que ha escrito comedias y que ha manejado la pluma, no se limita á su arte para vivir en contacto con el mundo intelectual. Las aulas del *Colegio Nacional* le abrieron sus puertas el viernes, y Hamlet se acordó de sus libros. El tema era el Dante y la *Divina Comedia*, y el artista italiano, despues de un bello discurso nos recitó dos cantos del gran poema con el color literario que acostumbra á recitarlos quien se halla tan familiarizado con la accion dramática. Es la primera vez que oimos los tercetos del Dante recitados con el doble conocimiento de la lengua y de la epopeya dantesca. Rossi, que esplicando el espiritualismo del Dante en sentido contrario al de Shakspeare, llegó á presentar al poeta florentino como divinizador de la materia, y al poeta inglés como materialisador del amor divino, con la actitud, con el gesto, con esa mímica admirable, materializó diremos así, en la recitacion del canto XXV (Infierno) la propia metamórfosis del hombre en serpiente, dando al exámen de la alta crítica uno de los specimens mas bellos en que puede estudiarse el génio filósofico del Dante.

Es cierto que el Dante es el cantor de las épocas embrionarias de las grandes agitaciones políticas y sociales de la Italia, y que Shakspeare, floreció en la época en que ya la nacionalidad inglesa habia triunfado de los horrores de la guerra civil. En Dante vive la humanidad entera: las creencias, las religiones, las iniciaciones del paganismo y los simbolismos de la iglesia, y en Shakspeare, viven la historia y las costumbres de un pueblo con toda la desnuda verdad de los hechos. En el *Paraiso Perdido*, Milton ha puesto en accion el génesis bíblico, buscando su teatro fuera de la tierra; pero ha hecho predominar la filosofía de un culto y hasta las tendencias filosóficas de la Revolucion Comunal de la Inglaterra.

¿Qué diremos de la manera como Rossi recita el racconto de Ugolino y su prole? Todo el espanto del hambre que el altísimo poeta ha descrito con los colores más terribles de su paleta, fué dramatizado por Rossi con la horrible verdad del gesto y de la voz; y al oirlo, más de uno de los oyentes, sintió el sobrecojimiento que produce esta escena que como concepcion de martirios, solo pudo nacer en la mente de un genio del siglo XIII.

La noche del viérnes nos ha revelado á Rossi como expositor y como crítico; será una de las mas hermosas en el recuerdo de sus admiradores. El público era numeroso, aunque vário y heterogéneo en su composicion: estaba la nueva y la vieja generacion, y dos grupos de espíritus que tienen una manera muy diferente de considerar á Dante y á la Divina Comedia: aquel que lo mira por el gran lente de la crítica y el que lo escudriña con la ortodojia católica. Rossi debió comprenderlo con la doble malicia propia de un espíritu que está acostumbrado á representar las pasiones humanas en la escena y con el corazon patriótico de un hijo de la Italia nueva y libre en que han desaparecido los guelfos y los gibelinos y en que el papado ha perdido la espada vengadora del fanatismo.

Nos permitirá nuestro apreciable y noble amigo el Rector del Colegio Nacional, que con el respeto de una amistad sincera, lamentemos haber visto entrar al actor libre de un teatro, tan libre como el de Shakspeare, por el estrecho claustro que le abrieron las lecturas tal vez inconscientes, de dos jóvenes escolares que apesar de las insinuaciones de una parte santísima del público, abrirán un dia sus alas para pensar en el Dante con el genio moderno y para no repetir *ad pedem literæ* las trivialidades de los comentadores católicos sobre la *Divina Comedia*. Piensen esos jóvenes que el poeta mas inspirado del siglo de Augusto fué el guia

de la peregrinacion dantesca y que todo el teogonismo pagano del profundo Lib. VI de la Eneida ha sobrevivido en aquella trilogia inmortal.

La juventud que ha oido á Rossi en el teatro y en la cátedra vive en su gran mayoria del espíritu liberal de la época que predomina en las ciencias, en las artes y en las letras.

L. V. L.

Su nombre!!

De cinco letras unidas
Fórmase un himno que adoro;
Son cinco notas perdidas
Por sirenas sorprendidas
Al empezar en su coro.
~~Llevan en sí~~ la poesía — *Compendian*
Del mar en sereno dia,
Cuando nacarada nube
Cruza un cielo de bonanza,
Y qne el alma á su ideal sube
En alas de la esperauza.

De arrobo suave y de gloria
Son esas letras un canto,
Que es de mis sueños la historia,
Deleite de mi memoria,
Y bálsamo de mi llanto.
Así, ni dulce murmullo
De manso lago; ni arrullo
De fiel torcaz; ni el amante
Ruego de un ser preferido,
Tienen para mí el constante
Imán del canto querido,

Y si el aura vagarosa,
Al deslizarse gimiendo
Por entre la selva hojosa
Dá en modular quejumbrosa
Notas que amor van diciendo,
Nada trae con su ~~sonido~~ *genido*
De halagador á mi oido,
Que no concibe en la tierra
Armonia que lo asombre,
Desde que toda la encierra
La dulzura de *su nombre!*

1871 *Luis Melian Lafinur.*

Efemérides

DIA 12—1825—VICTORIA DEL SARANDÍ.

Los actos de adhesion al Imperio por parte de la poblacion Oriental no eran en manera alguna espontáneos. La dominacion brasilera no era cruel ni rigurosa; pero el pueblo Oriental ligado por la identidad de lengua y de raza, deseaba su incorporacion á la República Argentina. Un puñado de orientales en numero de treinta y tres se embarcan en Buenos Aires y desembarcan en la Banda Oriental [el 19 de Abril de 1825] dispuestos á hacer la guerra á los dominadores de su patria. El comandante Rivera que servia en el ejército brasilero desde 1820, abandonó sus filas y engrosó las fuerzas de aquellos. Antes de dos meses toda la Banda Oriental estaba sobre las armas, y los brasileros, batidos en varios encuentros parciales, se vieron obligados á encerrarse en Montevideo y la Colonia. Lavalleja habia alcanzado á reunir una division de 2,000 hombres y ocupaba con ellos los campos del Sarandí.

El General brasilero Bento Manuel Riveiro que se habia ilustrado en la invasion de la Banda Oriental, osó atacarlo, siendo completamente derrotado el **12 de Octubre de 1825.** Los brasileros salieron del campo de batalla en completa dispersion, dejando en poder de los patriotas cerca de 500 prisioneros. La superioridad de las armas de Lavalleja quedó establecida desde entonces en todo el Uruguay y el prestigio de su causa ganó nuevos y poderosos auxiliares.

¡Ohne Hoffnung! —Así se titula la siguiente composicion traducida del aleman, seguramente mucho mas bella y comprensible que el título para quienes ignoran su significacion:

Bajo el amparo de la noche negra
confio mi dolor sin esperanza
á este papel que pasará un momento
bajo la lumbre azul de tu mirada;
mientras que yo con mi pesar profundo,
para enviarte sollozos de mi alma,
¡busco el amparo de la noche negra
que oculta mi dolor sin esperanza!

Yo no te exijo nada. Mi tesoro
es este amor incógnito del alma;
por eso al escribir hundo mi nombre
en el abismo de mi suerte aciaga.
¡No te asomes á él!—¡Es tenebroso!....
Nunca sabrás el nombre del que te ama,
porque nada ambiciono. ¡Mi tesoro
es este amor incógnito del alma!

Yo bien sé que mi huérfano quejido
arrancará á tus ojos una lágrima;
porque tu pecho generoso y noble
está abierto al dolor y á la desgracia;
porque tambien tu corazon ha amado,
y has visto perecer sus esperanzas....
¡oh! ¡bien sé que mi huérfano quejido
ha de arrancarte dolorosas lágrimas!

¡Mas, ni siquiera pasará mi sombra
por el cielo purísimo de tu alma!
porque no sabes que mi pecho triste
en su latido sin cesar te llama;
y estas estrofas, que el papel te lleva,
son los sollozos que tu amor me arranca.
¡Ah!—¡Ni siquiera pasará mi sombra
Por el cielo purísimo de tu alma!

El contra almirante del Perú Don Miguel Grau

« Mas que para acusarle recibo de tan valioso presente [un libro], escribo á Vd., como americano y especialmente como peruano, para ofrecerle el tributo de mi reconocimiento »—[Carta del comandante Grau.—Lima, Diciembre 6 de 1878.]

I

En medio de la intensa alegría que en ese dia, que se ha hecho memorable en una hora, ha dominado el corazon de todos los chilenos, una nota melancólica vino á apagar en la segunda faz de las nuevas, muchas vibraciones generosas. El comandante del *Huáscar* y contra-almirante del Perú don Miguel Grau habia perecido junto con sus bravos compañeros en el campo del honor.

La tristeza visible con que esta noticia era trasmitida de boca en boca desde que á las tres de la tarde comenzaron á circular los primeros partes oficiales del combate de Mejillones, es como una corona anticipada que los chilenos envian al noble enemigo que ha caido en el puesto del deber.

Hubieramos querido ciertamente tener al *Huascar*, y no ha sido otra la ambicion patriótica de nuestras almas durante seis meses; pero habríamos querido tenerlo por su bizarro jefe. Así como ha sido, nuestra victoria parécenos incompleta, ó mas bien, mutilada. Y el ufano monitor vencido, entrando á las aguas de Mejillones, sin el alma y sin el brazo que lo condujera al asalto, remolcado precisamente por el buque á cuya tripulacion diera plazo magnánimo para salvarse hace tres meses, parécenos una sepultura encerrada dentro del glorioso trofeo.....

II

Tenemos desde tiempo antiguo íntima y mútua cuenta de afecto y de respeto con el comandante que fué de la nave peruana, cautiva hoy de nuestra insignia, y es este tal vez el momento presuroso pero bien elegido de pagarle la parte de esa deuda que á nosotros cabia. Duélenos sin embargo profundamente el alma de que sea sobre su féretro, y no en medio de feliz y reconciliado encuentro, donde hayamos de contar su breve pero honrosa vida.

III

La existencia de Miguel Grau es varia y novelesca. Su padre fué un capitan de la famosa 3.ª division colombiana, que sublevándose en Lima en 1827, abrió el palenque de la revuelta eterna que en aquella inquieta playa todavía ruje.

Ese capitan colombiano, pero de evidente oríjen catalan, no regresó sin embargo á su pátria. Al retirarse la 3.ª division á Guayaquil, secretos lazos le detuvieron en Piura, y allí á los pocos años (Junio de 1834) nació en noble cuna de amor vedado el valiente hombre que hoy ha muerto.

No se habrá olvidado tal vez por muchos ni el nombre ni el noble carácter de dos jóvenes piuranos apellidados S... que se educaron en Santiago por el año de 1840. Esos jóvenes fueron tios del contra-almirante peruano.

Su padre se llamaba D. Juan Manuel Grau, y desempeñaba en la época de su nacimiento el puesto de vista de la aduana del puerto vecino de Paita.

IV

Como hijo escondido, pero amado, llevó allí el capitan Grau á su cachorro, y luego echóle al mar, en la misma época en que el bravo capitan Noel y Lisandro Montero (ambos piuranos) tomaban tambien servicio. Lo que en el Perú se llama la *Costa Abajo*, es lo que en nuestra costa de Chile se llama el archipiélago de Chiloé—un semillero de hijos del mar.

V

Pero Grau no entró, como Montero, en nave privilegiada. Al contrario, á la edad de diez años (1844) embarcose en Paita en un buque mercante como simple grumete, y así, en el espacio de siete años, labrose ardua carrera.

Fué durante ese duro ejercicio cuando Grau se hizo dueño de los verdaderos secretos del mar y de la navegacion, aprendió idiomas, las costumbres y los gustos que habian de servirle mas tarde poderosamente y contribuirian á formar su fuerza y su prestigio de jefe. Grau no era, como Aurelio García y García, un marino de libro, ni de flor en el ojal. Fué, como Salcedo, un marino marinero.

VI

Vuelto á su patria en 1851, sirvió el jóven aventurero en escala humilde en la entonces humilde escuadra del Perú: en el *Rimac*, en el *Ucayali* y especialmente en el pailebot de vela *Vigilante*. ¡Vigilante! era esa condicion la calidad de espíritu que prevalecia en el carácter del comandante del *Huáscar*. Ha sido preciso que viniese con García y García para que se perdiese?

Al poco tiempo el guardia marina Grau fué trasbordado á la fragata *Apurimac*, y estando á su servicio, vínole la primera tentacion del genio maléfico que gradualmente ha ido desangrando al Perú hasta dejarlo exánime.

Sublevado, en efecto, el *Apurimac* por el teniente Montero en favor de Vivanco en 1858, Grau, á título de paisano, siguió al rebelde, y militó con él hasta la rendicion gramatical de Arequipa que, con el diccionario de la lengua bajo el brazo, hizo en aquel año el generalísimo de frac azul y corbata blanca llamado D. Manuel Ignacio de Vivanco.

Grau habia nacido para servir bajo mas honrosa bandera que la de un pedante, y en la desgracia tomó otra vez su puesto como simple piloto ó capitan de aventura en la marina mercante. Visitó entonces la China.

VII

Sus honrosas cualidades de hombre y de marino, llamáronle otra vez á la marina de guerra de su país, y por el año de 1860 era comandante del *Lerzundi*, aquel vapor de mal agüero y peores calderas que voló en 1866 en uno de los canales de Chiloé.

VIII

De aquel buque fué sacado el comandante Grau para conducir desde Nantes las dos corbetas que en la caida de Pezet fueron sus alas; la *Union* y la *América*.

Sabia el débil magistrado del Perú, juguete de los pícaros solapados que no faltaban en Lima, entonces como ahora, que si las dos corbetas le eran fieles, el coronel Prado, sublevado en Arequipa, sucumbiria en el desierto, y para asegurar la lealtad de Grau envió á su padre casi moribundo á aguardarle y fortalecerse en Valparaiso.

El comandante Grau amaba intensamente á su padre y lo probó mas tarde. Pero entre su pátria humillada y vendida y las canas del respeto íntimo, no vaciló. La *Union* izó la insignia de la guerra á España y Prado fué dictador y noble aliado de Chile en la reparacion y la venganza.

IX

Su padre, entretanto, falleció en Valparaiso, y el noble marino, pobre pero afectuoso y abnegado mas allá de la tumba y de los años, vino á Valparaiso, hace diez y ocho meses, á llevar al suelo de la pátria los restos queridos. Esa sola peregrinacion revela, tanto como su heróico fin, el alma del hombre superior que ha perdido el Perú.

El desaliento de nuestros enemigos habrá de ser á esta hora inmenso!

Han perdido en una hora sus dos grandes fuerzas.

Han perdido al *Háscar*.

Han perdido á Grau.

X

Cuando el comandante Grau vino á Chile en el verano de 1877-78 trajo de la mano un niño de corta edad á quien queria enseñar á reverenciar una tumba para comenzar desde ese augusto dintel la vida. Ese niño era su primogénito. El contra-almirante Grau se habia casado en Lima por el año de 1862 con la señorita Dolores Cabero, jóven de distinguida familia, de espíritu levantado y pecho ardiente, como son generalmente las mujeres de Lima. Su herencia de esta hora son nueve tiernos hijos y la gloria!

Llévele brisa amiga el pésame de Chile!

La señora viuda del contra-almirante Grau es hermana de la digna esposa del capitan de fragata Don Oscar Viel, por cuyo hogar y tiernos hijos tuviera aquel, dulce cariño. Así el bravo soldado que mayor mal nos ha hecho, estaba ligado á Chile no solo por una tumba santa sino por un grupo de inocentes cunas..... Por lo demás, en todas las épocas de su vida el capitan Grau manifestó especial afecto por los chilenos.

Y ciertamente que en ello hacia bien! Conocemos mas de un hogar en Santiago que se aprontaba gozoso para hospedarle y hacerle grata la vida de cautivo entre nosotros.

Pero prosigamos.

XI

El comandante Grau cayó en 1866 con los que protestaron contra el generalato de un estranjero impuesto á su bandera, hecho sobre el cual escribiónos nobles y sinceras rectificaciones en diciembre del año último.—«Cómo queria Vd. señor, nos decia, que los que teníamos izada en nuestro buque la insignia del glorioso almirante Blanco Encalada, hubiéramos ido á arriarla por fijar en el mástil de la patria el pabellon de un aventurero? »

Borrado por la segunda vez del escalafon el comandante Grau en su país, entróse llanamente de capitan de los vapores de la carrera. Sirvió en ellos mas de un año, y desde esa época datan algunas de las intimidades de colega á colega que tan funestas nos han sido durante la presente guerra. Algunos de los capitanes ingleses del Pacífico no han sido positivamente espías: han sido simplemente buenos camaradas.

Cuando el comandante Grau volvió al servicio en 1868, se alistó en el partido civilista que proclamó mas tarde la candidatura de Pardo, y fiel á éste y á la ley, le sostuvo con el *Huáscar* contra Balta y los Gutierrez—En 1875 fué nombrado diputado por Piura y en ese puesto, con digna moderacion, continuó sirviendo á su partido.

Por lo mismo, no encontró de pronto favor en la administracion militar del general Prado y se hallaba en calidad de *agregado al ministerio de marina* en Lima cuando estalló la guerra.

El primer acto de ésta fué naturalmente devolverle su buque, y junto con éste, el mando en jefe de la division de blindados que consumó en Iquique, en mayo del presente año, el primero y terrible encuentro de la guerra, en que Grau vencedor fué lo que ha sido, vencido y muerto,—un héroe digno de batirse con héroes de su talla.

En un libro reciente hemos llamado, tal vez sin falsa visual, á Arturo Prat el *Stonewall Jacson* de ésta guerra americana, porque fué la austeridad sublime y casi religiosa del deber! ¿Y por qué igual criterio no nos haria denominar á nuestro noble enemigo el *Pablo Jones* del Pacífico, bravo, aventurero é infeliz como el caudillo legendario de la emancipacion americana?

XIII

Ignoramos, en los momentos en que escribimos, los detalles de su fin. Pero Miguel Grau, el vencedor de Arturo Prat, el que lloró su muerte y recogió con piadosa ternura sus prendas de amor, no puede haber sucumbido sino como mueren los bravos—al pié del cañon.

Escrito esto, leemos un telégrama de Megillones que da razon de nuestros presentimientos. Leemos tambien y aplaudimos con efusion las nobles palabras de nuestro gobierno que son el preludio de sus funerales y su mejor oracion fúnebre.

Ciertamente, esa muerte será en Chile entero un verdadero dolor. Porque si es cierto que en el fondo del alma abrigamos profundo desprecio por los hombres vanos ó perversos que han encendido á escondidas esta injusta y tenebrosa guerra en contra nuestra, forma casi una compensacion del justo repudio el encontrar nobles pechos en los que no cabe la codicia del oro ni la ambicion loca del insensato predominio.

XIV

Entre tanto Miguel Grau ha muerto y será sepultado en tierra chilena. Seale ella leve! Y cuando el huracan de fuego y de hierro haya pasado, y vuelvan á existir hogares de paz y de amistad en los territorios que hoy la sangre empapa, nosotros ofreceremos en cange sus nobles despojos por el de nuestro mártir de Iquique.....

Y ese cange será aceptado sin vacilar porque los huesos no pesan en la contabilidad de las naciones como los vivos..... Basta solo que el oxígeno subterráneo los blanquée y les prepare el perfume para el ánfora.....

Y entonces, si el cielo lo permite, ceñiremos á su féretro, antes de entregarlo á su bandera, corona de duro metal vaciado de los cañones en cuyo montaje el valiente cayo con los valientes.

Benjamin Vicuña Mackenna.

Santiago, Octubre 8 de 1879.

(Discurso del Dr. Blanco)

Señores :

No voy á turbar nuestro dolor y el silencio de una tumba gloriosa con apologías que están en todos los corazones.

No quiero tampoco rememorar al hombre público. La historia, y antes que ella, la generacion que nos sigue de cerca, tributará el homenage y discernirá su imparcial justicia.

Una existencia que se pierde, una vida escepcional que se estingue, un amigo que se vá.... son los sentimientos que agitan convulsivamente mi alma.

Oh! y qué existencia, qué vida, señores!

Tú eras de los buenos, de los humildes, y por eso he venido aquí, lejos de la pompa, lejos del tumulto, en el solitario lugar del eterno descanso, al lado de los tuyos, á decirte adios!

José Pedro Varela, era un trabajador que habia arado *hondo, muy hondo*, y que habia arrojado la simiente por sí mismo en la tierra preparada por sus propias manos, y que en medio del dolor, de la angustia y de las esperanzas, precursoras de la cosecha, lo sorprendió la noche, la eterna noche, estallando sobre su cabeza, la tempestad que lo postró inerme y sin vida, dejando tan solo en la limpidez de su frente, retratada la serenidad de su espíritu, en el brillo de sus últimas miradas el fuego devorador del pensamiento, en el sello de su rostro, la altivez de un temple indomable y de una voluntad perseverante.

Se le preguntaba un dia al artista Becquer, de qué habia muerto su hermano el poeta, y contestó: « Gustavo *murió de muerte.* »

Varela no murió como el poeta, no replegó sus alas para entonar el postrimero canto.

Murió porque *dió su vida* en holocausto, porque como un apóstol hizo obra de redencion.

Quiso que por cada niño que entrase á las escuelas, se devolviese un ciudadano útil á la sociedad y á la patria.

El martirio fué su camino en la gigantesca empresa!

Enclavado en el lecho de acerbos dolores, de crueles sufrimientos, á todo atendia, todo lo preveia, sin exhalar una queja, y sus manos, fuertes por la virilidad de su espíritu y el imperio de su voluntad, elaboraban la página de ilustracion y de ciencia que la imprenta devoraba con igual febrilidad, para reproducirlas y difundirlas por los ámbitos de la República, y cuando el dolor cesaba un instante, un breve instante, ¡ay! para volver despues con redoblada furia, y una voz amiga le recordaba el padecimiento y el insomnio de la noche anterior, él decia: «el dolor pasado solo vive en la memoria; tra« bajemos en el presente y no pensemos en el dolor « que viene». ¡Y mas que el dolor, la angustia y la fatiga mortal venian, y cuando otra voz querida, tierna, amantísima, queria derramar el bálsamo de su amor y el consuelo de sus dulces palabras para confortarlo, él respondia: «No es nada..... Otros sufren mas que yo! »

Es imposible hacer mas, señores!—Es imposible llevar mas allá la resignacion, la constancia, el martirio, por una idea, por un propósito santo, noble y abnegado—por la educacion de un pueblo!—Aquello parecia algo de terrible y de grande que no esplica ni define, sino fuera un heroismo.

Quien así habia vivido, así debia morir, y las últimas líneas que firmó con pulso sereno y tranquilo, fueron para ordenar que las Memorias de los Inspectores Departamentales estuvieran prontas, sin demora ni pretexto alguno, el quince de Diciembre próximo, dia en que «*él tendria tambien pronto su « trabajo* como Inspector Nacional,» y los últimos vislumbres de su espíritu, sus últimas palabras, cuando las claridades de la vida se confundian con las sombras de la muerte, fueron para pedir papel, *papel en que escribir!* y hubo aun voluntad y fuerza y energía en aquella alma para tomarlo con una de sus manos y acercar la otra á la pluma—Despues.... espiró!

El supremo esfuerzo del pensamiento *para pensar* todavia, para esclarecer una idea, habia consumido de un golpe toda la fuerza vital que le quedaba!

. . . . . .

Ahora, henos aquí reunidos.

Tambien estamos los que habríamos venido sin estas pompas ni galas que te acompañan y que tú merecias, á inscribir tu nombre en una humilde lápida y en la sencilla cruz, símbolo de redencion, que custodia solitaria á los modestos ciudadanos, á los pobres olvidados—Adios!

Ante la tumba del apóstol infatigable, del varon fuerte y animoso, del educacionista eminente, yo me inclino reverente!

Ante la tumba de José Pedro Varela, del amigo de mis años juveniles, en que juntos «hemos ron« dado las puertas de la patria,» como él decia entonces para espresar los sueños de libertad, de derecho, de justicia, del amigo con quien frecuentaba íntimo trato y á quien me ligaban vínculos sagrados en los últimos años de su corta vida, comprimo mi dolor y guardo silencio para no turbar su reposo, elevando tan solo, el único voto digno de su memoria.

Que la obra de la educacion del pueblo por la cual dió su vida, no sea manchada por impuras manos; que ella se conserve inmaculada y guarde su gigantesco impulso!

Adios! amigo querido. Bajas á la tumba como un justo, con las manos vacías y la conciencia pura; las últimas brisas de la tarde que orean tu frente, han oreado antes nuestras lágrimas; los últimos rayos de sol que doran tu féretro, han iluminado las frentes de diez mil niños, que se han puesto de pié para verte pasar! Ve en paz. Llevas como los escogidos el cortejo del cielo!

Varela, educacionista eminente! Varela, amigo inolvidable! En nombre de aquellos que te rodeaban en tu lecho de muerte, de aquellos á quienes les comunicabas con el vigor de tu palabra inspirada tus últimas aspiraciones y tus últimas esperanzas, de Villalba, de Romero, de Pareja, amigos de la infancia, amigos de todos los tiempos, de aquellos otros tambien á quienes tú querias y que siempre te han querido; en nombre del Ateneo del Uruguay que se asocia para rendirte el postrer homenaje de la vida, á la juventud que llora tu pérdida y que no contradecirá mis palabras,—deposito sobre tu tumba la flor de los sepulcros, la inmarcesible siempreviva, símbolo del eterno dolor y del eterno recuerdo!

He dicho.

——— Octubre 26 de 1879

Teatro dé Shakespeare

Representacion de Julieta y Romeo

Se viene repitiendo que Skakespeare es en el mundo moderno, lo que Homero en el mundo griego. Que es, se dice tambien, el creador de algo que en su género nadie ha igualado.

Ha merecido como Dante que se le comente á la par de los mas grandes autores clásicos de la antigüedad. Fué admirado y querido por sus contemporáneos; y el eclipse de su gloria que subsiguió á la época de su muerte, ha sido compensado con usura por la posteridad, en cuanto ha fijado definitivamente un fallo inapelable acerca de su portentoso genio.

Ningun escritor ha sido agraciado con mas brillantes lauros, discernidos así por los críticos de juicio conocidamente recto, como por aquellos que dan parte en sus decisiones literarias á los intereses del momento ó á pretensiones individuales.

Voltaire la emprendia con el desventurado Letourneur, porque este en el prefacio de su traduccion francesa, llamaba dios del teatro al *borrachon* de Shakespeare. La suposicion de que á «Zaira», la encantadora pieza segun Rousseau, fuera á encontrársele su genealogia en «Othello», motivó acaso esa injuria hija del carácter iracundo y maldiciente de Voltaire. Pero á ese genial arranque de mal humor y de pasion literaria, puede oponerse la primera, la verdadera opinion, que formó sobre el gran dramaturgo, cuando recien venido de Inglaterra, recordaba con entusiasmo la justicia de los ingleses al enorgullecerse con su actor favorito, dándole el dictado de *divino*.

Marmontel, escritor rutinero y exigente, abandonaba sus arraigadas prevenciones de escuela, complaciéndose en llamar á Shakespeare, viejo irregular pero sublime.

Para la crítica alemana, que recien con Gervinus ha querido reaccionar en la tentativa de hacer un ente infalible del autor de «Macbeth», todo se encuentra en él, y nada se ha dicho ántes ó despues de Shakespeare que él no lo haya sabido ó presentido derramándolo en sus obras. La cuestion está en el modo de leerlas.

Chateaubriand lo coloca á vuelta de otros elo-

gios, en el número de los cinco ó seis genios dominadores que bastan á las exijencias de la poesia.

Segun Victor Hugo, no hay concepciones más altas que las de Shakespeare. Lo que no es mucho decir, porque para Emerson es *el poeta* de la humanidad; lo que no todos comprenden, razon por la cual segun el autor norteamericano, á Milton y á Bacon les faltó genio para adivinar la mejor cabeza del universo.

Los grandes escritores franceses del siglo XVII ninguna influencia recibieron de Shakespeare. Apénas si Molière utilizó en alguna de sus peores piezas dos ó tres chistes del autor ingles, referidos sin duda por algun amigo. Y despues de notarlo, Villemain se entristece al pensar las glorias que habria dado el gran Corneille al teatro de su patria, si le hubiese pedido á Shakespeare, lo que obtuvo de Calderon de la Barca, de Lope de Vega, de Guillen de Castro y de Rojas.

Comentar ó siquiera referir, todo lo que se ha dicho en elogio del poeta que nos ocupa, fuera cosa de nunca acabar. Ni aún pueden escasearle las alabanzas los mismos que se proponen ser parcos para ser justos é imparciales. El crítico frances Mezières escribe un libro especial sobre Shakespeare en cuya introduccion se queja de las exageraciones del entusiasmo germánico, y al terminar las quinientas páginas de que se compone ese libro, cree quedarse corto diciendo que es el genio más maravilloso de los tiempos modernos. Bien que esta sea una laudatoria de calibre, no tiene el inconveniente de herir susceptibilidades religiosas, en lo que no paró mientes un escritor que queria á todo trance sustituir la Biblia con el teatro de Shakespeare, por que dice que jamás se predicó una moral más indiscutible que las de sus dramas, ni se pintó la virtud con más bellos colores.

Si por sus obras, su genio, su influencia y su renombre, excita el gran poeta sumo interés, llama tambien la atencion su azarosa vida, sus aventuras, sus íntimas originalidades, que dan hasta cierto punto la clave de su profundo conocimiento del corazon humano y de su fisonomia sicológica.

Deslizándose su existencia quieta y apacible no habria estado en el caso de tratar de cerca á los séres escepcionales, terribles ó buenos, sérios ó ridículos, sagaces ó imbéciles, siempre verdaderos, que despues tan admirablemente pinta en sus dramas. Pero saliendo de la intimidad ds Lord Southamton para rozarse con los cómicos de su compañja y el público al aire libre de los teatros de su época, pudo recorrer ampliamente la escala social por sus propios ojos, escudriñando los misterios del alma, ocultos á los que no han poseido el genio de su mirada indagadora.

Antes de ser actor habia sido carnicero en los primeros años de su vida; pero una especialidad, porque segun su compatriota Aubrey cuando degollaba una res, «lo hacia á la alta escuela, y el sacrificio era siempre precedido ó acompañado de un elocuente discurso.»

A los diez y ocho años se casó con una mujer que, segun unos, tenia seis años mas que él, y segun otros biógrafos, la friolera de nueve. Prueba de laudable honradez en un muchacho, que sin estar enamorado, reparaba una comun travesura, de la mas leal manera evitando para Ana Hathaway la solucion del deshonor, cuando conocidisimos síntomas indicaron que la Inglaterra podia próximamente contar con un súbdito mas.

Ana empero habia obtenido demasiado para sus merecimientos, y no podia aspirar á mayores triunfos. Su marido la veia una vez al año; ocupando el intervalo de las entrevistas en componer sonetos para otras, por la razon que dá en uno de ellos: «Love is my sin.– El amor es mi pecado.» Y va sin decir que su aficion no podia llevarlo á cometer deslices con su esposa, lo que á su juicio habria tornado la falta en virtud, y el soneto aquel en una inconcebible simpleza indigna de su reputacion. Eso, aparte de que en alguna de sus composiciones sueltas agrega que el amor es su consuelo y su gloria, y bien se puede pecar por el último de estos móviles.

No olvidó sin embargo á su mujer al tiempo de morir, dejándole por cláusula testamentaria, la peor de sus dos camas; legado que desde entonces á acá viene intrigando á sus biógrafos y comentadores, tenazmente empeñados en averiguar con mal disimulada malicia, á quien le dejaria la mejor.

Tómense como se quiera estas anécdotas, el hecho es que si el mundo inquiere la vida privada del poeta, no es para hacerle cargos, ni espantarse ante sus estravagancias é infidelidades. Lo ha absuelto como á otros sublimes pecadores: Heine, Musset... Y si la susceptible esposa de Lord Byron, hubiese vivido mas dias de los que el cielo le concedió, tiempo le sobrara para contemplar como la posteridad no le ha dado la razon en sus impremeditadas y funestas querellas con su marido, ni á ella ni á la sociedad inglesa. A la esposa por majadera é intolerante: á la aristocracia de Londres por entrometida.

Todo interesa en la obra de un genio. Y es así que no alcanzando la generalidad de los hombres el secreto del privilegio de las inteligencias superiores para elevarse como faros en las borrascas de las sociedades, quieren rastrear ese secreto en los detalles de su existencia. Ay! vano empeño! Cervantes, soldado, cautivo ó escritor inimitable, es siempre un indigente, Homero un mendigo, Shakespeare un cómico, en época en que serlo era ignominioso!

Mayor interés entonces, efecto del contraste. «La Iliada» por un pedazo de pan! «Shyllock» por unas monedas, y el aplauso de algunos bebedores hacinados en un salon sin techo, *groundlings* del despreciativo vocabulario de Hamlet.

Pero esas monedas y esos aplausos se han convertido en una gloria imperecedera, que no presintió sin duda Shakespeare, cuando moria sin jamás haberse preocupado de hacer una edicion de sus obras.

La posteridad ha hecho ese trabajo por él. Y lo ha hecho de todo corazon. Ha llenado un deber, y se ha honrado siendo generosa con aquel ingenio peregrino.

Merced al entusiasmo creciente despertado por las pasmosas creaciones del poeta inglés, muchos sabios han dedicado su vida á estudiarlo, muchos artistas á descifrarlo.

De estos últimos, á algunos les debemos esas magníficas ediciones ilustradas en que la esquisita penetracion y el sentimiento estético de

un Gustavo Doré, hablando al alma por medio del grabado, despiertan todo un mundo de realidades: el éxtasis de la dulce y apasionada Miranda que toma á Fernando por una vision celeste, Othello que ruje, Bruto que mata.

Pero el gran comentario, la esplicacion mas palpitante de verdad, el arte mas consumado de enseñar á Shakespeare, está antes que en Collier, Rosencrantz, Chasles, White, Guizot y mil otros, en ese comentario viviente, de carne y hueso, que hiere nuestra vista, nos habla con voz humana, y nos muestra personajes tangibles que, animados del poder de desterrar la ficcion que no siempre olvidamos en la lectura solitaria, rien y lloran, se despedazan y mueren á nuestra presencia. Los autores de ese comentario insuperable se llaman Garrick, Macready, Talma, Lemaitre, Salvini....

Ernesto Rossi es de la familia privilegiada de estos sublimes intérpretes del mas grande de los genios que han escrito para el teatro.

Los admiradores que el egregio maestro italiano cuenta en Montevideo, están de parabiense desde que «Solis» le abrió sus puertas.

Persuadidos nosotros de que íbamos á completar con la leccion mas acabada y con el comentario mas fecundo en enseñanza, la lectura silenciosa y meditada de la mas tierna y patética de las creaciones de Shakespeare, asistiamos el sábado á la representacion de «Julieta y Romeo».

De la tradicion de unos amores desgraciados referida por Luis de Porto y otros, tomó el poeta pié para esta trajedia.

La historia de una pasion, desde que nace hasta que la fatalidad rompe los cálculos de dicha que en ella se fundaron, es el fondo de la pieza.

Argumento de siempre, de todos los dias, y que solo nos preocupa al través de los siglos, cuando la figura de los protagonistas se destaca por circunstancias especiales que acompañan la notoriedad y la fama de los amantes verdaderos, ó cuando se impone por la forma delicada con que la fantasia de una inteligencia creadora nos muestre en el drama ó la novela la vida anhelante de las naturalezas apasionadas, vaciadas siempre en el molde de los dos séres que comprendieron los primeros que,

O se oye conjugar el verbo *te amo*
O la vida mejor no importa un bledo

segun la feliz ocurrencia de un poeta contemporáneo.

Abelardo y Heloisa, Laura y Petrarca deben sin duda mucho de su renombre á la conjugacion del referido verbo; pero tambien tienen por otras razones una merecida página en la historia de la humanidad. No asi Julieta y Romeo, cuyas partidas de nacimiento difícil será encontrar en parroquia alguna. Todo se lo deben á una leyenda que el genio de Shakespeare ha inmortalizado.

A no ser este piadoso obsequio del gran poeta, los amantes de Verona, como los muertos del «Cementerio de Aldea» de Gray, sin cantor que los recordase, solo habrian vivido la vida efímera que les prestára la pluma de cuatro cronistas que hoy nadie lee, ya que la lápida del misterio no hubiese venido á confundirlos desde luego con la turba multa de los séres anónimos, que nacen y mueren sin que se mueva una paja.

Pero de una historia sencilla, el genio del poeta inglés ha hecho una obra imperecedera, y la más llena de entusiasmo juvenil entre las suyas.

Haciendo Rossi el Romeo, se llega á comprender la inspiracion que arrastró á Shakespeare cuando escribiendo esta tragedia, dejaba claramente ver que es la obra de los primeros tiempos, concebida en esa hora de delirio de las naturalezas impresionables, que dan rienda suelta al raudal de sus exhuberantes facultades creadoras de idealismo y de belleza, cuando la nieve de los años no ha apagado todavia la fibra del entusiasmo, ni ha marchitado la flor de la esperanza.

Otras trajedias tiene Shakespeare, más arregladas á las exigencias del teatro, más profundas como estudios del corazon humano, pero ninguna la aventaja en pasion y colorido.

La figura de Romeo se desprende del cuadro, radiante de verdad en sus más violentos trasportes de amor inmenso. -Y Julieta es una creacion sublime.

Todas las mujeres del gran dramaturgo lo son. Desdémona, Cordelia, Ofelia, Miranda se imponen al corazon por el sentimiento que las alienta.

Julieta, no obstante, es la vision aérea de la primer aurora de la existencia de los poetas, cuando sueñan con la mujer comprendida por intuicion, buscada con avidez por el mundo y que despues de hallada desaparece como una nube, que se vé, que regala la vista, pero que no hay como alcanzar ni detener.

Julieta es un amante como no hay otra. A Desdémona la seduce la gloria del moro vencedor en cien combates. Othello, negro, viejo y feo, es para ella hermoso porque importa la encarnacion de su ideal. La veneciana habria amado á cualquiera que como el jefe de la República, tuviese una reputacion tan bien adquirida. En su amor, hay algo de piedad por un hombre que va á honrar con su fama á la mujer que vincule á su nombre.

Ofelia es una figura simpática, corazon levantado, pero nada hace de notable con haber creido en la declaracion amorosa de Hamlet. El príncipe de Dinamarca es jóven, lleva en su rostro impresa esa vaga melancolía que revela á las almas soñadoras, belleza de Antinoo, que habria perturbado la tranquilidad del ser más apacible, haciendo esclamar á más de una, «si no estuviese á tanta altura», como dijo Luisa de la Vallière á la vista del que luego la hizo su cortesana.

Julieta no se encuentra en ese caso. Ella no sabe quién es Romeo; lo ve, y la pasion brota como por encanto. A la primera mirada comprende que aquel hombre le pertenece. Pregunta cómo se llama, y despues agrega «si es casado la tumba será mi lecho nupcial». Romeo á su vez habia hecho la misma pregunta y formulado el mismo propósito. Julieta, como síntesis del amor que nace en un segundo, para terminar en la abnegacion y el sacrificio, es una creacion que difiere mucho de sus hermanas Ofelia y Desdémona.

Parecerá extraño que con un argumento tan comun y sabido, se le pueda dar vida animada á una accion teatral. Duda es esta que á tenerla habria sido desechada por los que á Solis asistieron el sábado.

Porque Rossi ha sabido interpretar bien, ad-

mirablemente, con verdadero genio, la intencion profunda y oculta de Shakespeare, tras el halago que persiguen dos almas apasionadas.

En un cuadro de pureza, de sentimientos, robustecidos por una imaginacion ardiente, y pintando, ora elegancia, ora groseria de costumbres, —sombra y luz de la hidalguia é inconveniencias de la época,— se desarrolla un idilio que termina en elegia, y que en el concepto generalizador del poeta, no es mas que la historia de todos los tiempos, terrible, pero verdadera, de lo menguados que son los calculos humanos.

Una sombría tristeza empaña siempre y detiene los propósitos de Romeo.

Ama y es correspondido: pero una cuestion que no es suya, que él ha encontrado planteada y desarrollada con sangre por sus antepasados, le hace vislumbrar el primer eslabon en la cadena de sus males. Julieta es de la familia enemiga: es Capuletti. Quiere él no obstante reaccionar contra el maldito legado de odios que como una sombra funeraria, persigue su dicha para desvanecerla; pero mata á Teobaldo en buena lid, con razon, provocado, escarnecido, y este duelo que la fatalidad prepara, motiva su destierro y hiere por lo pronto sus ilusiones, para concluir con ellas despues, y con su vida mas tarde.

Esta enfermedad del alma, que aqueja á los mortales, este continuo desengaño de ver todo desvanecido, cuando mas seguro se cuenta, esta sombría desesperacion que Shakespeare ha encarnado en Romeo, es lo que el señor Rossi ha sabido interpretar y trasmitir á su auditorio, llegando á sobrepujar en ciertas escenas, las esperanzas que pudiera tener en su genio dramático, el espectador mas concienzudo y exigente.

Cuando en la celda de Fray Lorenzo, pretende este aplacar la desesperacion del amante con razones muy buenas, si el estado del corazon de Romeo permitiéra aquilatarlas, Rossi es sublime dando por principal argumento al bondadoso fraile el ardor de sus juveniles años, y la avasalladora pasion que lo devora. Para que esta escena tenga la importancia que le dió la inteligencia del actor, se necesita un profundo conocimiento del modo de ser de Shakespeare y una organizacion muy delicada á fin de que lejano ya de la edad de la adolescencia que debe el señor Rossi retratar, pueda no obstante esa circunstancia, revelar el irreflexivo y vehemente ímpetu, guia única de las pasiones en los primeros años de la vida.

El arte triunfó. El adolescente de Shakespeare pisó el escenario de «Solis» la noche del sábado. Lo hemos visto, lo hemos sentido.

Trajedia de afectos encontrados, de contrastes, de odios, tiene en su conjunto una poderosa filosofia que si siempre está en los labios de Fray Lorenzo, personaje sin duda en quien Shakespeare ha querido poner las mas sentenciosas máximas y los consejos mas prudentes, no falta empero en los demás accesorios de la pieza.

El boticario que vende á Romeo el veneno, y da materia al animado diálogo que termina con la verdad de que el tósigo mas sutil es el oro *auri sacra fames* de Virgilio; la charlatanería del ama, tan pronta á favorecer los amores con Romeo, como á aconsejar despues á Julieta que se case con Paris, testimonio del desconocimiento de los mas tiernos afectos del alma, en una persona vulgar, incapaz de elevarse á las grandes concepciones del deber; el orgullo del padre de Julieta y la groseria con que la trata cuando se resiste al matrimonio que le propone, y que hace en ella resaltar mas su generoso y pertinaz cariño por Romeo; todos son accesorios que contribuyen poderosamente al fin que se propone el poeta, haciendo la historia de una verdadera lucha de pasiones, de un cúmulo de circunstancias que al fin dan por resultado la terminacion de la cosa mas natural, mas pura é inocente, en una verdadera y espantosa catástrofe.

Por eso Julieta que presiente su tremenda desgracia, que sabe que en lote le han tocado pocos momentos de felicidad, los aguarda con ansia. Cuando espera á su amado las horas le parecen lentas. Las de ella son las largas horas del deseo de que nos habla Moreto.

Romeo llega, solo dispone de una noche, y Julieta no lo deja ir. El dia los sorprende en la discusion mezclada con lágrimas y caricias, de si canta el ruiseñor ó la alondra. Y entre cantos, perfumes del jardin, y los voluptuosos ~~encantos~~ de la cámara nupcial, se despiden. Tierna despedida que entristece el fuerte carácter de los amantes sin abatirlos ni quitarles su energia.

A Fray Lorenzo, que como al poeta latino nada de humano le es extraño, se le ocurre un medio terrible para evitar los apuros de la esposa de Romeo, cuando la insistencia de su padre quiere hacerla contraer matrimonio con Paris.

Otra mujer de menos alma vacilaria ante los horrores de una permanencia entre cadáveres y tumbas. Julieta en un monólogo admirable, se pinta con vivos y espantosos colores su aparente muerte. Todo lo piensa, pero no vacila. Toma el narcótico, como beberia un vaso de agua. Tranquilidad de la abnegacion, misterios del alma que Shakespeare comprende, y desarrolla á nuestra vista atónita.

Nada sin embargo es parte á detener el desenlace cruel de la tragedia. No puede ser de otro modo. Cuando se conjuran contra el hombre los elementos de castigo con que cuenta la invisible mano de la fatalidad, viene á ser un juguete miserable del destino, que en él se ensaña, lo mortifica, lo hace espiar culpas propias ó ajenas, y lo anonada.

Esa es la tradejia «Julieta y Romeo». La historia de dos amantes nacidos con todas las condiciones para ser felices, y perseguidos, maltratados y asesinados cruelmente, por un hado misterioso que en ellos se cebó.

A la altura necesaria para demostrar esta tesis, se mantuvo Rossi toda la noche; exhibiéndose, como queda apuntado, en la plenitud de su genio en muchas de las escenas capitales de la obra.

La trajedia que nos ocupa, como otras piezas de su autor, ha sido arreglada, mutilada y cambiada por traductores y artistas.

Goëthe fué uno de los que cometió la profanacion de alterar su texto; y el actor Garrick habia antes hecho algo semejante.

En el arreglo italiano de que se vale el señor Rossi se ha procedido de igual manera. Bien que sea frecuente este modo de alterar á Shakespeare, para el mayor efecto escénico ó

100

para suavizar pasajes demasiado realistas, no lo aceptamos por ningun principio.

Alfredo de Vigny en sus magistrales traducciones de «Othello» y el «Mercader de Venecia» se permitió dulcificar esas obras segun su sabor estético; y Alejandro Dumas, no quiso en su version de «Hamlet» que muriese. Le conmutó la pena, para que viviendo huérfano, desgraciado, con su amante en la tumba despues de haber enloquecido, espiase más duramente que con la muerte, el crimen de haber retratado á lo vivo las miserias de la humanidad.

Pero á Shakespeare debe respetarse, como á Homero, como á Dante. No se le debe traicionar haciéndole decir lo que él no quiso decir, y cambiándole muchas veces, lo que es más grave, el desenlace de sus dramas, que envuelve por lo general la leccion que él quiere deducir del conjunto de la obra.

En el orijinal inglés, Romeo muere antes de que Julieta despierte del letargo.

En el arreglo italiano, con un resto de vida, el infortunado amante estrecha en sus brazos á Julieta, y muere despues de un deliquio amoroso, interrumpido por la agitacion que le produce la certeza de la proximidad de la muerte, atestiguada por las manifestaciones del veneno que corroe sus entrañas.

La escena fué admirable. Rossi murió habiéndole pedido al arte la fuerza suficiente para descomponer su organizacion escepcional, al estremo de causar el pavor de lo verdadero. En estas tentativas y estos triunfos, más de un actor abusando de sus fibras, ha adquirido dolencias incurables; y Sarmiento nos cuenta en una página impregnada de dolor, como vió en Chile, morir como fulminado por un rayo, á un distinguido actor argentino, cuya naturaleza sensible no pudo resistir sin despedazarse los efectos de la conmocion interna que le produjera un papel terrible.

¿Se podrá decir de Rossi lo que Prosper Merimeé, de los escritos de Macaulay: que tienen *demasiada perfeccion?* A nuestro juicio Merimeé se muestra aquí paradojal. Imposible es en la tierra algo perfecto.

Los que busquen la última palabra en materia de arte, engólfense enhorabuena, para la pequeña crítica, en los detalles más insignificantes de una representacion teatral.

Por nuestra parte le debemos á Rossi el mejor comentario de *Romeo y Julieta*; y lo que deseamos no es buscar defectos, más dificiles de hallar de lo que algunos creen, sino tan solo que el distinguido actor, nos regale pronto con *Hamlet*, *El rey Lear*, *Shylock* y demás piezas de Shakespeare que cuenta en su repertorio.

Luis Melian Lafinur.

Montevideo, Octubre 27 de 1879.

El Hamlet de Rossi

Entre todas las obras del hombre, que me son conocidas, una ha ejercido siempre sobre mi espíritu una dominacion inesplicable: Hamlet. Ese drama me subyuga, me impone y jamás, en la vertijinosa manera de escribir que tenemos en nuestra tierra, se ha atrevido mi pluma ni aun á analizar las impresiones que su lectura ó su interpretacion han dejado en mi alma. He pasado muchos años sin entender el Hamlet y hoy mismo mi inteligencia solo comprende vagamente esa encarnacion del pensamiento humano.

Para entrar al mundo de Shakespeare y poder respirar su atmósfera, es necesario haber dejado á la espalda las vehemencias de la primera juventud, estar cerca de la edad en la que el foco de la vida va ascendiendo del corazon á la cabeza, tener en una palabra, aquella ciencia de observacion incompatible con la fé entusiasta de la adolescencia. Romeo se siente siempre y la escena del balcon es mas bella, vista al través del celaje encantado que tienden sobre el espíritu los primeros años, que para aquellos que la miran con los melancólicos ojos del recuerdo. Pero las pasiones brutales del hombre, encarnadas en Otello, Macheth, Shylock, solo son comprensibles para los que han llegado á la edad de sentirlas.

Por qué hoy venzo esta timidez, retemplo mi espíritu y me atrevo á Hamlet? Mi cabeza no está encanecida, pero la vaguedad de mi concepcion ha tomado una forma al fin bajo el poderoso impulso del intérprete. El contacto solitario con el libro, la dificultad de alcanzar, por un esfuerzo puro de inteligencia, el conjunto, la armonía de aquella figura, nunca podrá dar el resultado de una interpretacion, no solo plástica, sino íntima, profunda, levantándose de estudios largos y detenidos, como las férreas figuras del Ghiberti se destacaban de la mole de bronce al cabo de infinitas veladas.

La interpretacion que Rossi hace del «Hamlet» sale del arte dramático, despues de pasearse por su cumbre, para entrar en la alta crítica literaria.— Sobre Hamlet han escrito los hombres de espíritu mas intenso que han vivido en el mundo de las letras; todos ellos han buscado el pensamiento de Shakespeare y muchos, sin encontrarlo, han cedido inconscientemente al influjo de ese soplo enérgico y lo han imitado. Rossi no ha publicado un solo libro; su comentario, sin embargo, es el mas completo que conozco. Comentario de carne y accion, de movimiento y de espresion, conjunto completo é inteligible.

Anteanoche he creido leer el Hamlet por primera vez; el verso, la letra, la palabra vibraba en mi memoria antes de brotar de los labios de Rossi y cuando lo oia, era algo nuevo, la impresion era otra y la inteligencia absorbia estasiada ideas nuevas bajo la misma forma conocida. Hamlet vivia ante mis ojos; nunca he seguido con mas emocion, con mayor curiosidad la trama de alguna accion dramática, que el desenvolvimiento de aquel espíritu. Como en la obra de Shakespeare, el rasgo característico de la interpretacion ha sido la unidad; desde la primera escena, hasta el momento supremo en que Hamlet se hunde en el silencio, el tipo moral no se ha desmentido un segundo. Hé ahí el resultado del estudio, de la honda reflexion que marca cierto sello individual é indeleble sobre una concepcion. Rossi ha formado el Hamlet en su cráneo lentamente, cada año trayendo el concurso de una idea, suavizando un perfil, acentuando una sombra, iluminando un rincon imperceptible de la tela. Por fin ha hecho una estátua irreprochable, regular, perfecta casi, si es posible emplear alguna vez esa palabra absurda.....

Ahora..... y siento una vaga emocion al trazar esta línea ¿qué es Hamlet? Qué ha querido hacer de él el vigoroso poeta inglés al lanzarlo como un enigma al mundo intelectual?

Es necesario renunciar al método en la esposicion, abrir lealmente el espíritu y tomar de entre el tumulto las impresiones mas fijas. Para mí, Hamlet es una adivinacion prodigiosa del estado del

pensamiento humano bajo la accion de ciertas corrientes morales que, en vida de Shakespeare, no se habian desatado aun sobre la sociedad humana, ó influian solo sobre ciertos individuos sin que su influencia fuera colectiva. Hé ahí el foco del escepticismo que hizo escuela en el principio de nuestro siglo; hé ahí el padre de Werther, de René, de Manfredo, de Fausto mismo, con mas dudas en su cerebro y mas angustias en su corazon que los héroes todos del byronismo. Hé ahí adonde llega la vaga fantasía humana cuando no señala límites á su accion, cuando se aferra á los problemas de la vida y pierde en el abismo gota á gota la sangre generosa de la confianza y la fé. Viaje sin término, cada etapa agrega un dato á la esperiencia, la razon se aguza, se levanta del nivel de la existencia diaria, se habitúa á regiones altas y supremas.

Llamad luego ese espíritu á las realidades del mundo, recordadle que el hombre nace del vientre de la mujer y queda ligado á ésta por el vínculo del amor; que ha habido un ser real y positivo sobre la tierra; que se llamó como él Hamlet y que lo engendró; desenvolved ante su mirada habituada á vagar en el espacio, el cuadro negro del crímen, el hermano asesinando al hermano dormido.... y la madre, la santa madre, esa mujer-idea, cediendo bajamente á la lascivia sensual y compartiendo el lecho del matador. Baja, baja de las nubes, Hamlet, ésta es la vida, éste el mecanismo del mundo que habitas y del que no puedes desprenderte.

No tienes tu alma preparada ni aun á comprender lo que es la accion? No importa, húndete en ella, porque te llama y te exige. Tú, honesto y puro hasta en el pensamiento, aprende á fingir y sabe por fin que en la organizacion de este mundo, la venganza suele ser un deber.

Tal comprendo á Hamlet; el desequilibrio entre la inteligencia que investiga sin reposo, que aspira á la independencia absoluta, al desprendimiento de las pasiones y la conciencia que grita, que llama á la accion, y que obliga al fingimiento, puede producir esa desesperacion intelectual. Entonces todas las ideas se modelan bajo su atmósfera, adquiriendo así la acritud triste y profunda que reviste el lenguaje de Hamlet.

No se si he leido en alguna parte ó si lo he oido decir á Rossi mismo en una de las conversaciones deliciosas en que el artista deja entrever toda su delicadeza y profundidad, que el Hamlet radica esencialmente en la inteligencia. Es exacto; del desequilibrio de las facultades mentales nace ese estado curioso del espíritu, que por momentos aparece poseido de la mas completa demencia, mientras que en otros penetra rápido y seguro hasta lo mas profundo é íntimo de la naturaleza.

El desenvolvimiento brutal y esclusivo de una pasion, rompe la armonía moral. Todo se subordina al elemento violento, todo cede su sitio á las sugestiones del móvil tiránico; así, en el alma del Moro, para no salir de la *shakespearelogia* (dejo esa palabra atrevida que ha brotado casi inconscientemente bajo mi pluma, porque espresa netamente mi pensamiento) en el alma de Otello, decia, todo ha callado, apenas Yago derramó en su oido la primera sospecha.

Los triunfos, la gloria militar, el amor al combate, la nobleza natural que hace eternamente sagrada á una mujer, todo se desvanece como la convencion social ante los bárbaros é intransijentes dolores de la vida. Otello radica en el corazon, como Macbeth, como Shylock; solo Lear, en mi pobre opinion, tiene toda su naturaleza moral comprometida. En él, el corazon se seca y se marchita ante la primer palabra amarga de las hijas queridas, exhalando ese quejido que va á resonar en el cerebro y á producir los fenómenos fisiológicos de la demencia, nunca tan magistralmente estudiados. No se borrará de mi espíritu aquel jesto doloroso, la queja profunda de Rossi cuando, en el rey Lear, lleva la mano á la cabeza y parece querer arrancar una espina, un puñal, algo helado y punzante que le atraviesa el cerebro. En Hamlet hay un movimiento analogo; la locura, denominando así cualquier perturbacion mental de carácter permanente, si varia en sus manifestaciones hasta el infinito, presenta siempre los mismos caracteres fisiológicos mas ó menos intensos. En el rey Lear de Rossi (repito que la interpretacion, á esa altura, es un comentario completo) el andar vago del viejo monarca, la manera sobresaltada con que se sienta en su trono y empieza á repartir tierras y reinos á diestra y siniestra, revelan ya que en aquella inteligencia hay un punto imperceptible y sombrío, semejante á la nube invisible casi que el ojo del marino descubre en el horizonte y que al primer golpe de viento, crece y se ensancha, se agiganta y acaba por cubrir el firmamento entero.

En Hamlet sucede otro tanto; no me digais que el óven príncipe, en las primeras escenas, es simplemente un hombre inteligente y original: no. En aquel cráneo se agita algo raro, germinan ideas que no son el patrimonio comun de la mente humana, modos de ver la vida que no se adaptan á la concepcion comun de la misma. Es un grano de locura?

Pero ¿qué es la locura, por el cielo? Quién nos dirá por fin en qué consiste esa aberracion inesplicable de nuestro organismo? Esa misma tendencia de la escuela moderna, que echando á un lado las viejas nociones de libre albedrío y responsabilidad moral, nos coloca en el mundo como juguetes inconscientes de cualquier afeccion cerebral, no viene á esplicar Hamlet á traves de los siglos?

Demente fingido ó loco realmente, cada observacion de Hamlet nos penetra profundamente; la idea de su locura es una convencion que se desvanece por completo cuando el príncipe habla, sea solo, lanzando al espacio el eco doloroso de sus dudas, que son las nuestras, que son las de la especie entera, sea posando su mano sobre la cabeza de la dulce Ofelia y queriendo arrancarla de este mundo de miserias y bajezas que los ángeles no pueden cruzar sin macular sus alas.

Qué ciencia íntima de las cosas humanas! ¡Cómo se mueve fácil el pensamiento de ese hombre en las alturas que dan vértigos al genio mismo cuando un segundo se cierne en ellas! La inteligencia, en su pasmoso desenvolvimiento, ha avasallado todas las demas potencias; los sentidos se han embotado y á fuerza de analizar las sensaciones, aquel hombre ha concluido por sentir con el cerebro. Ha muerto el corazon? No: por momentos la naturaleza lanza un grito soberano, se sacude furiosa, las ideas se sobrecojen, la ciencia calla y brota como un raudal espontaneo é irresistible, el sentimiento en toda su violencia.

Así, en aquella escena terrible con la reina, la tension llega á un punto insoportable y la verdad, la santa y eterna verdad, sale rugiendo entre lágrimas de fuego. Madre, madre, arrepiéntete! No lleves tu cuerpo al lecho de ese miserable! Madre, mírame, soy tu hijo!

Asi, ante la abierta tumba de Ofelia, el inmenso amor de Hamlet se levanta titánico—Es otro hombre, se ha transfigurado. Ya no es el estóico que habla friamente de la muerte, ni el escéptico que llama fraternalmente á los gusanos—No divaga ante el

dolor de Laerte: sollozа, grita, se estremece como un hombre á quien el sufrimiento ahoga y no es por cierto de su inteligencia que sale aquella desesperacion sorda y sublime con que invita á Laerte á arrojarse en la fosa. Estaria tambien loco su corazon?

—

No se puede analizar en detalle ese drama sin una intensidad de pensamiento que no tengo—He tomado mi impresion del conjunto y he procurado fijarla en estas líneas, tal cual Rossi me la ha hecho sentir.

Pero no es posible hablar de Hamlet, sin que llene el alma el nombre de Shakespeare, el hombre que ha creado mas despues de Dios, segun la frase audaz de Dumas. No ha habido en ningun tiempo de la historia un prodigio semejante—Las famas colosales del pasado brillan y brillarán mientras la retórica y la convencion imperen sobre el espíritu humano. El divino Homero, el dulce Virgilio, el sombrío Dante, el magestuoso Milton, serán siempre inmortales. Pero la Iliada es á veces insoportable, la Eneida pesada, la Divina comedia un firmamento negro en que se destacan raros astros de intensa luz, el Paraiso Perdido una fantasía de prosélito—Todas esas obras necesitan resolucion para ser leidas y entre mil hombres de letras, no hay quinientos que hayan leido íntegra la obra del Alighieri.

Pero la naturaleza hizo nacer á Shakespeare bajo un cielo severo, sobre un suelo duro y áspero y en el seno de un pueblo libre. Todos esos elementos se reunieron para robustecer su pensamiento, darle prodigiosa intensidad y hasta el aguijon de la miseria vino á batir sus flancos para que no se esterilizase en la inaccion.

« El mundo de los espíritus y la naturaleza, dice Schlegel, arrojaron sus tesoros ante sus plantas; es un semi-dios por la fuerza, un profeta por la adivinacion, un génio que abre su vuelo sobre la humanidad entera y desciende sin embargo hasta los mortales con la ingénua gracia y la simplicidad del niño. »

Grande, altivo, enérgico, el espíritu de Shakespeare, como el océano que toca las riberas todas de la tierra, ha penetrado en todos los ámbitos de la naturaleza humana. Su universo es completo. Tiene las alturas vagas pobladas por el mundo de los espíritus, que habitan el éter y descienden á la tierra como los sueños de la trajedia inglesa. Allí, entre los celajes invisibles y encantados de la region de las hadas, viven Oberon y Titania, y la reina Mab se pasea en su carro ideal. Luego, antes de descender á las profundidades, se detiene en las ráfagas de pureza que ondulan sobre la frente humana, las absorbe en su alma y las trasforma, artífice divino, en las diáfanas y trasparentes figuras de Miranda, de Cordelia, de Jessica, de Ofelia y de Desdémona.

El vuelo se ha hecho mas lento; va cruzando una atmósfera opaca y pesada, sus piés pisan lodo al rozar la tierra y por fin se encara con el hombre. Entonces planta su tienda en lo mas oscuro y profundo del antro, allí, dentro de la conciencia humana, donde jamás pisó planta de poeta y la ilumina para siempre, con coraje, con cierta desesperacion enérjica—Todas las bajezas, todas las sinuosidades, todas las aberraciones grotescas, aparecen nauseabundas, raquíticas, ínfimas. Y el hombre, que se ve tan bajo, glorifica al que le presenta tan sin piedad el espectáculo desolador, y levanta á Shakespeare á la cumbre. Por qué ese perdon de la injuria mas grande que haya azotado el rostro humano? Porque Shakespeare era hombre tambien y su sola gloria es una compensacion á todas las miserias de la especie.

—

Releo lo que he escrito y no encuentro método en la esposicion, ni idea de conjunto. Pero sí cierto calor de sinceridad, cierta vibracion de entusiasmo que aun me estremece. La audicion del Hamlet ha sido uno de los goces mas puros de mi espíritu. Se lo debo á Rossi, que ha abierto ante mi alma este espléndido porvenir intelectual: comprender á Shakespeare.

M. Cané.

Setiembre 26 de 1879.

EL TRIUNVIRATO DEL TRABAJO

MEYERBEER, BALZAC, DELACROIX

POR

JAVIER AUBRIET

(TRADUCIDO PARA LA NACION)

I

En esa partitura del *Profeta*, donde la rijidez se hace sentir bajo el encanto,—como un cilicio oculto bajo un profano traje,—quién no recuerda el papel de los tres anabaptístas? Vestidos de negro, consagrados á su tentativa de feroz renovacion, atraviesan sin descanso las filas, haciendo resonar aquel salmo amenazador, que parece ser la letanía de la revolucion. Cada vez que tiende á renacer la sonrisa en la obra, se ve reaparecer á los tres misteriosos personajes, y la sombría melopea hace callar los ruidos de alegría, como el doble de una fúnebre campana impondria silencio á los repiques de una fiesta. Estos sectarios de la nueva Fé no se mezclan en ningun acontecimiento de la vida real, y tanto los absorbe su divina mision que apénas pertenecen á la tierra.

Yo no sé por qué la imágen de este obstinado grupo me asedia á propósito de tres hombres que por la comunidad de ambicion y temperamento, me parecen igualmente inseparables: Balzac, Delacroix, Meyerbeer, ¿no es en el siglo XIX, en el órden artístico, el más solemne triunvirato del trabajo? Ellos tampoco, apóstoles del arte, han conocido los lazos de la vida ordinaria; ellos tambien se han aislado del género humano para aplicarse á su obra. Algo como una locura de la cruz los ha atacado; han muerto soñando refinamientos nuevos á su martirio de la produccion: hasta su último suspiro, siempre han dejado lo Bueno por lo Mejor sin desmentir jamas su intolerancia para con ellos mismos: Balzac hacia tres veces un mismo libro; Meyerbeer multiplicaba las encarnaciones de una misma idea; Delacroix ha dejado millares de dibujos, que no eran más que las enormes preparaciones de sus cuadros.

Los tres en primera línea han suministrado en una época casi ciega, y escéptica en Arte como en otras cosas, ese contraste consolador de

las grandes inteligencias que no reniegan ni por un momento de su religion artística; ninguna venalidad los ha obcecado; nunca han dejado entrar á los mercaderes al templo de su concepcion; el relajamiento de las costumbres intelectuales no ha hecho mella en su implacable voluntad; esos laureles del arroyo que todo el mundo recoge hoy, pues la igualdad en la celebridad parece ser el *desideratum* de este tiempo,—no les ha quitado el sueño; han mantenido, con cierta aspereza tal vez, con errores sin duda, pero con una incontestable nobleza, el nivel de lo Bello y lo Grande; se han encerrado y recogido á la hora en que ya era una ley el exhibirse y propagarse para hacer las delicias de la multitud; miéntras que un *ana* desleido sin arte bastaba para hacer célebre al primer advenedizo, ellos se han espuesto á la oscuridad no adulando ninguna de las vulgaridades á la moda. Violenta, radical, de una sola pieza, la obra de los tres destruye, al pasar, los grandes placeres del prójimo; que parece oir las tres voces inoportunas turbando sus alegrias con este severo estribillo:

Iterum ad salutares undas,
ad nos venite, populi.

Pero, menos felices que los predicadores de Munster, no conmueven ya las multitudes, y tal vez la turba de las pequeñas vanidades que brillan á poca costa, perseguiria con sus silbidos á los alquimistas de la perfeccion.

Yo no puedo separar en mi imaginacion á estos tres maestros que han servido á la misma Musa, á una Musa atormentada, insaciable y altiva; su estilo los encadena uno á otro; Meyerbeer compone como Balzac escribe; Balzac escribe como pinta Delacroix; no se entra en las profundidades de su pensamiento sinó despues de grandes esfuerzos; no os encantan hasta despues de haberos hecho tropezar; la serenidad natural les falta á los tres, pero tienen la misma fuerza, la misma impersonalidad y la misma energía; y su obra confusa es mucho más bella que tantas otras que nunca perdieron su trasparencia.

Si es preciso un rasgo más de paridad entre estas tres potencias que, reunidas hoy por la muerte, forman como una Trinidad humana, no olvidemos que los ojos de cada uno de estos fanáticos se han cerrado llenos de brillo; fatigados de cuerpo, de alma infatigable, soñaban aun á las puertas de la agonía con planes gigantescos. La duracion comun de la vida no deberia ser hecha para estos génios generosos que no piensan en existir por su cuenta; ya que ellos olvidan tan magníficamente la vida, por qué no los olvidará á ellos la muerte?

Y por esto sobre sus tumbas se podria colocar el lacónico adorno propuesto para la sepultura de Balzac: una columna truncada!

II

En Balzac es donde se encuentra la semejanza más especial con Meyerbeer; entre las carreras de estos dos ardientes benedictinos hay una notable analogía. Cada uno de ellos se ha buscado á sí mismo durante mucho tiempo ántes de conocerse. Puede decirse que *Emma di Resburgo*, el *Esule di Granata*, y hasta el *Crociato*, la primer mitad, en fin, de la obra de Meyerbeer, corresponden hasta cierto punto, á esa faz abundante y estéril, indecisa y banal en que Balzac, bajo los seudónimos de Viellerglé, lord R'hoone y Horacio de Saint-Aubin, preludiaba la *Comedia humana*.

El Meyerbeer de la *Semiramide riconosciuta* ¿no es, bajo ciertos aspectos, el Saint-Aubin del cual el autor de los *Hugonotes* debia ser el Balzac? Dónde están hoy los cuarenta volúmenes que representan la larga ignorancia del ilustre novelista? Qué se han hecho las ocho ó nueve óperas que precedieron á la evolucion definitiva del ilustre compositor? Tal vez el mismo rincon perdido ha recibido mezcladas esas nieves de antaño; y tal vez el Saint-Aubin de *Romualde e Costanza* figura en el mismo cesto al lado del Saint-Aubin de *Don Gigados*. Para estos dos jefes del arte, que durante tanto tiempo permanecieron oscuros soldados, el genio fué una *larga paciencia*, segun una célebre definicion. Para Rossini como para Jorge Sand, por ejemplo, el genio es una corta impaciencia: ellos no tienen necesidad de meditar, no saben más que producir.

Me apresuro á decir que el primer Meyerbeer es muy superior al primer Balzac. Establezco aquí una analogía más bien que una comparacion: la Música que es una ciencia antes de ser un arte, tiene leyes mucho más severas que la literatura; es más fácil escribir un mal libro que una pésima partitura; se encontrarian hasta en la obra italiana del Maestro,—que solo en Francia debia hallar la verdadora patria de su genio,—algunos signos precursores de la gran individualidad llamada á renovar la música dramática; pero pensemos que Meyerbeer,—el hombre del norte perdido en el país de los limoneros,—comenzaba sus ensayos cuando Rossini, el niño mimado del sol, no tenia más que abrir la boca para embriagar al mundo con melodias!

El repertorio meridional de Meyerbeer no carece de cavatinas, ni aires de bravura, pero es el estilo italiano muy moderado, la peor de las cualidades para la música de la pasion ó la loca alegría: Rossini *decente* seria tan desagradable como un Almaviva razonador ó un Otelo reposado. Reglamentad la sublime petulancia del *Barbero de Sevilla*, y le quitareis á Fígaro su densidad específica.

No habia más que un medio de alcanzar á semejante rival: era, no seguirlo, sino tomar atrevidamente un camino opuesto. El éxito del *Crociato*, esa obra mista adoptada muy halagüeñamente por el público parisiense en 1826, no engañó la perspicacia de Meyerbeer; se recogió, tomó tiempo para naturalizar frances á su espíritu más observador que improvisador, y cambió de género. A esta estrepitosa conversion debemos *Roberto el Diablo*.

Nunca se repetirá bastante para la gloria de nuestro país, tan á menudo disminuida por nuestros galófobos, que cuando la Francia no es la mejor de las productoras es á lo menos el más generoso de los laboratorios: la influencia fran-

cesa es la que completó á Gluck y Rossini; ella es la que ha formado completamente á Meyerbeer. Dejad á las orillas del Spre al compositor germano, y quizas la eterna neblina de la escolástica impediria que su magnífica inteligencia se elevára; dejad á las orillas del Arno al compositor italiano, y quizas su génio se veria devorado por la fórmula galopante.

El gusto francés, tan superior en todo lo que se relaciona con el teatro, ese gusto formado por la más feliz alianza de la razon, la imaginacion y el sentimiento, ha desnacionalizado en provecho nuestro á los dos compositores dramáticos mas grandes del siglo; en efecto, se puede decir que un creador pertenece al suelo que le es necesario para producir: una viña de Sicilia trasplantada Borgoña, ¿no daria vino frances?

Rossini y Meyerbeer se han hecho compatriotas nuestros desde el dia en que la atmósfera francesa ha sido necesaria á su inspiracion. Cuando se afirma con un poco de ligereza, que nuestro país no cuenta grandes compositores indígenas, es preciso entenderse. Como hay ciertas madres naturales que se borran ante ciertas madres adoptivas, así una tierra que hace del Meyerbeer de *Emma di Resburgo* el Meyerbeer de la *Africana*, es más que una tierra natal.

III

Meyerbeer tuvo esa ventaja inapreciable para los génios contemplativos: nació rico al grado en que la amplitud de la vida puede medirse sobre la amplitud de la obra. No quiero decir con esto que el artista, á menos de ser incompleto, deba tener millones; eso seria injuriar á tantas brillantes inteligencias que saben ser superiores con una existencia disputada; pero estamos en contra del lugar comun que cree que la semi-privacion es la palanca de la produccion, y la mediocridad la suficiente recompensa del productor, y no traemos á esta cuestion ninguna preocupacion materialista.

Sin pretender absolutamente con Balzac, que el artista necesita una vida *espléndida y envidiada*, pensamos que la fortuna importa á la espansion de muchas inteligencias. La opulencia es una grandiosa prueba: no corrompe ó atrofia más que á los subalternos; por el contrario, depura y estimula á los cerebros selectos, porque muy pronto desprecian aquello de que gozan para honrar algo mas alto y mas respetable; pero al mismo tiempo les comunica una facilidad, una seguridad, una altivez que ni la dignidad mejor guardada llega nunca á compensar; no es el nido lo que hace al águila, sinó la jaula lo que la deforma.

Suponed á Voltaire pobre; fácilmente se siente que perderia mucho de su ligereza y elegancia; quitadle á Montesquieu su castillo de Breda, y relegadlo á un quinto piso, y vereis cómo la amplitud del filósofo se estrecha con su residencia.

Seguramente pueden haber grandes almas en pequeñas moradas, y la reciprocidad es más fácil aun. Dios me guarde, pues, de medir fatalmente el contenido por el continente, pero siempre se finge no ver en el lujo más que satisfacciones sensuales, y nunca se quiere descubrir los goces ideales que proporciona; esta hipocresía es la que me subleva, porque en muchos casos la suerte de lo espiritual está íntimamente ligada con lo temporal. No es una vergüenza ser un lago, pero en esta calidad, solo se llevan lanchas; y si pido que seais rios caudalosos es para que podais conducir navios!

Meyerbeer ha podido ver las cosas y los hombres á traves de la magnificencia de su situacion. Qué habria sucedido si las consideraciones de dinero hubieran turbado su soberana quietud, su absoluto desprendimiento? ¿Creeis que el sentido de lo grandioso no se habria encogido en este soberano que no contaba con la fama, si las mezquindades que nos asedian á todos hubiesen afrontado su vida? Cuánto le importaba esa inmutabilidad que trae la gran fortuna para operar la cristalizacion que caracteriza su obra!

¿Quiereis un ejemplo adverso? Ved al único hombre que hubiera podido tal vez disputar en nuestros tiempos á Meyerbeer el brillante papel de *músico de la historia*, como con tanta justicia ha bautizado M. Blaze de Bury al autor de los *Hugonotes;* tomad á Halévy, ese espíritu demasiado complejo cuyá universalidad de aptitudes ha disipado sus fuerzas, y á quien las necesidades de la vida han apurado. No porque Halévy fuese un necesitado en la dolorosa acepcion de la palabra; pero no habia llegado á ese punto de independencia en que no se trabaja sinó á su hora; la Musa no sabia esperarlo, ni él tampoco la aguardaba. Tenia en el fondo de su cerebro cinco ó seis grandes obras que lo habrian mantenido en el rango en que lo colocó la *Hebrea;* y falto de tiempo, falto de esclusivismo en su organizacion, dejó un equipaje revuelto que se asemeja á esas mezquinas vendimias donde no se espera que el sol haya madurado todos los racimos. Dad á Halévy la llave de oro de Meyerbeer, y hubiera abierto la última puerta del santuario; pero sólo correspondia al autor de la *Africana*,—obra póstuma heroicamente guardada durante quince años en la cartera,—ser el Fabius Cunctator de la gloria.

IV

Las nobles exigencias de Meyerbeer nos hacen exigentes para con él mismo; os penetra de tal manera de la necesidad de absoluto que existía en él, que de buena gana le gritariais: *¡Más esplendor!* como Gœthe decia al morir *¡Más luz!* Permítasenos decir que, vista á la distancia, la obra formidable de Meyerbeer hubiera tenido aún más magestad si entre los cuatro monumentos que surgen soberbios en el horizonte: *Roberto el Diablo*, la *Africana*, los *Hugonotes* y el *Profeta*, y cuyos dos últimos desafían á los tiempos, hubiese sacrificado las construcciones mistas que tienen su valor propio, pero disminuyen la importancia de la perspectiva: la *Estrella del Norte* y el *Perdon de Ploermel*. Necesitaba las cimas y los grandes sujetos, este poderoso agitador: los pequeños senderos no se han hecho para los gigantes.

Además, esta música decorativa tiene necesidad de grandes espacios para encontrar su verdadera

resonancia; no se desencadenan los elementos en un medio de veinte piés cuadrados; Meyerbeer descendiendo á la ópera de género, es el rayo en una alcoba; examinad en *Roberto el Diablo*, destinado primeramente á una escena secundaria, lo que queda de la concepcion primitiva, ¡qué disonancia en ese duo sencillo: *Ah ¡el galan! ¡el hombre honrado!* Parece la intervencion de una flauta en el estrépito de la tormenta; en fin la enorme materialidad del espectáculo es indispensable á Meyerbeer, como la escesiva descripcion á Balzac, como la furia de los colores á Delacroix; necesita las pompas de la decoracion, la novedad de los instrumentos, el redoble de las sonoridades, y este infatigable pescador de anexiones á la música pura ha debido sufrir, por su impotencia para agregar á la orquesta la trompeta del juicio.

Meyerbeer ejerce sobre nosotros ese encanto estraño que poseen ciertas mujeres: al principio os desagradan, os irritan en seguida, y despues os subyugan con toda la fuerza de la resistencia que habeis puesto en dejaros seducir. Yo decia una vez que la música de Rossini es una inmensa Voluptuosidad, y que la música de Meyerbeer es una inmensa Austeridad (salvo los bailes, donde la gracia no lo abandona jamás). Parece que el uno escribiera para Atenas y el otro para Esparta; pero entre esta Laconia y esta Ática, se ha operado tal cambio de brisas y flores, que ya no se sabe de qué lado está el acíbar y de cual la miel.

Los Eunucos

TRADUCIDO DEL ORIGINAL ITALIANO "CONSTANTINOPLA", POR EDMUNDO DE AMICIS, ESPRESAMENTE PARA LA NACION.

Hay otros seres, en Constantinopla, que inspiran mas lástima que los perros (1) y son los eunucos, que se introdujeron entre los Turcos á pesar de los preceptos formales del koran que condenan esta degradacion infame de la naturaleza; subsisten todavia, apesar de leyes recientes que prohiben su tráfico, porque son mas fuertes que las leyes la loca avidez de oro que hace cometer el delito y el egoismo desapiadado que de él se vale. Estos desgraciados se encuentran á cada paso en las calles, como se encuentran á cada paso en la historia. En el fondo de todos los cuadros de la historia turca, campea una de estas figuras siniestras, con el hilo de una conjuracion en la mano; cubierto de oro ó bañado en sangre, víctima, favorito ó asesino, abierta ú ocultamente formidable, rígido como un espectro á la sombra del trono ó inclinado sobre la abertura de una puerta misteriosa. Así en Constantinopla, en medio de la multitud ocupada de los bazares, entre la turba alegre de las Aguas dulces, entre las columnas de las mezquitas, al lado de los carruages, en los vapores, en los cheiks, en todas las fiestas, en todas las multitudes, se ve ese remedo de hombre, esa figura dolorosa, que es con su persona, una mancha lúgubre sobre todos los rientes aspectos de la vida oriental. Rebajada la omnipotencia de la corte, ha sido rebajada su importancia política, como resentidos los celos orientales, ha disminuido su importancia en las casas particulares; las ventajas de su estado están hoy muy caídas; ellos encuentran con mucha dificultad en la riqueza y la dominacion, una compensacion á su desventura; ya no se encuentran los Ghaznefer Agá que consentian la mutilacion para hacerse gefes de los eunucos blancos; hoy, todos son ciertamente víctimas y víctimas inermes; comprados ó robados durante la niñez en Siria ó Abisinia, uno sobre tres que sobrevive al cuchillo infame y revendidos para vergüenza de las leyes, con una hipocresía de secreto, mas odiosa que un mercado abierto. No hay necesidad de hacérselos mostrar, se reconocen por el aspecto. Son casi todos de elevada estatura, gordos, flácidos, con la cara imberbe y marchita, de busto corto, piernas y brazos larguísimos. Llevan fez, un largo sobretodo oscuro, pantalones á la europea y un látigo de cuero de hipopótamo, que es la enseña de su oficio. Caminan con pasos largos, muellemente como niños grandes. Acompañan á las señoras á pié ó á caballo, delante ó detrás de los carruages, á veces uno, á veces dos juntos y revuelven siempre á su alrededor un ojo vigilante, que á la menor mirada ó acto irrespetuoso de un transeunte, toma una espresion de rábia feroz que da miedo y espanto. Fuera de estos casos su rostro ó no dice absolutamente nada ó no espresa mas que un tedio infinito de todo. No recuerdo haber visto reir á ninguno. Los hay muy jóvenes, que parece que tuvieran cincuenta años; viejos que parecen adolescentes envejecidos en un dia; hay muchos gordos, groseros, cobardes, brillantes, que parecen hinchados ó engordados espresamente como animales cebados; todos vestidos de paño fino, pulidos y perfumados como damas vanidosas. Hay hombres sin corazon que pasando al lado de estos desgraciados los miran y se rien. Estos suponen precisamente que siendo lo que son desde su infancia, no comprenden su desventura. Se sabe, al contrario, que la comprenden y la lamentan; pero aunque no se supiese, ¿cómo se podria dudar? No pertenecer á ningun sexo, no ser mas que una muestra de hombre; vivir en medio de los hombres y verse separado de ellos por un abismo; sentir estremecerse la vida á su alrededor, como un mar, y tener que permanecer en medio de ella, inmóviles y solitarios como un escollo; sentir todos los pensamientos y todos los sentimientos encerrados por un círculo de hierro que ninguna virtud humana podrá romper; tener perfectamente delante de sí una imágen de felicidad, á la que todo tiende, y en torno alrededor todo

(1) En la obra de De Amicis este capítulo sigue inmediatamente al de los perros.

N. del T.

gira, con la cual todo se colora e ilumina, y sentirse desmesuradamente alejado de ella, en la oscuridad, en un vacío inmenso y helado como criaturas malditas de Dios; ser los guardianes de esa felicidad, la barrera que el hombre celoso coloca entre sus placeres y el mundo, el puntal con que asegura su puerta, el trapo con que cubre su tesoro; y deber vivir entre los perfumes, en medio de las seducciones, de la juventud, de la belleza, de los placeres, con la vergüenza en la frente y la rábia en el ánimo, despreciados, escarnecidos, sin nombre, sin familia, sin madre, sin un recuerdo afectuoso, segregados de la humanidad y de la naturaleza, ¡ah! debe ser un tormento que la mente humana no puede comprender, como el de vivir con un puñal clavado en el pecho. Y esa infamia se soporta aún, esos desventurados pasean por las calles de una ciudad europea, viven en medio de los hombres y no rugen, no muerden, no matan, no escupen en el rostro á la humanidad cobarde, que los mira sin avergonzarse y sin llorar, y hace sociedades internacionales para la proteccion de los gatos y los perros!

La vida de esos hombres no es mas que un suplicio contínuo. Cuando las mujeres no los encuentran dóciles á sus intrigas, los odian como á carceleros y espías, y los atormentan con una coqueteria cruel, hasta hacerlos enfurecer ó enloquecer, como al pobre eunuco de las *Cartas Persas*, cuando hacia entrar al baño á su señora. Todo es sarcasmo para ellos: llevan nombres de perfumes y de flores, aludiendo á las mujeres de que son guardianes: son *poseedores de jacintos, guardianes de claveles, custodios de rosas y de violetas.* Y á veces aman, los desgraciados! porque de sus pasiones han desaparecido los efectos y no las causas; y son celosos, y se roen interiormente y lloran lágrimas de sangre; y alguna vez, cuando una mirada procaz se fija en el rostro de su señora y notan que es correspondida, pierden la razón y matan. En tiempo de la guerra de Crimea, un eunuco dió un latigazo en la cara á un oficial frances y este le partió el cráneo de un sablazo. Quien puede decir cuanto sufren, cómo los desola la belleza, cómo los veja una caricia, cómo los choca una sonrisa, y cuántas veces, mientras llega á sus oidos el sonido de un beso, su mano empuña el mango del puñal. No maravilla que en el vacío inmenso de su corazon solo acojan las frias pasiones del odio, la venganza y la ambicion; que crezcan acres, mordaces, afeminados, pusilánimes, feroces; que sean ó bestialmente afectos ó astutamente traidores, y que, cuando sean poderosos, traten de vengarse sobre los hombres, de la afrenta hecha en ellos á la naturaleza. Pero por mas entristezcan, que sienten siempre en su corazon la prepotente necesidad de una mujer y, ya que no pueden ser su amante, la buscan como amiga; se casan, con mujeres en cinta, como Sumbulu, el gran eunuco de Ibrain I, para tener un niño á quien amar; se hacen un harem de vírgenes, como el gran eunuco de Ahmed II, para tener al menos el espectáculo de la belleza y de la gracia, su abrazo afectuoso, una ilusion de amor; adoptan una jovencita para tener un seno de mujer sobre el cual reclinar la cabeza cuando llegan á la vejez, para no morir sin saber lo que es una caricia, para oir en sus últimos años una voz amorosa despues de haber oido durante toda su vida la carcajada de la ironia y del desprecio; y no son raros los que, enriquecidos en la corte ó en las grandes casas, donde son á la vez gefes de los eunucos ó intendentes, compran, en su vejez, una bella quintita sobre el Bósforo y tratan allí de olvidar, hundir el sentimiento de su desventura en la alegria de las fiestas y de los banquetes.

Entre las muchas cosas que se me dijeron de estos infelices, una ha quedado en mi memoria mas viva que todas las demas; y es un jóven médico de Pera, quien me lo ha contado. Refutando los argumentos de los que creen que los eunucos no sufren:—Una noche, me dijo, salí de la casa de un rico musulman, á donde habia ido á visitar por tercera vez á una de sus cuatro mujeres, enferma del corazon. Al salir como al entrar, me habia acompañado un eunuco gritando las usuales palabras:—Retiraos, señoras!—para advertir á las amas y esclavas que habia un hombre en el harem y que no debian dejarse ver. Cuando llegué al patio, el eunuco me dejó y me dirijí solo á la puerta. En el momento en que abria sentí que me tocaban el brazo y dándome vuelta, ví delante de mí, en la penumbra, otro eunuco, un jóvencito de 18 á 20 años, de aspecto simpático, que me miraba fijamente con los ojos húmedos de lágrimas. Le pregunté qué queria. Titubeó un momento para responderme, despues me tomó una mano con las dos suyas y, apretándomela convulsivamente me dijo con voz temblorosa, que revelaba un dolor desesperado:—Doctor, tú que conoces remedios para todas las enfermedades, no conocerias uno para la mia?—No sé decir lo que produjeron en mí esas simples palabas; quise responder, me faltó la voz y no sabiendo que hacer ni que decir. abrí bruscamente la puerta y huí. Pero toda aquella noche y muchos dias despues, me parecia que veia ese jóven y que oia sus palabras, y mas de una vez tuve que hacer esfuerzos sobre mi mismo, para no llorar de lástima.

Oh, filántropos, publicistas, ministros, embajadores, y vosotros, señores diputados del Parlamento de Stambul y Senadores de la media luna, elevad un grito, en nombre de Dios, para que esta sangrienta ignominia, esta horrenda mancha del honor humano, no sea en el siglo XX, mas que un recuerdo doloroso, como las carnicerias de Bulgaria.

"Hamlet"

Para los apasionados de Shakespeare, *Hamlet* es la pieza predilecta; porque es aquella en que el poeta ha puesto más de su alma. Ha creado un personaje real, cuya fisonomia tris-

temente verdadera, le sirve para espresar con marcada ironía ó íntima resignacion, los desgarradores sentimientos que agitaban su ánimo, cada una de las veces que corrijió su obra más querida, la pieza calculada para arrojar con más intensidad sobre el mundo, los desesperantes secretos que su genio analítico habia conseguido sorprender.

Hamlet le ha servido á Shakespeare para desahogar su dolor; ha sido como el llanto en momentos de atroz martirio, un bálsamo bienhechor para sus profundas heridas morales. Consuelo de un dia aciago, en que la crueldad de la afliccion hizo vibrar más fuerte la cuerda del sufrimiento, *Hamlet* tiene por testigo de la verdad de sus misteriosas agitaciones intelectuales, á la humanidad entera, que ha respondido con un grito unisono de admiracion, sinó de agradecimiento, á la inteligencia altísima que supo poner de relieve en el teatro, los problemas, que reconcentrarán por la eternidad de los siglos, la atencion de los que sufren y de que los piensan.

Hamlet es la trajedia del pensamiento segun Schlegel.

Singular flexibilidad de la inteligencia de Shakespeare que le dá poder para crearlo todo: caracteres opuestos, espíritus elevados y ruines, visiones celestes, y séres miserables de la tierra; despues grandeza de detalles que por sí solos podrian superar el conjunto, si este no fuera á las veces inmejorable.

En *Julio César* la oracion de Marco Antonio no tiene rival entre los más celebrados trozos de elocuencia que nos suministran las literaturas antiguas y modernas; pincelada es que por sí sola salvaria el cuadro para gloria de su autor, si otros méritos incuestionables no le diesen un lugar preferente en la galería de las obras inmortales.

En esa tragedia, Shakespeare quiere en determinado momento ser tribuno extraordinario, y lo consigue, con la misma admirable facilidad, con que es en el *Rey Lear* creador de lo horrible, en *Julieta y Romeo* amante delicioso, y en *Hamlet* filósofo.

¡*Hamlet*! ... ¿Qué significa? ¿Qué es? ¿A qué responde? Sobre el desventurado príncipe de Dinamarca, difícil, sinó imposible, será agregar una palabra original, una opinion que no se haya lanzado de antemano, por los innumerables críticos de la sublime concepcion.

Hay, pues, que compartir opiniones ajenas, por otra parte contestes en un punto esencial: *Hamlet* no es nadie y somos todos: es un hombre, más bien *el hombre:* un siglo, más bien el XIX que ningun otro.

Pensemos como Hazlitt, que el verdadero *Hamlet* no es el de la tradicion danesa; el real es el que está en nosotros, cuando con perfecta conciencia de la vida humana apuramos la copa de la amargura ineludible, en el porvenir feliz desvanecido, las esperanzas y la fé perdidas, los sentimientos más nobles traicionados!

¿Con la persuasion de que hablaba para una época que no le entendia, trazó acaso Shakespeare la marcha vacilante de las épocas de duda que vendrian con su largo cortejo de males?

Bien puede ser. Los alemanes sostienen que Werther es de la familia de *Hamlet*. Y uno de ellos, el poeta contemporáneo Freiligrath dice más: *Hamlet* es la Alemania. Estendamos los sucesores que no han podido renegar de la herencia maldita del pesimismo que hiela la sangre en las venas, y encontrándonos á medio camino con Alfred de Musset y Giacomo Leopardi, lleguemos al dia de hoy con Schopenhauer. Se agravan las enfermedades crónicas de la literatura y de la filosofía! ¿Será el caso de desesperar del porvenir intelectual y moral del mundo? No es cuestion de este momento; pero por lo que dice relacion con Shakespeare ¿a que negarlo?; él vió claro, desde el fondo de su alma contaminada de escepticismo, bien que penetrante y dominadora. Los dias que corren, de ello nos dan testimonio. Y por eso ha podido decir Emerson con toda verdad, que el siglo XIX cuyo genio especulativo es una especie de *Hamlet* viviente, es tambien el único que puede suministrar lectores entusiastas á la trajedia que lleva ese nombre.

Podemos, pues, afirmar con entera justicia, que *Hamlet* es hoy una revelacion; pero si nos trasportamos con el pensamiento á la época de su autor, tendremos que entónces fué algo más: una adivinacion.

Es la trajedia de los designios incomprensibles y ocultos: hace elevar el alma á místicas investigaciones sobre el destino futuro, renegando de la peregrinacion de la tierra.

No obstante su fondo de duda, es la creacion más llena de originalidad que pueda nadie imaginarse. Como *Hamlet* se finge loco, el estilo que emplea y su modo general de ser, no están impuestos de antemano; de aquí que pueda en la representacion teatral, recorrer todos los tonos y todos los estados del alma, en los diversos arranques de su posicion real ó estudiada, siquiera sea el fondo del carácter siempre reservado y sombrío, lo que poderosamente contribuye á la perfecta regularidad de la obra entera.

Solo un actor de la talla de Rossi puede claramente revelarnos lo que es *Hamlet*. Los más grandes artistas han escollado con frecuencia en el desempeño de esta pieza. Phelps, actor ingles de nota, discípulo de Kean y heredero del repertorio de Macready, hacia del príncipe soñador y atribulado, un carácter francamente fuerte á la manera de *Othello*. Mezieres sin haber encontrado jamás quien le diese una verdadera representacion de *Hamlet*, llega al resultado de que no es tragedia para el teatro, sino para la lectura solitaria.

¿Habria opinado de igual manera, á tener la dicha de escuchar á Rossi?

Nó indudablemente; porque el artista italiano se identifica de todo punto con *Hamlet*; tiene por él predileccion; es una obra que hace con cariño, de corazon, acaso por el motivo mismo de haber vencido las dificultades que otros encontraron insuperables, quizá porque entre el personaje de Shakespeare y su inspirado interprete, existe una profunda simpatía, de esas que brotan sin explicacion humana, en las almas que eslabonan por el sentimiento á la intimidad de sus concepciones intelectuales, un sistema, un autor, una época. Así descifró Walter Scott los misterios de la Edad Media, como si hubiera sido, ora el súbdito envilecido de aquella clase de señores que la implacabilidad de Luis XI puso á raya, ora el supersticioso protagonista de algun «Juicio de Dios.» Así ha en-

tendido Rossi á Shakespeare, valiéndose de una natural y espontánea disposicion á adivinarlo, fecundizada por el estudio y por el arte.

Por eso en todas las escenas se mantiene á igual altura. Es un Hamlet que no decae, porque no hay accesorio que no haya sido escrupulosamente estudiado, comprendido ó explicado. Pasando el artista de una situacion á otra, siempre es el mismo; siempre impresiona igualmente al espectador, siempre llena.

Cuando tiene que ser audaz evocando la sombra de su padre, se vé al príncipe movido y arrastrado por todas las fibras que rebosan energía en las almas decididas. Cuando se ríe de Polonio, prototipo de imbéciles disimulados que encontramos á cada paso, su tono responde magistralmente á las exigencias del diálogo con un ente vulgar insoportable. Cuando no encuentra más que palabras y palabras en lo que lee, el acento y la vaguedad de la mirada, responden al estado visiblemente indiferente, de un espíritu devorado por el mas cruel escepticismo.

El célebre monólogo: «To be, or not to be, that is the question», es un triunfo para el artista; lo dice de una manera que parece preparada para traspasar á la mente del espectador, las espantosas dudas que como una ráfaga destructora de fé y de tranquilidad, cruzan por su espíritu absorbiéndolo en una angustiosa meditacion.

Nada puede decirse que dé una idea acabada de la escena con la madre, mezcla de respeto y de desprecio, de rencor y compasion, sentimientos que se chocan en el cerebro de quien está dispuesto á no olvidar que un hijo jamás puede ser el juez severo de la mujer que lo llevó en sus entrañas.

En las escenas con Ofelia expresó el señor Rossi como sabe hacerlo, esa dureza por la que tantos cargos se han hecho á Shakespeare.

Ofelia, la tierna y simpática criatura, que devolvió con el acento de su voz y el reflejo de su belleza encantadora, las palabras de Hamlet anhelante por alcanzar los triunfos del amor correspondido, recibe en pago de su modestia irreprochable, expresiones duras, juicios hirientes, negativas, sin motivo alguno que las justifique á sus ojos.

Para ella efectivamente, á no persuadirse de la realidad de la locura de su amante, el cambio sería inesplicable, ademas de ser de todo punto desleal. Pero no siendo la interesada la que formule su opinion sobre Hamlet, el fallo sobre su conducta no puede serle contrario. Porque ¿cómo habia de preocuparse del amor de Ofelia ni de ninguna otra mujer, quien reconcentraba en su alma lacerada, todas las penas que pueden hacer presa en su corazon sensible?

¿Cómo podrá Hamlet tener confianza en su amante, hecha del barro de las demas pecadoras, cuando veia á la que le llevó en su seno, compartir el lecho del adulterio y del incesto, con el matador de su padre?

El fondo del carácter del príncipe de Dinamarca es la duda abrumadora é insistente. Cree en el rey asesinado, porque despues de haberlo visto con «el ojo del alma» su fantasía lo forja real y perceptible en los momentos en que se le presenta para exigirle la venganza del negro crímen.

Por lo demás, quien por causas poderosas ha perdido por completo la fé en el honor, en la verdad, en los vínculos del juramento y de la sangre ¿cómo podrá mostrarse inconsecuente renegando de cuanto hay en el mundo, ménos del amor de una mujer?

Ese rasgo de indiferencia, tan cruel como se quiera, era necesario, indispensable, para redondear el carácter de desconfianza definida, con que Hamlet se exhibe desde un principio.

Desde que él dijo: «fragilidad tienes nombre de mujer», fuerza es que la pobre Ofelia, como los condenados del infierno del Dante, renuncie á la esperanza de entrar en sus brazos al cielo del amor. Tambien la infortunada Dido tuvo que darle un adios eterno á sus apasionados desvarios con Eneas, el dia en que el troyano inclemente, escuchó como advertencia del cielo, para que abandonase las playas de Cartago, que la volubilidad es condicion de la mujer. «Varium et mutabile semper femina.»

Ofelia empero tenia aún mayores razones para no esperar de Hamlet pruebas de consecuencia. A traves de su estudiada locura, en él, á poco de verlo, se le notaba una melancolía real y persistente, que no podia dejar libre su corazon para lanzarlo á los dorados ensueños del amor tranquilo, ni ménos á las atrayentes influencias de la pasion avasalladora.

Cuando Hamlet concibió la idea de vengar á su padre, dedicándose esclusivamente á desarrollar su plan, y sacrificando toda conveniencia individual, fué por que ya habia salvado ese gran puente, que hay de la cabeza al corazon, segun la frase de Nicole.

En aras de su propósito de venganza, habia conseguido que predominase enteramente su voluntad sobre todas las demás facultades de su alma, y sobre todos los sentimientos de su corazon.

Las borrascas del sufrimiento y de la desconfianza habrian arrastrado en su furia desvastadora, ilusiones, deseos, creencias todo ... Pero como cuesta al hombre resignarse á perder de improviso y para siempre, aquello que ántes ha contemplado con entusiasmo y con cariño, Hamlet procuró buscar en el sarcasmo, un lenitivo á sus males, tratando de consolarse haciendo irrision de aquello mismo que de antemano se veia condenado á no alcanzar, dadas las corrientes impetuosas que lo llevaban al abismo de la duda sin horizonte y sin salida.

No juzga que sea compatible la honestidad con la belleza. Desgarra el delicado corazon de Ofelia con crueles suposiciones, y consejos no ménos crueles. Y sin embargo en el fondo de su alma la amaba con vehemencia, rindiéndole el culto que supo demostrar en la escena del cementerio, poniendo su cariño inmenso sobre todo el que pudiera acumular la tristeza de Laertes sobre la tumba de su hermana.

No obstante, Ofelia, jamás habria sido para Hamlet la dulce compañera de su vida. El habria sofocado con el valor del sacrificio, cualquier instante de debilidad que pudiera haberle vinculado por un lazo indisoluble.

El matrimonio que la religion legalizaba, habia servido para que su vista presenciase las segundas ignominiosas nupcias de su madre. A sus ojos era una institucion aborrecible, porque habia autorizado el incesto para deshonra de un nombre idolatrado.

Haciendo irrision del matrimonio, ántes que acariciar un porvenir de ventura doméstica á que deliberadamente renunciaba, aparece más bien insinuando las soluciones equívocas que Girardin, Dumas y otros, han reservado en nuestros dias para el perenne problema del adulterio. Nadie se casará en adelante, decia.

En punto á temor de femeniles ardides, aun en los detalles más insignificantes, se darán la razon los que consideran que Shakespeare adivinó las malas mañas del siglo XIX; pues aun cuando en tiempos anteriores, y en los mismos que él alcanzó, los afeites estuviesen á la órden del dia, la escena con Ofelia en que *Hamlet* le reprocha los embelecos de su sexo, bien puede pasar por una anticipada acusacion á la progresiva época de la *colonline* y la *leche de Vénus* & &, con que las mujeres de alguna belleza se complacen hoy en anularla, inconscientemente, y las feas agregan un nuevo elemento de alargar distancias, cuando solo han tenido en vista el inocente propósito de acortarlas, sin duda en homenaje al sexo fuerte.

Es e es Shakespeare en *Hamlet*, pasando con su genio original de los vicios más grandes, de los verdaderos crímenes: el asesinato, el incesto, á los pecados veniales que la sociedad tolera, autoriza, mira indiferente ó aplaude. Para todo tiene un arma que esgrimir, sin necesidad del recurso á piezas distintas. Hiere y mata el crímen, al mismo tiempo que ataca todo lo ridículo, de mano maestra.

Y no es que se complazca en el castigo por que tenga un concepto errado ó francamente desfavorable del mundo. Nada de eso: Hamlet admira la naturaleza humana, la altura de la razon, la infinidad de sus facultades mentales; juzga al hombre con los atributos del ángel, y por su inteligencia hecho á la semejanza de Dios. Despues de estas importantes concesiones, que atestiguan su imparcialidad, es que llega á la conclusion de que aún así mismo no le gusta, y en cuanto á la mujer mucho ménos todavia.

¿En qué se funda para venir á este extremo? En el exámen frio de los hechos. Ha comprendido á la humanidad, y la ha apreciado con calor, es cierto, pero tambien sin prevenciones.

Pensar es sufrir. Y no se puede llevar el espíritu de análisis, hasta un punto lejano de las investigaciones comunes, sin que torturada el alma no exhale gritos de dolor.

Descuella Shakespeare por la facilidad y extraordinaria exactitud con que traza un carácter audaz y definido; y sin embargo su obra más justamente admirada, *Hamlet* solo nos muestra un carácter vacilante.

Vacilante sí, pero sincero; por eso es la tragedia de la verdad desnuda, que debe considerarse como el estudio sicológico más perfecto que puede llevarse á la escena. Es la síntesis de un estado peculiar del alma que todos comprenden, como que pocos se librarán de apreciarlo por esperiencia propia.

Bajo el influjo de Shakespeare los sentimientos se modifican, ceden su lugar al pensamiento, porque él los transforma para que sirvan de leccion. Si esta nos aprovecha, no importa que como dice Taine, «al lado de ese genio tengamos la vecindad del abismo.»

Luis Melian Lafinur.

Montevideo, Noviembre 3 de 1879.

Elogio Fúnebre

DEL CONTRA-ALMIRANTE MIGUEL GRAU, PRONUNCIADO EN BUENOS AIRES EL 26 DE OCTUBRE DE 1879, POR A. DEL VALLE.

Señores:

Me propongo recordaros los grandes hechos que han ilustrado la última parte de la vida de un héroe, cuyo nombre pasará á la posteridad iluminado con los resplandores de la gloria.

El heroismo, como el génio, como todas las altas virtudes, tiene el noble privilegio de agitar profundamente el corazon de la humanidad y de enlutar pueblos y naciones mas allá de los límites de la propia patria, cuando se hunde en la eternidad despues de haber librado su última batalla; y hombres de distintas razas, que hablan diversas lenguas y habitan zonas distantes, se detienen con el mismo recogimiento y murmuran la misma plegaria, al borde de esas tumbas que revelan por un gran dolor la estrecha solidaridad de la familia humana.—¿De qué fuente nace la honda pena que anubla vuestras alegrías, hombres de los diferentes pueblos de la tierra que os encontrais reunidos en este momento con el pecho oprimido y el alma acongojada? No era vuestro hermano; el sentimiento que vela con sus tristezas vuestro rostro, no ha nacido en presencia de la madre que solloza y que en el parasismo de su dolor blasfema contra la Providencia que ha prolongado sus años cansados; no ha nacido en presencia de la esposa que llama con las voces de la demencia al muerto querido, al noble objeto de sus castos amores; no ha nacido en presencia de los niños que sin medir la irreparable pérdida, vagan mústios y silenciosos en las mas apartadas habitaciones de aquel hogar sin padre. No era vuestro amigo; no habiais pasado con él las horas sin nubes de la infancia, ni descansado en su pecho vuestra frente cargada de pesares; no fué el compañero de vuestra juventud, ni el consejero de vuestra edad madura, ¿por qué llevais entonces en vuestro semblante el luto de su muerte?

Ancianos que me escuchais, y que veis con sorpresa que aun teneis lágrimas para los dolores estraños, jóvenes que habeis escapado por una hora al vértigo de la existencia, para venir á escuchar palabras de duelo ¿qué vínculo de amor y de simpatía os liga con ese hombre que ha caido batallando del otro lado de los Andes, en el seno de las grandes aguas? Misterioso prestigio de la mas bella de las muertes! Parece que la patria del marino se hubiera ensanchado hasta los límites estremos del continente americano, para que todos los hombres que habitan su suelo puedan llorarle como al mejor de sus conciudadanos!

Yo quisiera contaros su vida y su muerte, cómo nació su inclinacion invencible hácia la mar, cuáles fueron sus primeros viajes y cuáles los peligros que templaron su espíritu antes de que llegara la hora suprema de su existencia; los juegos de su infancia, sus aspiraciones juveniles, sus esperanzas y sus dudas; quisiera seguirle surcando mares, desafiando tempestades, reflexivo y severo en medio del Océano, espansivo, dulce y cariñoso bajo el techo tranquilo del hogar; quisiera contaros la última batalla, escena de rayos, de sangre, de lamentos, de valor desesperado, de heroismo sobrehumano, de alegría sin límites para los triunfadores, de gloria imperecedera para los vencidos. Pero mi palabra entre el ruido de las olas de nuestro manso rio ¿cómo podria imitar los rugidos del mar en sus horas de furor, ni reproducir el estampido de los cañones que los marinos oyen, bajo la coraza férrea de sus naves, como el trueno de tempestad lejana?

Ni quien podria pintar con palabra fria y sin calor, las horas de ternura de la vida íntima, mágico tesoro del sentimiento en que se confunden los suspiros de la mujer amada con el beso santo de la madre, sueños, ambiciones, delirios, inquietudes del alma, placeres bulliciosos como una bacanal, dias serenos ó risueños como la primera juventud? Si abriéramos nuestro propio corazon, quizá escucharamos el leve rumor de los recuerdos que cantan el eterno poema de la vida; pero si esos vagos murmullos alcanzáran á los lábios, se perderian entre las ondas del viento antes de llegar al oido estraño incapaz de comprender y de sentir sus infinitas bellezas.

Honremos entonces la memoria de Miguel Grau, Contra-almirante del Perú y Comandante del *Huáscar*, deteniéndonos únicamente en su última campaña, aunque solo pase ante vuestros ojos la sombra pálida y descolorida del héroe.

Grau nació á orillas del mar y á la espalda de los Andes; al abrir los ojos pudo contemplar uno de los mas bellos espectáculos de la naturaleza —las grandes aguas del Océano Pacífico hácia un lado, hácia el otro montañas colosales cuyos picos eternamente nevados penetran en la region de las nubes, volcanes que nunca se apagan, raudales de luz que caen como una bendicion de los senos del sol, y á cuyo paso se levantan selvas, brotan flores, la vida se difunde y la naturaleza entera canta el himno de su Creador.

Hijo sin madre, no gozó en su infancia las dulzuras divinas del mas puro de los amores; la mano de su padre, afectuosa pero ruda, era la única que acariciaba sus mejillas cuando cerraba los ojos en triste soledad. No tuvo otra madre que la mar cuyas brisas mecian su cuna noche á noche, mientras se adormecia escuchando el diálogo sin fin de los vientos y de las olas, voces amigas que han sollozado tambien sobre su tumba.

Tenia solo diez años y ya cruzaba el Océano, familiarizándose con sus misteriosos murmullos, con sus alternativas caprichosas y sus tempestades pavorosas, tras de las cuales siempre llega el dia sereno que el poeta cantaba. Grumete aventurero, hizo durante siete años la vida de la mar, subiéndose á los mástiles mas altos cuando la tormenta arreciaba, jugando con los peces que siguen la estela de la nave, cuando el tiempo tranquilo dejaba ociosas sus horas. A los diez y siete años era un lobo de mar que se ahogaba en las ciudades y no pisaba tierra sin marearse. Mas tarde, su fortuna ha sido varia; cultivó su espíritu en las aulas, suavizó sus formas en la vida social, ocupó puestos distinguidos en la administracion y en el gobierno de su pais; pero apenas volvia al mar, el antiguo grumete reaparecia, miraba con cariño las olas, desafiaba con audacia la tempestad y agradecia á la Providencia el viento que hinchaba sus velas y empujaba su barca. Los mas viejos marinos de su patria le amaban, le respetaban y se vanagloriaban con sus triunfos.

No tenia veintidos años y ya se le señalaba por su valor intrépido, por la bondad y dulzura de su carácter varonil, por esa distincion peculiar á los hombres superiores, mezcla de fuerza y de belleza que los señala entre la multitud. Alternativamente en la marina de guerra y en la marina mercante, habia adquirido todos los elementos que mas tarde habia de necesitar para dejar señalado su paso en la superficie movediza del Oceano. Hablaba ó entendia todas las lenguas que se hablan en la mar, conocia las corrientes y los vientos, las costas, las islas y los buques que navegan en el Atlántico y en el Pacífico, hasta el mar de la China. Educado en la escuela del trabajo y de la adversidad, su cuerpo y su espíritu estaba templado para la lucha, con la resistencia y la elasticidad del acero.

Pero hasta aquí la vida de Grau es simplemente la de un marino valiente, modesto, bondadoso. Va á llegar el momento de la sublime trasformacion — el valor se elevará hasta el heroismo, la ciencia obedecerá al número de la patria, la benignidad del capitan se trasfigurará en la magnanimidad del héroe, y una, dos y tres veces alcanzara las palmas del triunfador, apareciendo súbitamente entre las naves enemigas, y desapareciendo como una sombra sobre las aguas despues de haber cumplido el propósito de su espedicion. Oimos el nombre de Grau quizá por vez primera, el dia en que el telégrafo anunció la pérdida de la *Independencia* y la muerte de Prat, el bizarro capitan de la *Esmeralda*. Desde entonces, el *Huáscar*, que no era sino Grau envuelto en su coraza de fierro, absorbió todo el interes de la lucha. Si aparecia en las costas del Perú, las multitudes se aglomeraban y gritos de contento y de esperanza le saludaban como el campeon afortunado de la bandera nacional; si se alejaba en busca de nuevas y temerarias aventuras, ansiosas miradas y votos silenciosos le acompañaban, como si llevara dentro de sus flancos de acero los destinos de la patria.

Hácia dónde dirije el monitor su proa amenazadora? Nadie lo sabe. Una ola le levanta sobre su espalda, otra le hunde en sus cavernas profundas, pasan las horas, el sol se pierde en la llanura líquida despues de haber coronado con los rayos de luz la frente de los Andes, las sombras se condensan y los ruidos se hacen mas sordos, hasta que la noche envuelve á la naturaleza en sus tinieblas y la adormece en el silencio. Y la nave sigue, como un fantasma, cortando sombras sin hacer ruido, y deslizándose sobre las aguas sin dejar rastro. Las horas continúan corriendo, la frente de los Andes se ilumina una vez mas y el *Huáscar* izando su bandera de guerra despierta á los marinos ó á las poblaciones enemigas con el trueno de sus cañones. Se oyen gritos de espanto y de terror, los hombres acuden á la ribera, las mujeres con la cabellera suelta y los hombros desnudos corren hácia los campos y trepan los cerros buscando refugio en las montañas, las campanas lanzan al viento sus voces de alarma, y el *Huáscar* se mantiene tranquilo sobre las olas, arrojando bocanadas de vapor como el caballo fatigado despues de la carrera. No hay en el puerto naves enemigas y el noble guerrero no dirige sus cañones á las poblaciones desarmadas. Otra vez volverá el *Huáscar* á visitar las mismas playas, pero entonces saldrán á la ribera las mujeres y los niños, contemplarán sin miedo el terrible monitor y en lo íntimo de su alma envidiarían al Perú la caballeresca hidalguía de sus marinos.

El 9 de Julio á las 12 de la noche, el *Huáscar* penetra silenciosamente en las aguas de Iquique. El comandante está en el puente, los artilleros al lado de sus cañones, toda la tripulacion en su puesto de combate. Habia creido que la escuadra enemiga estaba todavía en el puerto y venia á sorprenderla. Se le avisa que acaba de partir, se le indica la direccion y sigue el mismo rumbo. A poco andar encuentra al *Matías Cousiño*, le rinde sin esfuerzo y le ordena que siga sus aguas; pero en ese instante aparece el *Abtao*, y tras del *Abtao* las corbetas *Chacabuco* y *Magallanes*, y tras de las corbetas el blindado *Cochrane*. Es uno de los bellos momentos de la vida de Grau! El *Matías Cousiño* se escapa de sus garras, porque no ha querido echarle á pique

mientras no se trasbordaba su tripulacion. Nada proceder que los adoradores del éxito critican pero que la conciencia humana enalteco como una de las mejores páginas de la vida del marino. Si su grande alma no fuera capaz de la magnanimidad suprema hácia el enemigo, pasaría á la posteridad como el tipo de un héroe? Solo cuando se traba el combate, descarga sobre el *Cousiño* dos tiros de cañon, se lanza en seguida sobre el *Abtao*, lo roza con su ariete irresistible y aun entonces, cuando el enemigo le cierra el paso por todos lados y la muerte se agita sobre su cabeza, previene á la tripulacion de la nave lastimada que se salve en sus botes, porque vá á descargar sobre ella su poderosa artillería. Pocos momentos mas y los buques enemigos le rodean. Hace fuego indistintamente sobre el blindado, sobre las corbetas y sobre el trasporte, precipitándose con su terrible espolon ora sobre uno, ora sobre otro, revolviéndose y mostrándoles á todos la boca de sus cañones ó su proa amenazadora. Durante dos horas se prolonga este combate desigual, las naves chilenas se estorban las unas á las otras en su afan de combatir, el esforzado monitor rompe el círculo de fuego y escapa, con su armadura abollada, pero llevando en lo mas alto de sus mástiles la enseña de su patria.

No puede dar batalla al enemigo, pero amenaza constantemente sus costas, quema sus buques, arrebata trasportes, toma prisioneros, escapa á la persecucion, toma, irrita, asombra y espanta. *Rápido como el águila y fuerte como el leon*, penetra en los puertos donde se abriga el enemigo, descarga sus cañones, levanta su bandera y se retira dejando tras de sí la inquietud y el estupor. En cinco meses de campaña levantó sitios, protegió desembarcos, echó á pique á la *Esmeralda* salvó sus náufragos, destruyó fortificaciones, apresó trasportes, aprisionó legiones y se batió dos veces con los buques mas poderosos de Chile.

Los amigos de su patria comprendian que esa lucha no podia prolongarse y veian llegar el dia de la catástrofe.

Ese dia llegó. El *Huáscar* amenaza nuevamente las costas enemigas y la escuadra chilena recibe órden de cruzar las aguas de Megillones y Antofagasta. El *Cochrane*, la *O'Higgins* y el *Loa* por un lado; el *Blanco Encalada*, la *Covadonga* y el *Matías Cousiño* por otro, hacen la ronda silenciosa, llevando en sus cofas el vigía que interroga todos los puntos del horizonte y á cuya vista no escapa ni el ave que cruza los aires, ni el cetáceo que asoma su cabeza informe entre los risos de una ola, ni la barca humilde del pescador que se desprende de la ribera. A las 3½ de la mañana, entre los tintes confusos de la noche que se va y del dia que aun no ha llegado, á cinco millas de distancia, el vigía del *Blanco Encalada* alcanza á distinguir dos pequeñas nubes que se desprenden de la superficie del mar, y de su alto asiento deja caer estas palabras: Dos humos á proa!—Poco á poco van desapareciendo las sombras del horizonte, la luz que se difunde en la atmósfera multiplica sus claridades en las olas, y el marino esperto reconoce á lo lejos al *Huáscar* y á la *Union*.

Las naves peruanas han adivinado al enemigo desde el primer instante, lo distinguieron entre las tinieblas y han seguido sus movimientos dispuestos al combate y prontos á volver la proa. Cuando descubren al *Blanco Encalada*, á la *Covadonga* y al *Matías Cousiño*, el prudente Comandante resuelve alejarse. El *Huáscar* hiende las aguas, la *Union* se desliza sobre las olas como un pájaro, los buques chilenos dan presion á sus máquinas y la caza principia. Pasan las horas, la distancia que separa á las enemigas naves aumenta por minutos; pero la persecucion sigue sin desalentarse. ¡Humos á babor! gritan de nuevo los vigías que no se distraen, ni en el combate, ni en la persecucion ni en la huida. Humos á babor! gritan en el *Huáscar* y en la *Union*; ¡humos á babor! repiten en el *Blanco Encalada*, en la *Covadonga* y en el *Cousiño*, y la palabra lenta del vigía arranca á los unos un alarido de alegría, á los otros un rujido de cólera y de dolor. La persecucion no se detiene, sino que por el contrario se irrita, El *Cochrane*, la *O'Higgins* y el *Loa*, han visto la caza y se incorporan á ella ganando distancia y aproximándose á las naves del Perú. La *Union* vuela con la proa hácia su patria, como la flecha que parte de un arco bien tendido, tras de ella se lanza la *O'Higgins* y el *Loa*; el *Huáscar* continúa avanzando, pero ya el *Cochrane* está cerca y el *Blanco Encalada* precipita su marcha. Gimen las calderas bajo una presion que amenaza hacerlas estallar á cada instante, los hélices enturbian las aguas con sus vueltas vertiginosas, las proas aceradas rompen las olas con fuerza irresistible, la quilla del *Cochrane* corre por sobre la estela que deja el *Huáscar* y la persecucion sigue frenética, como esas carreras fantásticas de los caballos alados de Ariosto. Una hora despues sola huye la *Union* perseguida por la *O'Higgins* y el *Loa*. El *Huáscar* y el *Cochrane* han dado principio á la tremenda batalla. La artillería del *Cochrane* es mas poderosa que la del *Huáscar*, sus movimientos son mas rápidos, su coraza es mas fuerte; ya se batieron otra vez y la victoria se mantuvo indecisa, dejándole á uno y otro la ilusion del vencedor, pero ahí llega el *Blanco Encalada*, el formidable compañero del *Cochrane*, y los grandes cañones y las ametralladoras de las cofas lanzan rayos de muerte agitando los aires hasta las nubes y hasta los Andes.

El *Blanco Encalada* y el *Huáscar* se buscan, y se persiguen, el cañon no satisface su furor, quieren abrirse los flancos con sus espolones formidables, y corren, giran, huyen, se detienen, se embisten y vuelven á encontrarse frente á frente amenazadores y terribles. El *Cochrane*, entre tanto, toma posiciones y el monitor peruano queda entre dos fuegos. El humo de la pólvora oscurece la atmósfera que se ilumina por instantes con fogonazos siniestros y las balas que chocan en las corazas de acero, recuerdan los ruidos atronadores que no se oian desde que los cíclopes dejaron de golpear sobre sus yunques de fierro.

La tripulacion del *Huáscar* ennegrecida por la pólvora, carga los cañones con sombrío furor, los heridos se quejan sordamente; los cadáveres despedazados por la metralla yacen revueltos conservando en sus rostros la última impresion de la vida, unos la fiereza indomable del valiente, otros el espanto y la desesperacion, otros la cólera; los oficiales silenciosos y resueltos ocupaban su puesto; se oye la palabra serena de Grau dirigiendo la maniobra ó exhortando á sus bravos marinos al cumplimiento del deber, y la desigual batalla continua. Un momento mas y todo habrá concluido con la muerte del héroe en aquel espacio estrecho, cerrado por todas partes con paredes de fierro, donde los hombres combaten sin aire, sin luz, sin esperanza. La última escena la ha contado el poeta pavoroso del infierno.

Quivi sospiri, pianti, e alti guai
Risonavan per l'aer senza stelle:

. . . . . .
Diverse luigue, orrivili favelle,
Parole di dolore, accenti d'ira,
Voci alte e fioche, o suon di man con elle,
Facevano un tumulto, il cual s'aggira
Sempre in quell'aria senza tempo tinta
Come la rena quando il turbo spira.

Grau ha muerto y el *Huáscar* se rinde despues de agitar las olas con los últimos estremecimientos de su furor.

La imágen de la patria debe haber cruzado ante los ojos del marino en su momento postrero y habrá visto sus montañas y sus rios, sus torrentes, sus valles y sus selvas sombrías, y seguir en triste procesion, los Incas hijos del sol, los conquistadores vestidos de fierro con el corazon mas duro que sus escudos, los grandes guerreros de la independencia, los héroes pequeños de la guerra civil, los poetas que han cantado las magnificencias de su suelo, las Vírgenes que cuidaban como las vestales romanas el fuego sagrado, todos enlutados y llorosos tras de la bandera amada que va envuelta en fúnebres crespones; y en torbellino confuso las multitudes siempre inquietas, con la faz nublada por la ignorancia y por el dolor, con sus caudillos oscuros, con sus aspiraciones vagas é inciertas, con sus entusiasmos generosos; porque todo eso es la patria! el suelo en que nacemos, el cielo que nos cubre, la lengua que hablamos, las tradiciones de la historia, los infortunios del pasado, las victorias y los contrastes de nuestras armas, los grandes hombres y las muchedumbres anónimas que siguen la bandera nacional cantando el himno de sus glorias!

Dejemos descansar al héroe marino que duerme el sueño eterno entre las arenas del Océano y preguntemos á los hombres que gobiernan naciones y encaminan rebaños humanos si han cumplido su deber llevando á los pueblos á la realizacion de sus destinos.

Pueblos y Naciones de América, ¿Habeis alcanzado despues de cuatro siglos de guerras y de sangre, los frutos de la civilizacion cristiana que os ofrecia la conquista, los beneficios de la libertad que buscabais en la independencia, las garantías de órden y de estabilidad que creíais encontrar en las instituciones? Hija de los Océanos que apareciste como la Venus antigua, radiante de pureza y de juventud ofreciendo tus senos virginales á las generaciones cansadas del viejo mundo, has realizado tus sueños de ventura? Desde el estrecho de Behring al de Magallanes, una sola Nacion goza de los beneficios de la paz y de la libertad. En el resto de la América, parece que se hubieran desencadenado las pasiones y los vicios de los pueblos sin edad viril, que pasan de la ignorancia de los primeros años á la impotencia de la decrepitud. Naciones que combaten contra Naciones buscando su engrandecimiento en guerras inícuas, pueblos que despedazan sus propias entrañas sacrificando la unidad y la grandeza de la patria en los altares de sus ídolos sangrientos, déspotas soberbios que sofocan todas las manifestaciones del pensamiento, fanatismos seculares que oscurecen la conciencia, egoismos monstruosos, corrupciones bizantinas ¡horrible espectáculo! ¿era acaso tu destino hija de los océanos, sucumbir como la Niobe del poeta griego, agobiada bajo el peso de tu propia fecundidad? La esperanza plegaría sus alas si frente á las naciones que combaten, y á los pueblos que se despedazan, y á los despotismos que oprimen y al pasado que resiste, no se levantára la protesta de la conciencia, del pensamiento libre, del patriotismo, de la justicia, de la verdad, que prometen á la América entera siglos de libertad y de paz. Que se cumpla entonces la ley de la vida y que cada dia tenga su faena. Atravesamos el periodo de la lucha y del combate ¡gloria á los héroes! á los que caen y dejan á la humanidad ejemplos de fortaleza y de virtud! honor eterno al heróico marino del Perú!

Hombres que me escuchais, conservad el recuerdo de sus hazañas, imitad sus virtudes, contad á vuestros hijos su muerte gloriosa! mujeres de América, alabad sus dotes amables y llorad sobre su tumba, como las mujeres troyanas, lloraban en los funerales de Héctor el hijo de Priamo! y vos Señor, Dios del Universo, creador de los mundos, vos que dais leyes á todo lo que existe, poned en el corazon de mis conciudadanos sentimientos de paz y de justicia, desarmad su brazo para que no derrame sangre, en la batalla sin gloria de los propios hermanos y apartad del suelo de mi patria las calamidades de la guerra, para que bajo su cielo purísimo la familia humana crezca, se multiplique y cumpla su destino!

A propósito de la representacion del «Rey Lear»

POR ERNESTO ROSSI

Admiradores sinceros de las obras de Shakespeare, mucho tiempo esperamos el cumplimiento de esta especie de vaticinio del célebre Villemain: «Cuando ese nuevo mundo inglés de América, que se desmonta y desarrolla con tanta actividad, esté poblado como la Europa; cuando sus vapores atraviesen el istmo de Panamá, abierto por un canal, ¡qué inmensa estension recorrerá la palabra de Shakespeare, en qué lugares lejanos ó ignorados por él no serán leidas sus obras, y en qué teatro no será escuchado ó imitado su génio!»

Mucho antes de que ese istmo fuera abierto como lo imaginó Napoleon III, imitando á su tio que tanto trabajara por la roturacion del istmo de Suez, Rossi, adelantándose á la empresa de Lesseps, que empezará á realizarse el 1.° de Enero de 1880, introdujo á Shakespeare en la América del Sud por la vía del Atlantico.

Este solo hecho, si el artista italiano no fuera, además de importador, sublime intérprete del maestro inglés, bastaria para que los americanos del Sud grabaran su nombre con caractéres indelebles en el mármol patrio.

Shakespeare, ha dicho Valladares y Saavedra en su *Historia del Teatro*, «es considerado, por la mayor parte de los grandes críticos modernos, como el primer escritor dramático del mundo.«

Precedido en la escena inglesa por Peele, Grenne y Marlowe, él la domina como el Chimborazo domina el vasto sistema de los Andes, porque sus obras son los mas perfectos estudios del corazon humano que el genio dramático haya creado y animado en el teatro.

Desde 1589 hasta 1614, la mente creadora de Shakespeare dió á luz á Otelo, Desdémona, Julieta, Miranda, Hero, Lady Macbeth, Hamlet, Yago, Falstaff, caracteres completos, admirables, que, segun la espresion de Valera, «viven en la mente de los hombres con mayor firmeza y consistencia que muchos de los mas ilustres y claros varones que fueron en realidad.»

Un crítico achaca esta especie de notoriedad universal, no solo al mérito intrínseco de sus producciones, sino tambien a la circunstancia de que el poeta inglés «escribió para un pueblo que empezaba á ser grande, que iba á estender su imperio y mejorar su civilizacion propia, y á difundirla por todas las regiones de la tierra, mientras que España, por ejemplo, no podia, como lo asevera Taine,

propagar su literatura, por una razon inversa, de que dá testimonio la decadencia nacional del siglo XVII.»

Nosotros adjudicamos la prodigiosa universalidad de Shakespeare, no tanto al medio social en que se desenvolvieron sus facultades, como al hecho de haber escrito para la humanidad, presentándole en sus obras, cual en otros tantos espejos, todas las pasiones de que es susceptible la criatura, ó mejor dicho, la eterna lucha del bien y del mal, bajo sus diversas formas.

Conocieron y apreciaron á Shakespeare, Raleigh, Bacon, el Conde Essex, Milton, Hajes, Keplero, Belarmino, Alberico Gentile, Paolo Sarpi, Vieta y otros mil; y han comentado sus creaciones Aubrey, Bowe, Campbell, Malone, Wieland, Schelegel, Lessing, Emersoh, Victor Hugo y Wisseman.

Shakespeare, sin embargo, no ha creado todos los personajes de sus trajedias, como ya lo hemos dicho.

El ha tomado una parte de ellos de la historia, de la crónica popular, y de algunos romances antiguos.

Refiérese que un crítico inglés contemporáneo, echóle en cara al poeta el haber imitado cierta escena de no sabemos qué drama anterior.

« Era una jóven, replicó él, á quien he sacado de la mala sociedad, para hacerla entrar en la buena. »

Alejandro Dumas (padre) que era indudablemente uno de los primeros autores dramáticos de Francia, reconoce á Shakespeare como númen.

« El mundo teatral, escribe en su «Auto-Biografia», emana de Shakespeare, como en el mundo físico todo proviene del sol. Es tan dramático como Corneille, tan cómico como Moliere, tan pensador como Goethe, tan apasionado como Schiller.»

Los héroes de Shakespeare, al parecer esculpidos en mármol, son caractéres que compendian los rasgos distintivos de su raza y las peculiaridades de su temperamento, empleados unas veces como causas productoras de ciertos fenómenos morales y otras como resortes dramáticos.

El rasgo culminante de Otelo es, por ejemplo, la vehemencia con que ama y odia; y Otelo es fiel trasunto del apasionado africano; el Mercader de Venecia, presa de la avaricia y de la venganza, es representante fidelísimo de la familia israelista; Hamlet es un sujeto tomado de la crónica de Dinamarca, es una naturaleza inclinada á la incertidumbre por el predominio de la linfa, es el hijo del Norte del continente europeo, y es, por fin, la verdadera imágen del hombre asaltado por la duda.

La mano audaz de impios traductores ha solido profanar las obras de Shakespeare y reducir sus proporciones con insolente ignorancia y desmedida falta de criterio.

Esos enmendadores de planas solo pueden ser comparados al insensato que tratara de reducir en miga de pan el Moisés de Miguel Angel.

« La accion terrible de los héroes de Shakespeare, enseñaba Villemain, sus largos desarrollos de pasiones, no pueden caber dentro de los límites de nuestras reglas. No tiene ya el autor su altivez, su audacia; tiene la cabeza amarrada á la tierra por los cabellos como Gulliver. No envolvais en pañales á ese jigante; dejadle sus atrevidos saltos, su libertad salvaje. No podeis ese árbol lleno de sávia y de vigor; no cerceneis sus oscuras y espesas ramas por acicalar su tallo, despojado segun el uniforme modelo de los jardines de Versalles. »

Tal es, apenas diseñado, el autor sublime á quien Voltaire flagelára con su acerada sátira, á quien Emerson divinizára, á quien el mundo inteligente admira, á quien Ernesto Rossi ha hecho conocer en una gran parte de la América latina, identificándose con sus héroes, vistiendo, por decirlo así, su misma carne, antes de que el istmo de Panamá fuera dividido por el pico que ha abierto camino á las aguas del mar Mediterráneo y del mar Rojo, poniendo al habla el Occidente con el Oriente del mundo.

Tomamos la pluma dominados por las impresiones que ha dejado en nuestro espíritu la representacion de una de las mas inabordables tragedias de Shakespeare.

« El Rey Lear, dice Clark, que apareció por el año de 1605, tiene alguna semejanza, aunque lejana, con una tragedia de autor anónimo titulada: *La verdadera crónica del Rey Lear y sus tres hijas*, que fué inscrita en el archivo de los libreros en 1594. Hay motivo tambien para creer que tomó el poeta los caractéres de Gloster y Edgar de la historia del Rey de Paphlagonia, inserta en la *Arcadia* de Philip Sydney.»

El marqués de Dos Hermanas, en la introduccion á una de sus eruditas traducciones del poeta inglés, opina, refutando la creencia comun de que es oscuro el pensamiento filosófico de las tragedias de Shakespeare, «que ellas, como el sol, deslumbran en virtud de su misma claridad.»

Remontándose nuestro dramaturgo á la época de fierro, ha tropezado con un rey viejo pero fuerte todavia, acostumbrado á gobernar sin contradiccion, un tanto fatigado de las públicas tareas, que desea declinar en sus hijas las cargas y las responsabilidades, sin perjuicio de conservar la autoridad.

Divide su reino sin darse cuenta de que Gonerilla y Regana hayan podido heredar sus mañas, y maldice á Cordelia que no le promete, para conseguir su parte, sino aquello que el instinto y la razon le permiten enagenar.

Lear ha vivido mucho, pero no conoce la vida, porque no se ha dado el trabajo de estudiar el corazon humano.

La independencia respetuosa de Cordelia, le produce el estupor; la ingratitud de Gonerila y de Regana, lo conducen á la locura, primero, á la demencia despues.

Considerado en abstracto el carácter del Rey Lear, es la encarnacion del egoismo que se ignora á sí mismo, y que se suicida con sus propias armas; considerado en concreto, representa el egoismo castigado por la ingratitud.

Basta fijarse en la primera aparicion de Rossi en la escena, para adivinar al personage, ligero, vanidoso, arrogante, egoista y fiero, cuya patología moral y física desenvuelve en seguida, presentando de relieve los desórdenes de la sensibilidad y de la inteligencia, caracterizados por la manía de la ambicion, que termina con la parálisis, que lo arroja sin vida junto al cadáver de Cordelia.

La creacion original del maestro italiano, pues él es el único artista de nuestros dias que afronta las dificultades de esta produccion, es una de esas obras de grandes líneas en que se palpa la diferencia que media entre el arte y el artificio, el colorido y el oropel, la fuerza y el esfuerzo, lo verdadero y lo falso, obligándonos á desandar el camino del arte contemporáneo, para reposar, como en un oásis de la inteligencia, sobre los despojos de otros siglos adornados con esos lienzos que pasman, con esos frescos que deslumbran, con esas estátuas que reproducen con el gesto la elocuencia de Homero, de Virgilio y del Dante.

S. Estrada.

(La Libertad.)



RAFAEL DE RIEGO

El Infierno de Dante

Canto XXV, traducido en verso castellano por el Capitan General D. Juan de la Pezuela, miembro de la Real Academia Española y que declamará Rossi el Jueves en Solis en la funcion anunciada á su beneficio.

Atento siempre el Poeta á registrar con la vista el sétimo seno, vé al centauro Caco, que, corriendo detras del blasfemo Vani-Fucio, arroja llamas á todo el que encuentra al paso. Despues reconoce á algunos ilustres florentinos que fueron ladrones de los caudales públicos, y de ellos describe portentosas transformaciones, que el Poeta mismo considera superiores en invencion á las de Lucano y Ovidio.

1 Cuando acabó de hablar el ladre impío,
Las dos manos alzando, hizo dos higas, (1)
Diciendo: «toma, Dios, eso te envio.»

2 Las sierpes desde allí me han sido amigas;
Porque una á su garganta va a anudarse
Cual diciendo: *no más quiero que digas.*

3 Otra salta á sus brazos á enroscarse,
Y la fuerza les quita y movimiento;
Tal llega por delante á remacharse.

4 ¡Oh Pistoya, Pistoya! en fuego lento
¿Por qué no abrasas hijos tan impuros,
Pues que va su maldad siempre en aumento?

5 Por cuantos cercos tiene averno oscuros,
A nadie contra Dios ví tan acerbo;
Ni el que cayó de los tebanos muros. (2)

6 Sin decir mas palabra huyó el protervo;
Y un centauro yo ví, con gran braveza
Venir gritando «¿á dónde está el superbo?»

7 No da sierpes Marema (3) en su crudeza
Tantas, como en la grupa aquel llevaba
Hasta do en él nuestra figura empieza. (4)

8 Y un dragon en su espalda se asentaba
Que estendidas las alas, humo y fuego
Contra cuantos se acercan vomitaba.

9 Y mi guia: « ese es Caco (dijo luego)
Que cien veces las rocas de Aventino
Bañó de sangre con el largo riego.

10 De los suyos no va por el camino;
Porque el robo con fraude hizo y ardides
Del ganado que de el era vecino; (5)

11 Por cuya causa terminó sus lides
De cien golpes al diez quizá espirando, (6)
Bajo la clava del potente Alcides. »

12 Mientras pasa el ladron, y sigue hablando,
Mi guia, tres espíritus (7) no vimos
Acercarse á nosotros, sino cuando

13 Gritaron: «quiénes sois?»—Con lo que dimos
Fin del centauro ál dolororo trance,
Y en ellos solos la atencion pusimos.

14 Yo no los conocia: más fué el lance,
Que, cual ocurre muchas veces cedo,
El uno nombró al otro, á nuestro alcance,

15 Y dijo: «*á Chanfa* (8) *descubrir no puedo;*»
Y aquí, por que este el cuida atento y mudo,
Sobre los juntos labios puse el dedo. (9)

16 Que ora dudes creer, lector sesudo,
Lo que á decirte voy, no me molesta:
Yo lo ví por mis ojos y aun lo dudo.

17 Mi vista estando en ellos y alma puesta,
Una serpiente con sus piés (10) se lanza
Al uno, (11) y toda se le enrosca presta.

18 Con las patas del medio al vientre avanza,
Con sus brazos los brazos le ase y prende,
Y á morderle ambos pómulos alcanza.

19 Los bajos piés sobre los muslos tiende:
Pasa la cola entre ambos, y la punta
En los riñones por detrás le hiende.

20 Jamás al árbol se adhirió tan junta
Yedra tenaz, como la horrible fiera
Sus miembros al ageno cuerpo ayunta.

21 Mezcláronse despues, cual si de cera
Fuesen caliente, especies y colores,
Y no es ya cada cual lo que antes era.

22 Así expuesto del fuego á los ardores
Toma el papel un tinte medio bruno,
Que aun no es negro, mas pierde sus albores.

23 Los dos que le miraban de consuno:
« ¡Oh Añel, cómo te cambias! (le gritaban)
Mira, ni ya sois dos, ni ya sois uno. »

24 Y una testa no mas las dos formaban,
Y de las dos apareció un semblante,
Do las facciones de ambos se mostraban.

25 De cuatro brazos dos salen delante,
Piés y piernas, y vientre y busto horrendo
Hacen de miembros mixto repugnante.

26 Todo su ser primero va perdiendo,
Y uno y otro, y ninguno parecia;
Y así con lento paso se fué yendo.

27 Entonces cual lagarto á quien el dia
Canicular de su vivienda saca,
Que como lampo cruza por la vía,

28 Tal á los otros de la terna flaca,
Cual grano de pimienta, negra, ardida,
Lívida sierpecilla se destaca. (12)

---

[1] Accion indecente que suele hacer la gente ordinaria con los brazos y cierta combinacion de los dedos. Estas torpes acciones debian ser muy usadas en aquel tiempo en las disputas violentas por opiniones de partido, cuando segun Juan Villani se veian todavia en una torre de la roca de Carmiñano dos brazos de mármol que hacian la higa á Florencia.

[2] Capaneo, que en el momento en que sobre los muros de Tebas sitiada insultaba y desafiaba á Jupiter, fué herido por un rayo y precipitado de los muros abajo.

[3] Terreno palustre de la Toscana que cria muchas culebras de gran diversidad de especies y de monstruoso tamaño.

[4] Téngase presente que en los fabulosos centauros, de la cintura arriba la forma es humana, y de allí abajo de caballo.

[5] En el libro octavo de la *Eneida* se narra el robo que hizo á Hércules de los cuatro toros y cuatro vacas magníficos, que hacia apacentar junto al monte Aventino, el que Virgilio llama medio hombre, medio fiera [Semi-hominis Caci] por lo que sin duda le convierte aquí Dante en centáuro, aunque en nuestro juicio no es la intencion del mantuano.

[6] Para pintar la ira de Hércules supone que le dió cien golpes aunque á los diez deberia ya haber muerto

[7] Los tres espíritus de que aquí se trata, son Añel ó Añolo Brunellesqui, Boso de los Abati y Pucio Chancato de los Galigayes, tres ciudadanos de Florencia muy notables, los cuales estan aquí, no por hurtos comunes y viles, sino porque puestos en los primeros cargos de la república emplearon con provecho suyo las rentas públicas arriesgándolas en especulaciones.

[8] Parece que este fué florentino de la familia de los Donati. Los otros le echan de menos, hablando entre sí, porque Chanfa habia desaparecido trasformandose en serpiente, como se verá en seguida.

[9] Como diciéndole á Virgilio: *Calla y oigamos qué dice.*

[10] Esta serpiente es Chanfa transformado.

[11] A Añel Brunellesqui.

[12] Este es Francisco Guercio Cavalcanti transformado.

29 Y al uno (13) le picó por do comida.
Recibe el hombre por la vez primera,
Y á su frente despues se echó estendida.

30 La mira y calla el triste á quien mordiera:
Y los piés afirmando, bostezaba
Como si sueño ó fiebre le invadiera.

31 El la mira, y la sierpe le miraba:
El por la herida, y ella por la boca
Lanzan humo, y el humo le mezclaba.

32 ¡Calle Lucano el canto donde toca
Del mísero Sabélo y de Nasidio, (14)
Y escuche aquí lo que mi musa evoca!

33 ¡Calle de Cadmo y de Aretusa Ovidio;
Que si en dragon á aquel, y á esotra en fuente
Convirtió, poetizando, no le envidio!

34 Que jamás dos naturas frente á frente
Trasformó de tal modo, que pudieran
Transmitir sus substancias de repente.

35 Diré, pues, que entre sí tal se fluyeran,
Que la víbora en horca hendió la cola,
Y del mordido los dos piés se unieran.

36 En él pierna con pierna se interpola
Hasta borrarse tanta la juntura,
Que ni una raya se distingue sola.

37 La horquilla en ella adquiere la figura
Que en él pierden los piés; yo ví ablandarse
La piel en esa, en esta hacerse dura;

38 Sus brazos ví por el sobaco entrarse,
Y segun ellos amenguando han ido,
Los cortos del reptil ví dilatarse.

39 Luego sus patas en cordon torcido
Van la parte á formar que el hombre cela.
Y el triste el suyo en dos vé convertido.

40 Entonces, mientra el humo á entrambos vela
De color nuevo, y á la piel atrae
De este el cabello de que aquel repela.

41 Se alza el reptil, el hombre al suelo cae;
Mas no se quitan, no, la vista impía,
Que aun de uno á otro las facciones trae.

42 El hocico las sienes recogia
El de pié; y la sustancia rebosante
La cara forma, y las orejas cria.

43 Lo que atrás no corrió, con su sobrante
Los labios, cual conviene, le dispuso,
Y de humana nariz dotó al semblante.

44 El caído adelante saca el muso,
Y las orejas hunde en la cabeza,
Cual caracol los cuernos pone en uso;

45 Y la lengua que hablaba con presteza
Se parte, y la bifurca su horca viva
Cierra, y el humo á disiparse empieza.

46 Y el alma que en la sierpe es ya cautiva,
Por la valle fatal huye silbando;
Y el otro detrás dél habla y saliva. (1)

47 Y al triste las espaldas nuevas dando,
Dice al que queda: «Boso es bien que corra
Por esas rivas como yo rampando.»

[13] Este que tambien es uno de la terna, como ya se ha dicho, es Boso de los Abati.

[14] Dos soldados de Catón que al atravesar el Africa fueron mordidos de sierpes venenosas. A Sabelo le entró por el boquete de la picadura un fuego que le abrasó hasta convertirle en ceniza; y Nasidio se hinchó de tal modo que reventó su piel. *Libro IX de la Farsalia de Lucano.*

(1) Con cuyas dos pinceladas maestras de silbar la serpiente y de escupir el hombre al hablar, pinta la ira de que estan poseidos aquellos dos seres en sus diferentes formas.

Informe in voce

PRONUNCIADO POR EL DR. D. JOSÉ PEDRO RAMIREZ ANTE EL SUPERIOR TRIBUNAL DE JUSTICIA EN LA CAUSA DE LOS SEÑORES RECAITE HERMANOS, CONTRA LA CAPILLA DE LA CONCEPCION.

Exmo. señor:

Vengo ante V. E., en grado de nulidad é injusticia notoria, contra resoluciones ejecutoriadas que consagran la negacion de todos los principios que sirven de base á la sociedad moderna,—la retribusion de los servicios, la inviolabilidad de la propiedad, la igualdad ante la ley, la justicia absoluta é inmutable que debe prevalecer en todas las decisiones humanas, sobreponiéndose á todas las preocupaciones del pasado y á todas las cobardías del presente.

La cuestion que se debate en esta instancia suprema, es de un alcance incomensurable.

Es una batalla que se libra, no en el terreno abstracto de las discusiones científicas ó académicas, que elaboran es verdad las revoluciones sociales, pero paulatinamente y con lentitud secular, sino en el campo abierto á los debates tranquilos y fecundos de la justicia y de la ley, que convierten en verdad legal, de hoy para mañana, las verdades absolutas que germinan en nuestro espíritu y vagan en el espacio á merced de las veleidades humanas, tan faciles para glorificar la virtud y santificar la verdad, como para endiosar el crímen y levantar altares al error.

En una hora de inspiracion y de acierto, V. E. habrá hecho mas por la causa de la verdad y de la justicia en la esfera político-religiosa, que los mas inspirados apóstoles en diez años de propaganda infatigable. Tal es de augusta la mision de V. E.

No se trata, Exmo. señor, de dogmas ni de culto; se trata de algo que interesa mas á la sociedad en este caso que las eternas contiendas sobre la revelacion y el cristianismo; se trata de someter todas las instituciones humanas que coexisten en la tierra al imperio de la justicia, que tiene sus dogmas inmutables y sus sacerdotes consagrados.

Se trata de saber si hay todavía instituciones, ó sectas, ó asociaciones, que pueden sustraerse á las leyes fundamentales de la organizacion social y escusar el cumplimiento de los preceptos morales, que hacen del trabajo un patrimonio y una virtud, el patrimonio mas legítimo y la virtud mas alta.

Se trata de saber, si eso que se llama la Iglesia, puede emplear un centenar de trabajadores en levantar las paredes de un edificio, exigirles dia á dia el esfuerzo de sus brazos, la virilidad de su alma, el sudor de su frente, y un buen dia sustraerse á la obligacion de retribuir honradamente, la labor que empieza con los albores del dia, y termina con las sombras de la noche, á favor de una consagracion impía al Dios de bondad y de justicia que rige la

sublime armonía del Universo!

Permítame V. E. que á grandes rasgos me trace á mí mismo para que sirva de base á mi argumentacion, la historia de este pleito que V. E. ha estudiado ya en las páginas del proceso.

En Setiembre de 1857 algunos vecinos de nacionalidad franceses sujestionados por el Reverendo Padre Paulino Sarraute, se reunieron en casa del Sr. D. Pablo Duplessis y acordaron la ereccion de un templo católico en la Nueva Ciudad, para lo cual ya se tenia el terreno que habia donado D. Lucio da Costa en representacion de la sociedad German da Costa y Hnos. El Reverendo Padre Sarraute propuso que se constituyese una Comision de la cual fué nombrado Presidente D. Luis Goddefroy, tesorero el Sr. D. Pablo Duplessis y secretario el señor D. Eugenio Legrand.

En una segunda reunion presentó el Reverendo Padre Sarraute el presupuesto de la obra, se aprobó y se convino en que los Sres. Recaite Hnos. tomarian á su cargo la construccion.

Recaite Hnos. trabajaban con mas actividad que la que se daban los fieles para contribuir á sufragar los desembolsos hechos y el trabajo empleado, y al poco tiempo de empezada la obra, Recaite Hnos. eran acreedores por una fuerte suma.

En acta que se labró á 6 de Diciembre de 1862 y que corre á f. 51 se hizo constar ese hecho en estas testuales palabras.

« Reunida la Comision á peticion de Recaite Hnos, « como empresarios, se acordó que se publicasen « en los diarios de la capital las donaciones reco- « lectadas para la construccion de la Iglesia de la « Nueva Ciudad tanto para satisfaccion de las per- « sonas que generosamente han contribuido á este « piadoso objeto, cuanto para que supiese el públi- « co por este medio lo mucho que aun queda que « hacer para llevar á buen fin la obra empezada « *que sin los adelantos hechos para el Sr. Recaite* « *Hnos. no estaria en el estado en que está.* »

Debido no sé á qué intrigas ó manejos, la Comision fundadora compuesta de tan respetables vecinos de esta ciudad, fué sustituida por otra y esta empezó por separar á Recaite Hnos. de la construccion, negándose á arreglar sus cuentas y á pagarles lo que se les debia.

Empezó entonces el pleito que dura desde hace doce años, de los cuales emplearon diez Recaite hermanos para hacerse reconocer acreedores de la construccion del templo por la suma de 27,443 $ 24 centésimos.

La nueva Comision encontró muy cómodo saldar sus cuentas con constructores que se imponian para en adelante, con un saldo á su favor, y que se absorberian por un trabajo ya hecho una buena parte de las entradas futuras. Recaite hnos. fueron separados y otros constructores tomaron á su cargo la obra.

Recaite hnos. solicitaron y obtuvieron, ante todo, que se hiciese constar el estado de la obra, y que se levantase una tasacion de lo construido por ellos— y con esa base indestructible avanzaron lentamente pero avanzaron al fin en el juicio, hasta conseguir que al cabo de diez años los Tribunales de la República los reconocieron acreedores por la suma ya dicha y condenasen á la Comision del Templo á pagarles esa suma, en *moneda* de *buena ley*, como que de buena ley era el título que invocaban esos honrados obreros.

Pero mientras Recaite hnos. seguian la *via crucis* del interminable litigio, los sucesores del reverendo padre fundador del templo, elaboraban clandestinamente los medios de burlar la accion de la justicia.

Mientras los magistrados del órden civil, lenta pero honradamente estudiaban las páginas del proceso, oian las exigencias justísimas de Recaite hermanos y las evasivas y las argucias de la nueva comision tramposa, y creian pronunciar sentencias que obligarian á su cumplimiento en todo el territorio de la República, los sacerdotes y prelados del órden eclesiástico, conspiraban contra el imperio de la justicia, en su doble manifestacion de ejercicio de la jurisdiccion nacional, y de reconocimiento de los derechos perfectamente legítimos á que se daba honrada y cumplida satisfaccion.

El edificio estaba ahí sometido á un litigio, constatado estaba el estado de la obra por medicion y tasacion pericial, á la sazon en que Recaite hermanos, fueron arbitrariamente separados de la construccion; la misma comision no negaba deber una buena cantidad á los obreros despedidos como consta de la carta de su presidente, que obra á f. 16, y sin embargo la autoridad eclesiástica consagró la Iglesia, violando no solo los preceptos del derecho civil que condenan y anulan esos actos fraudulentos, sino tambien los preceptos del derecho canónico, que no permiten que se consagren las Iglesias, si no están satisfechos los gastos de su construccion, *y aun asegurados los recursos necesarios para su conservacion, culto y ministros necesarios.*

Para la edificacion de una Iglesia dice Donoso Cortés, se requiere: « 1.° El consentimiento del obis- « po del lugar, al cual corresponde tambien desig- « nar el atrio, fijar la cruz y poner la primera pie- « dra con las preces y bendiciones que prescribe el Pontifical Romano en esta solemne ceremonia: 2.° Que se asigne suficiente dote para su conservacion culto y ministros necesarios.—Si la Iglesia se construyó sin asignacion de dote, puede ser compelido á asignarle el que la edificó y no pudiendo este ha- « cerlo recae la obligacion en el obispo que prestó « su consentimiento sin exigir la necesaria cau- « cion. »

Y si es necesario que el Obispo se garanta de que la nueva iglesia contará con los recursos necesarios para su conservacion ¿cómo es posible que pueda consagrarla sin que siquiera estén satisfechos los gastos de su construccion?

« Señalar deve dote á la Iglesia el que la fiziese « de nuevo segun dice en la ley ante unte desta « (dice la ley III tit. X pág. 1.ª) ó si por aventura « estonce non gela diere, tenudo es de gela dar « quando la consagrare, é non deve el Obispo ante « consagrar, é si acesciesse *que fuesse descuydado* « que la consagrasse ante que la dotassen, bien lo « puede aun demandar, á aquel que lo fizo ó á sus « herederos, é si los herederos non oviessen de que « lo fazer, *el Obispo es tenudo de la dotar de lo su-* « *yo, porque fué negligente en non la fazer heredar* « *ante que la consagrasse.* »

Es, pues, indudable que la consagracion de la Iglesia de la Concepcion hecha pendiente este pleito, y sabiendo que los primitivos constructores eran acreedores por una suma de mayor ó menor consideracion, es un acto fraudulento, condenado por las leyes civiles y las leyes canónicas.

Y hé aquí el momento de plantear la cuestion tal como se presenta para ser apreciada y decidida por V. E.

Los Tribunales del país declararon que la Comision constructora del edificio convertido en capilla de la Concepcion era deudora á Recaite hnos., de la suma de 27,443$50 por materiales y trabajo de la construccion de la misma, y la condenaron á pagar esa suma dentro de diez dias (sentencia de f. 148 confirmada por la de f. 125).

Se intimó el pago á la Comision con apremio de embargo y esta manifestó segun consta á f. 225, que

la Comision no tenia bienes que presentar á la traba, y que por el contrario tenia *porcion de obligaciones que cumplir;* de cuya contestacion se infiere que la consagracion fraudulenta de ese templo, no estafó solo á Recaite hnos., sino á muchos otros que se han resignado á la espoliacion, tal vez por representar créditos de poca monta.

Recaite hnos., denunciaron entonces para el embargo la propia capilla de la Concepcion, en la cual existen los materiales comprados con el dinero de los constructores, y está representado el trabajo personal de un gran número de obreros.

El Juez se sintió sobrecogido ante la idea de decretar el embargo de una capilla, y dió vista al Fiscal.

El Fiscal manifestó que las Iglesias por su carácter sagrado no pueden ser embargadas, adhirió el Juez negándose al embargo, apelaron de esa resolucion Recaite hnos., y confirmó el Superior la negativa.

Quedó por ese hecho consagrada la gran iniquidad, esterilizado el esfuerzo y el sacrificio de Recaite hnos. que habian pleiteado diez años para hacerse reconocer su derecho; burlados los obreros; anuladas las sentencias de los Tribunales, y triunfante el ardid imaginado por la Comision constructora de la Iglesia en complicidad con la Curia Eclesiástica.

Si esto es justo, si esto es legítimo, si esto es legal, si tamaña iniquidad puede consumarse en la época presente, es lo que V. E. está llamado á resolver.

Veamos, ante todo, por cuál legislacion debe resolverse la gravísima cuestion que se debate.

El embargo de la capilla de la Concepcion ha sido solicitado y negado bajo el imperio y la vigencia del Código Civil.

No son aplicables á este caso las leyes españolas, porque el Código las ha derogado en todas aquellas materias sobre las cuales legisló,—y no es aplicable el Código de Procedimientos Civiles porque ya se habia pronunciado una sentencia á la fecha en que este Código se promulgó.

Sobre lo primero, invoco el artículo 2352 del Código Civil que dice textualmente así:

« Quedan absolutamente derogadas todas las le-
« yes y costumbres que han regido hasta aquí sobre
« las materias que forman el objeto del presente
« Código. »

« Las leyes relativas á materias estrañas al Códi-
« go y de que solo se ocupe incidentalmente no se
« considerarán derogadas, sino en cuanto se opon-
« gan á las prescripciones del Código. »

Ahora bien: el Código Civil legisló sobre la Iglesia, declarando á la Iglesia una parte civil capaz de derechos y obligaciones—legisló sobre las cosas públicas, declarando cuáles debian considerarse tales, y sobre las cosas embargables declarando cuáles quedaban exentas de embargo.

Dado este precedente, ¿es posible aplicar al caso ocurrente la legislacion española?

Y sin embargo el fundamento de la sentencia de 1.ª Instancia, que ha negado el embargo son las leyes de Partida y de Recopilada que determinadamente se citan, y en la sentencia de 2.ª se confirma por sus fundamentos la 1.ª

Las sentencias recurridas han violado, pues, el art. 2352 del Código Civil.

Pero la sentencia de 2.ª Instancia, no solo viola el art. 2,352 del Código Civil, apoyándose en las leyes de Partida y Recopilada *en materia que no es estraña al Codigo y sobre la cual el Código ha legislado*, no incidentalmente sino de plano é introduciendo profundas y radicales reformas, sino que ha violado el art. 1,360 del Código de Procedimiento, aplicando las disposiciones de este Código á un *asunto pendiente en que habia recaido ya una sentencia.*

La sentencia de 2.ª Instancia confirma la de 1.ª no solo por sus fundamentos (las leyes 1.ª tit. II part. 1.ª y 2 y 4 tit. 2.º lib. 1.º R. C.) sino tambien apoyándose en el art. 885 del C. de P.

Pero el Tribunal de 2.ª Instancia no tuvo presente que la sentencia de 1.ª fué pronunciada en Julio 10 de 1877 y que el Código empezó á regir en 19 de Abril de 1878, por cuya razon no eran aplicables sus disposiciones al caso resuelto ya por aquella sentencia, visto lo que dispone el art. 1,360 del mismo Código de Procedimientos, cuyo texto me permitiré consignar en seguida.

« Este Código empezará á regir desde el 19 de Abril de 1878.

« Sus disposiciones serán aplicables á todas las causas que se promuevan en adelante.

« Serán tambien aplicables á las causas pendientes desde la estacion ó periodo en que se encuentren, escepto los trámites ó diligencias que hayan empezado á ejecutarse, las cuales se regiran por las leyes anteriores lo mismo *que los artículos ó incidentes en que hayan recaido ya una sentencia.* Esto último sucede en este caso, así en el incidente sobre embargo de la capilla de la Concepcion habria recaido ya una sentencia cuando el Código de Procedimientos se promulgó y por consiguiente el Tribunal de 2.ª instancia, aplicando sus disposiciones, ha violado el art. 1,360 del mismo Código, á parte de que reincidió en la violacion del 2 ,353 del Código Civil.

Es, pues, por las disposiciones del Código Civil que han debido los Tribunales ordinarios resolver esta cuestion, y por ese Código que debe resolverlo este Tribunal extraordinario, no siendo aplicables las leyes españolas porque fueron derogadas por el Código Civil y las del Código de Procedimiento, porque se habia pronunciado ya una sentencia cuando este Código se promulgó.

Veamos ahora cuál es la doctrina que resulta claramente establecida por el conjunto de las disposiciones del Código Civil relativas á la Iglesia, sea como persona, sea como cosa.

El artículo 21 del Código Civil declara á la Iglesia, *persona jurídica capaz de derechos y obligaciones civiles.*

El artículo 421 distingue los bienes en bienes de propiedad nacional ó particular.

El 429 distingue los bienes nacionales en de uso público y en bienes privados del Estado ó bienes fiscales.

El art. 430 declara cuales son los bienes nacionales de uso público, y no comprende entre ellos *las Iglesias.*

El art. 437 declara que los bienes que no fuesen de propiedad Nacional, deberán considerarse como *bienes particulares, sin hacerse distincion de las personas que tengan la propiedad de ellas, aunque sean personas jurídicas.*

El art. 2,326 especifica prolija y determinadamente cuáles bienes no son embargables y entre ellos no se encuentran comprendidas ni las Iglesias ni las demas cosas sagradas.

En las sentencias recurridas cómo ha podido prescindirse del Código, para irse á buscar la solucion del punto sub-judice en la antigua legislacion Española?

Segun el Código, la Iglesia es una persona civil capaz de derechos y obligaciones; las iglesias no estan comprendidas entre las cosas públicas ni en las que están exentas de ser embargadas, declarándose espresamente que los bienes que no fuesen de propiedad Nacional, deberán considerarse como bienes particulares, sin hacerse distincion de las personas que tengan la propiedad de ellos, aunque sean per-

sonas jurídicas.

¿Cuál es la suma de estos sumandos, Exmo. Sr.?

De las doctrinas parciales que establecen, que el Estado es una persona jurídica capaz de derechos y obligaciones: que las cosas sagradas no son cosas públicas o de propiedad nacional, y que las cosas que no son de propiedad nacional ó públicas deben considerarse como bienes particulares, sin hacerse distincion de las personas que tengan su propiedad aunque sean personas jurídicas (recuérdese que la Iglesia es una persona jurídica) se viene forzosamente á esta conclusion ineludible, que por la legislacion vigente á la época en que se solicitó el embargo y se negó—la Iglesia no tenia privilegios de ningun género que la amparasen de embargo y ejecuciones por deudas legítimas y comprobadas.

Para negar el embargo se han violado los artículos 2,353 del Código Civil y 1,260 del Código de Procedimientos que determinan de una manera ineludible la legislacion que ha debido aplicarse al caso ocurrente y se han violado los artículos 21, 428, 429, 430, 437 y 2,363 del Código Civil que hacen una parte civil á la Iglesia y le suprimen todos los privilegios de que gozaba por la antigua legislacion.

Lo que corresponderia, pues, es declarar nulas las sentencias recurridas y ordenar que se trabe lisa y llanamente el embargo solicitado por la sucesion Recaite.

Pero esta solucion es tal vez demasiado valiente para dictarse y ejecutarse en un pueblo supeditado por las preocupaciones religiosas, y acaso convendria otra solucion que sin alterar los principios fundamentales, evitase la violencia de la medida en la forma de su ejecucion—Ya tendré ocasion mas adelante de indicar esa solucion.

He demostrado que esta cuestion ha debido y debe resolverse por las disposiciones del Código Civil, por los principios y doctrinas que ese Código establece, y que esos principios y doctrinas autorizan el embargo liso y llano de la capilla de la Concepcion, pero como es posible que se entienda que el Código Civil no legisló sino incidentalmente sobre la materia que se discute, ó que la materia de los privilegios de la Iglesia es estraña al Código Civil; y que por consiguiente deben reputarse no derogadas las leyes de Partida y Recopilada, voy á acometer el exámen de la cuestion bajo el punto de vista de aquella legislacion, para demostrar que aun las leyes de Partida y de Recopilada se han violado en las sentencias recurridas.

En esta segunda faz de la cuestion, empezemos por examinar en qué condiciones se encuentra realmente la capilla de la Concepcion.

Esa capilla ha sido construida por particulares, y no se ha incorporado á la Iglesia nacional, y no forma por consiguiente, parte de los bienes de la Nacion.

Es una capilla particular que la autoridad Eclesiástica del país ha consagrado, pero que se conserva separada de su propia comunidad.

Este hecho consta de autos y es aceptado por el propio Fiscal del Estado que ha tomado la representacion y la defensa de los privilegios de la Iglesia.

El Fiscal del Estado reconoce que la Iglesia de la Concepcion no es un bien incorporado á la Iglesia del Estado, *pero pretende que todas las iglesias particulares ó nacionales están amparadas por los mismos privilegios.*

El Sr. Recaite, dice el Fiscal, pretende que la Ley 1.ª tit. II de la p.ª 1.ª se refiere á las Iglesias de propiedad pública y no á las iglesias de propiedad particular, pero, en el proemio de otro título y partida se habla de las Iglesias de los emperadores, de los reyes y otros señores de la tierra, pero eso no es exacto—La ley no hace ni admite distincion ninguna—Habla de las Iglesias de los Emperadores, de los Reyes y de los Señores, porque eran las únicas que en la época existian y su mente bien clara no es favorecer á los Señores de las Iglesias, sinó á las Iglesias mismas segun se desprende de los términos empleados por ellas—« Privilegios « ó grandes franquezas han las iglesias de los Em- « peradores é de los Reyes é de los otros Señores de « la tierra, é esto fué muy en razon porque las co- « zas de Dios huviesen mayor honra que las de los « omes. »

El primer error que se padece por el Fiscal al consignar esta observacion, consiste en suponer que si la ley 1.ª tit. II p.ª 1.ª solo habló de las Iglesias de los Emperadores, de los Reyes y de los Señores de la tierra, fué porque esas Iglesias eran las únicas que en la época existian. Entonces como ahora existian Iglesias ó capillas particulares y la distincion entre unas y otras se encuentra hecha en la mayor parte de los autores.

Dalloz en la palabra culto núm. 66 se espresa testualmente así:

« Es por lo demás bien entendido, que las soluciones que preceden (hablando en general de los privilegios de las Iglesias) *no se refieren sino á las Iglesias ó capillas* que hacen, hablando con propiedad parte del dominio público, y en efecto se ha juzgado en este sentido; que las Iglesias ó capillas particulares ó pertenecientes á un establecimiento cualquiera siendo propiedades ordinarias ó privadas, aunque el culto divino se celebre en ellas públicamente, son susceptibles de posesion y de detencion de hecho, y por consiguiente pueden dar lugar á una accion de reivindicacion.» (Sentencia de la Córte de Casacion de 4 de Junio de 1835); nada ménos que una sentencia de la Corte de Casacion consagra este principio.

2.ª Que bien que las Iglesias estén fuera del comercio y sean inalienables ó imprescriptibles, así mismo si la propiedad privada de una capilla dependiente de un edificio religioso resulta de títulos ó de una posesion apoyada en signos esteriores capaces de suplir el título, la revindicacion puede ser autorizada. (Orleans 25 de Junio de 1846).

Mas terminantemente aun se espresa Dalloz en la palabra posesion núm. 330.

« La *imprescriptibilidad*, dice, no se aplica á las iglesias ó capillas particulares, ó que pertenecen á un establecimiento cualquiera, aunque el culto divino sea celebrado en ellas públicamente.—Así en este caso siendo las capillas y las iglesias propiedades ordinarias y privadas, son susceptibles de posesion y de detencion de hecho, y pueden dar lugar por consiguiente á una accion de reivindicacion. No es ya hoy como cosas sagradas, fíjese bien V. E. en esta adelantada y atrevida declaracion—no es ya hoy como cosas sagradas, sino como cosas públicas que las Iglesias son imprescriptibles—la idea de la consagracion religiosa no es ya incompatible con la propiedad privada.»

Laurent, otro eminente jurisconsulto, no es menos esplícito que Dalloz.

Aun en la Iglesia Católica, dice, hay capillas privadas en las cuales se celebra el culto romano y que son sin embargo propiedad particular.

Es una singularidad remarcable y que no se encuentra en los otros bienes destinados al uso público. Hay, pues, edificios que aunque destinados al culto están en el comercio como toda propiedad priveda; y por consiguiente son enagenables y prescriptibles. (Laurent, tomo 32, pág. 265.

Mas esplícito todavia se Bellime:—« Las Iglesias se « colocan en la misma clase de objetos (entre las « cosas públicas). Antes de ahora, eran en la doc- « trina del derecho romano y en la de nuestra anti-

« gua jurisprudencia colocadas fuera del comercio
• á un título especial, como cosas sagradas. Pero
• hoy debe decirse con verdad que si son impres-
« criptibles no lo son sino como cosas públicas, pues
• la idea de la consagracion no es en nuestros prin-
• cipios incompatible con la propiedad privada. De
• donde resulta *que no debe atribuirse* ese carácter
« sino á las iglesias puestas por la autoridad públi-
• ca á la disposicion de los obispos para celebracion
« de los ritos de la religion; que en cuanto á las
« iglesias aplicadas hoy á usos privados, no son sino
« bienes comunes ordinarios. » —Bellime, del dere-
cho de posesion, núm. 236.

Hé aquí esplicado cómo con el criterio moderno y con arreglo á los principios liberales de la época debe encararse esta cuestion de las cosas sagradas, y sobre todo he aquí deslindadas con precision las diferencias que existen entre las Iglesias que forman parte de los bienes nacionales y que la Nacion pone á disposicion del Jefe de la Iglesia para las necesidades de un culto declarado en malhora nacional, y las Iglesias ó capillas particulares con las cuales la Nacion no conserva vínculos ni relaciones de ningun género.

La Iglesia ó Capilla de la Concepcion se encuentra en este último caso.—La Capilla de la Concepcion ha sido construida por la poblacion francesa á solicitud de sacerdotes estranjeros de órden ó comunidad determinada, y se conserva y se maneja con independencia de la Iglesia Nacional, aun cuando haya sido consagrada por la autoridad eclesiástica superior, y no puede ampararse á los privilegios que las antiguas leyes españolas, espresion de una época de verdadero fanatismo religioso acordaron á las verdaderas Iglesias nacionales, ó de la Nacion, á quien entonces representaban los Emperadores, los Reyes y los señores de la tierra á quienes se refiere la ley de Partida citada por el Fiscal.

Por eso dije al introducir el presente recurso, fundándolo con arreglo á la ley, que en las sentencias recurridas han sido erróneamente aplicadas todas las leyes que se invocan, porque en ellas se legisla para las Iglesia de los Emperadores, de los Reyes y de los señores de la tierra (los soberanos de entonces) y no para las capillas de los particulares (personas ó colectividades) no incorporadas á los bienes de la Nacion ó de la *Iglesia Nacional*.

—

Pero se dijo tambien al introducir el recurso que aun cuando se negase que la Iglesia de la Concepcion era una Iglesia particular y se pretendiese que aun siéndolo estaba amparada por los mismos privilegios otorgados á las Iglesias incorporadas al patrimonio del Estado, se habria violado la ley 1.ª, tít. 14, p.ª 1.ª que haciendo escepcion al principio de la inalienabilidad de las cosas sagradas, establece *que las Iglesias podrán enagenarse en el caso de gran deuda que non se pudiese quitar de otra manera.*

Y voy á probar que la violacion es flagrante y que la necesidad de enagenar en este caso *la Iglesia para solventar una gran deuda que non se puede quitar de otra manera*, quiere escusarse á favor de algunas sutilezas que indignan y sublevan, tratándose de una cuestion que interesa vivamente, bajo el punto de vista de la justicia, de la moral y de los principios constitutivos de la sociedad.

La ley 1.ª, tít. 14, p.ª 1.ª que digo y sostengo se ha violado, dice testualmente así en lo que tiene de pertinente y de aplicable al caso:

« E las cosas de la Iglesia non se pueden enagenar sinon por algunas de estas razones señaladamente:

La primera, por gran deuda que debiese la Iglesia é non se pudiese pudiese quitar de otra manera.

Y para que no quede duda de que en las cosas de la Iglesia que se pueden enagenar, *en el caso de gran deuda que non se pudiese quitar de otra manera*, está comprendida la Iglesia misma, permítaseme consignar tambien en seguida el testo espreso de la ley 13 tit. 28, p.ª 3.ª

« Sagradas cosas dezimos que aun aquellas que « consagran los obispos, así como *las Iglesias* é los « altares é las cruces é los cálices é los encensarios « é las vestimentas é los libros é todas las otras co- « sas que son establecidas para el servicio de la « Iglesia, é destas cosas á tales (inclusive la Iglesia) « non se puede enagenar el servicio sino en casos « señalados assi como mostramos *en la primera par- « tida de este libro.* »

« Es, pues, incuestionable que aun las Iglesias, • las Iglesias nacionales—las que la ley de partida « llamaba de los Emperadores ó de los Reyes pue- « den enagenarse por varias razones y entre otras « por razon de *gran deuda que deviese la Iglesia e « non se pudiese quitar de otra manera*, y por consiguiente no puede sostenerse de una manera absoluta que las Iglesias no son enagenables.

El Fiscal no desconoce esta verdad, pero opone que las Iglesias por su carácter sagrado *no pueden ser embargadas y sacadas á licitacion para el pago de deudas*, como lo enseñan todos los autores, y se desprende claramente de las leyes 1ª tit. II p. 1ª, y 274; tit. 2 lib. 1º R. C.: reconoce que la ley 1ª tit. 14 p.ª 1ª *autoriza la enagenacion de las Iglesias*, pero sostiene que esa enagenacion solo *puede* tener lugar por *acto voluntario* de las autoridades eclesiásticas y bajo formalidades especiales; y concluye sosteniendo que no puede invocarse razonablemente esa ley para apoyar un embargo y una ejecucion violenta, que espresamente prohiben otras leyes y que rechaza la naturaleza sagrada de la cosa.

Como vé V. E. me hago cargo del argumento con que se defienden los privilegios de la Iglesia, en toda su plenitud.

La ley 1ª tit. 11 de la P.ª 1.ª que invoca el Fiscal, dice así:

« E porque la Iglesia es casa de Dios e mas hon- « rada que otra segun dize en el título antes déste: « por ende ha privilegios mas que las otras casas « de los omes é mayormente en estas cosas, ca non « deve ser apremiada *de ningun pecho nin otro « embargo.*»

Las de Recopilada dicen poco mas ó menos lo mismo:

« Ninguno sea osado de quebrantar Iglesia ni ce- « menterio por su enemigo ni para hacer *cosa al- « guna de fuerza.*

« La Iglesia militante que es ayuntamiento de los « fieles, debe ser honrada, tenida y guardada como « madre y maestra universal de todos; por ende « mandamos que ninguno sea osado de quebrantar « Iglesias ni monasterios ni quebrantar sus privile- « gios ni franquezas, ni ocupen los bienes ni man- « tenimientos ni ornamentos.»

Hay en efecto aparente oposicion entre las leyes que permiten la enagenacion de las *Iglesis por razon de gran deuda* y las que prohiben que puedan ser embargadas y ocupadas.

Es necesario conciliar esas leyes de manera que reciban cumplida satisfaccion los principios fundamentales de la organizacion social, y es eso lo que no ha hecho el Fiscal al encontrarse frente á frente del conflicto que se originó por la exigencia de embargo formulada por los acreedores de la capilla de la Concepcion.

La ley 1.ª tit. 14 P.ª 1.ª, dice el Fiscal, autoriza la enagenacion de las iglesias, es verdad, pero agrega *por acto voluntario de las autoridades eclesiásticas y bajo formalidades especiales.*

Esta solucion del conflicto y del problema, perdóneme el Sr. Fiscal que se lo diga, no está á la altura de su elevado ministerio, ni de sus condiciones personales de ilustracion y de elevacion de vistas. Esa solucion sacrificaría todos los principios de derecho, de justicia, de moral, y pondria á la autoridad civil encargada *de dar á cada uno lo que es*

suyo, á merced de las voluntariedades y caprichos de las autoridades eclesiásticas.

Y V. E. lo sabe, por atrasada que estuviese la sociedad civil en la época en que legislaba D. Alfonso el Sabio, no fueron esos los principios que prevalecieron en su legislacion;—sobre la autoridad eclesiástica estuvo siempre la autoridad del Estado, y los mas altos prelados de la Iglesia prestaron siempre juramento de acatar las leyes de la sociedad civil en que ejercian su ministerio espiritual.

¡Cómo! ¡las Iglesias pueden contraer grandes deudas y pueden no pagarlas si así place á la autoridad Eclesiástica!

¡Cómo! ¡la autoridad Civil ha de carecer de autoridad y de imperio para decidir en las contiendas civiles, para dar *lo que es suyo al que lo reclama*, tan solo porque de una parte se levanta airada la personalidad de la Iglesia Católica!

¿Es letra muerta el art. 21 del Código Civil que declara personas jurídicas, capaces de derechos y *obligaciones civiles al Estado, al municipio, á la Iglesia?*

Otra es la conciliacion que en rigorosa justicia, que en alta moral, que en principios de elevada jurisprudencia tienen esas leyes aparentemente contradictorias. Al Fiscal ha debido ocurrir que por ningun principio podia ni debia dejarse consagrada la monstruosidad de que está en las facultades de la Iglesia sustraer á la accion de las leyes civiles los edificios que bajo la proteccion de esas leyes civiles se levantan.

Al Fiscal ha debido ocurrirle que hoy no puede ni debe tolerarse que á favor de una consagracion fraudulenta se usurpe la propiedad ajena, representada por el más legítimo de todos los títulos, el trabajo personal de los obreros.

Y si á esto se agrega que la conciliacion de esas leyes puede hacerse sin violencia, lo mismo en el terreno de la teoría que de la práctica, se convendrá en que es verdaderamente lamentable que se haya impreso un giro tan inconveniente á este enojoso asunto.

Las Iglesias aun las nacionales pueden enagenarse para pagar grandes deudas que no haya como solventar de otro modo; lo dice, la ley y lo reconoce el Fiscal, pero se agrega, *sin embargo* no *pueden embargarse ni venderse violentamente.*

Sea enhorabuena, no se cause la violencia, no se violen las leyes que prohibe *se haga fuerza en las cosas sagradas*, pero decrétese el embargo prévio requirimiento á la autoridad Eclesiástica, para que usando de las facultades privativas que le conceden las leyes canónicas levante la consagracion de la Iglesia, puesto que se han verificado las circunstancias previstas en la ley 1ª tit. 14 P.ª 1.ª, *deuda de consideracion é imposibilidad de pagarse de otro modo que mediante la enagenacion.*

Pero volvemos á encontrarnos con el fantasma imaginado por el Fiscal.

La enagenacion es acto voluntario.

¿Es acto voluntario pagar las deudas?

Lo que es deber moral y deber legal para todos y cada uno de los míseros mortales, será acto voluntario para la Iglesia, *madre* y *maestra universal de todos*, segun las palabras del propio legislador de las Partidas?

Si no hay ley que prohiba la enagenacion de las Iglesias, *cuando hay gran deuda que pagar* ¿á qué título podria resistirse á pagar la autoridad eclesiástica, siendo así que la ley ha declarado á la Iglesia una parte civil, capaz de derechos y obligaciones como el primero y como el último habitante del país?

Los Tribunales requeridos en juicio por una parte civil para que compela á otra parte, civil tambien, al cumplimiento de una obligacion comprobada y declarada por sentencias ejecutoriadas, no podria detenerse en este caso, sino ante la prohibicion *absoluta de enagenar la cosa demandada*, pero esa prohibicion absoluta no existe; y entonces los Tribunales deben obligar á la autoridad eclesiástica á que enagene la cosa ó á que levante la consagracion que se opone á la ejecucion de los mandatos de la autoridad civil.

La cuestion aquí no es de fondo sino de forma; las Iglesias *son enagenables y lo son para pagar deudas que no se pueden solventar de otra manera:* lo único que quiso la antigua legislacion fué ponerlas á cubierto de violencias y de vejámenes; lo único que quiso es que no se violasen esas místicas inmunidades de que el celo católico las ha rodeado; y es rindiendo homenaje á eso que es un alto sentimiento de piedad para algunos, y que para otros no pasa de un tributo inesplicable á las preocupaciones seculares de la tradicion ultramontana, que puede adoptarse el medio conciliatorio en este aparente conflicto,—*que se haga la justicia y se salven las inmunidades de la Iglesia.*

Ese medio se ajustaria tambien á los principios universales de justicia y á la jurisprudencia práctica en casos de indisputable analogía.

La justicia es y debe ser la suprema aspiracion de las sociedades y de los hombres.

Hay un interes universal en que se dé *á cada uno lo que es suyo* y en que el cumplimiento de ese precepto no tenga limitaciones impuestas en homenage á creaciones imaginarias, obra de humanas y transitorias convenciones.

Y no se alarme nadie porque haya dicho que la Iglesia es una creacion imaginaria, obra de humanas y transitorias convenciones.

Es Chaning, el cristiano por excelencia, el mas inspirado intérprete del libro sagrado, quien me autoriza á decirlo.

El Estado y la Iglesia (dice) son creaciones que nada tienen de personal—su perfeccion depende de la de los individuos que las componen: es para nosotros que el mundo ha sido creado, es para nosotros que Cristo trajo el Evangelio.

A ese sentimiento de justicia responde la jurisprudencia internacional respecto de las sentencias pronunciadas por Tribunales estranjeros.

Todos los pueblos civilizados han establecido, ó por los tratados ó por sus códigos que las sentencias pronunciadas en el estrangero deben ejecutarse en el territorio nacional en las personas y en los bienes sometidos á su jurisdiccion, y solo han establecido que la ejecucion venga precedida de un requerimiento á sus autoridades nacionales y que estas hagan un exámen prévio del proceso para garantirse de que se han llenado las formas tutelares de los juicios.

Verificadas estas condiciones, las sentencias pronunciadas en país estranjero son acatadas y deben ser cumplidas en el territorio nacional.

El Estado con todas sus prerogativas soberanas no *se reserva el derecho de cumplir* ó no *cumplir esas sentencias.*

Si se persigue á un deudor que ha buscado la proteccion de un país estranjero contra la justicia del país que contrajo la deuda, no es acto voluntario para las autoridades del país en que se asila compelerlo ó no á que pague lo que debe. Presta su brazo para que la justicia se haga.

¿Cómo podria sustraerse, entonces, la autoridad eclesiástica al cumplimiento de los mandatos de la autoridad civil, aun cuando se le reconociese una autoridad independiente que no tiene, aun cuando se le considerase como un *Estado dentro de otro Estado*, con soberanía y jurisdiccion absoluta?

Todo lo que tendria derecho á exigir, es que la autoridad civil no pasase por sobre su propia autoridad, que no ejecutase sus résoluciones que afectan los bienes que ella ha consagrado ó incorporado

por la consagracion á la Iglesia, sin un prévio requerimiento, y sin que le fuese dado constatar que es efectivamente cierto que se han verificado las condiciones en que una iglesia puede ser enagenada—*gran deuda que no puede solventarse de otra manera.*

Esos serian los procedimientos que deberian adoptarse en este caso, aun cuando se declarasen vijentes las leyes españolas, conciliando los altos principios de interes civil, de interes social mas bien dicho, con los respetos debidos á las inmunidades y prerogativas de la Iglesia Nacional.

Ahora; si la autoridad eclesiástica desconociendo la autoridad soberana del Estado y el imperio de las leyes que sus prelados juraron acatar, cumplir y hacer cumplir, al entrar á ejercer sus funciones, que no hubieran entrado á ejercer sin prestar ese juramento, se negase á segundar la accion de la justicia civil, tomando á verdad la suposicion fiscal, de que es acto voluntario para la autoridad eclesiástica pagar las deudas contraidas por sus iglesias y enagenarlas ó no con ese objeto, entonces seria recien llegado el caso de imponer á la autoridad eclesiástica el cumplimiento de sus deberes, que el *Estado tiene la facultad y los medios* de hacer cumplir sus mandatos á todos los que vivimos bajo el imperio y al amparo de sus leyes.

Pero no se trata de eso por ahora; debe suponerse que la autoridad eclesiástica lejos de obstar á que la justicia se haga, á que las sentencias de los Tribunales Civiles se cumplan, concurrirá solícita á facilitar tan legítimos propósitos, propósitos que tuvo en vista el legislador, cuando aun en medio de las preocupaciones religiosas que oprimian los espíritus en el siglo XIII declaraba *que las Iglesias podrian ser enagenadas por razon de gran deuda que no se pudiese solventar de otra manera.*

Debemos creer, debemos esperar que el alto prelado de la Iglesia Nacional comprenderá que antes que templos en que orar, necesitamos *que haya justicia en la tierra y que se dé lo que es suyo á cada uno de los que cumplimos en ella la ley de nuestro destino*: debemos creer y debemos esperar que el jefe de la Iglesia Nacional comprenderá que á los designios del Supremo Hacedor del Universo interesa mas que la conservacion de un templo ilegítimamente consagrado, el cumplimiento de los preceptos de la moral y del deber que prescriben la igualdad y la justicia entre los hombres y que imponen el respeto de todos los derechos sorprendidos por el filósofo á la naturaleza y trasladados por el legislador á nuestros Códigos inmortales.

No debe existir, pues, conflicto entre la autoridad Civil y entre la autoridad Eclesiástica, y si lo hubiese seria provocado por esta contra toda nocion de justicia, de deber, de moral, y la autoridad Civil sabria dominarlo sin salir del terreno de la mas estricta legalidad.

—

Tenemos, pues, Exmo. Señor, que aplicándose estrictamente la legislacion vigente á la fecha en que se solicitó y se denegó el embargo—aplicándose el Código Civil, no pudo dejar de decretarse, porque la Iglesia es declarada por el Código una persona jurídica *á la par de todos los individuos de la especie humana*, (art. 21) porque por el Código Civil las Iglesias no son consideradas como bienes nacionales de uso público, (art. 430)—y no están comprendidas entre los bienes esceptuados de embargo, (art. 2,326).

Si V. E. reconoce, pues, que debe aplicar el Código y nada mas que el Código, debe declararse que las *sentencias recurridas causan nulidad é injusticia notoria, porque se han violado todas y cada una de las disposiciones citadas, y debe declararse en ese caso que procede el embargo lisa y llanamente;* pero aun cuando V. E. entendiese que el Código no derogó las disposiciones de Partida y Recopilada relativas á las Iglesias y sus privilegios, todavia deberia declararse que ha existido nulidad ó injusticia notoria en denegar el embargo de una manera absoluta, porque se habria violado, asi mismo, la ley 1.ª título 14 P.ª 1.ª que permite la enagenacion de las Iglesias *en el caso de gran deuda que no se pueda solventar de otra manera*, disposicion que no puede considerarse sino preceptiva, de acuerdo con los principios que he desenvuelto, y sosteniendo en el curso de mi disertacion, sin que el texto de las leyes 1.ª tit. II P.ª 1.ª y 274 tit. 2 lib. I. R. C. que ampara á las Iglesias contra todo acto de violencia ó de fuerza, obligase á otra cosa que á requerir préviamente á la autoridad Eclesiástica para el levantamiento de las inmunidades de la Iglesia deudora.

Y sírvase V. E. fijar su atencion en que cualquiera de las dos soluciones es legítima, porque V. E. no está obligado á declarar lisa y llanamente la nulidad de las sentencias recurridas, sino *que puede y debe resolver sobre el fondo del asunto, como lo juzgue de ley y de justicia.*

Aun antes de regir el Código de Procedimientos era eso un principio aceptado y consagrado por la jurisprudencia práctica, y V. E. lo sabe, porque difícilmente habrá uno de los miembros de este alto Tribunal que no haya intervenido como abogado ó como Juez en algun recurso estraordinario de nulidad ó injusticia notoria decidido en ese sentido.

Pero sobre todo, despues de la promulgacion del C. de P., el principio establecido por la jurisprudencia práctica ha recibido la sancion del legislador.

El art. 697 dice testualmente:

« Despues de la votacion que se hará constar en una acta, se estenderá y firmará la sentencia, mandando devolver la causa al Juez ó Tribunal de su procedencia, para que proceda con arreglo á derecho si la nulidad es en cuanto á la forma del procedimiento: pero si es en cuanto *al fondo del asunto resolverá este como lo juzgue de ley y de justicia.*»

El Tribunal, pues, puede y debe una vez declarada la nulidad, prescindir de lo resuelto por cualquiera de las sentencias ó de lo pedido por la parte misma y decidir de esta *instancia escepcional*, que no tiene apelacion, *aquello que considere espresion absoluta de la verdad*, convirtiendo el juicio en pró de las partes y de la justicia, segun ese sabio principio de la jurisprudencia antigua que vivifica todavía el espíritu de la legislacion moderna.

Y yo espero, Exmo. Sr., que, en este caso, el alto Tribunal á quien me dirijo sabrá mostrarse á la altura de su mandato, comprendiendo todo el alcance de la sentencia que va á pronunciar, llamada á establecer los principios que gobiernan á la sociedad civil en sus relaciones con la autoridad eclesiástica y á mantener incólumes las bases fundamentales de la organizacion social, la responsabilidad de todos los actos—la igualdad de todas las personas jurídicas, la consagracion de todos los derechos, la inviolabilidad de la propiedad, ó lo que es síntesis de todo eso, *el imperio de la justicia*, sin que á él se sustraigan ni aun los que quieren establecer un dualismo de Estados y de soberanías, incompatible con la verdadera soberanía de las Naciones.

Yo á lo menos, Exmo. Sr, lo declaro con toda la sinceridad de que soy capaz, veo en esta cuestion comprometidos los principios fundamentales de la asociacion y consideraria como una verdadera derrota para el pais, que los principios consagrados en las sentencias recurridas prevaleciesen en este recurso, y lo digo y lo proclamo, sin que ejerzan la menor influencia sobre mi espíritu las opiniones que pueda profesar respecto del eterno litigio entre las religiones positivas y los libres pensadores, porque antes que racionalista ó católico soy ciudadano,

y os bajo el punto de vista del interés social bien entendido que he encarado y tratado esta cuestion.

Hecho el esfuerzo de mi parte en cumplimiento de un deber profesional que pocas veces me ha sido tan grato, dejo librada mi causa al elevado é ilustrado criterio de V. E.

Ateneo del Uruguay

—

EL DERECHO DE LIBRE DISCUSION Y LA PROPAGANDA UNIONISTA DEL DOCTOR DON JUAN CÁRLOS GOMEZ.

—

(Conferencia del doctor don Pedro Bustamante,

—

Señores:

Lo que se ha dicho siempre de la elocuencia y de las letras,—que solo brillan con todo su esplendor bajo el diáfano cielo de la libertad,—eso mismo cabe decir de la verdad política y de la verdad histórica. Cuando la libertad se eclipsa, la verdad histórica y la verdad política se velan la faz, y tórnanse medias verdades ó verdades á medias. Dichosos todavía aquellos que, forzados á callarlas en parte, al ménos no las desfiguran, ó suplantan por la mentira! Dichosos entónces los que saben sentir y pensar algo más que lo que es permitido decir!

En los tiempos que corren, sin que yo lo diga se comprende luego cuanta circunspeccion y mesura habran de imponerse los amigos de don Juan Cárlos Gomez á poco que quieran tomar cartas por él en el debate suscitado con ocasion de su propaganda unionista. Esa ventaja entre otras nos llevan sus adversarios, y aunque por mi parte disto mucho de envidiarla, fuerza será reconocer que ella pesa muy bien la media arroba aquella del cuento.

El partido que tomo en la liza abierta dice ya con sobrada elocuencia que no soy empujado á esta tribuna ni por el hambre de popularidad ni por la sed de aplausos.

Aplausos! muy torpe en verdad habria yo de ser para buscarlos por ese camino, pues es por demás sabido que nosotros tenemos la oreja un poco dura para todo aquello que no lisonjea nuestras pasiones, preocupaciones ó gustos.

Sin embargo, yo he entendido siempre que en centros de opinion como éste, y más tratándose de problemas de la magnitud del que ahora se agita, ha de procurarse mucho ménos que seducir y arrebatar á los oyentes, convencerlos con la verdad, ó cuando ménos fijar su pensamiento y su seria atencion sobre aquello que conviene tener en todo momento bien presente,—y eso mismo, y no otra cosa, me propongo ahora. No hay pues que esperar de mi ni palabras altisonantes, ni periodos cadenciosos, ni frases de efecto, ni ménos esos arranques de patriotero, especie de fuegos de artificio, que tan de moda están entre nosotros desde la época del infausto Gobierno de don Gabriel Pereira; achaque que no conocen los pueblos mayores, acaso porque tienen de la patria una idea ménos vaporosa y más precisa, pero que es de ordinario tambien uno de los signos reveladores de las decadencias. Y aquí diré por via de consejo, nó á los que como yo peinan ya canas, sinó á los jóvenes que me hacen el honor de escucharme, diréles que el favor de la opinion no se debe ni despreciar ni mendigar ó cortejar, porque despreciarlo es acreditarse justamente de fátuo y privarse de una palanca poderosa en la conducta de los negocios públicos, y mendigarlo, hacer prueba de flaqueza, renunciar á pensar y obrar por sí mismo, y cargar con muy serias responsabilidades.

No cabe duda que en los paises libres, la opinion vá siendo una especie de factor político, pero jamás será el único ni el primero de ellos, ni conviene tampoco que lo sea. Jóvenes! no corrais á ojos cegas hácia la montaña; haced, sí, méritos para que la montaña venga hácia vosotros, y si ni aún así viene, porque la opinion pública es caprichosa como las hadas, y como las hadas voluble, resignaos con vuestro lote y quedados solos con vuestra conciencia, que al fin y al cabo, la conciencia del deber cumplido es de todas las compañas la mejor y la más constante.

Esto dicho, entro sin más rodeos en materia.

I

Don Juan C. Gomez, es, como algunos quieren, un oriental renegado ó un mal ciudadano?

¿Es, como pretenden muchos, un utopista, ó bien un loco, como se ha permitido llamarlo cierto *enfant terrible* de nuestra prensa periódica?

¿Es en fin, como álguien lo ha insinuado, un ercritor impudente, que haya falseado á designio la historia y amoldado los hechos á un propósito preconcebido, al afirmar que ántes del año 28 no teníamos tradicion de vida independiente, y que la independencia que entónces obtuvimos no fué ni obra, pero ni inspiracion nuestra, sino la inspiracion y la obra del Imperio del Brasil y de la República Argentina?

¿Y es renegado ó mal ciudadano don Juan C. Gomez por haber llegado buenamente á persuadirse que su país no cuenta con elementos de vida propia, y que seria más feliz formando en union con la República Argentina los Estados Unidos del Plata?

En el estado en que hoy se encuentra el debate, toda la cuestion gira sobre esos cuatro puntos, pues por estraño que parecer pueda, es lo cierto que sobre el punto capitalísimo,—la conveniencia ó inconveniencia de la union propuesta,—nada se ha avanzado por los adversarios del doctor Gomez. Error habria sin embargo en encarar la cuestion como meramente personal por que en ella esté empeñada la persona del doctor Gomez, pues éste ha sido agredido no solo en su reputacion, sino en uno de sus derechos de ciudadano, y tales agresiones afectan é interesan siempre á todos por igual.

Al argumento basado en la pretensa *locura*, solo contestaré (y gracias!) que jamás vi loco que diera más qué hacer y pensar á tanto cuerdo.—Y paso á cosa más séria, pidiendo desde luego venia para una breve excursion histórica.

¿Quién será entre los presentes el que más de una vez no haya oido al ménos nombrar á aquel sabio americano, tres veces ilustre, y de quien un inspirado poeta ha dicho que supo arrebatar el rayo al cielo, el cetro á los tiranos?

Pues bien, señores: cuando se firmó la Constitucion que rije en la América del Norte y que salvó á ésta del hondo abismo á que la encaminaba el primitivo pacto federal, Benjamin Franklin, señalando con el dedo un cuadro que

representaba un efecto de sol, pronunció en plena sesion estas palabras, que ha recogido la historia: «Los pintores declaran á una que en su arte nada es tan difícil como distinguir entre una salida y una puesta de sol. En el curso de este largufsimo debate, en medio de las infinitas alternativas de temor y de esperanza que me han asaltado (oid esto, señores), muchas y muchas veces he echado la vista á esa pintura, sin acertar á esplicarme si lo que teníamos por delante era un sol naciente ó un sol poniente: al fin veo con indecible júbilo que es un sol naciente.»

Ya lo veis: Franklin, ciudadano de un gran país, y de un gran pueblo, de un pueblo que acababa de debelar y poner en fuga á los leopardos de la fiera Albion, ó segun el mismo dijera, de sofocar á la serpiente en su cuna, como Hércules; de un pueblo que poseia hombres de Estado de la talla de Washington, de Hamilton, de Madison, de Jay, de Adams, de Jefferson, etc.; de una república, en fin, como nosotros, pero que midiendo cien y más veces nuestro territorio y contando cincuenta y más veces nuestra poblacion nacional, no tenia por vecino ningun enemigo tradicional, ninguna monarquía poderosa ensimismada con sus recientes triunfos diplomáticos y militares ó interesada en el descrédito de su forma de gobierno; Franklin, con todos los recursos de su propia experiencia y de su génio y del génio y experiencia de otros; Franklin, digo, llegó á concebir sérios recelos por el porvenir de su país, y á preguntarse azorado si su país tendria la fortuna, las virtudes y la capacidad necesaria para salvar el precipicio abierto á sus piés y consolidar la obra á que él mismo habia puesto el hombro. Y de esas perplejidades y terrores participaban todos los hombres de Estado de la Union, y más que ninguno aquel Washington, que no habia temblado ni ante el formidable poder militar y naval de la Gran Bretaña, ni ante la perspectiva de la horca. Los únicos que nada temian, eran los partidarios del aislamiento de los Estados ó de la disolucion de la Union.

Ahora bien; ¿qué mucho, preguntaré yo, que don Juan Cárlos Gomez, sin los motivos para esperar que tenia el patricio americano, y con los motivos que no tenia él para temer, qué mucho que no crea posible consolidar nuestra propia nacionalidad, salvada ya una vez al ménos, por uno de esos milagros que no se reproducen todos los dias, y en que por lo mismo fuera imprudencia confiar? ¿Y qué mucho, señores, que midiendo acaso con ojo de águila la profundidad de nuestras heridas, ya que no sea tambien de nuestras llagas, ó penetrando en los arcanos del futuro á favor de esa potencia de intuicion que nadie puede negarle, qué mucho acabe por exclamar á la inversa del afortunado Franklin: «Ay! no somos un sol que nace, sino ántes bien un sol que se pone!»

Cómo! lo que fué virtud, patriotismo allá, acá será delito, crimen de lesa-pátria? Cómo! ¿lo que en la República modelo se enaltece y da fama, entre nosotros habrá de deprimirse y dará ignominia? Cómo! lo que en otras partes conduce al Capitolio, ¿habrá de conducir en nuestro país á las gemonias ó á la Roca Tarpeya? ¿Cuál es entónces, ocurre preguntar, nuestro criterio sobre el patriotismo, sobre el honor, y sobre los deberes todos que incumben al ciudadano en las grandes crisis políticas, y por regla general en las cuestiones todas que más ó ménos afectan los intereses vitales de su país?.

Cierto, muy triste es pensar que seamos un sol poniente, y triste y algo más decirlo: pero puesto que nuestro estado y nuestras fuerzas no son un secreto para aquellos de quienes más convendria ocultarlos, ¿fuera acaso mejor, más patriótico y más prudente callarlo? Mentir á su país, ¿será por ventura un acto de civismo? Ah señores! ¿para qué sirven en casos semejantes las lisonjas, y las mentiras y las reticencias, para qué sino es para enervar las almas, y atrofiar los caractéres, y acabar de extraviar la opinion, y prepararse á sí mismo el punzante remordimiento de haber concurrido á perder á su país pudiendo quizás ayudar á salvarlo?

Tal es sin embargo, nuestra actual condicion política y la confianza que afectamos poner en nuestra longevidad como nacion independiente, que tolerar la menor disidencia en las opiniones *convenidas* en esta materia y respetar la persona del disidente, es empresa superior á nuestras fuerzas. Buena prueba de ello tenemos en la táctica y en el sistema de discusion empleados por los más de los contradictores del doctor Gomez no para refutarlo,—que nadie hasta ahora lo ha refutado,—sino para quebrar el prestijio de su palabra y de su nombre y perderlo en el concepto de su país, que parece ser lo único que buscan algunos por envidia, y algunos otros por enemistad política. En ese propósito, háse ido más allá de lo que era permitido esperar, llevando la licencia hasta el punto de torcer el sentido genuino y literal de sus palabras y de alterar el texto mismo de sus escritos, lo que es, si cabe, más censurable aún que los denuestos con que se ha tentado abrumarlo.

Pero cómo no? ¿Habrémos acaso de perdonar al temerario que se permite pensar en ciertas materias de otro modo que pensamos ó afectamos pensar nosotros, y eso sin pedirnos siquiera vénia? ¿Habrémos de perdonar al que tiene la criminal osadía de restablecer la verdad de la historia, que nosotros habiamos suplantado por las ficciones de la leyenda? Cómo! contra el insolente, que se ha permitido combatir nuestras más respetables preocupaciones; contra el desalmado, que nos ha lastimado en nuestras más vivas simpatías; contra el sacrílego, que ha ido hasta poner su mano sobre nuestros ídolos queridos ó hasta derribarlos de su pedestal, ¿no serán permitidas todas las armas, el sofisma crudo, la mentira desvergonzada, la injuria grosera y soez, la calumnia y el fraude? ¿No será lícito, y hasta moralizador por lo ejemplar, vestirlo el sambenito del hereje ó estamparlo en la frente el estigma del renegado, miéntras no llega el feliz y suspirado momento de enviarlo á la hoguera, á ese mónstruo que condena aquel admirable sistema de guerra que forzaba á las poblaciones en masa á seguir la marcha de los llamados ejércitos, librando así á la juventud y á la belleza desarmados á los apetitos brutales de la soldadesca; á ese hombre de nieve, que no se abrasa de santo entusiasmo al solo recuerdo de los felices tiempos del gran Otorgués, del ínclito José Antonio, del perinclito Blasito, del sublime Sotaita, del excelso y nunca bien ponderado Encarnacion; tiempos en que, es verdad, se degollaba ó montaba uno que otro *godo*, y al que cobraba lo que le fuera robado se le remachaba doble barra de grillos, pero al fin y al

cabo todo ello *por la patria y por la libertad*, segun la fórmula sacramental de en-ónces?

Y hablo así, señores, por que lo único que ha condenado don Juan Cárlos Gomez son las torpezas, los desórdenes, los atentados que caracterizaron aquella época de nuestra historia, no el movimiento de emancipacion de 1811, ni la gloriosa iniciativa libertadora de los Treinta y Tres, que por el contrario ha levantado y enaltecido siempre como periodista y hasta como poeta.

Ensañarse así contra un hombre, gritar *al tránsfuga! al renegado! al traidor á la patria!* puede ser una táctica eficaz para sublevar contra él á las multitudes ignorantes; pero el que se proponga ilustrar á su país acerca de lo que le conviene ó nó, jamás debe olvidar que en las luchas de la palabra pública hay tambien una cierta higiene moral, que prescribe á los contrincantes la mútua tolerancia de sus opiniones, el mutuo respeto de sus personas, el comun respeto á los que leen ó escuchan, el no-uso de armas envenenadas, y la buena fé en la argumentacion.

Que nuestros seudo-liberales comparen lo que ellos hacen con lo que dice de la Inglaterra un frances que la ha estudiado por sí mismo.

«De todas las cualidades que constituyen la fuerza social de esta nacion, escribia 20 años há Montalembert, la más esencial á la vida política de un pueblo libre, es el respeto recíproco de las opiniones. Allí se discute todo, se dá la palabra á todos los intereses, y se permite usar de ella con una tolerancia tal, que á veces parece degenerar en complicidad. ¿Por qué esto? Porque el pueblo ingles, que tiene el instinto y la pasion del coraje civil, reconoce y admira esta virtud en todo aquel que se atreve á resistir solo al torrente de la opinion. Hasta cuando más directamente se ve combatido en sus pasiones y preocupaciones, él se contenta con la impotencia de los que tal hacen, comprendiendo que la tenacidad de esas individualidades vigorosas son una gloria y una fuerza más para el carácter nacional.» Esto supuesto, señores, no hay que preguntar á qué debe la Inglaterra el temple especial de sus hombres de Estado y el haber escapado al gobierno de las mediocridades. Nó, de un cortesano de la opinion, jamás se sacará un verdadero hombre de Estado.

Señores; en todos tiempos, el hombre político que descuella á la vez por el talento, por la probidad, por la firmeza de carácter y la independencia de opiniones, hizo parte principalísima del tesoro moral de su país, y lo que más ha de estimar y ver de aumentar todo país, pues nada lo levanta tanto ni le asegura tan larga vida, es precisamente su tesoro moral; pero él es un verdadero halazgo en un siglo como el nuestro, siglo, más todavía que ilustrado y progresista, materialista, muelle y descreido, que acabará muy mal y será precursor de espantosas catástrofes si no se logra cortar esta fiebre de las riquezas que lo devora, y poner un dique al desborde de las pasiones democráticas que lo minan.

Sí, las fuertes individualidades son siempre necesarias, como que llevan la iniciativa en todas las grandes cuestiones y las grandes cosas; pero momentos hay en que ellas parecen concentrar en sí toda la vitalidad moral de un pueblo, en que ellas solas ven, y piensan y obran por todos, y en que pesan más que todos en la balanza de los destinos sociales; por manera que, la pretension de abolirlas ó eliminarlas de la política militante, es una pretension absurda y criminal, propia tan solo de las democracias bastardas ó bastardeadas; de esas democracias envidiosas de toda superioridad, niveladoras por lo bajo, soberbias á veces con los débiles, pero más que débiles siempre con los soberbios, con tal que adulen sus vicios y pasiones; de esas de mocracias que dan á beber la cicuta á Sócra tes, que imponen el ostracismo á Aristides, que ponen en manos de Catón el acero con que se atraviesa el pecho para no sobrevivir á la pérdida de la libertad, que optan por Luis Napoleon contra Cavaignac y Lamartine, que levantan en fin al poder á Rosas, y mandan á Rivadavia á morir á España, pobre, triste, desesperado, y lo que es todavia ménos edificante, reñido con su país. Oh! muy otra tiene que ser la conducta de una democracia liberal.

Sí, por lo mismo que los hombres independientes son como observa Montalembert, una gloria más para su país y una fuerza más para el carácter nacional, y por lo mismo que las sociedades políticas, como los individuos, valen sobre todo por el carácter, por lo mismo digo, lo que conviene no es desalentarlos ni retraerlos, sino ántes bien estimularlos y darles alas. Y no se me diga por via de atenuacion ó excusa, que don Juan Cárlos Gomez no es hombre de arredrarse por tan poca cosa como la perspectiva de verse atacado tan solo con denuestos y calumnias; por que contestaré desde ahora que esos titanes que no necesitan que nadie les tienda la mano para escalar los cielos y mantenerse en las alturas á despecho de todo y de todos, son excepciones con que jamás debe contarse, excepciones rarísimas aun allí, donde más gustan y más honrados y respetados se ven. Sí, es regla, y regla basada en el conocimiento de nuestra propia naturaleza, que la aprobacion é incitacion de los demas sea un excelente y necesario conductor de las grandes virtudes y de las grandes acciones.

Mucho levantais al doctor Gomez, ha de observarme más de uno acaso por lo bajo. ¿Mucho? Ménos sin embargo que sus detractores, que lo levantan hasta los cuernos de la luna refutándolo tan solo con insultos ó simplezas, y no tanto como algunos puedan imaginar, segun se verá ántes que haya dejado la palabra.

Pero bien se puede diferir de opiniones con un hombre y rebatir sus errores, sin por eso faltarle á la consideracion personal, ni desconocer la pureza de sus propósitos ni negarle sus altas cualidades, como ha sabido hacerlo el doctor Ramirez.

II

Yo no sé quien ha dicho que los Estados se pierden siempre por ideas falsas sostenidas con brillantez; pero ello es harto cierto que hay ideas que se adhieren y pegan al cerebro de los hombres así como las manos á la máquina eléctrica, de suerte que, una vez dueñas de la posicion, cuesta sudores y hasta mares de sangre desalojarlas de ella. Entre esas ideas falsas y perniciosas, ninguna conozco que lo sea más ni que más caro le cueste ya á la especie humana, que la que vincula en los hombres (individuos ó pueblos, no importa) la soberanía absoluta.

No, señores, no hay en la tierra soberanía absoluta; nó, ni hombres, ni gobiernos, ni pueblos, nadie tiene aquí abajo el privilegio de ha-

cer legítimamente cuanto quiera. Todo poder, toda soberanía tiene, y necesita tener límites para no degenerar en tiranía. «Al poder de los gobiernos ó al poder político, le fija límites la voluntad de los pueblos, al poder y á la voluntad de los pueblos, se los fija la naturaleza ó Dios.

Ahora bien: tómese cuanto se ha escrito, aquí ó en Buenos Aires, contra el pensamiento del doctor Gomez; exprímase tanto como se quiera, y yo desafío á que de todo ello se saque otro argumento de derecho que éste: «Vd. no puede lejítimamente discutir la conveniencia ó inconveniencia de la independencia, ni por consiguiente proponer la union con la República Argentina, por que la voluntad manifiesta del pueblo oriental es conservarse independiente y disgregado de todo otro poder». Lo que en buena lógica implica como mayor esta proposicion: *La voluntad nacional es indiscutible.*

Pues bien, señores, esa es precisamente la raiz del sofisma,—que la voluntad nacional sea indiscutible, ó lo que tanto vale, que la sociedad pueda decirle al pensamiento como Dios al Océano: *De aquí no pasarás.* Humilde como soy, yo protesto contra semejante definicion de la soberanía de todos, que despojaria á cada uno de lo que ha recibido de una autoridad más alta y de una voluntad mas poderosa, y esto para poder cumplir su destino en la tierra.

Gracias al cristianismo, al cristianismo doctrinal, hoy sabemos á ese respecto lo que ignoraron siempre Griegos y Romanos: sabemos que los pensamientos, las ideas, las creencias, como cosas personales, propias de cada uno de nosotros, están fuera del dominio de la sociedad y del Estado. Plácemo decirlo así en el mismo sitio en que se ha negado al cristianismo todo título á la gratitud y al respeto de la humanidad.

Sí, señores, la teoría del Estado omnipotente, de la soberanía absoluta, sea del príncipe ó del pueblo, es una teoría eminentemente pagana, eminentemente liberticida, eminentemente antagónica al génio y á las buenas tendencias de la moderna civilizacion. *Sub-eges libertas,*—la libertad, bajo la égida de la ley, ó en otros términos, la ley protectora y garante de la libertad del individuo,—esa es, en lo religioso, como en lo civil y en lo político, esa la consigna de los tiempos presentes, y toda otra está condenada á desaparecer en más ó ménos tiempo.

Sí, la libertad de pensar, que no es otra que la de emitir nuestras opiniones de palabra ó por escrito sin prévia censura, es sagrada, y la comunidad toda no tiene derecho alguno para trabarla ó violarla en un solo individuo. Así lo quiere la razon moderna;—así lo quiere el derecho público de todos los paises libres;—y por último, señores, así lo quiere el artículo 141 de nuestra propia Constitucion, que consigna ese derecho del hombre en términos expresos.

Bah!, dirá acaso más de uno, que nuestra Constitucion garante la libertad de pensar y de escribir sobre toda materia sin excepcion, lo sabemos todos de memoria.—No digo ménos, señores: sí, todos lo sabemos de memoria; pero mucho mejor que saber de memoria cuales son los derechos individuales consagrados por la Constitucion, mucho mejor seria tolerar y respetar su pacífico ejercicio, y lo que precisamente estoy demostrando con un ejemplo práctico es que no sabemos hacerlo. La libertad convertida en monopolio, la libertad para sí solo, todos la quieren, y nadie hay que la quiera más entrañablemente ni que la practique de una manera más amplia que los déspotas, porque el despotismo no es otra cosa que la libertad de todos y de cada uno confiscada en exclusivo provecho de uno solo ó de algunos; pero la divisa de los verdaderos liberales, de los liberales de buena ley, ha de ser la de los heróicos Polacos: *Por nuestra libertad, y por la vuestra.* Si seguimos guardando esa divisa en el bolsillo juntamente con la Constitucion, ántes de mucho acabarémos por inspirar los más furiosos celos al autócrata de Rusia y al Sha de Persia.

Acertada ó nó la voluntad general, buena ó mala la ley de ella nacida, todos estamos en el deber de acatarla y de conformar á ella nuestros actos; pero mala ó buena, todos tenemos así mismo el derecho de señalar sus vicios ó defectos, de pedir su abolicion en todo ó en parte; y observo de paso que este derecho, indelegable, es á la vez una eficaz garantía del perfeccionamiento de las leyes y del progreso social de los Estados.

Pues bien, señores, usar de ese sagrado derecho,—eso es cuanto ha hecho don Juan Cárlos Gomez,—y es proloquio ya vulgar á fuer de repetido, que el que usa de su derecho á nadie ofende.

III

Sea: pero don Juan Cárlos Gomez, objetan los mas moderados y circunspectos de sus contradictores, no es infalible, y bien puede equivocarse..

Vaya si puede equivocarse! contesto. Pero en primer lugar, ¿quiénes son los privilegiados que nunca se equivocan? Y en segundo, ¿dónde esta siquiera la ley que prohiba equivocarse ó que enseñe á acertar siempre so pena de ser castigado ó insultado?

Sí, puede equivocarse el doctor Gomez, y yo creo que no en todo lo que ha dicho ha acertado; pero á los que lo han combatido incumbia la prueba de su error, y esa prueba todavía la esperamos.

A la verdad tan de lleno le ha soplado el viento de la fortuna en esta jornada á nuestro gran general, que nadie lo ha amagado siquiera por sus flancos. Aparte la granizada de injurias y chocarrerías dirijidas á su persona pública ó privada, todos los fuegos de sus contrarios han convergido hácia el punto histórico, medio éste el más seguro precisamente de hacerse derrotar por él como Francisco I en Pavía, sin dejarse siquiera el consuelo de decir lo que aquel en el lacónico parte pasado á su madre; pues en efecto para salir airosos hubieran necesitado hacer con nuestra historia lo que Raleigh con la escrita por él mismo: romperla ó quemarla,—y esto nó es ya posible.

Pero el proyecto del doctor Gomez, dicen otros más decididos y afirmativos, no pasa de ser una quimera, un sueño de visionario, una utopía.—¿Utopía? Bien puede ser; y si tenemos los medios de constituir al fin una nacion viable, libre y feliz, plegue al Cielo que no sea otra cosa! Pero cuidado que á lo que se tiene por una utopía no se le hace un recibimiento tan general y tan insinuante, ni se le combate á la vez por tantos y con tanta pasion y acrimonia! Cuidado que el pecado de los visionarios suele no ser otro que el de ver más, mejor y más léjos que sus contemporáneos! Cuidado, digo, que de los utopistas y visionarios puede decirse que son los exploradores de las tierras

ignotas del pensamiento, de la ciencia, de la política, del arte &: tierras de que más temprano ó más tarde toma al fin posesion la humanidad, que á menudo goza de sus regalados frutos á la manera que ciertos ricos herederos de la fortuna heredada, dándose tono, echándose para atras, ostentando orgullosos sus blasones ó nadando en el lujo y los placeres, pero sin tener á penas un recuerdo para el que se la legara amasada con su sudor, y á veces con su sudor y con sus lágrimas! Pobres utopistas! para otros las flores,—para ellos las espinas.

Utopia, sueño, vision hoy,—realidad mañana,—gracias á los adelantos progresivos de la ciencia y del ingenio humano, tal va siendo ya la regla.

Pero vamos á cuentas (y aquí, que cada uno interrogue su propia conciencia, miéntras yo pongo la mia de manifiesto, para que todos puedan leer en el fondo de ella): ¿son tantos como lo parece, pregunto, son tantos aquellos que de todas veras toman por una utopia ó un sueño el pensamiento de don Juan Cárlos Gomez? Lo que en éste es ya conviccion, certidumbre, evidencia, ¿no será en algunos de ellos presentimiento más ó ménos vago ó acentuado, aprension, conjetura, vision ó como quiera llamársele?

Señores: yo no osaré desmentir á personas de cuya buena fé no tengo motivos para dudar; pero diré sí, que á no ser totalmente incapaz de consagrar algunas horas de seria meditacion á la cosa pública y de darse cuenta del estado moral de nuestro país, del cual pudiera citar como el más triste comentario un ejemplo todavia palpitante por lo reciente, oh! preciso es tener una fé bien robusta no sé si en nosotros mismos ó en el favor de Dios, para no haberse preguntado una vez al ménos: ¿Somos un sol que se levanta, ó un sol que decae? ¿Tenemos elementos de vida propia? ¿Podrémos sostener siquiera por otro medio siglo este rol de nacion independiente que, mal que bien, hemos sostenido hasta ahora?...

Esto, señores, en cuanto á los ciudadanos. Y en cuanto á los gobiernos, ¿quién no sabe que algunos de ellos se han visto asaltados por idéntica duda, y más aún, que han resuelto el problema, no ciertamente como lo resuelve el doctor Gomez, sino ántes bien negociando el protectorado, ó más bien dicho la tutela del imperio del Brasil en 51 y 57, y la del reino de Italia en 64?

Cierto es, y huélgome de ello como el que más, que si bien los mandatarios que tal hicieron no fueron acusados de traicion á la patria, sus intentonas han merecido siempre la reprobacion casi unánime del pueblo oriental, que á despecho de sus muchos estravios y de las durísimas pruebas por que ha pasado, ha tenido la dignidad de no aceptar para el país la humillante condicion de las islas Jónicas, ó el vergonzoso y miserable rol de factoría africana, que hombres más ó ménos extraños á él, y más ó ménos indiferentes á todo lo que no sea hacer la bolsa, se esfuerzan por imponerle hoy mismo.

No es pues tan utópico ni tan impopular el pensamiento de don Juan Cárlos Gomez, aún para muchos de aquellos que de tal lo califican, salvo que en concepto de estos mismos, la utopía consista en no optar por la anexion al imperio del Brasil. O Platinos ó Brasileros, mucho temo, señores, que en estos precisos términos se plantee al fin el problema que habrán de resolver..... nuestros nietos, sino son los padres de nuestros nietos.

Sí, digámoslo con entera franqueza: nuestro más vivo y constante anhelo, es conservar nuestra independencia; pero nuestra confianza en poderla conservar, si no está en razon inversa, ménos aún está en razon directa de nuestros votos. ¿Ni por qué habríamos de mostrarnos á tal respecto más animosos y confiados que Benjamin Franklin?

¿Qué es pues, señores, que es lo que se condena y se quiere castigar ó hacer expiar como crímen de lesa-patria en la sola persona del doctor Gomez? ¿El pecado de todos ó de los más, si pecado es? ¿O será acaso el haber tenido la sinceridad y el coraje de decir en alta voz lo que tantos otros piensan como él, y se dicen por lo bajo allá en las horas de las confidencias íntimas?

Ni se olvide por otra parte que el mismo don Juan Cárlos Gomez ha puesto á la ejecucion de su plan dos condiciones indeclinables: una que el régimen de instituciones se radique en la República Argentina;—otra, que se haga en los orientales el convencimiento de que su interés propio los llama á formar con aquella una sola nacion bajo la denominacion comun de Estados-Unidos del Plata. *Y si nó*, NÓ, agrega él.

Por que siente que ese convencimiento es indispensable, y por que sabe que él no está todavía hecho, por eso precisamente pide para poderlo hacer lo que no quiere concedérsele, tiempo y libertad de discusion.

No se trata, repito, de averiguar si los Orientales quieren mantenerse independientes hoy; trátase sí, de saber si lo querrian mañana, es decir cuando se lograse convencerlos por entero de que la independencia es para ellos un imposible ó un presente griego. Qué! ¿habrá acaso quien se atribuya el derecho de obstar á que, producido ese convencimiento, el país dispusiese de su suerte segun mejor viese convenirle? Cómo! si el Pueblo Oriental dijera mañana, como ya lo dijo en 1825: «Mi voluntad es incorporarme á la República Argentina (ó á los Estados Unidos del Plata)»; si esto dijerá el Pueblo Oriental libre y expontáneamente, ¿habria álguien, individuo, partido ó poder de la tierra, que tuviera derecho para decirnos como los Papas á Roma! «Nó, es preciso que el Estado Oriental, feliz ó desgraciado, libre ó esclavo, permanezca segregado de la República Argentina; es preciso que siga perpétuamente atado á los Tratados del año 28, como Mazeppa al potro, por que tal es mi supremo interés, y mi soberana voluntad?»

Bueno es sin embargo que el doctor Gomez se persuada una vez por todos que á ese convencimiento jamás se llegará con ciertas alusiones y ciertos deslices de pluma, poco dignos del primer talento de su país, y acaso del Rio de la Plata (ya sabeis, señores, que Homero era Homero, y dormia); deslices que no hacen avanzar la cuestion de una sola línea, que rozando como espinas la piel de unos, y penetrando en el pecho de otros como dardos agudos, mal pueden ser medios concurrentes á la realizacion de su propósito.

Algo más humillante que lo que fué tiempos atras para nosotros el farolito del Cristo, es hoy mismo para los ingleses el espectáculo que ofrece el cuartel de White—Chappel, enclavado como un sarcasmo en el corazon de la opulenta Lóndres; cuartel á que no llega la ac-

cion protectora de la policía de la gran capital, y donde 200,000 y más séres humanos yacen sumidos en la más extrema miseria, en el vicio más degradante y asqueroso y en el más vergonzoso embrutecimiento, ajenos á toda idea de trabajo, á todo sentimiento de pudor y á toda nocion de moral y de religion,—lo que sin embargo no quita á la Inglaterra su primacía entre las grandes naciones del Viejo Mundo.—Es que todo pueblo tiene sus flaquezas, sus pequeñeces y hasta sus llagas, como tiene sus dias nefastos y sus épocas de oprobio, y la República Argentina, por su desgracia y por la nuestra, no ha sido á tal respecto de los más favorecidos por la suerte. A ser de otro modo, puede que el *desideratum* del doctor Gomez fuera tiempo ha un hecho consumado; pero deveras que lo que por allá ha pasado de 27 á 52, y aun de 52 á 62, no ha sido como para tentarnos.

Ahora mismo, despues de 16 años de gobierno regular, ¿no andan el Nacional y el Provincial de Buenos Aires enredándose en las cuartas sobre puntos de derecho público que, como acaba de probarlo el señor Sarmiento, son el *a b c* de la cartilla federal? Ahora mismo ¿no se pasea triunfante la revolucion desde Corrientes hasta Santa-Fé, y desde Santa-Fé hasta Jujuí, reproduciendo al natural la fábula de la hidra de las cien cabezas, asesinando gobernadores, derrocando legislaturas corriendo y poniendo en bárbaros conflictos al Congreso y al Ejecutivo Nacional?

Sí, don Juan Cárlos Gomez es un operador de primera fuerza y de mano certera; pero poco suave. Yo le perdono por mi parte, sin embargo, sus deslices de pluma, porque harto sé á qué extremos puede llevarnos la amargura de la decepcion, y la de mi ilustre amigo nace nada ménos que de haberse prometido demasiado de sus conciudadanos, no para sí, puedo jurarlo, sino para su propio país; se los perdono por que creo descubrir en ellos algo así como los reproches del hijo por demás severo con la madre un tanto casquivana, y se los perdono en fin porque reconozco que hay heridas que no pueden tocarse sin hacer sufrir al paciente, y que el primer paso para curarlas es, como ha dicho alguien, sondearlas con cierta intrepidez de pensamiento y de corazon.

Pero, ¿qué títulos tiene ese don Juan Cárlos Gomez, preguntan algunos, para hacerse escuchar de sus compatriotas? ¿Qué le debe su país? ¿Qué servicios le ha hecho él?

Señores: yo no he subido á esta tribuna para hacer la biografía, ni del Representante de 52, ni del Ministro de Estado de 53, ni del proscrito del 57, ni del fundador de una gran escuela política, ni del apóstol de la libertad y de los principios de siempre: he subido á ella, sí, para defender en la persona de un ciudadano oriental el patrimonio comun de todos los ciudadanos Orientales, para reivindicar el derecho que todos y cada uno de ellos tiene de decir aquello que juzgue más conveniente á los intereses de su país, ó si se quiere, para protestar contra el desconocimiento de ese derecho, que es tambien el mio: pero observaré sí que el primer título para hacerse escuchar de su país, el primero de todos, no es tener servicios, sino tener la autoridad que dan un gran talento, un gran carácter y una gran probidad, y á fé que el título que dan el carácter, la probidad y el talento, le ha costado á don Juan Cárlos Gomez un poco más que lo que les cuesta á algunos de sus detractores el título de ciudadanos orientales, que llevan sin esfuerzo alguno. Yo no dudo que algunos de estos puedan llenar un dia con buena tinta y buena letra las páginas de su vida cívica; pero sea por lo que fuere, esas páginas están todavía en blanco, y llenarlas bien desde el principio hasta el fin, no es cosa tan fácil como muchos imaginan.

Si servir al país tanto quiere decir como abdicar la conciencia cívica y hacerse estrangero en su propia patria, ó pegarse al presupuesto como el cáncer á la llaga, y aguantarse de pié miéntras todo se derrumba y cae en su derredor, y mirar desfilar por delante de sí gobiernos, y partidos, y generaciones una tras otra, siempre de pié, y con la misma impasibilidad con que ven desfilar á los pasantes esas estatuas puestas á lo largo de los caminos ó paseos públicos,—entónces no cabe duda que el país nada absolutamente le debe á don Juan Cárlos Gomez; pero si hay otros servicios ménos negativos ó más relevantes, á los que preguntan *qué le debe el país á ese hombre*, yo les preguntaré á mi vez dónde se esconden, que nadie los vé, esos cuatrocientos atenienses más virtuosos y meritorios que Arístides, y dónde los muchos que ménos hayan recibido de su país en cambio de lo que le han dado.

IV

De cuanto ha dicho don Juan Cárlos Gomez, lo que más ha sublevado la bilis de sus contradictores es la afirmacion de que nuestra independencia nos fué impuesta por la voluntad conjunta de la República Argentina y el Imperio del Brasil, ó que la recibimos de manos de ambos poderes sin ser consultados,—y que hasta entónces no teníamos tradicion alguna de independencia. Y sin embargo, esto, que se pretende ser un fraude histórico, una gran mentira, es por el contrario una de aquellas verdades propias á romperle los ojos al más ciego.

¿Quién, pregunto yo, qué asamblea, qué poder, qué autoridad de derecho ó de hecho, habia proclamado ántes de 1828 la independencia de la Banda ó de la Provincia Oriental, como hasta entónces se la habia llamado por españoles, portugueses, brasileros y orientales?

¿La Asamblea de la Florida?

El doctor Gomez ha probado ya que nó con el propio texto de la segunda ley dictada por aquella el 25 de Agosto de 1825, no importando la primera otra cosa que un paso prévio ó preparatorio de la incorporacion, por el cual la Provincia Oriental sacudia el yugo de la dominacion brasilera y reasumia su propia soberanía local para poder disponer de sí misma como viere convenirle; acto aquel cuya necesidad y alcance se esplica y define tanto mejor cuanto la República Argentina era agena al movimiento de emancipacion, y por sí misma nada habia hecho desde 1817 hasta entónces para reivindicar sus derechos sobre la zona usurpada de su territorio. Pero ni es ese tampoco el único acto de aquella Asamblea que desmienta perentoriamente la especie de una tradicion ó de un propósito de independencia nacido con ella. Ábrase para no ir más léjos, la obra que acaba de publicar don Antonio Diaz, y en la página 17 de su tomo 1.º se encontrará la Circular de 17 de Junio de 1825, anterior de dos meses á lo que se ha dado en llamar Proclamacion de la Independencia, en que ya el Gobierno Provisorio, instalado tres dias ántes, decia á los Cabildos y Jueces Departamentales lo siguiente: «La Provincia Oriental, desde su orígen, ha pertenecido al territorio de las que componian el Virreina o de Buenos Aires, y por consiguiente, fué y de-

be ser una de las de la Union Argentina, representadas en su Congreso General Constituyente.»

¿Es esto esplícito, sí ó no?

Ya lo veis, señores, lo que hoy propone el *renegado* Gomez, es exactamente lo mismo que en 1825 quiso el país, y sancionaron sus legítimos representantes:—la union con la República Argentina. ¿Tambien aquellos fueron *renegados y traidores á la patria*? Si lo fueron, lo que cumplia no era por cierto glorificar su memoria y su obra, ni perpetuarlas con pirámides y estátuas.

Y lareferencia de hechos que acabo de hacer así como la que más adelante haré, no se destruye ni se enerva con versiones privadas, contradichas por otras versiones de igual ó mayor autoridad, ni con suposiciones ó conjeturas sobre votos íntimos, que bien pudieran haber existido en alguno ó algunos, pero que jamás llegaron á manifestarse, de una pública ó solemne, y que no eran los del país; porque si bien en la historia de un pueblo hay cabe para la tradicion oral, que á veces complementa y que aún puede rectificar los datos resultantes de los documentos públicos, no lo hay para las simples conjeturas ó cuentos.

Despues de la gloriosa victoria del Sarandí, y con arreglo á la ley de incorporacion, nuestros diputados al Congreso Argentino ingresaron en él, el Gobierno Argentino nos dió magistrados judiciales, y el país fué rejido por la legislacion argentina, ni más ni ménos que Buenos Aires, Cordoba, Entre-Rios etc.; y así tenia que ser para que dos años despues pudiéramos ser desligados ó segregados de la comunidad argentina.

¿Cuáles fueron las causas impulsivas de la incorporacion sancionada el 25 de Agosto de 1825? ¿El amor á la union? ¿La conviccion de que careciamos de elementos propios para la vida independiente? La persuacion de que con nuestros solos recursos no era fácil empresa expulsar totalmente de nuestro territorio á los dominadores extrangeros, que aún ocupaban nuestras plazas fuertes? ¿El recelo en fin de que una vez segregados de la Union Argentina y privados de la benéfica proteccion del Gobierno de Rivadavia, volviera el país á caer en manos de los hombres de la *primera patria*, de aquel elemento que con su desgobierno y sus desórdenes y locuras de todo género habia abierto las puertas á la invasion extrangera, y que á pesar de todo no habia perdido su influencia, principalmente en nuestra atrasada campaña? —Todas estas consideraciones á la vez pudieron obrar en el ánimo de los Representantes de la Florida; pero sea de esto lo que fuere, el hecho es que de su conducta y de sus actos todos no se deriva ni sombra de tradicion de independencia.

Y lo propio, señores, lo propio digo de la gloriosa cruzada de los Treinta y Tres. Libertad! —ese fué el grito, y ese el lema de la bandera con que se lanzaron á redimir á la Patria de la dominacion extrangera los héroes del Arenal Grande. Lavalleja y sus compañeros eran entónces tan argentinos como Rivadavia, y aquel y Rivera fueron premiados por la victoria del Sarandí con la banda de generales de la República Argentina. (*)

(*) Ahora mismo el Gobierno Argentino está pagando los sueldos de todos los militares (Argentinos ó Orientales) que hicieron la campaña contra el Brasil, de 1825 á 1828; á consecuencia de lo cual, los hijos del *General Lavalleja* han nombrado un apoderado para cobrar los devengados por su padre.

Nota del autor.

Pero ¿y la dominacion del general Artigas? se preguntará. Esta á lo ménos ¿no formará tradicion de independencia?

Pues nó, señores, tampoco la dominacion de Artigas es tradicion de independencia, y si solo de desacuerdo ó entredicho con el Gobierno de Buenos Aires; tradicion de anarquía, de revolucion de guerra civil entre los caudillos de aquende y allende el Uruguay con aquel Gobierno, pero vuelvo á decirlo, no de independencia.

La especie de que Artigas fué el fundador de la nacionalidad Oriental, carácter que jamás le habian atribuido sus más decididos adeptos, es un solemne anacronismo y una descomunal impostura, forjada recien en 1856 por el espíritu cortesano con el propósito manifiesto de lisonjear la vanidad de un gobernante su pariente. Artigas jamás proclamó á la Banda Oriental independiente de las Provincias Argentinas, y el hecho mismo de federarse con algunas de ellas durante la guerra con Buenos Aires es la más acabada comprobacion de lo que afirmo.

Eso por lo que respecta á Artigas. Por lo que respecta al pueblo Oriental, los acontecimientos que se produjeron desde 1817 hasta 1825, dicen de una manera elocuente que él no era ménos ajeno á todo propósito de segregacion ó independencia, y que si durante algunos años no hizo tentativa alguna para sacudir el yugo extrangero y volver á la union con la República Argentina, no fué por que se creyera desligado ó quisiera desligarse de ella, sino por causas muy distintas.

En efecto, los desmanes y excesos de Artigas y los suyos y la abierta pugna en que él y ellos se pusieron con los principios fundamentales de la verdadera democracia y de toda organizacion regular, enervaron el sentimiento patrio entre los Orientales, que vencidas las fuerzas militares de Artigas, se encontraron sometidos á la dominacion extrangera, y hasta llegaron á contemporizar con ella; pero ese noble sentimiento, sofocado á penas por aquellas influencias y aquellos contrastes, se conservaba vivo en todos los corazones, y la reaccion no esperaba más para producirse que una oportunidad favorable.

Hé ahí cual era bajo la dominacion Luso-Brasilera la disposicion de los ánimos.

Entre tanto, ¿qué situacion atravesaban las demás provincias argentinas?—Ahí está por toda contestacion lo que se conoce por *el año veinte*, época de espantoso desquicio, de desorganizacion absoluta.

Los hombres que más influencia ejercian en la opinion por su reconocido patriotismo, su prevision y sus luces, no osaron aconsejar la reaccion contra un poder que, aunque extraño, se esforzaba por hacerse aceptable, para arrastrar á su país á la vergonzosa orgía de aquel famoso año 20, en que llegó á haber en un solo dia tres gobernrdores. Pero tan pronto como la provincia de Buenos Aires, obligada á aislarse de las otras á consecuencia de aquella misma anarquía, que devoraba á la naciente República, pudo ensayar bajo la influencia de Rivadavia de y los hombres todos de la administracion del año 21 el régimen de instituciones libres, la consecuencia natural de tan saludable cambio se hizo sentir inmediatamente en nuestro suelo. Una reaccion engendraba ó daba lugar á otra reaccion, la reaccion á la vida regular en la provincia de Buenos Aires, hacia desaparecer en buena parte el obstáculo á la reaccion de la Provincia Oriental contra la dominacion

extrangera para reincorporarse á sus antiguas hermanas, y participar en comun, ó más bien en familia, los beneficios de la libertad en el órden y en la paz, que el nuevo régimen les prometía. En ese propio año 21 ó á principios del 22 empezaron las tentativas y los trabajos secretos que fueron preparando la gran reaccion impulsada por la audaz iniciativa de los Treinta y Tres, y que con solo dos grandes hechos de armas, la accion del Rincon y la batalla del Sarandí, despejaron de enemigos nuestra campaña.

Ya lo veis, pues, Señores, ni tradicion de independencia de la Asamblea de la Florida, —ni tradicion de independencia de los Treinta y Tres, —ni tradicion de independencia de Artigas. La palabra *independencia, separacion ó segregacion*, no partió de nuestro suelo; labios brasileros y labios argentinos la pronunciaron, y Argentinos y Brasileros dispusieron de nuestros futuros destinos sin consultar para nada nuestra voluntad. Si crimen hubo pues en mutilar la patria comun y dividirla en dos, á lo ménos ese crimen no fué de los Orientales.

Y ya que de Artigas he hablado, de Artigas, fundador tan solo del federalismo montonero, y progenitor de los caudillos del Rio de la Plata, diré, que su verdadero título de gloria es precisamente el que ménos encarecen sus idólatras de ultra-tumba: haber proclamado nuestra emancipacion de la Metrópoli francamente, sin equívocos ni ambajes y á la faz del mundo, al paso que los pelucones ó *posibilistas* del 25 de Mayo de 1810 (si es que la querian), la colaban así como por contrabando, envuelta en el manto real del *señor don Fernando VII*, y poco despues se echaban por esos mundos á la busca de un zángano de colmena, de un principillo *in partibus* á quien coronar rey del Rio de la Plata, contra el sentimiento y el voto uniforme de los pueblos, que si no tenian la ciencia de la república ni la educacion necesaria para ensayarla sin peligros, tenian sí el santo horror de la monarquía. Y á los que me objeten que Artigas, más prudente y sensato, no habria quemado sus naves como Cortés, diréles que vean bien lo que dicen, por que de los insensatos y temerarios impulsados por una fé ciega y coronados por el suceso, de esa tela se forman por lo comun los héroes.

Lamento tener que expresarme así, porque jamás fuí Artiguista, y porque quisiera que el patriciado argentino de 1810 á 1820 hubiera imitado en un todo al patriciado romano de los buenos tiempos; pero tambien yo profeso y practico el precepto que nos manda amar y respetar, ántes que á Platon, á la verdad.

Ahora, señores, creo me será permitido preguntar: ¿Quién es el que, con impudencia ó sin ella, falta á la verdad histórica, y quién el que amolda los hechos y los sucesos á un cierto plan preconcebido? ¿Es el doctor Gomez, ó es el grupo que combate al doctor Gomez?

Sí, al año 28, como ha dicho aquel, al tratado de paz entre la República Argentina y el Imperio del Brasil, ahí es forzoso llegar para descubrir nuestra primera y única tradicion de independencia.

Sin embargo (y aquí, señores, me aparto de las opiniones de mi ilustrado amigo); sin embargo, digo, si se toma en cuenta el total abandono que de nosotros habian hecho todos los gobiernos que se sucedieran en la República Argentina desde 1816 hasta 1825, la complicidad del de Pueyrredon en la invasion y ocupacion de nuestro territorio por las armas portuguesas, la vergonzosa tentativa del enviado Garcia para entregarnos maniatados al Imperio del Brasil, y por último el nuevo repudio que de nosotros hacia Dorrego disponiendo de nuestra suerte en consorcio con Pedro I,—luego se comprende sin gran esfuerzo que la independencia fuese recibida por nuestros mayores hasta con júbilo. Esto era lo natural, y no el que un hermano abandonado y repudiado por los otros en la hora de la suprema angustia, se obstinara todavía en asociarse á ellos, á poco que entreviese la posibilidad de gobernarse por sí mismo.

Por otra parte, el doctor Gomez no quiere ver más que dos entidades en la obra de nuestra independencia: Dorrego y Pedro I. Yo, señores, descubro ó creo descubrir una tercera, mucho más alta, poderosa y benéfica, y de la que aquellos dos personajes fueron simples instrumentos inconscientes.

En efecto, todo bien considerado hoy, ¿no deberémos reconocer que Dorrego y Pedro I, por supuesto sin quererlo ni soñarlo, nos hicieron un gran servicio con fundar nuestra nacionalidad, más ó ménos anómalamente, como de ordinario se fundan las nacionalidades, obra no tanto del voto expontáneo de los pueblos, como del azar, de la diplomacia ó de la fuerza?

Por lo que á mí hace, siempre encaré nuestra independencia como un hecho providencial, y para nosotros relativamente benéfico; y esto, señores, por que ni ántes ni ahora, nunca he podido concebir que sin nuestra segregacion Rosas hubiera sido imposible, como sostiene hoy el doctor Gomez, sin demostrarlo.

A la inversa de éste, opino que si alguna influencia hubiera podido ejercer nuestro país en la evolucion política que empezó con la oposicion al Gobierno reparador y progresista de Rivadavia, y terminó con la exaltacion de Rosas al poder, la habria ejercido más bien en favor del último, para lo cual estábamos convenientemente preparados por dos tradiciones que á la sazon se conservaban vivas, y de que fué Rosas encarnacion ó expresion genuina en el poder: la tradicion colonial y la del federalismo montonero de Artigas. Contra la accion combinada de estas dos influencias no se concibe bien lo que hubiera podido el elemento sano del país, aquel que más especialmente habia sido representado en sus aspiraciones á la vida regular por la Asamblea de la Florida; porque, no hay que olvidarlo, entre la Asamblea de la Florida y Artigas, entre lo que queria aquella y lo que habia querido el famoso caudillo en órden á régimen de gobierno, habia todo un abismo. El único propósito comun entre la una y el otro era el de emancipar al país de la dominacion extranjera.

Señores: léjos de mí la idea de lastimar á nadie con recuerdos importunos, cuando tengo el honor de verme pacientemente escuchado por todos; pero díganlo cuantos me oyen, el mismo ejemplo que en uno de sus artículos ha citado el doctor Gomez como única prueba de su aserto, el hecho de que de 43 á 51, la incorporacion á la Confederacion Argentina era simpática á la mayoría de los Orientales, á lo ménos á una mayoría accidental ó transitoria; este mismo hecho, dado que sea cierto, ¿no depondria en favor de mi opinion, y en contra de la opinion del doctor Gomez? ¿No diria él

bien claramente que Rosas habria sido más posible aún sin nuestra segregacion que con ella?—Y el doctor Gomez, que propone la union con la República Argentina de hoy, con la República Argentina libre y constituida, ¿habria propuesto ó aceptado con satisfaccion la incorporacion ó anexion á la Confederacion Argentina de Resas, aquella de la bandera con bonetes colorados?—Digo una y mil veces que no habria hecho tal don Juan Cárlos Gomez. Conjetura por conjetura, parèceme pues que la mia es más fundada y más aceptable que la de nuestro ilustrado publicista.

Gracias sean dadas á la Providencia, que desligándonos en 1828 de la República Argentina, ó nos preservó de ser víctimas ó nos impidió hacernos cómplices y cooperadores de una obra nefanda, y nos habilitó por ahí para poder salvar más tarde la causa de la civilizacion y de la libertad en el Rio de la Plata, sin lo cual ni los millares de argentinos escapados al cuchillo de Rosas habrian hallado asilo en nuestro territorio, ni muchos de los aquí presentes, colorados y blancos, blancos y colorados, existiriamos tiempo há, ni el doctor Gomez podria siquiera estar al habla con su país! Sí, mal que mal, es preferible deber nuestra independencia á Dorrego y Pedro I, á habernos visto uncidos, por malas ó por buenas, al carro de la tiranía más brutal y sanguinaria de los modernos tiempos. Esta es mi opinion, la misma que ahora 20 años expresé en Buenos Aires al finado doctor Velez Sarsfield, y que aquel ilustrado argentino halló justa y sensata.

Empero, señores, si los hombres y los Estados suelen tener más de un camino para llegar al término apetecido, más caminos aun tiene y conoce la Providencia para realizar sus altos fines,—y bien pudiera ser que la que fué para nosotros senda de salvacion en lo pasado, fuera senda de perdicien en un futuro más ó menos inmediato. Sí, bien puede ser que nuestra nacionalidad sea un hecho de carácter puramente transitorio, y que ella esté llamada á refundirse juntamente con otra en una nacionalidad más vasta, más poderosa y de más larga vida. Para que eso se verifique, sin embargo, todos tendrán que desandar una buena parte del camino andado, y algunos que hacen acto de contricion, y por sí mismos, no por interpuesta persona ó por boca agena; pero nadie tendrá que desandarlo tanto, como aquellos que no supieron conservar la integridad nacional, ni constituir la República sobre la sólida base de las instituciones democráticas, y que por una conducta incalificable nos empujaron á la segregacion, ó para emplear la frase del doctor Gomez, nos impusieron la independencia. Sí, mucho debemos á la República Argentina; pero mucho y mucho nos debe ella, y bueno es que no olvide que su deuda aumentará en la misma proporcion en que puedan aumentar nuestros males.

Miéntras llega esa hora solemne, dejemos á cada uno en plena libertad para que busque la solucion del problema que más ó ménos á todos preocupa y agita, haciendo oscilar á no pocos entre el temor y la esperanza, y para que lo busque en el recogimiento de su espíritu, en las inspiraciones de su razon y de su patriotismo, en las lecciones de la historia ó de la experiencia de otros pueblos, antiguos ó modernos, y en la discusion privada y pública, pues que todos tenemos en ello el mismo interés; y sobre todo, guardémonos bien de intentar amordazar ó de apostrofar de renegados y malos patriotas á aquellos que, de acuerdo en cuanto á los fines, sólo discordan de otros en cuanto á los medios; porque el silencio solo aprovecha á los ignorantes y á los que no tienen razon, y la noche, como decia el periodista Truth al célebre doctor Smith, no es el reinado de los bien intencionados.

El más afortunado, el mejor inspirado de todos, ya que no sea el más patriota, será aquel que dé con la solucion que le asegure á nuestra patria la mayor suma de libertad, la mayor suma de dignidad, la mayor suma de gloria verdadera, y la mayor suma de felicidad posible.

Nuestro ilustrado compatriota y mi amigo el doctor Ramirez ofreció noches ha demostrar que contamos con los elementos necesarios para constituir una nacion independiente, libre, robusta y feliz. ¿Necesitaré decir, Señores, que de todas las demostraciones que hacerse pudieran, esa seria para mí las más halagueña y lisonjera, la que más por entero colmaria los votos y las aspiraciones todas de mi corazon? Plegue á Dios que el doctor Ramirez sea más afortunado que yo, y que pueda cumplirnos su promesa al pié de la letra!

He dicho.

Ateneo del Uruguay

Discurso pronunciado por el Dr. D. José Sienra Carranza en la velada literaria del Ateneo como introduccion á la declamacion de algunos cantos de *La Divina Comedia* hecha por el Sr. Rossi:

Señoras, señoritas, caballeros:

Cedo á las instancias de los señores que forman la Junta Directiva del Ateneo, al preceder con algunas breves consideraciones la declamacion que va á oirse de dos magníficos trozos de *La Divina Comedia*.

Breves, he dicho, y lo serán por dos razones: primero, porque debo confesar que al formularlas he tenido menos en cuenta mi insuficiencia literaria que el deseo de prestar concurso á esta velada, lo que desde luego haria imposible una obra detenida acerca del grande asunto del poema y del génio del poeta florentino; y en segundo lugar, porque este asunto, este génio, son tan vastos, que siempre parecerán breves los comentarios que quepan dentro de los límites señalados á fiestas como la de esta noche.

Acaso, su mejor comentario está en los movimientos, en el ademan, en los gestos, con que acompaña su recitacion el eximio artista que rompe todas las tinieblas, todas las oscuridades, y que descifra con su talento todos los misterios encerrados en el texto del poema.

Se ha pretendido que las láminas admirables de Gustavo Doré han dado nueva vida á los cuadros sublimes del Dante. Los que hemos oido en Solís la recitacion del Canto de las Serpientes, podemos afirmar con mayor exactitud, que el aliento de la vida, el movimiento, la luz, el color, el asombro, la piedad, el horror—todo lo que anima, todo lo que aterra á la humanidad, se transfunde de tal manera del alma del poema al alma del trágico, que en él re-

lleja el infierno, en el rechinan los condenados, y el poeta se estremece con todos los terrores de la mansion de las sombras.

Es esto lo que vamos á presenciar; no solo en la declamacion del canto de las serpientes, sino tambien en la del conde Ugolino, superior á aquel si no por el estilo y el colorido, que son siempre igualmente soberbios en el poema de Dante, por los sentimientos, por las pasiones que se desenvuelven en el relato de aquel condenado que, como Francisca de Rimini, á pesar de hablar desde el infierno, alcanza á cautivar la simpatía en el corazon de los que esperan el cielo.

Cuando se estudia el cuadro de Ugolino, la imaginacion se pregunta si es que el poeta lo ha colocado en aquel círculo infernal, en castigo de sus delitos, ó en horrendo desagravio de sus dolores.—¿Ha ido allí á expiar la culpa del derrocamiento de Nino di Gallura,—ó acaso el homicidio de un deudo del arzobispo Ruggieri?....

Ugolino podria tener en su conciencia la blancura de la nieve ó del armiño, y el genio sublime de Dante, le habria encontrado allí mismo, junto al cruel arzobispo, cabeza sobre cabeza, hincando sus dientes en la delgada carne entre el cerebro y la nuca de su verdugo, y limpiando en los sueltos cabellos de este la sangre que ensucia sus labios.

Si allí no estuviese ¿quién completaría el castigo, quién roeria con sus dientes la cabeza de Ruggieri?

El cuadro es insuperablemente horroroso.

El detalle de esos labios que enjugan en el cabello de la cabeza que se devora, la sangre que los empapa, es tan satánico, que no puede oirse, que no puede leerse, sin que se estremezcan de espanto todas las fibras del ser humano.

Lamartine, el poeta de las dulzuras, del amor, de los tiernos afectos, sintió sobrecogida su alma ante esa monstruosidad salvage, que él llega á calificar de repugnante; y necesitó apartar de ella la vista, para estasiarse en las bellezas de este canto sobresaliente del poema.

Tal impresion responde á la índole del inimitable cantor de Joselyn.

Entre tanto, la infernal concepcion de Dante prevalecerá en su sublimidad mientras existan en el corazon humano estos indefinibles instintos que nos arrastran á la contemplacion de todo lo que es supremo, en el horror como en la belleza, en el rugido del huracan, como en los delicados celajes de nuestras tardes de verano.

Por lo demás, nadie acumulará en tan breve espacio, tantas impresiones como las que palpitan en ese canto.—Nadie puede reunirlas y transmitirlas con tanta sobriedad de diccion, con tanta fuerza de colorido, con tanto abandono de todo artificio, de toda falsa galanura, con tal verdad, con tal posesion de los afectos que antes de traducirse en el verso han absorbido el espíritu del poeta.

Eso es la poesía, desnuda de insustanciales figuras de retórica, despojada de los recursos del circunloquio, de las debilidades del ripio, sacando del alma, limpia y brillante, la inspiracion tomada en las exaltaciones y en las tristezas de la pasion, para mostrar al lector ó al espectador,—la desesperacion del padre al oir cerrarse por última vez la puerta por donde han entrado los alimentos al calabozo en que yace con sus hijos,—la infantil sublimidad, la abnegacion ilimitada, de aquellos niños que corren á ofrecerle sus cuerpos para que en ellos sacie el hambre de que le juzgan atormentado,—la inocente y atribulada confianza con que, á su vez desesperado, el mas pequeño, se arroja á sus plantas interrogándole «por qué no le socorre»,—aquella muerte del hambre de los hijos, aquel padre desolado que tambalea y vá á caer para morir entre sus cadáveres,—cuadro siniestro de pavor sobrehumano, cuadro infernal cuya grandeza no puede superarse; eso es la poesía, la poesía que conmueve, con los mas suaves sentimientos, con los desgarramientos mas profundos del corazon.

—

Yo quisiera, señores, haber dispuesto de preparacion y de tiempo suficientes, para ocuparme, siquiera fuese ligeramente, de la índole filosófica, política, y literaria del Dante,—de este poderoso génio cuyos destellos debieron brillar como una aurora boreal, surgiendo entre las sombras de aquella larga noche de la Edad media.

Pero esto no puede hacerse sin penetrar resueltamente en el campo, erizado de escollos, de su tiempo, y de tiempos anteriores al suyo.

¿Su filosofía?

Nutrió su inteligencia con las obras de todos los filósofos de la Grecia,—hizo de Aristóteles en el IV canto del Infierno, el *padre de todos los que saben*, y resolvió sus dudas teológicas con los Padres de la Iglesia, que evoca en el Paraiso.

Pero, su predileccion por Santo Tomás de Aquino, su casi contemporáneo, y aquella primacia concedida al jefe de los Peripatéticos, justifican el aserto de su adhesion á esta escuela, cuyas ideas habian sido restauradas por los comentarios del doctor Angélico, en pos del de Averrhoes.

El fatalismo se halla elocuentemente impugnado en el XVI canto del Purgatorio.

Marco Lombardo exclama allí:

« Vosotros los vivientes atribuís al cielo todas las causas, como si todo debiese venir de lo alto.»

«Si así fuese, quedaria destruido en vosotros el «libre albedrío; y no habria justicia en recibir por «el bien, recompensa,—por el mal, castigo.»

No hay en estas palabras una premisa de la doctrina de la gracia; pero seguramente la teoría moral de la libertad y de la responsabilidad, no ha tenido una fórmula mas alta, desde los albores de la filosofía hasta el crepúsculo actual del darwinismo.

—

Pero ¿es su filosofía propiamente, lo que se trata de descubrir en la índole filosófica del genio del Dante y de su gran poema?

Su índole filosófica está en su designio social, en sus tendencias y sus alcances políticos.

Hé ahí dos trozos brillantes;—el canto de las serpientes,—el de Ugolino.

—¿Qué significan esos cuadros?—¿Por qué se han intercalado en el poema; ¿y qué poema es este, en que tales asuntos se intercalan?

No voy á abordar de lleno cuestion tan vasta; no lo ensayaré siquiera en las brevísimas palabras que caben en la tarea que me he impuesto.

Seria necesario estudiar un siglo, una época,—todos los errores, todos los vicios de la ignorancia,—todos los vicios, todos los desórdenes de la anarquía,—todos los desórdenes, todas las infquidades y todos los crímenes del despotismo,—todas las desgracias, todos los dolores de la decadencia de un mundo que se disuelve, de una sociedad que se despedaza, que se dilacera, víctima de las mas tremendas plagas, y agitándose desolada en la aspiracion de destinos superiores.

El cuadro es estremecedor y sombrío, en sus grandes calamidades en sus pequeñas miserias.

Imaginad la confusion, el murmullo inmenso de aquel enjambre de pueblos que cubria con sus alas el águila romana, al desaparecer esta bajo el golpe repetido y furibundo de las irrupciones de los bárbaros. Imaginad las subsiguientes formaciones de pueblos, la renovacion de las sociedades con los elementos de todos los puntos del globo, que se

despeñan en asoladores torrentes sobre las sociedades antiguas.

Agregaciones y segregaciones consecutivas, que se precipitan bajo la accion de una alquimia misteriosa, obedeciendo al influjo de trastornos, de hechos, y de fuerzas inexcrutadas y desconocidas hasta entonces.

Y, en pos de eso,—cuando todo lo que se levante se derrumba, cuando el inmenso imperio de Carlo Magno ha caido bajo el peso mismo de su grandeza, —sucediendo á las colosales catástrofes los pequeños tiranos, y los traidores, y los ladrones, para el gobierno y el suplicio de los pueblos postrados en la abyeccion y la impotencia.

Imaginad así la edad media y la Italia.—

En pos de los bárbaros, los *barbarini*.

Y cuando hayais amontonado con la imaginacion todos los escombros de la vieja civilizacion, figuraos: hacia un lado, el alto sólio de San Pedro, cobijando un dia á los Colonna y otro dia á los Orsini;—y de otro lado el sólio del eminente Emperador de Alemania, adornándose un dia con los despojos de una villa saqueada, y al otro dia con las dádivas de una ciudad que se acoje á la proteccion de su despotismo.

Y, sobre todas esas ruinas, la secular pendencia del Cesar y del Papa, la sangrienta controversia de las *investiduras*; y surgiendo de ella la lucha de güelfos y gibelinos, de blancos y negros, de Capuletti y Monteschi.... de ciudad á ciudad, de villa á villa, de familia á familia.

No se ha retorcido jamás la humanidad entre mayores angustias.

¿Comprendeis ahora el canto que anatematiza á los ladrones, el cuadro que horripila á los traidores?

Aquella fué la época del Dante.

Sintió él en su alma el dolor de todas las depravaciones, que brotaban á sus piés, que se elevaban á sus ojos en todas partes.

Y su infierno, y su purgatorio, resuenan con las imprecaciones contra el robo, contra la traicion, contra la hipocresía, contra el prevaricato, contra la tiranía, contra la simonía, contra la gula y la lujuria, contra todos los crímenes que agobiaban á la humanidad,—cayendo bajo el golpe de su reprobacion lo mismo el sacerdote que el magistrado, lo mismo el obispo que el caballero, lo mismo que los reyes los pontífices.

El canto 19° y el 27° del Paraiso encierran las mas tremendas execraciones contra Bonifacio 8.° y los cardenales de su corte.

No hay crímen, no hay perversidad, no hay vicio, que no caigan bajo la maldicion del génio, por cuyos lábios se exhalan todas las desesperaciones de aquella generacion acosada por el vicio, por la perversidad y por el crímen.

Pero ¿se limita á llorar sus penas y á bramar sus indignaciones?

Ved aquí el intento político de la Divina Comedia.

Dante sueña con la patria, sueña con la patria grande, fragmentada en aquella multitud de ciudades libres, de pequeñas repúblicas, en que se reparte toda la raza despedazada por la disolucion del Imperio Romano.

Aquellas repúblicas independientes, tienen la libertad del libertinage, aquellas repúblicas libres son el patrimonio de las facciones que las dilaceran. El poder pasa en ellas, por la fuerza del motin y de la usurpacion, de un partido á otro, de una á otra familia, de uno á otro miembro de la familia misma,—de los Güelfos á los Gibelinos, de los Blancos á los Negros, de Nino di Gallura al conde Ugolino.

Quebrada la unidad nacional, Milan y Florencia, Génova y Pisa, no se mezclan en sus disturbios respectivos, sino para aumentar el combustible de sus odios, sirviéndose entre sí los opresores de los pueblos para garantirse, en execrable solidaridad, las usurpaciones consumadas.

Los tiranos son tantos como las pequeñas ciudades presas de sus explotaciones.

¿Tantos?...

Decuplicadlos, teniendo en cuenta el número de los auxiliares necesarios para la conservacion del predominio.

Imaginad la comparsa de los partícipes en aquel botin de los pueblos esquilmados,—el número de los compañeros necesarios del tirano, á quienes este está obligado, por espíritu de conservacion, á garantir la impunidad de todo atentado, contra la vida, contra la propiedad, y contra los derechos todos de los pueblos oprimidos.

¿Cuál es la fuerza superior que desagravie á los Capuletti contra los Monteschi, y á los Monteschi contra los Capuletti?

Cuando la ciudad ha sido dominada por los unos, la inseguridad, el ostracismo ó la muerte, son la perspectiva de los otros. La reaccion, meditada y preparada en el misterio, ó con el concurso de la ciudad vecina, estalla en seguida como único camino de rehabilitacion.

Y aquellos odios que se desarrollan profundos y tenaces en el choque constante é inevitable de los miembros de pequeñas sociedades, sin mas autoridad que la que en ellos mismos reside, hacia imposible la reconciliacion duradera, la paz estable, prontas siempre á romperse en el conflicto del dia siguiente.

Aquellas sociedades, en tal situacion, estaban condenadas á revolcarse angustiadas en el círculo funesto de las anarquías y los despotismos.

El alma de Dante habia sondeado todos los abismos de la desgracia pública, habia meditado bajo el peso de todos los dolores de su patria.

¿En dónde estaba el mal?

Figuraos al jefe de una familia de la Génova actual, ofendido por la primer autoridad de su ciudad —figuraos al jefe de un batallon situado en la actual Roma, ofendido por el Presidente del Consejo de Ministros de la actual Italia,—figuraos á un potentado de la actual Florencia, agraviado por sus mas altos magistrados.

¿Qué sucederá en seguida?

No se producirán la anarquía, ni la guerra civil, ni el despotismo,—ni en Florencia, ni en Roma, ni en Génova.

¿Por qué?

Porque ni seria razonable, ni posible.

Porque el prohombre de Génova, tiene á quien apelar contra la autoridad de su ciudad,—porque el jefe de batallon, tiene al amparo de la justicia ordinaria contra el Presidente del Ministerio,—porque el potentado de Florencia alcanzaria justicia de otros poderes contra los mas altos magistrados de su ciudad.

Porque el potentado de Florencia, el militar de Roma, el prohombre de Génova, que podrian convulsionar á Génova, á Roma ó á Florencia,—que podrian derrocar al magistrado y usurpar la autoridad y tiranizar al pueblo de su ciudad respectiva,—no mantendrian una semana el sable ó el remington alzado contra la magestad de las leyes y el poder soberano del reino de Italia.

Esas tres rebeliones, esas tres anarquías, esos tres despotismos, imposibles actualmente, habrian surgido desoladores y sangrientos en el siglo XII.

Esto es lo que Dante veia:—aquello es lo que

debia presentar el genio de Dante.

Por eso, revolviendo la mirada hácia todos los contornos, pone en boca de Sordello en el 6.° canto del Purgatorio aquellas esclamaciones llenas de amargura.

«¡Oh! Italia esclava, «posada del dolor, buque sin barquero en una tempestad deshecha, no eres ya reina de las provincias sino foco de prostitucion.

. . . . . .

« Miserable, busca en tus playas si hay alguna « parte de tí misma que goce de verdadera paz. »

. . . . . .

« Toda la tierra de Italia está llena de tiranos;— « el mas vil de ellos desde que entra en un partido « se convierte en un Marcelo. »

Y, dirigiéndose á la ciudad natal, á aquella Florencia que le arrojó de su seno, y á cuyo seno se negó á volver -- sin duda porqueno se habia inventado aun para los espíritus austeros el sublime sistema del posibilismo,—le lanza estos sarcasmos hijo del amor mas profundo y honesto que un ciudadano puede tributar á la sociedad en que nació á la vida, y cuyo descarrío y cuya ceguedad le atormentan:

« Florencia mia, puedes estar satisfecha....

« Algunos en otros puntos rehuyen los cargos públicos, pero tu pueblo lleno de solicitud, contesta « sin ser invitado, á los cargos de la ley y esclama: « Me someto á ella».

« Regocíjate, pues, puesto que eres rica....

« ¿Cuántas veces en estos últimos tiempos, como « puedes perfectamente recordarlo, has cambiado « de leyes, la moneda, los destinos, las costumbres, renovado los miembros de la ciudad?

« ¡Ah, si quieres recordarlo y abrir los ojos, te « verás como el enfermo que se agita y revuelve « en su lecho, buscando una posicion que atenúe « su dolor!»

. . . . . .

Tal es el intento filosófico y político de la Divina Comedia.

La reconstruccion de la gran nacionalidad antigua,—fraccionada por el espíritu de localismo, por los cálculos de los protervos, por los errores sinceros de la época, sirviendo todas estas fuerzas juntas, á la obra de los poderes estranjeros, que buscaban la paz en el equilibrio, y el equilibrio en el mantenimiento de los pequeños Estados independientes sacrificados á sus miras.

La unidad de Italia bajo el papado, como la pretendieron algunos grandes pontífices, era imposible. Aumentar con el imperio y la autoridad temporal de una gran nacion como la Italia unida, aquel imperio colosal de la potestad espiritual del Papa, que con una excomunion destronaba Reyes y Emperadores, habria sido sacar de sus ejes el mundo de la edad media, rompiendo todo equilibrio, y haciendo al sucesor de San Pedro árbitro absoluto, en lo transitorio como en lo eterno, del universo cristiano.

Semejante solucion era imposible.

Así lo comprendia el genio de Dante, que hallando cerrado por esa direccion el camino de sus aspiraciones, volvia contra la tradicion de su familia, y de la casa de los Güelfos pasaba al partido de los Gibelinos.

La reconstruccion de la Italia era su ideal.

No importaba quién la realizase,—él la buscaba por todos los senderos, y puesto que era insensato pedirla á las manos del Papa, la reclamaba de manos del Emperador de Alemania.

Apostrofaba á la Italia, porque no iba hácia el Emperador; y al Emperador, porque no iba hácia la Italia.

Su concepcion era clara y sencilla; era la concepcion del Evangelio—la coexistencia del Estado y de la Iglesia, del Pontífice y del César.

Dad el reino espiritual al Pontífice, dad el reino temporal al Emperador. Al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.

Tal fué su fórmula práctica.

Allí estaba el equilibrio; no de los poderes mundanos, sino de las potestades del cielo y de la tierra. De un lado el poder espiritual, del otro el temporal.

Ese fué su error. Las dos grandezas debian mantener perpétuamente su rivalidad; y el cuerpo y el alma de la Italia continuar despedazados en el potro de la mútua porfía.

El papa habria arrojado sobre el Imperio todo el mundo cristiano, antes de ceder en la demanda.

De aquí el error de Dante.

No ha sido él solo. Machiavello buscaba lo mismo en la elevacion de César Borgia.

La Italia ha suspirado por siglos la solucion del gran problema, la solucion soñada por Dante, en sueños renovados por Petrarca.

No era el Emperador, no era el Pontífice, el instrumento de la justicia y de las aspiraciones nacionales

La Italia no podia acertar, en tanto que buscase fuera de sí misma la condicion de su unidad.

La obra ha sido lenta, contándose por siglos sus jornadas.

Las independencias seculares no habian extinguido en el espíritu del pueblo ni el sentimiento ni la voluntad de la gran patria, fraccionada, destruida, encadenada á la suerte que le señalaban los cálculos de los poderes estranjeros.

La fórmula práctica de Dante, se hallaba destinada á perder fuerza á medida que ganaba terreno su ideal.

Los acontecimientos, impulsados por las aspiraciones populares en que ese ideal ocupaba el punto culminante, se abrian paso por simplificaciones sucesivas; disminuyendo constantemente los términos del problema político de la nacionalidad, refundiendo ciudades y ciudades en Estados relativamente considerables.

De este modo obedecia la Italia á la ley del perfeccionamiento de su organismo; de ese modo ascendia á las cumbres del ideal ambicionado por Dante;—mientras que el águila imperial, cuyas alas habia codiciado aquel para alzar su vuelo, se abatia desangrada, rasando las laderas y las llanuras en que se libraban las batallas políticas y religiosas suscitadas por las rivalidades de los príncipes y por las agitaciones de la Reforma.

De ese modo marchaba la Italia al ideal de Dante; —de ese modo se desempeñaba la tarea que ha contado casi tantos mártires como apóstoles, desde los dias de la Divina Comedia en que el gran poeta evocaba al César de Alemania, hasta los dias del siglo presente, en que la palabra de Mazzini y el talento práctico de Cavour, el corazon del pueblo y el génio de la política, presentaron al mundo la nueva nacion,—hija de sí misma, obra de sus propios esfuerzos, fénix renacido de sus cenizas,— tomando su puesto entre las grandes potencias del globo, bajo las salvas triunfales de Solferino y de Magenta.

Así, á traves de los tiempos, mediante las dolorosas enseñanzas del pasado, y los vigorosos resortes del progreso y de la civilizacion moderna, se dan la mano el genio, la virtud y el patriotismo, en el apoteósis permanente del reconocimiento nacional, que la Italia reconstruida, patria grande de sus grandes hombres, discierne á la memoria de Dante, de Cavour y de Mazzini!

—

Ved ahí la índole filosófica y política, el designio y el alcance trascendental, de la Divina Comedia.

—

En cuanto al eminente actor que con su imponderable talento artístico, va á resucitar ante nosotros, algunos de los personajes del poema, comunicándoles la vida de su expresion, de su voz, y de su mímica, ¿qué podria decir yo ahora que no fuese inferior á los elogios que le han tributado los señores Cané, Estrada y Lopez en la prensa de Buenos Aires, y algunos de nuestros mas inteligentes literatos, en la prensa Uruguaya?—¿Qué podria decir yo ahora, que no fuese inferior á la impresion que sus envidiables dotes han producido en el ánimo de todos los que han asistido á sus representaciones en Solis.

Esa impresion, esos elogios están en vuestra imaginacion, por lo reciente de los espectáculos y de las lecturas.

Pues bien, ademas de los encantos de la declamacion que todos aguardais con impaciencia, el señor Rossi va á desplegar ante nosotros sus relevantes dotes de inteligencia oratoria, en una bella esplicacion de los dos cantos elegidos para su recitacion.

Tengo prisa de concluir para que llegue su turno.

Permitidme, entre tanto, una última observacion.

¿Es una ventaja para el poeta el encuentro de un intérprete de la talla del señor Rossi?

Si Dante se levantara de la tumba, él reconoceria el alma de su obra á través de los toques artísticos de la interpretacion del aplaudido trágico.

Ay! de Dante entre tanto;—porque la fascinacion que el artista ejerce con su mágia sobre el auditorio, hace olvidar á la persona misma del poeta.

Mientras Rossi declama, él usurpa la personalidad del genio Florentino, y los cantos de las serpientes y de Ugolino son sus creaciones.

¿He sido indiscreto distrayendo tanto tiempo con el recuerdo del vate á un auditorio que va á dar en seguida la noche entera á la admiracion de su intérprete?

. . . . . .

Señor Rossi, á nombre del Ateneo del Uruguay, presento á usted los mas sinceros agradecimientos por la caballeresca gentileza con que ha querido usted favorecernos en esta velada.

He dicho. 17 de Noviembre de 1879

MONTEVIDEO, NOVIEMBRE 25 DE 1879

Don Agustin de Vedia

—

Publicamos hoy el notable discurso pronunciado por nuestro distinguido é ilustrado compatriota don Agustin de Vedia, en la conferencia literaria que tuvo lugar en Dolores, (R. A.) á beneficio del monumento para los mártires de 1839.

No haremos comentarios inútiles, y nos limitaremos á agradecer al compatriota que haya retemplado con su palabra llena de esperanzas para los oprimidos, el ánimo que se debilita y se postra ante las desgracias del presente.

Oigamos al distinguido orador y al austero ciudadano:

LA PÁTRIA

No hace muchos dias que un distinguido escritor trazando su concepcion de la patria, decia: —«La patria es para mi la asociacion de los hombres de una raza, de una lengua, de una tradicion, de una comunion de ideas y de sentimientos, de una sociabilidad, de un mismo destino político».

Esad efinicion se confunde con la de Stuar Mill sobre *las nacionalidades*. Segun el publicista ingles, el sentimiento de la nacionalidad reconoce causas diversas: á veces es efecto de la identidad de raza y de origen; la comunidad de lenguaje, la comunidad de religion y los límites geográficos contribuyen frecuentemente á hacerla nacer. Pero la causa mas poderosa de todas, en la opinion del ilustre pensador, es la identidad de antecedentes políticos la posesion de una historia nacional, y, por consiguiente, la comunidad de recuerdos, de orgullo y de humillaciones, de dichas y de infortunios, ligados á su pasado.

¿Hay exactitud en esas definiciones de la patria y de la nacionalidad? El mismo autor del *Gobierno Representativo* reconoce que no hay un signo cierto para caracterizar rigorosamente una nacion. En efecto; si en unas se hace consistir el vínculo en el origen comun; en otras, en la comunidad de lenguaje; en otras, en los límites geográficos, y si naciones hay que no reconocen otro vínculo que el de la religion, como sucede en algunos Estados del Asia—¿cómo determinar con precision y exactitud aquellos signos?—Y luego—¿por qué esa diversidad de causas? Sin duda porque la nacion, como se ha dicho, no es una unidad física, sino más bien una personalidad *moral*; porque no siempre su existencia se determina por hechos exteriores: el *sentimiento* concurre poderosamente á esa obra de asimilacion. Lo mismo puede decirse de la patria.

¿Tiene el sentimiento de la patria, en realidad, formas definidas y acentuadas? Qué es la patria? ¿Será, como se ha pretendido alguna vez, el suelo en que nacimos, ó el territorio que habitamos? Esa definicion ha sublevado nobles pasiones, y arrancado protestas ardientes, que, sin embargo, pueden ser estraviadas. Hase dicho, que bajo la tiranía de Calígula, los Griegos y los Scipiones no habian mirado á Roma como su patria.

Los que viven bajo el despotismo oriental, decia un revolucionario del siglo XVIII, allí donde no se conoce otra ley que la voluntad del soberano, ni otro principio de gobierno que el terror; allí donde la vida y la fortuna dependen de los caprichos del tirano, esos no tienen patria.

Tambien un escritor contemporáneo ha adoptado y desarrollado idéntica doctrina en una obra ya vulgarizada.

Los hombres aman tanto más á su patria, dice, cuanto más ella les asegura la posesion tranquila de sus derechos: ese es un hecho igualmente acreditado por la razon y por la historia.

La sociedad política no existe por sí misma; no tiene un valor absoluto é intrínseco; no es sino un medio, aunque medio maravilloso y necesario, de garantir la libertad de sus miembros.

No puede amarse, pues, á la patria, sino en tanto que ella realiza ó puede realizar ese objeto supremo. En suma, no siendo la sociedad política, en su esencia, sino una garantía mútua de derechos, no hay patria donde no hay libertad.

En el fondo de todas esas proposiciones, flota una idea, no bien definida y aplicada. Es cierto que el hombre se adhiere á la patria con tanta mayor energía, cuanto más se acerca ella á la realizacion del supremo ideal á que tienden sus aspiraciones y sus esfuerzos. Es cierto que la comunidad política no puede concebirse sino en el plan de la justicia y del perfeccionamiento humano. Pero, por ventura, ¿puede el hombre prescindir y apartarse de la patria sin dolor, cuando el infortunio ó la tiranía se abaten sobre ella? Acaso es dueño de aislarse de la comunidad, cuando ella no responde á sus fines humanitarios? Tanto supone considerarle árbitro de renunciar á los instintos de su naturaleza, contrariando las leyes irresistibles del amor y de la sociabilidad!

Cuando se opina que el hombre no puede amar á la patria, sino le garante los beneficios de la libertad, se olvida que la patria no existe, ni puede ser considerada con abstraccion de los individuos; que ningun miembro de la comunidad puede aparecer absolutamente estraño al medio social y político en que vive; que tiene su responsabilidad solidaria en la obra de su destino; que un eclipse de la libertad, es un aplazamien o, ó una nueva forma de la lucha de vida, y que el patriotismo vencido se asemeja al héroe mitolójico que, al tocar la tierra en su caida, recibia de ella nuevas fuerzas para continuar la lucha. Cuando las malas pasiones y los intereses bastardos ahogan los esfuerzos del patriotismo, el hombre suele reconocerse vencido, pero nó por eso renuncia á sus aspiraciones, ni abdica de su patria; no podria arrancarse del corazon toda una historia palpitante de alegrias y de dolores, sin mutilar y sin despedazar su propio organismo. Buscará un refugio en su conciencia, encerrándose en la oscuridad y en el silencio; esperará una época mejor, de inevitable reaccion en la corriente de las ideas y de los sucesos; pero, ¿cómo romper el vínculo que lo une al suelo donde se desarrolló el drama de su vida, y á donde le dirigen y le atraen todos los instintos y todos los recuerdos de la existencia?

Y si fuere absolutamente cierto que el hombre no debe amar á la patria sino cuando le asegura la efectividad de sus derechos, ¿á donde quedarian relegados y qué significacion tendrian las virtudes cívicas, las inspiraciones del patriotismo, los sublimes impulsos de la abnegacion y del heroismo, que levantan y enaltecen la personalidad humana en medio de las crisis supremas de la nacionalidad.

¿Por qué, cuando la mano de plomo de la tiranía se ha descargado sobre la sociedad, ahogando la libertad en su cuna, por qué todos los ciudadanos no se han mostrado indiferentes ó resignados al infortunio de la patria? ¿Por qué, en vez de hacerla objeto de sus afecciones más puras, no han ido á buscar en el seno de otras colectividades humanas, las nobles compensaciones que el suelo natal les rehusaba? ¿Por qué, en fin, aquel despotismo absoluto, en vez de abatir y enervar los caractéres, ha producido á veces las más enérgicas é irresistibles explosiones de la virilidad y del heroismo? ¿Por qué, en fin, señores, cuando un despotismo sangriento y ominoso se desplomó sobre esta sociedad, hubo ciudadanos viriles é indómitos que supieron desafiar las iras del tirano, y que entregaron satisfechos sus cabezas al verdugo, iluminados, acaso, en el momento postrero, con la esperanza inmortal de que su sangre generosa fuese abono fecundo para el árbol de la libertad argentina?

¡Ah, señores! Es sin duda porque el amor á la patria encierra algo más que el amor á sí mismo; es porque, si la patria no es el suelo natal, como se ha pretendido, participa á lo ménos de su sustancia, y no es posible desprenderla absolutamente de él; es porque, es imposible tambien separar estas dos ideas y estos dos sentimientos: el amor de la patria, y el amor de la libertad.

Un escritor, que sin duda ha probado el amargo brevaje del destierro, ha dicho que es imposible vivir sin pesares y sin deseos en la tierra extranjera. Represéntase un desterrado que ha dejado su pais bajo la férula de mandones infames, usurpadores de la soberanía, conculcadores de todas las leyes. Se ha visto transportado al seno de una nacion libre, feliz en medio de su libertad, que ha prodigado á su infortunio todos los testimonios de una viva simpatía.

Lleno de estimacion y de reconocimiento hácia esa nacion, no puede ver de léjos, sin una impresion de amargura, todo lo que la suya sufre, impotente y resignada.

Esa impresion significa que algo falta á ese desterrado, y que es sencillamente verdadera la expresion atribuida á Chateaubriand:—«Cuando nos hallamos léjos de nuestro país, es cuando esperimentamos sobre todo el instinto que nos une á él.»

Y aunque no fuese sino un instinto—¿qué hay en ese móvil sino una revelacion de la naturaleza que es imposible acallar? Si, ese instinto solo denunciaria el error de los que creen que no hay patria para el ciudadano de un pais sometido al poder de la tiranía.

Se ha dicho que, aun cuando sienta bajo su planta el suelo natal, el ciudadano que ha vivido en un pais libre, reclamará siempre una parte, nó la ménos cara de la patria, el dia en que la libertad haya dejado de reinar en él. Pero esa misma observacion demuestra que, si no es toda la patria del ciudadano, el suelo natal es al ménos, y siempre, una parte integrante de ella.

«La pátria es, y no es, el terruño»... acaba de decir un ilustrado compatriota, (1) que ha podido acariciar y resolver en el fondo de su alma esos problemas durante cien largas noches de desvelo, en la soledad y en la profundidad del Océano, en el fondo de la bodega de una barca, prision flotante erigida por los tiranuelos, que tambien en una noche, noche deoprobio para nuestro país, vomitaron de su antro los cuarteles y las cárceles... «La patria es, y no es, el terruño... la patria es el suelo, la luz, el aire, el derecho, la justicia, la libertad; conjunto indefinible de sentimientos misteriosos; un culto de amor, con todo el ardor, con todas las supersticiones, con todo el fanatismo de una religion... felicidad, gloria, inmortalidad.... El sentimiento de la patria dá á la historia aquel Leonidas que se inmola en las Termópilas, aquel Bruto que inmola á sus hijos, aquel otro Bruto que inmola á su padre, inspira el sacrificio de Regulo, el heroismo de los Gracos, la austeridad de Caton, las virtudes de Cornelia, la adnegacion de Cincinato!»

Tambien un distinguido orador argentino, (2) haciendo el elogio fúnebre de ese heroe novelesco del mar, que, no pudiendo encadenar

(1) El Dr. D. José P. Ramirez.
(2) El Dr. D. Aristóbulo del Valle.

de nuevo la victoria, se hundió en los abismos profundos del elemento que le habia dado vida y celebridad, acaba de decir:

«La imagen de la pátria debe haber cruzado ante los ojos del marino en su momento postrero, y habrá visto sus montañas y sus rios, sus torrentes, sus valles y sus selvas sombrías, y seguir en triste procesion, los Incas, hijos del Sol, los conquistadores vestidos de hierro, con el corazon más duro que sus escudos, los grandes guerreros de la independencia, los héroes pequeños de la guerra civil, los poetas que han cantado las magnificencias de su suelo, las vírgenes que cuidaban como las vestales romanas el fuego sagrado, todos enlutados y llorosos, tras de la bandera amada que vá envuelta en fúnebres crespones; y en torbellino confuso, las multitudes siempre inquietas, con la faz nublada por la ignorancia y por el dolor, con sus caudillos oscuros, con sus aspiraciones vagas é inciertas, con sus entusiasmos generosos; porque todo eso es la patria!—el suelo en que nacemos, el cielo que nos cubre, la lengua que hablamos, las tradiciones de la historia, los infortunios del pasado, las victorias y los contrastes de nuestras armas, los grandes hombres y las muchedumbres anónimas que siguen la bandera nacional, cantando el himno de sus glorias!»

No es esto, ciertamente, uña idea que deprima el sentimiento humanitario y turbe las corrientes de la civilizacion moderna. Los que llegaron á suponer que la patria y la nacionalidad eran cosas indiferentes, ideas estrechas, de que el espíritu humano debia desembarazarse para conquistar la concepcion de la libertad cosmopolita, no fueron los últimos en abandonar y condenar por utópicas semejantes teorías. En aquel número se comprendia Fichte, ilustre pensador de la Alemania, el mismo que, mas tarde, dirigiéndose á la nacion alemana, en un discurso que ha adquirido celebridad, apeló al sentimiento de la nacionalidad como al único medio y á la única esperanza de salvacion para la pátria.

Nada mas erróneo que combatir el sentimiento patriótico en nombre del sentimiento humanitario. El patriotismo ejerce notable y ventajosa influencia en la economía de las sociedades políticas. Si conviene enaltecer y depurar ese sentimiento, vinculándolo al ideal del derecho y de la justicia, de la libertad y del progreso, no puede desterrarse, ni debilitarse, sin que, á su vez desaparezca ó declinen esos bienes, y caigan las sociedades bajo el freno del despotismo ó bajo el azote de la anarquía.

El patriotismo debe ser escitado, y no moderado. En los pueblos americanos que marchan á su destino, cayendo y retrocediendo, un dia bajo el sable de la dictadura militar, otro dia bajo la presion de la conquista estranjera, mas ó ménos disfrazada, ese sentimiento salvará á la nacionalidad, y presidirá á su reconstruccion y consolidacion, al surgir triunfante del seno de los elementos combinados para aniquilarla. Una monarquía, se ha dicho, puede subsistir y perpetuarse en medio de un pueblo hostil, pero una República está condenada á sucumbir cuando se debilita y se estingue el amor de los ciudadanos.

El patriotismo debe ser dirigido y no amortiguado. Y ningun medio mas eficaz de estimular los sentimientos patrióticos, que el de honrar á los grandes ciudadanos que hicieron á la patria el sacrificio de su reposo y de su vida, y grabaron con sus proezas las páginas mas brillantes de su historia.

En el fondo del corazon, por indiferente y adormecido que parezca, hay siempre una fibra que responde aceleradamente con sus latidos á la invocacion de los hechos y de los recuerdos que dignifican la vida humana. Es la chispa que se conserva bajo la ceniza; que ha producido el incendio de las revoluciones; semejante á esos volcanes, durante largo tiempo estinguidos, que un dia, agitados de nuevo por el antiguo elemento, rugen estallan y se desbordan en corrientes irresistibles de lava y de fuego....

Mantener vivo en los corazones el culto de la patria; honrar sus tradiciones de gloria, estimular las virtudes cívicas, es conservar el fuego sagrado, ó de otro modo, la levadura inmortal, de que se forman los héroes en el momento histórico de las nacionalidades. Esa religion y ese sentimiento comunicaron á los insignes adalides de nuestra independencia y de nuestras libertades, el fluido misterioso que electrizó su espíritu y vigorizó su brazo en el torneo á que retaron á muerte á los tiranos. ¿Por qué, entonces, si llegaran á renovarse las grandes crísis sociales y políticas, en medio de las cuales surgieron aquellos caracteres, no habrian de reproducirse, tambien, sus virtudes y sus hazañas heróicas?

La historia está ahí, palpitante, para demostrar que los grandes acontecimientos políticos nacen de una reaccion necesaria, y se explican por una ley de la naturaleza. Si los pueblos abandonados á las convulsiones de la anarquía reaccionan en favor del órden, y huyendo de aquellos excesos caen en la tiranía y se resignan á ella, el despotismo absoluto, á su vez, despierta en los pueblos el amor á la libertad y el espíritu de independencia, provocando á la lucha en cuya arena se levantan esas personalidades que concentran en su mano robusta las fuerzas esparcidas de un pueblo, para impulsarlo, como una sola individualidad poderosa, al sacrificio ó á la libertad.

Que los pueblos recojan esa leccion. Al honrar á sus héroes y á sus mártires, no solo practican la justicia irreprochable, aunque á veces tardía, de la posteridad, sino que satisfacen una necesidad moral de su destino y una ley de su conservacion. Los pueblos, como los individuos, no viven solo para resolver el problema de los intereses materiales. El organismo, individual ó colectivo, tiene exigencias morales que no se desatienden impunemente. El despotismo no es, á veces, sino una terrible sancion de ese olvido y de ese abandono.

¡Honrad, pues, señores, á vuestros héroes y á vuestros mártires, y compadeced á los pueblos que no pueden hacer otro tanto! Algunos hay, en los cuales ese homenaje póstumo á la virtud y á la gloria, apareceria como una reaccion criminal á los ojos de sus tiranos, sino revistiese las formas repugnantes de la hipocresía. En los pueblos encorvados bajo el despotismo, esas honras son casi siempre el manto con que se cubre la ignominia y la abyeccion. Solo bajo el régimen de la libertad adquieren esas manifestaciones un título de sinceridad y de grandeza, revelan el sentimiento íntimo de los pueblos, y alientan y robustecen las aspiraciones del patriotismo.

El homenaje tributado á los héroes y á los mártires de la libertad, retempla la fibra de

las virtudes cívicas. Al inclinarnos sobre una de esas sombras, que son como los altares consagrados al sacrificio, un soplo de los dias heróicos de la patria acaricia nuestra frente, revive su historia en nuestras almas, desfilan á nuestra vista los acontecimientos, luctuosos ó brillantes, y sentimos que el pasado transmitè, en realidad, al precente, el caudal de su fuerza y de su energia, de sus virtudes y de sus conquistas, asi en el órden físico, como en el órden moral. Sublime encadenamiento de las épocas; inmortalidad sublime de la vida, que así se renueva, se reproduce y se fecundiza en el tiempo y en los espacios! Ella asegura el triunfo definitivo de la libertad y de la justicia. El reinado de la opresion y de la tirania será siempre efimero y violento en la tierra. ¡Tiemblen, pues, los tiranos de todos los pueblos! ¡Retémplense las almas oprimidas! ¡Salvense, incólumnes y ardientes, el amor de la patria y el sentimiento de la libertad!

¡Alas!¡Alas!

(De J Ruckert.)

¡Alas dad á mi pecho fatigado,
Quiero lanzarme en atrevido vuelo
Mas allá de esos montes, cuyas cimas
Osan tocar las bóvedas del cielo!
Quiero alegrar mi corazon doliente
En los fúlgidos rayos de la aurora;
Alas para cruzar el mar hirviente,
Para salvar la muerte destructora.
Alas, cual tuvo mi esperanza un dia;
Alas, cual tuvo mi ilusion soñada,
Como tuvo esa sombra de alegria
Qué apénas vislumbré, ví disipada!
Alas para escalar el firmamento
Y en él buscar mis esperanzas bellas,
Y embriagado en sublime sentimiento,
De mi perdido bien seguir las huellas.
Alas, como la errante golondrina
Que abandona su nido en el invierno,
Y ráuda cruza la extension marina
En pos de un clima de verdor eterno.
Alas, cual la pintada mariposa
Halla al nacer, y trémula suspira
Cuando rompe su cárcel, temerosa,
Y en el límpido azul se lanza y gira.
Alas dadme en la noche encantadora
Y en una estrella proseguir mi sueño;
Vana ilusion! al rayo de la aurora
Cual Icaro en las ondas me despeño!

Elucubracion diamantina—El simpático Maciel y Sostoa se despide del pueblo maragato con la efusion híbrida nacida de su corazon hiperbólico y llenando sus aspiraciones cáusticas, con las siguientes endechas en forma estética, en las que saluda lleno de supina á sus amigos y admiradores: Oid y aplaudid.

DESPEDIDA AL PUEBLO MARAGATO

La gran influencia que cunde en los pueblos de la rival montevideana por sus grandes progresos que sus hijos mas tarde han hecho anotar en las páginas doradas de su historia contemporanea, tomando por base el exquisito sexo bello de este pueblo de San José de Mayo, cuya influencia ha venido nada menos que ha fascinar con su aliento embalsamado de sus labios de rosa ó de rubí á un corazon como el mio, que respira el aliento de la patria cuyas ninfas figuran como amazonas del porvenir del suelo que nos vió nacer, cuyos rasgos vibrados en suspiros y sonrisas encantadoras, vienen á reanudar al efecto de todas mis pacciones al pueblo maragato, cuya estrella boreal con sus colores bellos, viene á hacer reflejar el esmelte de esos tipos de nácar en la espresion de mis pensamientos genuinos.

Al separame del seno del Pueblo de San José, imito al sol, que sus cenisas cuanto mas retiradas mas ardientes son sus simpatias.

He dicho.

Francisco Maicel y Sostoa.

Zorrilla y Espronceda

Lenta y perezosa carrera lleva mi correspondencia epistolar con Vd., mi querido poeta Velarde, interrumpida dos veces por versos que no pudieron menos de ser en su lugar publicados: atañendo ambas á asuntos tan perentorios y tan de actualidad como es el de las inundaciones y el de mi escaso beneficio. Concluyo, pues, con las noticias que de mí me propuse dar á usted: y Dios haga que la gente de hoy vea bajo su verdadero punto de vista, y tome en su sentido verdadero, lo que de mí me resta que decirle.

Una tarde me dijo Villalta: «esta noche iremos á casa de Espronceda, que ya desea ver á Vd.» Figúrese Vd. que un creyente hubiera enviado por escrito su confesion al Papa, y que S. S. le hubiera contestado: «venga Vd. esta noche por la absolucion ó la penitencia:» esta fué mi situacion desde las cuatro de la tarde, hora en que Villalta me anunció tal visita, hasta las nueve de la noche en que se verificó. Yo creia, ya idolatraba en Espronceda. Si aquel oráculo divino á quien yo iba á consultar desaprobaba mis versos, si aquel ídolo á cuyos piés iba yo á postrarme desdeñaba mi homenaje, no tenia mas remedio que irme á buscar á mi padre á la corte de Oñate, y suplicarle contrito que me volviera á la universidad de Vergara.

Villalta leyó sonriendo en mi fisonomía lo que pasaba en mi interior, y me condujo en silencio á la calle de San Miguel número 4. Espronceda estaba ya convaleciente, pero aun tenia que acostarse al anochecer. Introdújome Villalta en su alcoba, y diciendo sencillamente «aquí tiene Vd. á Zorrilla», me empujó paternalmente hácia el lecho en que estaba incorporado Espronceda. Yo, no encontrando una palabra que decir, senti brotar las lágrimas de mis ojos, los brazos de Espronceda en mi cuello, sus labios en mi frente, y su voz que decia á Villalta, «es un niño.»

Hubo un minuto de silencio del cual no he sabido nunca hacer un poema: Villalta se despidió y nos dejó solo; de la conversacion que siguió.... no me acuerdo ya: al cabo de media hora nos tuteábamos Espronceda y yo, como si hiciera veinte años que nos conocíéramos; pero la luz que habia en el gabinete no iluminaba la alcoba, en cuya penumbra no habia yo todavia visto á Espronceda: «no te veo,» le dije: «pues trae la luz,» me respondió: y trayendo yo la bujía, le contemplé por primera vez, como á la primera querida que me hubiera dado un beso á oscuras.

La cabeza de Espronceda rebosaba carácter y originalidad. Su cara, pálida por la enfermedad, estaba coronada por una cabellera negra, riza y sedosa, dividida por una raya casi en el medio de la cabeza y ahuecada por ambos lados sobre dos orejas pequeñas y finas, cuyos lóbulos inferiores, asomaban entre los rizos. Sus cejas negras, finas y rectas, daselaban sus ojos límpidos ó inquietos, resguardados como los del leon por riquísimas pestañas: el perfil de su nariz no era muy correcto, y su boca desdeñosa, cuyo labio inferior era algo abortonado, estaba medio oculto en un fino bigote y una perilla unida á la barba, que se rizaba por ambos lados de

la mandíbula inferior. Su frente era espaciosa y sin mas rayas que la que de arriba abajo marcaba el fruncimiento de las cejas; su mirada era franca, y su risa, pronta y frecuente, rompia jamas en descompuesta carcajada. Su cuello era vigoroso y sus manos finas, nerviosas y bien cuidadas.

A mí me pareció una encarnacion de Píndaro en Antinor: de tal modo me fascinó su belleza varonil, su conversacion animada y la alta inspiracion de su poesía. Espronceda sabia mas que la mayor parte de los que despues de él hemos alcanzado reputacion: discípulo de Lista como Ventura de la Vega y Escosura, era buen latino y erudito humanista; pero empapado en la poesía inglesa de Shakespeare, Milton y Pope, era la personificacion del clasicismo apóstata del Olimpo, y lanzado Luzbel-poeta, en el infierno insondable y nuevamente abierto del romanticismo.

Espronceda era leal, generoso y bueno; la política y los amigos le dieron un carácter y una reputacion ficticia que jamás le pertenecieron; y las medianías vulgares le han calumniado despues de su muerte, hasta atribuirle versos y libros infames que jamás pensó en producir.

A la tercera visita que le hice de dia, me cansé de la sociedad de sus amigos, no porque su conversacion me espantara, sino porque no la comprendia; vivia yo dado á mi trabajo, y no conocia á nadie de los ni de las de quienes allí se hablaba. Una noche entré en su alcoba despues de las doce: dolores articulares y escasez necesaria de nutricion teníanle á él desvelado y á mí con pocas ganas de recogerme pronto á la estrechez de mi pupilaje.

—Vengo á esta hora—le dije—porque es en la que no tienes amigos en tu casa:

—¿No te gustan mis amigos?

—No.

—Pues hablemos de otra cosa; mucho me alegro de que tengas libres estas horas, que son las mas insoportables, ¡tardo tanto en conciliar el sueño!....

Hacia poco que le habia abandonado Teresa.

De aquellas conversaciones á solas con Espronceda sí que podria yo hacer un libro: pero hay libros que no deben ser leidos hasta cuarenta años despues de escritos.

Espronceda y yo nos quisimos y nos estimamos siempre; pero nuestras diversas costumbres no entibiaron, mas hicieron menos frecuentes nuestras relaciones. Yo desertó el primero del cafetin del teatro del Príncipe, en donde nos juntábamos, y me pasé al de Sólito, con los Gil y Zárate, G. Gutierrez y otros á quienes comenzó á importunar el elemento militar y político que se incrustó allí en el literario; y con motivo de mi primer matrimonio, del cual Espronceda no se atrevió á hablarme mas que una vez, comprendió que el niño era ya hombre; y habiendo ya escrito *El Cristo de la Vega y Margarita la Ternera*, estimó al hombre como un hermano y al poeta como ingenio privilegiado que el era y que no tenia nada que envidiar al mozo atrevido que osaba trepar á tientas al Parnaso.

Encerréme yo en mi casa y seguí produciendo libros: García Gutierrez me dió la mano para presentarme en la escena, ó mas bien me sacó á ella en brazos, en un drama que escribimos juntos; y comencé la vida aislada y poco social que he llevado siempre. La gimnasia, que necesitaba mi sietemesina naturaleza, el tiro de pistola, que en tiempos tan revueltos no era inútil estudio, y los paseos á caballo por fuera de puertas, eran mis perennes entretenimientos; en medio de los cuales escribí once tomos de versos, de los cuales no he sabido jamás cuatro de memoria.

El Liceo concluyó entre tanto, saliendo sus socios mas notables para las embajadas, los ministerios y los destinos mas importantes de la nacion: Mesonero Romanos se fué á su casa, cargado de memorias, y yo á la mia de coronas de papel recogidas en una funcion de obsequio que me dió, y con un album en cuya primera hoja escribió S. M. la reina doña Isabel. Tal fué el fin y el fruto que yo saqué del Liceo.

Salustiano Olózaga, á quien habia hecho emigrar mi padre cuando era superintendente general de policía y que fué uno de mis mejores amigos, me ofreció la entrega de mis bienes paternos, que habian sido secuestrados; pero yo rehusé incautamente de ellos creyendo que «pues habia abandonado mi casa, habia renunciado á mis derechos de hijo.....» Olózaga vió que yo era un tonto: mi padre me lo dijo cuando volvió de su emigracion, y yo creo ahora que lo escribo.

Mi quijotesco modo de ver las cosas y mi caballeresco desprendimiento no fué apreciado por nadie: mi padre me dijo que habia hecho mal en no aprovechar mi favor en el partido liberal, sacrificio que yo creia muy agradable á su intransigencia realista, mi estrañamiento de la sociedad y mi vida oscura de diario trabajo, no me procuró mas amigos que el público; y como todos no son nadie, no tuve mas amigos que mi trabajo; y como corriendo los tiempos cambian las aficiones y las predilecciones sociales, yo gané mucha fama con dos ó tres afortunadas obras, y llegué á la vejez como la cigarra de la fábula. Pero en mis famosas obras se revela la insensatez del muchacho falto de mundo y de ciencia, exento de todo sentido práctico, y jamás apoyado en principio alguno fijo.

Yo debia mi fama á mis inspiraciones románticas de Toledo.

Aquella gótica catedral, cuyas esculturas se habian levantado de sus sepulcros para venir á cruzar por mis romances y mis quintillas; aquel órgano y aquellas campanas que en ellos habian sonado; aquellos rosetones, capiteles y doseletes; aquellos cláustros católicos, aquellas mezquitas moriscas, aquellas sinagogas judías, aquel rio y aquellos puentes y aquellos alcázares que habian dado á mis repiqueteados y desiguales versos la vistosa apariencia de sus festonadas labores de imagineria y de crestera, no me habian merecido mas que el desprecio de su antigüedad y la mofa de su perdida grandeza: y aquel pueblo, á cuyas costumbres, á cuyas tradiciones y á cuyas consejas debia yo todo el valor de mi poesía lírica y legendaria, no me mereció mas que el epíteto de *imbécil*, en aquella estrofa, padron de mi infamia.

Hoy solo tiene el gigantesco nombre,
parodia con que cubre su vergüenza:
parodia vil en que adivina el hombre
lo que Toledo la opulenta fué.
Tiene un templo sumido en una hondura,
dos puentes, y entre ruinas y blasones
un alcázar sentado en una altura
y *un pueblo imbécil* que vegeta al pié.

¿Concibe Vd. poeta mas nécio y mas ingrato, mi querido Velarde? ¿Por qué llamé yo *imbécil* al pueblo de Toledo? ¿Porque era religioso y legendario, y pretendia yo echármelas de incrédulo y de volteriano? Pues entonces, ¿por qué seguia buscando fama y favor con mi poema de *María* y con el carácter religioso y creyente de todas mis obras? Porque el imbécil era yo: y gracias á Dios que me ha dado tiempo, juicio y valor civil para reconocer y confesar públicamente en mi vejez mi juvenil imbecilidad.

En cuanto á mi ingratitud... por mas que me

avergüence y me humille tal confesión, no quiero morir sin hacerla. La muerte de Larra fué el origen de mis versos leídos en el cementerio. Su cadáver llevó allí aquel público dispuesto á ver en mí un génio salido del otro mundo á este por el hoyo de su sepultura; sin las extrañas circunstancias de su muerte y de su entierro, hubiera yo quedado probablemente en la oscuridad, y tal vez muerto en la mas abyecta miseria, y apenas me vi famoso, me descolgué diciendo un dia:

Nací como una planta corrompida
al borde de la tumba de un malvado, etc.

Hé aquí un insensato que insulta á un muerto, á quien debe la vida; que intenta deshonrar la memoria del muerto á quien debe el vivir honrado y aplaudido. ¿Concibe Vd., señor Velarde, un ente mas ingrato ni mas imbécil? Pues ese era yo en 1840; mezcla de incredulidad y supersticion, ejemplar inconcebible de progresista retrógrado, que ignoraba por lo visto, hasta la acepcion de las palabras que escribia.

Han trascurrido treinta y nueve años: nadie ha venido jamas á pedirme cuenta de mis palabras, y aprovecho la primera, aunque tardía, ocasion que á la pluma se me viene, para dar á quien corresponda una satisfaccion espontánea y jamás por nadie exijida.

Y en estas últimas líneas, con las que con Vd. corto mi correspondencia, fundo yo mas vanidad, mi querido Velarde, y espero que halle Vd. mas motivo de estimacion que en los cuarenta tomos de versos que lleva escritos el autor de *Don Juan Tenorio*.

José Zorrilla.

Bellezas literarias—Nos mueve á reproducir el siguiente discurso fúnebre pronunciado en Córdoba por el Sr. Sarmiento, la oportuna sencillez de sus formas que embellecen un tema ingrato, sin incurrir en los estremos de la vulgaridad empalagosa ni de la altisonancia ridícula:

« Tócame, señores, á nombre de una familia desolada, dar las gracias á la escojida porcion de amigos que acompañan á los deudos de Rosario Velez, venida de Buenos Aires para hallar una tumba en lugar de la salud que buscaba.

No se esplicaria á los ojos de los indiferentes, por qué se reunen en rededor de esta tumba que va á encerrar los restos de una jóven, hombres de edad provecta, sabios, majistrados y ancianos doblegados por los años.

El secreto está en que todos ellos sienten renovar la memoria del ilustre gefe de la familia, como si el alma del Dr. D. Dalmacio Velez Sarsfield descendiera á recojer en su seno el alma de su hija para llevarla á la mansion de la paz.

Y esta tierra, con que van á confundirse luego los restos de la viajera, no solo le será ligera por hospitalaria, sino que le será simpática porque la compone el polvo de sus antecesores y el de sus parientes contemporáneos. Este es el sepulcro de familia de los descendientes de los Velez, y de los Sarsfields, volviendo al seno de la familia uno de sus vástagos á reunirse á los suyos, y la hija á ocupar el lugar que dejó vació el ilustre padre.

Por aquellas cúpulas de los templos que descuellan á lo léjos, han subido al cielo las plegarias de cuatro generaciones de esta familia. Sus prohombres dejaron oir sus consejos un aquel Cabildo; sus jóvenes sostuvieron una tésis en aquella vieja Universidad, de donde el Dr. Velez sacó la chispa luminosa que convirtió en llama su poderoso aliento.

Queda, pues, bien la viajera, en el columbario de la familia paterna, para confundir sus cenizas con las de su estirpe.

La biografía de una jóven como Rosarito está comprendida entre los límites que trazaba Job al que de la cuna pasa al sepulcro. Ningun incidente tuvo la quieta sucesion de los dias, como he visto en Jesús María deslizarse en silencio aguas escapadas de cercana fuente para perderse sin ruido en las arenas sedientas de la llanura. Las tempestades que turban la existencia, los dolores que causan sus espinas, las pasiones que la agitan, no la alcanzaron. Diríase que desde la playa contemplaba el magnífico, terrible é indiferente espectáculo de otras existencias.

Conservó hasta sus últimos dias el reir inestinguible del niño, y la blandura de su carácter se traducia por la suavidad de la voz que espresaba sus sentimientos, como el céfiro dá lenguaje á las flores y á las yerbas de los campos.

Tuvo la educacion de nuestras jóvenes, con el auxilio de las lenguas vivas y del arte, porque el sentimiento de la música le era innato. A estas dotes de agrado ó de inteligencia habia agregado los talentos de la matrona, guiada en la práctica por una biblioteca de maestros clásicos en el arte de la cocinera de que se hacia un título y un deber.

No teniendo penas suyas gustaba de aliviar las agenas, y cesarán con su muerte pensiones que tenia asignadas á los pobres.

La muerte la encontró preparada, recibiendo con serenidad apacible sus amagos.

Cuando vió que la pobre barquilla de su vida sin timon, se acercaba al borde del piélago sin fondo á donde van á hundirse todas las existencias, vió sus tinieblas sin inmutarse; « se me hielan los piés », dijo: «me sube á las rodillas». «Esta es ya la muerte», «pásenme el rosario,» y poniendo una breve pausa, con la voz soñolienta del niño que se siente adormecerse, añadió: «adios Petiza!»—sobrenombre de afecto que desde su infancia dió á la nodriza, la hermana, la amiga y la enfermera que tuvo siempre y tenia entonces á su lado.

Podemos decirle lo mismo ahora. Que descanse en paz! La lápida que cubre la fosa es el telon que cae en el drama de la vida que concluye. »

Prensa Argentina

Programa Latorre

Tanto hizo el diablo con su hijo, y tantos son los diablos que han prohijado al general Roca, por candidato, que van á concluir por enterrar su nombre. No hay peor lepra para un hombre público que los amigos entusiastas, y desgraciadamente, por las flaquezas de la vanidad humana, son los escuchados, mientras que el consejo sério de la estimacion y simpatía sinceras y desinteresadas suena como toque de ánimas.

Bello porvenir tenia delante de sus pasos el general Roca, cuya figura militar se destacaba en la actualidad de la República con simpáticos relieves ofreciéndose las más favorables proporciones de revestirla con los más relevantes caractéres de responsabilidad política. La idolatría de esos amigos, que sobran fatalmente á los hombres que pueden servir de centro á aspiraciones, tanto han querido levantarla, que haciéndole un pedestal colosal empequeñecen la figura que en él asientan.

Para exhibirlo de hombre de Estado, han creido necesario hacerle pronunciar discursos, como Gladstone, con grandes bosquejos de política y de gobierno, y le prepararon ovacio-

nes y banquetes que calentasen el horno de la oratoria.

El general Roca se ha visto forzado á complacer á sus implacables amigos, pero como la política y el gobierno no se aprenden sino en la esperiencia de los hombres y de las cosas, el orador no ha podido espaciarse sino sobre las ideas comunes, que flotan en la atmósfera, imbuidas muchas de preocupaciones vulgares y de groseros errores.

Llevado por esas ideas, sin apercibirse que se hacia éco de las envidias y malquerencias de la mediocridad contra los hombres superiores, ha declamado contra los gobiernos *teatrales y políticos*, protestando que él haria un gobierno de labor y de trabajo, consagrado á las riquezas materiales.

Este es el gran programa del coronel Latorre en Montevideo. Nada de política, nada de ostentacion de libertades y derechos, nada de lujos de parlamentarismo, y de retórica de periódicos y reuniones—los intereses materiales—paz para los estancieros—tranquilidad para los comerciantes—que las vacas y las ovejas se multipliquen en sosiego—que las cuentas mercantiles se sumen en silencio, sin que las hagan equivocarse en el cálculo los ruidos de la calle.

El prototipo del gobierno imaginado por el general Roca en su discurso reside en cuerpo y alma en la otra orilla del Plata. Gobierno de labor y de trabajo, ocupado de las riquezas materiales, sofocada toda tendencia que no se encamine al simple bienestar de comer y dormir, del pan y toros, suprimiendo todo escenario político, para que nada quede de teatral, á no ser alguna que otra trajedia representada á puerta cerrada en los cuarteles, el de Latorre, es el modelo, el ideal, que resulta del discurso del general Roca, tan aplaudido y elojiado por sus crueles amigos.

Puede estar seguro el general Roca que al criticar y estigmatizar esas ideas, de que se ha hecho éco, no nos mueve ninguna prevencion contra su personalidad, que nunca hemos tratado de amenguar, ni la menor intencion de hacerlo desmerecer como orador ú hombre público, sino la necesidad imperiosa de no consentir que pasen aqui en autoridad de cosa juzgada, erróneos conceptos del gobierno, falsas apreciaciones de las conveniencias sociales, difundidas por los egoismos de las medianías y de las vulgaridades, de cuyos deplorables y dolorosos resultados dá tan cercano y actual testimonio la infortunada patria de los orientales. J. C. Gomez (*El Nacional.*)

1880

Cosas de la vida

El espectáculo mas curioso que puede presentarse á la vista del observador profundo, es sin disputa el que ofrece la puerta de una lotería el dia despues de una estraccion. Vénse allí alrededor del cuadro que contiene los números premiados, estrañas y animadas fisonomías, cada una de las cuales revela un sentimiento distinto. El padre de familia que cifra en los azares de su suerte el sustento de sus hijos; el estudiante derrochador que pide á la lotería el dinero de la matrícula, gastado en francachelas y orgias; la vieja avara; la criada en vísperas de casarse; el jugador arruinado; los necesitados y los viciosos, todos se reunen, se estrujan y codean ante la «lista de los números premiados» dispensadora entonces de contentos y amarguras, de esperanzas y desengaños.

Y cuando alguno de los que la contemplan con ojos estraviados exhala una esclamacion de alegria, porque ve su billete favorecido, ¡qué de miradas envidiosas no le lanzan los que le rodean! ¡Qué de esclamaciones no contestan á la suya!—¡Feliz Vd., dice un viejo temblon de rostro enjuto y de nariz picuda; cuarenta años hace que yo estoy jugando á la lotería y aun no me han tocado miserables cinco duros! —¿Y cuánto, pregunta otro, es lo que le ha caido á Vd.?—Cien mil reales, responde el agraciado en cuya cara resplandece la alegría.—¡Vamos, vamos, murmura una mujer que por las trazas parece patrona de huéspedes; no es poco; y despues añade suspirando: ¡Eso me deben á mí! Y el aguador y la criada, y el caballero encopetado y todos cuantos allí están toman parte en el diálogo y se juzgan con derecho para interpelar al jugador afortunado, y miran y remiran el número premiado, y cuando el ganancioso se va rebosándole el gozo en el cuerpo, le siguen con la vista, suspiran y luego forman corro donde por espacio de un cuarto de hora, ó hasta que otra peripecia parecida interrumpe la conversacion, está hablándose del suceso, alegrándose todos, al parecer, de la felicidad agena.

Yo presenció una de estas escenas, yendo con un amigo mio, á quien en situacion bastante crítica por cierto, vino la suerte á ver. Llamábase mi compañero Luis Aldana, y pertenecia á esa clase de gentes á quienes el amor de las letras trae á Madrid desde un rincon de provincia, para gastar en una lucha estéril casi siempre su corazon y su inteligencia. Contra todos los deseos de su familia, Aldana habia dispuesto su viaje á la corte, donde por espacio de cuatro años vivió como Dios le dió á entender; que fué bastante mal. Gentes que valian menos que él le esploraron á su gusto, y habiendo contribuido a formar la fortuna de otros, se halló al cabo de algunos años tan pobre y desamparado como el primer dia; mas, porque habia perdido su riquísimo caudal de ilusiones y esperanzas. El hombre de talento, por elevada que sea su posicion, se encuentra constantemente rodeado de necios y mentecatos que comercian y se engrandecen á costa suya, y que así como D. Cleofás Perez Zambullo le tira de la capa al diablo para cruzar el espacio, se agarran del genio y suben con él. Aldana conoció por esperiencia esta verdad, que no fué la que menos contribuyó á amargar su vida y hacerle mirar con tedio la gloria que en otro tiempo habia ambicionado.

¡Figuraos cuánto seria la satisfaccion de mi amigo, que se hallaba completamente desprovisto de recursos, al ver premiado con diez mil duros el billete de la lotería moderna de que era legítimo poseedor. A pesar suyo dió un par de cabriolas en el aire, perdió el color, y se puso malo; lo que prueba que el corazon humano recibe con menos peligro un dolor que una gran alegría.

Lentamente fué serenándose y se puso á formar planes para lo porvenir. Aldana vivia en casa de una jóven con quien habia pensado casarse en mejorando de fortuna y que era prodigiosamente hermosa. Isidora, que así se llamaba, tenia entonces diez y siete años; su talle esbelto y flexible parecia doblegarse como el tallo de una rosa al débil impulso del aura; sus ojos negros, llenos de pasion y ternura encantaban y conmovian el mismo tiempo, y cuando desataba para peinarse sus lucientes cabellos, y cuando sus lábios que solo estaban formados para suspirar palabras de amor sonreian melancólicamente, hubierase creido estar delante de una vaga ilusion próxima á desaparecer, de un de-

sido realizado, de un sueño.....

Tierna y delicada, como una flor de otoño supo apoderarse sin esfuerzo alguno del corazon de Aldana, tan espuesto por la misma soledad en que vivia á contraer poderosos afectos. Mi amigo era para ella mas que un amante un padre cariñoso; jamás la habia entristecido con la confianza de sus penas, ni hecho participar de sus desengaños ni amarguras. Ya no carecerá de nada, iba diciéndose por el camino ¡ya soy rico y ella será feliz!

Aldana habia notado de algunos meses á aquella parte que Isidora parecia profundamente preocupada; pero lo achacaba á la creciente escasez y pobreza en que vivian: así es que esperaba sorprenderla agradablemente con la noticia de su inesperada fortuna.

Llegamos, pues, entretenidos en esta conversacion á la puerta de su casa, donde me despedí de él, sabiendo que hay esplicaciones íntimas en las familias que no deben oir personas estrañas. Subió Luis la estrecha y empinada escalera de su casa con febril impaciencia; llamó fuertemente á la puerta y no le respondieron; volvió á llamar, y una voz trémula, pero armoniosa, contestó desde adentro:—¡Ya voy! Pocos momentos despues Aldana trastornado por la alegría se precipitaba llorando en los brazos de Isidora.

La jóven le miró con estrañeza.

—¿No sabes? dijo Luis con apresurado acento. ¡Nos ha tocado la lotería! Y enseñaba el billete premiado.

—¿De veras? preguntó Isidora hondamente conmovida.

—¡Tampoco vamos á divertirnos! añadió Aldana sin hacer caso de las esclamaciones de su amada. ¡Viajaremos! Iremos á París, á Lóndres, al Rhin, á todas partes. ¡Voto al diablo! Ya estaba cansado de ser pobre.

Y á todo esto se paseaba atropelladamente por la habitacion, tropezando con sillas, cómodas y todo cuanto encontraba á su paso.

—Pero ¿cuánto te ha tocado? volvió á preguntar Isidora.

—¡Diez mil duros! respondió Luis sin detenerse. ¡Con diez mil duros se conquista la Europa!

En un rapto de alegría Isidora estrechó las manos de Luis entre las suyas; pero de pronto lanzó un grito agudo y se separó de él tendiendo sus asombradas miradas por la habitacion.

—¿Qué es esto? preguntó Aldana sobresaltado.

—¡Nada! contestó ruborizándose la jóven. Creí haber sentido ruido.....

Difícil seria esplicar el violento cambio, que segun despues me indicó mi amigo, se verificó instantáneamente en Isidora; púsose en estremo triste y una frialdad de hielo reemplazó á su entusiasmo, inclinó como abrumada por un recuerdo importuno, la cabeza sobre el pecho, y calló....

Sorprendido Luis volvió á preguntarla, pero no obtuvo respuesta.

—¿Qué sucede aquí? esclamó Aldana. ¿Así te alegras de nuestra felicidad? Maldito si entiendo una palabra....

Isidora que oia como distraida estas palabras se agitó repentinamente y esclamó entre ahogados gemidos, tapándose el rostro con las manos.

—¡Es que padezco mucho!

—Pero ¿por qué? preguntó Luis con acento alterado.

—Porque me es imposible participar de tu fortuna.

—¡Imposible! añadió Luis. ¿Qué estás diciendo? Tú que has permanecido á mi lado en las horas de amargura ¿no puedes continuar siendo mi compañera en las horas de prosperidad?

—¡No!

—Pues digo que no lo entiendo.

—Cuando eras pobre, repuso Isidora con tono conmovido pero resuelto, podia vivir á tu lado, hoy no. La desgracia nos unia y la riqueza nos separa.

—Es que nos casaremos.

—No quiero comprometer tu porvenir.

—¡Ay Isidora! esclamó Luis con voz enronquecida por la emocion. ¡Tú no me has amado nunca!

—Porque te amo no quiero que me desprecies mañana.

—¡Despreciarte yo cuando te adoro mas que á mi vida!

—Sí, porque al cabo tu posicion y fortuna son diferentes de las mias.

—¿Con que no quieres acompañarme?

—No puedo.

—Pues bien: romperé el billete.

—No harás tal, repuso Isidora deteniéndole. El recuerdo de tu sacrificio causaria mi desgracia.

—¿Con que no hay remedio?

—¡No le hay! Esclamó Isidora con voz firme.

Este momento fué solemne.

Viendo Luis la imposibilidad de convencer á su amada salió precipitadamente del cuarto; queria llorar y las lágrimas se resistian á salir de sus ojos; el vértigo se habia apoderado de su cabeza y la rabia de su corazon.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! decia rechinando los dientes de ira y bajando de cuatro en cuatro escalones la oscura escalera. ¡Y hubiéramos podido ser tan dichosos!

No bien habian dejado de percibirse sus pasos, cuando Isidora, que hasta entonces habia permanecido pensativa y trémula, se abalanzó hácia una estrecha despensa, situada en un rincon de la boardilla. Fuera de sí abrió la puerta de golpe y se colgó conmovida del cuello de un robusto jóven que la recibió en sus brazos con la mayor indiferencia.

—Mira, mira el sacrificio que acabo de hacer por ti, le dijo sollozando.

—¡Quita allá! la respondió el desconocido ásperamente rechazándola. ¿Piensas acaso que debo darte las gracias, porque has cumplido con tu deber?

Este incidente lo supo Luis algunos años despues de haberse separado de su novia.

Yo me hallaba fuera de Madrid cuando Aldana me enteró de todo cuanto con Isidora le habia sucedido ¡con aquella mujer á quien á pesar de su culpable ingratitud, seguia amando aun en el fondo de su alma!

Para consolar sus dolores le contesté con la siguiente carta: «Querido Aldana. Te tocó la lotería y perdiste una novia. Estos son los contrastes de la vida. Cuando despues de tu rompimiento me hacias elogios de la delicadeza de Isidora que no habia querido seguirte porque eras rico, te dije: «apela al tiempo, gran descubridor de secretos.» El tiempo me ha dado la razon.

Dícesme que no te esplicas la conducta de tu amada, á quien con tanto cariño trataste y á quien ningun disgusto diste. ¡Pobre Luis! Fuiste demasiado tierno para Isidora, y ella llegó á cansarse de tanta ternura, te dejaste dominar por ella, y la jóven necesitaba ya ser dominada; queriéndola hacer estremadamente feliz solo conseguiste hastiarla!

La calma de la vida es como la calma de la mar: desespera y sofoca. Isidora se cansó bien pronto de ella, y buscó la agitacion, el bullicio, el ruido de que se veia privada; buscó un nuevo adorador y fijó sus miradas en un hombre que por el retrato que me has hecho es el reverso de tu medalla: todo lo contrario de lo que tú eres.

¡Y mientras que tú no estabas en casa, la jóven se consolaba con tu favorecido rival!

Sin considerar que las variadas alternativas de la

vida forman la suerte humana, habíaste propuesto ciegamente no fatigar ni un solo momento la fatigosa tranquilidad de tu amada. La cubriré con amor como un escudo impenetrable, dijiste, y la haré inaccesible al dolor, al abatimiento y á la desgracia. La suerte se cebó en ti, sin que turbase su sosiego, y por no amargar su existencia, desgarraste tu corazon en silencio y lloraste amargamente en la soledad....

¡Pobre Luis! ¿No sabes que el escudo impenetrable al dolor no resiste al fastidio?

Isidora fatigada por lo visto de un cariño tan monótono como el tuyo, buscó y encontró otra cosa muy distinta: tú la respetabas y segun me dices, su nuevo amor solia pegarla de vez en cuando; tú la adorabas de rodillas y tu rival la mandaba despóticamente; tú la mantenias y el otro era mantenido por ella....

Entre el amante que ruega y el que atormenta, la eleccion no podia ser dudosa: Isidora prefirió al segundo.

La ofreciste tu mano y la rechazó para vivir hoy, segun me dices, á merced de su triste destino. ¡Ay! ¡el cuadro de la contradiccion humana es casi siempre ridículo y siempre incomprensible!

Despues de haber preferido al amante desdeñoso y cruel debia despreciar el porvenir y la familia para entrar por una senda de abrojos cuyo término mas ó menos lejano es siempre el lecho nauseabundo de un hospital.....

¡Ay Luis! ¿Por qué? en vez gritar á cada paso la sociedad es mala, no decimos nuestro corazon es ciego?

En fin, amigo mio, consuélate de una pérdida que bien mirado es ganancia, y si todavía conservas restos de los diez mil duros, vive bien y aprovéchate de la vida; llora lo menos que puedas; rie lo mas, que será con todo bien poco, y acuérdate siempre de tu amigo.

Gaspar Nuñez de Arce

PALABRAS PRONUNCIADAS POR D. F. SARMIENTO AL DEPOSITAR LOS RESTOS DE DON PANTALEON GOMEZ.

Habriase dicho ayer, señores, que se sentia en las calles de Buenos Aires, el sordo rumor de una palabra fatídica que viene avanzando, de boca en boca ¡visible! porque la comenta un gesto de sorpresa, ó un jemido que se escapa de un pecho, y se le vé saltar á otro, reproducirse, é ir corriendo en todas direcciones!..... ¡MUERTO!..... Pantaleon Gomez, el simpático, el fervoroso, el leal, el verídico, el arrogante jóven.... muerto!

Lo ha muerto ese exceso de vida que rebulle en la juventud y brota por los poros, en palabras, en pasiones, en ideas, en sentimientos, en patriotismo prodigado sin mesura. Era Gomez el comienzo de una obra que contenia mucho de noble, de bueno y de generoso; y aunque en pruebas de segunda, sus pájinas, corregidas luego, habrian ilustrado á su país y enorgullecido á sus amigos.

Así, jóven, fué guerrero donde la gloria de su país lo llamó, secretario de un general en mision, porque ya era hombre de consejo; Gobernador del Chaco, que ha debido echarlo ménos, tan nacidos para entenderse y completarse, eran aquella tierra vírgen, húmeda y abrasada y aquel espíritu ardiente en proyectos de creaciones y desarrollo.

Una mision oficiosa intervencion electoral en Corrientes, fué su piedra de escándalo, el raigon en que fué á ensartarse la proa de su nave. Y bien! yo digo, y puse en ello mi buen nombre!—Pantaleon Gomez tuvo razon! Lo que él afirmó como cierto, era cierto. Debia ser cierto, porque Gomez lo decia.

¡Vosotros, oh jóvenes, que lo conocisis! ¿no es esa la verdad?—Era él la veracidad misma.

¡Imitadlo, jóvenes!—Escasea la verdad en nuestro mercado político.

¡Ay! hemos perdido un buen amigo, y el país un atleta jóven que ensayaba sus fuerzas.

Para vosotros, la juventud es un bálsamo que cicatriza luego las heridas del corazon. Hay otra época de la vida en que ya no cierran fácilmente: tras del último dolor, están muchos dolores ya sentidos y que se reabren.

Y sino mirad á lo largo de esta calle. Detrás de aquel grupo sombrío de árboles, encontrareis allí una columna tronchada de mármol, que sostiene una corona de bronce. Bajo esa ruina simbólica de la juventud malograda, yace el capitan D. F. Sarmiento, muerto á los 21 años en defensa de la Patria, no lejos del entónces capitan Pantaleon Gomez, que hoy viene tambien á derrumbarse á poca distancia del sepulcro de su amigo, como edificio trunco y mal acabado.

El recuerdo de sus campañas, como camaradas de vivac, el retrato del guapo capitancito, que acabais de ver suspendido en su casa delante de su féretro, y que me enseñó Gomez ántes a la cabecera de su cama y me ofreció como prenda de cariño comun; eran cartas de introduccion al corazon del padre sin hijo. He aquí mi primer vínculo de amistad con Gomez, vínculo que estrechó su lealtad y honradez política, y conservó hasta su muerte.

Esta sepultura cavada casi en el umbral de la vida, este amigo jóven que debió dejarme a mí aquí, y seguir su camino, os dirije un consejo:—No derrocheis la vida; no arrojeis al aire á puñados, los sentimientos de honor, el patriotismo, la inteligencia. Tan nobles dotes, os eran dadas, no para florecer al primer rayo del sol, y morir en seguida, sino para dar frutos sazonados.

Los restos de Pantaleon Gomez quedan ahí; en nuestros corazones la memoria de su hidalguía y bellas prendas; pero en la sueperficie de la tierra, en esta patria que todos debemos enriquecer, Pantaleon Gomez no deja obra acabada, á causa de darse prisa, sin motivo suficiente, á mostrar que sabia morir, aun fuera del campo de batalla, como bueno.

Al dejarlo para siempre, el dolor me sujiere la misma palabra, que nada dice y la viene repitiendo de generacion en generacion todo el que se despide de aquellos que nos han dejado ya—¡QUE DESCANSE EN PAZ! 1880

Los hombres necesarios

«Es una falsa y peligrosa teoría, escribia Laboulaye, cuya doctrina republicana se ha cristalizado, por decir así, en el estudio de las instituciones norte-americanas; es una teoría falsa y peligrosa la que nos enseña que no tenemos necesidad de hombres superiores, que cada época produce los hombres que necesita, como un rosal produce botones y flores por una

vejetacion natural. Segun esa teoria, el hombre de jénio es el que toma mas á las ideas corrientes, y poco ha faltado para que no hayan declarado felices ladrones á Voltaire y á Racine que apoderados de todo el espíritu de su tiempo, no le han dejado mas que las sobras. Por lo que á mí hace, llego á una conclusion diferente, y soy enteramente de la opinion de Carlile, en su libro sobre los *Héroes*: creo que el mundo marcha por algunos hombres, creo que nunca se tendria bastante respeto y gratitud por aquellos que en política, en relijion, en literatura, se ponen á la cabeza y arrastran á la multitud como un ejército, creo que si no estuviese allí el jeneral, el ejército permaneceria todavia bajo sus tiendas. Toda vez que hay un progreso, buscad, y encontrareis en su orijen un hombre que ha combatido y ha sufrido. Estudiando la vida de los pueblos, siempre llegareis á uno, dos, tres, cuatro individuos, que han tenido el coraje de querer cuando los otros no querian, y han despertado al país cuando el país queria dormir.»

No hay hombres necesarios, de acuerdo. En las aldeas, que no tienen un facultativo, se muere lo mismo sin médico, pero cuántos dolores hubieran ahorrado la ciencia y la esperiencia. Los Estados Unidos hubieran sido siempre una nacion libre y grande sin Washington, pero cuántos trastornos y conflagraciones le ha ahorrado la fortuna de haber tenido un Washington para jeneral de sus fuerzas y primer Presidente de la República.

Por mas que la mediocridad proteste, la humanidad como la tierra tiene eminencias, y algunas tan altas, como Jesús, cuya cumbre se pierde en el cielo, por no alcanzar á su elevacion la limitada vista del hombre. Homero, Dante, Shakspeare, Alejandro, César, Napoleon, no se verian á la distancia de los siglos, si no estuviesen muy arriba del nivel comun.

El gobierno de las sociedades es una ciencia esperimental, y no pueden formarse maestros en ella, como en cualquier otra ciencia, sino por el estudio, la observacion y el esperimento, que requieren aptitudes y tiempo.

Por eso, son raros en todos los pueblos los hombres de gobierno, y contados los candidatos.

La Alemania con el inmenso desarrollo que han tomado en ella los conocimientos, no tiene mas que un hombre de Estado, Bismark, á quien no se descubre todavia el sucesor ó el reemplazante. La Inglaterra no sale de Disraeli y Gladstone, y la Francia apenas tiene en la actualidad republicana á Gambetta.

Los grandes telescópios con que se descubren los espacios del infinito son contados, y no se alcanzaria jamás á contemplar los anillos de Saturno con simples vidrios de aumento.

Estas son verdades de sentido comun, pero hay necesidad de hacer pasar monedas sin circulacion electoral, y se inventan teorias contra el saber y la esperiencia, desterrándolos coronados de flores, como á los poetas de la República de Platon.

En las aberraciones de la demagojia, se llegó á sostener que la ignorancia debia estar representada en los parlamentos, y constituir un elemento indispensable del gobierno.

Entre nosotros, en odio á los hombres superiores, se vá mas lejos, y se hace de la inesperiencia un título para rejir á las sociedades.

Afuera los viejos sábios y esperimentados, se grita. Vengan los jóvenes: audaces, por que «en las travesias democráticas no es la *esperiencia* sino el coraje que salva.»

Pero, si vais escluyendo los mas viejos, los de treinta escluiran á los de cuarenta, los de veinte á los de treinta, y reclamarán el derecho de gobernarnos, los *recien nacidos*.

1880 F. C. Gomez

BLANCA

(Inédita.)

Devant mes yeux c'est le ciel que je vois
(Ruy Blas, Acte III, Scène IV.)

Es rubia como el ámbar; semejante
A una vírgen de Rubens, casta y pura,
El óvalo gentil de su semblante
Tiene el sello de una íntima ternura.

Sabe amar como Ofelia y Margarita
Esas hijas del Norte suspiradas
Por Shakespeare y por Gœthe. Cómo palpita
La inocencia en sus lánguidas miradas!

No es un lienzo del Sanzio que profana
Los frescos de los templos que ilumina
Bosquejando á la vírgen cortesana
Con el griego perfil de Fornarina.

Es una tela de Rembrandt: cristiano
Beato y lleno de la uncion divina
Su rostro nada tiene de mundano
En sus ojos el cielo se adivina.

Parece hecha de brumas. Los anhelos
De su alma los reflejan sus pupilas,
Claras como el espejo de los cielos,
Y azules como el broche de las lilas.

.....

Tiemblo de amarla, pero al verla siento
No sé qué misteriosa vaguedad,
Impregnada de un dulce sentimiento
Que flota entre el amor y la amistad.

L. V. Lopez.

EVOCACION

Pálidas sombras que vagais dolientes
Sobre la tierra de la patria amada,
Chispas fugaces que brillais lucientes,
En medio de la noche desolada,
Fúnebres ruidos,
Voz de los muertos,
Murmurad del protervo en los oidos
Lúgubres cantos, tétricos é inciertos.
Dejad las ramas del ombú sagrado
A cuyo pié los mártires cayeron,
Dejad del templo el átrio ensangrentado
Y el arco que las balas conmovieron
Id de la noche
Bajo el sigilo
Y turbad con fatídico reproche
La conciencia del réprobo intranquilo.

—

En medio de la noche funeraria
Agitad las cortinas de su lecho,
Que descubra con ojo visionario
Fantasma airado que le oprime el pecho.
Y en las angustias
De la agonia,
Vele las horas de su noche mústias
Hasta que venga el sol del nuevo dia!

J. Escoté.

José Sierra Carranza

UNA TRADUCCION DE MUSSET

Traducir á Musset, es penetrar con la confianza que dá la fraternidad, en el santuario de aquel espíritu delicado y triste como el dolor de un angel.

Y como pocos son los hombres que tienen la misma filiacion divina que el poeta, pocos son tambien los que vierten con nobleza y verdad á estraño idioma esos cantos soberbios cuyas estrofas parecen tejidas con luz.

En toda la obra poética de Musset, pocas son las páginas en que el escepticismo no haya impreso su sello; al lado de la sombría figura de Rolla, se tiende voluptuosamente la dulce y juguetona quietud de Hassan ó la oscura silueta del cazador de los Alpes.

Si su imaginacion lo arrastra á España, no es por cierto para estasiarse en la belleza ideal del cielo andaluz; su alma agiganta las pasiones de aquel pueblo silencioso: Don Paez es para él el español. Solo en Italia ríe el poeta, pero su carcajada es estridente; empieza sonora y acaba en un jemido. La Camargo es una esfinge y Garusi detiene su agonía para pensar en su bufon.

Pero de pronto el tumulto de ideas heladas que el contacto del mundo hace brotar en el cerebro, se desvanece como las sombras al venir la claridad de la mañana. Entonces la inteligencia se rinde aletargada y se levanta purísimo el éco de un sentimiento inefable.

Así viene á la vida la elegía á Lucía, así nace el «Souvenir», así se cristalizan, diáfanos y transparentes, las estrofas á la Malibran y algunos cantos del «Sauce».

Y bien! Esa elegia admirable, esa música vaporosa, revestida de la melancólica tristeza de las tardes, acaba de ser traducida de una manera inimitable.

La naturaleza me ha negado el supremo consuelo del verso y mi espíritu tiene profundo respeto por los que manejan noblemente ese idioma excelso.

Ignoro las reglas; pero si el criterio que se forma oyendo el callado tumulto del alma es legítimo, debo saludar con veneracion la inteligencia esquisita que ha honrado al poeta, abriendo á su espíritu inspirado el corazon de muchos millones de hombres. (1)

No amo las traducciones y las he mirado siempre con recelo. Mi culto por Musset me aleja de las ejecuciones comunes de que sus versos son víctimas.

Pero la traduccion de «Lucía» es una joya que hace honor á nuestras letras. Hay en ella la intensidad de un sentimiento soberano; las dificultades del texto han sido vencidas maravillosamente, respetando la índole de nuestro idioma y la fidelidad al original.

No conozco al autor de ese trabajo admirable, pero sé que esta tierra bendecida cuenta con un poeta mas!

Esto es, mas luz en el firmamento, mas claridad en el espacio, mas elevacion en el arte!

Reciba quien así comprende á Musset las felicitaciones de un hombre que adora al poeta, y que no puede dar al que le abre las puertas de nuestro admirable idioma, sinó toda su simpatía, toda su gratitud.

MIGUEL CANÉ.

(1) El Doctor Cané ignoraba que el autor de esta traduccion de la *Lucía* de Alfredo Musset, es una mujer argentina!

LUCIA

(ELEGIA)

Traduccion libre de ALFREDO DE MUSSET

Mes chers amis, quand je mourrai,
Plantez un saule au cimetière,
J'aime son feuillage éploré,
Sa pâleur m'en est douce et chère,
Et son ombre sera légère
A la terre où je dormirai.

En una noche plácida y süave
Cuando con ella y á su lado estaba
Su cabeza divina
Inclinó dulcemente
En éstasis doliente:
Sobre el marfil del armonioso clave
Distraida vagaba
Su mano alabastrina,
Era un murmurio apenas:
Melodías estrañas,
Inefables, cual dulces cantilenas
Del céfiro que gime entre las cañas,
Y que pasa medroso y aflijido
De despertar las aves en el nido.
La brisa vagarosa
De las noches de azul melancolía,
Lánguida, voluptuosa,
Del seno de las flores se elevaba,
Tibia nos envolvia
Y las ondas del aire embalsamaba.
Los castaños del parque y las encinas
Columpiaban al soplo del ambiente
Sus ramas, que lloraban tristemente
Del rocío las perlas diamantinas.
El alma enamorada
Escuchaba el silencio de la noche;
La brisa perfumada
Con que las flores al romper su broche
Nos enviaban su cándido saludo
Se deslizaba pura y delicada
Por la ventana apenas entreabierta.
El viento estaba mudo
La llanura desierta,
Sin testigos estraños
En alas de la dulce fantasía
Se elevaba nuestra alma de quince años!
Yo miraba á Lucía,
A Lucía, que era
De pálido semblante
Y blonda cabellera.
¡Jamas una mirada mas tranquila
Sobre un cielo radiante
Penetró en los abismos de la esfera
Reflejando su azul en la pupila!
La mente enajenada
Se rendía estasiada
Al májico poder de su belleza.
Sobre el mundo, Lucía
Era el único altar de mi terneza!
Pero ay! cándido niño!
Inocente pensaba
Que era solo de hermano mi cariño,
Tan lleno de pureza
Mi espiritu sentia
Cuanto de ella emanaba
Y en velo de perfumes la envolvia!
Largo tiempo quedamos silenciosos,
Su mano entre mis manos prisionera;
Por su frente anublada y hechicera
Cruzaban misteriosos
Castos sueños con álas de quimera.

En su amante latido
Mi corazon sentia estremecido,
Y al espíritu triste, sollozante,
Devolverle la calma
Estos signos de paz y de ventura:
Juventud del semblante
Y juventud del alma!...
Sobre un cielo turquí brilló radiante
La luna hermosa y pura,
Y aquella suave y pálida hermosura
Envolvió en un instante
En el encaje de su luz plateada:
Ella vió en mi mirada transparente
Reflejarse su imágen adorada.
Sonrió tan dulcemente
Que al verla, se diria,
Que un ángel sonreia.
Luego.... cantó mi amada!
.....
.....
Armonía! armonía! hija sublime
Del dolor! compañera
Del alma solitaria del que gime!
Lenguaje que creó el génio divino
Para que en ritmos traducir pudiera
Las sensaciones que el amor imprime;
Que de Italia nos vino
Y sobre ella del cielo descendiera!
Dulce idioma del alma candorosa,
Augusta lengua en que la idea humana
Esa virjen medrosa
A quien ofende hasta una sombra vana,
Puede pasar velada
Sin bajar la mirada!
¿Quién sabe lo que escucha con encanto,
Lo que puede decir el tierno niño
En las celestes notas de su canto,
Formadas por el aire que respira,
Dulces como la voz de su cariño,
Y tristes como el alma que suspira?
Se sorprende la púdica mirada,
La lágrima que llora!
Despues... el todo es nada...
Es un misterio que la turba ignora,
Como el misterio de la noche sombria
Del bosque agreste y de la mar bravia!
Solos y pensativos
Estábamos los dos. Feliz, callado,
Yo miraba á Lucía. El eco alado
Del himno de sus cantos fugitivos,
Parecía vibrante
Al compas de nuestra alma enamorada.
Su cabeza abrumada
Casta apoyó sobre mi pecho amante.
¿Sentia acaso dentro el seno herido,
Pobre ángel adorado,
De la infeliz Desdémona el gemido?
Ah! tú lloraste! Sobre el labio helado
Dejaste tristemente al labio mio
Posarse en su embeleso,
Mas ¡ay! quien solo recibió mi beso
Fué tu dolor sombrío!
Así cual te besé, lívida, yerta,
Desmayado el semblante,
Pocos dias despues estabas muerta!
Así ¡mi casta flor! desvanecida
Tu esencia se perdiera suspirante
En alas de la brisa!
Tu muerte fué una plácida sonrisa
Tan dulce cual tu vida,
Y sobre el blanco rayo de la luna
Fuiste devuelta á Dios, muerta en tu cuna!
.....
Tierno misterio del hogar que habita

La cándida inocencia;
Cuántos sueños de amor, risa bendita,
Delirios juveniles;
Y tú, cuánto ideal, cuya influencia
Ningun mortal evita,
Candor de aquellos dias infantiles
Que á Fausto en el dintel de Margarita
Hiciste vacilar enternecido,
¿Adonde habeis huido?

.....

Paz profunda á tu alma!
A tu memoria, adios! niña querida!
En las noches de calma
Del estío abrasado,
Ya no veré tu mano bendecida,
Vagando distraída
Sobre el blanco marfil de tu teclado!.....

Mes chers amis, quand je mourrai,
Plantez un saule au cimetière,
J'aime son feuillage éploré,
Sa pâleur m'en est douce et chère,
Et son ombre sera légère
A la terre où je dormirai.

M. O. DE A.



EL LUSTRO HORRIBLE

POESIA DE

LUIS MELIAN LAFINUR

Leida en la tertulia literario-musical organizada por el «Centro de Instruccion» de San José en la noche del 18 de Julio.

—

EL LUSTRO HORRIBLE

Sombrío en su amargura,
Gimiendo vacilante,
Y ahogado el corazon por la tortura
Del mal doquier triunfante,
Cerróse á las promesas de la tierra,
No oyó la voz del cielo,
Y juguete de míseros destinos,
Que arrastran en su vuelo,
Cuanto de dicha encierra
El alma, en esperanzas soñadoras,
Sofocó sus trasportes peregrinos
En el sollozo de sus tristes horas.

Caliginosa nube en el presente,
Vió recorrer la bóveda estrellada,
Negro fantasma que en su seno hirviente,
Desolacion y ruina
Y muerte y cautiverio,
Vino á anunciar en la hora malhadada,
De alzarse el cruel imperio,
De la feroz mesnada,
Que asuela, hiere, y criminal domina.

Todo era luto en la desierta orilla,
Todo era sangre en la manchada arena,
Que enhiesta la cuchilla
Del opresor maldito,
Fué un grito de dolor, el solo grito
A todos los martirios escapado.
Si en llanto acerbo y en aguda pena
Daba comienzo el dia,
La noche que seguia,
Con horror arrastraba el eco helado,
De un suspiro doliente sofocado
En la viril garganta,
De la víctima inerme que moria,
Lanzando con acento que agiganta
La voz del desgraciado,
Su anatema al tirano que la oia
En repugnante orgía
Vilmente encenagado.

Al golpe aleve del tajante sable,
La libertad fué herida,
La ley escarnecida,
El pillaje más ruin entronizado:
Conjunto de maldades implacable,
Que azote fué de un pueblo esclavizado.

El ideal que levanta corazones,
La santa exaltacion del patriotismo,
Del bien ansiado la fecunda idea
Que del justo en la mente centellea,
Todo lo digno de eternal memoria,—
Rodó al oscuro abismo
De inmundas y sarcásticas pasiones.
Y el noble orgullo que el honor pasea
Ante la faz del mundo,
Para alcanzar un lauro de la gloria,
Y ceñirlo en la sien enaltecida
De la patria querida,
Con el respeto del amor profundo,—
Ese arrullo de excelsas afecciones,
Que el alma en sus ensueños acaricia
Con íntima delicia;
Inspiracion del pecho enardecido,
Y luz de la conciencia iluminada
Por el fuego de un astro bendecido,—
Fué sólo un sentimiento prostituido
Por la cruda algarada,
De feroces y bárbaros sayones,
E impúdicos, imbéciles bufones.

Si fuese, ¡oh Dios! posible,
Que la patria muriese asesinada,
Durante un lustro horrible
Caido habria por siempre degradada.
Los hombres que su seno desgarraron,
Y su bandera límpida escupieron,
Eran bandidos que su honor robaron,
Y asechanzas de muerte la tendieron.
Pero la patria si augustiosa gime,
Morir no puede en cueva de ladrones,
Porque es grande, es eterna, y es sublime
A despecho de déspotas é histriones.

Si inexcrutable sino,
Más ignominia y duelo decretase,
Algo perpetuamente viviria
Que su nombre del cieno levantase.
Abierto está el camino,
Qué brota luz y gloria todavia,
Y que muestra por préz de una bandera,
Una playa, una loma, una ladera,
Que á la voz del clarin se estremecieron.
¡Alta epopeya que amor patrio espande!
Que el entusiasmo de otra lid enciende,
Y el corazon frenético electriza,
Cuando á la libertad sus brazos tiende,
Al aspirar el aura que eterniza,
En recios ecos el valiente grito,
Con que el Arenal Grande,
La herencia recogió que le trajeron
Las brisas de las Piedras y el Cerrito.

Con el recuerdo de épicas acciones,
Juzga el pueblo del crímen el delirio,
Y altivo evoca en dias de martirio,
Al genio de sus grandes tradiciones.

Con saña impia y con crueldad traidora,
Feroz é impunemente,
El terror contra un pueblo no se apura:
No se esgrime la espada destructora,
No se corrompe la conciencia pura,
Ni el corazon que por lo noble late.
Tendrá su hora inclemente
El réprobo maldito,
En que doquier su crimen verá escrito,
En que sombra tenaz que horrores viste,
Con mil remordimientos le retrate
La faz lívida y triste
De víctima inocente.
La indignacion entónces que germina,
Pálido emblema del dolor latente,—
Como protesta al ominoso yugo,
Un sello acusador pondrá en su frente;
Porque al destino plugo,
Que el que roba, corrompe, y asesina,
Tenga el alma y el rostro de un verdugo.

Pero algo más que indignacion y espanto,
Siente un pueblo viril escarnecido,
En dias de vergüenza y de amarguras;

Y el patriotismo santo;
Si hoy no puede romper las ligaduras
Que su ímpetu de lucha han contenido,
Del civismo mañana en los altares,
Desatará en ofrenda
Sus iras ejemplares.
Y en la tarde feliz del nuevo dia,
De un sol poniente el fujitivo rayo,
Reflejará la tètrica agonía
Del despotismo en su postrer ensayo.
Y luego en clara noche, cuando el cielo,
Rasgando de su faz el denso velo,
Sus almos luminares
Por el espacio estienda,
Alumbrará con la final contienda,
La redencion del suelo.

Mañana ! es la esperanza
Del ánimo afligido !
Es el astro que el alma en lontananza
Descubre entre celajes detenido,
Para alumbrar el paso
Que deja en el ocaso,
De odio y muerte los sueños pavorosos,
Las turbas en el mal desenfrenadas,
Y las malas pasiones desbocadas,
En los dias del crimen oprobiosos.

Mañana! un triunfo el corazon presiente;
Sobre la fuerza efímera, la idea
De luz inextinguible:
La que al radiar potente,
Sobre la patria, un porvenir le crea
Que su honra rehabilita;
Haciendo para siempre ya imposible,
La raza de los déspotas maldita.

Montevideo, Julio 18 de 1880.

A San Martin

—

SONETO

Faltaba esa reliquia á nuestra tierra,
Este homenaje á nuestro honor faltaba;
La memoria del héroe reclamaba
En la patria el sepulcro que hoy se cierra.
Ante él se inclina el genio de la guerra
Cuya luz su alta mente iluminaba,
Cuando el libre pendon triunfante alzaba
Del mundo asombro, en la gigante sierra.
Fué su gloria sin mancha y sin ocaso:
De Maypo el verde lauro la eternice,
Y ántes de hollarle, América sucumba.
Rompió el alma inmortal su frágil vaso;
« Yace aquí San Martin », el mármol dice,
Pero á tal hombre es pórtico la tumba.

Cárlos Guido Spano.

El doctor Vazquez Acevedo

—

Este señor contesta ayer en un estenso *Remitido* publicado en *El Siglo*, nuestro artículo sobre sus procederes como Fiscal en tiempo de Latorre.

Antes de contestarlo, debemos hacer una aclaracion. El doctor Vazquez Acevedo con maligna intencion supone autor de los artículos aparecidos sobre su conducta, al doctor don Luis Melian Lafinur.

Está completamente equivocado el señor Fiscal. El artículo del mártes, titulado *Eleccion de Rector*, pertenecia á Dufort y Alvarez, y el del juéves al director de este diario.

El doctor Melian no es colaborador habitual de este diario. Escribió en él durante la corta ausencia de Muñoz en el mes de Abril y no ha vuelto á hacerlo desde entónces.

Este diario no tiene más redactores que Dufort y Muñoz, pues desde hace largo tiempo Vazquez y Vega no tiene parte en la redaccion á causa de sus dolencias que lo tienen alejado. Ambos son los responsables de lo que en el diario aparece sin firma en la seccion editorial y de *Sueltos*.

Hemos creido necesario dar estas cortas esplicaciones para destruir las infundadas suposiciones del doctor Vazquez Acevedo, respecto á la paternidad de los artículos que contesta.

Nos proponiamos contestar al quisquilloso fiscal de Latorre, cuando recibimos la adjunta carta del Doctor Melian Lafinur, que publicamos en esta seccion preferente no solo por venir de él, sino tambien porque estamos en un todo de acuerdo con sus apreciaciones sobre la conducta de Vazquez Acevedo.

Señor Director de *La Razon*:

Sírvase usted publicar en su diario las siguientes líneas.

De usted atento y S. S.

Luis Melian Lafinur.

—

El señor don Alfredo Vazquez Acevedo á fin de empequeñecer las consideraciones á que ha dado mérito su eleccion para el Rectorado de la Universidad, me atribuye los artículos publicados en *La Razon* sobre su persona, con el propósito claramente conocido, de que se supongan esos artículos hijos del despecho del candidato derrotado.

No estoy dispuesto á tolerar que se me declare autor de lo que no he escrito; y por consiguiente ocurro á la prensa para manifestar, que el doctor Vazquez Acevedo falta á la verdad cuando con menguado intento afirma que soy el autor de aquellas publicaciones.

Los hombres sin conciencia, no pueden jamás tomar altura, y están siempre espuestos á incidir en errores calculados; porque juzgan á los demás con el estrecho criterio de sus raquíticas miras individuales. Es perfectamente explicable, pues, que el doctor Vazquez Acevedo demuestre interés en presentarme como redactor de los artículos á que alude.

Por la injusticia de que me hace objeto; y por la circunstancia de haber expresado en su primer solicitada, que los artículos de *La Razon* le inspiraban desprecio; vale decir que yo se lo inspiraba, puesto que á mi me los atribuye, estoy en el caso de defenderme, explicando mi posicion en el incidente del Rectorado.

Antes séame permitido adelantar, que lamento el audaz cinismo del doctor Vazquez Acevedo al pretender despreciar desde el olimpo de sus miserias, á ciudadanos que dan ejemplos ménos corruptores que el suyo; y lo lamento, porque esa torpe manera de finjir honorabilidad y delicadeza, hiriendo las ajenas reputa-

ciones, me obliga á ser severo para con un hombre que olvida, que para llegar al encumbramiento en que se pueden desafiar las iras de la injusticia ó de la maledicencia, se necesita ántes haber rendido incesante culto en el altar de la inflexibilidad de conducta, donde se depuran con actos de energía, las veleidades aconsejadas por las exijencias materiales de la vida, ó por el afan de figurar en primera línea en los puestos de consideracion social ó de influencia.

Es incierto que yo haya aprendido en su estudio á ser buen ciudadano, ni malo, ni mediano, ni nada. Jamás he hecho la confesion á que se refiere. Y por más grande que sea la conciencia que tengo de mi poco valer, no escusaré asegurar que considero que ni yo, ni el último estudiante de derecho, tenemos nada que aprender del doctor Vazquez Acevedo, pobre mediocridad infatuada, envuelta en los pliegues de sus pretensiones pedagógicas, desarrolladas en ence años—segun su afirmacion—de servir á la Sociedad de Amigos de la Educacion Popular.

Por lo demás,—lo confieso ingenuamente—no conocia hasta ahora, la manifestacion constitucional que tuvo el estudio del doctor Acevedo: A falta de demandas, formar ciudadanos.

Esto sin embargo necesita una esplicacion. El año 1871, estuve algunos meses en el estudio del Dr. Vazquez Acevedo, con quien entónces confraternizaba en ideas, porque ambos nos halagamos con desear el triunfo de la revolucion nacionalista. Me dispensó las consideraciones á que yo era acreedor como lo es todo hombre honrado, y nos pasabamos las dos ó tres horas que yo habia destinado á mi práctica profesional en hablar de política, porque en aquel estudio no habia pleitos, ni por equivocacion siquiera entraba un solo litigante.

Pero sea de ello lo que fuere, ni sus importantes lecciones constitucionales, ni sus consideraciones, son motivo para que sin ton ni son, me haga blanco de las invectivas que contesto. Lo que sí vale la pena de recordar, es que en la época á que alude era un fogoso tribuno, que no tenia paz con nadie, que no creyese que la situacion política de entónces era una epidémia moral que corrompia hasta la atmósfera. El entusiasmo, de entónces, no auguraba el futuro fiscal del tirano Latorre.

Por sus condiciones de ciudadano decidido, ocupó el doctor Vazquez un puesto en la prensa nacionalista; siendo posteriormente fiscal en el Gobierno de Ellauri.

Cuando el vergonzoso motin del quince de Enero de 1875 derrocó esa autoridad constitucional, el doctor Vazquez en su indignacion, no le dió formas á la renuncia de su puesto de Fiscal; lo abandonó; y ese fué el último acto en que se mostró consecuente con su papel de energúmeno.

No quiso formar parte de un Gobierno que desterraba ciudadanos á la Habana, y esquilmaba el tesoro público; pero le ha parecido muy noble, y muy decoroso, y muy propio para fulminar desprecio contra los demas, formar parte de otro Gobierno, que desterraba á ese país, del que segun Hamlet no ha vuelto ningun viajero todavia, y que robaba hasta los dineros destinados á la caridad pública.

No soy yó; es el doctor Vazquez Acevedo quien se hace su proceso. Es él con su inconsecuencia quien se cuelga el sambenito de la dignidad.

El doctor Vazquez Acevedo no se halla en el caso de ninguno de los otros ciudadanos que han desempeñado ó desempeñan actualmente puestos públicos; porque él era un energúmeno, de esos que no hay por donde tomarlos, en materia de obcecacion intransijente de partidismo, ó de cómica veneracion por los principios que despues son los primeros en prostituir.

Y si entonando el *mea culpa* por sú intransigencia pasada, el doctor Vazquez Acevedo pretende sostener que ha sido Fiscal en la tiranía de Latorre, porque ha podido serlo decorosamente, que hable con sinceridad, y si recuerda las humillaciones que habrá devorado en silencio, puede que si un resto de pudor queda en su conciencia, él le sirva antes para recojerse en el silencio de su alma y llorar sus extravios, que para fingir desprecio, por los que no saben lo que es recibir el salario de las complacencias, que pasa por las manos ensangrentadas de los verdugos de la patria.

El doctor Vazquez Acevedo en su solicitada quiere demostrar que ha sido un fiscal modelo. Y yo quiero probarle lo que está en la conciencia de todos: que no ha sido fiscal modelo, y en ciertos casos ni siquiera fiscal.

Los hechos que aduce son las vulgaridades de defensa de todas las malas causas.

El asunto de Esteves, y el de Marques y el del *Tapon* y los demás, seguramente han pasado como lo dice el Dr. Vazquez; sus vistas habrán sido muy enérgicas; y Latorre se habrá reido de las vistas y del fiscal. Porque cuando el tirano se interesaba en una solucion, nada era obstáculo á que la llevase á efecto. Así sabia fallar pleitos en sociedad con Montero cuando le daba la gana; y así, si hubiera querido perseguir al redactor del «Tapon», le hubiese puesto un verdadero tapon, haciéndolo apalear en el Taller Nacional como á Salvador Malta, haciéndolo encarcelar como á Nansot, á quien ultrajó con el traje de presidiario, y atormentó en el cepo que llaman barra, ó si no queria tanto, obligándolo á espatriarse como á don Pablo Goyena, redactor de *El Debate*.

Lo mismo digo de su oposicion á las escarcelaciones bajo fianza. Eran oposiciones de sainete, porque cuando Latorre queria encarcelar á un individuo, lo ponia por su soberana voluntad de patitas en la calle, y... santas pascuas.

Y aquí viene á pelo una humillacion del doctor Vazquez Acevedo de que yó fui la causa ocasional. Habia ido á verlo por asunto que no se relacionaba con mi estudio, una de las dos únicas veces en que he hablado con él despues de ser fiscal. Estábamos solos. Y como yo me espresase, no recuerdo con qué motivo, en términos severos contra Montero, bajando la voz y poniéndose el dedo en los lábios, me rogó que no continuase, porque en la pieza inmediata, me dijo, habia un individuo que era su escribiente, pero persona puesta por Montero para espiarle. Esa fué la ultima vez que hablé con el doctor Vazquez Acevedo, y una de las circunstancias de mi vida en que he presenciado con más rubor, el grado de humillacion á que puede llegar un hombre de cierta posicion social.

Por lo demas, repito, me persuado de que los escritos del Fiscal del Crímen eran tremendos, pero inútiles.

La cuestion no es de escritos, sino de hechos. Latorre en sus documentos era un corazon ge-

neroso, y generalmente un gran constitucionalista; y en sus hechos era todo lo que sabemos.

Prometia elecciones libérrimas, garantías á la propiedad y á la vida; despues despotizaba el país, aniquilaba su tesoro, y asesinaba por sospechas.

El doctor Acevedo presentaba los más rajantes alegatos; pero no le hacian caso, y quedaba tan fresco, creyendo que era Fiscal....

Dice que ciertos crímenes no se averiguaban, porque los Alcaldes Ordinarios de campaña no cumplian sus deberes.

Pero el hallazgo de Frenedoso apareciendo en la playa de Ramirez, y antes el de Mariño en la bahía ¿no daban acaso mérito para que el Fiscal ejercitase su celo?

Como el doctor Vazquez Acevedo habla de su valor á cada paso: yo le diré que su silencio sobre esos crímenes revela cobardía.

Si las circunstancias no hubiesen hecho creer que se trataba de un delito oficial, acaso habria sobrado el valor que faltó para desafiar las iras del poderoso.

Lo que sí le sobra al doctor Vazquez Acevedo es cinismo, del cual convence, la siguiente referencia que me hizo hace algunos dias un amigo abogado, á quién nombraré si necesario fuere. Hablaba este con aquel del asesinato de Bergara; y despues de lamentar y censurar el hecho, cuando suponia que el doctor Vazquez haria alguna consideracion del mismo órden, oyó de su boca lo siguiente: «¿Usted se espanta de eso? pues es poco, si usted supiese lo que yo sé, se horrorizaria.» Este es el Fiscal del Crimen don Alfredo Vazquez Acevedo. El individuo que cree que hace la apología de su conducta inconsecuente, con asegurar que pugnaba por el cumplimiento de la ley, cuando sabia perfectamente que el tirano lo tenia de irrision y lo utilizaba; que á no considerarlo conveniente á sus miras, lo habria destituido, tanto más, cuánto que antes de la vigencia del Código de P. Civil, el nombramiento de Fiscal lo hacia el Gobierno.

Muy cándido se hace el doctor Vazquez Acevedo al no comprender que si Latorre lo hubiese considerado un estorbo, y no una pieza útil en su manera especial de hacer administracion, lo habria hecho saltar para sustituirlo con algun abogado al estilo de su antecesor del año 1875.

El flamante fiscal del año 1876 entró con muchas prevenciones y promesas á ejercer el cargo. Solo lo acepto—decia el 28 de Marzo de 1876—«obedeciendo á exigencias de la opinion predominante y razones de patriotismo», y entraba á la Fiscalía, «para que no lo tachasen de intransigente, por más que en atencion á consideraciones políticas podria rehusarlo». Sin embargo, se reservaba abandonarlo, si por cualquier razon «su concurso fuese perjudicial á la patria.»

Sin duda alguna, la opinion predominante siguió siendo lo misma sobre Latorre despues de aquella fecha; principalmente el 18 de Julio, y todas y cada una de las veces en que se producia una desaparicion, ó se verificaba algun despojo. No puede ser de otro modo segun las consultas del doctor Acevedo á la opinion pública.

Sobre todo el dia en que debió haber estado más convencido de la opinion predominante sobre su honroso papel de Fiscal, fué aquél en que por órden de Latorre y por delito de estupro cometido fuera del cuartel, se arrebató un soldado de la jurisdiccion competente, y fué muerto á azotes tan sin reserva, que el hecho revistió un carácter público. Esa manera de enjuiciar y penar, sin duda «no es perjudicial á la patria.»

Dejando todo ésto de lado, es tiempo ya de que esplique, qué papel he desempeñado en la eleccion de Rector de la Universidad, y que motivo he tenido para prestarme á ser candidato.

A mi conciencia de ciudadano, repugnaba que la juventud de Montevideo, fuera á discernir un puesto de honor á persona de los antecedentes de don Alfredo Vazquez Acevedo. Y deseaba que si se le rehabilitaba, por lo ménos hubiese una protesta viva contra semejante inmoralidad.

Para mí, cualquier ciudadano era buen Rector no siendo don Alfredo Vazquez, el ejemplo viviente de la más inesplicable defeccion en las filas del elemento sano del país.

Estaba dispuesto pues, á votar, y hasta llegué á hacer recomendaciones de personas para el puesto próximamente vacante. Dos dias antes de la eleccion, se me acercaron algunos jóvenes á manifestarme que estando yo dispuesto á aceptar el Rectorado, podria reunirse mayor número de votos que proclamando alguna otra de las candidaturas en que se habia pensado. Contesté que, «sin condiciones, ni tiempo suficiente, ni deseos de ocupar ese puesto, me prestaba sin embargo á que mi nombre sirviese para la próxima lucha, en consideracion al motivo invocado; que por lo demás sabia que íbamos á ser derrotados».

Ya vé, pues, el doctor Vazquez Acevedo, cómo desechando todo sentimiento de vanidad personal, quise prestarme á una derrota, para contribuir á una protesta.

Puede por lo demás, el nuevo Rector, si es amante de los triunfos fáciles y efímeros, gozarse con su rehabilitacion. No se pasan impunemente cinco años de tiranía sin que se subviertan las ideas morales, y se depriman los caractéres.

Como lo afirmé antes, y lo afirmo ahora, á diferencia de lo dicho en artículos que se me atribuyen sin ser mios, yo creo que el doctor Vazquez Acevedo, siempre habria obtenido el triunfo sobre cualquiera otra candidatura; porque tenia á su favor esos cincos años de tiranía que han quebrado las conciencias, han echado por tierra los ideales, y han hecho en nuestra patria una verdad de las palabras de Ampere: «el despotismo es más temible por lo que corrompe que por lo que mata.» Además el doctor Vazquez Acevedo tenia otro aliado para su candidatura: la indiferencia.

Si él no creyese que la opinion está muerta, y el patriotismo helado, no se atreveria, á sostener como en su primer solicitada, que si él no es digno de la gratitud pública, nadie puede serlo. Fingiendo no comprender el desgraciado, que más arriba que el desempeño de empleos y la fundacion de escuelas, está el ejemplo. ¡Siempre esplotando la santa idea de la educacion!

Podrán fundarse cien mil escuelas, y hablarse en ellas de derechos y de virtudes y de libertades. No se formarán caractéres, mientras lo que se predica no esté en consonancia con lo que se hace, mientras se hable de libertad y se sirvan tiranos, mientras se sea complaciente, y no inflexible en el cumplimiento de los cívicos deberes.

El doctor Vazquez Acevedo ha sido rehabili-

tado, y en alas de un triunfo que halaga su amor propio, ha venido á provocarme por la prensa sin necesidad, sin derecho, á mí que la oscuridad en que vivo me ponia á cubierto de todo ataque.

Ha hecho mal, porque ni tiene antecedentes para tirar la primera piedra, ni puede sobre un triunfo del momento, arrancado á las desgracias de la patria, fijar la base de su reputacion definitiva.

Cuando de aquí algunos años las generaciones que nos siguen pidan cuentas de la honra nacional, y Latorre al través de la distancia no sea mas que uno de tantos tiranuelos, de los que desgarran el corazon de los pueblos americanos; sus apologistas, sus defensores, sus comensales y sus servidores, tendrán el calificativo que merezcan. Sobre las miserias del presente, se levanta consolador el fallo del porvenir.

Para entonces emplazo al doctor don Alfredo Vazquez Acevedo.

Y agradézcame la benevolencia con que le he tratado.

Montevideo, Julio 24 de 1880.

Luis Melian Lafinur.

Sobre el fiscal de Latorre

—

El doctor don Luis Melian Lafinur nos dirige la siguiente carta contestando á la que ayer apareció en *El Siylo* suscrita por Vazquez Acevedo.

Esta cuestion toca ya á su término, que dando en pié la doctrina sostenida por *La Razon*, respecto á las responsabilidades de los instrumentos de la tiranía ante la opinion

La demostracion del doctor Melian ha sido matemática, irrefutable. Asi lo prueba la réplica de Acevedo que se limita á una rectificacion nimia y trivial, dejando sin contestacion acusaciones tremendas.

Tiene ahora la palabra nuestro amigo:

Señor Director de *La Razon*.

Alfredo Vazquez Acevedo en *El Siglo* de hoy, califica de libelo mi publicacion del domingo, y no quiere descender á contestarla.

Lo que hay es, que el descenso sería difícil, para un hombre que ha ascendido á tanta altura, escalando las cumbres de la indignidad.

El *libelo* era compuesto de tal cúmulo de verdades y hechos innegables, que la mejor salida para Vazquez Acevedo era la que ha puesto en práctica: callarse como un muerto sobre puntos concretos que echarian por tierra una personalidad que valiese más que la suya. Ciertas franquezas desagradan siempre á los que tienen cola de paja; han desagradado ántes y despues que Boileau dijese: «J'apelle un chat un chat, et Rolet un fripon».

Así es que Vazquez Acevedo pasa como sobre ascuas por los tremendos cargos y merecidos juicios de mi publicacion, para engolfarse en el detalle insignificante, de si puede ó no ser cierto que me hiciese la vergonzosa revelacion, de que toleraba la comunidad de techo con un espía de sus actos.

¿Qué importancia tiene ese cargo, al lado de los demás que le he hecho?

Las cartas, pues, de los señores García, Aramburú y Villalba, son inútiles como arma de defensa: máxime cuando yo no he negado á Vazquez Acevedo que él fuese capaz de hablar mal de Latorre y del mundo entero; ántes por el contrario, en mi artículo del domingo confirmaba esa especie, al referir la cínica confesion que le hizo á un abogado amigo, de que sabia de aquel tirano cosas horribles, que eran un misterio para la generalidad de los individuos.

Por consiguiente la publicacion de las tales cartas, es una simpleza de tomo y lomo, ya que por una travesura de que lo creo incapaz no pretenda inspirarse en la cola del perro de Alcibiades.

Le advertiré, sin embargo, que al referir por mi parte la anécdoda del espía, ni sabia el nombre del escribiente á quien le colgó el indigno papel de delator, ni estaba espuesto á sorprenderme, porque me negase la verdad de la referencia; lo que sí puedo asegurarle es que sobre este último punto tenia y tengo la opinion hecha, de que, entre él que niega y yó que afirmo, á mí ha de creérseme, porque yo nunca he mentido, y él entre mil ofensas al octavo mandamiento, tiene sin ir más léjos, en este incidente, el desliz de haber asegurado que yo era el autor de unos artículos que le convenia atribuirme, para salir con cuyo gusto no vaciló en mentir escandalosamente. Tambien le mintió al país cuando al aceptar de Latorre el nombramiento de Fiscal, prometió en un documento las cosas referentes á su dignidad, de que no ha vuelto á acordarse desde aquella fecha. Resulta, pues, un mentiroso consuetudinario.

Y por esto mismo, no dudo que haya sido capaz de calumniar á su escribiente; lo que por otra parte en nada altera la vergüenza de la escena que relaté; porque verdad ó mentira, es triste confesar que hay resignacion para la tolerancia de un espionaje organizado á domicilio.

Volviendo ya al punto de la manera libre que tenia Vazquez Acevedo de criticar á Latorre y Montero, debo manifestarle, que eso me parece que no abona nada en su favor, porque no es lícito ni decente hablar mal de personas con quienes se está en contacto, ni es legítimo, pero ni siquiera decoroso, desacreditar una administracion de que se forma parte.

Por lo demás, á mí me consta que Vazquez Acevedo hablaba contra Latorre, y sé que hablaba á gritos. Yendo yo un dia en el tren con mi esposa al Paso de las Duranas, sucedió que en el mismo wagon iba un individuo que gesticulaba y echaba pestes contra la situacion política del país, en conversacion que tenia con otra persona. Como el tal hablase en voz alta y poseído de la más cómica fúria, mi esposa me dijo: —«Este hombre se compromete» —No, le repliqué; es un alto funcionario del Estado, y le consta una de dos: ó que los aludidos están en el secreto de la comedia, ó que le toleran estos chistosos desahogos, en obsequio á otros servicios de trascendencia. El de los gritos en el tren, era Alfredo Vazquez Acevedo.

He entrado en estas esplicaciones porque le prometo á Alfredo Vazquez Acevedo, que dispuesto como estoy á darle una leccion severa, no dejaré de recoger cualquiera afirmacion suya ó conato de defensa, pues que no creo como él, que cuando á un hombre se le hacen cargos sobre su honorabilidad y su conducta, sea suficiente defensa, decir que no se desciende a la discusion por los términos más ó ménos hi-

rientes que haya empleado el contrario.

Quiero sin embargo explicar, por cual motivo, haciendo una excepcion á mi habitual manera moderada de ser, me he producido con alguna energia en mi primer publicacion, envolviéndome en fuertes escaramuzas por los flancos del adversario, reservándome el derecho de llevar el ataque de frente sin perdonar esfuerzo, si hubiese Vazquez Acevedo, tenido el atrevimiento que le ha faltado, para resistir las guerrillas que desplegué en mi artículo del domingo.

Un individuo con grandes ínfulas, pero sin condiciones de carácter ni de moralidad política, me lanzaba al rostro por la prensa, la acusacion de que era yo un cobarde que le zaheria bajo la responsalidad de otros; y como si eso no fuese poco, se permitia asegurar que me despreciaba.

Yo he querido probarle que cuando deseo hablar claro, lo hago sin atender á ningun género de consideraciones; y le he demostrado que tiene que recorrer en la vida un trayecto muy largo en la senda de la expiacion, para comprar el derecho que ha perdido, de ver pajas en el ojo ajeno.

Sin motivo ninguno, por pura perversidad, Alfredo Vazquez Acevedo, me lanzó un guante, que yo me apresuré á recoger, con la conviccion íntima de que estos duelos por la prensa, tienen para las reputaciones de los contendientes, los mismos peligros y las mismas contingencias, de los lances en que se juega la vida.

Cuando se tiene la resolucion de ir á matar, ó á morir, necesario es ántes medir las armas. A Alfredo Vazquez Acevedo le ha faltado ese acto de prevision. Yo tenia ventajas de que algo me he aprovechado para salir ileso; pero no es mia la culpa, sin embargo, de que él haya abandonado el campo con su reputacion desgarrada, su nombre aniquilado, y sus pretensiones hechas trizas.

Yo he querido castigar su impúdica insolencia, y lo he conseguido con facilidad. La leccion ha de serle provechosa; máxime cuando los mismos que querian rehabilitarle ya se arrepienten de su intento. Ya reniegan una vez del ungido, y renegarán dos, y tres, como Pedro del Divino Maestro en la hora suprema del dolor y el infortunio.

En el remitido suscrito hoy en este diario, por «Varios electores», que no son otros segun se me ha asegurado en la Redaccion, que don Martin C. Martinez y los tres ó cuatro infatigables jóvenes propagandistas de los merecimientos de Vazquez Acevedo, se explica que sin aprobar la conducta de este desventurado, sin tener el propósito de rehabilitarle, se le ha elegido poniendo más arriba que toda otra consideracion, la de la competencia que se le atribuye.

La declaracion del remitido, sobre la personalidad del nuevo Rector de la Universidad es importante; y aunque en esa publicacion se me hacen cargos que yo podria contestar, no quiero hacerlo, porque no estoy dispuesto á sostener una polémica sobre moral política, que seguramente produciria cuando ménos algunos alfilerazos que quiero evitar, porque aborrezco las cuestiones personales, que no esquivaré empero, siempre que considere en lo más mínimo rozada mi dignidad.

¡Ya puede Vazquez Acevedo tomar nota: ni sus electores defienden su conducta!....

En cuanto á mí, poco agregaré. Me he defendido con decision, porque me atacaba un alto funcionario que no quiso ahorrar para conmigo, las armas vedadas de la calumnia y la insidia.

Cuando iba á empezar á fatigarme esta contienda personal, me viene á la mente la idea de que ya termina, quedando yo en la posicion que busqué desde su comienzo. Es por esto último sin duda, que el ángel de la compasion ha venido á cerner sus álas sobre mi espíritu, interpediendo por mi contendiente, que de hoy en más será undesgraciado que inspirará lástima á muchos, y servirá á otros de ejemplo saludable para que aprendan cómo se pagan á costa de la honra, las claudicaciones vergonzosas, las inconsecuencias temerarias, y las complacencias indignas.

Luis Melian Lafinur.

Julio 27 de 1880

155

Programa del P. Constitucional

AL PAIS

Hállase el pais en momentos muy solemnes, que marcan una crísis, decisiva acaso en sus destinos; — y sentimos los ciudadanos abajo firmados la profunda necesidad de condensar en un documento público las ideas y las aspiraciones que dominan nuestro espíritu, para llevarlas al conocimiento de todos nuestros conciudadanos, determinando nuestra actitud en el presente y deslindando las responsabilidades que puedan cabernos en los acontecimientos ulteriores.

Desde Enero de 1875, la lógica inexorable de la moral política, ha dado á los sucesos desenvolvimiento rápido y desenlace imponente, haciéndose visible para todos la sancion de las leyes violadas. La conciencia pública ha podido pronunciar, y ha pronunciado, un fallo uniforme y definitivo, tanto sobre aquellas jornadas nefandas como sobre los sucesos que han sido su consecuencia inelulible é inmediata.

Nos encontramos ajenos á todo sentimiento de odio, y nada mas distante de nosotros que el propósito de empañar algun dia con la exaltacion de las pasiones, la severa majestad del fallo pronunciado por la conciencia pública. No podemos, sin embargo, cerrar el libro de la reciente y dolorosa historia, sin desentrañar en términos esplícitos la severa leccion que deja escrita en las cosas y los hombres — y que así como retempla la fé de los que abrazaron la causa del derecho con tanta mas firmeza y mas ardor cuanto mas postrada y escarnecida se encontraba, debe provocar reacciones saludables en aquellos que la abandonaron en el momento de la prueba, dudando de su vitalidad incontrastable, ignorando acaso que ella vive siem-

pre — si triunfante, en las bendiciones y prosperidades de los pueblos — si proscripta, en sus torturas y en sus lágrimas, y concluye infaliblemente por alcanzar la rehabilitacion ante la conciencia humana.

El pacto de Abril de 1872 habia apartado de las armas fratricidas á los partidos tradicionales. Parecia cerrado el periodo de las disensiones sangrientas. El patriotismo y la prudencia habian arribado á fundar una legalidad incontestada; y dentro de esa legalidad podian subsanarse todas las deficiencias, corregirse todos los vicios, y realizarse todas las reformas que demandase el interés de la República. Habia ya motivo fundado para esperar que la lucha de los partidos, inseparable de la vida democrática, asumiria formas regulares y orgánicas, empezando por regimentarse los ciudadanos bajo nuevas banderas que fuesen el símbolo de las varias aspiraciones sociales, así como que la sucesion de los gobiernos se operase por los veredictos del sufragio popular, bajo el imperio de las instituciones libres y la sana influencia de una progresiva educacion política.

Y bien — todas estas conquistas, todas estas esperanzas fueron sin piedad sacrificadas en aquella noche infausta del 14 al 15 de Enero de 1875. Cuando despuntó la aurora, la fuerza armada que el Código fundamental coloca bajo el mando esclusivo del Presidente de la República, habia convertido en vivac la plaza de la Constitucion; habia depuesto al Presidente; habiale dado sucesor ; habia ocupado el escenario de la República para instalar en él, sobre las ruinas de las instituciones, de la legalidad, del derecho, del honor militar y de todo sentimiento patriótico, el reinado absoluto de la fuerza, descarnada, omnipotente, sin barreras ni frenos morales, sin rumbos ni horizontes políticos, — ¡ Todavía está allí !

Comenzó en aquel dia el drama doloroso que ya lleva cinco años. Fué primero aquel desborde de violencia y de venganzas, aquella corrupcion sin ejemplo, aquellas exacciones enormes, aquellas aberraciones

sociales, aquel vértigo criminal que hundia á la República en una orgía grotesca, aquel conjunto indefinible de maldad é insensatez, que palpita todavía en la imaginacion del pueblo con el estigma justiciero de AÑO TERRIBLE.

Fué despues la Dictadura, que surje para metodizar la orgía; — que por el momento aplaca y pacifica; que no resiste en seguida á la embriaguez de la fuerza; que ahoga toda energía individual, toda iniciativa popular; que degrada y corrompe á los ciudadanos; que convierte á la culta Montevideo en teatro de crímenes de la antigua Venecia; que implanta el régimen del terror en todo el pais y lo condena á una asfixia en que se ahogan y sucumben tanto como sus libertades y derechos, sus intereses y riquezas.

Fué por último la ficcion del Gobierno Constitucional, con el vicio orgánico de la misma prepotencia personal, con la misma depresion, los mismos vejámenes, las mismas humillaciones y el mismo hundimiento de todas las fuerzas vivas de la República, hasta que un dia, por causas que la historia descubrirá sin duda, el Dictador sombrío parece repudiar su propia obra, abandona su vivac, y deja por el momento á la sociedad en peligro de una anarquía aterradora y de una disolucion inminente.

Y todos estos hechos, que se encadenan, que se precipitan, hasta el último instante de suprema angustia, son la consecuencia lógica é ineludible de aquel motin que echó por tierra las instituciones nacionales. — Si compatriotas! consecuencia lógica é ineludible de haber apartado violentamente al pais del régimen de esas instituciones que son barreras para los unos, salvaguardia para los otros; lazo de union para todos; terreno neutral en que caben todas las aspiraciones divergentes, y se producen sin catástrofe las luchas serenas ó ardientes de la vida democrática, dando satisfaccion á todos los intereses legítimos y equilibrio estable á todos los elementos de prosperidad social!

Un impulso de propia conservacion salvó á la sociedad amenazada por la anarquía y la disolucion; y se

cree generalmente que el patriotismo hubiera podido convertir ese impulso en provecho de una grande y benéfica evolucion política.

Se ha perdido tal vez una oportunidad preciosa ; y el giro de los acontecimientos deja en pié estos dos peligros gravísimos : la restauracion de la Dictadura, con el antiguo ó un nuevo Dictador ; y el predominio absoluto de las fracciones políticas que dieron al país y al mundo el escándalo del AÑO TERRIBLE.

« El exceso del mal, ha dicho el gran estadista que levantó á la Francia de los inmensos desastres del Imperio, trae á menudo la reaccion del bien, bajo una condicion sin embargo : — que queden fuerzas al enfermo cuya curacion se espera. »

Hé aquí dibujada la fatalidad de la situacion en que se encuentra la República. — Hásela abrumado, lacerado y desprestijiado tanto, que el patriotismo duda si le quedarian fuerzas vitales para resistir á las calamidades que sobre ella desencadenaria la restauracion de la Dictadura ó la reproduccion del AÑO TERRIBLE.

Para conjurar esos peligros, no es una pasion de partido ni un interés del momento lo que despierta nuestro anhelo y determina nuestra accion. Es el llamado supremo de la patria amagada hasta en la esencia de su ser, en la ulterioridad de sus destinos: y que convoca á todos los ciudadanos honrados para preservarla de las catástrofes que la amenazan.

Respondemos á ese llamado. Queremos llevar nuestro concurso á esa obra por decirlo así piadosa ; pero los ciudadanos que no han pactado con el motin triunfante ni con la Dictadura prepotente, — y como ellos los que hayan llegado á convencerse de su error al consentir en esos pactos, — no podemos por el momento ofrecer otro concurso que el de una gran fuerza moral, difundida en toda la República por la propaganda oral y escrita en defensa de las instituciones, de las garantías individuales, y de aquellos principios de moralidad y de órden sin cuya observancia no hay ni puede haber pueblo civilizado y decente en el siglo XIX.

Ultrapasar ese límite en los actuales momentos, sería comprometer inútilmente la verdad de nuestras convicciones y la pureza de nuestros móviles.— Compréndanlo así todos nuestros compatriotas.

Hállanse disueltos los partidos tradicionales. El interes de la patria, desangrada por sus luchas de cuarenta años, rechaza como un pensamiento sacrílego el de la reorganizacion de esos partidos. — Los progresos de la razon pública permiten ya, por otra parte, señalar otros rumbos al pensamiento político de los ciudadanos. — Nos consideramos total y solemnemente desligados de los antiguos partidos; é invitamos á todos nuestros compatriotas de corazon bien puesto á formar y robustecer el GRAN PARTIDO DE LAS INSTITUCIONES LIBRES.

Tal es nuestra bandera — Esta cadena de sufrimientos, de ansiedad, de torturas que aprisiona al pais desde hace cinco años, tiene por causa primordial el atentado contra las instituciones. — Debemos restaurarlas, si queremos que renazca la esperanza, la concordia y la prosperidad.

Hay una frase que corre de boca en boca, y que revela admirablemente el cáncer devorador de la situacion de la República: *falta la confianza!* — Falta todo entonces. — A medida que los pueblos avanzan en la evolucion económica, se hace mas indispensable ese elemento que es el factor del tiempo en las grandes ecuaciones de la industria humana. ¡Si! — Para que el capital se comprometa, con fuerza espansiva, en el mejoramiento de las razas pecuarias, en el ensanche y perfeccionamiento del cultivo de la tierra, en las altas especulaciones comerciales, en la planteacion de industrias nuevas, en la difusion de las instituciones de crédito, en las grandes vías de comunicacion, en las obras de civilizacion y porvenir, — necesario es que tenga, en el límite de las cosas humanas, la seguridad del dia siguiente, la seguridad de

que ese dia siguiente no será la catástrofe que arrebate en un instante el fruto de la labor y de los sacrificios de muchos años; la confianza en fin. Pero toda seguridad, toda confianza es imposible, absolutamente imposible, cuando la fuerza impera, descarnada, omnipotente, sin frenos ni barreras morales, sin rûmbos ni horizontes políticos. Todos los atentados, todas las subversiones son entonces posibles. La alarma permanente es la vida precaria de todos los intereses honestos. Nadie puede confiar en el despertar del dia siguiente. Nadie puede saber ni presentir cual será la direccion funesta y fatal que el capricho individual, el extravio del momento, imprimirá á las fuerzas vivas de la sociedad supeditadas y absorbidas por la fuerza bruta.

Emanan de ahí todos los fenómenos que caracterizan esta época y parecen consumir el pais á fuego lento: la retraccion del capital, la anulacion del crédito, la paralizacion de los negocios, la postracion yel desaliento. Y no veremos desaparecer todos esos síntomas de muerte, sino cuando empiece á restablecerse la confianza; y la confianza no se restablecerá sino con el reinado de las instituciones, que encadenan la fuerza al servicio de la ley, bajo el mando exclusivo de los magistrados que la ley consagra. El reinado de las instituciones, que reemplazan el capricho individual y paralizan el efecto de los estravíos del momento, con las reglas de mecánica social trazadas por la esperiencia y la sabiduría de los siglos. El reinado de las instituciones, con sus libertades ordenadas, sus derechos armónicos, sus garantías tutelares, sus responsabilidades severas, sus formas mesuradas y prudentes, que constituyen á la vez el lastre y el timon de las sociedades modernas.

Este esfuerzo que debemos á la restauracion de las instituciones, es una aspiracion de libertad, es un propósito de lucha, porque las instituciones tienen todavía

enemigos numerosos; pero es tambien un propósito de paz y una invitacion á la concordia, porque no podemos ni debemos emplear sino los medios rigorosamente pacíficos, rigorosamente legales, y bajo la bandera que se levanta pueden cobijarse todos los ciudadanos honrados.

Debemos decirlo con franqueza y con lealtad. Así como el patriotismo duda, con angustia, si hay todavia en la República fuerzas vitales para resistir á las consecuencias de una nueva Dictadura ó de un nuevo AÑO TERRIBLE, no es menos grave y fundada esta otra duda: si hay fuerzas vitales para soportar el cataclismo de una nueva convulsion armada — Preservar á la República de esa eventualidad dolorosa, es otro de los deberes solemnes que la situacion impone á todos los ciudadanos reflexivos y capaces de abnegacion patriótica.

Ha llegado la hora de cerrar el período de las disensiones armadas; y podemos asegurar que no se reabrirá por la iniciativa de los hombres de principios. — El supremo derecho de revolucion, que no desconocemos, queda por tanto excluido de nuestro programa actual.

Cuando todavia se lucha por los derechos primordiales del individuo y las garantías mas preciosas del ciudadano, — cuando hay que disputar palmo á palmo los principios elementales del gobierno libre, no puede un programa político reflejar otra cosa que las ideas y aspiraciones fundamentales de la lucha, dejando para la ocasion propicia el cuadro de las ideas secundarias y de las reformas benéficas que solo serán prácticas y posibles cuando se haya conquistado la base legítima de toda accion y transformacion política.

No podemos, sin embargo, dejar de consignar aquí que consideramos como un complemento indispensable de las instituciones nacionales un sistema de vasta y acreditada descentralizacion administrativa, que

fortalezca las entidades departamentales, que crie y entone órganos de accion democrática en todos los ámbitos de la República. — Muchos beneficios económicos y sociales deberia el pais esperar de esa reforma; pero ninguno tan respetable y trascendental como el vigor que con el transcurso del tiempo daria el reinado de las instituciones libres, hasta llegar el dia en que por su solo efecto, deje de ser posible que las evoluciones de algunos batallones de línea, en las calles de la capital de la República basten para derrocar Presidentes y fundar situaciones, sin el voto y contra el voto de la inmensa mayoría del pais.

La simple enunciacion de esta idea hará comprender á nuestros conciudadanos de los Departamentos, cuánto estimamos y necesitamos su concurso en este esfuerzo pacífico por la restauracion de las instituciones nacionales. Hagámonos conocer los unos á los otros; tendámonos las manos en todo el territorio de la República los que sentimos una misma sed de libertad, de órden, de moralidad administrativa, de gobiernos regulares y estables.

Dirijamos palabras de aliento á todos los órganos de opinion que han defendido y defienden la buena causa en cada uno de los pueblos Orientales. Fundemos nuevos órganos de publicidad para segundar la accion patriótica de los ya establecidos. Demos á la prédica de los grandes principios el calor de la palabra hablada en conferencias y reuniones populares. Seamos perseverantes y prudentes. Nuestra moderacion iguale nuestra firmeza. No nos dejemos dominar por impaciencias febriles que precipitan y malogran los acontecimientos. Tengamos fé en la influencia de la propaganda, en los movimientos espontáneos del convencimiento individual, determinado por la fuerza misma de los hechos que se palpan y de las realidades que se imponen.—Esperemos esos nuevos y robustos elementos que la educacion entrega cada dia á la vida pública

con aptitudes preciosas, con el dogma de libertad constitucional en el espíritu y el culto inmaculado de la patria en el corazon.—Confiemos, en fin, en la gravitacion, á veces tardía pero siempre segura, de todos los intereses honestos al núcleo de los principios políticos que son la única salvaguardia eficaz de esos mismos intereses.

¡A la obra, compatriotas!,—y si así como nosotros cumplimos nuestra mision, los que se encuentran en las rejiones del poder saben cumplir la suya, si en Noviembre de 1881 se encuentra la República en condiciones de séria libertad electoral, el PARTIDO DE LAS INSTITUCIONES no dejará de llevar á las urnas su bandera y su voto, cooperando á la renovacion de los poderes públicos, bajo los auspicios de la paz para fundar una base moral y legal que sea la obra y la esperanza de todos los Orientales reunidos nuevamente en el campo fecundo de las instituciones libres.

Montevideo 16 de Mayo de 1880.

José Sienra Carranza — ~~Aureliano Rodriguez Larreta~~ — Juan Ramon Gomez — Cayetano C. Alvarez — Cárlos María de Pena — José Pedro Ramirez — Leoncio Correa — Luis Melian Lafinur — ~~José María Muñoz~~ — Domingo Aramburú — ~~Miguel Herrera y Obes~~ — Alejandro Magariños Cervantes — Enrique de Arrascaeta — José G. Busto — Estanislao Uriarte — Mariano Ferreira — Cárlos Ambrosio Lerena — Gonzalo Ramirez — Luis Lerena Lenguas — ~~Adolfo Artagaveitia~~ — Hermann Thode — Juan Florencio Delgado — Alejandro Saenz de Zumarán — P Meneses (hijo) *— ~~Agustin Ruano~~ — Alfonso Merted — Juan da Costa — ~~Leopoldo Caravia~~ — Manuel Carbajal — Paulino Garcia — Juan Antonio Artagaveitia — Francisco Muñoz — Joaquin Suarez — Arsenio Lermitte* (hijo) *— ~~Juan Cárlos Blanco~~ — Constancio C. Vigil — Miguel Alvarez — ~~Cárlos Gomez Palacios~~ — Santiago A. Michelini — ~~Exequiel de Viana~~ — Arturo Maderna — Justo Corta — Daniel Muñoz — ~~Manuel B. Otero~~ — Enrique Gradin — Antonio Saenz de Zumarán — Ricardo Tajes — José Antonio Ferreira — ~~Alfonso de Salterain~~ — Eduardo Sanchez — Ramon Anaya — Julio Fernandez — Luis Rodriguez Larreta — Cárlos E. Barros — ~~Ventura P. Gotusso~~ — Alfredo Trianon — Julio Folle — José Vicente Villalba — ~~Manuel Artagaveitia~~ — José N. Roo — Antonio Becco — Ricardo Goodall — Enrique Dellazopa — Alfredo Nebel — Horacio Areco — ~~Mario E. Gil~~ — Vicente Barreiro — Luis Hernandez — Pedro P. Linguet — Julio Anavitarte — Enrique Morador y Otero — Rodolfo Arteaga — Luis Eduardo Piñeyro — Pedro Saenz de Zumarán — Juan Antonio Escudero — Agustin Scaron — ~~Segundo Flores~~ — Octavio Rami-*

rez — ~~Cárlos Arocena~~ — ~~Ricardo Flores~~ — ~~Federico Diaz~~ — Santiago M. Arteaga — ~~Cándido Robido~~ — Manuel T. Reissig — Juan A. Iglesias — Teófilo D. Gil — Jaime Castells — Federico Cruz — Emilio Mège — Martin Reyes — ~~Francisco Landivar Lavalleja~~ — José P. Longaro — Eugenio Duhald — Edme A. Vaillant — Leopoldo Reyes — Julio Dellazoppa — Augusto Horne y Lavalle — ~~Rufino F. Dominguez~~ — Guillermo Lafone Quevedo — Juan L. Blanco — Antonio B. Morales — ~~Avelino Barbot~~ — Eduardo Hermida — Dalmiro M. Tió — Bernardino Dualde — Juan C. Ferreyra — Manuel Martinez — Francisco J. Muñoz — Juan C. Roldós — Artigas J. Bermúdez — Justino Tió — ~~Vicente Ponce de Leon~~ — Ramon Arocena — Miguel Coccius — Ricardo Algorta — Fernando Segovia — Prudencio Vazquez y Vega — Enrique Burmester — Manuel Crovetto — Luis Elola de Naharro — ~~Emilio Ximenez de Aréchaga~~ — ~~Alberto Nin~~ — Eduardo Diaz Sampayo — Pelayo María de Pena — Anselmo Acosta — Saturnino Roldan — A. Fernandez Gimenez — Luis Garabelli — Enrique Algorta y Villademoros — ~~Felipe H. Iglesias~~ — Amaro Sienra — Angel J. Bálsamo — Luis J. Anaya — C. Clauzolles — Mariano H. Maza — Pedro Gonzalez (hijo) — ~~Luis S. Botana~~ — ~~Leandro Gomez~~ — P. Píris y Valdés — E. A. Arocena — Emilio Milhas — Alejandro Magariños y Rocca — Avelino G. Buela — Juan Cruz — Lino G. Arroyo — ~~Enrique Yarza~~ — José G. Paez — Abel Platero — E. Le Bas — Juan Aycardi — Juan R. Gomez y Nieto — Federico Ruano — Ernesto Gomez — ~~Miguel Yarza~~ — Pablo Badaró — Andrés Crovetto (hijo) — Felipe Sivori — José Serbino — ~~Pantaleon Perez~~ — Diego Lacassagne — Ernesto Godare — Martin de los Santos — José Lapeyre (hijo) — Martin Campel — Jacobo Figueroa — Anton Ameguin — Manuel Ameguin — Gregorio Crovetto — Dionisio C. Ramos — E. A. Velazco — Felipe Pereira — Alberto Salvagno — ~~César Pacheco~~ — ~~Eduardo P. Ros~~ — Antonio Sheppard — Cárlos Lagomarsino — Manuel Benedicto — Martin Uhalde — Juan Bautista Vigliola — ~~J. M. Silva y Antuña~~ — ~~Justino Gimenez de Aréchaga~~ — Enrique Thode — Laurindo M. Alvarez — Antonio Gambin (hijo) — Manuel Tardáguila — ~~Gerardo Villegas Zúñiga~~ — Horacio D. Possolo — ~~Rufino Gurmendez~~ — Juan J. Brito del Pino — ~~Fructuoso G. Busto~~ (hijo) — Andrés Seco — ~~Cárlos Saenz de Zumarán~~ — Enrique Muñoz — ~~Anacleto Dufort y Alvarez~~ — Lorenzo Gonzalez Vazquez — T. Mora — Nicanor Rodriguez — Victor Caravia — Leoncio Olmos — Ruperto Butler — Cándido Leoncio Bustamante — ~~S. Maciel~~ — Mariano Espina — Eduardo Fernandez — Andrés Conssirat — Agustin J. Cibils — Juan Ramon Barbagelata — Jaime de la Maria (hijo) — Jorge Arias — José María Caravia — Vicente Mayol (hijo) — P. B. Barnetch — Arcadio G. Carafí — Joaquin Corta — Pedro Aramburú — Santos Urbistondo — ~~José María Aguirre Ponce~~ — Miguel Reissig — M. J. Nuñez — Luis Lavagne — José María Mañé (hijo) — Juan C. Blanco y Sienra — Manuel Lessa — M. E. Martinez — ~~Teodoro Villegas Zúñiga~~ — Luis P. Sienra — José Villegas Zúñiga — Cárlos José Villegas — Felipe Villegas Zúñiga — Francisco M. Fernandez — Manuel Mendoza Garibay — José Piñeiro — Cárlos Warren — Pedro Portillo — César A. Gomez — Francisco R. Gomez — Victor Las Cazes — Aurelio Fynn — Emilio Castellanos — Eduardo Alvarez — ~~Cárlos Muñoz~~ — Eduardo F. Garcao — Rafael Barrère — Dionisio Burgos — Juan Casella y Calatayud — Angel E. Baldovi-

no — Manuel Rincon — Antonio R. Bais — Manuel Gonzalez y Calvete — Pedro Zufriá — Ramon Romero Fynn Enrique Matilla — Julian Alvarez Portela — Lúcas Moreno — ~~Antonio M. Rodriguez~~ — Sebastian Sosa — ~~Luis Romeu Burguez~~ — Juan Fongibel — Ramon Gibelli—Abdon G. Ferreyra— Antonio Woelflin — Eduardo Mata — P. Fariñi — Amaro Miret — Faustino Copelo — Santiago Carrara (hijo) — Benito Molinari — Eduardo Susviela— Ricardo F. Gomez.

(Siguen las firmas)

Manon Lescaut

(*Traducido especialmente para* La Nacion.)

Hay libros licenciosos que son admirados, á pesar de sus manchas, sintiéndose, sin embargo, no poder limpiar sus páginas mas negras. *Manon Lescaut* ofrece la asombrosa escepcion de una novela que agrada por su corrupcion misma, y á cuya heroina no querríamos ver rehabilitada por nada en el mundo. Menos culpable y menos inmoral, Manon perderia todo su encanto. Su pequeña mancha de lodo sienta como un *lunar* á su cabeza fantástica. En ese signo la reconocen sus amantes.

No hay dos palabras para definir esta cobarde y adorable criatura; es una "muchacha perdida" en toda la estension de la palabra. Pertenece á esa raza de mujeres de baja estirpe, para quienes parecen haberse inventado las rejas de los conventos y las celosías de los harenes. Su alma es solamente debilidad, fragilidad, puerilidad lasciva y frívola. ¿En qué rincon de su cerebro agitado podia alojarse la idea del deber? Vá, vuelve, se liberta, se entrega; guarda su corazon á su amante, pero presta su cuerpo al primer llegado. Encuentra muy natural que Desgrieux robe en el juego para mantenerla, y encuentra muy sencillo que viva de la mesa y de la bolsa del hombre á quién ella acaba de venderse.

Y ella nos agrada así, y no la perdonamos una sola infamia; y si escuchamos descaradamente su confesion desvergonzada, le rehusamos el bautismo que la volveria á la inocencia. La necesitamos perdida, pero desgraciada. "Escucha,—dice el *Sardanápalo* de Byron á su querida, ante la hoguera á que vá á subir,—si no quieres sin frio horror pensar en lanzarte conmigo al porveuir á través de esas llamas, dílo: no te amaré menos por eso, oh! nó, quizás te amaré mas por haber cedido á tu naturaleza."

—Aquí está el secreto de nuestro amor á Manon Lescaut. La amamos porque ha cedido á su naturaleza, y porque es admirablemente natural, lo mismo en el vicio que en la pasion. Es ligera, el viento la arrastra; es frágil, se deja quebrar; está loca por su caballero, pero es tambien "loca de cuerpo," segun la enérgica espresion con que la Edad Media marcaba á las mujeres de su clase. Ella no puede vivir mas que de lujo, de placer y de ociosidad, y toma su vida donde la encuentra, sobre el tapete verde del juego ó bajo la almohada de los amores venales; y en todas estas acciones malas y vergonzosas pone no sé qué gracia cándida que nos aterra y que nos desarma. ¿Obra bien? ¿Obra mal?—Manon no lo sabe. Es ménos responsable de sus faltas que la *gazza ladra* de sus robos. Como la Ondina del poeta aleman, Manon carece de alma!

¡Cuánta llama ha sido necesario para purificar estas manchas!—Así, ese pequeño libro tiene fiebre; quema, palpita: es la "furia francesa" trasportada á los arranques y los estravíos del amor. "Adelante hácia la querida de mi corazon," dice Desgrieux, cuando vé á Manon por vez primera; y se arroja de cabeza en sus brazos; y de este lazo tan fatal como un fenómeno de atraccion, ni la traicion, ni la desgracia, ni la vergüenza podrian jamás arrancarlo. Desde la primera hasta la última página, la narracion guarda el tono, la exaltacion, la marcha precipitada de un ditirambo. Podria hacerse una letania del amor con los nombres que prodiga á su heroina: "Mi querida reina! ídolo de mi alma! soberana de mi corazon!" se repiten en toda oportunidad; y este ardor de espresion que se haria enfático en cualquier otro libro, parece natural á ese estilo, cuya trama es inflamada por él.

¡Qué espontaneidad y qué persistencia! ¡Qué arrebato y qué energia! ¡Qué impenitencia final en la pasion reprobada! Es el cuento de la *Cortesana amorosa* vuelto al revés; el amante poniendo el pecho desnudo bajo los piés de su querida, y reduciéndose por sí mismo á la esclavitud!

Jamás esta alucinacion infernal ó celeste que borra la naturaleza entera para hacer resaltar mejor una mujer adorada, y que le dá sobre el hombre el poder de un ser absoluto porque es único; jamás, digo, esta ilusion espléndida ha sido pintada con colores mas vivos.

Desgrieux no tiene una distraccion durante el curso de esa larga narracion; Manon lo llena por completo con su presencia ó su ausencia, con sus caidas ó recaidas, con sus ternuras ó debilidades. Idolatrarla cuando la posee, volverla á hallar cuando la ha perdido, perdonarla cuando es culpable, libertarla cuando está cautiva, llorarla cuando muere, con lágrimas de sangre, hé aquí los únicos pensamientos que lo agitan, la ocupacion pertinaz de este sér que parece creado esclusivamente en provecho de otro. Su misma deshonra es un efecto de esta ceguera voluntaria. Roba para Manon, como Orestes mata para Hermioni, con voluptuoso fanatismo. Ella solo existe para él sobre la tierra, el resto del mundo es buena presa. El cinismo cándido con que confiesa sus raterías de caballero de industria, demuestra el poco remordimiento que le han dejado. Se siente que le cuesta arrepentirse, y que en el fondo juzga bien adquiridas las monedas robadas que han tenido el honor de pagar las cintas y las alhajas de Manon.

Cuando el amor alcanza ese paroxismo, inspira no sé qué respetuosa compasion, como la locura, como esas enfermedades misteriosas que parecen venir de una mano sobrenatural abatiéndose sobre la arcilla humana. De allí resulta la irresistible simpatía de que os sentís poseidos en la lectura de ese libro estraño; de allí provienen las lágrimas ardorosas con que los ojos mas puros han bañado sus páginas.

Bajad un grado el calor de corazon que lo devora, que Desgrieux pierda un instante la violencia de su pasion, y esta historia de un ratero y una muchacha perdida, se hace al instanto odiosa.

Pero la llama repentina encendida en los ojos de Manon, desde las primeras palabras de la narracion, se aumenta á cada página, consumiendo sus manchas, arrojando mágicos velos sobre sus desnudeces, redoblando á cada nuevo escándalo de efervescencia y de ardor, hasta que vaya á estinguirse en medio de las llanuras del Nuevo Mundo, con la melancolía de un holocausto en la soledad. Mientras mas se pierde y se degrada su querida, Desgrieux mas se encarniza en amarla. Se diria que mide el vuelo de su amor por la profundidad de sus caidas. La ama en el hospital; la adora sobre la carreta infamante en que van al destierro las prostitutas.

Pues no hay que hacerse alucinaciones sobre Manon Lescaut; ni siquiera pertenece á la aristocracia de las "Impuras". Las grandes cortesanas tímidas en fraude en la vida social, eran enviadas á Santa Pélagia; en cuanto á las plebeyas de la cofradía, el hospital les servia de prision. Sí, Manon pertenece en cuerpo y en alma á esta tribu de ninfas equívocas que el teniente de Policía gobernaba á la turca, como hubiera podido hacerlo un pachá de Chipre, si la isla de Afrodita hubiera conservado su antiguo culto. Al menor escándalo, á la primera queja de un padre ó de un tio, y á veces solo porque era la estacion de esta clase de caza, la policía lanzaba sus lebreles en persecucion de las mujeres galantes. Se llenaban carretas y se las hacia rodar al hospital,

de donde no salian mas que para ser enviadas á las colonias, á las órdenes de un negrero de carne blanca. Tanto peor para la niña seducida, pero honrada todavia, que se encuentra en medio de esta razzia violenta y confusa; Vénus reconocia las suyas.—¡Qué triste contraste al *Peregrinaje de Citerea*, de Watteau, formaba esa bolsa de náufragos del fango, que iba á escollar en el desierto!

Ellos s' en vont pleuper l' Amérique d' amours!

exclama La Fontaine desde la orilla, entre una sonrisa y una lágrima!

Tengo á la vista dos grabados del siglo décimo octavo que muestran á lo vivo el martirologio de esas vírgenes locas. Uno se llama: *Las Vestales esquiladas y afeitadas*, pues el primer acto de la caprichosa justicia que las alcanzaba, era cortarles el cabello de raiz. Están una docena de muchachas en fila, delante del tribunal de un magistrado burlon cuya peluca enmarañada parece burlarse de sus cabezas sin cabello. Cerca de él, un escribano apurado registra este rebaño de ovejas descarriadas. Dos de ellas están entregadas á las tijeras del peluquero de las altas obras, que muestra al juez las cabelleras que acaba de escalpar. Lloran, se desolan, llevan la mano á su frente desnuda con un gesto de vergüenza. Las que van á ser afeitadas en seguida, se arrastran suplicantes al pié de los jueces. Creeríais ver á Mad. Dubarry pidiendo gracia, treinta años mas tarde, no ya para sus cabellos, sino para su cabeza: "¡Señor verdugo! señor verdugo! no me hagais sufrir!" Un pilluelo lleva una canasta llena de trenzas flotantes que cuelgan en desórden. Mas lejos,—detalle conmovedor y miserable,—dos perros de las calles, perdidos en ese vil pretorio, tironean por sus estremos una cabellera olvidada, que se enreda y se desgarra entre sus dientes.

La otra estampa tiene por título *La partida de las Vestales para el Hospital*. Es la carreta de las primeras y de las últimas páginas de *Manon Lescaut*; una carreta llena de mujeres encadenadas, ligadas, amontonadas. Las unas lloran y las otras rien; estas tienden los brazos á sus amantes, que aperciben en la multitud, aquellas afrontan ó se burlan de los gritos del populacho. Soldados de la ronda escoltan, con el fusil sobre la espalda, la abyecta carreta arrastrada por dos fuertes caballos de carnicero. ¿A dónde vá tan triste lote? Se podria creer,—tanto se parece este ómnibus de la Vénus Vulgar á los carros del Terror,—que conduce sus cautivas á la guillotina.

Y Manon figura en este zarzo de infamia! es bastante para decir qué nombre y qué piedra puede arrojársele. Pero no sintamos las lágrimas que nos hace derramar. Ella es encantadora, á pesar de todo, porque es dulce, porque es cándida, porque sabe tanto que obra mal como una hija de Taïti que está desnuda. Su ignorancia moral es infantil. Es la "bella pagana" de Mad. de Sevigné; el agua del bautismo jamás ha tocado esta frente de ninfa erótica. Por mas que se resista es necesario dejarse seducir por "esos ojos finos y lánguidos," por "ese rostro capaz de volver todo el universo á la idolatria."—¿En qué consiste este encanto estraño que los mas austeros han sentido? — En una sencillez singular, en una naturalidad inimitable, en una verdad de carne y de sangre que os conmueve por su misma desnudez. Pero no se analiza un prestigio. Se siente y no se esplica.—"¿Es alta tu querida?" pregunta al enamorado de un drama de Shakespeare su compañero de aventuras. Y este responde: "Llega justo al nivel de mi corazon."

El abate Prévost hace bien en enviar á Manon á morir en el desierto. ¿Qué la hubiera sucedido en ese Paris de vicio y de lodo dónde se estraviaba? ¿En qué lugar maldito, en el rincon de qué guardacanton, sobre qué paja corrompida de calabozo habrio caido?...

Era necesaria la maceracion del desierto á esa Maria Egipcia de la Regencia. — Un viajero cuenta que los colonos que se casan con las mujeres deportadas, las miraban como purificadas por su trayecto de ultramar. ¿No tiene el Oceano, en efecto, una virtud lustral? El Europeo transportado á un mundo exótico, en medio de plantas y animales desconocidos, no se despierta de su existencia anterior como de un sueño? Cree abordar á otro planeta; una vida nueva principia para él.

Del seno de su civilizacion refinada, la Francia del siglo décimo octavo aspiraba vagamente á las frescuras de la soledad. Soñaba con los "corredores de bosques" de su colonia; las *Indias* le aparecian á lo lejos bañadas en la luz blanda de los mirajes. Para ir con sus gustos, el abate Prévost amortaja á Manon en una pradera de la Luisiana, y mas tarde Bernardino de Saint-Pierre hará nacer á Virginia á la sombra del cocotero, entre los antílopes y los pájaros del paraiso de una isla edénica. Desde las dos estremidades del mundo poético, Manon y Virginia, la pecadora y la vírgen, se lanzan á una misma migracion, sobre los mismos vientos alisios, hácia riberas desconocidas. La vieja Europa ha marchitado á la una y apenas ha tenido tiempo de romper á la otra. Virginia se hunde en el mar para morir de pudor en él; Manon vá á esconder su cuerpo profanado en las arenas de la llanura!

PAUL DE SAINT-VICTOR.

Señoras, señores:

Por la periodicidad con que en el Ateneo, se repiten veladas como la que ahora termina, el anuncio de una tertulia literaria, nunca podria tomaros de sorpresa; pero es una fiesta simpática y prestigiosa siempre: es la buena nueva traida á todos los entusiasmos, de que el interior monólogo de las aspiraciones del alma, ó de las penas del corazon, vá á espandirse fuera de la íntima personalidad de cada uno, para vaciarse en la turquesa que contornea, la dulcísima estrofa del poeta, y dá soberbio realze al majestuoso acento del orador.

Una hora de confraternidad en las ideas, y de comunidad en los anhelos, es un bálsamo bienhechor que derramamos, sobre el secreto de los desfallecimientos sin historia y sin testigos, que si no postran por completo, abaten sin embargo, haciendo sombría la soledad del pensamiento, en la noche sin fin de los recuerdos.

Y para nuestro bien, los pobres proscriptos de la República del más poeta de los filósofos, han querido calmar la angustiosa labor de nuestras horas, prestándonos el consuelo de sus fantásticos ensueños, con el lenguaje que otro de los desterrados de Platon ha llamado: «Pintura que se mueve, y música que piensa.»

Obligan nuestra gratitud, y debemos honrarlos, como en la persona del más delicado de los maestros, enaltecia á la inspiracion, la voz que oyera, el cantor pavoroso del infierno.

Onorate l'altissimo poeta.

Es en los sentimientos levantados, de esa familia de artistas de la armonía y de la palabra, no siempre comprendidos, llamados á las veces soñadores, con epigramático desden, porque nacieron con la estrella de los escogidos, donde como en límpido crisol se purifican las ideas, y se aviva el sacro fuego de las nobles vehemencias por el bien.

Lamartine ha dicho, «que la elocuencia hace al individuo bueno, al pueblo grande, y á la humanidad santa;» frase que puede servir de corolario á lo que ántes dijera, Madame de Staël: «que por medio de la elocuencia, las virtudes del que habla se hacen comunes al que escucha.»

Por eso, las ingénitas tendencias que dormitan en el alma, ansiosa de sorprender las revelaciones de la libertad, los enigmas del presente, las profecías del porvenir, sueños de ambicion esculpidos por la mano apocalíptica

del destino en las interioridades del pensamiento, hallan en el fecundo cauce que abren las corrientes de la inspiracion, una fuerza inapreciable para tentar escalamientos á las cumbres, de los problemas imponentes, y de los misterios oscuros.

No es desgraciadamente, posible para la verdad, seguir una marcha sin espinas en la senda de sus triunfos; pero no debe por eso desmayarse, respecto de la suerte reservada á los eternos ideales que la humanidad ha acariciado invariablemente, siempre que murmurando la bendita plegaria de salvacion en el naufragio producido por el violento choque de pasiones y de ideas, ha sufrido y ha esperado.

Hoy, como ayer, como mañana, el arca depositaria de las creencias que confortan y sublíman, ha de cruzar las turbulentas ondas del error, sin peligro de hundirse en los abismos insondables de la miseria y de la nada.

Mientras lo bello y lo bueno tengan sus apóstoles, y haya templos del arte con suficiente halago para reunir grupos brillantes de cultores de todo lo que significa una generosa aspiracion al perfeccionamiento, debe confiarse en los mágicos resortes de la naturaleza humana, para vaticinar el porvenir del mundo.

Sumergido en devorante pesimismo, á favor de una idea preconcebida, sienta Carlyle que en los tiempos que alcanzamos, ya los héroes son imposibles; y si por tales toma únicamente á esos conquistadores que todo lo llevan á sangre y fuego, para buscar el foco luminoso de una idea, al resplandor siniestro de ciudades incendiadas, tiene seguramente razon el ilustre pensador; pero se equivoca, á no dudarlo, si abstrayendo su talento poderoso del meditado exámen de los titánicos esfuerzos de su época, se concreta á desesperar y á maldecir, olvidando que si han desaparecido los génios excepcionales, empujados por su talla dominante, á destacarse con rasgos exclusivos, en los cuadros solemnes de la historia, quedan y seguirán sucediendose en el vaiven continuo de las sociedades, figuras queridas, que tomadas en conjunto y asociadas entre sí con sus condiciones de desinterés y de virtud equivalen á las altas individualidades, sin tener para los pueblos el peligro de exponerlos á las veleidades de una fortuna personal deslumbradora; séres que muchas veces anónimos, humildes, al caer jadeantes como el soldado de Maraton, tienen su parte de heroísmo en los triunfos del siglo XIX, que glorifica Pelletan llamándolo siglo profeta. Es cierto, profético sí; porque á pesar de la duda, terrible enfermedad que le aqueja, tiene fé en el progreso, lucha y desfallece y cae, pero al tocar el suelo en la derrota, cobra nuevas fuerzas como el gigante mitológico y se levanta erguido; y así que llegue la hora de hacer el inventario de sus conquistas se verá que sin las ansias del esplendor que da el renombre, sin más norte que la abnegacion y el sacrificio, deja, empero, de luz, una preciosa herencia, que reverberando eternamente, lanzará sobre las edades venideras la proyeccion brillante de mil triunfos que valen más que todas las batallas que dieran fama á los eximios guerreros de la tierra.

Los pasmosos adelantos de la ciencia, la supremacía del derecho, las energías de la justicia igualataria, las victorias de la libertad en fin.... ¿qué más se necesita para abandonar á las sombras de una superioridad eclipsada, todos los siglos glorificados desde el de Pericles hasta el de Luis XIV?

Para pensar en esto nos hemos dado cita, para sustraernos por una noche á las preocupaciones cotidianas de la vida, nos hemos reunido, procurando confundirnos en el extásis de una contemplacion ideal, tan solo interrumpida por los ecos momentaneos del aplauso, que se grabarán despues en la mente con el sello duradero de la grata impresion de esta velada.

Y entre tanto, todo es hacer uso de ese sentido del alma, concentrador, sutil: de ese criterio estético, que revélanos un mundo de pasiones, en la estrechéz de una tela, las formas esculturales de la perfecion plástica en los perfiles de marmóreo trozo que un divino cincel inmortaliza, el llanto de la desesperacion y el infortunio ó la blanda sonrisa del contento, en las armonías del sonido, y todo lo que anima y lo que eleva, en el colorido de las imágenes excelsas que prestan sus reflejos, á las cadencias del ritmo, y en el celeste fuego que electriza, los soberanos giros de la palabra hablada.

Y así se vive, y así se siente, poniendo á contribucion en determinado instante, todos los tesoros del alma y todas las ternuras del corazon, para descifrar lo que es belleza, ese ente indefinible, ese «no sé qué—de Gioberti— inmaterial y objetivo, que se presenta al espíritu le atrae y le arrebata».

Y el arte, ora melancólico como una aparicion Ossiánica, ora riente como una alborada del estío, se impone porque interpreta la belleza, la exhibe y la magnifica, respondiendo al insomne afan de sorprenderla que domina á los que en ella encuentran, no solo un desahogo para los castos deleites de su espíritu, sinó tambien sobrados elementos, para que conmueva y arrebate ciñéndose los inmarcesibles lauros de la gloria, que es el augusto patrimonio destinado á compensar los esfuerzos que hace por el lucimiento de esa belleza, la diosa peregrina de sus triunfos: la inspiracion sublime.

Sabe marcar el arte verdadero, la rutilante estela del culto de los grandes sentimientos, siquiera conduzcan á la vida implacable del martirio, que un dia se traduce en la mendicidad del ciego Homero, y otro en el tristísimo gemido del desgraciado Tasso en sus prisiones!...

Y el imperio de la belleza sobre el alma, nos dá ejemplos grandiosos á millares. Hace adivinar á la multitud romana con retrospectivo miraje, de qué cuna han ido las abejas de la Bética, á recojer la miel que destilaban los labios de un niño predestinado; y más tarde, un pueblo adormecido en los temores de su suerte arrostrando mil peligros, sacude su letargo, encuentra que el génio de las obras inmortales bate sus alas sobre la olímpica cabeza de Lucano, el niño de antes yá en toda la madura esplendidez de sus extraordinarias facultades, y le discierne el premio justo, unánime, espontáneo, alcanzado en competencia con el tirano feroz, cantor y poeta, monstruo *dilettanti* como alguien le ha llamado.

Bañándose el arte en sus suavísimos efluvios, impregnándonos de su aliento vivificador, ha hecho palpitar por unas horas nuestros corazones al unison, elevándonos á la region serena é inmaculada de los altos pensamientos, donde tiene la virtud su apoteosis, sus respetos

la justicia, sus prestigios la libertad, y su consagracion, todo lo grande, lo bello y lo bueno.

En la noche pasagera de la tierra, no podemos aspirar á otros consuelos.

He dicho.

Luis Melian Lafinur.

Setiembre, 6 de 1880.

—

La noche de Mendoza

A EMILIO CIVIT

I

Inmenso campo de batalla, abierto
Bajo el ojo de Dios,
Palenque de las fuerzas de la vida,
La tierra, el cielo y el oceáno son.

—

Doquier la lucha, la esclusion, la muerte,
Del estrago la voz;
La aurora nace desgarrando sombras,
Y es hija del dolor la inspiracion.

—

Siempre las nubes con el viento en guerra
Con la nieblas el sol;
En la noche del mar hierve la tromba
Y en la noche del alma la pasion.

—

Siempre en la historia combatiendo airadas
La fuerza y la razon;
Siempre la duda con tenaz porfia
Del entusiasmo y la ilusion en pós!

—

El trueno duerme en el nublado, y duerme
El volcan rujidor
Bajo los piés de la ciudad alegre
Coronada de flores y verdor.

—

Un soplo pasa, y el nublado estalla
Con sangriento fulgor;
Llega la hora y el volcan se ajita
Con honda y prolongada convulsion.

II

Tranquila, indiferente,
La gallarda ciudad que en otros dias
Forjó las armas de la lucha fiera,
Dormia muellemente
Al són de las nocturnas armonias
Y al pié de la gigante cordillera.

—

Todo era luz y aromas;
La blanca luna en la celeste cumbre,
Sobre collados y turgentes lomas
Dulcemente vertia
Tibio raudal de soñolienta lumbre.

Y su convoy de pálidas estrellas
De alas de nieve y de pupilas de oro,
A veces parecia
Bandada de palomas
De un lago azul sobre el cristal sonoro!

—

Doquiera se escuchaba
Ese vago rumor, hondo latido
Del corazon del mundo que se siente
Por cadenas de sombras oprimido:
Y á lo léjos el Andes semejaba
Del ancho espacio en las etéreas sendas,
Las silenciosas, blanquecinas tiendas
De ejército dormido.

III

No dormia. Velaba
La legion de los cíclopes bravía
Que en baluarte de rocas
Eternamente espia,
Con el rayo en la mano,
A su rival temible, el Oceáno.

—

Acaso vió lanzarse en son de guerra
Hácia la agreste playa
Al mar que en cárcel de granito guarda
Por mandato de Dios; y á la batalla
La espantosa legion corrió ligera,
Sus penachos de llama dando al viento;
Y, al desplegar la colosal bandera,
Vacilaron los astros en el cielo
Y retembló la tierra en su cimiento!

—

Todo á su paso se turbó. La luna
Rodó por el espacio antes sereno
Como ave enorme que desciende herida,
Rotas las alas, desangrando el seno,
Y las blancas estrellas se apagaron
Con lúgubre chirrío
Como los cirios del altar que apaga
Del viento de la noche el soplo frio!

—

Olas de un mar de piedra, sacudidas
Por manos invisibles, parecian
Colinas y montañas;
Y en fantástica danza confundidas
Se alzaban, tambaleaban y caian
Palacios, monumentos, y cabañas!

—

Nada quedó de pié! La tierra loca,
Como indomable potro encabritado,
Arrojaba de sí cuanto tenia.
Nada quedó de pié! Sólo la muerte,
Ebria y repleta entre las sombras densas,
Saltaba de alegria!

IV

¿Dónde está la ciudad que fué en otrora
Vanguardia de la patria, la galana
Ninfa del valle andino, en cuyo seno
De San Martin la frente soñadora
Se posó febriciente, meditando
La empresa sobre-humana?

¿Dónde está la ciudad de alegres calles
Y verdes enramadas?
¿Dónde los templos, sus altares? Dónde
Las músicas sagradas?
Qué fué de aquel hogar en que brindaba
Venturas el destino?
Ah! todo lo arrastró con furia loca
En sus brazos de polvo el torbellino!

—

Nada quedó de pié! Las altas torres,
Los álamos erguidos,
El palacio del rico, el rancho humilde
En union espantosa confudidos,
Todo cayó, como las verdes cañas
Que tronchа el huracan. Todo fué escombros!
La cólera de Dios habia pasado,
Sembrando estragos, derramando asombros!

V

No hay noche sin aurora. Todo muere,
Pero todo renace. Hasta el torrente
Deja limo fecundo tras sus pasos.
Llama de sacrificio es sol de gloria,
Y una ruina es á veces la simiente
De nuevas formas en la humana historia!

—

Mendoza renació! bella y contenta
Al borde de su tumba se levanta
Como brota en las grietas de la roca,
Verde y gallarda, vigorosa planta.
Alguna vez su suelo se estremece
Cual si lo hiriera sensacion estraña:
Es que velan los ciclopes sañudos
En la frágua infernal de la montaña.

—

Vivir es combatir! dicen sus hijos,
Y viven combatiendo. Donde quiera
Brota la miés la tierra estremecida
Al soplo de una eterna primavera
Con el afan de renaciente vida—
Ninguno siente opreso
Por el peligro el corazon, pues llevan
Cual misterioso talisman sagrado
El anhelo infinito del progreso!

Olegario V. Andrade.

Marzo 20 de 1880.

Gottschalk

La *Propaganda literaria* de la Habana ha enriquecido su biblioteca con un libro notable. Se llama *Gottschalk*, y su autor es Luis Ricardo Fors. Libro notable por todos estilos; por el asunto, que es uno de los mas simpáticos que pueden llamar la atencion del literato, la apoteósis del genio; por la manera varia de tratarle, pues ya se eleva su autor á la region del lirismo, cantando en páginas elocuentes las hazañas musicales del gran artista norte-americano, ya desciende á contar los mas misteriosos detalles de su vida, copiando para enriquecer su biografía la opinion de todos los críticos del mundo sobre el malogrado artista, las cartas que Gottschalk escribió á sus amigos, y en las que se ve que el mismo genio que inspiraba sus dedos al acariciar las teclas de marfil, inspiraba su pluma al acariciar el papel; notable, en fin, por su elegante impresion, digna verdaderamente de la gran casa editorial habanera.

Fácil nos seria inventar una docena de ditirámbicas frases consagradas al autor de tan bellísimo trabajo. Pero libros como el que acabamos de leer merecen mas aun, y creemos que nuestros lectores nos agradecerán les ofrezcamos algunos episodios de la vida del artista, de cuya lectura resultará el mayor elogio que pueda hacerse de un libro.

—

Despues de los ruidosísimos triunfos de Gottschalk, tanto en América como en Europa, triunfos que aparecen perfectamente descritos en el libro del Sr. Fors, nada impresiona tanto el ánimo como la tristísima relacion de su muerte.

La historia de las composiciones musicales de Gottschalk es la misma que la de las rimas de Becquer. Ambas fueron inspiradas por el amor. Pero Becquer amó á lo Diego Marsilla, mientras que Gottschalk amó mas á lo Byron.

Hé aquí el orígen de una de sus mas bellas composiciones que lleva por título *Cármen:*

« Gottschalk tenia una imperfeccion en el dedo del corazon de la mano derecha. Hablando de ella en un momento de confianza, recordando aventuras de celos y venganzas, díjome cierta noche, mostrándome á la vez el dedo imperfecto:

—¿Ves? esta irregularidad me libró en tu tierra de una puñalada.

Escusado es decir que pedí al *virtuoso* los detalles de la aventura. Me la dijo, y yo, segun la recuerdo, la traslado al lector.

En Noviembre de 1851 hacia en Madrid un frio inusitado, y todas las noches tenia Gottschalk la costumbre, al salir del teatro, de ir al café Suizo á confortar su estómago con un ponche caliente.

Un dia, al querer penetrar en el café, se interpuso entre la puerta y él una madrileña con mas gracia en el cuerpo y en la cara de la que era menester para que el pianista olvidase su poncho y se encandilara con las chispas que saltaban de las pupilas de aquellos ojos desconocidos.

Acercóse Gottschalk á la jóven, y siguiéndola hasta lo mas alto de la calle de Hortaleza, la vió penetrar en uno de esos cafetines, que despues de media noche, rebosan en la corte de España con todos aquellos y aquellas que pueden dar razon de cuantos actos se han verificado durante el dia en contravencion de los bandos de buen gobierno y de los artículos del Código Penal.

Siguió el pianista tras de la desconocida por entre el laberinto de mesas del café, y viendo que se encaramaba á una tarima en que habia otras dos muchachas, un pianista y un piano, instalóse en una mesa junto al tablado. El café estaba atestado de gente de *rompe y rasga*, y aun cuando la entrada de Gottschalk causó cierta impresion de sorpresa, pronto desapareció esta viéndole departir íntimamente con los individuos reunidos en la mesa á que fué á sentarse.

La intimidad no fué difícil de entablar. El artista inició su conversacion pidiéndoles permiso para convidarles á apurar media docena de botellas de jerez de la *mismísima tierra de María Santísima*.

Es inútil referir aquí la intimidad que enlazó *incontinenti* al *señorito* con los manolos del barrio del Hospicio.

La jóven á quien Gottschalk habia seguido era una *cantaora* de las mas afamadas y *retegrasiosas* de aquella sociedad, la cual habia visto con gusto

que el señorito la seguia, y lo habia temido doble al contemplar que contemporizaba con la *gente del bronce* que en el local habia. Llamábase Cármen, y pronto la concurrencia empezó á pedir que cantara unas seguidillas. Púsose la *cantaora* de pié y empezó, acompañada en el piano, á echar por su boquita de rosas toda la *gracia de Dios*, convertida en los mas picarescos cantares del pueblo español.

Gottschalk aprovechó la esplosion de aplausos para alargar á la *cantaora*, por su propia mano, una copa de vino, que mas parecia un brillante topacio que zumo de las viñas de Jerez. Aceptó Cármen la oferta con el obligado *¡apresiando, prendal* y ya quedó entablada la correspondencia entre la manola y el artista. Cantaron otras mujeres de menos *garbo*, y Gottschalk, como para echar el resto de la amistad y alianza con los *caballeros* del café, se levantó y ofrecióles hacer oir la jota, el jaleo y las malagueñas mas *salerosas* que habian oido en la vida, despues de lo cual tomó asiento ante el piano, entre un *¡Olé!* general, lanzado por docenas de manolos y manolas de todos colores y categoría.

Lo que entonces fué el piano en manos de Gottschalk puede imaginarlo el lector sin necesidad de que la pluma lo describa. Los aires españoles mas populares fueron poblando los ámbitos del cafetin, entre el entusiasmo y las palmadas y las esclamaciones de los concurrentes. Si algo faltaba á Cármen para acabar de inclinar la balanza de su simpatía á favor del artista, su habilidad y brillantez en el piano sobraron para ello. Sobraron hasta el punto de que, al llegar la madrugada, salieron del café dándose familiarmente el brazo y arrullándose cual tórtolas el *virtuoso* y la *manola*.

Desde aquella noche, el pianista y Cármen siguieron arrullándose sin interrupcion. La *cantaora* no pudo pronunciar jamás el apellido del artista y le llamaba familiarmente su *inglis*.

Una noche, al despedirse, le dijo por toda prevencion estas palabras:

— *Inglis* mio, *dica* bien siempre á tu *cera*, porque un *gachó* mas *desaborio* que un viernes de Cuaresma se ha *metio* en la *chola endiñarte* la *coba* mas *indina* que puedes *chanelar* (1).

Varias veces recibió Gottschalk este singular aviso sin hacerlo caso, pero vista la insistencia, pidió Cármen que le esplicara el motivo. Entonces la manola le dijo que, cuando se conocieron, hacia tiempo que la pretendia un estudiante muy grandote y antipático, el cual le advirtió que si no le hacia caso, se vengaria de sus desdenes en la persona del pianista.

Pocos dias despues de esta esplicacion, Gottschalk dió uno de sus magníficos conciertos, despues del cual, entre la turba de los admiradores que fueron á felicitarle, recibió un fuerte apreton de manos, tan brutal, que le hizo lanzar una esclamacion de dolor, sin que por el momento tuviese mas consecuencias.

Momentos despues el dolor fué haciéndose insufrible; el *virtuoso* pasó una noche entre los dolores mas violentos, y por la mañana, al llamar á un médico, examinada la mano y oido el suceso de la noche anterior, declaró que al recibir el apreton del desconocido, éste habia fracturado las tres falanjes del dedo diestro del corazon del artista. Gottschalk recordó inmediatamente la amenaza hecha por el estudiante á la *cantaora*, tratóse de averiguar la verdad del caso, y Cármen corroboró las sospechas del virtuoso, porque declaró que en la misma noche del concierto el desairado estudiante fué al café á oir á la Mangla, y le dijo que habia cumplido su promesa de vengarse del músico.

(1) Ingles mio, observa bien siempre á tu alrededor, porque un pobre mas soso que un viernes de Cuaresma se ha metido en la cabeza jugarte la broma mas mala que puedes pensar.

El pianista estuvo gravemente enfermo durante algunos dias, llevó el brazo en cabestrillo muchas semanas, y si bien estuvo próximo á inutilizarse para el piano, pudo volver á él despues de mas de medio año de curacion.

—

Esta desgracia no curó al gran artista de su aficion á las aventuras. Poco tiempo despues lo vemos en los Estados Unidos ser héroe de otra.... que refiere su biógrafo con el título de *Amor del Cáucaso*.

« Pocos fragmentos de la vida bohemia de Luis Moreau Gottschalk ofrecen los detalles interesantes de sus amores con una ardiente hija de las orillas del mar Caspio.

Llamábase Dina. Hasta su nombre ofrecia algo de rareza, de sencillez y de simpatía. Dina no conoció jamás á sus padres ni parientes. Para no hacer cansado este relato, bastará decir que nació en las vertientes meridionales del Cáucaso; en esas apartadas y pintorescas comarcas que se estienden desde las orillas del Caspio hasta las del mar Negro.

Allí, en los primeros años de su existencia, si no fué hecha esclava, llegó á poco menos, arrastrada de su choza por una turba de musulmanes, en una de las frecuentes escaramuzas que allá por los años de 1840 se verificaban entre el oleaje contínuo en que chocaban las poblaciones rusas y turcomanas.

Resultó que Dina, en los albores de la vida, fué á parar á poder de un negociante de mujeres establecido en Erzerum, el cual, al ver la rara hermosura de la niña, concibió halagüeñas esperanzas de lucro para el porvenir. Su poseedor la conservó cuidadosamente, para cederla mas adelante á los principales proveedores de los *harems* del oriente. Con el tiempo llegó á Ezerum un ente estravagante, de peregrina fantasía, que despues de recorrer las principales capitales asiáticas concibió la idea de regresar á su patria llevando consigo á la mujer mas hermosa que pudiera conseguir en sus viajes.

Era el estranjero natural de Boston y uno de los mas acaudalados industriales de los Estados Unidos de América. Los corredores de mujeres de Erzerum le hicieron ver, entre otras, á Dina, cuando contaba ésta apenas catorce años; y el americano quedó tan vivamente impresionado con la belleza de aquella caucasiana, que juró no salir de Erzerum sin regresar con ella á su patria, aun á costa de la mayor parte de su fortuna.

Esplotaron los negociantes orientales la pasion y el capricho del americano, y mediante una gratificacion verdaderamente régia, Dina pasó á su poder.

El acaudalado industrial regresó á América con su preciosa adquisicion, y una vez en Nueva York compró terrenos en los alrededores de la gran ciudad y en ellos construyó una mansion y plantó ostensos jardines con todo el fausto y las maravillas que habia admirado en Asia. Allí instaló á Dina en medio de numerosa servidumbre de negros de ambos sexos, ataviados caprichosamente y destinados esclusivamente á dar á aquella vivienda todo el parecido y fascinacion de los palacios orientales.

Llamábase el potentado hijo de Boston Luis, como Gottschalk, coincidencia que favoreció en gran parte las aventuras del artista.

Durante la permanencia de éste en los Estados Unidos, por los años de 1855 y 1856, hizo conocimiento con el escéntrico poseedor de Dina, el cual, en el curso de su trato, le obsequió llevándole á la encantadora posesion en que vivia la hermosa caucasiana. Con este motivo vió Gottschalk á Dina, y al contemplarla no es decible espresar lo que pasó por el alma del *virtuoso*.

Dina contaba entonces apenas 18 años; hallábase en toda la plenitud de su belleza y de su juventud, y segun la propia espresion de Gottschalk, eran tales sus encantos, que desvanecian la mirada de

cuantos los veian, haciendo imposible la calma necesaria para describirlos.

En suma, la entrevista entre el pianista y la seductora asiática fué de tales consecuencias, que decidieron del porvenir de aquella mujer y de la vida de su dueño.

Gottschalk regresó á Nueva York preso de la ajitacion mas violenta. A nada pudo dedicarse, en nada pensó, como no fuera en poseer á Dina á todo trance y á costa de todos los sacrificios. En tal volcan de emociones y deseos, determinó ver sin pérdida de mas tiempo á la amada del comerciante. Cojió un caballo, y en él salvó vertijinosamente, una noche, la distancia que separaba la ciudad de la quinta.

No eran muchas las millas del camino, pero al artista le parecieron interminables.

Por fin, llegó á la dorada verja de la posesion. Ante ella detuvo su caballo, permaneciendo silencioso largo tiempo sin percibir un solo ruido que interrumpiera la quietud de la noche. Al fondo, y por entre el follaje, veia destacarse sobre el azulado horizonte la elegante silueta del techo bajo el cual dormia Dina. El artista sentíase abrasado por la fiebre; sus ojos despedian rayos que se esforzaban en taladrar los muros que ocultaban el lecho de la fascinadora caucasiana, y en su mente bullian mil proyectos á cual mas descabellados para atropellarlo todo y llegar hasta la presencia de Dina.

El azar vino en su ausilio.

Un negro guardian que dormia junto á la cancela, despertóse al piafar del caballo de Gottschalk. Acercóse al porton, restregándose los mal abiertos ojos, y preguntando al artista:

—¿Qué quereis?

—Abre, respondió el *virtuoso*, y avisa á la señora que Mr. Luis viene á verla.

Franqueó el portero la entrada y se dirigió á las habitaciones para cumplir lo que Gottschalk le mandaba. Inmediatamente conoció este que el negro, mal despierto aun, le habia tomado por su amo; debido á la igualdad del nombre. No vaciló en aprovecharse de aquel error y de aquella coincidencia.

Sin volver el rostro, y tratando de adelantarse al criado, le dijo con decision:

—Anda, vete á tu puesto; no es necesario que avises.

El portero volvió gustoso á su rincon, y el *virtuoso*, agitado por una fiebre desconocida, llegó presurosamente al edificio, atravesó la galeria que le rodeaba á guisa de vestíbulo y se internó en las habitaciones, cuya disposicion conocia desde la tarde de su visita; llegado al aposento de Dina, encontró su puerta cerrada.

Por la conducta del negro portero sabia que Dina no se hallaba con su señor, y por lo mismo podia arriesgar una estratajema. Llamó con fuerza á la puerta, y la caucasiana se apresuró á preguntar lo de costumbre:

—¿Quién llama?

—Luis, respondió el artista.

El engaño tuvo buen éxito. Dina abrió la puerta de su dormitorio, y Gottschalk, rápido como una chispa eléctrica, penetró en la estancia y cerró tras de sí aquella deliciosa entrada á una felicidad tan ardientemente codiciada.

Lo que allí pasó lo he sabido por propia confesion del pianista que, ébrio de gozo, repitió la misma entrevista durante algunas noches. Despues de la primera fué inútil la estratajema. El oro de Gottschalk obtuvo la complicidad del negro cancerbero en las delicias de aquellos amores.

Dina y el *virtuoso* dieron alas á una pasion siempre creciente, hasta la noche en que una imprevista fatalidad quiso que el artista fuera sorprendido por todos los sirvientes de la quinta, los cuales creidos de que trataba con un ladron cayeron tumultuosamente sobre Gottschalk con palos y rifles, de cuyos golpes y tiros pudo salir ileso merced á la precipitada fuga, protegida á tiempo por el negro portero.

Las relaciones entre la oriental y el pianista fueron interrumpidas algunos dias con motivo de aquel accidente; pero despues de aquel intervalo volviéronse á tentar los medios de reanudar las nocturnas entrevistas. Por fin llegó la noche en que esto uviera lugar. Gottschalk se dirigió á la quinta, penetró en la estancia de Dina, y á poco de estar en ella, fueron sorprendidos ella y él por los golpes dados en la puerta de la habitacion.

El lector puede imaginar lo que en aquel instante pasaria por el ánimo de los dos amantes.

Gottschalk sacó de su bolsillo un revólver, y con él en la diestra, fué decidido y silencioso á franquear la entrada al que llamaba. No vió en el dintel á quien creia. Eran cuatro negros, uno de los cuales le dijo respetuosamente:

—Mr. Luis nos ha mandado que os conduzcamos vivo ó muerto al salon grande, en donde os espera.

Gottschalk hizo una seña para que le acompañaran en seguida; y el mismo criado que le habia dirijido la palabra ordenó á dos de los que estaban con él que permaneciesen en el dintel de aquella puerta, sin permitir la entrada ni la salida de persona alguna, hasta nueva órden de Mr. Luis.

Inmediatamente, con otro negro, acompañó á Gottschalk al salon grande.

Al penetrar el artista en él, siempre con el revólver en la mano, vió á Mr. Luis de pié en medio de aquel recinto y blanco el rostro como el de una estátua.

—Caballero, dijo al pianista, evitemos esplicaciones. ¿Estais resuelto á defender vuestra vida para que no os asesine?

—Lo estoy, respondió Gottschalk.

—En este caso echemos suertes sobre el primero que debe disparar contra el otro.

Así se hizo. Un papel negro y otro blanco, dentro de un sombrero, decidieron que Mr. Luis descargara primeramente su pistola sobre el pianista.

Salieron del salon, y al salir, dijo el dueño á uno de los negros:

—No os movais hasta que yo ó este caballero volvamos.

Encamináronse los dos rivales al estremo mas apartado de los jardines, y una vez allí, colocado Mr. Luis á unos diez pasos al frente de Gottschalk, le interrogó con acento de despecho:

—¿Os parece bien la distancia?

—Me parece bien.

Casi al mismo tiempo vomitó un fogonazo el arma del comerciante.

Gottschalk continuó de pié ante su adversario.

—¿Puedo tirar? preguntó.

—Tirad.

El pianista hizo fuego y Mr. Luis cayó desplomado sobre el césped, sin pronunciar una sola palabra.

Permaneció el *virtuoso* buen rato inmóvil y pensativo en el mismo sitio. De pronto echó á andar presurosamente; fué en busca del negro portero, dirigióse con él á la estancia de Dina; ayudaron á ésta á guardar en una pequeña maleta sus objetos preferidos, y ante los ojos admirados de los demas criados, dejaron los tres la quinta, dirigiéndose á Nueva York, de donde á su vez partieron al dia siguiente.

Las relaciones de Gottschalk con la caucasiana duraron algunos meses mas; pero las exigencias de la vida artística de aquel, le forzaron á separarse de ella, no sin establecerla antes en Filadelfia, facili-

dole todos los recursos que su profesion de músico le permitia.

Despues de su última salida de los Estados Unidos, Gottschalk dejó de recibir noticias de aquella encantadora mujer, asegurándome el pianista que, á pesar de todas sus gestiones, jamas volvió á saber de su paradero.»

—

Aunque se prolongue demasiado este estracto, no podemos resistir á la tentacion de publicar el orígen de *¡Muerta!* quizá una de las composiciones mas tristes y mas sentidas del inspirado compositor:

« El orígen de esta delicada obra del *virtuoso* norte-americano se halla en sus amores con la jóven que arrebató de los claustros de un convento de San Francisco de California antes de emprender su viaje á las repúblicas del Pacífico.

Durante la estancia de Gottschalk en San Francisco, fué rogado para que tomara parte en una gran fiesta religiosa, á la cual quiso darse el carácter de una gran solemnidad musical. Accedió Gottschalk á lo que se le pedia, y se comprometió á ejecutar una gran meditacion religiosa en el órgano del convento en que debia verificarse la ceremonia.

Las consecuencias de lo que aconteció aquel dia me las ha relatado el *virtuoso* poco mas ó menos en la siguiente forma:

—« Desde el principio de la ceremonia llegó á mis oidos un acento que parecia descender del Paraiso. Me estasiaba un timbre de voz angélico que dominaba el conjunto de todas las voces lanzadas á los ámbitos del templo, desde el interior de unas galerías cubiertas de rejas, por las religiosas y demas reclusas de aquella santa casa.

Me fascinaba aquel acento de tal manera, que cuando llegó el momento de pulsar las teclas del órgano para hacer oir la composicion que me habian pedido, puedo asegurar que no era dueño de todas mis facultades.

Concluí y volvieron á resonar las voces de monjas y educandas.

Por entre todas ellas sobresalia el mismo timbre argentino y celestial de antes. Trataba con mis ojos de escudriñar entre los hierros cuál era la criatura á quien la naturaleza dotó con voz tan portentosa, y por último, aun cuando la oscuridad y la distancia confundian los objetos, logré descubrir unos ojos de fuego que me miraban con fijeza y que eran del mismo ser cuya era la voz que me fascinaba.

Quien cantaba era una preciosa reclusa de facciones indescriptibles: no era un portento de hermosura, pero era un tesoro de poesía. Del marco de una blanquísima toca mongil salia un rostro ideal, ojeroso, nevado, lánguido en el color, ardiente y varonil en la espresion.

Hasta que terminó la ceremonia, aquellos ojos y mis ojos no cesaron de mirarse. Salí del templo sin tener conciencia de mis actos. Anduve sin norte ni direccion, hasta que el cansancio me volvió en mí. Regresé á mi vivienda, y resolví ver á aquella mujer á todo trance. »

Sonreime al oir estas palabras de Gottschalk, pensando en la imposibilidad de que hubiera podido realizar sus propósitos; pero el *virtuoso* continuó diciendo:

—« No te asombre mi determinacion, porque solo seria incomprensible no proceder así despues de oir y ver aquella desgraciada. Desde aquel dia traté de ponerme en relacion con la abadesa del convento, buscando cualquier pretesto, cuando la casualidad vino en mi ayuda. Poco despues recibí una comunicacion de la comunidad relijiosa, dirijiéndome algunas alabanzas sobre mi mérito y agradeciéndome la parte que tomé en la última ceremonia.

Quise aprovechar aquella ocasion para visitar á la superiora del convento; pero no me fué posible sin intervencion del rector encargado de la iglesia. Me presentaron á él, y en su compañía pasé á un locutorio especial en que pude hablar á la abadesa.

Escusado es decir que la conversacion recayó sobre cosas de arte musical y sobre la brillantez de la última funcion en que yo tomé parte. Se habló de las cantoras de la comunidad, y gracias á mi habilidad pude saber el nombre de la encantadora reclusa de mis pensamientos.

Satisfecho mi primer deseo, ocupéme en lograr un intermediario entre ella y mi creciente pasion. »

Aquí Gottschalk me relató los medios de que se valió para poder hacer llegar un billete á manos de la reclusa, medios que la prudencia me impide dar á la publicidad por intervenir en ellos personas á quienes aun podria ofender y perjudicar este relato.

Dos cartas tuvo que escribir el artista para obtener una palabra de suya, pero tales y tan ardientes y tan bien sentidas fueron sus espresiones, que *ella* contestó por fin.

Este primer paso debia forzosamente ser orígen de otros mas graves, y lo fué. Queden á un lado los rodeos y detalles: una noche, tras algunas entrevistas en el jardin del convento, con harto peligro de la vida del pianista, *ella* abandonó el claustro huyendo en brazos del feliz amante.

Todo San Francisco se conmovió al dia siguiente con la noticia de la fuga de la reclusa, sin saber el nombre del raptor.

Ella pertenecia á unas de las primeras familias de California; su padre era rico é influyente, y esto, que acrecentó el escándalo, fué causa de que se pusieran en juego severas medidas contra el raptor y la robada. De tal modo peligraba Gottschalk en aquellas circunstancias, que sus amigos íntimos, conocedores del suceso, temieron por el artista y determinaron su alejamiento de San Francisco.

Narrar las peripecias de aquellas tribulaciones seria cosa de innumerables páginas. Para abreviar es suficiente decir que las autoridades y la familia descubrieron la verdad de la aventura, y que para Gottschalk no hubo mas salvacion que la fuga y el abandono de su adorada.

—«Mi separacion de los brazos de *ella*, me decia Gottschalk, fué el trance mas doloroso de mi ajitada existencia, su pena y la mia fueron tales, que ninguno de los que presenciaron el acto dejaron de derramar abundantes lágrimas.

Al dejarla, creí salvarme y salvarla, y facilitar despues nuestra perpétua union; pero ¡ay! ¡cuán engañado estaba! Cometí una cobardía que he espiado con todos los dolores del mundo. Por huir de una pena pasajera y por evitarle una humillacion, la perdí para siempre y arrojé sobre mi conciencia una pena perpétua. *Ella*, nuestros amigos y yo, todos padecimos el mas desgarrador de los errores.

Ella volvió á su hogar, en donde la ausencia, el rigor y la vergüenza estinguieron su hermosura y su existencia. Yo me lancé á la vorájine del mundo y al martirio de verla morir todos los dias en mis ensueños y remordimientos, representándola mi fantasía tendiendo hácia mi los brazos, sin que fuese dable recojer en mi boca su último suspiro.»

Efectivamente, el *virtuoso* era presa sin cesar de tales visiones cuando, tras la fatiga de sus viajes y sus conciertos, huia del bullicio de la sociedad.

En tal estado, durante su permanencia en el Rio de la Plata, dejó de pronto de recibir noticias de su amada, cuyo nombre me conservó siempre secreto.

Las cartas de aquella mujer fueron interrumpidas para siempre. Despues de dos correos del Pacífico sin recibirlas, llegó á Montevideo el vapor *John Elder*, portador de la nueva de la muerte de *ella*.

Gottschalk no tuvo calma para recibir este golpe

y fingir mientras tanto en el mundo su tranquilidad habitual. Alejóse de todas las miradas; permaneció retirado cerca de un mes, y despues de ese tiempo me hizo oir la composicion que hoy se denomina *¡Muerta!*

Al tocarla Gottschalk tenia el rostro literalmente inundado en lágrimas. Ha sido la única vez que le he visto llorar, en toda la acepcion de la palabra.

Apenas perdidas las últimas notas de aquella magnífica composicion, me decia lánguidamente:

—«Aquí, aquí, en estos compases está su voz. Paréceme que oigo aquel acento de ángel á través de las rejas de su encierro. Aquí he puesto las frases que cantaba con un acento robado á los coros del Paraiso.»

Tal fué el oríjen de la *¡Muerte!* de Gottschalk.»

Luis Ricardo Fors.

En el Sepulcro del Poeta Adolfo Berro

I

Jóven, muy jóven se extinguió tu vida,
Tu vida que no fué sinó un lamento,
Pero tan tierno, Adolfo, fué tu acento,
Que el tiempo en nuestras almas no extinguió.

Esculpida en el mármol veo la lira,
Que la muerte arrancó á tu yerta mano;
La corona, tambien, que el pueblo ufano
En tu pálida frente colocó.

Tu númen ¡Oh poeta! fué el que diera
A nuestra poesía sentimiento;
El le dió filosófico cimiento
Tú alzastes el poético pendon.

Gomez y Acha, Lamas y Cervantes,
Aurelio, y yo tus cantos escuchamos,
Y en tu esplendente huella el pié estampamos
Siguiendo tu fecunda inspiracion.

Los males que tú viste en el futuro,
Cómo tú lo dijiste se cumplieron,
Dias de llanto, y de dolor vinieron
A la jóven República Oriental.

De la patria en los dias de infortunio
Los himnos de sus vates no se oyeron,
Los écos de tus cantos se perdieron
Al fragor de la lucha fraternal.

De pasagera calma en un momento
A tu tumba llevé triste mirada,
Y de entre el polvo levanté olvidada
La lira que tú hicieras inmortal.

Acha á la patria dió «Silvestres Flores;»
Las «Brisas» de Cervantes murmuraron;
Y de nuevo tus versos resonaron
Impresos en novísima edicion.

Y entre aplausos, Adolfo, cuyos écos
Tu espíritu inmortal tal vez alcanza,
Oyó tus cantos llenos de enseñanza
Una Nueva Oriental generacion.

II

Decidme: ¿de tu sepulcro
Vinieron á los umbrales
Los poetas orientales
Vistiendo negro crespon,
Y aquí, de pié, descubiertos
Con el alma entristecida
Ante tu lira caida
Rindieron tierna ovacion?

De este mundo, sin ventura,
Arrojado en el torrente,
¿Vino el huérfano inocente,
Y la madre criminal?

¿Vinieron la pobre niña,
Que vive sin pan, ni abrigo,
El liberto y el mendigo
A tu losa sepulcral?

¿Vino la infeliz ramera,
En honda abyeccion caida,
De leve gasa vestida
A tu sepulcro á llorar?

¡La infeliz! á quien pediste
Sus galas al mar tirara,
Y su perdon implorara
De hinojos ante el altar?

¿Vino el preso una vez libre
De cerrojos y rastrillos,
Tu que oistes de sus grillos
El sonido funeral?

¿A cuya lóbrega cárcel
Dirijiste tu mirada,
Y su suerte desgraciada
Te afanaste en mejorar?

Vino á tu sepulcro el pueblo
Para el que ansioso querias
«Abrir anchurosas vias»
De dicha y de porvenir?

¿Honra tu tumba ese pueblo,
Que al progreso encaminaste,
Cuyos dolores lloraste,
Y quisiste redimir?

Dudo... tu tierno deseo
No miro yo realizado,
«A tu cruz no veo enlazado
«Aromático jazmin.»

Por eso ante tu sepulcro,
«Pensativa, y lacrimosa
«No dice, Adolfo, una hermosa
«Fué poeta, é infeliz.»

III

Poeta, tú no puedes responderme;
Tu duermes ese sueño tan profundo...
Los hombres son ingratos en el mundo
Solo escuchan la voz de su pasion.

Si no vienen aquellos, á quien diste
Toda tu alma en sentimientos bellos,
Con el arpa enlutada yo, por ellos,
Vengo á llorar al pié de tu panteon.

Montevideo.

Enrique Arrascaeta.

Las Momias

El paganismo helénico consume al cuerpo sobre una hoguera triunfal: del cadáver hace una hermosa llama. El hombre se disuelve como el diamante sin dejar tras sí ninguna de las escorias de la des-

truccion. La muerte no aparece en el bello clima de la Grecia sino bajo su forma mas ligera. Ella apaga la vida como la antorcha simbólica que sus genios fúnebres aplastan con el pié, y que espira en una blanda humareda. Entrega sus restos al elemento que borra y purifica; pero solo extrae de ellos un residuo diáfano, casi aéreo, un puñado de blancas cenizas: el polvo de las alas de la mariposa Psychè.

El judaismo y el cristianismo tratan mas duramente el despojo humano; devuelven la carne á la tierra; lo arrojan desnudo y sin defensa á los gusanos de la tumba. Job dice á la podredumbre: «Vosotros sois mis hermanos y mis hermanas.»

El Egipto solo ha pretendido luchar contra la destruccion. Ese cadáver, que los demas pueblos entregan á la tierra que mancha ó al fuego que devora, es saturado por él de incorruptibles perfumes; encadena bajo bandas delgadas su forma precaria, y, secuestrándolo, lo arranca á las metamórfosis de la corrupcion. Del muerto hace una momia; es decir, una estátua amasada en un monton de bálsamos.

Es un fenómeno característico, el de ese pueblo ocupado durante siglos enteros en embalsamarse á sí mismo, en ahondarse eternos sepulcros. Penetrad en el barrio fúnebre de Thebas: la ciudad de la muerte se muestra en medio de la ciudad viva, silenciosa como un sepulcro, activa como un laboratorio. Salas inmensas se suceden en ellas; su perspectiva prolongada sin término parece perderse en la eternidad. Allí, bajo la vigilancia de lúgubres sacerdotes, ceñidos de pieles de panteras, adornados de caretas de chacales, la casta de los embalsamadores se entrega silenciosamente á sus fúnebres trabajos. Allí, millares de cadáveres, elaborados por manos expertas, se elevan lentamente á la dignidad de momias, pasando por todas las fases de la crisálida trasformada y de la estatua pulida. Unos, ya sin entrañas, son llenados de aromas; otros son sumergidos en un caldero de betun, Estigia lustral que debe hacerlos invulnerables á la corrupcion. Estos se alargan bajo espirales de tiras delgadas; aquellos, ya dentro de su vaina de carton, solo esperan el pincel del escriba y del barnizador.

La ciudad fúnebre tiene sus gerarquías; las momias tienen su aristocracia, su burguesía y su plebe. Un grupo de peluqueros, de pintores y de joyeros se dedica al cuerpo del rey, del sacerdote y del potentado, le ponen cabellos postizos, pegan en la parte inferior de su rostro la barba trenzada, y colocan ojos de esmalte en las cavidades de sus caretas; lo adornan, para entrar en la tumba, como para entrar en la cámara nupcial de una Divinidad. Este tocado fúnebre aun es mayor con las mujeres de delicadeza y de lujo; tienen su gineceo en la ciudad mortuoria, y sus formas encantadoras, pulidas por manos de artistas, se metamorfosean en una vaga mezcla de perfumes y joyería. Se doran sus senos como copas, sus dedos como anillos, sus labios como collares. El embalsamador las esculpe en graciosas y castas actitudes; casi todas cruzan piadosamente los brazos sobre el pecho; hay otras que velan con ambas manos los misterios de su belleza: Vénus de Médicis del sepulcro! Mas conmovedora aun, una madre exhumada en Tebas oprime sobre el corazon una pequeña momia de niño recien nacido. Aquí el embalsamamiento sobrepasa la escultura; no es en la materia insensible, es en la vida misma, es en la carne, en lo que sufrió y lo que palpitó, en lo que se ha tallado ese grupo maternal.

Las momias de segunda clase están encerradas en cajas menos ricas y bajo sudarios mas ordinarios; los pobres y los esclavos, empaquetados apuradamente en canastas de ramos de palmera. Se ha comparado á menudo á las bibliotecas con cementerios; aquí podria tomarse en sentido inverso la comparacion y aplicarla estrictamente á la necrópolis egipcia. ¿Acaso no son libres esas momias pegadas á los lados de los muros, en sus sudarios de papiros y sus estuches cubiertos de escrituras y geroglíficos? Unas, magnificamente encuadernadas, refieren las glorias de la reyecia y los misterios del sacerdocio; otras, revestidas de cartonajes vulgares, solo encierran los secretos de la vida comun; las últimas, en fin, atadas bajo una vil cubierta, solo muestran la miseria y la desnudez de la esclavitud perpetuadas mas allá de la tumba.

Pero hay una igualdad que el viejo Egipto reconoce: es la de la conservacion en la muerte. El embalsamamiento es patrimonio del pobre como del rico; el esclavo que trabaja, bajo el látigo del inspector por un salario de tres hongos crudos, tiene la pirámide, como el Faraon que la hace construir para alojar en ella su cadáver. Los inválidos, los leprosos, los seres deformados por la elefanteásis no escapan á esta salmuera implacable; tienen su puesto en la ciudad fúnebre, en que hay embalsamadores especiales que salan y preparan las carnes purulentas. El feto mismo se modifica; lo que no ha vivido quiere sobrevivir. ¿Qué digo? esta locura sagrada franquea el reino animal; se estiende á las bestias, á los pájaros, á los peces, á los insectos, á lo que pasó por el mundo sin dejar otras huellas que un surco sobre la arena, que un nido sobre la rama, que una estela sobre las olas del Nilo. Se embalsaman los gatos, los perros, los cocodrilos, las ratas, los escarabajos, la musarañas, los huevos de serpiente. La mas pequeña, la mas fugitiva gota de vida, fijada por una atmósfera de aromas, se cristaliza y se eterniza. El Egipto se rebela contra la ley de la naturaleza en cuya virtud todo vuelve á entrar, todo se disuelve en la química universal que renueva á la materia; acepta la muerte, pero le prohibe destruir. A su fuerza de corrupcion opone una farmacia enérgica, un encarnizamiento secular, una teología que podia definirse: la higiene sagrada del cadáver!

¿Pero dónde amontonar esas generaciones inmóviles que ocupan, despues de su muerte, el sitio que ocupaban vivas? El Ejipto no retrocedió ante el problema; ese pueblo embalsamador se hizo sepulturero; inventó una arquitectura subterránea que repetian, pero agrandándolas, las enormidades de su arquitectura esterior. Imaginad un hombre cuya mirada atravesara la tierra; tendria, en Ejipto, la temible vision de un mundo subterráneo correspondiendo al mundo de fuera, diez veces mas vasto, cien veces mas profundo, mil veces mas poblado. Cada ciudad se repercute en necrópolis; cada casa oculta un pozo mortuorio: bajo el pié de cada hombre que pasa, se estiende, como raiz, en las entrañas de la tierra, una fila superpuesta de momias cuyo estremo se sumerje en profundidades insondables. El Ejipto no es mas que la fachada de un sepulcro inmenso; sus pirámides son mausoleos, sus montañas son enjambres de tumbas; el terreno dá un sonido hueco en sus llanuras, epidemias de vida estendida sobre un osario gigantesco. Para alojar sus cadáveres se ha transformado á sí mismo en cementerios; en cierto modo, parece haberse dedicado á la muerte.

El ejemplo hablaba muy alto; desde que un Faraon subia al trono, se principiaba á construir su

tumba; se trabajaba en él, el espacio de su vida; la altura ó la profundidad de su sepulcro en relacion con la duracion de su reinado. Cada dia veia agrandarse su pirámide ó alargarse el hipogeo que debia encerrar su momia. La muerte era el único horizonte de esos hombres sacrificados á las ideas, á los trabajos póstumos. Recorred los hipogeos sacerdotales ó reales, ahondados en el espesor de las montañas; atravesais sombrias y espléndidas filas de cuartos, de salas, de galerias, en que millones de manos se han gastado tallando las piedras, pintando los muros, desarrollando en la roca interminables lienzos de geroglificos. Los juegos, las cazas, los festines, las batallas, todo el poema de la vida, esculpido y colocado con elegancia grandiosa, está amortajado en esas catacumbas. ¡Y ese lujo del arte solo sirve para recrear los ojos de esmalte ó de carton pintado de una momia!—Los pintores y los escultores que los han decorado desde la base hasta la cúspide, han trabajado para la Noche y para el Silencio. Apenas habia tomado el cuerpo posesion de ellos, cuando la puerta desaparecia bajo moles inmensas de granito.

La montaña volvia á cerrarse sobre el palacio fúnebre, y ella lo devoraba en cierto modo, lo digeria, lo asimilaba á su masa infecunda. Solo existia desde entonces en el mapa de los sacerdotes, únicos geógrafos del mundo sepulcral.

Si ese mundo misterioso hubiera guardado su secreto, si los esplotadores no tuvieran el objeto de las hienas para descubrir las tumbas escondidas, y si el Egipto, inviolado hasta entónces, abriera súbitamente el catafalco á que su superficie sirve de portada, qué espectáculo se ostentaria al mundo de los vivos! Cuarenta siglos embalsamados! un Juicio Final de momias! la historia humana y la historia natural de las generaciones de hombres y de animales que, desde los Reyes Pastores hasta los Ptolomeos, pisotearon el suelo del Delta, milagrosamente conservadas!—Hé aquí á Sesostris y hé aquí á José!—Ese cocodrilo adornado de zarcillos era adorado en Ménfis.

El incienso ardia ante este ibis á quien el tiempo no ha quitado una pluma.—Colocada la mano sobre ese sudario bordado de perlas: bajo él palpitaba el corazon de Cleopatra. Y el áspid que mordió su brazo rubio como el ámbar, levanta al lado de ella su cabeza acerada!.... Por el perfume que exhala diriase que sale de su cesta de higos y de flores.

¿Cuál fué el principio del fetiquismo mortuorio que caracteriza á la raza egipcia? Es necesario preguntar á su mitología el sentido de sus estraños funerales: Segun la doctrina de sus sacerdotes, el alma dependia del cuerpo, aun despues de su separacion. Ella lo reflejaba de lejos en sus encarnaciones sucesivas; ella sentia al través del tiempo y el espacio sus mutilaciones y sus manchas. Su individualidad espiritual se hallaba en relacion con la integridad de su despojo material. De allí esos cuidados infinitos al cadáver, y la inviolabilidad que se le atribuye. Es la prenda que el hombre deja tras sí al partir para el [illegible] desconocido, su fianza, lo que responde por él, la hipoteca de su destino.

Añadid á esta razon omnipotente la piedad de los muertos exajerada. Virtud sin duda, pero virtud fatal cuando se exalta hasta el fanatismo. Ese culto de la muerte fué la plaga histórica de Egipto, plaga mas terrible que aquella con que la azotó Moisés. Muy mala es la escuela del sepulcro; enseña la inmovilidad, el aniquilamiento, el sueño. Un pueblo cae pronto en la decadencia cuando no hace mas que subir y bajar las escaleras de la tumba. Que ensaye un progreso,, que busque una nueva senda, que traspase el límite prescrito, y encontrará, formados en batalla, todo un ejército de mómias para rechazarlo. Acaso es mas sabio que sus antepasados que lo miran tan gravemente, con sus ojos exajerados de siglos, y cuyo cuerpo cargado de jeroglíficos se identifica al dogma que va á infringir?.. Se escapa á la doctrina oral, inmemorial, desvanecida en los hombres que en otra época la representaban en la tierra; pero, ¿cómo desafiar la tradicion embalsamada, empajada, palpable y que simula la vida?—Vuelve á entrar, viejo Egipto, en el surco ahondado por el buey que tu pueblo adora, y que simboliza su triste rutina. Vuelve á tus viejos ídolos de cabezas de gavilan ó de mono, mientras que los Dioses encantadores y soberbios que ellos han engendrado sin saberlo derraman sobre el mundo la vida, la libertad. la luz! talla esfinges de faz tan bestial como el amor, mientras que Fidias esculpe en el mármol del Pentélico las divinidades del heroismo y de la sabiduria! Inscribe penosamente á martillazos sobre tus obeliscos manuscritos sagrados, á la hora en que Homero canta en las sendas de las Ciclades, en que la palabra de Platon revolotea en la Grecia sobre las alas de las abejas que visitan sus labios. Hete preso en el círculo de la inmóvil serpiente que se muerde la cola al rededor del cuadrante eterno! Tu pasado momificado ofusca tu porvenir. Juega, pueblo—gnomo, con esas muñecas fúnebres que perpetúan tu infancia; barniza sus caretas, pinta sus ojos, colora sus vainas con las figuras que prescriben los ritos; adormécelos en sus sarcófagos murmurando las letanías ininteligibles que sus sacerdotes te han enseñado! Silencio, sobre todo, atrás la poesía, la filosofía, la elocuencia! el último de los sacristanes de Isis sabe mas que ellos.... Se habla despacio en el pais de las tumbas

Y luego, de todas las formas de la sepultura, el embalsamamiento es la mas chocante. Esta ridícula parodia de la vida oprime la inteligencia; esta ficticia perpetuidad del cuerpo parece negar la inmortalidad.

Me parece ver las alas del alma solidificarse en los aromas viscosos; me parece verla sellada en los lazos que rodean al cuerpo! ¿Cómo puede dejar trás sí una cosa tan ligera, un despojo tan pesado? Vale mil veces mas el aniquilamiento aparente de la forma humana que su conservacion tan artificial y tan horrible! Ciertamente, comprendo el temor que inspiran las tristes imágenes de la destruccion; comprendo que los ojos del amante ó los del hijo vean con horror la lenta disolucion del ser amado, al través de la tierra que lo cubre. Envidio aquella llama de la pira griega que quemaba la prision para libertar la cautiva, y que levantaba el cuerpo, como un águila de apoteósis, antes que la podredumbre, hubiera tenido tiempo de acercarse á él.

Hasta estraño los funerales, crueles en apariencia, de esas tribus guerreras que, temiendo manchar el seno de la tierra si deposita en él el cadáver, lo coloca sobre una roca donde sirve de pasto á los pájaros de presa,

« Cuál es, pregunta Zoroastro á Ormuzd, en el *Zend Avesta*, la tercera cosa disgusta á esta tierra que habitamos y que le impide sernos favorable Ormuzd respondió: Es, despues de haberla nivelado, construir una tumba para encerrar los cadáveres de los hombres.»—«Cuando un hombre muere, añade el *Zend-Avesta*, en los valles en que están situadas las aldeas, los pájaros se precipitan de lo alto de las montañas, descienden á las abruptas gargantas, y, arrojándose sobre su cuerpo lo devora con avidéz. En seguida esos pájaros se levantan á la cumbre de las montañas. Su pico, duro como la almendra, lleva á la carne muerta y á la presa

176

sobre las rocas.—De esta manera, el cadáver del hombre es trasportado desde el fondo de los valles hasta la cúspide de los montes.»

Esos funerales aéreos tienen grandeza y poesía. ¿Quién no prefiere la devorante mordedura de los cuervos, al lento trabajo de los gusanos del sepulcro? A falta de la llama que disuelve y transfigura, ¡qué transformacion mas rápida de la vida! El cuerpo dispensado toma las alas del pájaro, sube en ellas hácia las cimas, se sumerje en el éter, participa á la vida de las regiones sublimes. El héroe de una cancion griega se regocija de ser devorado por una águila:—«Devora, ave, apaciéntate con mi fuerza, devora mi valor; tus alas se agrandarán y se afilarán tus garras!»

Pero en fin la tierra acaba por purificar como el fuego; como él, á la larga, nos reduce á cenizas. Esta forma muerta que la imaginacion exhuma con terror, se abrevia, se empequeñece por grados del mundo visible; á sus rasgos desfigurados se sustituyen pronto las líneas ideales, los fugaces contornos de una aparicion.... Vedla posesionada de las regiones de la memoria y de las sombras! el espíritu la evoca del mismo modo que concibe la idea ó el sueño. ¡Qué bella y conmovedora es esta metamórfosis y á su lado, que grosera parece la perpetuidad del embalsamiento! ¿No es dotar de pueril importancia á nuestra efigie efímera, restaurarla penosamente cuando ha perdido su valor? Y qué! se borra la belleza, se marchita la juventud, se desgarra su vestido carnal á cada vuelta del camino, y el hombre se encarniza en disputar á la nada los restos de la enfermedad ó de la vejez, lo que ni siquiera es la careta ó el traje de la vida! ¡Bello espectáculo para el alma que acaba de abordar el mundo eterno, el ver sacarse durante siglos, en la otra orilla el harapo que acaba de dejar!

Esos mausoleos egipcios, que hacian rocas, para enterrar á una momia, indignan el espíritu por su hipérbole. La tumba no debe apartarse desmesuradamente de la estatura humana; el cuerpo es limitado, si el alma es infinita. El mundo no basta para contener la memoria de un héroe, pero es demasiado su mente para encerrar su cadáver. ¿Encierra la gran Pirámide el esqueleto de Leviatán ó las osamentas de un Faraon? *Quot libras in Alexandro?*

Una urna, una cruz negra, un turbante esculpido, sobran para quien vivió algunos dias.

He encontrado en el cementerio de Nuremberg, una tumba mas grande á mi modo de ver que todos los hipogeos del Egipto, con los colosos que los custodian, y los panegíricos grabados en sus paredes. Es una simple losa en donde está escrita esta sola palabra: *Resurgam*—«Volveré á levantarme!—Grito sublime arrojado por una piedra desnuda, por un féretro despedazado, por osamentas convertidas en polvo, pero que afirma la inmortalidad, mas alto que las pirámides, los sarcófagos y las momias indelebles del antiguo Ejipto!...

Paul de Saint Victor.

(Hommes et Dieux.)

LOS PALMARES

APUNTES PARA UN ARTÍCULO CRÍTICO

En su folletin, ha venido insertando *El Plata* últimamente una produccion nacional; y este acontecimiento en la literatura uruguaya, bien merece llamar la pública atencion, siendo poco comun entre nosotros que en la novela ú otro trabajo de algun aliento, busquen desahogo para sus inclinaciones intelectuales, los que se sienten presa de la necesidad de dar ensanche á las vehemencias de su alma y á los ensueños de su imaginacion, en un terreno en que no siempre se escuchan ecos amigos que respondan con la simpatía ó el aplauso, á los esfuerzos que por el predominio de sus generosos ideales hace el escritor desinteresado que comprende los deberes de su espinosa mision.

No han tenido mas recurso en nuestra pátria los aquejados por la exijencia de dar á conocer el pensamiento bullente de un cerebro abrumado por el peso de una aspiracion no divulgada, que refugiarse en las columnas del diario, para hacer literatura política sin desearlo muchas veces, siquiera se tubiese el vago anhelo de darle forma práctica ante el tribunal de la opinion, á los proyectos concebidos en buscada soledad, al calor de un patriotismo enardecido.

Con una que otra brillante excepcion, el periodismo político y la poesía lírica, ensayadas por razones del momento, han sido las únicas manifestaciones literarias en la República.

Bajo la presion de instancias apremiantes de una série no interrumpida de infortunios, nuestros hombres de valer que en otros centros de actividad intelectual enaltecida y respetada, tendrian facilidades para dar espansion á sus tendencias literarias, se hacen en Montevideo por la dura ley de la necesidad, empleados públicos, médicos, abogados, diaristas!..... *Sic volvere parcas!*

En estas condiciones y en esta sociedad ha salido á luz la novela «Los Palmares» destinada á la vida efímera de los artículos de diario, si un sentimiento caritativo de su autor no la ampara, bajo la forma del libro, contra la triste suerte de esas hojas volantes, pan espiritual de cada dia, que tira y desgarra el lector impío, que se confortó con la leccion recibida, con el consejo aceptado, con la senda señalada á su paso inseguro y vacilante, en los dias sin fé del desencanto.

En una introduccion á «Caramurú» novela escrita en Madrid por el primero de nuestros literatos, decia don Rafael María Baralt el año 1850: «Hay de presente para la novela en América mas rica mina de materiales que para cualquiera otra obra de literatura.»

Por lo que á mina de materiales respecta, bien puede haber acertado el distinguidísimo escritor venezolano; pero si al mismo tiempo acarició la ilusion de que el venero fuese fácilmente esplotable; ha debido morir renunciando á sus esperanzas, porque al lado de las minas de fúlgida riqueza, hay otras minas de desórden y de errores que descubren con raro tino los politicastros y los tiranuelos, haciendo imposible la entrada eficáz de los elementos dispuestos á ejercitar su accion moralizadora con la palabra y con el libro.

La novela que es la manifestacion literaria que mas vuelo ha tomado en el siglo XIX, no ha tenido en la América latina una representacion proporcional á los demás géneros de literatura que se han cultivado con éxito vario.

Por eso sin duda ha alcanzado una fama asombrosa «María» único libro escrito en América que haya hecho llorar del Cauca al Plata segun la expresion de Canó, y que entre tanto, á la vuelta de descripciones magistrales de la espléndida naturaleza americana, y de la figura admirablemente delineada de la protagonista, no es mas que el eterno idilio del amor que tuvo su pareja griega en «Daf-

nis y Cloe» artísticamente presentados al mundo por Longo, y que ha recibido despues de Saint Pierre, de Chateaubriand, y sobre todo de Lamartine esa forma halagadora y definida, que nos hace á los diez y ocho años, encontrar en la mujer que nos impresiona la primera, las sombras de Virginia y de Graziella, superadas en la candidez de nuestros sueños por la dulce mirada de la vírgen que absorve con su imágen imborrable, las horas ¡ay! fugaces de una adolescencia apasionada.

Pero antes de que tome la novela americana un impulso creciente, han de pasar los tiempos; como que su accion moralizadora y su enseñanza son lentas relativamente, y por lo tanto, es un género para sociedades adelantadas, donde los escritores de ciertas condiciones no estén obligados á insistir diariamente sobre los más primordiales puntos de conveniencia general, yá realmente conquistados por las agrupaciones humanas en progreso.

Entre nosotros el combate ha de ser tan activo, que un libro de regular importancia, llegará las más de las veces tarde, habiéndose emprendido su publicacion con el muy laudable propósito de que llenase una inmediata necesidad.

Así, las fuerzas convergen á la propaganda infatigable del periodismo político, dejando para dias más serenos determinadas formas de la propaganda oral, y la severa enseñanza del libro meditado en la vida tranquila que consienten las conquistas de la libertad y del gobierno regularmente constituido; cosas de que estamos hoy algo distantes por lo ménos.

Prescindiendo ya de estas consideraciones que podrian llevarnos muy léjos, ocupémonos del asunto que dá mérito á estas líneas.

«Los Palmares» es una novela con todos los lunares y todas las bellezas, que por lo general encierran las primeras obras de un hombre de talento que ensaya las álas de su espíritu en region que aun no le es bien conocida. Produccion romancesca arrancada en horas de desencanto y de fatiga á quien se vió desde sus veinte años envuelto en la vorágine de las luchas azarosas de un pueblo desgraciado; tregua ofrecida á la actividad de una mente impresionable postrada ante el tristísimo espectáculo de los más altos principios subvertidos, y las más altas inmoralidades entronizadas; consuelo de las horas del recogimiento impuesto á quien deseara no haber tenido que romper su pluma de diarista ante la violencia, y sofocar su palabra de tribuno ante la imperiosa voz del despotismo,—no puede ser la obra de la imaginacion europea, meditada en un hogar apacible, esperada con ansia por miles de lectores, y recompensada despues del fallo glorioso de la opinion, con uno de aquellos asientos que ocupan los cuarenta inmortales, cuando han diseñado los melancólicos contornos de «Mariana» la pobre pecadora, ó las íntimas agitaciones del alma de Sibyla, y se llaman Julio Sandeau ú Octavio Feuillet.

Aquí sin recompensa y sin estímulo, solo se cultivarán ciertos géneros literarios ocasionalmente. Y lo decimos con dolor; porque hoy más que nunca se necesitan los libros que hablen al espíritu elevándolo á las contemplaciones del ideal en los dominios del arte, ya que se escriben tantos para materializar la época, marcando el descenso que conduce de Kant á Buchner, y como consecuencia de Balzac á Zola.

Todo se podria armonizar si no se cayese en el vértigo de las exageraciones; y el siglo de los inventos prodigiosos y de las industrias que deslumbran, bien podria tambien ser el de las altas concepciones de la idea, si no se confundiesen frecuentemente con más impremeditacion que mal intento, los campos de la labor intelectual, que el Creador separó con un abismo en los designios de su fallo soberano.

«Los Palmares» es algo que surge felizmente de una pluma espiritualista que toma á beneficio de inventario las excelencias del positivismo ó realismo literario que tanto se preconiza en nuestros dias. Es una novela sin complicacion y sin intriga, en que todo sucede naturalmente, porque sus personajes están desde un principio diseñados para sostener hasta el fin, el papel que en el mundo representan. Acaso falta calor y animacion á esos personajes, los cuales odiosos ó simpáticos, se exhiben sin el sello de originalidad que engrandece los tipos romancescos. No importa: empezad la lectura. Os atrae desde el primer momento: la vida real está bien expresada; los caracteres casi todos bien pintados; el interés resulta permanente; las costumbres rústicas y burguesas en general bien descritas; hay verdad en el colorido local y dos de sus personajes, María Angelica y el Capitan Miguel predominan entre todos los demás, destacándose de una manera bien acentuada, para confirmar á los lectores en el juicio que acerca de ambos tiene el propio doctor Ramirez, y manifestó en las líneas de introduccion con un criterio que no suele abundar en los autores. Recordemos que Cervántes cifraba en «Pérsiles» sus mayores ilusiones de gloria literaria.

Tiene sobre todo la novela que nos ocupa, fondo de verdad, sin que á el se mezcle nada de demasiado llano ó harto pedestre; esa verdad que puesta de relieve segun sean las fuer s del escritor, y decorada alegre ó tristemente, con risas ó con llanto dada la diversidad de los casos, decide para siempre de la suerte de una obra romancesca. Es así que Saintine nos identifica en la lectura de «Picciola» con la suerte de su héroe; y la historia sencilla pero verosímil de un prisionero y una flor, interesa sobre manera, por cuanto á pesar de su aparente nimiedad, no presenta exageraciones que choquen. De igual modo aseguraron su éxito duradero los cuadros espiritualmente concebidos por Henry Murger pintando las animadas escenas de la vida de los bohemios.

Y es la verdad tambien que luce en los «Los Palmares» donde no se descubren los efectos rebuscados, la que dará larga y honrada vida á ese romance en los anales de la uruguaya literatura.

Aquella María Angélica «que no es linda pero buena como un ángel,» segun la espresion cariñosa de la madre, jóven blanca y pálida que con sus diez y seis años, retrata su porvenir sombrío en su lánguida mirada, de cabellera rubia, «anudada en trenzas sobre el cuello, cayendo en ondas sobre la frente,» es un tipo admirable de belleza modesta y atrayente que vá interesando á medida que más penetra el lector en su alma. Las visitas diarias al jardin en busca de «flores para su vírgen del Cármen» nos la muestran desde luego poética y sencilla, queriendo encontrar en la naturaleza y en la religion, esos consuelos anhelados con respéto, fecundos en bienes cuando se cruza el lago terso de las ilusiones juveniles, inútiles y olvidados, así que el alma es presa del turbulento mar de las pasiones desencadenadas en el corazon de la amante traicionada, ó en el alma de la incauta pecadora que delira y desfallece huérfana de la representacion de su afecto preferente aquí en la tierra. La vision fatídica de Miguel «blandiendo su puñal ensangrentado» tenia forzosamente que producir en su vida de puro sentimiento el instante de demen-

cia dolorosa, que la condujera á procurarse «flotante lecho de muerte entre los sarandies y camalotes de la costa».

¡Qué contraste entre la hija de los «despoblados» sin ficcion y sin arte, y la reina de los salones, Adela, la coqueta despiadada, que si la separamos de las esterioridades de una educacion preparada para todo fingimiento con el auxilio de «mórbidas y bien torneadas formas, que hubieran podido servir de modelo al tipo escultural de la belleza,» queda reducida á un cuerpo sin alma, á un corazon sin latidos, á una estatua animada para el mal!

Rosada y rubia, con ojos negros grandes y brillantes, es sin duda como la viajera de *El tren espreso!*

digna de ser morena y sevillana

Pero no es digna seguramente de que Eduardo hunda en el dolor de la desesperacion á la inesperta niña de «Los Palmares» que sublimada por el amor correspondido habria llevado al hogar de sus desvelos amorosos, todos los tesoros de cariño y de ternura que no supo deponer en el altar del pobre Eduardo, aquella Adela que infernó los dias de su existencia, siendo «no solo la indiferencia sino el desamor; no solo la materia inerme embrutecida y baja, sino tambien el mal, la ironía insultante, la hostilidad incansable, la agresion traidora, el génio de la perversidad.»

Esa es Adela, simbolo del egoismo cruel, como María Angélica es la generosidad abnegada, sin vínculos con el mundo, porque el mundo no ha sabido comprenderla; sin apego á las cosas de la tierra, porque en su alma, solo son sombras errantes que ceden ante la realidad del sentimiento de amor inmenso que la arrebata á todo cálculo de interes personal. Una bala de la pistola de Eduardo, ha podido llegarle al corazon; «matarme—dice ella—qué importaba al fin!»

María Agélica es la figura dominante en la novela; la que el lector tardará más tiempo en olvidar, porque como dice con toda exactitud. Paul de Saint Victor: «La imaginacion del hombre es en el fondo triste y seria Entre los seres ficticios no admite en su intimidad, sinó los que la conmueven ó ennoblecen.»

Sin tachar como inverosímil la resistencia de poco tiempo, que opuso María Angelica á su seductor, habriamos empero deseado en beneficio de ella, ya que de todos modos la absolvemos, que hubiese opuesto alguna resistencia mas tenáz, antes que anublando por completo la pasion, los dictados de su conciencia inmaculada «cayese sin fuerzas en los brazos de su amante.»

Porque es lo cierto, que generalmente las campañas como la emprendida por Eduardo, dan su trabajillo, siendo los menos frecuentes, aquellos casos en que se puede parodiar á César en su parte de la sumision del Ponto.

Por lo demas, ni por asomos se nos oculta, la casual complicidad de la tormenta, «*interea magno misceri murmure cœlum incipit*,» y el refugio en la glorieta, especie de gruta, «*speluncam*», que si en circunstancias análogas consagró el himeneo extra-legal de la reina de Cartago con aquel Eneas que Virgilio llama incesantemente «el piadoso» á despecho de la mala jugada que le hiciera á Dido, bien pudo tambien contribuir como contribuyó al más pronto desenlace de la campaña de Eduardo, auxiliado por la ingénua disposicion de la niña de «Los Palmares» y la poética oscuridad de aquella glorieta que en dia tormentoso, era asilo contra el agua, contra el viento, y contra el frio: pero incentivo á la vez para ser teatro de esos dramas del corazon, que destina la fatalidad del sentimiento á comenzar con el arrullo de los besos robados á la intransigencia del consejo pudoroso en horas de deliquio indescriptible, y que terminan con lágrimas de sangre en las crueles aflicciones de la desolacion y de la muerte.

Y por ese eslabonamiento incomprensible de las cosas de la tierra que se ven y no se explican, que se palpan y nos aturden, antes de que el puñal de Miguel hubiese partido el corazon de Eduardo, para poder decirle á María Angélica blandiendo el arma homicida: «estás vengada, «ya ella harto lo habia sido por Adela encadenando á los caprichos de su altaneria insoportable, la suerte del ingrato amante de la sencilla hija de los campos. Tuvo esta tiempo suficiente para presenciar en la estancia, de que manera fué Eduardo arrastrado fatalmente á envolverse en el mundo de dolores, de desolacion, de cruel hastio, con la misma intensidad del sufrimiento que él supo abrir en el alma de su generosa y verdadera amante desde el momento en que se lanzara á la tarea de su empeñosa seducion.

El estado del ánimo de aquel hombre, que huia de la mujer que le infernaba la existencia, y en la laxitud de un pesar inenarrable, vagaba por el campo sin rumbo ni otro objeto que acallar el pensamiento fijo de su engaño y su destino ¿que mas era que un comienzo de espiacion que le revelaba su conciencia? Cuando él cayó sin vida al golpe certero de su rival, ya no tenia vinculo ninguno con el mundo, yá la cruel peregrinacion tocaba á su término; aquella alma estaba herida de muerte.

Eduardo era al decir de su amigo y confidente Luis: «débil, vulgar, irresoluto para subyugar á una mujer como Adela»; pero era algo mas tambien: como el personaje de «Pasarse de listo» que un crítico español encontró que se pasaba de tonto, Eduardo solia hacer cosas que de débil é irresoluto lo tornan á nuestro juicio en simple y por demás paciente. Nos hubiese agradado que la escusa, fuerte á la verdad, de su pasion, no le condujera al baile con «el aspecto de un poeta romantico pobre y desgraciado, que sombreaba la amarillez del rostro con la pelusa criada durante los dias del viaje, llevando la cabeza empapada, para desenredar sus caballos ensortijados y cubiertos del polvo del camino;» y como si esto fuese poco «la camisa era bastante antigua, el cuello le estaba grande, la corbata un poco turbia, el frac y los pantalones ajados, y los guantes no tenian ni aproximadamente la terza blancura del cisne.»

Para difráz carnavalesco de poeta romántico, indudablemente no era malo el traje de Eduardo; pero ya que la dueña de la casa no pudiera espulsarlo haciéndole comprender por medio de algun amigo comun, la inconveniencia de presentarse en aquel lastimoso estado, siquiera sea por esa noche, perdonemos las veleidades de Adela y sus aspavientos á misia Rosaura. ¿Porque, como se carga ante una reunion selecta y numerosa con la responsabilidad de declarar, que aquella estampa de la heregía era de la masa con que se idealiza el tipo archi-simpatico de los novios y los yernos?

No es Eduardo á quien presenta el autor con mas felicidad en la novela. Ha querido hacerlo «inteligente y bueno»—capitulo 2.º—algo debil, generoso, no muy sagaz como resultado de la venda que ponia ante sus ojos la pasion por Adela que absorvia todo su ser; pero exagerando poco á poco su carácter en la trabazon del romance, lo ha torado de debil en ridículo y poco avisado.

Sus prolijas observaciones con anteojo en la azotea de la zapateria desde donde contemplaba aquellos duos, poco edificantes para vistos, de Adela con Eugenio, á mano apretada en un mullido sofá, sin moros en la costa, gracias á las oportunas escursiones de Misia Rosaura por el interior de la casa, y en una

sala sin luz artificial suprimida en homenaje á las bellezas de la noche, eran á la verdad observaciones como para que el de la azotea considerase de alta conveniencia renunciar á sus pretensiones matrimoniales cediendo el campo al afortunado porteño. No es asi sin embargo, y un duelo concertado despues de una escena soberanamente ridícula para Eduardo, reanuda antiguos vinculos, echando un velo sobre los sucesos del baile y el comprometedor realismo de las envidiables espansiones de Eugenio.

Para esplicar hasta cierto punto cómo fecundizó una mala educacion las tendencias con que la naturaleza dotára á Adela, Misia Rosaura prototipo de vieja cursi es una figura sombreada con tintes palpitantes de verdad y travesura. No tiene mas objetivo permanente que llenar con la maternal indulgencia de la mas ingénua satisfaccion, todos y cada uno de los caprichos y genialidades que harian insoportable para otra que no fuera ella, el dominio de la niña altanera, displicente y desigual que no cuenta para su conducta con mas titulo que la imponente frescura de su plástica belleza.

Satisfacer las exigencias de su hija sin examinar hasta qué punto sean de buena ley, acariciar el proyecto de un enlace que halague el amor propio de Adela por el brillo de la fortuna, y asegurar en la víctima elegida para hijo político preciosa garantia para una vejez que no se dibuja con los apetecibles colores de la opulencia, hé ahi todo el plan social y financiero que se trasluce en el egoismo de Misia Rosaura, supeditado no obstante por un amor entrañable á su hija, cariño mal entendido, pero al fin cariño, que hace tolerables la mayor parte de sus estravagancias.

Pero dejemos de lado yá á la madre de Adela, para irnos aproximando al desenlace, que vá á preparar Leon, indiecito ladino, y en el fondo de su alma rencoroso, llevando consigo la influencia de los odios que ha excitado la repeticion de las zurras que no le economizó el patron.

Antes sin embargo, dirijamos una mirada á Luis el calavera, «favorecido por los dones de la fortuna y de la naturaleza, egoista, insensible y descreido, que sin escrúpulo ni ambiciones, habia deshojado desde tiernos años todas las flores de la vida, gastando en el placer las fuerzas vitales de su cuerpo y de su alma,» para concluir por no tener «otra aspiracion que el escándalo social.»

¿Era necesario este personaje para el complemento de la novela? El relato no habria languidecido, sin su intervencion en los amores de Eduardo, y sus demás cínicas manifestaciones en el curso de la narracion; pero odioso como es, presenta una fisonomia bien burilada, y por desgracia verdadera. Es él, sin embargo, quien ha estado más cerca de hacer un mal tercio al autor, porque con su desvergonzado atropello á María Angélica, y á poco que hubiese seguido revelándonos sus relaciones en casa de Misia Rosaura, nos habriamos hallado con ciertas escenas, algo arriscadas para los escritores que no pertenecen á la escuela nauseabunda de los Goncourt y los Zola. Aquellas miradas retrospectivas á los primeros años de Adela, en que se la presenta impúdica y voluptuosa, dócil ante los abusos del abogado amigo de la familia, son de un realismo por demás peligroso y censurable.

Luis es de la clase de aquel Szaffie de «La Salamandra» de Suè, espiritual, rico, y corrompido, que desgarra el corazon de la tierna Alice. Luis es capaz de todo; con tan pocos escrúpulos para prepararse un porvenir en el seno de la intimidad de Adela, dominada aun por las primeras impresiones de su vida, mantenidas con la seductora habilidad por él empleada, que casi puede decirse que se le vé jugar á cartas vistas. Se condena de antemano á la complicidad de un adulterio con la esposa de su confidente y de su amigo. Por suerte el puñal de Miguel vá á salvar al autor de «Los Palmares» de que su novela figure como una digna hermana de «Fanny» ó de «Madame Bovary.» Bendito Puñal!

Ya estamos frente al capitan Miguel. Leon le ha hecho sabedor de las relaciones de María Angélica con Eduardo, y del grado á que llegaron. El gaucho «altivo y melancólico» ha escuchado en silencio, para tomar una resolucion. Sin embargo quiere cerciorarse por completo de la verdad de su desdicha inmensa. Se resigna á oir de los lábios de la mujer amada las revelaciones que luego le conducen á un homicidio premeditado en el tormento de los celos, y acariciado, ora como el consuelo de una venganza personal, ora como el último homenage que en la hora suprema de partir de «Los Palmares» para siempre, quiere rendirle á María Angélica matando al seductor, sin atender á la generosa intercesion de la ofendida.

El escritor argentino D. Pedro Goyena ha dicho, «que el gaucho de las llanuras de su pátria, es un personaje eminentemente byroniano.» Es cierto, y en la sombria persistencia de carácter que muestra el capitan Miguel hay algo del Giaour.

Huyó de «Los Palmares», y solo se supo de él al cabo de dos años, que en un levantamiento de la Provincia de Entre-Rios hacia prodigios de valor y de crueldad en las filas revolucionarias. Despues de su primer delito, sus manos, como las del gran criminal de Shakespeare enrojecerian el océano antes que lavarse, despidiendo aquel olor que Lady Macbeth no podia estirpar con todos los perfumes de la Arabia. Miguel quedó perdido para el bien.

¿El hombre de nuestros campos, como el de las llanuras argentinas, lleva en su frente escrito el pesar de un destino que no se ha definido en su favor. El servicio de fronteras en la República vecina, por años enteros, con abandono del hogar, sin remuneracion arreglada al sacrificio despoticamente impuesto; la remonta entre nosotros de los batallones de linea con el vecino arrancado á su trabajo, con el gaucho inculto pero bueno, declarado vago por el primer vagabundo de profesion que lleva una espada al cinto; mil otras injusticias que no es aquí el caso de apuntar, han venido á darle la razon al gaucho agorero y suspicaz, descrito hace sesenta años por nuestro poeta Hidalgo:

Digo que hemos de ser libres
Cuando hable mi mancarron

Aquellos gauchos orientales desordenados y temibles que vencian en Las Piedras con Artigas, que por defender la libertad de un mundo se hacian ametrallar heróicamento en el desastre atroz de Sipe-Sipe, bajo la férrea disciplina de Pagola y de Rondeau; que hemos visto despues de esos gloriosos tiempos, servir con desinterés y con lealtad las ambiciones de imbéciles caudillos, que ellos consideraban patriótas generosos; esos pobres desheredados que al través de tantas vicisitudes no cambian de suerte en comparacion con el hombre de la ciudad, se harán justicia por su mano muchas veces como el capitan de «Los Palmares» serán crueles en la guerra y desconfiados en la paz.

Miguel pasará por delante de las acacias y parrisos á cuya sombra se le presentó como un enigma la indiferencia de María Angélica, esquiva para él que queria honrarla con la santa corona de la esposa, dócil para quien en poco tiempo la hizo descender al extravio de un amor sin ventura ni espe-

ranzas; huirá de «Los Palmares», pero eterno será el dolor de su infortunio. Podemos saludarle en su carrera con las palabras del cantor de Lázaro:

¿Dónde irás, infeliz, que no te siga
El salvaje pesar que te enloquece?
La sombra de los piés se desvanece
Ay! pero ella, la del alma, nó!

Vamos á terminar. Nuestros apuntes no son un juicio crítico; importan solo el testimonio ingenuo de impresiones nacidas con la primer lectura de una novela que llena en su conjunto los exijentes preceptos del arte.

Que tenga la novela sus defectos ¿á qué negarlo? Todas las novelas los tienen; razon por la cual entre los innumerables escritores que cultivan ese género literario, no son muchos los que alcanzan reputacion merecida. No han abundado los Thackeray en Inglaterra, como no abundan hoy los Cherbuliez en Francia, los Valera en España, ni mucho menos los Isaacs en América.

Pero con todas sus imperfecciones, consideramos á «Los Palmares» un romance superior á muchos de los que corren suscritos por nombres conocidos en el mundo de las letras.

Su desenlace hábilmente desenvuelto, no ultraja la moral que desconocen á las veces los novelistas mas encumbrados; y limitémonos al recuerdo de Jorge Sand sin ir mas lejos.

La moral de convencion no es para la novela ni para el drama. El ejemplo tiene que deducirse del enlace de los sucesos, ayudándose el lector de su conocimiento de la vida. No es forzoso que el autor mande al cadalso á todos los malvados y recompense todas las virtudes. No pasan así las cosas en el mundo. No las entendia de esa manera Shakespeare, haciendo morir trágicamente á Desdémona, inocente de todo crimen, y cuando más culpable de femenil ligereza.

Arreglar bien, lo que llama Echegaray, «los pedazos dispersos de la realidad»; hacer simpática á la inocencia, noble y generosa á la virtud, odioso y vil el crimen, he ahí la obligacion moral del novelista.

A este criterio se ha ajustado el autor de «Los Palmares.» María Angélica y Eduardo pagan sus faltas á la vista del lector. Adela y Luis se hacen antipáticos á más y mejor gracias á la manera feliz con que exhibe de relieve la novela, las malas condiciones de que ambos están poseidos.

Miguel juguete de su marcha errante, acosado por la fiebre de la nostalgia, recordará con dolor que le ha cerrado las puertas anchurosas de la pátria el puñal que arrebató la vida á Eduardo. No tenia el autor de «Los Palmares obligacion de hacer mas. La suerte que en lo futuro espera á una mujer como Adela, ó á un licencioso como Luis, la sabrá descifrar el lector inteligente, á quien el novelista ha presentado con colores poco envidiables, la coquetería llevada hasta el engaño criminal, y el libertinage hasta el cinismo que repugna.

Si los presentes apuntes sirven para despertar en plumas mas autorizadas que la nuestra, el deseo de dirigir una palabra de aliento al autor de una produccion romancesca que honra la literatura nacional, por bien servidos nos daremos; y entre tanto, séanos permitido repetir que estos apuntes no tienen la pretension de un juicio crítico; que para eso nuestras fuerzas no alcanzaran, como quiera que, si la familia de los grandes novelistas no es muy larga, mas limitada es acaso la de los Janin y los Sainte-Beuve.

Luis Melian Lafinur.

Montevideo, Octubre 30 de 1880.

Nirvana

Bajo este enigmático título se ha publicado entre nosotros un libro, que aquí ha pasado casi desapercibido, y que en la márgen oriental del Plata ha levantado una polvareda en que el mismo libro se ha perdido de vista.

El libro mismo está envuelto en cierta nube polvorosa, al través de la cual se hace difícil determinar sus contornos, discernir las proyecciones de su autor y ver de bulto las conclusiones mas ó menos definidas á que llega despues de su peregrinacion al través de cerca de cuatrocientas páginas.

El *Nirvana*, que el autor ha sustantivado, siendo un adjetivo que denota una persona en cierto estado estático del alma, responde hasta cierto punto á la intencion que lo ha inspirado, bien que dé menos de lo que promete y algo que está en abierta contradiccion con él.

El nirvanismo, en las creencias religiosas de la India, es un desprendimiento de las cosas terrenales, en que el hombre va gradualmente dejando de ser hombre, separándose sin dolor de su ser material hasta incorporarse en la esencia divina como el alcanfor, segun el símil budhico, que arrojado al fuego se disipa en aromas que vuelven purificados á su creador.

Aplicada esta premisa por vía de epígrafe á la política militante y trascendental de los partidos y de los pueblos del Rio de la Plata, con relacion á sus propios elementos, ó á sus atingencias entre sí y con sus vecinos, resulta algo de multiforme, vago, contradictorio y negativo, cuya clave no dá el título ni el texto, y cuya esplicacion no se lee con claridad entre el blanco de los renglones.

La primera y segunda parte, contraida á política retrospectiva del Estado Oriental, en que la persona del autor ha estado interesada, es todo lo que se quiere menos una renunciacion de los bienes terrestres y una proyeccion hácia el ideal en la inmensidad. Es un manifiesto de la guerra de ayer y un grito de combate, látigo en mano, lanzado en pleno entrevero político, en que se hace fuego así sobre las banderolas de las lanzas de los combatientes, como sobre la bandera que á todos cubre y que el nirvano renuncia con mas enojo que estoicismo.

Los ecos de la camorra han llegado hasta nosotros, y como lo ha dicho el Sr. Magariños Cervantes,—á quien el libro es dedicado,—tambien el clamoreo de los flagelados por el autor de *Nirvana* con su disciplina de tres ramales como la del penitente índico.

Pero es digno de notarse, que hasta el presente, solo la parte político-personal de la polémica haya ocupado principalmente las columnas de la prensa de la vecina república hermana, prescindiendo casi por completo de lo que constituye el verdadero argumento del libro, que es nada menos que la cuestion de la existencia del Estado Oriental como nacion.

Están en su derecho los agredidos en devolver golpe por golpe, aunque nos parece que pierden demasiado tiempo en llevarse las manos á la parte dolorida; pero pensamos que harian mejor en llevar la vista á las llagas que con mano poco caritativa, pero á veces certera, les señala su adversario.

No nos toca á nosotros tomar parte en las reyertas parciales que el ataque ha provocado, que, por otra parte, tienen en sí mismo poco interés aun para la suerte presente y futura de nuestros hermanos y vecinos los orientales, y por lo tanto seguimos el consejo del poeta, con espíritu mas benévolo, no hablando de ello, mirando y pasando adelante.

En la tercera parte del libro, que comprende casi las tres cuartas de él, el lector, despues de haber

atravesado pasadizos tortuosos y tenebrosos, se encuentra en espacios mas vastos, en que se descubren horizontes, ora negros, ora nebulosos, ora iluminados por luces intermitentes y siniestras, que al principio hacen el efecto de una decoracion de teatro, pero que luego se vé que si no son la realidad, son por lo menos su reflejo en el alma del que al asumir el estado nirvánico presenta el espectáculo convencional de su espíritu en el momento de escribir, lo que segun sus palabras es «la atraccion simpática del abismo.»

No se puede negar á esa parte de *Nirvana*, estudio, intencion, seriedad y vistas generales, que aunque traidas todas á su cuadro fatídico, abarcan todos los horizontes de las repúblicas del Plata, en sus rleaciones con el Brasil principalmente.

Esa parte, comprende el pasado, que se liga al porvenir por un punto oscuro, punto que, sin embargo, constituye el núcleo del libro y encierra su intencion oculta, comó sucede en la nube negra cargada de electricidad que proyecta el relámpago.

Su criterio histórico no es ámplio, ni siempre correcto en sus líneas generales, empero tenga por guia un instinto de conservacion social y solidaridad moral, á cuya luz procura esplicarse lógicamente los fenómenos del pasado, para deducir de ellos, no precisamente la ley, sino la fatalidad del porvenir.

El Dr. D. Angel Floro Costa, que es el autor de la obra que venimos examinando, oriental él tambien y animado de cierto patriotismo nirvánico que se ha inoculado, condena irremisiblemente en nombre de su sistema histórico y su teoría político-social, á su patria, á desaparecer necesariamente como nacion, á sus compatriotas á ser uncidos al yugo de la fatalidad.

En sus escursiones por la historia, la geografía y la sociología, cree entrever una luz de esperanza en la anexion del Estado Oriental á la República Argentina; pero luego esa luz se apaga en «un eclipse histórico,» segun su expresion, y su última palabra de desaliento es, que su patria será brasilera ó por las fuerzas ciegas del destino ó por el roce de un pueblo conquistador mejor armado para la lucha de la vida.

Descúbrese en esta parte de su estudio, una marcada predileccion por la union Argentina-Oriental, á la cual renuncia con dolor, porque vé en ella una salvacion natural contra la fatalidad que agobia á su patria; como se descubre la intencion trasparente de cargar de sombras el cuadro de su absorcion por el Brasil, para interesar en su solucion predilecta las voluntades de los hombres de comun orígen en ambas orillas del Plata, que hablan la misma lengua y profesan el mismo credo.

A este propósito, el autor de *Nirvana* no se ha dado cuenta clara de las ideas dominantes en los hombres de Estado de la República Argentina, que formula en palabras incorrectas, sin alcance político, sin significado filosófico ni sentido moral.

La idea de reconstruir el antiguo vireynato del Rio de la Plata, es un sueño que todos los argentinos han abrigado mas ó menos en sus dias de entusiasmo juvenil, en que la política se hace con la imaginacion y el patriotismo se alimenta con perspectivas de grandeza fantástica. El tiempo, la propia esperiencia, la escuela austera del dolor, la elaboracion difícil de nuestra propia nacionalidad y la responsabilidad solemne ante las generaciones presentes y futuras, nos han dado una nocion, mas evidente de nuestra razon de ser como nacion, una percepcion mas clara de nuestros destinos y nuestra mision, así como una conciencia mas equilibrada dentro de los elementos que constituyen nuestra vitalidad en el tiempo y el espacio.

Si alguna vez las partes ó el todo de lo que antiguamente formó el vireynato del Rio de la Plata, volviesen á reunirse en un solo cuerpo de nacion, seria por su propia gravitacion, como la Alemania se ha condensado y la Italia se ha unido por sus afinidades electivas; pero nunca por combinaciones artificiales ni acciones violentas que comprometerian su propia vida, atrofiando sus órganos, sin transmitir vida robusta á las partes así apegadas y no asimiladas.

Es posible que cuando la República Argentina sea un organismo completo, un centro de atraccion poderoso, una nacion en cuyas fronteras rebose como de una copa llena de generoso licor la riqueza y la felicidad, encuentren algunas de las porciones que formaron el cuerpo inorgánico que se llamó el Vireynato del Rio de la Plata, la conveniencia de identificarse á una asociacion, como las aguas de sus grandes rios vienen á confundirse con el grande estuario, que geográficamente las centraliza.

Pretender anticiparse á esta obra que solo el tiempo y la mútua atraccion simpática pueden determinar, es violar las leyes de la naturaleza, es comunicarse recíprocamente elementos de disolucion en el período del crecimiento, cuando las propias fuerzas apenas bastan para la conservacion propia, y complicar este estado artificial de cosas, con reacciones externas y convulsiones internas que minarian hondamente nuestra constitucion nativa, si es que no nos inoculan el gérmen de la muerte, sin el consuelo siquiera del Nirvana que se aniquila en el éxtasis seráfico de las iluminaciones del ideal dé la verdad en la region del infinito.

Por lo demas, el libro del Dr. D. Angel Floro Costa, tiene notables formas literarias, verdaderas calidades de estilo, proyecciones trascendentales en la idea, y copia de erudicion poco comun, si bien se nota en él poca unidad, carezca con frecuencia de sobriedad, sea á veces confuso y difuso y prodigue por demas corolarios parásitos que distraen la atencion y debilitan el discurso.

Su última palabra es una duda en forma de pregunta, evocando el recuerdo de Budha. No la entenderá quien no lea al menos la tercera parte, pues tambien tiene de raro este libro, que solo al fin se justifica el título, en un postfacio, que abre la interrogacion sin cerrar el paréntesis, pronunciando la última palabra sin haber dicho la primera.

Octubre de 1880 (*La Nacion* de Buenos Aires).

LA TOCADORA DE ARPA

En ti escuché el murmurio
Del sauce con las auras,
La queja de las olas
Besando las arenas de la playa.

Esa armonia incierta
Del mar dormido, en calma,
En la hora que la sombra
Con el silencio sobre el mundo avanza.

Ecos tiernos, lejanos,
Que en el espacio vagan,
Y vienen al espíritu
Con el lamento de una voz hermana.

El rumor del desierto;
La silbadora ráfaga
De los vientos que cruzan
Su llanura salvaje y desolada.

182

Los cantos que saludan
Al asomar el alba;
Rugidos de torrente;
El toque de oracion en la montaña.

El acento, el suspiro,
Del corazon que se ama;
Vibrando en el recuerdo
Los himnos de la vida en su mañana.

Del labio amante, trémulo,
La promesa jurada;
En la noche serena
El acorde gentil que al amor llama.

Allá, como un ensueño,
Onda doliente y rápida.....
En el torreon sombrío
Endechas de cautiva solitaria.

La voz de la inocencia
Que á la ternura encanta;
El ruego de la madre
Por el hijo que corre á la batalla.

Del infeliz proscripto
La despedida amarga,
Dejando cuanto adora
Para morir ausente de la patria.

Tristezas y dulzuras,
Sollozos y plegarias,
En confusion sublime
Cruzaron como nubes por mi alma.

Y en mi delirio plácido
Me pareciste un hada,
El génio de las Musas
Arrullando al poeta en la desgracia.

Y un rayo de consuelo
Sentí que me inundaba,
Como entre ruinas tristes
La suave lumbre de la luna pálida.

Y el mundo de recuerdos
De muertas esperanzas,
Historia de la vida
Que el corazon en su sagrado guarda;

Todo se estremecia
Al sonido de tu arpa,
Y te aclamé llorando
¡Yo que creia no tener mas lágrimas!

Antonio Lamberti (Uruguayo)

La vida en la muerte

—

FRAGMENTO DE LA COMÉDIE DE LA MORT

(Traducido para LA NACION)

—

Era el dia de los muertos; una neblina fria, en el borde del cielo rayado, como delgada trama tendia sus redes grises; silbaba el viento del Norte; las hojas arrumbadas dejaban tiritando las cimas de los álamos achaparrados.

Todos se dirigian al gran cementerio, á arrodillarse sombríos, sobre el rincon de la piedra que cubria á los suyos, á rogar á Dios por su alma, y á reemplazar, por flores nuevas, las pálidas margaritas y los ramilletes antiguos!

Yo, que no conozco el dolor amargo de haber dejado á mi padre ó á mi madre acostados bajo los céspedes marchitos, marchaba al azar, examinando los mármoles, ó por un claro entre las ramas de los árboles, las cúpulas de la ciudad inmensa.

Y, como veia muchas cruces sin corona, muchas fosas cuya yerba estaba alta, y á que nadie se acercaba á rogar, se apoderó de mi alma una lástima profunda, por esas pobres tumbas abandonadas y y que nadie recordaba en la tierra.

No habia un solo tallo de musgo en todos esos mausoleos, y, sin embargo, nombres de viudas desoladas, de esposos desesperados, sin que una hoja velara sus mayúsculas negras, ostentaban audazmente sus mentiras notorias, palpables á todas las miradas.

Ese espectáculo me hizo abrigar en el corazon una idea, que me tiene asediada el alma desde aquel dia. Si ella fuera verdad, los muertos retorcerian de rabia sus brazos nudosos dentro del féretro y harian increibles esfuerzos por levantar las tapas de piedra de sus tumbas!

Tal vez el sepulcro no es un asilo en que, sobre una almohada dura, se puede dormir tranquilamente por toda la eternidad, en un olvido completo de todo asunto humano, sin sentimiento alguno de placer ó de pena, de ser ó de haber sido.

Tal vez no se tiene sueño; y, cuando la lluvia filtra hasta nosotros se siente frio y fastidio de estar solo en la fosa. ¡Qué tristemente se debe pensar en ese albergue donde ni un movimiento, ni una onda agita los pliegues rectos del sudario!

Tal vez, sin las pasiones que nos inflamaban, conmovida, la ceniza de nuestros corazones vibra todavia y se mueve mas allá del sepulcro, y llevamos algun giron de los recuerdos de este mundo ó de una vida anteriormente enlazada á nuestra vida.

Esos muertos abandonados sin duda tenian esposas, algo querido ó íntimo; almas en que derramar la suya. ¡Qué profundo dolor sentirian si estuvieran despiertos en el fondo de esa tumba, en que jamás cae ni una lágrima ni una flor!

Sentir que se ha pasado sin dejar mas rastro que el surco de una barca sobre la espalda del Océano; que se está muerto para todos; ver que los que mas amabais os olvidan tan pronto y que solo se compadece de vuestro recuerdo un sauce lloron de largos brazos que se inclinan!

A lo menos, si se pudiera, cuando la luna macilenta, abriendo sus ojos serenos de pestañas de plata, contempla y arroja un reflejo azul en torno del cementerio, pasearse un poco con el fuego fátuo en la yerba, bajo las ramas y entre las tumbas blancas!

Volver á su casa, teatro de la primera vida, y friolento cerca del hogar sentarse en un sillon, hojear sus libros y revolver un pupitre hasta el momento en que el alba, iluminando los vidrios, lo vuelva á uno á su féretro!

Pero no; es necesario permanecer sobre el lecho mortuorio, no teniendo para cubrirse mas que el lino del sudario, no oyendo ningun ruido, sino el del gusano que se arrastra y marcha hácia el lado de su presa, abriendo su sorda mina, y sin ver mas que la noche!

Y luego, si los muertos fueran celosos, todos los tormentos que Dante ha colocado en su espiral ardiente serian dulces al lado de los suyos. Amantes, vosotros que sabeis lo que son los celos, y los males que se sufren en este frenesí, imaginad un cadáver celoso!

Impotencia y furor! Estar ahí, dentro de una fosa cuando la que se amaba con todo el corazon, falta á los votos jurados, burlándose de nosotros y repite en otros brazos lo que nos decia trémula y bajando la cabeza con palabras sagradas!

Y no poder venir, alguna noche de invierno, mientras está en el baile, á arrinconarse en el cuarto, y cuando, á la vuelta, risueña, deshace frente al espejo su tocado, reflejar en el cristal profundo el esqueleto con el pecho desnudo.

Riendo horriblemente con una risa sin encia, estampar besos helados en su garganta convulsiva y, atenaceando su mano blanca y rosada con los dedos huesosos, hacer oir estas palabras con voz cavernosa y envueltas en un estertor:

"Mujer, me has hecho promesas sin cuento; si las olvidas, yo las recuerdo en mi morada sombría. Me has dicho, á la hora en que la muerte me sorprendió,

que me seguirías pronto; cansado de esperar vengo á buscarte!"

Este pensamiento estraño está en un pliegue de mi ser como cancer que me biela y me devora; ahonda mis ojos; graba nuevos pliegues sobre mi frente nebulosa; despoja mis sienes de carne y de cabellos.

La Muerte no sería el remedio supremo; el hombre no tendría amparo contra la suerte ni en la tumba misma, y no podría consolarse de vivir por la esperanza tan acariciada de la calma que debe seguir á la tempestad de nuestros dias!...

Agitando mi pensamiento en el fondo del alma, me quedé pensativo con la cabeza inclinada, de pié junto á un sepulcro. Era un mármol nuevo, y, sobre la blanca espalda de un genio desconsolado, caian como un manto los largos cabellos de un sauce.

El cierzo, hoja por hoja, arrebataba la corona cuyos restos sembraban la cúspide de la columna; parecian las lágrimas que, sobre la jóven segada en la primavera, flor de la mañana marchita antes del mediodia, derramaban las otras flores.

La luna entre los cipreses hacia brillar sus picos; grandes nubes negras corrian por el cielo taciturno y pasaban por delante de ella; los fuegos fátuos danzaban alrededor del cementerio, y el sauce lloron sacudia su melena desparramada en el viento.

Se oian ruidos salidos del otro mundo, suspiros de terror y de profunda angustia, voces que preguntaban cuándo iban de una vez á poner flores nuevas en sus tumbas, cómo marchaba la tierra y por qué tardaban tanto tiempo sus viudas.

De repente...apenas me atrevo á dar crédito á mis oidos, bajo el mármol entreabierto, ¡oh terror! ¡oh maravilla! oí que hablaban. Era un diálogo, y, desde el fondo de la fosa, á la primera voz, por intérvalos se mezclaba una voz ágria y cascada.

El frio se apoderó de mí. Mis dientes chocaron de terror; flaquearon mis rodillas temblorosas; comprendí que el gusano consumaba su himeneo con la difunta, despierta y sobre saltada en su lecho frio por esa noche de invierno.

La muerta

¿Es ilusion? ¿Ha llegado por fin la noche de bodas? Veo el lecho nupcial. Esta es la hora en que el esposo, jóven y perfumado, recoge la belleza de la esposa y deshoja sobre su frente el azahar virginal.

El gusano

Esta noche será larga, ¡oh blanca difunta! La muerte te ha unido conmigo para siempre; tu lecho es la tumba. He aquí la hora en que el perro ladra á la luna, en que el pálido vampiro vaga y busca su presa y en que desciende el cuervo.

La muerta

Ven, pues, adorado mio, ya ha pasado la hora. Oh! ténme oprimida entre tus brazos y encima de tu corazon. Tengo mucho miedo; tengo mucho frio. Vuelve el calor con besos á mi boca que se hiela. Oh! ven, trataré de hacerte un sitio, pues el lecho es angosto!

El gusano

Cinco piés de largo por dos de ancho. La medida está tomada con exactitud; esta cama es demasiado dura; el esposo no vendrá. No oye tus gritos. Rie en alguna fiesta. Vamos, reposa en paz tu cabeza sobre la almohada y vuelve á cruzar tus brazos.

La Muerta

¿Qué es este beso húmedo y sin aliento? ¿Es una boca humana esta boca sin lábios? ¿Es un beso viviente? Oh prodigio! Nadie á mi derecha ni á mi izquierda. Mis huesos se estremecen de horror; toda mi carne tiembla como espuesta al aire libre.

El gusano

Ese beso es el mio; soy el gusano de la tierra; vengo para llevar á cabo el misterio solemne. Entro en posesion. Soy tu esposo, y te seré fiel. El buho contento sacudiendo el aire con el ala, celebra nuestro enlace!

La Muerta

Oh! si alguien pasara cerca del cementerio! En vano golpeo con la frente las tablas de mi féretro; su tapa es demasiado pesada. El sepulturero duerme mejor que los muertos á quienes entierra! ¡Qué silencio profundo! El camino está solitario; el éco mismo no responde!

El gusano

A mí tus brazos de marfil, á mí tu blanca garganta, á mí tus contornos pulidos con tu cadera ondulante; á mí tus pequeños piés, tu mano dulce y tu boca, y ese primer beso que tu pudor salvaje rehusaba á los lábios del amor!

La muerta

Horror! horror! Está aquí! su mordedura me abre en el pecho una ancha y profunda herida; me roe el corazon. ¡Qué tortura! Oh Dios! qué angustia cruel. ¿Pero qué naceis cuando os llamo ¡oh madre! ¡oh hermana mia?

El gusano

En su alma ya está marchita tu memoria, y, sin embargo, pobre abandonada, sobre tu fosa el naranjo aun está fresco. Apenas replegado el paño fúnebre, como un sueño de ayer, te han olvidado para siempre.

La muerta

La yerba crece mas pronto sobre el corazon que sobre la tumba. Una piedra, una cruz, la tierra que se levanta, señalan el lugar donde reposa un muerto. ¿Pero qué cruz deja ver una tumba en el alma? Olvido! segunda muerte, aniquilamiento que reclamo, venid que ya estoy pronta!

El gusano

Consuélate—La muerte dá la vida—Cuando nace á la sombra de una cruz, la rosa silvestre es mas fragante y el césped es mas verde. La raiz de las flores se sumerjerá hasta tí; las yerbas crecerán en el lugar en que duermes. ¡Todo sirve en las manos del Señor!

Un muerto á quien despertaban les rogó que se callaran; un pálido relámpago salido de la tierra y no del cielo, me hizo ver en las tumbas á todos los difuntos, cadáveres ó esqueletos, con huesos amarillentos ó carnes violetas desprendiéndose en girones,

Jóvenes y viejos, pueblo del cementerio, pobres muertos olvidados que no oyen sobre su losa mas gemido que el del huracan, y, devorados de hastío en su morada fria, quieren ver la hora con sus ojos sin mirada en el cuadrante eterno!

Luego, todo se oscureció, y volví á emprender mi camino, pálido de haber visto tanto, lleno de horror y de duda, con el cuerpo y el espíritu cansado! Y, siguiéndome por todas partes, mil campanas cascadas, como voces de muertos, me arrojaban en masa el estertor de sus dobles!...

Th. GAUTIER.

Cosas veredes, oh Cid, Que farán fablar as pedras

(Carta del Bachiller Sanson Carrasco al doctor don Daniel Granada, con motivo de su artículo «Los artistas y El Público» inserto en el núm. 57 del «Boletin del Siglo.)

Muy señor mio y de mi respeto:

Bien dice el adagio que bajo una mala capa suele haber un buen bebedor y que donde ménos se piensa salta la libre. Y esto digo porque su artículo publicado el viérnes ha venido á descubrirnos que es usted algo más que lo que á primera vista aparece, lo cual viene á confirmar, corroborar, robustecer y probar la verdad que se encierra en aquel célebre pareado con que hizo usted su triunfal entrada en el de difícil acceso campo literario; y perdone usted la trasposicion, que yo á los refranes me atengo, y como los hay que dicen que á donde quiera que fueres, haz lo que vieres, y nó

con quien naces, sino con quien paces, he creido muy del caso hacer una trasposicion para ponerme al nivel de usted que las usa con más frecuencia de la que fuere menester para la mejor comprension de lo que usted escribe.

Tenia usted razon que le sobraba, mi señor don Daniel, cuando dijo:

Cosas hay que á simple vista
Tienen muy distinta pista.

Es usted una prueba andante de ello. A simple vista parece usted uno de tantos, incapaz de descollar sobre nadie si no es trepándose á una escalera, pero examinado con espacio y detencion ¡cuán distinta pista ofrece su señoría!

En primer lugar es usted poeta, ó por lo mènos hace versos, malos es verdad, lo confieso, pero al fin versos, y no de los ménos graciosos por cierto, pues juro á usted que más de una y más de cuatro veces me he reido al leer sus producciones.

En segundo lugar es usted literato, ó por lo ménos pretende serlo, malo tambien, no lo niego, pésimo si usted se empeña, pero literato al fin, como que anda usted en frecuente é ilicito trato con las señoras letras, que más de una queja tienen de sus eróticos avances.

Bajo esos dos puntos de vista tiene V. ya una reputacion hecha, mal hecha, deforme si usted quiere, pero reputacion al fin y á la postre, y ella le servirá de alas para salvar los estrechos límites de ésta breve vida, y llevar su nombre hasta los ignotos confines de las generaciones futuras, que sabrán con pasmo que en el último tercio del siglo XIX vivió un poeta y un literato que escaló el templo de la fama con solo un pareado, como le escaló el que dijo: «era de noche y sin embargo llovia.»

Pero por lo visto no es usted hombre que se conforme con tan poca cosa—Poeta y literato no era bastante para su gloria—Ha creido usted que debia tambien hacer sus escarceos **por el campo de la crítica, y sin mas ni mas,** sin siquiera dar la voz de alerta, la ha emprendido usted con el arte dramático y hasta con el sentido comun, sin preocuparse para nada de los lastimeros quejidos en que uno y otro prorumpen al sentir la feroz lanzada.

Vamos á ver, doctor Granada, aquí, entre los dos....—prometo la reserva—¿dónde y cómo aprendió usted el oficio de crítico?

¿Fué cosa que se le vino á usted así, derepente, aguijoneado por la inspiracion, ó creyó usted que porque sabía leer y escribir podia hacerse crítico como los que cultivan el género?

¿Bebió usted sus inspiraciones en las sensatas críticas de Larra, en las eruditas de Sainte Beuve ó en las severísimas de Revilla?

Me inclino á creer que nó, doctor Granada, porque su artículo trasciende á rancio.—Acontécele á usted lo que cuenta Larra de una vieja que teniendo gran dificultad para leer y queriendo seguir la lectura de los diarios sin saltar uno, se encontró con que el año 40 estaba recien enterándose de lo que aconteció el 35.

Tiene usted, y perdóneme la franqueza, un empacho *Gongórico* que su pepsina intelectual no alcanza á digerir. Como la vieja del cuento, está usted en pleno siglo XIX enterándose recien de la literatura del siglo XVI, y así no es estraño que crea usted que Góngora es el clásico por excelencia, y lo cópie malamente en ese estilo pesado, oscuro é intrincado que gasta usted en sus escritos, persuadido tálvez de que el mérito literario estriba en no ser comprendido de nadie.

Pero ha de saber usted, mi señor don Daniel, y conviene que lo sepa, que el culteranismo pasó de moda, y que lo que pudo considerarse como clásico y de buen gusto en el décimosexto siglo, es hoy dia rancio, indigesto y fastidioso.

Pero pasemos de la forma de su estilo, al fondo de sus apreciaciones sobre el arte dramático.

Hace usted, y con sobrada justicia, un merecido elogio del señor don Francisco Pasta, primer actor de la compañía italiana que actualmente trabaja en la escena del teatro Cibils.

Indisputablemente es el señor Pasta un artista de gran talento; más, diré, es un creador en el género dramático que cultiva, y hace honor en cualquier parte al dificilísimo arte á que dedicó sus facultades.

Pero sus consideraciones no se limitan al señor Pasta, sino que abraza usted todo lo que al arte de la declamacion concierne, y apuntando los vicios de que ha adolecido, con verdadero criterio los atribuye usted al mal gusto del vulgo, pervertido á su vez por las grotescas exajeraciones de los cómicos de la legua.

Dice usted que los vicios de la declamacion *engendran la perversion del gusto ó imposibilitan la formacion del buen gusto.* Famoso descubrimiento, mi señor don Daniel, y sobre todo, famosísima disyuntiva.

Vamos á ver ¿qué es gusto? ¿qué quiso usted decir con lo de *imposibilitar la formacion del buen gusto?* Entiendo yo y entenderá cualquiera que se quedaria el gusto, á secas, estacionario, y en ese caso no veo que hubiese nada de malo.

Pero no pára usted ahí, señor crítico, sino que de consecuencia en consecuencia viene usted á sacar en limpio, que *la perversion del gusto importa un éstravio de las facultades mentales.*

De donde deduzco yo que usted, como hombre previsor que es, debe de tomar con tiempo un local en el nuevo Manicomio, porque si el mal gusto engendra la locura segun usted, perdóneme que le diga mi señor don Daniel que usted merece desde ya un chaleco de fuerza por el detestabilísimo gusto que demuestra en todas sus producciones.

La medicina legal le es á usted deudora de un maravilloso descubrimiento. Gracias á usted tienen ahora fácil esplicacion muchos casos de demencia cuya causa no era posible determinar.

Y aquí, en confianza, doctor Granada ¿no le remuerde á usted la conciencia al suponer que puede haber en el Manicomio más de uno á quien la lectura de sus producciones literarias haya trastornado las facultades mentales?

Porque no es una mera suposicion suya la de que *la perversion del gusto importa un estravio de las facultades mentales.* Segun lo dice usted textualmente *es hoy ya máxima inconcusa,* COMPROBADA POR LA HISTORIA *que el buen gusto y el recto juicio tienen estrecha correspondencia entre sí, y andan* REGULARMENTE UNIDOS.

Vea usted lo que es la ignorancia, mi señor

Granada—Maldito si sabia yo que existiera tal máxima inconcusa, y mucho ménos comprobada por la historia.

Y seguro estoy de que así como lo ignoraba yo, la ignoran todos los que no han leido su artículo. Y válgale á usted esta ignorancia de los demas, que si todos supiesen que el buen gusto *va regularmente unido* al recto juicio, no habria litigante que no lo recusase á usted como Juez en los pleitos en que usted tuviese que entender, porque admitido el principio de esa *máxima inconcusa*, debe usted tener un juicio mas torcido que el cuerno de un carnero Rambouillet.

Cierto es que no va muy bien unido el gusto al juicio, sino regularmente no mas, como dice usted, y eso es lo que lo salva, porque así queda usted con su juicio regularmente torcido, y no del todo, lo que seria de lamentarse.

Particularizando usted sus apreciaciones, y refiriéndose al primer actor de la Compañía Italiana, dice usted:

«Una de las cualidades más relevantes y poco ó nada comunes que distinguen al señor Pasta, es la moderacion y templanza en la forma, tanto en la declamacion como en las *aptitudes y gestos, ó sea la accion en general*. Cualidad rara y poco proficua á la verdad, pues es cosa sabida cuantos aplausos y popularidad alcanzan las exajeraciones de todo género entre la turbamulta que compone el público *en todo lo descubierto de la tierra*(!!!)»

Me inclino á creer que lo de *aptitudes* es un error de imprenta porque lo que quiso usted, sin duda, decir, fué *actitudes*, así es que paso sin detenerme en esa pequeñez, para ocuparme solo de esa *turbamulta que compone el público en todo lo descubierto de la tierra*.

Confieso que la frase es sonora. Me parece ya ver todos los públicos de la tierra descubierta, entregados al entusiasmo que en ellos despiertan *las exajeraciones de todo género*.

Pero vamos por partes, doctor Granada—Es indudable que la exajeracion es un vicio, y vicio feo sin disputa—Es indudable tambien que los vicios *enjendran la perversion del gusto* ó *imposibilitan la formacion del buen gusto*, que no está bien averiguado aun si es lo uno ó lo otro—Y como segun usted, es máxima inconjuso que *la perversion del gusto importa un estravio de las facultades mentales*, resulta que la turbamulta que compone el público en todo lo descubierto de la tierra, ésta remantadamente loca.

Los únicos que escapan á la terrible acusacion son los problemáticos habitantes de las regiones polares, no descubiertas hasta la fecha, y los de alguna insula perdida en la inmensidad de los oceanos, que no haya sido divisada hasta hoy por los innumerables navegantes que los surcaron, desde Marco Polo hasta Fondacaro, el intrépido piloto del *Leone di Caprera*.

Caramba, doctor Granada ¡y cuán grande y espacioso Manicomio se necesitaria para encerrar á toda esa turbamulta de locos!

Ya me parece verlos jesticulando y diciendo disparates de todo género, capitaneados por usted, que es á quien corresponde la primacia entre los dementes de mal gusto.

Y cuidado que tiene usted una mirada de águila! No solo abarca todo lo descubierto de la tierra sino que remontándose hasta las regiones interplanetarias nos habla de *los cuatro vientos del cielo*.

¿Qué vientos son esos, mi señor don Daniel, y en qué direccion soplan? ¿Cómo diablos se remontó usted hasta aquellas alturas para descubrir que habia nada ménos que cuatro vientos?

Es este un nuevo descubrimtento que la ciencia le agradecerá, y que viene á causar una revolucion importante, porque hasta hoy era cosa admitida que los vientos se producian solo en las regiones atmosféricas; pero pues que usted dice que tambien los hay en el cielo, ello debe ser así, porque no es de suponerse que diga usted las cosas á tontas y á locas, que ya sé yo que lo que usted afirma está comprobado por la historia, como la union del buen gusto y el recto juicio.

¿Y en qué parte de la historia encontró usted esa comprobacion? ¿Fué en la Historia Antigua, ó de la Edad Media, ó la Moderna que descubrió usted, esa máxima inconcusa? ¿Qué autor la cita ó que crítico la destaca de entre el maremagnum de los sucesos históricos.

. . . . . .

Voy á otra cosa—Dice usted que noches pasadas se le observó *que el señor Pasta usa de ciertas acciones inconvenientes, ó inadecuadas ó inútiles*.

Ciertamente que la observacion era nimia, pero yo encuentro peor esa charrera de sinonimos que ha empleado usted para espresar su idea. Claro es que si las acciones son inconvenientes, son necesariamente inadecuadas, y si son inadecuadas é inconvenientes, es ocioso agregar que son inútiles. Y estraño francamente que todo un literato como usted pretende serlo, haya incurrido en la indisculpable falta de aglomerar palabras que están allí postizas y que son de todo punto inconvenientes, inadecuadas é inútiles, todo á la vez.

Pero vamos á ver lo que le observó á usted su importuno amigo—Dos acciones principales fueron objeto de la observacion: 1ª la de que el señor Pasta se lleva las manos á los bolsillos—y 2ª la de que saca el pañuelo sin objeto alguno.

¡Qué profundidad de observacion! Ni un pozo artesiano mide una mayor, mi señor Granada—Ya me figuro cómo se quedaria usted sorprendido, cogitabundo y patilifuso cuando se encontró frente á esas dos tremendas observaciones.

¡Llevarse las manos á los bolsillos! Ahí es nada lo del ojo—¡Sacar el pañuelo sin objeto alguno! Habráse visto cosa semejante....!

El llevarse las manos á los bolsillos solo puede ser admitido en dos casos á mi entender—1º El de sacar dinero para pagar lo que se ofrezca; 2º el de impedir que le saquen lo que tiene dentro.

Lo mismo digo respecto del acto de sacar el pañuelo. Solo es admisible en dos casos: 1º el de sonarse las narices—y 2º el de sacudirse el polvo de los botines.

¿Se ha encontrado el señor Pasta en alguna de estas situaciones? ¿Ha tenido que pagar algo ó que limpiarse las secreciones nasales (vulgo mocos)?

No señor. Y por consiguiente tiene razon usted doctor Granada, mucha razon.

Y como dice usted muy bien, *el llevarse las manos á los bolsillos es ciertamente un acto incivil.* Si señor: incivil, muy incivil; contrario completamente á los preceptos de moral y urbanidad consignados por Urcullú en su Manual.

Pero á renglon seguido dice usted que *esa accion es muy propia, aun en persona educada.*

¿Cómo se entiende, mi señor don Daniel? ¿Conqué le parece á usted muy propio de persona educada una accion que califica de incivil? Dónde está la lógica mi señor Granada? ¿Cómo es posible que lo incivil sea propio de la educacion?

Bien que para decir disparates no se para usted en barras, y asi no es estraño que diga usted con su estilo traspuesto aquello de que: *el pañuelo, incivil seria sacarlo para hacer uso de él.*

¿Con qué es incivil sacar el pañuelo para hacer uso de el? ¿Es decir, que si yo me encuentro en una sociedad distinguida, y saco el pañuelo para enjugar una gota de sudor que me rueda por la frente, cometo una accion incivil?

Vamos á ver, mi señor crítico ¿qué haria usted en esas circunstancias? ¿se enjugaria el sudor con los dedos? ¿ó dejaria usted que las gotas rodasen tranquilamente por el rostro cómo si fuera usted un estripa terrones?

Y qué chistoso eso de sacar el pañuelo para no hacer uso de él y tenerlo entre las manos como un niño envuelto, conservándolo dobladito como se lo entregó la planchadora!

Pero si yo voy á detenerme en cada una de las curiosidades que encierra su artículo, no tendria cómo concluir en cuatros dias.

Dígame usted ¿qué tiene que ver el título de su juicio crítico con lo que en él dice? ¿Ni qué mal le han hecho á usted los pobres maestros de escuela para que los saque por los cabellos tratándolos de ignorantes y materialistas?

Y sobre todo ¿qué resentimientos tiene usted con las letras y con el sentido comun para aporrearlos de tan mala manera como lo hace usted en su artículo?

Vamos, mi señor doctor Granada, sosiéguese usted y no se meta por las encrucijadas y vericuetos de las aventuras literarias, porque solo va á encontrar usted desalmados Yangüeses que lo zarandearán á su placer.

Conformese usted con los laureles ganados con *Vesper y tú*, y la fabulilla del gosquejo ladrador, y no pretenda adornar su frente con nuevas ramas del árbol *que nunca ofendió el rayo*, porque muchas veces va uno por tocinos y encuentra solo estacas, y otros salen en busca de lana y tornan trasquilados y mohinos.

Atienda usted mi consejo, señor don Daniel, que yo, aunque pobre Bachiller, entiendo algo en estas materias, y barrunto que sus escritos solo han de producirle desazones, porque nunca falta un mal intencionado que quiera divertirse, y no le conviene á usted que es todo un Juez, y todo un literato, que le anden por los zancajos, tirándole bocados, sobre todo los que no son *cortos de razon*, como usted con tanta gracia dijo en aquella fabuleja.

Y aunque sea rompiéndole sus delicados timpanos, le repetiré el consejo en verso nacional que no tiene nada de clásico, pero si mucho de verdadero, y que dice:

No te metas á payar
Si la lengua no te ayuda.

Nada doctor Granada — Déjese de escarceos literarios y atienda á sus expedientes para provecho suyo y de la numerosa clientela que espera sus fallos.

Y sobre todo, no vuelva usted á repetir que el mal gusto implica un trastorno de las facultades mentales, porque con ello da usted un motivo legal para que lo recusen como Juez los pleitistas, y aún de que el Superior Tribunal lo someta á un reconocimiento médico.

Soy, como siempre, su devoto servidor y admirador

Noviembre 1880 *Sanson Carrasco*

NERON

(*Traducido para* La Nacion)

No se puede medir y juzgar á Neron por el tipo clásico del tirano. La política entra poco en sus crímenes; estraviarian todos los razonamientos y todos los cálculos. La lógica no interviene para nada en esa amalgama quimérica de loco y de histrion, de insensato y de diletante. Pertenece al *alienismo* histórico, una ciencia á crearse y en cuyos cuadros figuraria la mayor parte de los malos Césares.

Neron es un niño mimado, á quien la casualidad ha dado el mundo por juguete; niño malo y robusto, cuyo cerebro no ha enfriado y cuyos nervios no ha calmado ninguna resistencia. Quiere y puede; y quiere en todo momento, y su voluntad, sobreescitada por la ejecucion inmediata, se infla, se agranda, se exagera, se estiende desmesuradamente, se agita convulsivamente y choca con lo imposible. El niño colérico, á quién nunca se ha negado nada, acaba por pedir la luna en un balde de agua! La cabeza del género humano! será el último deseo de los Césares.

No á un gérmen de virtud, sino á su inexperiencia de la tiranía, se debe atribuir su calma primera. Prueba las almas, sondea la bajeza humana, mide la "Via insensata" que puede recorrer. Durante los primeros años de su reinado, se divertirá, á lo sumo, en recorrer de noche las calles de Roma, robando las tiendas y aporreando á los transeuntes. Juegos de príncipe. El pueblo rie de ellos y agacha el lomo. Es preciso que César se divierta. Muy pronto pasa á ejercicios mas sérios: envenena pública y descaradamente á su hermano, en medio de un festin. Al primer trago del brevaje preparado por Locusto, Británico cae muerto en los cogines de su lecho. Los convidados se espantan; pero el maestro no ha pestañeado; se modelan sobre ese rostro impasible y repiten sus primeras cárcajadas: "Despues de un momento de silencio, dice Tácito, la alegria del festin se reanima. *Post breve silentium, repetita convivii lætitia.*"

La impunidad lo escita, llega de un salto á los estremos del crímen. Agripina le incomoda; decide matarla. Primero, hace construir un buque para aplastarla ó ahogarla en plena mar. La ironia se añade al parricidio; antes de embarcarla en el buque asesino, le dá una fiesta en Baia; y al despedirse de esa madre que va á morir, la besa en los ojos, como para cerrárselos. Pero el buque se descompone; la ola que debia tragar á Agripina, "retrocede espantada" como la del poeta y la deposita en la playa. Neron se impacienta y se irrita. Sus dos graves preceptores, Séneca y Burrho, enmudecen ante su cólera: no son capaces de embozalar al tigrecito; renuncian á ello, tienen miedo. Burrho mismo designa al hombre proporcionado á la iniquidad. Aniceto y sus lictores van á herir á Agripina en el vientre. Apenas derramada la sangre materna desembriaga un momento á Neron. Se arrepiente, se espanta, su imaginacion de artista se conturba y conmueve. "La faz de los lugares que, dice Tácito,

no cambia como la del hombre", le representa el rostro muerto de su madre. Oye silbar el látigo de las Furias y, alrededor de la tumba de Agripina, la trompa funeraria tocada por un fantasma invisible. La noche siguiente al asesinato, soñó, segun se dice, por primera vez: el espectro de su madre le abrió la puerta de los sueños. Pero el mundo se apresura á serenar á su dueño. Los centuriones y los tribunos vienen á besar su mano, como para secar con la lengua la sangre que la cubre; el incienso humea en las ciudades de Campania; su vuelta á Roma es un triunfo monstruoso. El Senado le sale al encuentro en traje de fiesta. El asesino sube al Capitolio y dá gracias á los Dioses. Tres protestas mudas se alzaron solamente contra el crímen glorificado. Thraseas salió del Senado cuando se decretó que el dia del nacimiento de Agripina seria colocado en el número de los dias nefastos: una mano desconocida ató, por la noche, en el brazo derecho de la estátua de Neron el saco de cuero en que la ley hacia coser vivos á los parricidas con un mono y una víbora; y se encontró en una calle de Roma, un recien nacido con esta inscripcion vengadora: "Niño abandonado por temor de que llegue á matar á su madre". Hasta prodigios protestaron, segun Tácito, contra el crímen. La naturaleza ultrajada se vengó con monstruosidades y meteoros. El sol se eclipsó, así como en la comida de Atrea, una mujer parió una serpiente, y cayeron rayos en los catorce barrios de Roma, como para purificarla por el fuego.

Ese mundo moral invertido debia conmover los corazones mas firmes, las inteligencias mas rectas. ¿Qué vértigo debia producir al adolescente desenfrenado, que lo dominaba desde lo alto de una omnipotencia sin obstáculo y sin loquero? Debajo de él, una tierra envilecida sobre la cual ha pasado el nivelador de la servidumbre; pueblos humillados, prosternados, encenagados en el vicio; nada mas que un vago mosáico de cabezas achatadas. Encima, Dioses lejanos é indiferentes, á quienes todo es igual, y al seno de los cuales será transportado con pleno derecho cuando el águila vuele de su pira funeraria. "Cuando, concluida tu carrera en este mundo—le cantaba Lucano—remontes tardío á la bóveda celeste, sea que quieras poseer el cetro de los dioses, sea que, cual nuevo Febo, quieras iluminar este mundo, que no lamentará la pérdida de su sol, no habrá divinidad que no te ceda su lugar y la naturaleza te dejará decir que dios quieras ser, en donde quieras colocar la reyecia del mundo. No te coloques en uno de los extremos del universo; el arco del mundo perderia el equilibrio y seria arrastrado por tu peso. Elige el medio del éter y que allí el cielo puro y sereno, no oculte con ninguna nube la irradiacion de César!" Así, aislado entre esos dos grandes vacíos, entre esas dos nadas de la responsabilidad y la conciencia, el César romano pierde toda vista lúcida, toda percepcion de relatividades, todo sentimiento de lo justo y lo injusto. Su personalidad invade la tierra; es el guarismo de un cero inmenso que se anula espresamente para hacerlo valer. Es mas que un Dios, es el Destino; se atribuye su poder ciego, su tirania sin apelacion, sus irresponsables caprichos; revindica el derecho absoluto, fatal, ininteligible de la muerte, tal como lo ejerce en apariencia la Naturaleza.

¡Qué espectáculo es el reino de Neron despues del asesinato de Agripina! La sociedad se deja diezmar con la obediencia pasiva de un ejército. La nacion no es mas que un rebaño marcado con el estigma uniforme de la esclavitud, y entre el cual hace á la casualidad el amo sus cotidianas hecatombes. Las vidas ilustres concluyen en todos los puntos del globo, como las mil antorchas de una fiesta que termina. La existencia asegurada para la gente de mérito es una escepcion. Tácito señalaba, asombrándose, la buena suerte de un personaje consular que resolvió el enigma de vivir: "Memmius Regulus, dice, pudo vivir en paz, porque la ilustracion de su raza era nueva y su fortuna no era envidiada. Ninguna lucha, ninguna conmocion. El heroismo, la gloria, la virtud, se ofrecen ellas mismas al cuchillo. Muy pronto Neron suprime los hombres y los instrumentos del suplicio. ¿Para qué ese aparato que supone la eventualidad de la resistencia? La víctima señalada para morir, debe entregarse voluntariamente á la muerte. El suicidio se pone en moda en Roma. Los ciudadanos romanos, advertidos por el tribuno de que ha llegado la hora, se abren las venas con un cuchillo y se meten al baño para morir. Así hacen Ostorio, Antino, Vestino, Torcuato y muchos otros.

¿Era justa impaciencia de salir de la vida, servilismo maquinal ó hábito de la muerte? Sea lo que fuere, los mas ilustres y los mas fuertes obedecen pasivamente á la consigna fúnebre dada por César. Corbulon, el vencedor de Oriente, de quien Tiridates, asombrado de que semejante hombre sufriese á tal amo, habia dicho á Neron: "Tienes en Corbulon un buen servidor", se mata exclamando: "Lo he merecido". Plauto, desterrado en Asia, lejos de los lictores y los pretorianos, que no tiene mas que pronunciar una palabra para sublevar las legiones, tiende el cuello á la espada de un eunuco con el fatalismo de un pachá de la antigua Turquia besando el nudo corredizo que el mudo le presenta. Veto, un hombre de la antigua Roma, informado de su próxima condena, se apresurá á prevenirla; se encierra con su mujer y su hija, las atraviesa con el mismo estileto con que se vá á herir y muere en familia, como habia vivido. Séneca dicta sentencias en su ensangrentada bañadera; Lucano dicta en ella su poema; Petronio abre sus venas, las cierra y las vuelve á abrir; juega con la muerte, la provoca, la aleja, la llama; canta, cena, recompensa esclavos, hace castigar á otros y compone una sátira erótica durante los entreactos de su voluptuoso suplicio. Thraseas hace á Júpiter Libertador una libacion de sangre que gotea de su arteria empobrecida por la edad. La lanceta del cirujano, hecha el arma del suplicio, es el espantoso símbolo de esa época, en que la muerte era verdaderamente el único y heróico remedio á la vida.

El mismo estoicismo, cuyos sectarios rígidos ofrecian en medio de la disolucion romana, el único núcleo de resistencia alrededor del cual pudiera haberse formado una conspiracion, enardece con su resignacion ese reino desenfrenado. Lo acepta como una gran escuela de dolor y de sacrificio: en lugar de espadas, solo se pueden hundir sarcasmos en el corazon de Neron. — Demetrio le responde: "Me amenazas con la muerte; la naturaleza te devuelve la amenaza". Canio Julio, al ir al suplicio, se hace acompañar por un filósofo, como por un confesor. "Me preguntais, dice á sus amigos, si el alma es inmortal—Voy á saberlo, y si puedo, volveré á decíroslo". Algunos agraciados por César, rechazan su gracia y se matan, por no perder la ocasion.

Fuera de las termas trágicas en que mueren los héroes y los filósofos, el reinado no es mas que una farsa grandiosa, de que el príncipe es á la vez histrion y empresario. El mono del apólogo, cuando ha dejado el rayo con que parodia á Júpiter, vuelve á sus muecas naturales; y Neron es ante todo un cómaco. El Imperio es para él un proscenio colosal, en que trabaja ante una platea de naciones. Cantor, tileta, bailarin, actor, prostituye la magestad soberana á todas las bufonadas del circo, á todos los oropeles del teatro. Su viaje á Grecia es la Novela Cómica de un cómico de la legua coronado. Colocado á la cabeza de un ejército de cinco mil aplaudidores — *Augustani* — canta, lucha, declama en todas las arenas helénicas. Canta con la nariz, se cae de su carro, danza sin gracia, porque sus piernas delgadas se doblan bajo el peso de un vientre proeminente. Y ese pueblo de artistas grita, aplaude, admira, finge desmayarse ante las piruetas y resbalones del Divino Neron! Se le acuerdan mil ochocienta. coronas; se echan á las cloacas las estátuas de los antiguos vencedores en los Juegos Olímpicos, para dar lugar á las suyas. El terrible comediante triunfaba seguramente: su superioridad en las tragedias de la vida real le aseguraba el primer rango en todos los géneros del arte dramático. Aparecer en un teatro con Neron, era tan peligroso como jugar de manos con el leopardo de la fábula. Es por eso que el atleta mas robusto cae, con las piernas al aire, á su primer puñetazo, el áuriga que corre con él dá á su carro la marcha de una carreta; la voz mas melodiosa afecta enronquecimiento ó cae estinguida cuando alterna con la de César.—Solo un artista de Corinto se atrevió á cantar bien en una de esas representaciones imperiales; fué aplaudido, estaba perdido! A una señal de Neron, los otros actores, empujándolo contra una columna del teatro, le atravesaron el cuello con sus estiletos.

Porque la sangre era el vino de esas groteseas orgías. En todas las farsas de Neron, la Muerte representaba su papel—Ved á ese áuriga vestido de verde, lanzar su carro por los jardines del Vaticano. Galopa la cuadriga entre dos hileras de antorchas estrañas. Exhálan olor á carne quemada, la llama chilla, el humo ronca... Esas antorchas vivas son cristianos empalados y barnizados con cera. Neron hace rodar su carro infernal á través de una iluminacion de mártires!

Es curioso observar la demencia creciente de ese alucinado del poder. Su cerebro se reblandece á medida que se endurece su corazon. Su máscara de histrion acaba por devorar los contornos cesáreos que habia conservado su rostro. En los tres últimos años de su reinado no es mas que un bufon desenfrenado que imita mal á los dioses. Ya no tiene ni la política del asesinato, la corta, pero recta lójica del puñal; mata por momentos, por crísis, en accesos, sin motivo y como para satisfacer una necesidad física de temperamento. Sus lujos, sus vicios, sus orgías, sus caprichos, toman algo de la hipérbole oriental. Siendo un mónstruo, tiende á lo monstruoso. Sus deseos son quimeras que buscan sus presas. Llena á Roma, la ciudad positiva, con las fantasmagorías del despotismo asiático. Para rehacerla, la quema y sobre las ruinas de los barrios incendiados se edifica la *Casa de Oro*, un palacio que invade tres de las siete colinas, cuyos estanques son lagos, cuyos jardines son llanuras y bosques, cuyos subterráneos mismos están cubiertos de frescos, cuyas salas artesonadas con marfil giran en movimiento de esferas y esparcen lluvias de perfumes con sus bóvedas cambiantes como el cielo. Pesca con redes doradas; hierra con plata á sus mulas; alquila quinientas asnas para el baño de Popea; se casa solemnemente con un eunuco; se pasea en un buque de marfil, en el estanque de Agrippa, entre dos filas de grupos obscenos colocados en las orillas. Uno de sus juegos es envilecer las altiveces y mancillar los pudores. Mezcla las matronas con las cortesanas, hace batir á los senadores con los gladiadores y cabalgar en un elefante á un caballero romano.

El hombre se gasta pronto con estos excesos del poder; el repertorio del despotismo es, á fin de cuentas, limitado por la naturaleza. Llega un momento en que la materia humana ha dado al que la prensa todo el barro, la sangre y las lágrimas que contiene. ¿Qué hacer, entonces, para distraerse? No queda mas que lo imposible; á lo imposible se entrega Neron en sus últimos dias. Tácito lo llama: "El amante de lo increible: *Incredibilium cupitor*". Un griego le hace creer que vá á metamorfosearse en pájaro; lo alberga en su palacio, esperando que le salgan las alas. Un saltimbanqui egipcio come carne cruda; quiere perfeccionarlo, hacer de él un cíclope y enseñarle á comer carne humana. Esa ternera montaraz que responde, en el Circo, con gritos de mujer á los mugidos de un toro furioso, es una invencion de Neron parodiando la fábula de Pasifae.

Pero si Neron ha agotado el mundo, si ha tocado hasta el fondo lo que la tierra puede dar, le queda el cielo que escalar. Comienza por destituir en masa á todos los dioses, los decapita y planta su cabeza en los hombros de su estátuas mutiladas; despues diviniza su barba y su voz; consagra una al Capitolio y hace ofrecer sacrificios á la otra.

El sacrificio encubre quizás voluptuosidades inéditas: para esperimentarlo, viola á una vestál, escarnece un ídolo de la diosa Asiria y se baña en el agua de las fuentes sagradas. Confisca, en Delfos, las tierras de Apolo cuyo oráculo le ha hablado de Orestes, y cierra la boca subterránea de que la Pitonisa recibia el soplo de Dios.

La Magia lo ocupa un momento; hace venir adivinos y deletrea con ellos los grimorios de Oriente y las entrañas de las víctimas. Su última manía acusa un reblandecimiento singular; nos muestra al César romano bajo el ángulo facial de un sultan de Africa. Un plebeyo le regala una pequeña estátua de mujer; se enamora de esa muñeca, proclama su divinidad suprema y le hace sacrificios durante tres dias. Habia llegado al amuleto y fué hasta el fetiche. Habiendo roto un vaso de cristal que le gustaba usar, elevó un mausoleo á sus "manes".

En su caida estalla la miserable naturaleza de ese falso dios teatral; recuerda ese ídolo de la Biblia que se rompió en el átrio del Templo: de su cabeza de oro salió una nidada de ratas.

La tirania, que endurece espantosamente la energía de los fuertes—que dá á Tiberio, por ejemplo, en su roca de Caprea, una actitud despreciativa, llena de elevacion—la tirania enerva á los débiles, los mina, los embrutece. Quitad á un hombre la conciencia, el sentido moral, el corazon, las entrañas; si no tiene génio para llenar esos vacios, ¿qué quedará de él? Un simulacro de potencia, movido por nervios débiles; una voluntad estraviada, la animacion de la fiebre, la vacilacion de la embriaguez, un poco de bilis en las venas, un poco de espuma en los lábios: Nada, casi nada. Llega un dia en que el mundo pierde la paciencia, en que el grupo de cariátides sobre el cual se sostiene, desde hace quince años, ese dios frenético, se cansa de recibir los contragolpes de sus sobresaltos; se hace á un lado y lo deja caer.

Vindex levanta la Galia; Galba insurreccion á España. Al solo ruido de esas revueltas lejanas, el poder de Neron se derrumba. La inminencia del peligro solo le inspira cóleras pueriles ó proyectos insensatos. Lo que mas lo conmueve en la proclama furiosa de Vindex, es que lo haya llamado "mal músico". Lo comunica al Senado, para tomarlo como testigo de la iniquidad del reproche. Promete á los Dioses, si le dan la victoria, tocar en una fiesta el órgano hidráulico y danzar el paso de Turnus. Cree desarmar las legiones de Galba saliéndoles al encuentro y llorando ante ellas. En seguida pasa á veleidades béllicas, y sus preparativos de guerra consisten en hacer cortar el cabello á sus concubinas, distribuirles hachas y constituirlas en escuadron de amazonas.

Sus mismos sueños—esos sueños fatídicos que cruzan durante la antigüedad, bajo formas tan grandiosas, la última noche de los moribundos—son los que engendraria el cerebro de un enano ó la imaginacion de un bufon. Sueña que es comido por las hormigas, y que cabalga en un mono con cabeza de caballo, que lanza relinchos cadenciosos.

A veces la infatuacion lo vuelve á dominar: se aferra al resto de trono que le queda, y recupera su jactancia y su mueca cesárea. Vagas ideas de exterminio cruzan su espíritu:—matar á los generales, envenenar al Senado en un festin, incendiar á Roma por segunda vez, lanzar á las calles incendiadas las fieras del Circo.—Inofensiva espuma de una rabia impotente, chocheces de una tirania hecha pueril!

Una noche, los Pretorianos abandónan el puesto del Palatino y Neron está perdido. Roma hace el vacio á su alrededor, y ese vacio forma un abismo en que él cae. El espantoso César de la víspera, no es ya mas que un proscrito huraño que recorre las calles por la noche, golpeando puertas que no se abren.

La historia de las catástrofes imperiales no tiene espectáculo mas miserable qne el de Neron, huyendo por la mañana hácia fuera de la ciudad, descalzo, cubierta la cara con un pañuelo, arrastrándose por debajo de las espinas para entrar á la bodega de su liberto, como un reptil perseguido que se abre un agujero. Esa extremidad empequeñece mas aun su despreciable naturaleza. Despojado de la púrpura reaparece desnudo, tal como es, un niño cobarde y, mimado.

Sus últimos pensamientos son pesares de artista y lamentaciones de epicúreo desagradado.—"Hé aquí el agua cocida de Neron"—*hæc est Neronis decocta*—dijo, al beber agua de un pantano en el hueco de la mano. Al ruido de los ginetes que lo buscan en el camino, declama un verso de la *Iliada*: "El galope de los caballos ha llegado á mis oidos". Histrion de corazon, piensa en su garganta en el momento de perder la vidá y el imperio. La muerte para él es la estincion de su voz; su último suspiro es una nota aguda de vanidad musical: "Qué artista vá á perecer", dijo, degollándose con mano poco diestra. *Qua lis artifex pereo!*

PAUL DE SAINT VICTOR.

Gastrotomía

POR INTRODUCCION ACCIDENTAL DE UN TENEDOR EN EL ESTÓMAGO

Operacion practicada en el Hospital Inglés de Montevideo por el Dr. Luis A. Fleury, cirujano de dicho Hospital y del de Caridad, ayudado por el Dr. Julio Jurkowsky, profesor de Anatomía en la Facultad de Medicina y Médico Cirujano del departamento de mujeres en el Hospital de Caridad.

La operacion de que me permito dar noticia encierra en este caso un doble interés; por una parte lo original del accidente que jamás se habia observado entre nosotros, y por otra el procedimiento seguido al practicarla y que no conocemos igual á pesar de las consultas que hemos hecho,—si bien podemos carecer de alguna bibliografía mas moderna al respecto.

Con todo, el mérito y la importancia del caso en nada disminuye—aun cuando la operacion se hubiese practicado de igual manera en otra parte, y sobre lo cual repetimos, no tener noticia.

Los datos que esponemos son la espresion exacta del hecho—reservándonos para otro momento ampliar este trabajo con las consideraciones que reclama su interes.

El caso se ofreció por vez primera á nuestra observacion el dia 10 de Julio del presente año (1880).

El enfermo se llama Juan Chambers; es un hombre perfectamente constituido, de 40 años de edad, nacionalidad inglesa y cocinero de profesion.

El relato que nos hizo interesó vivamente nuestra atencion desde el primer momento.

Nos contó que dos dias antes, ocupándose en entretener unos niños con juegos de prestidigitacion, quiso hacerles creer que se tragaba impunemente un tenedor.

En lo mejor de su ejercicio, con el tenedor introducido en la boca y suspenso por los dedos pulgar é indice de la mano derecha, aquel se le escapó, siendo á pesar de su habilidad, estériles todos los esfuerzos que hizo para detenerle.

El tenedor abocado en la faringe, siguió como si se tratara de un alimento comun, y favorecido por su propio peso, la lisura de las superficies y tal vez por los mismos esfuerzos con que él queria evitar su introduccion, la vía directa de el estómago donde finalmente se detuvo.

Lo que Chambers intentaba fingir se convirtió en una realidad que él debia juzgar infausta y es fácil presumir su alarma y sobresalto desde aquel momento.

Tenia plena conciencia de lo acaecido y era inútil toda objecion, agregando á su relato que las molestias que le aquejaban desde aquel suceso, eran náuseas y vómitos poco violentos y que se manifestaban únicamente despues de la ingestion de alimentos sólidos, aunque no siempre. No afectaba dolor, cualesquiera fuese la posicion que adoptase, ni por presiones sobre el vientre, agregando que á pesar de aquel accidente se sentia en aptitud de continuar sus tareas culinarias.

Inspeccionando el enfermo con el interes de descubrir la presencia del cuerpo estraño, nada percibimos apesar de las esploraciones repetidas que se hicieron y de las diversas aptitudes en que le colocamos.

Las prescripciones señaladas al enfermo en esta primer consulta fué recomendarle el uso esclusivo de alimentos líquidos, previniendole que evitase todo esfuerzo y movimiento brusco ó exagerado.

Hasta el 8 de Setiembre, siguió bien, pero infringiendo ese dia las prescripciones establecidas, dió un salto violento desde una pared, sintiendo en aquel instante un agudísimo dolor en el vientre, y notándose entonces desde el esterior de un modo sensible la presencia del cuerpo estraño que á causa del movimiento brusco habia cambiado de posicion viniendo una de sus estremidades á apoyarse en la pared abdominal, sin que pudiera todavia precisarse cual de ellas era.

Con todo, á escepcion del dolor, ningun otro malestar le aquejaba, pues las nauseas y vómitos del principio no habian reaparecido.

La operacion estaba mas que nunca plenamente justificada desde este momento, y el 13 de Setiembre, prévia consulta, se resolvió practicarla, quedando todo convenido para ese objeto.

La operacion se efectuó el dia 15 á las 10 a. m.

En ese momento se distinguia claramente por una presion suave, que la parte que se apoyaba sobre la pared abdominal, era la estremidad aguda del tenedor.

La operacion fué practicada bajo el rigoroso sistema Lister.

Colocado el enfermo en la posicion de cubito dorsal, fué cloroformizado.

La primera incision de diez centimetros de longitud, fué practicada verticalmente sobre el punto en que se manifestaba la estremidad del tenedor (borde externo del músculo recto del abdómen), interesando la piel y el tejido celular, haciéndose á esta altura ya visibles dos dientes del lado derecho;—enseguida aponeurosis y músculo, apareciendo entonces el resto de la estremidad afilada del tenedor.

A pesar de aquella insicion, el tenedor no se desprendia de la capa muscular, haciendose con este motivo, una nueva paralela á la anterior, es decir, del otro lado de los puntos y de un modo inmediato á ellos, surgiendo por otra parte la necesidad de disecar por separado cada diente, haciendo incisiones en sus intersticios y en sentido transversal á las primeras. De este modo se puso libre al tenedor de la capa muscular. Se estaba sobre el peritoneo, y era de presumir que con motivo del proceso irritativo que debia seguir á la herida producida por los puntos del tenedor sobre aquel, existiesen adherencias con el estómago—pero, no las habia apesar de haber trascurrido el tiempo para establecerse.

Incindido el peritoneo, el estómago se presentó haciendo en parte hernia;—siendo sostenido allí por unas pinzas, y practicándose luego sobre su pared anterior la incision que debia dar libre paso al tenedor, cuyos dientes le habian atravesado estando embutidos hasta su estremo.

Practicada aquella (incision) y despues de una ligera traccion el cuerpo estraño se presentó á la vista de todos.

La posicion en que se encontraba aquel objeto era dirijido oblicuamente de derecha á izquierda, de atrás hacia delante y de arriba abajo—con su mango en direccion al *piloro* y su estremidad aguda enclavada en la region inferior é izquierda de la pared anterior del estómago (cardias). El tenedor (cuya convencidad miraba abajo y á la derecha) tiene una longitud de 20 centímetros y un peso de 43 gramos—siendo de metal labrado.

Estraido el cuerpo estraño, era preciso proceder al arreglo de la herida.

Parecia racional que el cirujano tratase de establecer las adherencias, como es de práctica, uniendo la herida del estómago á la pared abdominal, pero se prescindió de tal proceder, y en posesion de la herida del estómago se hizo por separado su oclusion, por medio de una sutura de *pellegero* (con calgut) y despues de prólija limpieza, se redujo aquel órgano, abandonándole á sí mismo.

Hé aquí el punto interesante y original de la operacion—porque en vez de poner en contacto la herida gástrica con la del peritoneo, sosteniéndole en ese punto por medio del hilo de las ligaduras

del estómago (como solo hasta ahora creemos se ha hecho)—el cirujano abandonó el estomago en la cavidad abdominal, desprovisto de toda guia.

Debo advertir que este proceder no se sugirió en el instante de la operacion, sino que fué preconcebido y razonado el dia que se resolvió efectuarla, fundándose en las analogías que existen entre esta operacion y otras que se practican en la cavidad abdominal produciendo iguales traumatismos, á la vez que en muchas otras consideraciones.

Despues de suturar el estómago, se practicó una profunda (con catgut) de la herida muscular comprendiendo el peritoneo parietal, y por fin la herida cutanea por una sutura ensortijada; en seguida se aplicó sobre la herida un hule de seda adherido por colodion fenicado, completándose la curacion siempre por el método de Lister.

Debo advertir que el paciente no toleraba bien el cloroformo, habiendo tenido que soportar por esta circunstancia el mayor tiempo de la operacion sin anestésico.

El curso del caso no puede haber sido mas feliz como va á verse por los detalles que espongo, correspondiendo de este modo á los esfuerzos y desvelos del operador, cuya atencion para el enfermo es digna de todo encomio.

Desde el primer momento se proscribió toda alimentacion por la boca, recurriendo simplemente á la rectal.

15 Setiembre—Tomó cada media hora una cucharadita de agua con hielo, y una lavativa de 60 gramos de caldo con huevo batido, cada 3 horas.

Pasó bien el dia; muy poco dolor; pulso 80; temp. 37; á las 10 de la noche 1 centígramo cloridrato morfina; sueño tranquilo.

Dias 16 y 17—Bien; buen ánimo; muy leve dolor en la herida; sueño tranquilo; temp. 37½; pulso 100.

Dia 18—Bien; leve dolor; se sentó en cama. Se ha principiado á administrar caldo por la boca, una cucharada cada dos horas; temp. med. 37°; pulso 100. Morfina por la noche: sueño tranquilo.

Dia 19—Bien; temp. 37°; pulso 100; por la noche nos inquietó; sentia dolor intenso en la herida con irradiaciones á diversos puntos; á las 3 a. m. defecó siendo estos resíduos muy duros, de un color de barro; despues de esto sintió alivio; sueño tranquilo.

Dia 20—Se levantó por vez primera el vendaje; se sacaron dos alfileres; buen aspecto en la herida; se renovó la cura; temp. 38; pulso 100; la noche fué molesta; volvió á sentir dolor; se administró una lavativa con aceite castor y láudano á las 4 a. m., pero con poco resultado. Elevacion de temperatura.

Dia 21—Como el dolor continuase, se levantó el vendaje, notándose mal olor en la herida.

Al exámen, se encontró un pequeño abceso intermuscular hácia el estremo inferior de la herida, el que se vació, dando un pus fétido y en cantidad de 40 gramos. Se limpió y desinfestó el foco.

Temp 38° pulso 108.

A la noche,—1 centig. morfina—sueño tranquilo.

Dia 22—Pasó bien; herida buen aspecto; dió un poco mas de pulso—Temp. 37½ pulso 98—la noche tranquila; se sacaron los alfileres restantes.

Dia 23—Dia y noche tranquila—A la alimentacion seguida hasta ahora (caldo, huevos, leche, thé) se ha agregado sopa, semula etc.—Temp. med. 37½ pulso 98.

Dia 24 al 31—En este período ningun malestar ha sobrevenido—; se tolera bien la alimentacion, todas las funciones normales.

1.° de Octubre—La alimentacion cada vez mas variada; la herida casi cerrada.

2 de Octubre—Se levantó; paseo por el patio (una hora).

Desde esta fecha al 13, no puede considerarse enfermo; buena alimentacion; paseos por los patios; ascension de escaleras, todo como en el estado de perfecta salud.

El dia 14 de Octubre—Fué dado de alta; terminando su estadía en el Hospital el individuo á quien hoy todos llaman: *el hombre del tenedor*.

Angel Brian.,
Practicante del Depart.° de Mujeres en el Hospital de Caridad.

Conforme:
Luis A. Fleury.

"El Siglo" Noviembre de 1880

La mujer del cuerno

Caso singularísimo

¡¡CAPRICHO DE LA NATURALEZA!!

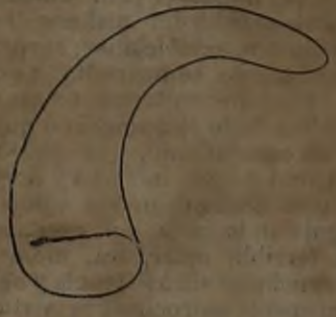
El *hombre del tenedor* acaba de ser eclipsado en cuanto á la rareza del caso. En efecto, cualquiera puede engullirse aquel instrumento á riesgo de su pellejo; pero ¿quién hubiera pensado que en la cabeza de un ser humano brotase una escrecencia córnea?...

A lo sumo se concebiria como milagro que en un varon, de cierto estado, se manifestase materialmente lo que la malignidad humana ha querido suponer como emblema de ciertas situaciones que por desgracia ocurren en el mundo.

Pero se trata simplemente de una mujer, y por lo tanto no cabe esa milagrosa posibilidad reservada al sexo fuerte.

La paciente es vasca y fué operada hoy á las 11, en casa del Dr. D. Luis A. Fleury, calle 25 de Mayo número 109, estrayéndole este hábil facultativo un apéndice de materia córnea, que se habia formado en la cabeza y cuyo origen fué un golpe contra el pasador de una puerta.

Esa rarísima escrecencia es sólida y estaba adherida al cuero cabelludo, siendo su forma y tamaño los que designa la siguiente lámina:



La mujer del cuerno hizo resistencia á ser retratada antes de la operacion; pero al fin el doctor Fleury logró persuadirla de que así convenia á la ciencia, y transó adoptando una actitud que si bien oculta la fisonomía, en cambio deja ver perfectamente el cuerno.

Presenciaron la operacion el Dr. Alston (de Buenos Aires), los estudiantes de medicina Brian y Espiro, y el practicante del Hospital de Caridad don José Labora.

"Boletin del Siglo" Nbre. 1880

Oracion sagrada

POR EL PADRE ESQUIÚ

Hemos obtenido, dice *La Tribuna Nacional* de Buenos Aires, violentando la conocida modestia del gran orador cristiano que ocupó la cátedra del Espíritu Santo en la solemne fiesta del 8, una copia de su notable oracion.

Júzguenla nuestros lectores.

No pertenece á la escuela de la elocuencia chillona que priva entre nosotros.

Es grave, correcta, majestuosa, como cumple á la grandeza del asunto y á la santidad del lugar.

Et dicetis: Domino Deo nostro justitia: nobis autem confusio facies nostre.

(Baruch. I, 15).

Con la sencillez y naturalidad del amor de un niño á su madre saludé en otro tiempo al pueblo argentino, dirijiéndole las palabras que los sacerdotes de la antigua Ley á los Espartanos: *Lætamur de gloria vestra.* En aquel dia ya lejano contemplábamos por primera vez el cumplimiento de los votos y de la obra iniciada por nuestros padres en Tucuman hacia ya cuarenta años, y que habian sido para nuestra patria como la peregrinacion de los Israelistas antes de entrar á la tierra prometida. Horror y vasta soledad mas espantosas que los arenales de la Arabia fueron para nosotros esos años de continuas guerras y de largas é impudentes tiranias en que ni la propiedad ni la vida eran defendidas por ninguna ley, olvidada como quedó la divina, y por toda ley humana el capricho de voluntades sujetas á las más viles pasiones. Pero al cabo de tanta y tan larga abyeccion en que se nos iba repitiendo, y acaso lo creiamos: «No es tiempo aun de salir de ella», el pueblo argentino se vió como por encanto ocupado tranquilamente en darse una ley política fundamental que nos gobernase en adelante, poniendo así un término al tristísimo pasado y abriendo una nueva era de gloria y de esperanzas. En aquel dia, señores, me tocó el alto honor de dar á la madre patria la amorosísima congratulacion: *Lætamur de gloria vestra.*

Veinte y cinco años han pasado desde aquel dia. Yo no haré el juicio de ellos; juzgad vosotros mismos si ese cuarto de siglo ha correspondido á nuestros dolores y esperanzas; yo solo debo confesaros que su experiencia ha puesto en mi alma estas palabras de Job: *Dies mei transierunt, cogitationes meæ dissipatæ sunt, torquentes cor meum.* Han pasado mis dias, mis esperanzas se han disipado dejando atormentado mi corazon, y ese dolor y amargura antes de dos lustros helaron para siempre mi antigua palabra de congratulacion. Si despues de eso he hablado de política, solo ha sido ó para exhalar gemidos, ó para suplir los defectos de mi ignorancia y de mi entusiasmo juvenil.

Pero hoy, señores, me veis llamado á este sagrado recinto y ante este solemnísimo concurso á hacer como una introduccion religiosa á las públicas acciones de gracias que se dan al Dios de nuestros padres por el grande hecho de la digna y definitiva capital de la República Argentina confederada. ¿Habré de decir por segunda vez: *Lætamur de gloria vestra?* Despues de tantas guerras ya parciales ya generales que han manchado la sagrada tierra de la ley; despues de ver su código servir como de tienda de campaña á pasiones iracundas; despues que se están viendo subir y subir siempre las aguas mortíferas de enormes crímenes; despues de tanta apostasia de la fé cristiana, y de las causas hoy dia subsistentes de mayor y casi universal apostasia de esa misma fé que dió génio y valor á nuestros padres; despues de todo eso, podria yo decir una vez mas: *Lætamur de gloria vestra?* Ah! lejos de mí tan horrible profanacion! Antes que insultar á Dios y á los hombres con esa mentira, preferiria como los desterrados de Sion que se paralizara mi mano derecha y que mi lengua se pegara á mi paladar! Pero si no he de congratularos y glorificar vuestras obras ¿qué he de hablar? en qué terreno me coloco?

Permitidme señores que con la franqueza propia y obligatoria del sacerdote cristiano, os diga, que sin profanacion de este sagrado lugar, no podria decirse ninguna cosa que solo se inspire en el respeto humano ó en los hechos é intereses de la política. Todo eso podrá acaso bastar para un manifiesto ó artículo de periódico mas ó ménos razonable: pero en un discurso, por humilde que sea, hecho en nombre y con el acento de la verdad cristiana, el uso de esa sola inspiracion me derribaria de esta cátedra, y me colocaria en el rango, que yo jamás envidiaré, de partidario político. Yo debo señores, y nadie puede estrañar que cumpla mi deber, de colocarme en el alto y sagrado terreno de la verdad religiosa, y que desde ahí contemple el hecho de la capital definitiva de la República. Esa posicion además de obligatoria, tiene la ventaja de un punto de vista mas libre, mas general, y por consiguiente mas acertado. Para conocer bien las líneas que proyecta la tierra sobre el mar, ¿no buscamos acaso un elevado punto de vista? y para medir la altura de un monte? no es preciso distanciarse de él? Así igualmente, para apreciar como es debido la solucion de una gran cuestion nacional por el hecho político que hoy festeja la República, era necesario colocarnos en la altura de la verdad religiosa, y aproximarse á Dios separándonos un poco de los hombres. Este esfuerzo, señores, ha puesto en mis labios las palabras del Profeta: *Et dicetis: Domino Deo nostro justitia; nobis autem confusi facies nostre.*

De cualquier otro modo que yo tratase el presente asunto no saldria de la region mezquina y glacial de partidos políticos que entre nosotros no han dado ni pueden dar otro fruto que el de sangrientas guerras y la disminucion creciente de la libertad del pueblo. Como sacerdote y como ciudadano yo amo la paz y el órden en la justicia, y aunque con debilísimas fuerzas, siempre las he procurado; tened pues á bien que en este momento tan solemne como delicado yo solo haya pedido inspiracion á Aquel que es verdad y paz y todo justicia.

Señores, yo debo todo honor y respeto á un concurso el mas augusto que he presenciado en mi vida, y del que parten los deslumbrantes rayos de las primeras autoridades eclesiástica y civil de la República Argentina; del cuerpo diplomático representante de las naciones civilizadas del globo, y de tantas frentes iluminadas por el génio y la cultura de las ciencias, y la gloria de altos hechos políticos y militares, ó de ilustres desgracias. Pero entre tantas grandezas se me permitirá que haga homenaje especial al Excmo. Sr. Delegado de la Santa Sede. El cuerpo diplomático suele rodearlo en todas partes de honor especial; y ninguna otra grandeza católica puede envidiárselo al que es representante del maravilloso jefe de la Iglesia. Vuestra presencia, Excmo. Sr., da aliento á mi debilidad, y me hace esperar que no serán sin fruto mis deseos de promover la paz pública, hablando bajo los auspicios del que tuvo una parte muy importante en el término de la última guerra. Recibid, señor, el homenaje de mi mas profundo respeto, y tomad bajo vuestra proteccion las palabras que en nombre de Dios dirijo á este nobilísimo concurso.

Hablando en un dia consagrado al misterio de la Inmaculada Concepcion de María, yo habria sido muy feliz y creo que mas útil á los sagrados intereses de la patria si hoy me aplicase á la consideracion de ese misterio, cuya fé esperamos los católicos nos dará la victoria sobre el mundo; pero ya que no tengo esta felicidad, permitid al menos que en vuestro nombre y en el mio me postre de rodillas un momento, é invoque y salude á la gran Madre de Dios con las palabras del Angel.

I

Quizá causa estrañeza á algunos el ver que trato

un asunto de política desde el punto de vista del dogma católico de la Divina Providencia; pero creo que estaremos convenidos desde el momento en que se aplique un poco de reflexion al hecho de la sociedad civil y política.

El estado social del hombre es condicion indispensable de la vida intelectual del individuo; sin la palabra trasmitida por otros hombres al individuo, jamás llegaría este á poseer un solo pensamiento, mucho menos la ciencia y lo demás que justamente hacen la gloria del hombre. De aquí se sigue, que, admitiendo la intervencion de un Dios creador y conservador del hombre individuo, es ilógico ó inconsecuente no admitirla en la sociedad humana, como lo seria el negar al todo aquello mismo que se reconoce en sus partes, y que no son tales sino con dependencia del todo. Agregando á esta luz de la simple razon natural la de nuestros libros santos se ve por ella que no solo el Creador del hombre y del mundo ha instituido así en abstracto la vida social del hombre, sino que la ha concretado á la sociedad doméstica y á la civil de las diversas naciones que cubren la tierra.

La confusion de lenguas en la familia humana tuvo por objeto la institucion de diversas sociedades civiles; y los vastísimos mares que separan unos continentes de otros, y los desiertos é insalvables cordilleras que cruzan esos continentes, eran en los designios de Dios como la salvaguardia de esas nacionalidades y el valladar que debia contener la ambicion de los prepotentes.

En los libros santos se vé á Dios tan ocupado de la organizacion civil del pueblo israelita como lo estuvo de la formacion del hombre y su dignificacion en el principio de los tiempos históricos.

Y no solo se ha ocupado el Señor de la organizacion civil del pueblo de Israel que se ligaba tan de cerca con la grande obra de la Redencion humana, sino que su adorable Providencia tenía en vista las otras naciones que yacian en el paganismo. Prueba de ello, entre otras mil que nos dá la sagrada Escritura, es lo que se lee en la profecía de Daniel que con tanta claridad como anticipacion describe el reinado de los Persas sucediendo al de los Asirios, el de los Griegos al de los Persas, y el de los Romanos al de los Griegos; á todo lo cual sucede el reino de Dios en la tierra, la dispersion del pueblo judío, y la perpetua division de las diversas nacionalidades, que nunca como en los dias antiguos vendrán á ser presa de ningun conquistador, aunque tuviera el génio de Alejandro y la fuerza y perseverancia de los romanos.

De todo esto se sigue que ni histórica ni filosóficamente se puede hablar bien de la sociedad civil partiendo del principio en que se suprime el dogma de la Divina Providencia. Nuestros padres, señores, no trataban así los intereses de la patria. De una fiesta cívica que se celebraba en Catamarca el 25 de Mayo de 1817, decia el primer magistrado de Tucuman, la ciudad del gran Congreso; «No es es- « ta una fiesta de griegos ó romanos; es sí un ob- « sequio cristiano y religioso que tributan los pue- « blos de la Union al Dios de la Santidad en recono- « cimiento de la visible proteccion con que ha fa- « vorecido los designios de nuestra patria. »

Creo que puede asegurarse, que como en el órden religioso, la renuncia de la fé es una traicion y apostasía, asi en el órden político es traidor á la patria quien no tiene en cuenta la verdad de la Divina Providencia.

Se empequeñece igualmente, y aun desaparece todo patriotismo, y con él la verdadera ciencia política, cuando se considera á la sociedad civil por el solo lado que conviene á nuestros intereses ó por el solo punto que se presenta á nuestra corta vista prescindiendo del resto de su vida, de su pasado y del porvenir que la espera. Todos hablamos del progreso social, y apenas hay quien no habrá repetido que, los pueblos como los individuos, tienen su niñez, su adolescencia, su edad viril y aun la decrépita; pero nada de esto podria ser cierto contrayendo la sociedad á un momento dado, á hechos particulares sin relaciones con el pasado y porvenir. Del mismo modo pues que para conocer bien á un individuo no bastaria en modo alguno la observacion de un solo hecho de su vida, ni de su sola niñez ó adolescencia, sino que es preciso tener en vista su conducta en general, así tambien para conocer y hablar exactamente de un pueblo, es necesario, señores, considerarlo no en los hechos particulares, sino en el conjunto de ellos, en su marcha general. Sin esta observacion general de un pueblo, nunca podrá saberse de donde viene y á donde vá, qué leyes presiden su desarrollo y cuáles son sus necesidades vitales. Cualquiera pues que considera á un pueblo en una circunstancia particular y prescinde de sus antecedentes y consiguientes, como si él fuera un mero acto de nuestra libre voluntad, se engaña á sí mismo y no tiene en cuenta la realidad del pueblo, sino un aspecto de él, un ser abstracto.

Permitidme ahora, señores, que de todo esto saque yo una consecuencia que me importa mucho. De la ley providencial que se cierne sobre las sociedades civiles como el espíritu de Dios sobre las aguas de la primera creacion cósmica, y de la necesidad que hay de una mirada generalizadora de los hechos de un pueblo para conocer las leyes propias de su vida, se infiere que para hablaros del modo mas conveniente, he debido considerar el hecho de la capital definitiva de la República, desde la alta region de la Divina Providencia, y separarme cuanto me es posible de intereses locales, y partidos, y nuestras recriminaciones mejor conocidas por vosotros, señores mios, que por un hombre oscuro como yo y estraño á sus propios hermanos. El Apostol y Maestro de las gentes se gloriaba de no saber otra ciencia ni predicar otra cosa que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado; ¿por qué avergonzarme yo de hablar á una nacion católica en nombre del Dios del cielo, inmortal rey de los siglos? Os digo ademas que mirado el hecho de la declaracion de Buenos Aires por capital definitiva de la República Argentina confederada á la luz de esa Providencia y de la ley social del pueblo argentino, yo he debido obedecer á esta intimacion del Señor por medio de su profeta: *El dicetis, Domino Deo nostro justitia: nobis autem confusio facies nostre.*

II

Mas que la cortedad de nuestras vistas en el campo de la humanidad, las inefables degradaciones que ha sufrido en el camino de su vida, han dado justamente orígen á la palabra moderna de alardes prehistóricos. Y en efecto, el suelo americano nos ofrece con demasiada claridad el hecho actual de edad prehistórica. Poned los ojos en las tribus errantes de nuestros salvajes; he ahí pueblos sin historia, y por consiguiente, teneis á la vista una edad prehistórica. Yo pienso que los pueblos aztecas ó incas fueron sorprendidos por los europeos en los momentos del crepúsculo de esa noche en que tampoco brillaria para ellos el sol de la historia. No hacemos pues agravios á nuestros hermanos los salvajes ni á los antiguos pueblos del nuevo mundo, si, quitándoles la parte de herencia que les tocara en la historia, se la tomamos toda y decimos: la historia de América solo tiene poco mas de tres siglos.

En todo ese tiempo, decia en un discurso patrio el célebre autor del «Ensayo histórico de las Provincias Unidas del Rio de la Plata:» el hecho mas grande que nos ha dado contemplar es el de nuestra independencia de la antigua metrópoli. Yo acepto

esta apreciacion, mirada la cosa bajo el solo aspecto político, que ciertamente no es toda la sociedad, ni aun el verdadero principio y creencia de ellos, pues todos conocemos una sociedad que no tuvo ser político público por casi 300 años, y sin embargo, era y hoy todavia se le llama y es la sociedad Iglesia Católica, es decir, universal. Pero dejando á un lado esto, y aceptada la afirmacion del ilustre Dean Funes, digo yo á mi vez, que en ese hecho capital de la causa de América resalta espléndida la gran verdad que tengo delante de mis ojos: *Domino Deo nostro justitia; nobis autem confusie facies nostrae.*

Sí, Dios mismo habia preparado entre nosotros los dos grandes elementos de una poderosa nacionalidad: paz interior y la vida del municipio con el alma de la completa verdad religiosa; despues de una preparacion de dos siglos, tiempo no largo para la vida de un pueblo, la independencia se presentó como por sí misma, merced á la atonía y desastres de nuestra madre la España. En esa economia providencial, fácil es ver la ley tan fuerte como oculta de que en el imperio del reino de Dios en la tierra no pueden existir esas grandes unidades políticas que hicieron la cabeza y pecho, vientre y piernas de la estátua de Nabucodonosor. Si me citais la Rusia y la Inglaterra, la respuesta se dá con solo señalar sus grados de relacion con el reino de Dios y la clase de pueblos que van conquistando.

Las diversas nacionalidades de la América española fueron, pues, la obra de la ley de la historia y de la Divina Providencia: *Domino Deo nostro justitia!* Cual una vírgen en el acto de desposarse, tal se presenta la América en el acto de su emancipacion, modesta, pura, noble, vigorosísima, con un corazon hecho para grandes cosas, y para llenar todo un nuevo mundo de las naciones mas felices del globo. Dad gracias á Dios, señores mios. Mas, ¡ay! que como el Señor preguntaba á Cain por su hermano, diciendole: *¿Ubis est Abel frater tuu?* Asi nos pregunta á nosotros por la hermosísima América; *Ubi est*, donde está, qué habeis hecho de vuestra hermana, de vuestra madre, ayer no mas tan bella y vigorosa? *Ubi est frater tuu?* Ah! bien puede cubrir nuestras frentes un sombrío y feroz silencio: pero la tierra, la tierra misma está clamando, que se atosigó á la vírgen en el mismo dia de sus desposorios con el veneno de las doctrinas que en 1792 debieron haber hecho escarmentar á la Francia y á todo el mundo cristiano; se la afrentó echándola por tierra y cubriéndola de la sangre de hermanos, de toda suerte de crímenes, primero contra Dios y despues contra los hombres! Clamor! clamor! la palabra clamor que un ilustre hijo de Buenos Aires escribia en la Cruz Alta, se alza cemo un solo grito desde esta ciudad hasta Mejico! De ahí vinieron guerras y tiranos que no quiero recordarlos. A Dios pues la gloria, y á nosotros solo la confusion de nuestro rostro en el grande hecho de la independencia americana!

Hoy nos hallamos en posesion de otro hecho político tan grave é importante á nuestra nacionalidad, como son para las tierras las cordilleras que les sirven de barreras contra el mar y las enriquecen con copiosas venas de agua dulce: hablo, señores, del sistema político federal que con 60 años de laboriosísima vida, ha venido á asentarse en nuestra política, como lo están los Andes en la frontera del grande Océano, y que aunque á través de grandes miserias de ejercicio de la vida pública de nacion á la última de las 14 provincias unidas. No creo que hay un solo argumento que no incline la cabeza ante ese hecho colosal, y que no lo acepte como una condicion de la vida y paz de la República: *Domino Deo nostro justitia!* Mas por parte nuestra, ¿qué mérito tenemos en el sistema político federal? Por un lado la rebelion, y por el otro la supresion de los antiguos cabildos, verdaderos focos de libertad; por una parte la guerra á los principios é instituciones religiosas, y por la otra tremendas reacciones: de todas partes, guerra y desolacion, hipocresía y crímenes sin cuento: esta es nuestra parte en la grande obra del sistema federal: *nobis ergo confusio facieri nostræ.*

De estos dos hechos, manifiesto resultado de la ley de la historia, se desprende por su propio peso un tercero, y que no es otro que el grande y nobilísimo hecho de la ciudad de Buenos Aires, capital de la República Argentina confederada.

Sí, á tí, ¡oh grande é ínclita ciudad! tocaba este cargo. Tu nombradía y tu gloria, eclipsan ante los ojos del mundo el resto de la República; pero tus hermanos se muestran ufanos de ese tu brillo, como las estrellas del sol que las eclipsa durante el dia. Tu heróica reconquista, tu poder, tus riquezas, tu posicion misma que te permite dar la mano á todas las naciones del mundo, todo te está señalando el puesto de capital de la República. Veinte y cinco años ha que la Confederacion Argentina te lo está pidiendo ya desde el trono de sus congresos, ya con los gemidos de las víctimas de tantas guerras y desastres que ella sufre por esta causa! Oh noble é ilustre Buenos Aires! no es digno de tu pecho rehusar este cargo y este honor, cualquiera que sea el sacrificio que ellos te impongan.

Pierdes en ello la sola denominacion de capital de tu provincia, pero adquieres la de toda la República en que está incluida tu rica y floreciente campaña. ¿Y qué? ese pequeño sacrificio ¿no es acaso debido en expiacion de las horribles hecatombes que en nombre y á cargo del sistema federal, hacian tus ejércitos el año 40 por toda la República?

Yo no entro, señores, á justificar, ni aún conozco bien las operaciones legales que han preparado este inmenso acontecimiento que hoy festeja la República. Yo digo solamente: la nacionalidad argentina es un resultado de la ley de la historia; lo es igualmente su forma republicana federal: estos dos hechos providenciales exijen como condicion de vida y de paz, la capitalizacion definitiva de Buenos Aires; aceptadla pues, con sumision, no tanto á los hombres, cuanto á Dios mismo, á vuestros supremos intereses y á los de toda la República. Sin esta sumision queda el país en estado de guerra! ¿Y qué? ¿No basta ya tanta sangre, tantos miles de víctimas? ¿No nos harán ser cuerdos los peligros exteriores que nos amenazan? Si hay miserias, toleradlas: en este hecho, como en las implantaciones del sistema federal, como en el mismo acto de nuestra independencia, habrá mucho de qué confundirnos; pero hay tambien en todos tres poderosísimas razones para dar gloria á Dios: *Et dicetis: Domino Deo nostro justitia; nobis autem confusió jacies nostro.*

Se acepta por todos el grande hecho de la Independencia nacional, á pesar de las miserias que la mancharon; todos acatan el sistema federal como condicion de vida para la República, á pesar de su tristísima historia de 60 años; ¿cómo pues podrá rechazarse el hecho de la capital definitiva de la República que asegura su vida y completa nuestro ser político, solo porque en él veais esas miserias que nunca faltan en las obras humanas? Téngase en cuenta además, que Buenos Aires constituida Capital definitiva de la República, no solo ciega un manantial de perpétuas guerras, sino que es como la señal y principio de una verdadera fusion de partidos por toda la República con lo cual cesará esa rivalidad que convierte el seno de la patria en un campo de batalla y á los hermanos en implacables enemigos. Bien sé que en Inglaterra y Estados Unidos hay partidos políticos, y que por la agitacion de estos no se altera la vida y la paz de esas naciones; pero se debe notar que Inglaterra vive de sus nobles y de sus ingentes acu-

mulaciones de oro, como los Estados-Unidos de sus grandes intereses industriales, mientras que en la República Argentina la política es casi el único fundamento de su nacionalidad, y por consiguiente, la agitacion de los partidos políticos se convierte en guerra, y la guerra civil es la muerte. La fusion de partidos, esto es, que no se haga diferencia de colores políticos, sino que solo se tenga en vista la idoneidad y el mérito para conferir los empleos, como igualmente el que no haya odiosas esclusiones en los beneficios comunes del Estado; esa fusion nobilísima se obrará por toda la República desde el momento en que con ánimo generoso acepteis que Buenos Aires sea la capital de la República, la ciudad comun de todos los hijos de una misma patria.

En ello está cifrado el bien, nuestra paz y felicidad y la gloria de Dios que vive y reina por toda la eternidad. Amen.

SOLICITADAS (a)

Al público

Yo Norelino Mazoa, vecino de la Barra de Santa Lucia en la seccion judicial de la Villa del Cerro, por el presente, manifiesto: 1.° que reconozco la honorabilidad de la señora Dª. María Echarte, esposa de D. Valentin Lemos, mis convecinos; y 2° que es falso haya dicho yo que yo tenia acceso con esa Señora, á quien tengo por muy digna y por incapaz de quebrantar al respecto la fidelidad conyugal por más que se ensayen medios de soborno y de seduccion.

Con estas manifestaciones, queda contradicho y completamente borrado el rumor que algun enemigo ha hecho circular en aquella localidad (Barra de Santa Lucía) sobre que yo habia dicho que con esa señora yo tenia acceso, lo que es una impostura y una calumnia: y con esas manifestaciones, tambien queda la señora Echarte en la muy buena reputacion que siempre ha gozado y goza.

Montevideo, Noviembre 10 de 1881.

Norelino Mazoa.

"El Ferro-Carril" Noviembre 14

Sr. Presidente del Ateneo del Uruguay.

Señor:

Conozco por la nota del 7 del corriente la distincion de que me ha hecho objeto la J. D. del Ateneo del Uruguay.

Si al proceder al nombramiento de *sócio correspondal*, ha tenido en cuenta esa Junta, más que la suficiencia del candidato, su grado de cariño hacia ese Centro; sus vínculos con él; y su ardor por su causa, puedo asegurarle que ha procedido con acierto.

En efecto; aunque alejado de ese Centro siempre he tenido conciencia de ser uno de esos elementos de él, desbordado en la rápida elevacion del nivel del pensamiento; y como tal he obrado.

Despues de tal manifestacion, creo escusado espresar mi aceptacion del título con que se me honra, así como mi decidido propósito de emplear todas mis fuerzas en merecerlo.

Saluda á Vd. atentamente,

Mariano Pereira Nuñez.

Mercedes, Octubre 23 de 1881.

Indice

	páginas
Velarde-La oracion-poesia	1
Carta de Melian Lafinur	2
Otra carta de Melian Lafinur	3
Montt-Carta sobre Voltaire	4
Conig-Contestacion á Montt	5
Prieto-poesia	6
Hugo-carta	7
Junius-carta	id.
Arteaga Alemparte-á Junius	8
L. Melian Lafinur-Décima	9
Efeméride	id.
Manifiesto del Club Nacionalista	id.
Programa del Club Radical	11
Nuñez de Arce-Idilio	12
Berro-soneto	17
Profesion de fé racionalista	18
Efeméride	20
L. Melian Lafinur (soneto)	id.
Laboulaye-discurso	id.
L. Melian Lafinur-poesia	23
Bermudez-poesia	24
Dufort-poesia	25
L. Melian Lafinur-poesia	26
De Santiago-poesia	28
Perez Martinez (poesia)	29
Hugo-Shakespeare	30
Magariños-poesia	35
Castellanos-poesia	38

(a) Esta produccion y la que sigue del Dr. Pereira Nuñez se insertan como documentos curiosos del género de la carta de Caponi que vá en la página 47, y la elucubracion de Macial y Costa en la página 138 de este libro.

	Páginas
Sierra y Carranza - poesia	38
Albistur - El posibilismo	39
Gomez - La Independencia Oriental	40
Magariños - Contestacion á Gomez	41
Gomez - Los plebiscitos orientales	id
Gomez - Historias	44
Efemérides	id
Efemérides	id
Palabras del Dr. Gomez	id
Gomes de Amorim - Poesias Uruguayas	45
Nuñez de Arce - A la muerte (poesia)	46
Caporrino - Carta	47
De la Revilla - La poesia portuguesa	id
Efemérides	49
O. F. O. Leary - Retrato de Bolivar	id
Blanco Acevedo Lamponne y Nuñez de Arce	50
Estrada - Hojas al Viento	51
Aniversario de la Independencia	53
Blanco - Discurso inaugural	id
L. Melian Lafinur - Gloria al pasado	55
Sierra Carranza - La caida	57
Magariños Cervantes - Rebelion y Castigo	59
Arrascaeta - El hombre	60
Busto - El Ateneo y "La Nacion"	id
Blanc - El derecho y la ley	61
Gomez - Introito	63
Gomez - Ayer, hoy, mañana	id
Zeaza - Cartas de Bolivar á Olmedo	64
Zarabaubesch - Sonetillo	67

	Páginas
Ad. D - Bocetos y Perfiles	67
Busto - La noche triste (poesia)	70
Melian Lafinur - Inspiracion (poesia)	72
Dufort - Una historia sin fecha	id
Estrada - Rossi en "Luis XI"	74
Gomez - Los dos Pitt	76
L. Melian Lafinur - Una conviccion en verso	id
Gomez - La patria chica	77
Perez Gomar - Patria chica y patria grande	78
Migado - Recuerdos de un paseo	79
L. Melian Lafinur - Intima fé (soneto)	80
Avellaneda - Discurso	id
L. Melian Lafinur - Evocacion (soneto)	81
J. P. Ramirez - Conferencia	id
Efemérides	87
Estrada - Rossi en la "Divina Comedia"	88
L. V. Lopez - Las noches de Rossi	89
L. Melian Lafinur - Su nombre (poesia)	93
Efemérides	id
Ohne Hoffnung - (poesia)	id
Mackenna - El contra almirante Grau	id
Blanco - Discurso	95
L. Melian Lafinur - Teatro de Shakespeare	96
M. Caré - El Hamlet de Rossi	100
Aubriet - El triunvirato del trabajo	102
Amicis - Los Eunucos	105
L. Melian Lafinur - Hamlet	106
A. Del Valle - Elogio Fuhrehe	109
Estrada - El Rey Lear	112

	Páginas
Retrato de Rafael del Riego	114
J. de la Pezuela - El Infierno de Dante	115
J. P. Ramirez - Informe in voce	116
Bustamante - Conferencia	123
Sierra Carranza - Discurso	131
Agustin de Vedia - Discurso	135
F. Ruckert - ! Alas ! ! Alas (poesia)	138
Manuel y Sosa - Elucubracion Diamantina	id
José Zorrilla - Zorrilla y Espronceda	id
Sarmiento - Discurso	140
Gomez - Programa Latorre	id
Nuñez de Arce - Cosas de la vida	141
Sarmiento - Palabras	143
Gomez - Los hombres necesarios	id
L. V. Lopez - Blanca (poesia)	144
Sierra Carranza - Evocacion (poesia)	id
Luné - Una traduccion de Musset	145
M. C de A - Lucia - (poesia)	146
Retrato de Miguel Grau	148
L. Melian Lafinur - El lustro horrible	149
Guido Spano - A San Martin (soneto)	150
L. Melian Lafinur - El Dr. Vazquez Acevedo	id
L. Melian Lafinur - Sobre el fiscal de Latorre	153
Al pais - Manifiesto carretil	155
Saint-Victor - Manon - Leccaut	165
L. Melian Lafinur - Discurso	166
Andrade - La noche de Mendoza	168
L. R. Fors - Gottschalk	169

	Páginas
Avrascaeta - A Adolfo Berro	173
Saint Victor - Las monjas	173
L. Melian Lafinur - "Los Palmares"	176
Nirvana	180
Lamberti - La tocadora de Arpa	181
Gautier - La vida en la muerte	182
Sanson Carrasco - Carta	183
Saint Victor "Neron"	186
Gastronomia	189
La mujer del cuerno	190
Esquiú - Oracion sagrada	id
Avelino Ayala - Al público	194
Pereira Nuñez - Nota	id

Fin

N° 53.941
LIBRO PARIS